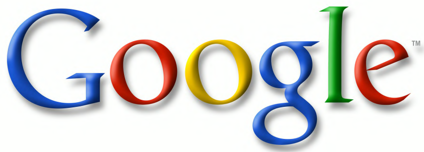
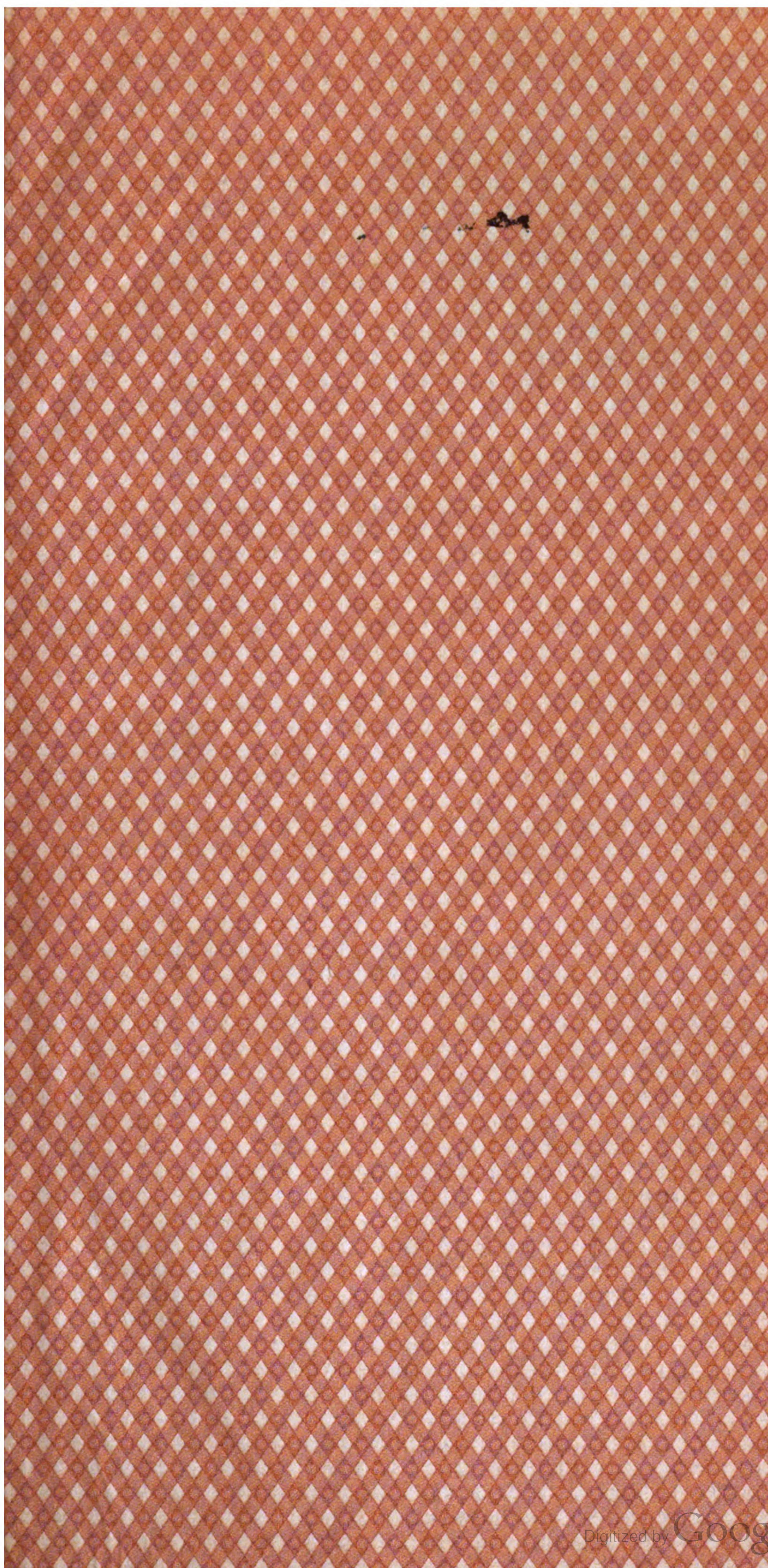





SEAL OF THE UNIVERSITY OF TEXAS
PRAESIDIUM



LA
REPÚBLICA LITERARIA

REVISTA

DE CIENCIAS, LETRAS Y BELLAS ARTES

REDACTORES PROPIETARIOS:

ESTHER TAPIA DE CASTELLANOS.

ANTONIO ZARAGOZA. JOSE LOPEZ-PORTILLO Y ROJAS.

MANUEL PUGA Y ACAL.

Año III. Tomo IV

Marzo 88—Marzo 89

GUADALAJARA, (México)

TIP. DE LUIS PÉREZ VERDÍA, DIRIGIDA POR CIRO L. GUEVARA
Bajos del Hotel Humboldt, núms. 1 y 2

MDCCCLXXXIX

LA TUMBA DE MAGDALENA.

A José López-Portillo y Rojas.

¡Pobre Magdalena! Debía morir antes que envejecer, porque era hermosa; pero murió demasiado pronto.

Los poetas han dado en la flor de llamar á las mujeres virtuosas "ángeles de la tierra." Si alguna ha existido que mereciera dignamente ese nombre, fué aquella niña que pasó por el mundo como un soplo de brisa impregnado de los perfumes primaverales. Su corazón exhalaba virtud como las flores aroma y luz las estrellas.

De mediana estatura, pero erguida como una azucena; de mórbidas á *la vez* que delicadas y correctas formas; blanco y sonrosado el rostro de helénico perfil; húmedos y azules como turquesas los apacibles ojos; rubio el cabello, algunas de cuyas rizadas hebras flotaban sobre la frente como luz de aureola; vigorosa, en fin, fresca y lozana la espiritual Magdalena, nadie podía creer que la ciencia del hombre, ó lo que es lo mismo, la ignorancia de la ciencia, se hubiera atrevido á pronunciar sentencia de muerte en contra de aquel ser, merecedor de vivir eternamente en el mundo para ejemplo de perfecciones. Sin embargo, la hermosa niña estaba desahuciada. Una enfermedad terrible, una aneurisma incurable, minaba rápidamente su vida.

¡Pobre Magdalena! Conocía el estado de su salud, porque la oficiosa indiscreción de un imprudente se lo había revelado; pero estaba conforme y, pudiera decirse, contenta de su suerte.

No así Don Esteban, el venturoso progenitor de aquel ángel.

Era Don Esteban un veterano de 48 que ganó el grado de coronel en la Resaca. Viudo desde hacía cinco años cuando yo le conocí; anciano, pero fuerte todavía como un roble, y retirado ya

del servicio, vivía sujeto á mezquino sueldo y adorando en su hija, á quien amaba como su hija le amaba á él, que es cuanto hay que decir ponderativamente respecto del cariño que fundía en una sola la existencia de aquellos seres cariñosos.

Tratándose de la vida de Magdalena, aquel veterano se olvidaba enteramente del valor que tanta fama le había dado entre sus compañeros de armas. No podía acostumbrarse á la idea de perderla.

—Mil veces yo, Señor, mil veces yo, que soy un viejo inútil—decía muchas ocasiones golpeando con los crispados puños el pernicojo sillón de cuero, testigo de sus accesos gotosos, y buscando á Dios al través de las empolvadas vigas del techo.

La amorosa pareja vivía en una pequeña casa de calle extraviada al Occidente de la ciudad. Servíales una indígena de nariz roma, muy fea, pero muy leal á sus amos, y sufrían las escaseces consiguientes á la mezquindad de la paga de retiro, que solía brillar por su ausencia durante meses consecutivos, según el alta y baja de los dineros públicos, no muy abundantes por entonces.

En el círculo de las relaciones de Don Esteban, no faltaban amigos pródigos, dispuestos á sacar al veterano de cualquier apuro; mas era tan excepcional el pundonor de aquel viejo y capaz su carácter de tales energías, que nunca logró nadie hacer que acepatara el más insignificante auxilio, y corrido quedó más de alguno que se empeñó en ofrecérselo, por la manera más que brusca con que fué rechazada su generosa porfía.

En cuanto á Magdalena, atenta siempre al siniestro vaticinio que sobre ella pesaba, concedía muy poca atención á las miserias de la tierra; las despreciaba sin afectación. Sabía que nada debía confiar al porvenir; más bien dicho, que no tenía porvenir alguno, y se entregaba gustosa al cumplimiento de sus deberes adorando y mimando á su padre y venerando la memoria de su santa madre con toda la fuerza de aquel gran corazón, capaz de amar hasta el sacrificio.

Esos apremios rudos y prosaicos de una pobreza que raya en la miseria, doman y abruman el más viril carácter; pero Magdalena los soportaba sin esfuerzo y aquella alma pura, reflejando su limpidez en todo cuanto la rodeaba, cubría de quién sabe qué encanto, de quién sabe qué barniz maravilloso los muebles, las paredes y el pavimento de su destartalado retiro. Todo ahí era limpio y singular-

mente bello: las violetas y las trinitarias de sus tiestos crecían extraordinariamente y tenían intensos perfumes; su canario y sus gorriones cantaban melodías dulcísimas jamás escuchadas en las selvas, y el traje de Don Esteban, aunque surcido y raido en más de una parte, se conservaba siempre aseado y presentable, merced á aquellas manitas hacendosas que con la misma destreza manejaban el cepillo que la aguja.

Don Esteban hubiera sido feliz, completamente feliz sin la constante idea de que la muerte vendría muy pronto á despojarlo de aquel tesoro inestimable de gracia y de hermosura; pero cuando esa idea se le clavaba en la imaginación, lo que sucedía á cada instante, no había más remedio que echarse á llorar como un chico, razón por la cual nunca faltaban en su vigote cano dos ó tres gruesas y trasparentes lágrimas: ¡lluvia del sufrimiento sobre los pétalos de una flor de nieve!

Al más leve gemido de su padre, Magdalena se levantaba de su pequeña butaca de trabajo, arrojaba sobre el canasto la labor de gancho ó la tela en que cosía, é iba á enjugar con ruidosos besos las mejillas del desdichado, haciendo poderosos esfuerzos para contener sus propias lágrimas.

—Vamos—le decía entre llorosa y risueña,—un general como tú (*mi general* le llamaba siempre) no debe aflijirse de ese modo. Qué dirían tus compañeros de armas si vieran llorar al veterano que se batió tantas veces con los *yanques*. Me he de morir yo y te has de morir tú, porque es preciso que vayamos á reunirnos con la que nos está esperando allá en el cielo. Además, usted se está creyendo más fuerte de lo que es, señor mío; usted ha dado y tomado en que me he de morir primero, porque los médicos se lo han dicho. Los médicos son unos bárbaros, general; ya has visto cuántas veces han tenido que trasferir el día de mi muerte porque su ciencia *de porra* los ha engañado. "En el invierno próximo se muere esta niña," dice alguno con voz de oráculo que me hace extremecer. Viene el invierno y no me muero. "No pasa la primavera," dice otro; pero la primavera llega, y yo, tan fresca y tan colorada como siempre. ¡Cuidado con llorar, porque me enojo! Todavía te he de dar mucha guerra en esta vida, quieras que no quieras, tonto.

Quien como yo presenciaba alguna vez esas escenas, no podía conservarse indiferente, por insensible que fuese: las glándulas la-

crimales se humedecían y el corazón se desgarraba, *quieras que no quieras*, como decía Magdalena.

Yo les visitaba con frecuencia, atraído por el influjo que ejercían sobre mí aquel hombre honrado y aquella niña inmaculada. Sentía que en mi alma germinaba un amor inmenso hacia Magdalena; pero no un amor vulgar y ya sentido otras veces. Me hubiera arrojado á sus plantas, no para decirle que la quería como á mi novia, sino para rezarle una de las oraciones que mi madre me enseñó cuando niño.

Era una santa, sí; pero no por mística ó por ascética; pocas veces iba al templo, aunque muy cristiana, retenida en su casa por los quehaceres domésticos. No era huraña, ni gasmoña, ni hipócrita. ¡Qué hipócrita iba á ser! Por el contrario, la risa siempre estaba pronta á asomar á sus labios de guinda. Con su canario sostenía conversaciones que eran un primor de jovialidad y malicia *inconsciente*, permítaseme la frase.

—Tú—le decía introduciendo el dedo meñique de la mano derecha entre los alambres de la jaula, mientras en la otra mano sostenía la tacita del alpiste—tú quisieras volar para irte por esos campos de Dios en busca de una novia, ¿no es verdad? para besarla y acariciarla entre un ramaje muy espeso y tener muchos canaritos. Pues *¡te la pinto!* no te has de ir, porque estás condenado á alegrar esta casa donde hay un viejo que llora mucho y una niña muy bonita que se ha de morir muy pronto y no tiene más novio que tú, picarón.

Con frecuencia me interrogaba sobre muchas cosas mundanas; me exigía que le enumerase las mujeres á quienes yo *había engañado*. Placíale mucho hablar de literatura y de modas, y mostraba entonces un espíritu analítico y una observación estética de primera clase.

—Si yo estuviera buena y sana—decía á las veces—y no fuera tan fea, y me casara con un hombre rico, le pediría muchos trajes y muchos libros; pero no—añadía con suma gravedad—porque lo que yo gastara en satisfacer mis gustos, les haría falta á mis hijos.

Luego se echaba á reir y decía que para casarse necesitaría nacer de nuevo y que no había hombres tan tontos en el mundo.

¡Hombres *tan tontos!* ¿Qué hombre no hubiera sido feliz al lado de aquel ángel! Pero nada, los señores médicos decían que si Magdalena se casaba, el velo nupcial le serviría de mortaja.

Horas enteras pasaba yo á su lado que me parecían breves ins-

tantes, á veces regocijado con su adorable charla, á veces contemplándola con profunda tristeza, siempre sentada en su pequeña butaca dale que dale á la labor, como la *pobrecita Zizí* de Alfonso Daudet, mientras que el pobre anciano, sentado también á corta distancia en su viejo sillón, abismábase en Dios sabe qué dolorosas reflexiones ó leía alguna novela de Fernández y González.

* * *

Asuntos de familia me tuvieron alejado de la ciudad por mucho tiempo. En los tres primeros meses de mi ausencia, no tuve noticia alguna de mis buenos amigos; pero en los últimos días del cuarto, recibí una carta de Magdalena, que conservaré toda mi vida como una reliquia sagrada.

La flor se marchitaba, el pájaro enmudecía, como puede verse por los siguientes párrafos de esa carta:

"Su dilatada ausencia nos tiene ya muy aburridos á mi padre y á mí. Se le quiere á vd. en esta casa mucho más de lo que pensábamos. Mi padre me pide noticias de vd. con mucha frecuencia, aunque bien sabe que estoy tan ignorante como él de la suerte que corre el ingrato amigo. Le hacen mucha falta las novelas aquellas de amores y cuchilladas que vd. le proporcionaba para distraerle un poco: ahora lee por la diezmillonésima ocasión la historia de Napoleón el Grande. En cuanto a mí, sólo platico con mis macetas y mis jaulas, que nunca responden á mis ansiosas preguntas. No tengo quien me amenice los ratos de la costura y del gancho: vd. era el único holgazán bastante abnegado para divertir un poco la monótona vida de esta monja sin tocas, con el relato de sus hazañas de Tenorio bobalicón. Véngase vd. cuanto antes, por caridad.

. . . .

"Mi enfermedad gana terreno y creo que ha dado ya la órden de asalto, como diría *el general*. El aliento se me acaba y me han prohibido que cante, que corra y que haga el menor esfuerzo; es decir, me han atado corto y me han cerrado el pico. Antier estuve á punto de ahogarme, sin más causa que haberme encaramado sobre una silla para descolgar y limpiar el cromito aquel de las vacas guindas que beben agua á la mitad de un arroyo de azul de Prusia,

y que se hallaba hecho un asco de empolvado. Por la primera vez sentí miedo al ver en el rostro del doctor el interesante gesto que le cierra la boca y le eriza las barbas siempre que me ausculta. Hoy el gesto ha sido mucho más elocuente que de costumbre, y el bueno de mi Esculapio en vano quiso ocultarme una lágrima que se le escapó del ojo derecho. ¡Pobrecito! creo que ha acabado por quererme á fuerza de soportar mis necedades. Se lo agradezco en el alma.

....

"¿No le sorprende á vd. que le diga que tengo miedo de morirme? Mi padre, mi padre me acongoja. El pobre viejo está más abatido que nunca, llora más que nunca, y ya mis zalamerías son impotentes para arrancar una sonrisa de aquellos labios que parecen haber olvidado la palabra, pues no hacen más que gemir. Es que los dos hemos comprendido que el vaticinio de la ciencia al fin va á cumplirse, y cuando pienso que mi padre, achacoso y pobre como se encuentra, quedará solo, enteramente solo en el mundo, me revelo contra mi suerte y culpo á la Providencia. Ud. sabe que nunca he sido cobarde, que á todo he estado dispuesta, porque mi buena madre supo fortalecer con santas enseñanzas la inteligencia y el corazón de esta pobre muchacha. Nada quiero de la vida, la vida me es indiferente, y si no la rechazo, no me seduce; quizás lanzada al torbellino del mundo, hubiera sido menos dichosa que en la clausura en que vivo. Aquí poseo, cuando menos, ese tesoro inestimable que se llama la paz de la conciencia. Nada ha venido de fuera á turbar mi aislamiento, nada, si no es la amistad, y no concibo que se pueda amar de otro modo á una persona, que como amo á mi padre y á mis amigos como vd. Pero no quiero marcharme á ese país de donde nunca se vuelve, torturada por el desamparo en que dejo al buen anciano, ni quiero tampoco que él me preceda en la ignorada vía.. ¡Los dos, los dos á la vez! Mas ¡ay! comprendo muy bien que mientras yo aliente, mi padre no puede morir. Venga vd., venga vd. á nuestro lado si quiere ver una vez más en la tierra á su desdichada amiga."

....

¡Sí! quería verla, quería hablarle y consolarla y aun decirle que la amaba con todo mi corazón; pero no pudo ser.

A mi vuelta á la ciudad, la infeliz criatura había muerto hacía dos meses.

D. Estéban estaba loco de dolor. Desde el día de la catástrofe, excepción hecha de Francisca su vieja criada, con quien lloraba mucho, no consintió que le hablasen ni los amigos ni los extraños. Muy de mañana tomaba el camino del camposanto y no volvía á su casa, sino cuando algún sepulturero iba á arrancarle bruscamente de junto á la fosa de Magdalena, donde el viejo permanecía extático una hora tras otra y otra, risueño á veces, á veces lloroso y murmurando cariñosas palabras.

Yo quise orar, á mi vez, sobre la tumba de mi amiga, y me fué fácil encontrarla. Una mañana seguí los pasos de D. Esteban. Entré al panteón en pos de él, le ví perderse entre un bosque de cedros y naranjos que daban sombra á multitud de sepulcros de diversas formas, y le hallé á poco, de bruces y besando la tierra en un sitio donde no había ni una lápida, ni una cruz, ni señal alguna que indicase que allí dormía el sueño eterno, la más hermosa y la más digna de todas las mujeres del mundo.

¿D. Esteban no había querido ó no había podido levantar un monumento cualquiera sobre la fosa de su hija tan amada? Quizás su pobreza había aumentado y le sería imposible llenar ese deber.

Me propuse, desde luego, reparar la falta y me acerqué á D. Estéban para comunicarle mi proyecto. Ay! el apuesto soldado de Santa-Ana, ya no era un ser humano, era una sombra, un esqueleto que parecía escapado de alguna de aquellas tumbas. Los ojos de aquel rostro demacrado, eran dos puntos luminosos y chispeantes que centelleaban en el fondo de profundísimas cuencas. Los pómulos pugnaban por taladrar la momificada piel de las mejillas, casi cubiertas por la hirsuta y descompuesta barba. Su cabeza se agitaba convulsamente y sus labios se relamían como saboreando alguna cosa grata al paladar. Su cabello, de un blanco amarillento, había crecido extraordinariamente y descendía en mechones hasta posarse en los hombros y ocultar el cuello del desgarrado levitón.

Sentí que el corazón se me partía de dolor en presencia de aquella ruina viviente. Le dirigí la palabra, pero no me contestó y ni siquiera se dignó mirarme.

Era preciso satisfacer la deuda de gratitud que me ligaba á aquella fosa, era preciso ampararla contra los indiferentes que la ho-

llaban, ignorantes de la profanación que cometían. Pero ¿cómo lograrlo? Don Esteban no se apartaba de ella un solo momento.

La casualidad, una casualidad bien triste, vino á favorecerme. Dos días despues, el médico amigo de la casa de Magdalena obligó por la fuerza al desdichado anciano á permanecer en el lecho para sujetarlo á un tratamiento curativo.

Sin perder tiempo y bajo la dirección de un inteligente artista amigo mío, puse mano á la obra y en breves días sobre aquella tierra bendita se elevó un monumento de sencilla forma, pero elegante, esbelto y correcto, como la niña á quien estaba consagrado; lo circundé de arbustos y lo cubrí de trinitarias y violetas, las flores favoritas de Magdalena.

Me gozaba en mi obra una mañana; acababa de colocar una corona de siemprevivas y de inmortales en el ático de la pequeña portada del sepulcro, cuando el ruido de unos pasos precipitados que sonaban á mi espalda, me hizo volver la vista y quedé sorprendido.

Era Don Esteban que se dirigía al sitio de la fosa, buscándola con ávidos ojos. Llegó hasta la tumba sin advertir mi presencia y tropezó en el enverjado. Se detuvo entonces, un tanto sorprendido, y midió de arriba abajo con una mirada el monumento: luego le oí murmurar "no es aquí." Se apartó hacia la derecha examinando el suelo; rodeó varias veces el sepulcro deteniéndose á mirar todas las tumbas que encontraba á su paso, como un sabuezo que olfatea la pista; tornó á pararse frente á la lápida en que estaba escrito el nombre de su hija; pero emprendió de nuevo las pesquisas y, de repente, como un niño que se ha clavado una espina, exhaló un grito penetrante que me llenó de terror. *¡Me la han robado!* dijo en voz alta, á la vez que se mesaba fuertemente los cabellos, y echó á correr hacia la salida del panteón.

Esa misma noche Don Esteban dejó de existir, pocos momentos después de haber recobrado el juicio. Me llamó á su lado, me reconoció cuando estuve cerca de su lecho y me estrechó con fuerza la mano mientras clavaba en mis ojos los suyos, plácidamente animados.

—Hija mía, ¡qué hermosa estás! ¡Qué lindamente te has ataviado...... para...... recibirme! Allá...... voy.......... . . . .

Tales fueron las últimas palabras que pronunció aquel anciano generoso. Yo lo había matado con mi cariñosa oficiosidad.

Pero es indudable que Magdalena me lo agradece.

MANUEL M. GONZALEZ.

Marzo de 1888.

AMORES UNIDOS.

Cuando cae algún germen de vida
en la tierra fecunda que le abre su seno,
brota luego en el campo la planta,
y sobre ella las flores de vívidos pétalos.
Mas los gérmenes muertos que caen
en estériles tierras de campos desiertos,
no dan plantas ni flores, y tornan
más estéril el campo que abrióles su seno.

*
* *

Cuando un germen de amor busca abrigo
en un ser que le abre gozoso su pecho,
espontáneo el amor luego estalla
en miradas, suspiros, palabras y besos.
Pero suele un amor ignorado,
imposible, ocultarse buscando el silencio,
y se tornan más tristes, más tristes,
los amantes incautos que abrigo le dieron.

*
* *

Yo no quiero una estéril pradera,
ni un amor vergonzante guardar en secreto.
Oh mis prados, tened siempre flores!
y tened, labios míos, palabras y besos!

MANUEL PUGA Y ACAL.

VOCES INTERIORES.

Entre el clamor inmenso del combate
Con que el rudo existir asorda al viento,
Vive del ideal mi pensamiento,
Mi corazón por la grandeza late.

Levántase mi frente soñadora
Sobre el tumulto de la triste vida,
De ilusiones eternas circuida
E iluminada por fulgor de aurora.

Mi pupila se abisma en lontananza
Donde la noche espesa sus capuces,
Y al través de las sombras, ve las luces
Que vierte en lo infinito la esperanza.

Oye el alma, apartada de la lucha,
De las cimas bajar plácidos sones,
Y el aullido feróz de las pasiones
No comprende en sus éxtasis ni escucha.

No hay en mi duelo rabia ni despecho,
Ayes, y no amenazas, brota el labio:
No se encuentra de hiel ningún resabio
Para nadie en el fondo de mi pecho.

Ignoro lo que son odio y encono,
Contra nadie venganza yo reclamo,
A ninguno maldigo, á todos amo,
A los que mal me han hecho, les perdono.

¡Piedad sublime que á secar el llanto
Llevas las almas con celeste empeño,
Oh! musa protectora del pequeño,
Mi pecho te es deudor de un fuego santo!

Siente mi corazón dolor tremendo
Al oír del feliz las carcajadas,
Cuando manos sin fin, enclavijadas,
Se alzan en torno compasión pidiendo.

Ah! los cielos de Dios me son testigos
De que á vuestros lamentos hago coro
Y de que os amo y con vosotros lloro,
Oh! huérfanos, oh! viudas, oh! mendigos.

Constante espectación es mi existencia
Y un infinito anhelo mi destino,
Quiero cruzar de prisa mi camino
Porque le halla muy largo mi impaciencia.

Soñando siempre celestiales galas,
Aborrezco del mundo la miseria,
Y sobre el torpe afán de la materia,
Rumor escucho de invisibles alas.

Todo cede en redor y se derrumba
En este mundo de sin par tristeza,
Todo es mezquino aquí, sólo hay grandeza
En esos ideales de ultratumba.

Alzo arriba con súplica las manos
En mi fortuna próspera ó contraria
A todas abarcando en mi plegaria
Oh! amigos y enemigos, mis hermanos!

Paz, amor, esperanza, bellos nombres
Que me hablais de un poético destino,
Haced que llegue al fin de mi camino
Sin ser azote de los otros hombres.

Dejadme realizar mis ilusiones
De vivir en sosiego aunque olvidado,
Y bajar á la tumba acompañado
De lágrimas y santas bendiciones!

José Lopez-Portillo y Rojas.

Lo que es amar.

Una niña á su madre dijo un día:
Lo que es amar me quieres definir?
Y respondió la madre: ¡hay, hija mía,
Amar es morir!

Cuando estuvo la niña enamorada
Tan intenso placer llegó á sentir,
Que decía: ¡mi madre está engañada,
Amar es vivir!

Los separó la suerte en sus rigores,
Y el amante muy pronto la olvidó;
El la dicha buscó en nuevos amores,
La niña murió.

Y exclamaba llorando en su agonía:
¿Si no puedo olvidar, á qué vivir?
Mi madre aquella vez razón tenía,
Amar es morir.

Antonio Zaragoza.

EL EMPERADOR DE ALEMANIA.

Federico-Luis-Guillermo I, emperador de Alemania, acaba de morir. El gran Hohenzollern ha desaparecido de este mundo á la edad de 91 años, causando tan grande emoción con su desaparecimiento, en todos los pueblos civilizados, como si su edad no hubiese sido la de los patriarcas, ni fuera natural esperar que dijese adiós á la vida en cualquier momento.

El jefe del imperio alemán había logrado constituirse el centro y punto de atracción de toda Europa. Amigos y enemigos le respetaban, y su pueblo le amaba hasta el fanatismo. Jamás príncipe alguno en la historia antigua ó moderna de la humanidad, ha recibido mayores muestras de cariño de sus vasallos, que las que recibió el monarca difunto de parte de la nación alemana. Es que, por extraño caso, reuníanse en él diversas circuntancias y coincidencias, que le hacían objeto de simpatía, de veneración y de orgullo. El representaba para los alemanes la unidad nacional, para los patriotas la gloria germánica, y para todos, la prosperidad del imperio. Soldado victorioso, jefe supremo de una raza que yacía disgregada por las regiones centrales de la Europa, animada del deseo de una unión nunca alcanzada, y fácil presa de la intriga y de la ambición de los extranjeros; vino él á dar cuerpo de realidad á las ilusiones de todo un pueblo, consumando con los hechos, la obra que había comenzado la literatura, haciendo prácticos los ensueños idealistas de la ardiente juventud de principios del siglo, que no pudo hacer más que debatirse estrepitosamente en medio de su impotencaia, aun á costa de su reposo y de su misma sangre. Continuador de la obra de Klopstock, de Schiller, de Göethe, de todos los sublimes soñadores que iniciaron la unidad germánica por medio de luminosas concepciones, espléndidos ideales y una cultura intelec-

tual propia, celebrada, y poderosa, puso su espada al servicio de la poesía, y vino á convertirse en el monarca soñador de un pueblo romántico.

Toda la vida de Guillermo fué una leyenda. Nacido en Marzo de 1797, entró niño aún en el ejército, y presenció la gran lucha de Prusia con Napoleón el Grande. Sufrió con sus compatriotas los rudos golpes que les asestó aquel genio extraordinario, vió el abatimiento del pueblo alemán y el orgullo del invasor francés, cantando victoria sobre los destinos germánicos. Desde entonces nació en su corazón el deseo de la venganza, y propúsose contribuir con todas sus fuerzas al acrecentamiento del poder guerrero de Prusia. Ya enmedio de los reveses de la lucha napoleónica, el ministro Stein había comenzado la organización militar de la nación prusiana; Guillermo manifestó también desde muy temprano su predilección por los asuntos guerreros. Hijo segundo del rey Federico Guillermo III, ocupaba un lugar importante, aunque secundario, en la monarquía; pero, como gobernador de Pomerania, diputado á la Dieta ó jefe superior del ejército, distinguióse constantemente por sus ideas absolutistas y por su amor á las armas. A tal punto consiguió por este camino hacerse odioso á la juventud liberal de Alemania, que, cuando el movimiento revolucionario de 1848, tuvo que huir y pasar á Inglaterra.

Declarado regente de Prusia en 1858, por enfermedad de su hermano Federico-Guillermo IV, no dejó ya de ser soberano. Al principiar el año de 1861, sucumbió el rey á sus dolencias, y Guillermo fué proclamado su sucesor, á la edad de sesenta y cuatro años escasos, esto es, cuando la mayor parte de los hombres terminan su carrera. Entonces puede decirse que comenzó la suya este hombre excepcional.

Habiendo declarado desde su advenimiento al trono, que á Dios sólo debía la corona, púsose de un modo resuelto, frente á frente del partido avanzado, é inauguró un gobierno teocrático en pleno siglo XIX. En Setiembre de 1862 llamó á su lado al barón Othón-Bismarck-Schoenhaussen, embajador de París á la sazón; y desde entonces planteó y siguió con firme paso, dentro y fuera de Prusia, la política que le condujo al más alto grado del poder y de la gloria. Poco después, el Austria y la Prusia se apoderaron de los ducados de Schleswig-Holstein; en seguida vienen el rompimiento

con Austria y el paseo militar que terminó en Sadowa y abrió á los prusianos el camino de Viena, poniendo fin á la hegemonía austriaca en la confederación germánica, y sustituyéndola con la prusiana.

No tardó mucho en llegar el conflicto con Francia. El señor de Bismarck, conocedor del carácter francés y diplomático habilísimo, dispuso las cosas de tal manera, que Napoleón III declaró la guerra á la Prusia á la hora que ésta lo quiso. Guillermo estaba preparado para la lucha. Conocía su fuerza, conocía la pericia de su ejército y la excelente calidad de sus armamentos. Las escaramuzas con Dinamarca y la campaña de un mes con Austria, habíanle servido como reconocimiento de su potencia militar, y había quedado complacido, no tanto por la posesión de los ducados y la derrota del austriaco, cuanto porque se consideraba en situación de poder competir con el imperio francés, objeto único de su ambición desde los desastres alemanes de principios del siglo. Bismarck completaba las noticias que le hacían falta. Conocía Guillermo las fuerzas vivas de su pueblo; pero no las del vecino.

Su ministro, que había residido en Francia durante largo tiempo, revistiendo su fina y constante observación con el exterior flemático y bonachón de un burgomaestre, tenía todos los datos apetecibles acerca del estado en que se hallaba el segundo imperio. Sabía que estaba corroído por el vicio, y que la vida palaciega había afeminado á la tropa y corrompido á los jefes. Su penetración admirable hízole comprender que aquel imponente edificio carecía de cimiento, y que hoy, como el año de 15, la obra napoleónica rodaría por el suelo como un castillo de naipes, al más ligero impulso.

Ha llegado la hora! clamaron el emperador y su consejero, y haciendo sonar en las tierras germánicas el clarín de la guerra, lanzaron á las francesas un ejército tan numeroso como el de Artajerjes, pero mejor armado y disciplinado, y más bravo y aguerrido. Fué como el avance de una enorme masa de acero, rápida en su marcha, flameante como un Sinaí y desastrosa á su paso como una tromba.

En Agosto de 1870 empezó este gran duelo entre las naciones alemanas y el pueblo francés. Wissemburgo fué teatro de la primera derrota de los ejércitos napoleónicos; siguieron las batallas de Metz, que obligaron á encerrarse en la ciudad virgen al mariscal

Bazaine; y vino luego la batalla de Sedán á terminar virtualmente la lucha empeñada. Veintiseis días después de inaugurada la campaña, rendíase discrecionalmente el emperador con la guarnición de la plaza, diciendo á Guillermo: "Señor y hermano mío: no habiendo podido morir en medio de mis tropas, sólo me resta entregar mi espada en manos de vuestra magestad!" Y en efecto, la entregó, yendo luego al palacio de Wilhelmshöhe á deplorar las crueles vicisitudes del destino.

De allí en adelante, casi no hubo tropiezo. En vano Gambetta intentó proseguir una lucha á muerte con los invasores; la fortuna, diosa mudable, había vuelto la espalda á las armas francesas. Sitiado París, rendida Metz, destruidos todos los cuerpos desciplinados franceses, residía el rey de Prusia en el palacio de Versalles que vió la gloria de Luis XIV y presenció los albores de la gran Revolución, y ahí, en aquella espléndida residencia y en el histórico salón de los Espejos, recibió á la comisión nombrada por el parlamento germánico del Norte, que vino á suplicarle aceptase la corona imperial de Alemania. En Enero de 71 verificóse la proclamación solemne, que elevó al monarca prusiano á la dignidad más grande de la tierra.

Setenta y cuatro años contaba cuando se ciñó la corona imperial. De esperar hubiera sido que aquella gloria senil pronto se extinguiese, y que el anciano victorioso sucumbiera de allí á poco bajo el peso mismo de sus laureles. Pero no fué así en verdad. Aun tuvo tiempo bastante para gozar sus triunfos, afirmarse en su poder y adquirir plena conciencia de su grandeza. Impuso duras condiciones de paz á la Francia exangüe y anárquica, y le desmembró su territorio; cobró fabulosa indemnización de guerra, y volvió á Berlín rodeado por los esplendores de la más grande, completa y admirable victoria que registra la historia moderna en sus anales.

Haber vengado á la Alemania; haber devuelto á Francia con creces las humillaciones sufridas á principios del siglo; haber tornado Reischoffen por Jena, Sedán por Austerlitz; haber recibido la espada de un Napoleón y tenerle prisionero; salir rey y volver emperador: ¡qué serie de triunfos tan brillante! Y su estrella no declinó ya. En adelante se robusteció su poder, y siguió haciendo conquistas en la misma Alemania. Jefe supremo de la confederación por la fuerza de las armas y no por la espontánea voluntad

de los principados, había sido hasta la guerra con Francia, nada más que un capitán venturoso, obedecido con desgano y visto con malos ojos por los reyes, duques y grandes duques que habían pasado de la hegemonía austriaca á la prusiana, como muebles de traspaso. Después de la inmensa victoria alcanzada sobre el pueblo francés, cambiaron de aspecto las cosas. El orgullo del triunfo hizo más en favor de la unidad alemana, que las excursiones de los ejércitos prusianos á las capitales de los pequeños Estados; y la prudencia, mansedumbre y bondad del Emperador, su ancianidad misma y la inmensidad de su obra, hicieron nacer vínculos verdaderos de alianza entre todos los súbditos del imperio.

Lejos de envanecerse con sus triunfos y hacerse odioso por la soberbia, como suele suceder á los guerreros afortunados, dió en todas ocasiones muestras de la moderación y modestia de su ánimo. "Conoces ya—decía á la reina Augusta en una carta que le escribió después de la rendición de Sedán—toda la extensión de los hechos históricos que se han consumado. Parecen un sueño, aun habiéndolos visto desarrollarse hora por hora! Cuando pienso que después de una guerra grande y felíz, no podía esperar nada más favorable durante mi reinado, y que hoy, no obstante, veo cumplirse tales hechos históricos; inclínome ante Dios que nos ha elegido á mí, á mis ejércitos y á mis aliados para ejecutar lo que acaba de ser hecho, y que nos ha escogido por instrumentos de su voluntad......" Tal lenguaje en boca de un triunfador tan poderoso, fué escuchado con asombro y admiración en todo el mundo, y contribuyó no poco para que el pueblo alemán sintiese verdadero afecto y adhesión á un jefe supremo que, ciertamente, no había elegido con espontaneidad.

La conducta posterior de Guillermo en los diez y siete años que sobrevivió á sus triunfos y á su elevación al trono imperial, sabia, justa y prudente, hizo que se acrecentase día á día el amor con que ya le miraban sus vasallos; y así fué como, cuando á mediados de Mayo y principios de Junio de 1878, estuvo á punto de ser víctima de los asesinos Hoedel y Nobiling, resonó por todo el imperio un inmenso clamor contra tan odiosos criminales, seguido de las acciones de gracias que en coro alzaron al cielo todos los alemanes por haberse salvado la vida del anciano monarca.

El *Kulturcampf* ó lucha religiosa conmovió un tanto las conciencias de los diez y seis millones de católicos que tiene el imperio

alemán; pero concluida esta batalla estéril y peligrosa á contento de las partes contendientes, ha llegado Guillermo al fin de su larga vida, en medio de una grande paz y de un inmenso sosiego en el seno de su pueblo. Los últimos años de su reinado fueron para él una ovación constante, tributada á la nobleza y elevación de su carácter, más aún que á su poder guerrero, por propics y extraños, por sus adictos súbditos y por los monarcas y jefes supremos de las otras naciones europeas. Respetábanle los reyes y le pedían consejo, como al anciano Nestor, y su pueblo le aclamaba siempre que le veía, y acudía á verle diariamente á su palacio detrás de la vidriera de su histórica ventana.

Hase extinguido repentinamente su vida, como suele suceder á los que alcanzan una edad tan extraordinaria como la suya, diez y siete días después de haber cumplido noventa y un años; y en tanto que espiraba, los berlineses aglomerábanse en las calles delante de la mansión imperial, silenciosos y contristados, mientras en todos los templos del imperio, se elevaban al Eterno oraciones por los hombres de todos los cultos, pidiendo por la salud del amado monarca. Ah! si el regio moribundo pudo oír el sordo rumor de la desconsolada muchedumbre que rodeaba su palacio; si pudo saber con cuánto fervor se oraba por él y con cuánta verdad se le lloraba en todas las casas, no como á gobernante, sino como á padre, no como á rey poderoso, sino como á varón bueno y prudente, ¡con cuán íntima satisfacción ha de haberse ensanchado su pecho aterido, y con cuánta alegría ha de haber visto concluir en medio del amor, un reinado que comenzó en medio de la gloria!

La historia de Guillermo pasará á la posteridad como una leyenda deslumbrante, y no dejarán los poetas germánicos de aprovechar sus rasgos para escribir hermosos poemas. Sí, toda ella parece un sueño, según lo reconocía el mismo Guillermo. Pelea, niño aún, con Bonaparte; pertenece á la raza épica que vió las grandes luchas de principios del siglo; persigue durante cincuenta años una idea de grandeza y gloria para su patria, que al fin realiza; llega de príncipe á rey; triunfa de la primera nación de la confederación germánica; hace converger ésta hacia Prusia; vence á Francia; derriba un imperio; se apodera de un Napoleón; asciende á la dignidad imperial; verifica la unidad alemana; aumenta el territorio germánico; gobierna en paz y con sabiduría; es amado por su pueblo y

respetado por todo el mundo; y muere çerca de los cien años, en medio de los gemidos de sus súbditos y de la condolencia y conmoción de todos los pueblos civilizados. ¡Qué asunto, en efecto, para una magestuosa epopeya!

En los momentos actuales, Alemania deplora más que nunca la triste pérdida de su soberano. Federico III, el nuevo emperador, se muere sin remedio. Pasará por el trono imperial cual sombra fugitiva, para dejarlo luego á su hijo Guillermo. Mucho será que tantas mudanzas no ocasionen trastornos lamentables en esa gran nación, sobre todo si, como se dice, este último príncipe, que apenas cuenta veintinueve años, está dominado por la impaciencia de los combates.

Hay lugar á concebir serios temores por el futuro. ¿Tendrá Federico la grandeza de su padre? ¿tendrá Guillermo la grandeza de su abuelo? No suele la naturaleza repartir sus dones con tanta regularidad en las familias; y, no obstante, se necesita que el sucesor de Guillermo sea tan grande como él, para que se conserve la paz de la Europa y no se empañe la gloria de Alemania.

José López-Portillo y Rojas.

TUS PENSAMIENTOS.

Yo cultivo cariñosa
En unos preciosos tiestos
Unas plantas florescientes
De variados pensamientos.
Unos son blancos, muy blancos,
Otros son negros, muy negros.
Unos predicen ventura,
Los otros pregonan duelo.
Los blancos dicen amor,
Olvido, dicen los negros.
Los unos paz y alegría,
Los otros dudas y celos.
Y un lenguaje misterioso
Tienen esos pensamientos
Que yo adivino en sus hojas
Cuando en las tardes los riego.

I.

El abismo que en tus ojos
Impenetrable contemplo,
Me recuerdan con tristeza
Esos pensamientos negros.
Y la sonrisa agradable
Que en horas tranquilas veo,
Jugueteando en tus labios,
Al ver los blancos, recuerdo.
Que lo que de tí recibo
Lo bendigo, lo venero,
Lo mismo grata ventura
Que triste y amargo duelo;

Ora el amor inefable,
O bien el dolor intenso,
Las divinas alegrías,
O los crueles tormentos.
Y siempre llevo en el alma
Tus queridos pensamientos,
Ya sean negros ó blancos,
Como guardo tus recuerdos.

ESTHER TAPIA DE CASTELLANOS

A UNA GOLONDRINA.

(LETRA PARA UNA ROMANZA.)

Golondrina en Otoño nacida
Aquí donde vive conmigo el dolor;
Alegrando un momento mi vida,
¡Qué dulce y sentida
Tu voz cariñosa me hablaba de amor!
Hoy cubierta de pluma brillante,
Potentes las alas, ya puedes volar,
Y te irás á región muy distante,
Amada y amante,
Cruzando en el mástil de un buque la mar.
¡Quién pudiera seguirte en tu vuelo,
Robarte tu dicha, robarte tu fé,
Y volar y volar por el cielo
Que ayer, en mi anhelo,
Cual tú, golondrina, gozoso surqué!
Vuela, vuela y olvida tu nido;
Mas, ¡ay! cuando vuelvas mañana á mi hogar,
Si me buscas, habré ya emprendido
El viaje temido,
Aquel de que nunca se puede tornar.

MANUEL M. GONZÁLEZ.

ALGO SOBRE ESTÉTICA.[1]

No hay ciencia que haya estado más ataviada con los delirios metafísicos que la Estética. Desde Platón hasta las doctrinas oficiales de nuestros días, se ha hecho del arte no sé qué amalgama de fantasías, quintas-esencias y misterios trascendentales que encuentran su expresión suprema en la concepción absoluta del *Bello ideal*, prototipo inmutable y divino de las cosas reales.

El presente artículo es un humilde ensayo contra esta ontología quimérica.

El arte, á nuestro entender, es una resultante natural del organismo humano, el cual está constituido de tal manera, que encuentra un goce especial en ciertas combinaciones de formas, líneas, colores, movimientos, sonidos, ritmos ó imágenes. Pero estas combinaciones, en tanto proporcionan placer, en cuanto expresan los sentimientos y emociones del alma humana. Las artes plásticas, que afectan la vista, manifiestan estas impresiones por la interpretación de los objetos, formas, actitudes, escenas reales ó imaginarias que les han dado nacimiento. Las otras, que afectan el oído, tienen por dominio é instrumentos la multiplicidad indefinida de sonidos.

Los principios sobre los cuales se apoya cada uno de estos dos grupos, encuentran su explicación física en las dos ciencias que estudian los órganos de la vista y del oído: la Optica y la Acústica. La explicación de los fenómenos cerebrales, llamados vulgarmente "efectos morales del arte," dista mucho aún de ser satisfactoria, y en muchos casos quedamos reducidos á un puro empirismo. Sobre este punto la Estética se limita forzosamente á observar los hechos, clasificándolos en el orden más verosímil; y deja de ser ciencia en

(1) Varios párrafos de este artículo son traducciones de la Estética de Eugenio Veron. París 1883.

el sentido rigoroso de esta palabra. Sin embargo, de la observación de estos hechos se desprende un principio de importancia capital, y es que, fuera de las condiciones materiales que se derivan de la Optica y de la Acústica, lo que domina en la obra de arte, lo que le dá su verdadero carácter, es la *personalidad del artista.* La ontología desaparece para dejar espacio libre al hombre.

La extensión limitada que nos hemos propuesto dar á este artículo, nos obliga á hablar desde luego de las únicas tres rutas abiertas que vemos para el arte: la imitación de un arte anterior, la copia de las cosas reales y la manifestación de impresiones individuales.

El primer método es el *académico.* Tiene por principio, más ó menos latente, la negación del progreso y aun de todo cambio intelectual; y su práctica consiste en forzar á los ingenios jóvenes del siglo diez y nueve á pensar y á sentir como los del tiempo de Pericles ó de León X. Como esto no es posible, la pluralidad de los artistas sometidos á esta disciplina encuentran más sencillez eliminando todo pensamiento y sentimiento, limitándose á estudiar procedimientos, aplicar fórmulas ó á elaborar imitaciones. Emoción, convicción, sinceridad, espontaneidad, todo lo que constituye el verdadero arte, desaparece completamente. El efecto natural y lógico de la enseñanza universitaria y académica, si no hubiera siempre revoluciones invisibles, sería formar, no artistas, sino traductores.

Si huyendo de este exceso, se cae en el contrario, se llega al *realismo,* que no es el arte; pero que por lo menos á él conduce. La teoría realista, llevada á su consecuencia extrema, reduciría al artista al empleo de simple copiador. La perfección de una obra consistiría en la ilusión completa y absoluta. El artista por excelencia sería el que viese y comprendiese las cosas como todo el mundo, y que las retratara exactamente como un fotógrafo que hubiese encontrado el medio de reproducir los colores con tanta exactitud como las formas. El ideal en fin sería llevar al hombre á la perfección de la máquina y á su indiferencia.

Por fortuna para la teoría realista, esto es un perfeccionamiento imposible. El hombre, obrando en cualquier sentido, conserva siempre algo de sí mismo: aunque encuentra utilidad en no tomar de las cosas más que la apariencia visible, como todo el mundo puede hacerlo, agrega siempre algo que, sin tener ante sus ojos, ve sin embargo en sí mismo, es decir, su emoción, su *impresión personal.* Esta

intervención se manifiesta desde luego por la elección misma del sugeto y en seguida por la disposición y proporción de las partes, por la importancia que dá á unas y no concede á otras, sin quererlo, y aunque las segundas no sean materialmente menos reales que las primeras.

Ahora, precisa y únicamente por este carácter, por estas preferencias instintivas y por estas particularidades de impresión que resultan para el auditor ó espectador, es por lo que una obra puede llegar á ser obra de arte. El primer transeunte puede contar las ramas de un árbol ó enumerar las peripecias de un drama; pero sólo el artista restituirá el efecto é impresión; porque su naturaleza lo hace precisamente más sensible que los demás á los efectos y á las impresiones; y esta restitución la hará naturalmente hermoseándolas con colores particulares, que serán los de su naturaleza propia, su temperamento y su personalidad.

De lo expuesto se deduce que del arte *convencional*, *realista* y *personal*, sólo el último merece verdaderamente el nombre de arte. El primero es la negación del arte, su misma contradicción; el segundo está separado frecuentemente del arte, porque es casi imposible que el artista desaparezca enteramente detrás de la realidad. Lo que constituye y determina esencialmente el arte, es la personalidad del artista; por consiguiente, el primer deber de éste es no procurar ejecutar más que aquello que lo afecte y lo exite realmente.

No insistiré más sobre estas ideas. Me basta para el objeto que me propongo haber marcado el principio y el término de mis deseos. Me dirijo únicamente á los que creen que el arte es un hecho puramente humano y que el manantial de toda poesía está en el alma del poeta. En cuanto á los que sustituyen la personalidad del artista con un cúmulo de fórmulas, que remplazan la memoria ó el cálculo con la imaginación, la convención con la sinceridad, no puedo considerarlos sino como los peores enemigos del arte.

. . . .

Lo dicho hasta aquí se refiere á todas las artes en general. Consideremos ahora cada una de ellas en particular.

Ante todo, se presenta desde luego una cuestión preliminar: ¿en qué orden debemos hacer este estudio? No es posible proceder al acaso, porque evidentemente nos expondríamos á repeticiones fatigosas y á una confusión desagradable. Es preciso adoptar una cla-

sificación que constituya una progresión racional y nos permita pasar fácilmente de una parte á otra.

El orden cronológico, que podría tener ventajas, presenta sin embargo algunos inconvenientes. Desde luego no se conoce bien y esto constituye la primer dificultad; y si se ensaya proceder por conjeturas, no es la cuestión menos difícil. Es muy probable, que las artes del oído han precedido á las de la vista. La razón de esta probabilidad es que el baile, la poesía y la música, reducidas á su expresión más simple, no presuponen nada fuera del hombre mismo y no exigen ningún recurso extraño. El ritmo del lenguaje, del canto, y de los movimientos, producen del modo más natural estas tres artes; y este mismo ritmo es del todo instintivo. Queda aún por saber cual de las tres se produjo primero; y esto es muy difícil determinarlo de un modo preciso y cierto.

Respecto de las artes de la vista, no es menor la dificultad de su clasificación. Conozco la teoría que cómodamente deriva la escultura y la pintura de la arquitectura. "De la misma manera, dice Lamennais, que los seres comprendidos en el mundo orgánico, cuando no tienen sino una existencia virtual, se desprenden poco á poco, se individualizan en el sér que contenía el gérmen, así de la arquitectura, su matriz común, se desprenden por una especie de trabajo orgánico, las diversas artes que contenía virtualmente, y que, siempre unidas aunque distintas de ella, se individualizan á medida que se opera esta evolución correspondiente á la del Universo." La escultura se desprende primero por la transformación progresiva de los relieves alto y bajo; después rompe la última ligadura de piedra que la detiene en el templo, y la estatua emancipada comienza por fin á vivir con vida propia é independiente. La pintura, que no tenía otro empléo que variar y amenizar las superficies por diversas coloraciones ó dividir por un trazo más marcado los relieves apenas perceptibles de la escultura en su niñez, termina por libertarse á su vez de esta servidumbre y se aventura á marchar sóla, cuando el hombre, arrancándose en fin del simbolismo místico del arte primitivo, se atreve á mirar á su alrededor, se convence de las cualidades que le son propias y se apercibe que el color goza en el Universo un empleo de muchísima importancia, como que hace distinguir los objetos."

Adoptaríamos esta doctrina seductora y aceptada generalmente,

si viéramos con claridad los hechos en que se apoya; pero desgraciadamente sus autores y partidarios se han olvidado de indicarlos, sin reemplazarlos por alguna otra demostración. Parece que han creído que era suficiente, para hacer inútil toda prueba de hecho, escribir frases muy bellas sobre el simbolismo primitivo de la arquitectura, destinada, según ellos, á reproducir los grandes rasgos del universo. Nuestra duda es fundamental: este mismo simbolismo, ¿es real y representa la primera forma de la arquitectura? Esto está tan poco probado como lo demás; por lo cual deducimos que esta luminosa explicación de las artes del dibujo se reduce á una teoría puramente fantástica.

Se ha deducido que en cierta época (probablemente muy antigua) de la evolución del arte, la arquitectura comenzó á formar con la escultura y pintura una especie de trinidad, una y triple, en que los tres elementos se encuentran íntimamente ligados, formando un todo casi indivisible. No ignoramos que entre los griegos, y probablemente entre otros pueblos, las artes del oído formaban un solo grupo. Los poetas cantaban y se acompañaban con la lira ó cítara. La poesía lírica, según vemos por los coros de la tragedia, era cantada por grupos cuyos movimientos se regularizaban: encontramos en esto la unión de la poesía, la música y el baile.

Las artes se reducen, pues, por sus afinidades de origen y naturaleza, á dos grupos muy distintos, según lo hemos dicho ya. Pero todo esto no prueba en manera alguna que cada uno de estos grupos haya salido unido del cerebro de nuestros antepasados; y volvemos á encontrarnos con la cuestión que hemos considerado respecto de las artes de la vista, aplicada del mismo modo á las artes del oído: ¿Cuál es de los dos grupos el que se ha manifestado primero? Y, en cada uno de los expresados grupos, ¿cuál es el orden con que se han producido cada una de las artes que lo constituyen? No encontramos solución para semejante problema, por carecer de *hechos* que pudieran servirnos de guía; y no queriendo contentarnos con la exposición de conjeturas más ó menos aventuradas, dejamos aparte el orden cronológico hasta que nuevos descubrimientos permitan tomar este punto de partida con alguna certeza.

Nos parece conveniente conforme al método de observación y experimentación que seguimos en la adquisición de nuestros conocimientos, buscar en los caracteres estéticos mismos la base de una clasificación de las artes. Intentémoslo.

Por su origen y la naturaleza de sus procedimientos, las artes se dividen, lo repetimos, en dos grupos distintos. Uno nace de las sensaciones de la vista y se refiere más ó menos directamente á los procedimientos usados por la escritura primitiva. Las tres artes que constituyen este primer grupo son la escultura, la pintura y la arquitectura. Tienen por carácter común desarrollarse en el espacio; sus manifestaciones se refieren á un momento único; por consiguiente, excluyen el movimiento, es decir, la sucesión en la duración, y lo reemplazan con la simultaneidad en el orden, cuya ley es la proporción.

Las otras tres, poesía, música y baile, igualmente sometidas al ritmo, y teniendo por medio de expresión el sonido, nacen de las sensaciones del oído y toman su origen en el lenguaje hablado, que parece haber sido mucho tiempo una especie de canto cadencioso. Su modo de acción es la sucesión, lo que las refiere á la noción general de tiempo y movimiento. Por lo mismo, éstas animan más directamente la vida en su esencia íntima; en tanto que las otras la buscan en formas exteriores que, aun manifestándola en un momento dado de su acción, la disimulan en parte por la misma necesidad en que se encuentran de comprenderla en los límites de una actitud definitiva, es decir, quitarle lo que constituye el carácter más variable, el cambio, el movimiento.

En nuestro concepto, es perfectamente racional fundar una clasificación de las artes partiendo de la mayor ó menor potencia con que ellas expresan la vida, advirtiendo que tomamos la palabra vida en sus dos faces de física y moral. No basta que el escultor ó el pintor sobresalga en producir apariencias del cuerpo viviente, por ejemplo; es necesario que las actitudes, gestos, disposiciones de los músculos del cuerpo y del rostro expresen, hasta donde sea posible, los caracteres, sentimientos, intenciones y pensamientos.

De todo lo que precede resulta, si hemos logrado hacernos entender, que lo que hace el valor artístico de estas manifestaciones no es la fidelidad de imitación. Si no se tratase más que de ver cuerpos vivientes, bastaría excursionar por los baños públicos, ó desnudar un modelo. Diariamente podemos observar los signos de la misma vida moral, fijándonos en las actitudes, gestos, fisonomías; en el lenguaje de los grupos que se forman en las calles á propósito de los menores accidentes, ó en las conversaciones y discusiones con

nuestros amigos. Si nos fijamos con algún interés en estas diversas circunstancias, debemos reconocer que las impresiones que nos resultan no tienen nada de artísticas. Encontramos un atractivo filosófico, una satisfacción de curiosidad psicológica, la confirmación ó negación de observaciones hechas anteriormente, todo lo que se quiera; pero jamás, nada que se parezca á lo que experimentamos á la vista de una estátua ó de un cuadro que exprese los mismos sentimientos. Y esto, por qué? Porque lo que nos impresiona y conmueve en la obra de arte, lo que admiramos en esta expresión artística de la vida moral y física, no es la vida misma, sino el poder y la originalidad con que el autor ha creado la impresión que le produce y su modo de comprender las manifestaciones; lo que causa en fin el placer estético es la *personalidad del artista* al través de la de los seres representados.

Partiendo de este principio, vamos á ensayar una clasificación de las artes. Conservando siempre la división en dos grupos, por parecernos fundamental, distribuiremos cada una de las artes que los componen según la magnitud de los medios que proporcionan al artista para manifestar y afirmar su personalidad; lo que equivale á distribuirlas según el número y cualidad de impresiones que puedan desarrollar, supuesto que por ellas manifiesta el artista su genio ó talento particular.

Hé aquí la clasificación (que procuraremos justificar en otros artículos) manifestando la naturaleza y el límite de expresión de cada una de las artes. En cada uno de los grupos, están las artes en orden creciente de expresión.

Artes de la vista: Arquitectura.—Escultura.—Pintura.

Artes del oído: Baile.—Música.—Poesía.

Guadalajara, Marzo de 1888.

LUCIO I. GUTIÉRREZ.

CONFITEOR DEO.

Caminaba rápidamente el invierno á arrojarse en brazos de la primavera. El mes de Febrero tocaba á su fin.

La mañana estaba triste y fría: ligeras nubecillas bogaban en el horizonte formando fantásticas y caprichosas figuras, alumbradas por los nacientes rayos de un sol pálido y enfermizo.

Acababa de abrir sus puertas la pequeña Iglesia de Santa Teresa y el sacristán hallábase solo en el vasto templo edificado por la piedad de los fieles al Cristo abandonado en el Cardonal.

Embebido en sus pensamientos el guardián de la iglesia, ó más bien, no libre aún de la influencia del caliente lecho que no ha mucho abandonara para llenar sus cuotidianas tareas, no reparó en la presencia de una dama que, sin que la precediese el ruido de un carruaje, había penetrado al templo. La gallardía de su porte y la distinción de sus maneras revelaban en la dama, aun al menos perspicaz, una mujer acostumbrada á los halagos de la fortuna y al continuo roce con personas de elevada posición. El sacristán no pudo menos que admirarse al contemplar aquel continente soberbio, aquel andar majestuoso de la desconocida; y no porque no hubiese visto damas semejantes, puesto que es bien sabido que después de Santa Brígida, el templo de Santa Teresa es el más frecuentado por la aristocracia de nuestra capital, sino porque lo inusitado de la hora hacía justificable la sorpresa del humilde sacristán.

Tentado estuvo de creer al principio que la dama volvía de algún baile y que era, no que se hubiese levantado, sino que aún no se había acostado; cuando más, que acudía á alguna cita; pero pronto rectificó sus temerarios pensamientos.

Aunque no muy ducho en achaque de trajes femeninos, observó que el de la incógnita no era propio para una fiesta. Amplia mantilla lisa y sin encajes la cubría como un manto, recatándole el ros-

tro; su vestido era negro y de lana; sus guantes igualmente negros. A no dudar llevaba luto.

De seguro ningún designio profano ó pecaminoso la había conducido al templo; así lo hacían esperar el aire modesto y recogido con que adelantó hacia el altar mayor; la fervorosa humildad con que dobló las rodillas é inclinó la cabeza; la mansedumbre y la fé con que murmuró sus oraciones; el ahinco, en fin, con que se esforzaba en disimular, cuando menos, lo que había de mundano, de airoso, de provocativo en su persona. Parecía querer ocultar su belleza como otras pretenden ocultar su fealdad; dijérase que su lozanía era un delito y su donaire un pecado.

Bastante tiempo duró la plegaria muda y ferviente que dirigiera á la divinidad; y al levantar su rostro, parecía haber hallado fortaleza si no consuelo en su aflicción. Porque alguna aflicción, alguna pena, algún dolor íntimo debía perturbarla. Así lo indicaban los rasgos de su fisonomía dolorosamente contraídos; el círculo amoratado que rodeaba sus ojos y la palidez mate que á manera de velo cubría su rostro.

Levantóse, miró á todas partes, vaciló un momento y fuése luego en derechura del sacristán, que aguijoneado por la curiosidad no perdía ninguno de sus movimientos.

—Dispense vd.,—le dijo con voz argentina, con acento claro en el que á través de lo cortés de la fórmula con que hizo la pregunta, se traslucía el tono imperativo de la persona acostumbrada á dictar órdenes—dispense vd., ¿confiesan ya en la capilla del Señor?

—Todavía no—se apresuró á decir el sacristán, pugnando por atravesar con las miradas lo espeso del velo—es decir, sí: ahora sale de la sacristía, es su hora, el padre....

—Gracias—repuso la desconocida; y sin esperar más palabra, marchó aceleradamente en dirección de la capilla indicada. Parecía temer que alguien le ganara la delantera. Vana precaución: porque nadie aún turbaba el silencio de la vasta é imponente nave.

El sacristán quedó algunos momentos contemplando el donaire y gentileza de la enlutada, su esbelto talle, su andar breve y cadencioso, la arrogancia y garbo de cada uno de sus movimientos: después, murmurando algunas frases, volvióse y se dirigió á continuar sus ocupaciones.

La incógnita enlutada había llegado en tanto al confesionario y

postrádose de hinojos junto á la rejilla. Acababa de instalarse en él un sacerdote alto, pálido, delgado. Su frente ancha y elevada, limitada por un crespo y abundante cabello que debió de ser rubio, pero que hoy se encontraba casi cubierto con ese polvo del camino de la vida que llamamos canas, hallábase surcada de precoces arrugas, hijas, más bien que de la edad, de la meditación. Su cabeza inclinada, su semblante descolorido y macilento denotaban ó mucha austeridad ó muchas penalidades. De continente sencillo, de andar suave, de mirar dulce á la par que profundo, indicaba en sus modales distinción, y en sus ademanes austera religiosidad. Al cruzar el templo desde la sacristía al confesionario, diríase que era una de esas estatuas rígidas y severas, muestras del arte en las pasadas edades, y símbolo de la piedad de aquellos tiempos, que por un milagro se hubiese momentáneamente animado; al verlo, instintivamente se buscaba el vacío pedestal abandonado por él.

La capilla, alumbrada apenas por las primeras claridades de la mañana, presentaba un aspecto fantástico. Distinguíase vagamente allá en el fondo, la inspirada cabeza de la Santa Doctora de Avila. Lo blanco de la toca y lo blanco del plumaje del Parácleto, que en un ángulo del cuadro se veía vertiendo un rayo de luz radiosa sobre la frente de Teresa, era lo único que del ara de la Iglesia toda se destacaba. La vieja y denegrida madera del confesionario y las sombrías vestiduras del sacerdote y la dama, formaban un confuso grupo en la parte más escondida de la capilla, y resaltando en negro sobre fondo oscuro, parecían un nubarrón en tenebrosa noche. Goya no habría desdeñado este grupo para sus fantásticas composiciones. A Rembrandt le hubiera dado asunto para esos cuadros inimitables de fondo sombrío y cuyo secreto él sólo poseía......

—*Ave María*, comenzó la penitente con insegura voz. Yo, pecadora, me confieso á Dios Todopoderoso...... y continuó recitando la humilde súplica que encierra el *Confiteor*.

—Tranquilizaos, hija mía,—dijo con acento dulce y naturalmente tierno y melancólico el confesor—noto en vuestra voz turbación: tranquilizaos, desechad el temor. Cualquiera que sea la culpa, por grande que sea vuestra turbación, os dará alivio si no remedio, la misericordia infinita de Dios.

—¡Ay! ¡padre!—replicó la penitente—yo misma ignoro si es ó no una gran culpa.

—Sea un pecado que vos misma pretendeis disfrazaros, sea un escrúpulo de la conciencia en lucha, hablad con toda sinceridad, sin ningún temor. Como las manos de Jesucristo cerraban las llagas visibles y los males ocultos; como al solo influjo de su voz los ciegos recuperaban la vista y los mudos el habla, así las palabras que él dicta, curan los males que ejecuta el cuerpo y los sufrimientos que turban al espíritu.

—El mío quizás no esté manchado, pero turbado sí, turbadísimo, sufriendo tormentos indecibles, torturas inexplicables.

—Valor, ánimo: recordad que cuando el mar bravío, deshecho en revuelta tempestad amenazaba hacer zozobrar la frágil barquilla de los discípulos de Jesús; cuando las agitadas olas, más turbadas que vuestro espíritu, amedrentaban con su furia á los sencillos pescadores, á una palabra del Divino Maestro recobraron la calma, y Jesús marchó sobre las tranquilas ondas llevando el consuelo y la esperanza á sus aterrorizados discípulos.

—Padre, vuestras palabras infunden en mi ánimo confianza, me animan y me fortalecen. No en balde recurrí á vuestros auxilios; no en balde os habían recomendado para conmigo.

—Señora—interrumpió con severidad el sacerdote—es más mundana de lo que el caso requiere esa lisonja. No debíais haberla pronunciado, ni haberos guiado por ella al venir á este sitio. El sagrado traje que llevo, obliga á mucho más de lo que la carne flaca y el pobre espíritu permiten al corazón. Al venir á confesaros debeis olvidar por completo al hombre mortal que os atiende, para pensar únicamente en el Dios inmortal y justiciero que por su conducto os escucha y juzga.

VICTOR M. VENEGAS.

(Concluirá).

CONFITEOR DEO.

(CONCLUYE).

—Sí, padre mío,—dijo con vehemente expresión la dama—lo sabreis todo, hasta lo que no he osado decirme á mí misma, hasta lo que yo he pretendido ocultarme; mis padecimientos íntimos, mis más recónditos sufrimientos...... Mi confesión por fuerza tiene de ser larga: he de remontarme á mis primeros años, á mi vida de infancia, á los placeres y dolores de mi juventud. Apelo á vuestra bondad: tened la paciencia de escucharme:

"Tranquilos, sin zozobras, trascurrieron los primeros años de mi niñez. Léjos de la alharaca y bullicio de las ciudades; apartada de ese semillero de malas pasiones que se enjendran en las grandes capitales, vivía en el campo contenta, feliz y rodeada de esos mil halagos, cariños y consideraciones que sólo la solicitud de unos amantes padres pueden proporcionar. Mi padre, de ilustre nombre y elevada posición, tenía su hacienda en gran decaimiento, como resultado de su vida de joven y del poco cuidado con que la viera durante los primeros años de su matrimonio.

Mas cuando tuvo hijos, ó hija—pues yo fuí la única—temió por ellos lo que por él no había temido. Cedió á las indicaciones de mi madre, tan bella como virtuosa y tan virtuosa como discreta; cedió á su propia razón y apartándose de la capital y de sus gastos y lujo, fuése á encerrar con nosotras, en una de sus extensas propiedades, la más valiosa por sus tierras é inmuebles. Doce años de economía, de asiduo trabajo, de personal administración y de solícitos é inteligentes cuidados, repusieron y fortalecieron su caudal, asegurando por completo mi porvenir.

Una aya anciana y bastante instruida que me acompañaba y mi mismo padre, se encargaron de mi educación intelectual. En cuanto á la del corazón, ¿qué profesor más sabio, más celoso, más adecuado y prudente que mi madre? Ella educó mi espirítu, ella refrenó mis ímpetus nativos y redujo á decorosas y justas medidas, mis acciones un tanto arrebatadas. Bajo su hábil dirección, rodeada de sus solícitos cuidados, de tiernos y amorosos consejos, mi sér se modificó, mi alma se robusteció y creció sana y fuerte como aquellas flores á las que un cuidado exquisito presta mayor fragancia y brillantez.

Poca gente nos visitaba en nuestro destierro voluntario. El pueblo era pobre y pequeño. Sus habitantes no podían alternar por su sencilla rusticidad y su humilde inteligencia, sino excepcionalmente con nosotros. Tratábamos, pues, tan sólo al cura, hombre sencillo á la par que virtuoso y de muy afable trato. Solía traer con él á su sobrino, huérfano alegre y vivaracho, de alma franca y despejada inteligencia, cuyo talento reflexivo y fogosa imaginación, mal se avenían entre sí y mucho menos con sus años. Era un muchacho, casi un niño de once años cuando jugaba alegremente conmigo que tenía ocho. Mis padres lo acogían con cariño y escuchaban con agrado sus dichos, sus agudezas, otórgandole esa familiaridad protectora que, á lo que cuentan, en antiguos tiempos otorgaban los grandes señores á sus vasallos.

El cura se proponía dedicar á su sobrino á la iglesia, si como quería creer, apuntaba en él la vocación á la carrera eclesiástica.

Pronto á los obsequios del niño sucedieron las galanterías del mozo: á pueriles afectos, juveniles ardores; yo, aunque niña aún y educada con sencillez y candor, era rica en astucias y fértil en malicias.

Advertí, tal vez y sin tal vez, antes que el mismo Juan, que éste cedía á una inclinación obstinada, insensata, irresistible. Oponíase ya suave, ya furiosamente á los designios de su tío, el buen cura, quien al cabo renunció á ellos, vista la indecible repugnancia del chico á tomar los hábitos.

Mostrábase ora jovial, vivo y hasta turbulento, ora meditabundo, melancólico y sombrío. Bien pasaba el día entero junto á mí, ó bien desaparecía por días y días de nuestra casa. Nadie caía en la cuenta de lo que sucedía, por cándido el cura, por vieja mi aya, por altivos mis padres.

Sabían éstos que han desaparecido ya aquellas rigurosas gerarquías que antes alzaban inexpugnable barrera entre unas y otras clases, entre unos y otros individuos. No podían pensar, sin embargo, ni en manera alguna suponer, que el pobre, el huérfano, el desheredado, el sobrino en fin de un cura de pueblo, se aventurase á poner los ojos en su hija, en la única heredera en sus haciendas. Olvidaban que el amor no reconoce gerarquías ni castas; que todo lo iguala y avasalla todo.

Sólo yo, pues, notaba el fuego y el resplandor de ese incendio que amenazaba consumir al pobre Juan. Es más ¿á que negarlo? veía con gusto esa llamarada y si no la avivaba, no hacía tampoco nada por sofocarla.

¿Era verdadera inclinación hacia ese enamorado de 20 años? ¿Era la vanidad mujeril què al despertarse de sus sueños de niña se complacía en que le rindieran vasallaje? No lo sé; sé únicamente que dueña del secreto, lo guardaba y acariciaba con la misma imprudencia con que un chiquillo guarda y acaricia un lobezno. Marchaba con la temeraria indiferencia con que los mozos del pueblo llevan sus fajas enchidas de cohetes; un ligero frotamiento, una chispa los enciende, estallan y destrozan al temerario. No tardó en efecto, en estallar la pólvora. Durmiendo sobre el cráter de un volcán no es difícil despertar pulverizado.

Una tarde de verano, vino, según costumbre, Juan. Mis padres dormían la siesta, mi aya dormitaba en un mecedor, yo...... me miraba al espejo; todo aquel día me repitieron que estaba como un angel. Había estrenado un vestido de batista blanco á rayas menudísimas de seda escarlata, con lazos de esta tela y cinturón del mismo color. En las mangas y en el pelo, que undoso y negro llevaba suelto sobre las espaldas, había colocado con cierta coquetería lazos de ese color, que tanto me agradaba.

Perdone vd., padre, que le canse con tan nimios pormenores; mas no son ociosos para la explicación de los hechos.

Aquí la gallarda penitente, se detuvo como esperando alguna frase del confesor; éste permaneció inmóvil y mudo.

Ella continuó:

Lllegó Juan como llevo dicho. También él estaba muy lindo mozo. Su vestido no era á lo señor, tampoco á lo labriego. Como no se había dedicado nunca á trabajos manuales, como su tío le ha-

bía proporcionado libros y estudios, pensando dedicarlo á una carrera profesional si no á la eclesiástica, por la que tanta renuencia había mostrado, y como Juan, en suma, era alto y apuesto, y no tenía de campesino más que lo moreno, lo ágil, lo varonil, estaba hecho, lo repito, un guapo mozo.

Al verme se quedó suspenso. Jamás, según creo, le había yo parecido tan bella. Debióse esto, sin duda, á mi traje, á mi cabellera, á mis colores frescos y también á que eran aquellos días, quizá aquel día, en los que el alma y el cuerpo de la niña salen como rompiendo un molde cincelado, acuñados ya por el amor. La víspera, niña aún, hoy mujer; la crisálida, en fin, convertida en mariposa. Sentía de improviso nacer en mí dos sentimientos confusos ó desconocidos hasta entonces; no disimulado el uno, fortísimamente recatado el otro: el pudor y el amor.

Solté la carcajada al ver á Juan mudo y estático. El, sin embargo, no rió; únicamente al cabo de un rato, rompió en una alabanza muy trivial, pero que sonó más dulce en mis oídos que alguna otra haya sonado en mi vida.

—¡Dios mío! ¡Qué linda os veo!

Iba á contestarle, cuando me distrajo un pequeño incidente. Un perrito que yo tenía, muy travieso, echó á correr á todo escape por el jardín—á la puerta del cual nos hallábamos—detrás de un gato con el que reñía, metiéndose en un cuadro de flores que en mucho estimaba y que yo misma cuidaba. Dí á correr también tras ellos; pero como no me obedeciesen y siguieran estropeando las plantas:

—Juan, Juan, ven aquí—grité.

Llegó Juan velozmente, castigó á los culpables, recompuso los desperfectos, recogió las flores, formó con ellas y unas fragantes hojas un ramillete y me lo entregó, quedándose al hacerlo como estaba mientras disponía el ramo, de rodillas.

—Muchas gracias,—dije—vaya, levántate.

No, murmuró suavemente, dejad que os adore como adoran á la Virgen en la iglesia.

—Calla, impío—repliqué sonriendo—si tu tío te oyera semejante cosa...... Ea, arriba. Y á fin de obligarlo más, tendí la mano para que se incorporase.

Juan retuvo la mano...... Eran las tres de la tarde; el día de Julio,

el calor extremado; parecía que la tierra devolvía al cielo el fuego ardiente que desde el cielo derramaba el sol. Nada se oía ni se veía á nadie. Algunos arbustos cargados de flores nos formaban muro, pabellón y gruta. Había allí fresco y perfumes intensos; la hoguera del estío al lado. Nunca he podido explicarme el cómo ni el por qué de aquello. Juan estrechó mi mano hasta lastimarme: se irguió, ciñó mi talle, me atrajo á sí y al doblarme por la presión, me acarició los ojos con sus labios.

La dama, al llegar á este punto, dobló la cabeza y gimió. Del interior del confesionario partió como un eco fiel, aunque lúgubre, otro gemido; más tan tenue que apenas resonó.

—¡Ah padre!—dijo reponiéndose un tanto la penitente—si por el pecado aquél me condenara á eternas llamas, no me abrasaría más que lo que me abrasó aquel beso......!

Dí un grito agudísimo. Juan me soltó y huyó con el semblante con que debe huir un hombre, del cadáver de un inocente que ha asesinado.

Acudió el hortelano y el aya luego. Les dije que me había asustado, que me había caído, ¡qué sé yo!...... Mi voluntad ha sido siempre enérgica y logré reponerme á poco á los ojos de los demás.

Juan ya no volvió á mi casa. Se escapó de la suya en aquel mismo día fatal. Vino á México, forjó un cuento á su tío, pidióle recursos y se entregó con ansia, con furor al estudio. Así al menos lo oí al señor cura que contaba entre admirado y compungido á mis padres, las extravagancias de su sobrino.

Dos años después nos trasladamos á esta capital. Me presentaron en sociedad; obtuve, como suele decirse, mucho éxito; menudearon los pretendientes y los desdeñé uno tras otro. Pero insistió más que ninguno D........... (permitid que calle el nombre) y mis padres consintieron sin violencia en que me uniera á él. Reunía mi pretendiente raras prendas y nobles cualidades; yo deseaba poner una barrera poderosa contra los locos desmanes de mi memoria; preguntábanme mis padres, sorprendidos de mis deseos, si me dominaba alguna pasión oculta. ¿Podía confesarlo? ¿Debía apesadumbrarlos? Me casé, pues, con mi adorador.

Padre, no fuí dichosa; pero no lo hice desdichado. Aquella terrible hoguera encendida por la osadía de Juan, ardía siempre en mis entrañas; mas, la sentí abrasar, aniquilar hasta sus más pequeñas fibras sin que ni un tibio calor llegase á mi marido.

Dos veces vi á Juan; poco antes de casarme la una, después de haberme casado la otra. Iba la primera con mi madre que lo llamó y lo obligó á hablarme. Lo hizo sin mirarme una sola vez, consiguiendo, merced á poderosísimo esfuerzo—bien lo comprendí—no delatarse. Estudiaba medicina y era un portento de inteligencia y aplicación, raro modelo de austeridad y sensatez. La segunda vez que lo ví, iba yo en coche con mi marido. Al doblar una esquina, tropezamos con él; creí que caía muerto, tal lo ví. Mi marido que lo observó, lo atribuyó á espanto de ser atropellado por el carruaje.

Ni lo volví á encontrar ni lo he vuelto á ver. Después supe por un labrador del cortijo que había dejado aquella carrera que tan brillante porvenir le reservaba...... que había entrado al Seminario...... Noticias vagas y confusas que pasaban ante mí como las imágenes angustiosas pero inciertas de una pesadilla.

No bendijo Dios mi matrimonio y quizá hizo bien. Soy viuda aun no hace un año. Mi marido murió joven todavía sin dejar ni un hijo.

No he sido, no he podido ser jamás, infiel á mi esposo. Le he respetado, le he obedecido, le he estimado siempre; pero no le he amado jamás. Después de casada, retenía con más vigor que nunca mi afición desatentada por Juan. Y si en pensamiento se peca, si con la imaginación se delinque...... ¡Oh, padre mío! ¡Que Dios me perdone!......

Y la enlutada volvió á detenerse, volvió á dejar caer la cabeza; ya no gimió, sollozó, y por segunda vez, del fondo tenebroso del confesionario partió como un eco, otro sollozo; pero tan apagado y tan hondo, como si se oyese á través de la losa de un sepulcro.

—Padre—exclamó por fin la hermosa viuda, con tan vehemente expresión, que hizo volver el rostro á los fieles más cercanos—yo creo que sólo puedo obtener paz en esta vida y perdón en la otra apagando en las puras fuentes de una lícita unión, este fuego pecaminoso.

Soy libre, soy dueña de mi voluntad. Quiero buscar á Juan, premiar sus afanes, acabar su martirio, decirle cara á cara á la luz del sol, que también le amo........ Nada repuso el confesor á aquel arranque. Extrañábase ya la atribulada penitente de tan tenaz silencio, cuando con voz reposada, pero muy quedo, dijo después de una breve pausa:—Es el caso muy árduo, hija mía...... Esos,

pecados de intención......... esa casi alegría por la muerte del marido......

—¡Padre! ¡Padre!......

—Todo ello requiere más calma y meditación. Reflexionad durante algún tiempo. Reflexionad en la nueva vida que pretendeis llevar *¡imposiblé!* á mi parecer. Buscad en el seno del Altísimo esa conformidad, ese auxilio, esa fortaleza que todos necesitamos. La que hallaron los jóvenes israelitas en el horno ardiendo; la que hallaron aquellos mártires, que se dejaban arrancar uno á uno sus miembros con tenazas candentes, antes que renegar de su fé......

—Bien, padre, lo haré así. ¿Cuándo os podré volver á ver para que me resolvais?......

—Volved dentro de dos ó tres semanas. Hoy...... ¡no puedo más!

—Está muy fatigado, pensó la dama, y se fué.

Tres semanas más tarde volvió á entrar en la misma iglesia y se dirigió al mismo confesionario. Estaba vacío. Buscó al sacristán y le preguntó por el sacerdote que habitualmente lo ocupaba.

—Quién, ¿el prdre Juan?—dijo aquel.

—¡El padre Juan!—prorrumpió la dama sintiendo brotar un sudor frío de su frente.

—¡Pobre señor!—continuó el sacristán—Ha estado á la muerte...... Hoy justamente hace tres semanas que no creíamos escaparía con vida. A los quince días se alivió un poco, un poquito nada más, y se empeñó en salir.

No hubo fuerza para que desistiera de su empeño. Salió para no volver más........ Ha marchado á profesar á un convento extranjero......

—¿Y se llamaba?...... balbució aterrada la dama del negro traje.

—D. Juan Bermúdez, sobrino del cura de....... ¿Pero qué tiene ud. señora?

La dama no respondió, palidéz cadavérica cubrió su rostro, vaciló...... y desplomándose, cayó en el suelo como una masa inerte.......!

VÍCTOR M. VENEGAS.

MI ESTRELLA.

Sobre mí un cielo de tul
La infancia alegre tendía
Y en él un astro lucía......
Era mi estrellita azul.

De su luz la dulce huella
Me guiaba en este suelo,
Todas las dichas del cielo
Me venían de mi estrella.

Cuando oscura nube errante
Me velaba su fulgor,
Su garra hincaba el dolor
En mi pecho palpitante.

Reflejaba mi alegría
Con espléndida belleza,
Y en mis horas de tristeza
Mustia y pálida lucía.

Si en los astros su destino
Tienen los humanos séres,
Mi estrellita azul, tú eres
La antorcha de mi camino.

En mi niñez placentera,
En mi juventud sombría,
Siempre, siempre, estrella mía,
Has brillado en mi carrera.

De la muerte en el capuz,
Cuán feliz seré en mi fosa,
Si sobre ella, cariñosa,
Brilla tu querida luz.

Si tus tibios resplandores
Me bañan cuando sucumba,
Aun la noche de la tumba
Tendrá para mí esplendores.

A mi alma intranquila das
Luz con tu fulgor risueño.
¡Mi estrellita azul, mi sueño,
Ay, no te extingas jamás!

ANTONIO ZARAGOZA.

DOS ERRORES.

—Si muriera, ¿llorarías
En mi tumba?—¡Y sin consuelo!
—¿Y nunca me olvidarías?
—¡Sería eterno mi duelo!

¿Y si muero yo?—Mi llanto
Dejar correr no podré,
Pues te quiero tanto, tanto,
Que si mueres, moriré.

¡Ilusiones de inocente!
Los dos sufren un error:
¡No se llora eternamente,
Ni se muere por amor!

ANTONIO ZARAGOZA.

NAPOLEÓN BONAPARTE (1)

(CONTINUA.)

Esta multitud de notas, empero, no es sino la más leve parte de la población mental que pulula en ese inmenso cerebro, pues, sobre la idea que tiene él de lo real, elévanse y amontónanse sus concepciones acerca de lo posible. Sin tales concepciones no hay manera de manejar y trasformar las cosas: y ya se sabe como las manejaba y trasformaba Napoleón. Antes de obrar, ha escogido su plan, y si le ha escogido, ha sido entre otros muchos (2), después de examinarlos, compararlos y formar su juicio; de suerte que todos los ha concebido. Detrás de cada combinación adoptada, se entrevé la multitud de combinaciones desechadas; hay cientos de ellas á la espalda de cada abrazada decisión, de cada efectuada maniobra, de cada tratado firmado, decreto promulgado, orden expedida, y aun, lo diré, detrás de cada acción ó palabra improvisadas. Porque hay siempre cálculo en todo lo que hace, en sus expansiones aparentes y hasta en sus explosiones sinceras. Cuando parece conducirse con abandono, es de hecho pensado, previendo el efecto, con el propósito de intimidar ó deslumbrar; explota todo lo ageno y lo propio: su pasión, sus violencias, sus defectos, su necesidad de hablar, y todo para el progreso del edificio que construye (3).—A la verdad, entre sus

(1) Terminamos hoy la primera parte del estudio magistral de Taine sobre el *Gran Capitán del Siglo*, ofreciendo á nuestros suscritores publicar la segunda, en este IV tomo de *La República*. Seanos lícito con este motivo, manifestar nuestra gratitud por los parabienes que hemos recibido á causa de esta versión, la primera que se haya hecho en lengua castellana.

(2) Acostumbraba decir: "Compongo siempre mi tema de varios modos."

(3) Mme. de Rémusat, I, 117, 120: "He oído gritar un día á M. de Talleyrand con cierto mal humor: "Este diablo de hombre engaña en todas materias: aun sus pasiones son incomprensibles, porque halla manera de fingirlas, aunque realmente

diversas facultades, por grandes que sean, ésta, la *imaginación constructiva* es la más poderosa. Sentíase desde el principio su calor intenso y su ebullición, á través de la frialdad y tirantez de sus instrucciones técnicas y positivas: "Cuando formo un plan militar—decía á Roederer—no hay hombre más pusilánime que yo. Abulto los males y peligros posibles; siéntome penosamente agitado. Esto no me impide, con todo, aparecer sereno delante de las personas que me rodean; *soy como una joven que da á luz un niño.* (1)" Apasionadamente, con trasportes de creador, absórbese así en su futura creación; anticipadamente y con alborozo habita sus edificios imaginarios. "General—decíale un día Mme. de Clermont Tonnerre—construis detrás de unos andamios, que haréis caer cuando hayais terminado.—Si, señora, así es, respondió Napoleón, teneis razón, *no vivo nunca sino en dos tiempos.*"

Brotó su respuesta "con una vivacidad increíble," como con sobresalto; con el sobresalto del alma tocada en su fibra vital, en el centro.—Del mismo modo, parecen sin límites bajo este aspecto, el poder, la rapidez, la fecundidad, el juego y el alcance de su pensamiento. Es sorprendente lo que ha hecho; pero ha emprendido mucho más, y son nada sus empresas al lado de sus sueños. Por más vigorosas que sean sus facultades prácticas, es mucho más vigorosa todavía su facultad poética; lo es aun de sobra para un hombre de estado. En ella, la grandeza se exagera hasta la enormidad, y la enormidad hasta la locura. En Italia, decía ya á Bourrienne después del 18 fructidor: "La Europa es una ratonera; no ha habido nunca grandes imperios ni grandes revoluciones sino en Oriente, donde viven seiscientos millones de hombres." El siguiente año, ante San Juan

las sienta."—Así, en el momento de hacer á lord Whitworth la escena violenta que rompió el tratado de Amiens, conversaba y jugaba con mujeres y con el pequeño Napoleón, su sobrino, con el aire más alegre y tranquilo del mundo: "Repentinamente avísanle que la reunión está completa. Su fisonomía se trasforma como la de un actor, á la vista de los circunstantes. Pareció palidecer su tez, á su voluntad; contrajéronse sus facciones;" levántase, marcha precipitadamente hacia el embajador inglés, y lanza rayos y centellas durante dos horas ante doscientas personas. (Handsard's, *Parliamentary History*, tomo XXVI, mensajes de lord Whitworth)—"Decía frecuentemente, que el hombre político debe calcular hasta las menores ventajas que puede sacar de sus defectos." Un día, después de una de sus explosiones, dijo al cardenal de Pradt: "Me habréis creído muy irritado; no, os engañais; en mí, la cólera no ha pasado nunca de aquí" (Y le mostró el cuello.)

(1) Roederer, III (Primeros dias de brumario, año VIII.)

de Acre, añadía antes del último asalto: "Si tengo buen éxito, encontraré en la ciudad los tesoros del pashá, y armas para trescientos mil hombres. Levanto y armo toda la Siria, marcho sobre Damasco y Alepo; aumento mi éjercito con todos los descontentos, al avanzar por el país. Anuncio al pueblo la abolición de la servidumbre y del gobierno tiránico de los Paschás. Llego á Constantinopla con masas armadas; derribo el imperio turco, fundo en Oriente un nuevo y grande imperio que me dará el lugar que me corresponde á los ojos de la posteridad, y quizás vuelva á París por Adrianópolis ó por Viena, después de haber aniquilado á la casa de Austria." Cónsul ó emperador, recordará siempre esta época feliz (1) en que, "libre de los frenos de una molesta civilización," podía imaginar y construir á discreción, cuanto su espíritu le sugería. "Creaba una religión; mirábame en el camino del Asia, montado en un elefante, con un turbante en la cabeza y en la mano un nuevo Corán, que habría compuesto á mi agrado."—Confinado en la Europa, sueña desde 1804, con restaurar el imperio de Carlomagno. "El imperio francés vendrá á ser la madre patria de las otras soberanías. Quiero que cada rey de Europa se vea forzado á construir en París un gran palacio para su uso; vendrán á habitarle esos reyes, cuando acaezca la coronación del emperador de los franceses, y adornarán con su presencia y saludarán ellos con sus homenages, tan importante ceremonia (2)." Ahí estará el papa; será uno de los primeros en venir; será preciso que vuelva á París, y que se instale en esta capital definitivamente. ¿Dónde estaría mejor la Santa Sede, que en esta

(1) Mme. de Rémusat, t. 274.—De Ségur, II, 459. (Palabras de Napoleón la víspera de la batalla de Austerlitz): "En caso de haberme apoderado de Acre, habría adoptado el turbante, habría puesto amplios pantalones á mis tropas; no las habría llevado ya á los peligros sino en último caso, haciendo de ellas mi batallón sagrado, mis inmortales. Habría acabado la guerra contra el turco por medio de árabes, armenios y griegos. En lugar de una batalla en Moravia, habría ganado una batalla de Iso, me habría coronado emperador de Oriente, y habría vuelto á París por Constantinopla."—De Pradt, p. 19. (Palabras de Napoleón en Mayenza en Setiembre de 1804): "No hay nada ya que hacer en Europa desde hace doscientos años; sólo en Oriente puede trabajarse en grande."

(2) Mme. de Rémusat, I, 407.—Miot de Melito, II, 214. (Algunas semanas después de su coronación): "No habrá sosiego en Europa sino bajo un solo jefe, ó sea un emperador, que tenga reyes por oficiales, que distribuya reinos á sus lugartenientes, que haga al uno rey de Italia, al otro de Baviera, landanmman de Suiza á éste y estatuder de Holanda al de más allá."

nueva capital de la cristiandad, bajo la mano de Napoleón, heredero de Carlomagno y soberano temporal del soberano pontífice? Por medio del poder temporal, mandará el emperador al pontífice, y por intermedio de éste, gobernará las conciencias (1)." En Noviembre de 1811, en un acceso de locuacidad, dijo á de Pradt: "Dentro de cinco años seré el señor del mundo; no queda más que la Rusia, pero la haré pedazos (2)...; llegará París hasta Saint-Cloud..."—Hacer de París la capital física de Europa, fué, según su propia confesión, "uno de sus sueños perpetuos."—"A las veces, dice, quería que viniese á ser una ciudad de dos, tres, cuatro millones de habitantes, algo fabuloso, colosal, desconocido hasta nuestros días, y cuyos establecimientos hubiesen correspondido á su población...... Prometía Arquímedes mover el mundo si se le daba una palanca; por lo que hace á mí, habría mudado su faz, siempre que me hubiese sido dado hacer funcionar mi energía, mi perseverancia y mis presupuestos (3)."

Así lo cree al menos; pues, por más alto y mal apoyado que se suponga el piso superior de su edificio, siempre le sobrepone anticipadamente otro nuevo piso, más vacilante y más elevado todavía. Algunos meses antes de lanzarse á la Rusia con toda la Europa á cuestas, decía á Narbonne (4): "Después de todo, querido mío, este

(1) *Correspondencia de Napoleón* I. t. XXX. 550, 558. (Memorias dictadas por Napoleón en Santa Elena)-Miot de Melito II, 290.—D' Haussaunville, *La Iglesia Romana y el primer Imperio*, passim.- Memorial. "París habría venido á ser la capital del mundo cristiano, y yo habría dirigido el mundo religioso, así como el político."

(2) De Pradt, 23.

(3) *Memorias y Memorial.* "Era preciso que París se convirtiese en la ciudad única, sin comparación con las otras capitales. Las obras maestras de las ciencias y las artes, los museos, todo lo que había ilustrado á los siglos pasados, hubiera debido estar ahí reunido. Sentía Napoleón no poder trasportar á su recinto San Pedro de Roma; desconsolábale la mezquindad de Nuestra Señora."

(4) Villemain, *Recuerdos contemporaneos*, I, 175. (Palabras de Napoleón á M. de Narbonne, en los primeros dias de Marzo de 1812, y repetidas una hora después por M. de Narbonne.) La redacción es de segunda mano, y no es más que una imitación muy hábil; pero el fondo de las ideas es de Napoleón.—Cf., sus sueños tan desmesurados sobre la Italia y el Mediterraneo (*Correspondencia*, XXX, 548) y una improvisación admirable en Bayona, sobre España y las colonias. (De Pradt. *Memorias sobre las revoluciones de España*, p. 130.) "Sobre esto habló Napoleón, ó más bien, poetizó ú *oseanizó* durante largo tiempo.. como un hombre lleno de un sentimiento que le oprimía, en el estilo animado, pintoresco, lleno de fuego, de imágenes y de originalidad que le era familiar, so-

largo camino es el de la India. Alexandro había salido de un punto tan distante como Moscou para llegar al Ganges; me lo dije desde San Juan de Acre. Hoy día necesito cojer de nuevo el Asia á la inversa para avanzar á la Inglaterra...... Suponed rendido Moscou, abatida la Rusia, al czar reconciliado ó muerto en algún complot de palacio, improvisado tal vez un nuevo trono sumiso y dependiente; y decidme si para un ejército de franceses y auxiliares salido de Tiflis, no hay acceso posible hasta el Ganges, y si no bastaría tocar ese río con una espada francesa, para que viniese á tierra en toda la India, esa armazón de grandeza mercantil. Sería la expedición más gigantesca, es verdad, pero más factible del siglo XIX. Por este camino, conquistaría la Francia al mismo tiempo la independencia del Occidente y la libertad de los mares." Diciendo esto, brillan sus ojos con un fulgor extraño, y continúa acumulando los motivos, pesando las dificultades, los medios, las probabilidades; apodérase de él la inspiración, y se entrega á ella por completo. De pronto, la facultad principal sepárase y se despliega; el artista (1) encerrado en el político, sale de la vaina; y crea en lo ideal y en lo imposible. Puede entonces reconocérsele tal como es, un hermano póstumo de Dante y Miguel Angel; efectivamente, por los osados contornos de su visión, por la intensidad, la coherencia y la lógica interna de su sueño, por la profundidad de su meditación, por la grandeza sobrehumana de sus concepciones, es su semejante y su igual; tiene su genio la misma talla y la misma estructura; es uno de los tres espíritus soberanos del renacimiento itálico.—Sólo que los dos primeros operaban sobre el papel y el mármol; en tanto que éste ha trabajado sobre el hombre vivo, sobre la carne sensible y dolorida.

H. Taine.

(*Continuará.*)

---

bre la inmensidad de los tronos de México y del Perú, sobre la grandeza de los soberanos que los poseyesen, y sobre todo el resultado que tales posesiones tendrían sobre el universo. Muchas veces le había escuchado, pero en ninguna circunstancia le había oído ostentar tanta riqueza de imaginación y de lenguage. —Sea por abundancia del asunto, sea porque todas sus facultades hubiesen sido conmovidas por la escena de donde salía y porque todas las cuerdas del instrumento vibrasen á la vez, estuvo sublime."

(1) Roederer, III, 541 (2 de febrero de 1809). "Amo yo el poder; le amo empero como artista...., *como el músico su violín;* ámole para sacar de él sonidos, acordes, armonías."

Manuel Alvarez del Castillo.

Qui travaillait avant l'aurore
Peut s'en aller avant le soir.

Victor Hugo.

En mi mente arrojó sombra nocturna
tu desaparición inesperada,
y te quise cantar, y hallé cerrada
la de la inspiración sagrada urna.

Fué mudo mi dolor, aunque sentía
el corazón, para guardarlo, estrecho,
porque á un tiempo en mi lira y en mi pecho
la fibra más sonora se rompía.

Ya pasó del dolor el paroxismo,
y con párpados secos, aunqne rojos,
ayer pudieron mis cansados ojos,
de tu fosa medir el hondo abismo.

Ví la triste mansión donde resides,
cobijado en los pliegues de la sombra:
bajo las cinerarias, muelle alfombra
formaban los azules *no me olvides.*

Y, hoy al pensar en las venturas ciertas
que te han quedado en tu perenne calma,
siento que en tu otra tumba, que es mi alma,
las flores del recuerdo están abiertas.

¡Dichoso el que, cual tú, deja á su paso
memorias que se guardan tiernamente,
cual celajes el sol resplandeciente
deja al perderse en la región de ocaso!

¿Qué importa que tus restos se destruyan
de la tumba en la noche tenebrosa,
si en vela está el amor junto á tu losa
y nuestros himnos de amistad te arrullan?

Fuiste bueno y amante, tu alma ardiente
nunca pasiones conoció mezquinas,
y la muerte, al quitarte la de espinas,
su corona triunfal ciñó á tu frente.

Si sólo polvo, podredumbre y cieno,
la callada necrópolis encierra,
nada de eso eres tú, porque la tierra
con amor maternal te abrió su seno.

Está naturaleza más florida
en donde yaces pálido é inerte,
cual si probar quisiera que tu muerte
le prestó nuevos gérmenes de vida.

Porque, siempre reacio á la miseria
del mundo, vivo, diste al sentimiento
vida con tu elevado pensamiento,
y, muerto, vivificas la materia.

No dejas tras de tí torpes rencillas,
y hoy, que á la muerte asilo le pediste
y con eterno sueño te dormiste,
no tienes espantosas pesadillas.

Te llevaste tus dulces ilusiones
como reliquias lleva el peregrino,
y tu pupila, abierta á lo divino,
hoy ve pasar espléndidas visiones.

Si al mundo triste, de dolores lleno,
venimos á llorar, irte podías:
sabemos, los que vimos cuál sufrías,
que tu misión cumpliste como bueno.

Nadie puede tu ausencia reprocharte;
ni el amigo, ni el padre, ni el hermano:
la faena empezaste muy temprano
y tenías derecho de marcharte.

Duerme, pues; el tristísimo murmullo
de mis quejas, ya cesa, amigo mío,
que, al mirarte dormido, sólo ansío
dormir al fin un sueño como el tuyo.

Y aunque la fé con la esperanza pierdo,
aunque he olvidado todas las plegarias,
cuando vuelva á mirar tus cinerarias
sabré orar evocando tu recuerdo.

MANUEL PUGA Y ACAL

Marzo de 1888.

DELEITE.

Dicen los orientales, paloma mía,
que mieles deliciosas la Arabia cría;
pero á tus labios,
virgen de mis delirios, hacen agravios.

Que tienen lo encendido de los corales
y el perfume exquisito de los rosales.
¡Dichosa suerte
en la miel de tus labios beber la muerte!

RICARDO PALMA.

GUADALAJARA.

(RECUERDOS E IMPRESIONES.)

No hay nadie de los nacidos en la Península Ibérica, que no vea detrás de este nombre "Sevilla," un enjambre de dorados sueños, semejantes en lo variados y hermosos, al fecundo y florido suelo de Andalucía, y no hay nadie de los nacidos en nuestra mexicana República, que no adivine ignorados encantos y dulcísimas realidades, detrás de esta sonora y arábiga palabra con que los conquistadores, para honrar la memoria de Don Nuño de Guzmán, designaron á la capital de nuestra Andalucía, "Guadalajara."

Con el ánimo de sacudir enfermedades más morales que materiales, aguijoneóme un día el vivo anhelo de conocer esa ciudad que siempre me fué tan interesante y que hoy, después de verla, ha dejado como hondas é inextinguibles raíces, los más gratos recuerdos en mi corazón.

Pocas horas bastan para decidir un viaje si se cuenta con el poderoso elemento de la voluntad, y así pensé el mío á las doce de un viernes, y lo realicé al alborear del subsiguiente sábado.

Yo había visitado en otros tiempos algunas ciudades del interior, conocía los martirios inolvidables de aquellas tremendas jornadas en diligencia, de México á Tula, de Tula á Querétaro y de Querétaro á Guanajuato, y así como reflexiona un poeta al ver la debilidad del Hércules de Tebas, que para complacer á Yole tomó la rueca y se puso á hilar tranquilamente, que no hay enamorado que se escape de hacer algún oficio femenino; yo sabía por experiencia propia que en materia de viajes pocos se habrán escapado de ser súbditos de

esos patanes bruscos que sobre el rudo pescante á guisa de macizo trono, son reyes y señores de los infelices enjaulados en la diabólica máquina de una diligencia.

Pero no hay que ser ingrato con el pasado. Nuestros buenos padres vivieron en patriarcal quietud; las vías de comunicación no eran fáciles; el correo tardaba poco menos que hoy; las noticias de alto interés se confiaban á agentes extraordinarios superiores en agilidad y en destreza á los modernos *jockeys*, y cuando alguna familia se trasladaba de una ciudad á otra, salía á relucir el coche *bombé*, especie de arca inmensa, con su red debajo de la caja, en donde los criados y los trastos, incluso el loro consentido y la perra favorita, iban en perezosa somnolencia, saltando y cayendo por esos caminos al compás de los rezos de sus amos.

¡Tiempos benditos aquellos! Un viaje era materia de confesión y de testamento y era de ver cómo después de unas ocho ó diez leguas, se apeaban del coche los señores á quienes parecía el mundo demasiado grande, y aprovechando la humilde hospitalidad de una casa en ruinas ó de un paradero hecho con zarzas y tejamaniles, pasaban allí la noche, oyendo con extremecimiento pavoroso, el canto del gallo, el ladrido sonoro del perro campestre, y, al amanecer, el mugido de las vacas ó el dulce y melancólico balar de las ovejas.

Con estas églogas en acción se pasaban varios días comiendo mal, bebiendo peor y rezando siempre, hasta llegar al punto final de su destino.

La entrada del coche *bombé* en las lejanas poblaciones, era un gran acontecimiento.

Todos los vecinos espiaban detrás de las cortinillas de las ventanas á los *señores de México*, y éstos, que no tenían todavía nuestro fraternal cosmopolitismo, miraban á su vez desdeñosamente á los provincianos que eran en su concepto gentes de otro mundo.

Referíanse extrañas aventuras durante la caminata, y eran de verse los espantados semblantes de las doncellas y de las señoronas, frente á cada una de esas cruces que de vez en cuando suele uno encontrar plantadas á las lindes del camino, y que eran argumentos vivos de terríficas narraciones.

No era remoto hallar colgado y columpiándose en un fresno, el carcomido cuerpo de algún salteador, puesto allí por las rondas vigilantes, para ejemplo y escarnio de los de su ralea, y aconteció al-

gún día, que toda una familia se consternara y casi enloqueciera frente á semejante espectáculo, pues el viento silbaba con pavura al azotar el inanimado rostro, arrancando de la yerta boca suspiros y quejidos que parecían brotados de un pecho en que todavía anidaran el dolor y el sentimiento.

Si á estas escenas poco gratas y más realistas que las que traen á colación en mal perjeñados libros los infelices imitadores de la que se llama pomposamente escuela moderna, se agrega el miedo natural á los ladrones del camino real, á *los compadres* que con trabuco ó mosquete, pues estaban montados á la antigua, desbalijaban á todo hijo de vecino; se comprenderá demasiadamente, que para la santa fé de nuestros abuelos, no sobraban antes del viaje las lágrimas, la confesión y el testamento.

Un viaje en épocas pasadas, con toda la familia de una casa señorial, era tan dificultoso como atrevido, tan atrevido como largo y tan largo como costoso.

¡Bendiga Dios al evangélico Bartolomé de las Casas, que por el santo afán de hacer bien á los indios, cruzó sin medir trabajos más de diez veces la tierra y el mar cuando ni en mar, ni en tierra había medios de comunicación rápida ni defensa contra los peligros!

En las ciudades del interior había entonces ese sello especial de cada una, que les daba, como á las ciudades andaluzas, una fisonomía propia que hoy van perdiendo, pues las vías rápidas y el constante tráfico, al par que las beneficia, las iguala entre sí y las confundirá pronto con la metrópoli.

Hoy silba la locomotora; sus poderosos pulmones de hierro respiran un humo denso que en blancas espirales se arremolina y se pierde en los espacios; el tren rueda y corre con la rapidez maravillosa del relámpago; los pasageros arrellanados cómodamente en amplios carros, remedo de los más lujosos salones, fuman ricos vegueros, se visten guarda-polvos de fresco lino, llevan al cinto junto á la moderna pistola, el elegante frasco de cristal bohemio forrado en piel rusa y provisto de "Cognac Gautier," leen el periódico del día, conversan con la atildada señorita que viaja con elegantísimo traje, y apenas oyen que en mal español un hombre rubio y tosco, grita cada diez ó veinte minutos el nombre de una estación, en la que se detienen tan poco tiempo, que con la memoria del nombre se pierde el conjunto más ó menos pintoresco del pueblecillo.

Estos gritos breves que dicen "Tula,"—"San Juan del Río,"—"Querétaro,"—"Celaya,"—"Salamança,"—"Irapuato," etc., y esas poblaciones que hoy los viajeros divisan desdeñosamente al través de un terso y claro cristal de Glasgow, eran puertos de alegría, de curiosidad y de reposo, para nuestros padres; allí oían la misa, pedían al cura reliquias, al boticario remedios y al médico consejos para la marcha; allí compraban las especialidades de la población; saboreaban en Celaya las cajetas en la propia casa en que se fabrican; se mandaban construir en Salamanca los trajes de aplomada piel que visten todavía los rancheros del rumbo; admiraban con toda calma en Querétaro, los arcos famosos del acueducto, visitaban los conventos llenos de arrogantes claustros y de magníficos cuadros; proban el membrillo cubierto y la pera prensada de la dulcería de "El Pavo;" hablaban de las proezas del Marqués del Villar del Aguila para introducir el agua que cayó en la fuente de oro construída por Borda, y no partían de tan memorable punto sin haber pasado siquiera dos alegres días en la otra Banda ó en la Cañada.

Este diablo del progreso todo lo ha volteado al revés y todo lo ha trastornado á su sabor.

Aquel Querétaro lleno de animación, verdadero puerto de tierra en medio de las alegres ciudades del interior; lleno de adustos frailes y de recatadas monjas; con sus aristocráticas y animadas calles del Hospital y de los Locutorios; con sus zambras nocturnas presididas por algún santo vestido de rojo ó morado; aquel Querétaro lleno de riqueza y de vida, ha pasado á la historia, y hoy está abatido, decadente y triste.

Semé jase hoy á esos señores que conocí en retrato, en las galerías de los grandes de España, y que cómodamente sentados en una amplia butaca de guadamasín con alto respaldo, con el tosco bastón en una mano, el sombrero tricornio en la otra, las calzas y el jubón bien ceñidos, contemplan con una mirada tan severa como su empolvada peluca, la trasformación operada en sus descendientes por todas las múltiples evoluciones sociales de nuestro tiempo.

Querétaro con sus blasones no empañados, con sus callès solitarias, çon sus conventos vacíos por donde circula el aire glacial de los sepulcros; con sus imponentes edificios poblados por honradísimas gentes, ve acrecer y engrandecerse las ciudades que ántes le rendían tributo, y sabe con orgullo, que le basta que, al pasar por

allí el tren rápido y humeante, pronuncien su nombre que atrae las miradas de todos los viajeros é impresiona todos los ánimos.

A la derecha del camino de hierro yendo hacia el Norte, aparece una triste y baja colina donde se alzan tres humildes monumentos, mal labrados en abrupta piedra. Aquello es el Cerro de las Campanas; la tumba de una monarquía; el sello sangriento de una lucha en que para consolidar la Repùblica, se cegaron tres vidas que representaban tres razas: un descendiente de Moctezuma en Mejía; un descendiente de Cortés en Miramón, y el más simpático, generoso y noble de los vástagos de Carlos V, en Maximiliano.

Aquella humilde colina, aquel pobre cerro, es todo Querétaro, es decir, el inolvidable y eterno Querétaro, que siempre ha de destacarse sombrío y magestuoso en el mapa augusto de la historia humana.

Sin embargo, el conductor del tren grita friamente "Querétaro," y diez minutos después, la locomotora con la indiferencia del hierro sigue su marcha turbando con su silbido penetrante las reflexiones de los viajeros.

¡Parecen cosas del otro mundo! me decía una buena señora, que con su tocado de nevadas hebras partidas por el medio sobre su rugosa frente, viajaba cerca de mí, y, según me dijo, cuarenta años después de haber hecho en coche bombé el mismo viaje, con cien mil peligros y doscientas mil molestias. Ella me ilustró en añejas crónicas y cuando los gritos del conductor despertaban en su memoria recuerdos imperecedoros de poblaciones á que entonces se llegaba en muchas horas, y que hoy dejábamos al paso con la misma facilidad con que se miran y se dejan las coloridas vistas de un kaleidoscopio......... me pruguntaba, ¿pero eso es Querétaro? ¿esto es el Guaje? ¿esto es el Sauce? ¿y ya pasamos? ¿y no nos quedamos aquí? ¿y ya llegamos á Celaya? y abría sus ojos verdinegros empañados ya por los años, me veía con asombro, y tras un prolongado suspiro murmuraba: ¡parecen cosas del otro mundo!

En efecto, despertad con un soplo divino á los que en frías y oscuras criptas duermen hechos polvo, y en vez de avergonzarse al ver nuestro progreso, puede ser que nosotros quedáramos confundidos de rubor y de pena en frente de nuestra anemia y de nuestra debilidad.

Ellos no viajaron en tren, pero cargaban la armadura y la rodela

y la pica y el casco, que hoy ni en medio de las comodidades podríamos soportar sobre nuestros raquíticos cuerpos; y se iba Pedro de Alvarado de México á Guetamala, con la misma facilidad con que hoy nos vamos á Tepexpam—¡Hombres de bronce, vosotros visteis en una edad de cera! ¡Hombres de cera, nos infatuamos y hasta osamos insultar la grandeza divina, porque somos hijos de la nueva edad de hierro!

El conductor ha gritado ¡Celaya!......... ¿Veis aquella cúpula esbelta, aerea, elegante, semejante en pequeño á la que corona en París el ático del Panthéon? Aquella es la gran obra de Tres Guerras, nuestro Juan de Herrera, pues sí este legó á España el Escorial con su bóveda plana, él ha legado á México entre muchas obras inmortales, aquella preciosa iglesia ¡el Carmen de Celaya.........!

Despidámonos......... el tren se vá; apenas nos dá tiempo para proveernos de una cajeta de leche quemada y tomar un paquete de turrón para endulzar los lábios.........

Comienzan á erguirse á las lindes del camino, los cactus, esos órganos espinosos que más adelante hallaremos determinando geométricamente las primeras calles de una simpática población; pero ¡que digo!......ya están allí......¡qué prodigiosa locomotora! hemos llegado á Salamanca.

Juan de Dios Peza.

(Continuará.)

A UNA MUJER.

Dícenme que te burlas de los versos
en que, entusiasta, hablé de mi pasión;
malos serán...... más nunca tan perversos
como tu corazón.

JESUCRISTO.

Al norte de Solima,
La ciudad soberana
Que de la historia humana
Marca y ocupa la elevada cima,
En la estéril región que nunca viste
De la hermosa natura los arreos,
Elévase el Calvario, loma triste
Destinada al suplicio de los reos.
Y á la hora de sesta,
Cuando más viva lumbre
Derrama en el espacio el rey del día,
Vese apiñada en la región funesta,
Inmensa muchedumbre
Que acude presurosa
A mirar del suplicio la agonía;
Que el hijo de Judá, como el pagano,
Gozó feroz con el dolor humano.

En la cumbre del monte
Del sol ardiente por la luz bañados,
Destácanse en el fúlgido horizonte
Sobre altas cruces tres ajusticiados.
Dos de ellos, bien se mira,
Son de la sociedad baldón y estorbo,
Que en las miradas de su rostro torvo,
Dolor no se retrata, sino ira.
Augusto el otro y bello,

Aunque alzado en la cruz cual delincuente,
De la inocencia el apacible sello
Muestra en la luz de su serena frente.
De amor sublime los sagrados lazos
Tiende al hombre, y por él suplica tierno,
Abriendo á sus miradas ambos brazos
Y elevando los ojos al Eterno.
Y extendido en la cruz, vueltas las manos
Y la mirada á la radiante esfera,
Parece sólo que un momento espera
Para hundirse en los cielos soberanos.

Ese crucificado
Es Jesús el profeta,
El que en arengas á la turba inquieta,
Predicaba la muerte del pecado;
El protector piadoso
De todos los pequeños y dolientes,
El que daba á los niños inocentes
Abrigo cariñoso;
El que manso á la mesa aborrecida
Sentábase del duro publicano,
El que salvó á la adúltera la vida
Extendiendo la mano
Sobre su oscura frente envilecida;
El que con dulce amor y santa idea
Redimió del error y del delito
A las almas sencillas,
Y los bordes del mar de Galilea,
Del estupor entre el constante grito,
Conmovió con inmensas maravillas;
Quien dió á los ciegos luz, al sordo oído,
Consuelo á las más duras pesadumbres,
Salud al afligido
Y pan á las hambrientas muchedumbres;
El que del cielo en el sagrado nombre
La ergástula rompió con santas manos,
Y predicó á la faz de los tiranos

La libertad y la igualdad del hombre;
El que del vicio y la abyección nefanda
Salir hizo á su voz al hombre ingrato,
A semejanza del corrupto muerto
A quien dijo imperioso: *¡surge y anda!*
Y salió de la tumba á su mandato.

La sombra de la pálida agonía
De Jesús en la faz se difundía,
Cual de la noche el tenebroso velo
Al declinar el día,
Se va extendiendo por el claro cielo.
Al peso del dolor se doblegaba
Murmurando perdón su boca pura,
Y lleno en tanto de mortal pavura
El pueblo en torno de la cruz giraba.
Angeles no bajaban de la altura
A librar al profeta
Con espadas de vívidos fulgores;
Mas de fuente recóndita y secreta
Brotaban en las almas los terrores.
¿Por qué tal confusión? Veces sin cuento
Vióse la cruz alzada
Sobre esa cima tétrica y pelada
Donde tienen las lágrimas su asiento;
Y la inocente víctima que á manos
De sus verdugos halla muerte fiera,
No terror, compasión causar debiera
En los pechos humanos!

Es que hay en la conciencia
Voz que acusa, y acento de sentencia,
Y no es posible, sin oír su grito,
Cometer el delito
Y hollar impíamente la inocencia.

Y es que el ajusticiado que fallece
Es un sér formidable y misterioso!
¿Es hombre nada más? Por los prodigios

De que guarda Israel hondos vestigios,
Quizá mejor parece
Arcángel bienhechor y poderoso.
Holló su planta el suelo
Y resonó su voz en la Judea;
Pero su corazón siempre y su idea
Anduvieron alzados por el cielo.
De sus pupilas la mirada calma
De caridad y amor estaba llena,
Y el timbre de su voz dulce y serena
Penetraba hasta lo íntimo del alma.
Resistir nadie pudo de sus ojos
La casta refulgencia,
Sin sentir el rubor de la conciencia
Asomar á la faz entre sonrojos.
Al oír los consejos de sus labios,
La frente alzaban los que siempre gimen,
Callaban los más sabios,
Y era mirado con horror el crimen.

¡Todo está consumado!
Clamó con voz tremenda y estentorea,
Que reprodujo el eco amedrentado
De la región austral á la hiperborea.
¡Todo está consumado! El gran acento
Cual voz de tempestad sonó iracundo,
Y por las ondas trémulas del viento
Se propagó con estupor del mundo.
Rotos los lazos de la vida, el cuello
De Jesús doblegóse inanimado,
Y sobre el noble pecho ensangrentado
Cayó el semblante bello.

Entonces, cual si fuera
Presa el orbe de vértigo gigante,
Avivaron los astros su carrera
Y trepidó la esfera vacilante.
Rojas y oscuras nieblas

Por el cárdeno espacio se extendieron,
Y de la tierra sobre el haz, cayeron
Palpables las tinieblas.
Las negras alas de la noche oscura
Se abrieron en el alto firmamento,
Y fulgor macilento
Derramaron los astros en la altura.
A impulso de iracundo terremoto,
Bamboleó la tierra estremecida,
Cual nave sin piloto
En anchurosa mar embravecida.
Y los sepulcros tétricos, abiertos
Por mano misteriosa,
Lanzaron de su boca pavorosa
Sobre Salem sus animados muertos!

¡Es lo inmenso que surge,
Lo ignoto que aparece,
Lo infinito que asoma y estremece!

En tanto, el pueblo impío,
Rotas al cabo del error las nieblas,
Exclamaba: *¡perdón, perdón, Dios mío!*
Golpeándose el pecho en las tinieblas.

¡Era el Hijo de Dios, era el Mesías
Que anunciaron las santas profecías!
Oh! hombres! en las sangre del Ungido
Vuestras manos crueles se han teñido,
Y al peso aterrador de vuestro crimen,
La inmensa creación se ha conmovido!

Preñada catarata,
Rayo devastador, fuego celeste,
Asoladora peste
Se amontonan del aire en el dominio
Sobre la tierra ingrata,
Esperando de Dios el alto imperio

Para ejercer su horrible ministerio
De destrucción, de muerte y de exterminio!
Mas Dios omnipotente
Movió en la altura el cetro refulgente,
Y ordenó á los siniestros mensajeros
Se alejaran del mundo, y así dijo:
"La misión de mi Hijo
Fué de amor y ventura para el hombre,
Su martirio ha de ser al bien fecundo;
Salvador es su nombre,
Y ungido por su sangre redentora
Es ya sagrado para siempre el mundo!"

Dijo así, y al instante
Brilla de nuevo el sol, el alto cielo
Origen de la luz, se inunda de ella,
Recobran su alma paz la esfera bella
Y las estrellas su apacible vuelo.
Del seno de Abraham mudo y sombrío
Se elevaron los justos,
Y ascendieron, colmando su albedrío,
Hasta los reinos de la luz augustos.
Renació la concordia
Entre Dios y su mísera criatura,
Y, redimida de la sombra oscura,
Por la misericordia
El alma humana se elevó á la altura.

Realizóse por fin la maravilla
De que bajara al mundo Aquel que fuera,
Del Jordán deseado en la ribera
Y del Nilo en la orilla;
El que tan largo tiempo fué esperado
Por los pueblos que tienen su morada
En los bordes del Ganges afamado
Y en la orilla del Eufrates sagrada;
Y allá en las costas do la mar Egea
Canta amores con rítmico oleage,

Y en la playa de América salvaje,
Tumba dïaria de la luz febea;
Y en las arenas líbicas do luce
Un sol de fuego al que ninguno iguala,
Y en là orilla remota
De la mar de Japón y de Bengala.

De Confucio y Zoroastro
Sócrates y Platón fué la alta gloria,
Anunciar en el cielo de la Historia
La ascensión de ese astro.

La Academia y el Pórtico perecen
Al herirlos la luz del nuevo día,
De la razón los horizontes crecen,
Los sofistas helenos enmudecen
Y espira la gentil Filosofía.
No hay corazón donde la voz no vibre
De la esperanza con sin par grandeza,
Muere el esclavo, nace el hombre libre,
Y del progreso la epopeya empieza.

Oh! Cristo! yo te adoro
Con entusiasta amor, y el pecho mío
De ardentísima fé guarda un tesoro.
Yo sin tregua te envío
A través de mi vida, al cielo inmenso
Do tienes tu morada,
De mi amor y mi fé el constante incienso.
En medio del torrente
Devastador de la maldad del día,
He resistido el ímpetu inclemente
De la soberbia y la blasfemia impía.
Grande, hermoso, poético te miro,
Sin saber en mi anhelo
Si acaso te amo más, ó más te admiro.
Y siempre te confieso ¡oh Dios del cielo!
En medio de las sátiras del mundo,

Y cifro en adorarte mi desvelo
Y sólo en tí mis esperanzas fundo.
Que la luz bendecida
Que despide la insignia de tu muerte,
Disipe las tinieblas de mi suerte
En la senda escabrosa de la vida!
Cuando la muerte adusta
Ponga fin á mi vida congojosa,
No quiero más sobre mi oscura fosa,
Que el santo amparo de tu cruz augusta.
Y cuando cruce yo la solitaria
Eternidad ¡oh Padre soberano!
Haz que lleve en el lábio una plegaria
Y una cruz en la mano!

José Lopez-Portillo y Rojas.

EMPEÑO.

En el libro de tu historia
en ser yo, flor de las flores,
página hermosa de amores
tengo empeño;
ó en ser la ilusión postrera
que sobre tu alma vacila,
cuando á cerrar tu pupila
viene el sueño.

Ricardo Palma

BELLINI.

Músico del dolor y la tristeza,
En mis horas sin dichas y sin calma
Siento tus himnos de sin par belleza
Vibrar en lo más íntimo del alma.
Si de otros génios el saber profundo
Interpreta del cosmos la armonía,
Traduces, sólo tú, la poesía
Del alma, ese otro mundo.
A tí lauros del cielo! á tí que eres
El amigo de todos los que lloran,
Que bendicen sus hondos padeceres
Al escuchar tus cánticos que adoran.
Nos haces con tus notas sollozantes
Amar de la tristeza el dulce encanto,
Y las gotas de llanto
Conviertes en diamantes.
Pobre alma sin ventura!
¿No es cierto que se encuentra ya saciada
Aquella ánsia sublime de la altura,
Que brota de tu música angustiada?
Dí ¿no has reconocido,
Hoy que en el cielo existes,
Al angel soñador que en otros dias,
Inundando de luz tus horas tristes,
Te inspiraba tus santas melodías?
Duerme en paz! Se cumplió tu grande anhelo;
Tus cantos eternizan tu memoria,
Y hoy arrullan el sueño de tu gloria
Las arpas de los ángeles del cielo.

ANTONIO ZARAGOZA.

GUADALAJARA.

(RECUERDOS E IMPRESIONES.)

(CONTINUA.)

¡Salamanca! No busco la Universidad ni aquella cerrada plaza que dá á Escuelas Mayores y que está presidida desde hace poco menos de veinte años por la magestuosa estatua en bronce de Fray Luis de León.

No es ésta la memorable ciudad española á que se aplicó el enfático lema *omnium scientiarum princeps Salmantica docet.*

No busqueis aquí, asomados curiosamente por la ventanilla del coche, las pupilares mesas, las tiendas de libros, la sopa de los conventos, las *chupandinas* ó convivialidades (como se dice en el Distrito Federal) para comprar los votos.

En esta Salamanca nuestra, no hay aventuras nocturnas con gentes de manteo y tricornio, ni choques con las rondas, ni enjambres de coristas y de cursantes, cambiándose á grito abierto los motes á que daban lugar el color del manto y de la beca.

Aquellos estudiantes que todavía se recuerdan en los días de carnaval en nuestras ciudades de la América Española; aquellos sopistas que apodaban á los domínicos *golondrinos*, á los franciscanos *pardales*, á los mercenarios *cigüeños*, á los bernardos *grullos*, á los gerónimos *tordos*, á los de su colegio de Guadalupe *chinos*, á los mostenses *palomos*, á los colegiales de San Pelayo *verderones*, aquellos estudiantes que dieron lugar á que se dijera que en Salamanca anidan toda clase de pájaros, aquellos...... no anduvieron, ni andan, ni andarán por aquí.

Esta no es la Salamanca á que aplicó Cervantes la expresión de

que á ella los estudiantes *no venían á aprender leyes, sino á quebrantarlas.*

A nuestra pobrecita Salamanca con sus calles de órganos (cactus) y su paupérrima iglesia parroquial, no la riega el Tormes, ni cruza por ella el poético arroyo Zurguen en medio de vistosas alamedas y retratando en sus claras ondas la aldea de Tejares.

La Salamanca española que, si bien tiene maravillas, guarda entre los miserables villorrios de las Hurdes las históricas *Batuecas*, cuna y origen de tantas grotescas fábulas; aquella Salamanca con su hermosa Plaza Mayor, su Casa de las Conchas, su barrio de la Aldehuela, su Judería, su torre del *Clavero*, sus casas de *las Muertes*, de la *Cadena* y de las *Cuatro torres*, moriría de vértigo si conociera á su homónima.

¿Qué tiene de bueno nuestra pobre Salamanca? En primer lugar, sus sencillos y laboriosos moradores, dedicados al trabajo de pieles de chivo, con las cuales hacen magníficos guantes de viaje que con todo y sus labradas manoplas, venden allí á seis reales el par; chaquetas y pantaloneras de ante, pudiéndose comprar estas últimas á siete y ocho pesos.

En segundo lugar, sus recuerdos de alegría para los reaccionarios y de tristeza para los liberales.

Cuando en 11 de Enero de 1858, Comonfort puso en libertad á D. Benito Juárez, presidente de la Suprema Corte de Justicia, entró éste á ejercer el mando constitucional y salió de México al día siguiente para combatir, ya organizado, al gobierno reaccionario.

Detúvose en Guadalajara y puso todas las tropas, formadas con los contingentes de cada Estado, á las órdenes del Gral. Anastasio Parrodi.

Este ejército fué derrotado en Salamanca por las tropas que mandaban Miramón y Osollo, los dos más jóvenes y más bravos generales del partido conservador.

En este terrible combate fué donde el caballeroso coronel liberal D. José Calderón, frente á una de las baterías del enemigo, gritó á sus soldados: "¡Adentro los del uno! El que murió, murió, y Dios tenga piedad de su alma."—Arreglóse con la diestra la carrillera y sin volver el rostro lanzóse á tomar los cañones de Miramón, cayendo á los pocos minutos ya sin vida, con todo el cuerpo acribillado por las balas.

¡Heróico mártir de las ideas, sacrificado como tantos otros en nuestras antiguas y negras luchas fratricidas!

Ese combate hizo memorable á la pequeña población de Salamanca, de la cual, provistos de guantes, salimos á los pocos minutos.

En tiempos anteriores, yo, como la decrépita señora de cuyos asombros hablé anteriormente, había pasado por aquel camino hasta Guanajuato, una vez en diligencia y otra en carros.

Esto de viajar en carros pocos lo saben y no debe dejarse pasar inadvertido.—Ocurrióseme un día tomar parte en una revolución á la que se habían afiliado eminentes liberales, solo porque no estaban *en autos*, es decir, no sabían ni un ápice de lo que más tarde había de producir, en caso de triunfo, cierta secreta combinación política.

En las oficinas como en las aulas, no falta algún compañero, con quien, á fuerza del constante é íntimo trato, de recíprocos favores en el prosaico trabajo de los negociados, ó por identidad de caracteres, de aventuras, de esperanzas ó de pobrezas, llega uno á confraternizar mirándole como al más digno de recojer todas nuestras confidencias.

Encontréme yo con uno así, en cierto ministerio: escribiamos en comandita las cartas para las respectivas novias; él comenzaba á veces una comunicación y yo la concluía y siempre recibiamos juntos la quincena y no era extraño que la gastásemos también juntos para lamentar juntamente pocos días después la exigüidad y pobreza de nuestros bolsillos.

Vosotros los que todavía andais entre polvorientos legajos y pesados expidentes; que tratais á ceñudos archiveros y á indomables habilitados; que doblais la espina y contraeis el rostro con una sonrisa de amabilidad para convencer á un herético usurero que os compra el sueldo por la cuarta parte de su valor; que recibís el recadito anti-ortográfico de la novia á la hora en que acusais el recibo de un corte de caja ó poneis un "Enterado" cumpliendo con el marginal y superior acuerdo; que llegais á constituiros en incrustación de una pesada mesa á tiempo que se reparten en plena Plaza de Armas las guardias para sus cuarteles; que esperais, como los judíos al Mesías, la primera vacante inmediata para ascender en categoría; que conoceis las pasajeras dulzuras de los días 1º y 15 y las lentas amarguras que se inician desde los días 10 y 20 de cada mes; que proponeis de vez en cuando la rifa de un reloj ó de una

pistola; que aceptais el inesperado convite á una fonda de dos reales cubiertos con todo y la fruta y el dulce y el café...... vosotros los empleados, los hijos del presupuesto, mis compañeros, que apartais el mejor papel oficial para vuestras cartas, vuestros apuntes ó vuestros versos...... vosotros, en fin, podeis comprender cuánto se busca y cuánto se ama, al compañero predilecto, al hermano *bruja*, que se vuelve nuestro inseparable dentro y fuera de la oficina.

Así tenía yo uno en aquellos días. Los tiempos han cambiado para él y para mí á la vuelta de tantos años. El no es del todo desconocido en política ni yo soy del todo olvidado en el mundo de las consonantes. Cúmpleme manifestar que nunca me ha desconocido y que pasa por sus ojos un relámpago de grata satisfacción cuando recordamos aquellos días de rica pobreza.

¿Rica pobreza? sí; no os espanteis, lectores. Rica en ilusiones, en ensueños, en esperanzas. Nunca teníamos juntos los cien pesos que alguna vez podemos llevar hoy condensados en un billete, pero las cien ilusiones doradas que entonces llevábamos con mucho cuidado dentro de este movedizo y hoy vacío estuche que se llama el corazón, ¿dónde están ahora?

Y creeis acaso que en el banco de la juventud, ¿no valía cada una más de un peso? ¡Pobres de nosotros! Se derrocharon esos tesoros imaginarios que la voluble y misteriosa hada de aquellos abriles depositó—tesorera inesxperta—en una gran bolsa sin fondo.

A ese amigo íntimo, á ese otro pobre de ilusiones, lo invité para que se fuera conmigo á aquella revolución que no iba por cierto á producir la conmoción universal del 93.

Los carros constituían el *express* de aquellos tiempos.

Había, antes de emprender el viaje, necesidad imperiosa de arreglarse con el *amo*, y por nuestra buena estrella yo me encontré en ese *amo* uno de los amigos más leales, más bondadosos, más nobles que pudiera imaginarse, á quien mucho quise y á quien más de una vez, desde que duerme el imperturbable sueño de los muertos, he consagrado algún recuerdo empapado en las benditas lágrimas de la gratitud.

Yo no había hecho largas caminatas y parecíame que el ir de Mexico á Guanajuato, era como atravesar el desierto para encontrarse con la fantástica tumba del Profeta.—Aquello de conocer otras tie-

tras; de comer otros alimentos; admirar otros espectáculos y de respirar otros aires, parecíame la realización de un sueño de las "Mil y una noches."—¿Cómo serán las cumbres de las montañas? ¿Cómo serán las profundidades de las minas? ¿Cómo se bajará en calabrote por los tiros de Valenciana y de San Juan de Rayas?

Y á veces, trasportado á ideales regiones por mi imaginación calenturienta, recordando mis lecturas de los clásicos, mis cursos de latinidad con el erudito Padre Vera que me hacía traducir á Virgilio, me decía para mis adentros: ¿habrá pastores? ¿habrá zagalas? ¿se escuchará turbando la quietud apacible de la verde campiña el melodioso eco de las zampoñas? ¿cómo serán las zampoñas?.... ¡Ah! yo no estaba seguro de que hubiera todo esto, pero sí lo estaba de que había carros que iban á partir para Guanajuato; de que con esos carros iba un guayín que pertenecía á un magnánimo hombre que podría, en caso de tener voluntad, alquilarnos un asiento por poco precio, y de que esos carros con ese guayín y ese dueño tan amable, partirían uno ó dos días después de aquel en que yo estaba soñando con el viaje.

Invité á mi compañero de oficina y le convencí de lo indispensable de aquella excursión; dióme razones en contrario, desbaraté esas razones como lo hubiera hecho un teólogo á quien hablaran en contra de la existencia de Dios y no pudo menos que tomarse de mi brazo y acompañarme á visitar al jefe y dueño del convoy.

Eramos, mi compañero y yo, tan jóvenes como inexpertos y creíamos que cada uno de los séres que nos encontraban al paso por estas calles de México, leían en nuestros semblantes nuestras pícaras intenciones.

....

Mi compañero y yo, hay que confesarlo, creíamos de buena fé que el gobierno iba á meternos en la carcel por miedo á lo que pudiéramos hacer en la revolución, y con tan timoratos pensamientos nos cambiamos los nombres, poniéndome yo "Arturo de la Riva" y él "Miguel de la Rueda," creyendo que con esto ya no habría quien se ocupara de nosotros.

Fuimos á ver al dueño de los carros; apuntó en su libro de bolsa esos enfáticos nombres, nos citó para las cuatro de la madrugada siguiente en la carrocería de Mauricard, situada en la plazuela de Santa Ana, y habiendo estado puntuales á la cita, nos metió en su

guayín y así salimos antes de oir el alba, á cabeza de más de veintitrés carros de carga, camino de Cuautitlán.

Para no hacer fastidiosa esta narración, me bastará decir que todo el que viaja de la manera que describo, se sujeta á una marcha tan lenta, que andaría más de prisa si fuera en tortuga, pues son tantos los baches del camino y tanta la necesidad de conservar en buena salud á las acémilas, que ni sería lícito ni fácil precipitar el paso y ni podrían encontrarse ventas y paraderos á la medida del deseo.

Por esto se hacían jornadas de siete leguas, algunas veces de diez, y nunca de mayor número.

Nosotros, acostumbrados á la vida cortesana en que por regla general la civilización comienza á las diez ú once del día, nos vimos precisados á levantarnos á las tres ó las cuatro de la madrugada, á desayunarnos tortillas con alguna fritanga de mal género en cualquier ventorrillo de mala muerte y situado á los cuatro vientos; á dejar que nos rompieran el tímpano las poco dulces expresiones de los carreteros dirigidas á las mulas en cada vez que algún carro se hundía y se atascaba; á meternos desde las dos de la tarde, hora en que se rendía la jornada, en el primer paradero ó mesón de los marcados en el más vulgar de los itinerarios, para esperar allí la nueva salida y á conversar con los compañeros de viaje de todo lo que á ellos se les ocurría y que era diametralmente opuesto á nuestras ínfulas y á nuestras costumbres.

Así se viajaba en carros y así llegamos nosotros á Irapuato en doce ó catorce días desde la capital de México, varios años antes de que recorriera, como lo ha hecho hoy, el mismo trayecto en doce horas, sin ninguna molestia, habiendo almorzado opíparamente en San Juan del Río, donde hay un *restaurant* á la moderna, y conversando hasta de medicina y matemáticas con mis elegantes compañeros en un wagon de primera clase.

¿No es verdad que todo ha cambiado en pocos años? No hay que negar el progreso material de México, pues está á la vista de los más miopes y de los más obcecados en ocultarlo.

Cuando el tren llegó á Irapuato, dejé el coche y acompañado de dos amigos míos á quienes más de una vez he de citar en estos relatos, bajé á tomar la tramvía.

¿La tramvía he dicho? Sí, señores; el ó la tramvía, como ustedes

quieran, pues yo no he de disputar por eso, é imitando al poeta español á quien dijeron que expresara si el sombrero de copa era mejor que el sombrero hongo ó éste mejor que aquel, respondió:

> Pues yo ni aplaudo ni critico el hongo,
> Si todos se lo ponen, me lo pongo

diré que le antepondré un *él* ó un *lá* como me lo mande el uso, pero el hecho es que ya hay tramvías en Irapuato como las hay en todas las demás estaciones de importancia.

¡Este es un siglo de muchos rieles para fortuna nuestra!

Irapuato ha adelantado mucho; es una población enteramente agrícola; produce grandes cantidades de trigo y tantas fresas en todo tiempo, que los norteamericanos compran y llevan de allí para los Estados-Unidos, quintales de esa, que yo llamaré la más bella, deleitosa y aristocrática de todas las frutas.—Lo primero qúe se presenta al llegar á Irapuato á la vista de los viajeros, son los vendedores de fresa, ofreciéndolas artísticamente colocadas, pues forman pirámides de alto vértice, en unas redondas y ligeras canastillas.

Está todavía abierto al servicio del público el antiguo hotel de los señores Vargas, adonde yo me hospedé en otros tiempos; y hay además el hotel del ferrocarril y el hotel Guerrero que tienen fonda y cantina.—Encontréme en Irapuato con inolvidables amigos que fueron incansables para atenderme y obsequiarme, y con ellos recorrí y visité lo más importante de la población en cuya plaza con jardín amplio, con bancas de hierro y más de ochenta luces, dá serenatas una música de viento las noches de los jueves y domingos.

Una noche, encontréme en la estación con un carro Pullmann, lujoso y rico, que había quedado allí después de la marcha del tren—era el carro de un americano periodista, á quien yo no había tenido ocasión de visitar nunca y á quien conocí en esa vez invitado por un buen amigo suyo y mío que frecuentemente le acompañaba.

Nos recibió galantemente y nos obsequió con una copa de coñac que según rezaba la etiqueta era de ochenta y cinco años.

Puede ser que el buen Mister ignore todavía lo muy caro que pagamos esa copa.

Mientras con toda calma la apurábamos á pequeños sorbos, llegó una locomotora á la cual engancharon el carro del americano pe-

riodista para ir á colocarlo en el lugar en que debía de permanecer toda la noche.

¿Qué pasa? preguntamos. Nada, es que *cambiamos de vía.*

Pero ¡qué cambio, señores! Lleváronse el carro-domicilio, más allá de la inmensa *y griega* que está frente á la Estación, dejáronle allí y una hora después nos despedimos!

Sabed nuestra desgracia: estábamos distantes de Irapuato poco más que una legua y teníamos precisión de irnos á pié sobre un camino de barro deleznable y blando, pues le había llovido durante dos horas consecutivas.

Cayendo y levantando, llegamos al hotel al mediar la noche y no contábamos en nuestro aposento ni siquiera con otra copa del famoso coñac octogenario.

Al rayar la aurora del siguiente día, nos encaminamos al mismo elegantísimo coche citados por su dueño y en él anduvimos una corta distancia, pues nos llevó al sitio que ansiosamente deseabámos conocer: á Leon!

El norteamericano siguió para Lagos, á fin de visitar la hacienda de la "Estancia."

JUAN DE DIOS PEZA.

(Continuará.)

DE BLANCO.

¿Qué cosa más blanca que cándido lirio?
¿Qué cosa más pura que místico cirio?
¿Qué cosa más casta que tierno azahar?
¿Qué cosa más virgen que leve neblina?
¿Qué cosa más santa que el ara divina
De gótico altar?

De blancas palomas el aire se puebla;
Con túnica blanca, tegida de niebla,
Se envuelve á lo lejos feudal torreón;
Erguida en el huerto la trémula acacia
Al soplo del viento sacude con gracia
Su níveo pompón!

¿No ves en el monte la nieve que albea?
La torre muy blanca domina la aldea;
Las tiernas ovejas triscando se van;
De cisnes intactos el lago se llena;
Columpia su copa la enhiesta azucena
Y su ánfora inmensa levanta el volcán.

Entremos al templo: la hostia fulgura;
De nieve parecen las canas del cura,
Vestido con alba de lino sutil;
Cien niñas hermosas ocupan las bancas
Y todas vestidas con túnicas blancas
En ramos ofrecen las flores de Abril.

Subamos al coro: la virgen propicia
Escucha los rezos de casta novicia

Y el Cristo de mármol espira en la cruz;
Sin mancha se yerguen las velas de cera;
De encaje es la ténue cortina ligera
Que ya trasparenta del alba la luz.

Bajemos al campo: tumulto de plumas
Parece el arroyo de blancas espumas
Que quieren, cantando, correr y saltar;
Su airosa mantilla de fresca neblina
Terció la montaña; la vela latina
De barca ligera se pierde en la mar.

Ya salta del lecho la joven hermosa
Y el agua refresca sus hombros de diosa,
Sus brazos ebúrneos, su cuello gentil;
Cantando y risueña se ciñe la enagua,
Y trémulas brillan las gotas del agua
En su árabe peine de blanco marfil.

¡Oh mármol! ¡Oh nieves! ¡Oh inmensa blancura
Que esparces doquiera tu casta hermosura!
¡Oh tímida virgen! ¡Oh casta vestal!
Tú estás en la estatua de eterna belleza;
De tu hálito blando nació la pureza,
Al angel das alas, sudario al mortal!

Tú cubres al niño que llega á la vida,
Coronas las sienes de fiel prometida,
Al paje revistes de rico tisú!
¡Que blancos son, reinas, los mantos de armiño!
Que blanca es ¡oh madres! la cuna del niño!
¡Que blanca, mi amada, que blanca eres tú!

En sueños de amores ufano contemplo
Alzarse muy blancas las torres de un templo
Y oculto entre lirios abrirse un hogar;
Y el velo de novia prenderse á tu frente,
Cual nuve de gasa que cae lentamente
Y viene en tus hombros su encaje á posar.

M. Gutierrez Nájera.

UNA HORA DE RECUERDOS.



Existe entre los anticuarios un monumento de alto significado y utilidad reconocida en los dominios de la ciencia arqueológica. Su nombre indica el misterio de su origen, y cuando al excavar olvidadas ruinas la mano del erudito toca entre el polvo las seculares hojas de un *Palimpsesto*, debe sentirse en el corazón algo como el eco de muertas edades, que se acercan y llaman á nuestra alma con la voz del sepulcro.

El Palimpsesto es el antiguo manuscrito en pergamino, en cuyas hojas, habiéndose borrado la escritura primitiva, por medio de un procedimiento muy conocido en los monasterios de la Edad Media, se grababan nuevos escritos, bajo los cuales vivía latente el antiguo.

La ciencia anticuaria ha podido en nuestros días descubrir éste; así un mundo olvidado aparece ante las miradas del pensamiento; la palabra de las sombras aun repercute su eco en el oído de las generaciones vivas; la voz del pasado, al través del extraño lenguaje que la ocultaba, se hace aun oír; la huella del tiempo desaparece ante el paso de la ciencia; la luz de ideas ya muertas reaparece en el espíritu; el Palimpsesto, en fin, es el símbolo de un mundo que vive preso, oculto, ignorado bajo el polvo de los siglos, y un día, ante el *fiat* regenerador del recuerdo, vuelve á la vida y á la luz.

Cuántas veces he pensado, entregando mis pensamientos á olvidadas memorias, que todo hombre lleva consigo un mundo entero sepultado en la sombra, el *cosmos* que duerme, al parecer para siempre, en el fondo de la conciencia! Región silenciosa de ideas, pasiones y ocultas energías; mundo de intuiciones y presentimientos, tan vivos como la luz, tan callados empero como el sepulcro!

La vida diaria arrebata nuestra existencia entre mil fugaces torbellinos que nos hacen de contínuo olvidar hoy lo que pensábamos ayer, anhelar un día lo que otro despreciamos, y no sentimos que nuestros días se deslizan fugitivos, burlones, veleidosos ó turbulentos, dejando siempre en el fondo del pensamiento y del corazón un vacío eterno......

Y entre tanto, el oculto espíritu que en la conciencia se esconde, allá en sus pliegues más profundos, vive callado é inerme...... Algo, inmenso como la eternidad, *un no sé qué*, misterioso como la sombra, se desarrolla sin que de ello nos demos cuenta quizá en toda la vida; algo intangible, mudo, cuya revelación será el verbo de luz, la esencia de vida, la plenitud de una infinita actividad que hoy dormita bajo la vida exterior.........

No insistamos más sobre ello. Si hay alguien que niegue ó desconozca estos misterios del espíritu, ese no es un hombre, es un maniquí.



Tengo el sol delante de mis ojos; va á ocultarse ya tras una cordillera de azuladas montañas que se extienden á lo lejos.

Ni un rumor en la selva, ni una nube en el cielo. Así como va á morir en ignorados confines ese astro, regulador del tiempo, así mueren y renacen en el espíritu humano la luz y los reflejos de mil pensamientos, astros de lo infinito en los cielos del alma. Sólo que la uniforme é igual reaparición del sol en los horizontes de la vida, no se parece á esas cambiantes de variado aspecto con que las mismas ideas surgen y se revelan periódicamente en el espíritu individual, en la conciencia de los pueblos y en los fastos de la Historia; esa otra reaparición del mundo muerto en el mundo vivo.

Y pues esta es la hora de los recuerdos, meditemos.

Al morir el día, es decir, el mundo de las agitaciones fugitivas y de los pueriles afanes, se levanta en la penumbra de la conciencia la magestad oculta de los recuerdos; se abre el *palimpsesto* de lo pasado, y se piensa en todo lo inmortal.

He dicho que el sol ha hecho computar el tiempo; es decir, que el curso sideral de todas las esferas constituye con su regularidad de movimientos lo que la ciencia de todos los pueblos ha llamado

tiempo. Este, en el órden social es la aparición y desaparición de usos, instituciones y tendencias, todas, aun al través de la sombra, siempre hacia la luz, la perfección y la vida.

El tiempo con sus mudanzas y cambios encubre en la Historia y en la conciencia la ley del progreso. Este, como aquel, encierra una idea trascendental y todo pensamiento trascendental contiene lo inmenso y en él se presiente la voz de la eternidad.

Por esto la ciencia de computar el tiempo, auscultando sus leyes en los astros, ha sido siempre sagrada. Sus reveladores son los iniciados en el misterio de lo infinito. Y claro está que no hablo aquí de las supercherías astrológicas.

La idea cósmica ha sido y será siempre una idea religiosa.

Más allá de las grandes revelaciones, de las ciencias todas, se agita siempre misteriosa é inmensa esta palabra: Dios.

***

Las estrellas aparecen ya sonriendo entre las sombras. A la luz de sus miradas, como ante los ojos de una mujer querida, el alma se sumerge en el ensueño. El corazón tiene sus presentimientos y el firmamento azulado sus revelaciones, y en aquel hay más luz entonces que en el astro que acaba de morir.

Ante el sol que muere, es decir, ante la vida sideral que observo, quiero en estos momentos evocar recuerdos históricos de alto significado para la conciencia humana.

Permítaseme pensar lo que en momentos como este he reflexionado alguna otra vez.

***

Existe hoy un pueblo en decadencia, objeto en nuestros días, como otros muchos pueblos de Oriente, de las maquinaciones de la codicia y de la ambición y preponderancia de los gabinetes diplomáticos de Europa.

En la Historia ese pueblo ha cumplido ya su destino. Su misión en el tiempo está consumada. Desde Siena hasta Chemmis; desde la extinguida Heptanómida hasta la confluencia del Delta, las tri-

bus descendientes de Misraim, significan, en el génesis del progreso humano, la era para siempre muerta de la teocracia y de la vida nómade del desierto.

Egipto es hoy la tumba de muertas edades, el sarcófago desnudo de extinguidas creencias, el oscuro geroglífico de pasadas tradiciones.

Existe misteriosa relación entre la idea religiosa, alma de un pueblo, y sus hábitos y costumbres, forma de su vida.

Y cuando la fé, cualquiera que sea su forma exterior; cuando la aspiración latente y eterna que existe en el fondo de un corazón es sincera, tan íntima como el pensamiento, profunda como la conciencia, entonces la revelación sensible de los actos externos de ese corazón, corresponde con toda fidelidad á su credo íntimo.

Por eso la historia de todas las religiones es en el mundo, en cuanto á su forma exterior, la historia del carácter humano.

El egipcio ha sido y será el hijo del misterio, el engendro de la sombra, el descendiente de una raza teocrática, personificación humana del culto al cenotafio, del *statu quo* y de la inamovible tradición.

Y todas estas reflexiones me inspira una costumbre egipcia que revela en la vida práctica de ese pueblo su carácter íntimo.

El tiempo es en la vida la condición indispensable del desarrollo humano, de la existencia misma en todos les seres. Computar el tiempo es descifrar oscuros enigmas, reglamentar la vida, encarrilar el movimiento, metodizar los actos todos de nuestra existencia. Pues bien; tan oscuro, tan ingenioso procedimiento lo ha tomado el hombre de la naturaleza, esa eterna maestra, esa muda esfinge, ese espejo modelo de todas las perfectibilidades posibles.

La manera con que todos los pueblos del mundo han computado el tiempo, han dividido las estaciones, han contado los días, han especificado las horas, es una ciencia reveladora de grandes misterios. Tema que dejo hoy aquí para un pensador.

En el pueblo que vengo estudiando se refleja su espíritu religioso tan al vivo en la computación que hace del tiempo, se enlaza tan íntimamente su ciencia astrológica, con su credo íntimo, que ambos vienen á constituir el carácter especial de la raza egipcia.

Los egipcios han contado siempre los días del principio de una media noche al principio de otra media noche.—Es la hora de las

sombras. ¿Y quiénes fueron los que tal idea imbuyeron en la conciencia nacional? Sus progenitores, sus sarcerdotes, sus sabios, sus reyes. Ni podía ser de otra manera.

Los filósofos de Tebas, los ministros celebrantes de Ysis, que recibían en el nocturno rayo de las estrellas la inspiración de sus creencias y leían en los astros el destino humano, relacionaron la marcha del tiempo, irremediable condición del hombre, con sus mitos venerados, con sus simbólicos recuerdos.

Y las costumbres, los hechos heróicos, los fastos esculturales del egipcio acusan la misma creencia, su carácter mismo, miterioso, sombrío, fatal. El ha levantado ciclópeas pirámides que no son sino tumbas; él ha dictado fórmulas judiciales para sus leyes bajo la sombra de sus templos, y enigmáticas ceremonias sacerdotales revelan el resultado de sus juicios litigiosos. El ha hecho levantar á sus reyes—caudillos la pesado capa del sepulcro, para ser juzgados en los reinos de la muerte, por sus actos administrativos. El, como ha petrificado la vida, ha ideado la momia.

Templos, cementerios, palacios, mausoleos que no respiran sino la idea de *muerte*, infiltrada en los poros todos de su organismo natural y social.

Al través de esas sombras se vislumbra empero aunque confusa la idea de inmortalidad.

A la hora solemne en que los ministros de Akarene consultan el zodiaco y en que el sueño corre sus lúgubres velos sobre la vida; cuando la noche impera con su fatídico cortejo de nieblas y sombras, entónces y solo entónces, comienza según el egipcio, á correr el tiempo, el principio de vida, el génesis del desarrollo, la fuente del sér. Misterio de la tumba, santidad de la muerte y del dolor, culto fugitivo de la sombra y del no ser: he aquí el alma toda, la creencia sagrada de ese pueblo extraordinario

El, como los bardos-profetas de la Biblia, ha podido, ha querido ver la vida como frágil tienda de campaña que puede arrebatar el viento.

En sus inscripciones habla la nada.

Su vida moral vive en el silencio y en la sombra. Su filosofía es la penumbra del espíritu.

A ese pueblo puede aplicarse mejor que á nadie este terceto del gran poeta Núñez de Arce:

"Nuestra vida en el misterio,
Nuestro destino en la duda,
Nuestro término en la sombra"

Volvamos ahora nuestras miradas á un cuadro bien diverso.

*
* *

Ardiente el globo de fuego sobre el cenit, arroja sus encendidos rayos sobre la inmensidad del desierto. Los tristes arenales del Yémen, parecen alejarse en rizadas ondas de arena, reverberantes y caldeados por los vapores del Mediodía. La inmensa cordillera de las montañas de Arabía simulan á lo léjos ligeras tiendas de campaña, habitadas quizá por los solitarios genios del desierto. Las aceitosas olas del lago Bahar-Loth, que nosotros llamamos Mar Muerto, se extienden pesadamente como los pálidos pliegues de inmenso sudario.

Son aquellas las inspiradas regiones de Oriente, teatro primitivo de las generaciones humanas, inmensos páramos de dolores llenos. La tierra del misterio y de la fé; países ya desolados y cuyos hijos, los hijos hoy del infortunio y del olvido, aun vagan con vacilante planta por su patria, y viven la vida nómade de la tradicion, resto único de remotísimas edades.

Ellos, los soñadores hijos de Jacob y de Ismael, de carácter altivo é impetuoso, como el simoun de sus soledades; de mirada profunda y melancólica, como su alma mística y creyente; de complexión récia y naturaleza volcánica: dados hoy á la aventurera vida del foragido y á los atrevidos horrores del bandidaje; sufridos en la desgracia, pacientes ante la naturaleza como sus camellos; indomables ante sus tiranos, como el desdén; apasionados como la paloma; ellos son la personificación del tipo humano oriental, impregnado de históricos recuerdos y envuelto aún en un velo de amargas sombras.

En el corazón del árabe, que hoy se creyera nido de serpientes, existe, sin embargo, como en todo corazón humano existe, enraizado y profundísimo sentimiento religioso.

La historia de sus infortunios y la hiel de su vida, mezclado todo á la barbárie de su carácter y á lo satánico de sus pasiones, saturadas hoy de odio y venenosa amargura, no han podido, no, borrar su fé primitiva y su acética creencia.

El árabe es, si quereis, el adorador fatal del destino; su credo es la superstición fanática y la resignación heróica; su culto, vaga, inconsciente, infantil idolatría pantéistica.

Pero en la conciencia dolorosamente quebrantada del árabe, centellea siempre la idea augusta de la Divinidad: que allá en los abismos de un carácter agriado, encontrareis siempre un girón del cielo, como en los abismos del irritado mar se encuentran las perlas y las conchas.

A la hora en que el sol arde en el cenit, el fiel adorador de Alá que marcha en el seno de una caravana, se detiene juntamente con aquella, y descendiendo del camello que dobla sus patas delanteras, con profunda unción religiosa abisma con la comitiva todas sus miradas en ese océano de luz; los viajeros extienden sus brazos como apoyados en el aire, é invocan con grandes gritos á la Divinidad.

Cuando se piensa en las costumbres orientales no hay nada más sublime.

Niños, ancianos, pálidas mujeres que recuerdan á Ruth, vestidos todos á la usanza antigua, envueltos en luengos ropones de lana blanca, que les sirven de toga, manto ó velo, y armados los hombres de lanza ó puñal, con marcado aire de desaliño y abandono, parecen más bien proscriptos gitanos que descendientes de reyes-pastores.

Y bien, en las costumbres árabes entra la particularísma tradicion de computar el tiempo del principio de un medio-dia, al principio de otro medio-dia,

El tiempo, el principio de la vida, la fuente del sér, la suceción eterna de las cosas, sacado todo eso de un océano de luz y fuego, á la hora en que las tempestades del aire arrastran oleajes de muerte; en que el alma de la atmósfera se agita caldeada por un cielo ardiente, y en cuyo seno palpita la veneranda silueta de la Divinidad.

En el alma del árabe el pensamiento es rayo; la conciencia, fragua incandecente de vida; el corazón, deshecha tormenta de pasiones.

El es el hijo por excelencia de la naturaleza. Y tales son sus sentimientos y su carácter.

Su lenguaje es rudo y aspirado; se presiente que es la ingenua revelación de su tormentosa vida. Sus ojos son blancos y brillantes, como los dientes del chacal y de la onza.

Peregrino errante, que rueda como astro desquiciado en órbitas sin fin, víctima que hoy solo sirve para traernos el recuerdo de una

civilización ya muerta y de una era que jamás volverá ya para la humanidad; del árabe puede decirse aquello que una gran poetisa ha cantado, por otro motivo, con tanta amargura: hay *en él* la energía del sacrificio; hay *en él* la tristeza de un adios!

***

Así en la historia de la conciencia se ha revelado el tiempo como una idea divina.

Al través de las tradiciones, usos y tendencias del hombre, en todas las épocas y países se manifiesta su oculto espíritu. Los imperios y las revoluciones políticas y sociales, el vaiven de ese tempestuoso oleaje de ideas, intereses y opiniones en contraria pugna, pasan y pasarán siempre dejando intacto el hombre íntimo, el hombre con sus aspiraciones inmortales y la grandeza de su destino.

***

Tales han sido las reflexiones que han embargado mi espíritu en un momento como éste, á la vista de la naturaleza y entregado el pensamiento á sondear los misterios de la conciencia humana.

FERNANDO NORDENSTERNAU.

EL MENSAJE.

(E. HEINE.)

Pronto, escudero, el tordillo
apresta ó el alazan,
y vé, volando, al castillo
del rey Christian.
Y que averigües te mando
por cual de sus hijas, cual,
háse hoy publicado el bando
matrimonial.
Si es la novia la morena,
puedes reposar sin pena
hasta mañana muy bien;
mas si es la rubia la amante,
torna brida en el instante
y aquí vén.
Y al volver, buen escudero,
tu corcel
brioso detén primero
en casa del cordelero,
y tráeme...... tráeme un cordel.

RICARDO PALMA.

MATER DOLOROSA.

De tu historia de lágrimas me acuerdo,
Y llena de dolor mi alma se lanza
A buscar en las sombras del recuerdo
Un poco de consuelo y de esperanza.
¿Podrás dejar con su dolor al triste,
Podrá haber pena de que no te apiades,
Tú, que tanto has llorado, y que sufriste
El más grande dolor de las edades?
Deja caer, ¡oh Madre del quebranto!
Calmando de mi pena el paroxismo,
En mi pecho una gota de tu llanto,
Como un rayo de luz en un abismo.
Abandonada á tu dolor, probaste
Penas que no resiste la criatura;
Quisiste sufrir más, y realizaste
Un milagro de amor en tu amargura.
Era un amor inmenso el que latía
En tu doliente corazón marchito;
Que para soportar tanta agonía
Preciso era un amor santo, infinito.
Tu calma diste por la paz del mundo;
Sembró el mundo de abrojos tu camino:
¡De la humana maldad ejemplo inmundo,
Sublime prueba del amor divino!
Te arrancaron al hijo que adorabas,
Con terrible dolor tu pecho hiriendo;
Y, empero, por los hombres tú llorabas,
Para su crimen compasión pidiendo.

Con el amor al odio respondía
Tu corazón henchido de grandeza;
En tu perdón angelical, María,
Lo humano acaba y lo divino empieza.
En tu pecho tan débil se estrellaron,
Sin vencerte, los grandes sinsabores;
Y nunca los mortales contemplaron
Ni grandeza mayor, ni más dolores.
Junto á la cruz, postrada de rodillas,
Llegar sentiste en tu amargura extrema
Ese llanto que abrasa las mejillas,
Ese dolor que las entrañas quema.
Llorabas! y tus lágrimas de duelo
Eco de angustia por doquier tenían;
Sollozaban los ángeles del cielo,
Y de dolor las piedras se partían.
Alumbraban tu rostro dulce y tierno,
Más pura haciendo tu sin par belleza:
Un rayo celestial, tu amor materno,
Una santa aureola, tu tristeza.
No han hecho que se olvide tu agonía
Del mundo los terribles vendavales;
Tras diez y nueve siglos, todavía
Resuenan tus sollozos inmortales.
Y bendecimos tu dolor de hinojos,
Y te rinden, en santas expansiónes,
Su tributo de lágrimas los ojos,
Su tributo de amor los corazónes!
Por tu inmensa bondad el cielo alcanza
La miserable turba pecadora;
Tu llanto es el perdón y la esperanza,
Tus lágrimas redimen...... llora, llora!

ANTONIO ZARAGOZA.

EL PRIMER AMOR.

DEDICATORIA.

A tí, respetable matrona, á quién suelo encontrar por esas calles rodeada de chiquillos de todas edades y tamaños, y seguida por una ó dos nodrizas que llevan en brazos, entre encajes y cintas, á los frutos de tus inocentes cuanto fecundos amores;—á tí te dedico esta verídica historia, que huele á tomillo desde á legua, como los idilios pastoriles. Encontrarás en ella reminiscencias de acontecimientos que te atañen, por más olvidados que los tengas, porque tú también, seria y robusta señora, has sido heroina de novela, aunque te sorprenda escucharlo, y lo tengan por imposible todos cuantos al presente te conocen.

Dejo á cargo de mi relato la demostración de esta verdad inverosímil, y consiento se diga que, considerada en este punto de vista, pertenece mi narración al género maravilloso. Quizás logre hacer surgir esta lecctura ante tus ojos, en medio de la gresca infantíl que te rodea, la imagen de aquel amor que fué para los dos el primero, y quizás al recorrer estas sencillas páginas, dediques algún suspiro ó una lágrima furtiva á esa lejana y poética alborada de nuestra existencia. Tal ovación fuera digna de la pureza de ese recuerdo, y me dejaría satisfecho y lleno de júbilo, si no por tí, que no eres ya más que una sombra del pasado, sí, empero, por la magestad de ese sentimiento siempre viejo y siempre nuevo en el alma de la humanidad.

Ojalá esta pobre dedicatoria despierte algún interés en tu corazón todo lleno de cuidados domésticos, y te convide á leer los siguientes renglones que, si tienen algún encanto, á tí te lo deben, pues brillas tú en ellos y resplandeces, como el radiante sol en el limpio zafir de la mañana.

I.

LA TEMPORADA.

Como los hijos de Jair, juez de Israel, que eran cuarenta y montaban otras tantas asnas; como el ventrudo, prosaico y taimado Sancho Panza, que acompañaba á Don Quijote en todas sus aventuras, á horcajadas sobre un rucio; como los pashás egipcios, que se pasean gallardamente por las calles del Cairo oprimiendo los lomos de mansos borricos: así salí de Guadalajara, caballero sobre una bestia de tan pacífico linaje, una tarde á la caida del sol, no hace muchos años todavía, con dirección á la vecina villa de San Pedro.

Comenzaba la temporada, ó sea la estación de aguas, época destinada por los metódicos habitantes de Guadalajara desde la antigüedad más remota, para trasladarse al pueblo susodicho; y, siguiendo la corriente general, determinó también mi familia ir á pasar los meses acostumbrados á aquel lugar de placer y descanso. Resuelto el punto y ajustado el contrato de arrendamiento con el rico propietario de una casa cómoda y bien situada, se puso manos á la obra, y comenzaron los trabajos de la mudanza. Para esto fué menester apercibir una amplia carreta á fin de colocar dentro de ella toda la máquina de cosas indispensables para el servicio doméstico: camas, mesas, sillas, cajas, colchones, cazos, cacerolas etc., etc.; lo que en efecto se hizo de la mejor manera que se pudo. Todavía recuerdo, como si los viera, los rollos que formaban los colchones, envueltos en alfombras, tapetes ó frazadas, y amarrados con cuerdas, en lo más alto del tosco vehículo; la triste figura que hacían las mesas volcadas y con los piés hacia arriba; y cuán fea y tiznada se miraba la batería á medio uso de la cocina, esa gloriosa batería que en lugar de hacer fuego, le recibe, y en lugar de matar, sustenta y vivifica. Si mi memoria no es infiel, puedo asegurar que coronaba aquel edificio de muebles, ropas y utensilios, un perico en su blanca jaula de hojalata que iba afianzado sólidamente á los últimos colchones de la cumbre. Asustado el pobre animal por lo extraordinario del caso, chillaba con voz estridente, soltando de cuando en cuando sus frases acostumbradas: *¿periquito, eres casado?* y otras por el estilo'

pronunciadas con la voz ronca y cascada que es peculiar á su especie, y que tanto se asemeja á la de las viejas borrachas.

A la entrada de la carreta se había dejado un estrecho sitio desocupado, donde tomaron asiento las criadas radiantes de placer. Reían estrepitosamente por cualquier motivo, charlaban en voz alta, y los duros tumbos del vehículo hacíanlas prorrumpir en agudas exclamaciones, que indicaban mayor satisfacción que pena por el aporreo. Cuando el carretero—indio chato, trigueño y lampiño, vestido con camisa de manta, calzones de idem arremangados en gruesos rollos hasta los muslos y sombrero de palma—empuñó la garrocha y dió el primer pullazo á los bueyes, el júbilo de aquellas mujeres llegó á su colmo. Gimió la grosera máquina, fatigada por lo excesivo del peso, bamboleó su parte superior, como si fuesen á romperse los barrotes que la formaban, y comenzó la torpe marcha con tardo y duro rodar sobre el empedrado. Las ruedas imperfectas y gastadas por el uso, giraban con trabajo desigual. Al subir sobre las partes salientes se detenían y daban la vuelta con suma lentitud; una vez vencido el obstáculo, se despeñaban velozmente hacia sus partes deprimidas, á semejanza de un cojo que se alza sobre un pié y se desploma sobre el otro en desapacible alternativa.

Entretanto yo, que contaba diez y seis años en aquella sazón, habiéndome negado á hacer el corto viaje en coche con mi familia, había preferido verificarlo en burro, en compañía de otros varios amigos y primos mios, que se reunieron en mi casa con este propósito. Formábamos de esta manera una alegre y ruidosa comitiva, que servía de grotesca escolta á la carreta, y que llamaba la atención de los transeúntes.

La parte menos divertida del viaje fué la de la ciudad que hubimos de recorrer para llegar á la garita. Pasamos por la alameda; seguimos por el paseo hasta la plaza de San Fernando—hoy convertida en estación de los tramvías—; nos detuvimos ante la fuente de los compadres, así llamada, según la tradición, en memoria de dos parientes espirituales de esa clase, que tiernamente se amaron á pesar del perentesco, y fueron en castigo trocados en las estatuas de piedra que se veían en lo alto del surtidor; cruzamos el puente de Medrano, echando de paso una mirada al palacio de igual nombre, el primero que se erigió cuando la fundación de la ciudad, y que hoy está convertido en alcaicería; seguimos por la calle paralela á la

del palacio, que hoy lleva el pomposo nombre de boulevard Gambetta; pasamos frente á la casa de Catalán, y llegamos á la plaza irregular que se extiende al llegar á la garita. Esta salida formada de tres arcos, que desde entonces lucían su pintura colorada con vivos blancos, nos pareció á manera de *porta cœli*, según la alegria que nos produjo. Ahí comenzaba el camino de San Pedro, ese pueblo encantador que, no obstante, no tiene ninguna belleza. Al pasar bajo aquellos arcos aduanales—que se nos antojaban de triunfo como los de Tito ó Séptimo Severo—; al ver el recto camino, que se cuelga á la mitad de su longitud para tornar á elevarse á su otro extremo, como un inmenso columpio; al descubrir las tres calles que formaban la antigua carretera, embellecidas por cuatro hermosísimas hileras de copudos y verdes fresnos: no pudimos resistir mayor tiempo, sobrepúsose en nosotros el entusiasmo á toda moderación y compostura, y nos dimos á galopar sobre nuestras pacíficas cabalgaduras, empleando á las veces el palo, á las veces el cosquilleo de las ancas—que da muy buenos resultados, y tiene por nombre técnico en el *sport* asnal, *hacer pelillos*—, ó bien ambos estímulos reunidos, que son más elocuentes. Los burreros nos seguían de cerca jadeantes y mal humorados, recomendándonos que no diésemos tan severas palizas á sus animales; pero no haciamos aprecio alguno de sus ruegos ó gruñidos, impotentes para reprimir los poderosos impulsos de nuestro entusiasmo. ¡Qué carreras, qué gritos y qué carcajadas! La extensa carretera resonaba con nuestras voces, y se oscurecía con el polvo que levantaban nuestros escarceos. A menudo sucedía que algún compañero poco diestro para guardar el equilibrio, y no hallando como tenerse sobre el ancho y redondo aparejo, venía al suelo alegremente, en medio de las risotadas de todos nosotros. Seguía el burro trotando ó corriendo, y el ginete derribado iba en pos de él buen trecho sin lograr alcanzarle, porque la alegre comparsa apaleaba de popósito al animal para que burlase la persecución de su ginete.

Las criadas por su parte, seguían también llenas de contento. Su regocijo hallaba salida, á no poder más, por su gangosa garganta, de donde comenzaron á brotar canciones populares, al estilo de las que se oyen en los volantines y en los fandangos. Chillaban como unas chicharras, echaban la voz por la nariz como unos sacristanes y desafinaban como unos cencerros, en tanto que las sacudidas de la

carreta, obligábalas á dar descompasados gritos, sofocados á las veces, agudos otras, formando de su coro un verdadero guirigay, semejante á pleito de perros y gatos. Pero esto ¡que importaba! Cada cual expresa su satisfacción como Dios le da á entender. ¿No relinchan los caballos? ¿no rebuznan los burros? Y no obstante, esos son los acentos de su alegría. ¿Quién ha dicho nunca que el contento ha de manifestarse por grupetos sacados del Método de canto de Eslava? Si tratamos de reducir á las reglas de nuestra pobre música, no digo á los pericos y á las chachalacas, sino aun á los mismos canarios ¿cuánto vamos á que sale derrotada su filarmonía? Por fortuna la naturaleza es romántica, y se burla de los clásicos. ¿Dónde están sus reglas, cuál es su manual, quién conoce su pauta? Es sublimemente desacorde, como *Hernani* ó *El rey se divierte*. Los cerros no tienen figura simétrica, las barrancas se abren en forma caprichosa, los rios no siguen líneas rectas, ni curvas perfectas en su curso, el mar da tumbos de bestia salvaje, y recorta sus costas sin preocuparse maldita la cosa por la geometría. ¿Qué cosa más desacorde que una pajarera? ¿cuándo se ha oído un coro de golondrinas al unísono? Así, pues, la gran naturaleza, irregular, pero magestuosa y siempre respetable, hallaba su manifestación en los cánticos de aquella servidumbre femenina, que, sin saberlo, era en esos momentos el órgano misterioso por donde vibraba la voz de la creación, como á la orilla de los estanques, donde cantan las ranas, y en el interior de los corrales donde grita el alborotado gallinero.

En medio de estas expansiones y juegos inocentes llegamos al oscurecer al término de nuestro viaje, armando tal ruido y algarabía, que los curiosos habitantes de la alegre villa, salían apresurados á las puertas y ventanas para ver nuestro desfile. Así atravesamos triunfalmente todo el pueblo, extremando á nuestro tránsito por las calles, los que íbamos en burro nuestros escarceos y travesuras, y las de la carreta su canto destemplado.

Hallábase la casa donde se instaló mi familia, no lejos de la plaza principal, hacia el oriente. Mucho distaba de ser un palacio. Apenas comenzada por su dueño, no tenía más construcción que la externa, ó sea una serie de aposentos á la calle, y todo el resto vano y en perfecta disponibilidad; era á modo de un cascarón hueco, que no tiene más que la costra que limita su claustro. Esta misma vacuidad, empero, comunicábale el encanto propio del caso,

porque todo el espacio libre había sido empleado entretanto, en la formación de un vasto jardín de no escaso atractivo. Al frente destacábase una pequeña fuente de hierro con hermosos surtidores; á la izquierda había un ruidoso grupo de plátanos; á la derecha erguiánse algunas araucarias; y en el fondo levantábase la masa verdinegra de un poblado bosque de cedros del Líbano, en medio del cual ostentaba su linfa reluciente un amplio baño, alimentado de agua constantemente por un grueso chorro estrepitoso. El espacio intermedio entre estos puntos que bien podrian llamarse cardinales, mirábase cubierto de flores de todas clases, desde las más soberbias hasta las más humildes, desde la gigantesca magnolia hasta la diminuta violeta, desde la rosa de vívidos colores hasta la azucena pálida, emblema de la pureza.

En tales condiciones, déjase comprender que aquella casa en bosquejo distaba mucho de ofrecer las comodidades deseables. Las ventanas y puertas sin cristales tornaban irresoluble el problema de la comodidad, pues que si en busca de aire y luz se abrían los batientes de madera, metianse desencadenados los remolinos y las rachas en los aposentos, llevándose los papeles, derribando los pequeños objetos y cubriéndolo todo de una espesa capa de polvo; si por evitar este resultado se cerraban los batientes, faltaba la ventilación y se oscurecían las piezas como si fuesén calabozos de criminales. Pero estos inconvenientes eran *peccata minuta* en el caso especial, supuesto que ya se sabe que se va á San Pedro á vivir con incomodidad; que se deja la buena casa de Guadalajara con alegría, por ocupar una pocilga en la villa; que se llevan pocos muebles á la temporada, y se cuida de que sean los más viejos y feos de que se puede disponer; que llegada la ocasión, ante nada se retrocede, durmiendo, cuando hay huésped, en un colchón tirado en el suelo, ó en un canapé sin colchón; que se ponen camas en la sala, y que se hace comedor en los corredores, sin pena por el desapacible aspecto que todo aquello presenta, ni cortedad por las visitas ni sufrimiento por la estrechez en que se vive. Todo se sufre con calma y regocijo, en siendo trabajos de San Pedro, pues á la verdad—como dice el Evangelio—sólo una cosa es necesaria, es á saber, pasar la temporada en dicho pueblo, como se pueda, en una casa ó en un departamento, ó en unas piezas, ó en una pieza. Conseguido el objeto principal, lo demás es lo de menos, como decía un amigo mío.

Nuestra casa, aparte de las imperfecciones de que he hablado, tenía al menos la ventaja de ostentar el hermoso jardín que he bosquejado, lo que, en verdad, era suficiente para indemnizarnos de los pequeños inconvenientes á que quedamos sujetos en las habitaciones. Por lo que hace á mí, sé decir que sería capaz de dormir en la rama de un árbol como un mono, por tal de gozar los encantos de la naturaleza.

En la puerta de mi casa se despidió la comitiva. Mis amigos y primos continuaron armando la misma gresca por otras calles donde fueron á buscar sus habitaciones; en tanto que en el zaguán de mi casa se desempeñaba la delicada labor de descargar la carreta. La servidumbre regocijada hacía la faena con gran presteza y buena voluntad, cosa inaudita en esos seres displiscentes y tardos en asuntos relativos á su servicio. Es que en el ánimo les retozaba la satisfacción de hallarse en la temporada, cosa mágica y por todo extremo encantadora.

Hecha la inspección del interior de la casa, volví á la puerta de entrada por orden superior á dirigir la maniobra. Consagrado á tan delicada inspección me encontraba, cuando advertí que, á través de una ventana de la casa inmediata, me miraban dos ojazos azules. Fijé la atención y reconocí á Lola Espino, encantadora criatura ante cuya belleza había permanecido como alelado varias veces en Guadalajara. Era rica, de mi edad ó acaso un poco mayorcita, grave y elegante; así es que tal conjunto de circunstancias ejercía en mí una inexplicable acción paralizante, parecida á una inmensa sorpresa ó á un gran susto.

Siempre que la veía poníame colorado, latíame el corazón con gran fuerza, me enfriaba de las manos y me tornaba torpe de inteligencia y movimientos. Recuerdo que en tales casos, no sabía qué hacer con las manos, perdía el compás de la marcha, si iba á pié, y sentía contradictorios y poderosos impulsos de echarme á correr huyendo del conflicto, y de no apartarme del sitio para continuar en aquel potro, de irme y de quedarme, de verla y de no verla, de que me viera y de que no me viera; pues su mirada me causaba tan gran sobresalto como placer inexplicable y misterioso.

Ahora la suerte nos había hecho vivir en casas contiguas, y sobrarían las ocasiones de encontrarme con ella. Esta consideración me llenaba de tanta alegría como pánico. ¿Cómo andaría gallarda-

mente delante de ella? ¿qué traje de mi escaso guardarropa me pondría para no parecerle mal vestido? ¿pasaría delante de su casa cuando saliese de la mía ó volviese á ella, ó daría vuelta por la esquina, aunque tuviera que rodear un poco? Sentía que me faltaba el ánimo, á la vez que amaba el peligro, como Enrique IV, que temblando como azogado en sus primeras campañas, caminaba á la cabeza de sus tropas.

Verla y pensar esta máquina de cosas, fué obra de un solo momento, como si algo semejante á la locura se hubiese apoderado de mí súbitamente, excitando mi cerebro y obligándome á trabajar vertiginosamente con el pensamiento y la imaginación. Pero ¿cómo no había de producir tal resultado aquella visión encantadora? Era Lola blanca con la blancura de la nieve alpina y tenía los colores de las rosas de Jericó en sus mejillas. Tersa su frente y de forma artística, mirábase hermoseada por la cabellera más rubia, rizada y abundante que se haya visto en el mundo. Conocedora de esta riqueza, hacia ella con sus cabellos todo género de combinaciones; peinábalos en crenchas negligentes que caían por sus hombros como una lluvia de oro, ó bien los ataba sobre su cabeza en gracioso nudo como el de la Venus Capitolina, ó bien los colocaba en torno de la frente como diadema regia, dando á su fisonomía un encanto avasallador. Sus grandes ojos de un azul profundo y marino, hallábanse sombreados por luengas y rizadas pestañas que los tornaban poéticos y soñadores, como los de Ofelia, y eran de una limpidez tan suma, que parecían de un niño por su humedad é inocencia. Sus mejillas eran de contorno purísimo, y aumentando su encanto mostraban graciosos hoyuelos, siempre que la risa con su manto de luz iluminaba su semblante. Nariz fina y aristocrática daba á su fisonomía la magestad de la estatuaria, y su pequeña boca roja y fresca, era infantil por su gracia, y semejaba rica joya de rubí y preciosas perlas.

Tenía su acento timbre argentino y misteriosas inflexiones que llegaban al alma. En cuanto se le oía, sumíase el espíritu en celestiales arrobamientos y llenábase el corazón de emociones arcanas y sabrosas languideces; semejaba la voz de la juventud, entonando al oído mortal, el himno risueño y misterioso de las ilusiones y de la vida.

Era su cuerpo un dechado de gracias esculturales capaz de dar

envidia á la Venus de Gnido. Alta y esbelta, tenía toda la delicadeza y toda la fuerza de la verdadera hermosura en pleno y exuberante desarrollo. Su leve cintura cimbradora como el tallo de una palmera, contrastaba armoniosomente con las líneas de su busto ateniense, que parecía reclamar el peplo de las antiguas canéforas; su pié breve, que se deslizaba por el suelo marcando el ritmo de un canto amoroso, calzado por la sandalia de los tiempos clásicos, habría sido pintado con delicia por Apeles en alguno de sus cuadros admirables, ó esculpido por Fidias en mármol de Paros en algún tímpano del Partenón.

Su andar era á la vez marcha triunfal y tránsito de maga; parecía el garboso deslizamiento de una niña juguetona, y el paso dominador de una reina soberbia. Había en su cabeza movimientos de gracia y fiereza de todo punto arrobadores, cuya observación me causaba algo á manera de espanto, y despertaba en mí deseos insensatos de doblegar tanta altivez, y de hacer mío aquel tesoro de ritmo y gallardía.

Noto que he pecado de difuso al trazar este bosquejo; pero merezco perdón sin duda alguna, porque Lola es para mí en esa lejana pespectiva, el blanco fantasma de mis sueños, la musa de mi adolescencia, el risueño y primer ideal dé mi espíritu.

Ruborizado de que tan hermosa joven me viese consagrado á tan grosero ministerio, no me ocupé ya de la carreta, ni del mobiliario, sino me entregué á contemplar á Lola desde el zaguán de mi casa, el cual, ciertamente, no distaba más de tres varas de la reja de su ventana. No por esto se recató ella, ni desapareció de su sitio como llegué á temerlo, sino antes bien sufrió sin pestañar las descargas eléctricas que le enviaban mis ojos, clavando en mí las miradas de sus diáfanas pupilas.

Presa de tanto júbilo como asombro parecíame soñar en situación tan deliciosa. Nunca me había favorecido con sus miradas aquella joven hermosa y celebrada, y por mi parte, aunque me sintiese atraído á ella con imán poderoso, habíala visto como un imposible, y no había llegado á manifestarle mis inclinaciones afectuosas. Cercada de adoradores guapos, ricos y elegantes, no sé bien si por modestia ó por amor propio, había huido cuidadosamente de ponerme á discusión y de sufrir una derrota que me hubiera sido harto dolorosa. La voz pública, por otra parte, hablaba muy alto en favor

del recato y discreción de Lola; de manera que no podía atribuir su favorable acojida á lijereza y vana coquetería.

No me quedaba más recurso que pensar hubiese en su corazón alguna simpatía naciente hacia mí; pero esto me parecía mentira, no me sentía digno de tanta felicidad, me encontraba muy pequeño para ser objeto de una dicha tan grande. En medio de mi aturdimiento, dominábame la convicción de mi insuficiencia, á la vez que el deseo vehementísimo de convertirme en favorito del ciego destino, como tantos y tantos que andan por ahí cargados de las dichas de la tierra, sin mérito ninguno, á semejanza de militares deslumbrantes de galones y de cruces, y que no cuentan un sólo hecho memorable en su virgen hoja de servicios.

Así entre conjeturas, dudas, esperanzas y palpitaciones de corazón, pasé el resto de la tarde sin apartar los ojos de la ventana, hasta que cayó el crepúsculo é invadieron el cielo las sombras de la noche.

YUSUF-BEN-ISSA.

(Continuará).

PERDÓN Y OLVIDO.

Por delirio febril arrebatados
Los dos la misma dicha hemos sentido,
Y bebimos los dos embelesados
Un poco de las aguas del olvido.
Después, en esas horas de atonía
Que siguen á las horas de terneza,
Por yo no sé qué extraña fantasía
Me hablaste de tus tiempos de pureza;
De esa edad inocente
En que tu alma infantil no conocía
Más besos que los besos que imprimía
Tu pobre madre en tu tranquila frente.
Y al mirar ya tan lejos
Aquellas horas de celeste calma,
De una lágrima pura los reflejos
Disiparon las sombras de tu alma.
Estás de muerte herida, y no lo ignoras,
La sangre apenas corre por tus venas,
Tus pálidas mejillas seductoras
Sus rosas han trocado en azucenas.
Piensas, al ver la tumba ya cercana,
En tus primeros años virginales.
¿No recuerda el ocaso á la mañana,
No son los dos crepúsculos iguales?
Cuando mire tus pálidos despojos
Yo que supe quererte,
Cuando contemple tus radiantes ojos
Velados por la sombra de la muerte,
Te cerraré los párpasdo abiertos,

Tu último sueño quedaré velando,
Y elevaré por tu alma, sollozando,
Las tristes oraciones de los muertos.
Adios, pobre extraviada!
El dolor purifica y tú has sufrido,
Lleva en tu hermosa frente deshonrada
El beso del perdón y del olvido......

PRESENTIMIENTO.

Ese incierto ruido
Que escucha el corazón y no el oído,
Que algo solemne y grande nos advierte,
¿No es el rumor acaso
De las alas del ángel de la muerte?

Esa atmósfera vaga de tristeza,
Esos presentimientos
De un mundo de misterio y de gradeza,
Y esos mil pensamientos
Que con su peso abruman mi cabeza,
Ese tenaz recuerdo de los seres
Que ya dejaron para siempre el suelo;
¿No es todo algún aviso
Que nos envía el cielo?
¿No será que Dios quiso
Decirnos que está cerca la partida
De alguna alma querida,
Que al fin va á descansar al paraíso
De los rudos combates de la vida?

ANTONIO ZARAGOZA.

GUADALAJARA.

RECUERDOS E IMPRESIONES.

(CONTINÚA.)

¡León! cuántos recuerdos de grandeza heróica se despiertan en el ánimo con este hermoso nombre. Parece que los españoles se complacían en dar á nuestras ciudades los nombres de sus más gloriosos reinos.

El León cuyas murallas rompieran los yataganes del valeroso Almanzor, y que se reconstruyeron tantas veces, aquella antigua ciudad, aquel Leon con las tumbas de los Veremundos, de D. Sancho el Mayor, de la infanta Urraca y de tantas otras reales personas que tornáronse polvo á la sombra de la torre de San Isidoro, dió su nombre á nuestra humilde ciudad, una de las más pobres, pero á la vez una de las más pobladas de la República Mexicana.

Al llegar á esta ciudad hallábame desde luego con unos fusiles y unos sables que vigilaba un soldado y no pude menos que traer á mi memoria un grato recuerdo.—Teníamos en Madrid los mexicanos un cónsul noble de corazón y de blasones. Vivía en la suntuosa casa del más rico de sus tíos, quien había hecho pintar en la bóveda del vestíbulo, el escudo señorial concedido por el rey y que lo formaban algunas armas encerradas en el siguiente mote:—"Estas armas que aquí ves— Armas legítimas son—En cien batallas ganadas—Al rey moro de León."—

¿Dónde está el rey moro dueño de estas armas? pregunté al mirar las que resplandecían y brillaban delante de mis ojos.—Aquí no hay rey moro, me contesté yo mismo; aquí vive el Jefe de la 7.ª

Zona, General tan ameritado como llano, cortés y franco en su trato.

Y en efecto, entre el rey moro y Manuel Orellana Nogueras, rindo cariñosa sumisión al segundo.

Los tranvías que conducen á los pasajeros de la Estación al centro de la ciudad, recorren algo más de seis kilómetros.—Uno de mis compañeros estaba empeñado en que yo le hablara del Leon de España.—Hay en determinados individuos la secreta ansiedad de los viajes y no les conforma recorrer en todos sentidos su patria porque sienten que los deseos á la manera de agudos aguijones los espolean por dentro diciéndoles constantemente: "hay algo grande más allá; emprende el vuelo, cruza el mundo, observa, compara, estudia y después pliega tus alas en el nido adonde deba sorprenderte la hora postrera de tu vida........."

¿Cómo es el León de los Españoles? No vengo historiando extrañas tierras ni en los estrechos límites de este libro cabría cuanto pudiera decir sobre la heroica ciudad que tantas veces derrotó al islamismo y que guarda en cada piedra de sus calles una tradición no empañada por el paso de los siglos.

La ciudad española no tiene otro punto de semejanza con la nuestra que la fervorosa piedad de sus habitantes y acaso su conocida pobreza.—De la primera responden los numerosos templos cristianos allá suntuosos y aquí humildes que clavan sus blancas cruces en el espacio; de la segunda baste decir que desde 1367 por merced otorgada en Burgos eximió D. Enrique de Trastamara á los leoneneses de ultramar de pagar portazgo, peaje, pasaje, rondaje, castellaje y otros tributos, *por ser los vecinos de ella menesterosos en razón de que las heredades de la cibdad por la mayor parte son de la eglesia de Santa María de Regla, del monasterio de San Isidro é de otros monasterios é Santoarios.*

En esto de menesterosos no les van en zaga los de nuestro León y sea dicho en honor de la verdad que constituyen un pueblo eminentemente trabajador y honrado; pudiendo asegurar sin hipérbole que cada casa es un taller en épocas como la presente en que pasa de cien mil, por más que lo contrario digan los engañosos censos oficiales, el número de sus habitantes.

En León de España, subsiste como única gloria viva de las muchas de su pasado, una suntuosa Catedral en la que brillaron renom-

brados y emiennntes obispos como los Fernández de Temiño y Cuesta, lumbreras del concilio de Trento, y los Caso, Pedroza, Risoba, Toledo, Pérez de Araciel, Lupía y Quadrillero que llenaron con sus virtudes é ilustraron con su sabiduría los siglos XVII y XVIII.

Si vierais cómo se destaca magestuosa esa Catedral; cómo se alzan al cielo sus agujas de crestería sobre las dos altas torres; cómo matizan el conjunto en claros oscuros fantásticos los pináculos y botareles, reforzados por contrafuertes y arbotantes; cómo perforan los muros las ojivales ventanas y cómo cuajan los pórticos las primorosas esculturas; os extremeceríais como yo me he extremecido de admiración y de placer ante tamaño portento del arte humano.

No podría dar los detalles de las portadas; me faltan sabiduría, fuerzas y memoria; en ellas los cinceles han arrancado á la piedra, guarneciendo á las zonas bajo los festonados arquivoltos, desde los ángeles alados hasta los demonios que con monstruosas formas arrojan al fuego á los réprobos.

En tan suntuoso templo duermen el eterno sueño reyes y obispos, que no por ser aquel León tan de la Iglesia como pretende serlo el nuestro, deja de tener sobre el de España predominio el rey y sobre el de nuestra República el Gobierno del Estado de Guanajuato, que por algo se le dijo al de ultramar en tiempo de Alfonso XI, que *magüer el señorío de la villa sea del abad, nuestro es el señorío real y el enmendamiento de la justicia* y para algo en el de aquende el mar ha de servir en todo tiempo la independencia entre la Iglesia y el Estado.

La catedral de nuestro León, pobre en estructura y en decorado, está hoy esperimentando grandes reformas bajo la dirección del arquitecto Luis Long y encierra en humilde tumba los restos del primero de sus obispos, ilustrísimo teólogo Don José María de Jesus Díez de Sollano y Dávalos, quien llevó su celo apostólico hasta consagrar sus cuantiosos bienes á la construcción de muchos templos que dejó concluidos y abiertos al culto, y á la fundación de un Seminario al que legó su magnífica biblioteca.

La vida del Obispo Sollano está escrita y publicada por un digno discípulo suyo. Forma dos volúmenes y del primero que tiene cerca de seiscientas páginas, entresaco, tomándolas de la introducción las siguientes líneas:

"Si para la virtud y el sacerdocio la vida del Señor Sollano es

motivo de imitación, su nombre en la república de las letras es ventajosamente conocido, y para los que las cursan, así como también para los que las enseñan y admiran: el sabio Obispo de León fué y será siempre asunto de entusiastas laudatorias. Dominando su época cuando estudiante; internándose solo y sin maestro en la Escolástica, se forma por sí mismo en la filosofía y en la teología del Angélico en las que llega á ser una verdadera entidad. Superior á las preocupaciones que le rodearan, se dedica aún á las ciencias naturales, haciéndose la química, la astronomía y otras, el asunto de sus familiares desvelos, pudiéndose por último añadir que, en las lenguas, el griego, el francés y el inglés, no le fueron agenas."—

Era en verdad el Obispo hombre de mucha ciencia y de grande intransigencia.

Permitidme ya que de personajes de la iglesia de Leon estoy ocupándome que hable de uno que es nada menos el biógrafo del Obispo aludido, del Presbítero José María de Yermo y Parres.

Nada vive tanto dentro del corazón humano como los recuerdos de la primavera de la vida.—Las amistades contraídas en los bancos escolares; las que se han sentido frente á la enborronada primera plana ó la acartonada pasta color de rosa del Simón de Nantua, no se marchitan ni mueren nunca.

La escuela de primeras letras es el campo de las vocaciones; allí se encuentra al amigo travieso y decidor que más tarde brilla como reputado calavera; al brioso y provocativo que arma frecuentes pendencias y gusta de llevar en el propio rostro ó de poner en el ageno visibles moretes, que llega á ceñirse en mayor edad una banda de general que la sostiene con decoro; al recatado y devoto que solo gusta de vestir sotana y de masticar tristes rezos y que al correr de los años ocupa un púlpito ó gobierna una arquidiócesis; al mal intencionado y cruel á quien malamente vemos morir en tardías épocas; en fin, si el niño pudiera observar filosóficamente todo lo que le rodea, no se extrañaría cuando joven de las diversas situaciones en que encuentra á sus compañeros.

De aquí no puede deducirse ningún axioma porque no todas las vocaciones aparentes son exactas en la primera edad y nunca se admitirían estas digresiones de mi pluma como útiles y necesarias en esa parte de la sociología que hoy denominamos "la ciencia del carácter humano."

Estoy muy lejos de pretender el título de filósofo, pero confieso que algo he observado y que más de una vez he visto como reales en muchos los primeros indicios de su aparente vocación en la Escuela.

Y á esos muchos los respeto y los venero porque creo que en ellos es verdad lo que en otros muchos puede ser lucro, conveniencia ú orgullo.

De mis primeros compañeros en las aulas es el hoy Presbítero Yermo.—Era entonces un niño extremadamente estudioso; gustábanle las lecturas místicas y no consentía otros juegos que los que podían representar prácticas religiosas.

Opuesto á él en tendencias, nunca en sentimiento de lealtad, de cariño y de respeto, sentía hacia su juiciosa conducta una atracción irresistible y siempre busqué su compañía y estimé su trato.

Nos separamos después de algún tiempo y juro que me imaginé desde entonces que si alguna vez volviamos á vernos ya sería él sacerdote.

Hay fisonomías, caracteres, costumbres y maneras que delatan al destino; no se concibe á Napoleón el grande jugando con muñecas ni en sus primeros años; hay necesidad de verlo rodeado de fortalezas, de cañones, de puentes y de banderas; no se concibe á César de bigote y patillas abiertas que deslucieran la magestad de la purpurina clámide, ni nadie se figura tampoco que el severo Catón haya, ni en juegos, traicionado sus convicciones.

Le parece al observador que ya á Napoleón, á César y á Catón, les conocían desde sus primeros años lo que iban á ser más tarde, por más que yo no sea tan fanático en materia de vocaciones que crea, como un beato amigo mío, que cierto santo fué tan observante de las prácticas cristianas desde pequeñuelo, que estando en la lactancia rehusaba durante la cuaresma exprimir el seno de su nodriza por no quebrantar el ayuno.

No, lector mío, no soy tan exagerado, pero sí creo en los indicios de la niñez y por eso es que todos tenemos en los labios aquella sabida frase de "bien ó mal pinta este muchacho," según la conducta que observa delante de nosotros.

Yermo desde la edad más tierna se inclinó al sacerdocio y jugaba á decir y cantar misa cada vez que le dejaban libre el tiempo sus estudios.

Fuése á Jalapa, estudió con algunos padres paulinos, y pasados muchos años se ordenó en 1879 en León con el Obispo Sollano, de quien fué primer familiar, después Pro-secretario y Secretario interino de la Diócesis en tiempo de la vacante.

Hoy el Padre Yermo vive lejos de la ciudad de León, en sus extramuros, sobre el Cerro del Calvario en cuya cima y junto á una iglesia elegante y severa está el asilo que dirige y sostiene ayudado poderosamente por el sabio médico Rosendo Gutierrez de Velasco.

Yermo, que viste la sotana con la distinción y elegancia naturales con que los caballeros de alta corte visten el frac, que reboza vida y tranquilidad de espíritu, cifra todo su bienestar en la dirección de aquel Asilo establecido el 13 de Diciembre de 1886 y que hospeda más de cien niños pequeñitos. Desde el principio ha estado servido ese instituto por señoras y señoritas que sin formar comunidad que pugne con las leyes, sirven y atienden todo lo de régimen interior.

El asilo actual es transitorio, pues se está fabricando uno, que será el permanente, al Norte de la Iglesia; abraza un perímetro de noventa metros de frente por sesenta de fondo y tendrá cuatro departamentos: de ancianos, de ancianas, de niños y de niñas.

Entre las obras que demuestran el celo del Presbítero Yermo debe de contarse la de haber hecho subir el agua hasta aquella elevada eminencia, dando así un gran realce al valor y al servicio del Establecimiento.

Visité ese asilo y me asombraba de la fé, de la energía, de la constancia y de la inteligencia, desplegadas en esa obra como en muchas otras por sus filántropos sostenedores y regocijábame de que uno de ellos fuera mi compañero desde las aulas.

¿Qué importan las opiniones políticas ante las obras de caridad? ¿Quién no aplaude al que con fervorosa piedad se consagra á hacer el bien á los niños y á los ancianos?

El presbítero Yermo posee un gran talento, una erudición vasta y sólida; pertenece á distinguidísima familia; ha hecho largos y provechosos viajes; es elocuente y galano en su oratoria y florido y correctísimo en su estilo literario.

No me ciega el cariño; ¡le veo tan raras veces! ¡son tan opuestas nuestras vocaciones! pero en sus ojos llenos de expresión pensadora, en su fisonomía vivaz pero recatada; en las prematuras canas que

brillan en su cabeza; se transparenta una virtud firme é inquebrantable que abre las puertas á la confianza y á la sinceridad de los que le tratan, á la par que infunde cariñoso respeto.

Y sin embargo, huye de la sociedad, se opone á darse á aconocer, esquiva el trato de los demás y le conforman su asilo, sus libros, sus creencias y sus esperanzas.

Nos encontramos cada siete ú ocho años; nos vemos siempre de paso y siempre me digo después de despedirnos: ¡es el mismo de aquellos días!

Sus mismas costumbres, su misma dulzura de carácter y lo que es más asombroso: ¡su misma fé de entonces!

Dichoso él, que no ha visto, como algunos de sus compañeros, caer una tras otra, secas y sin aroma, las rosas de brevísima duración que se llaman las dichas mundanas!

Y luego me digo á solas: ¿cómo se verá el mundo desde la soledad de una vida sin ambiciones? ¿será verdad que viven sobre las ermitas de la sierra de Córdova los ermitaños cantados por Grilo? ¿Será verdad que:

Por los ojos que finje
La calavera
Ven el mundo y su vana
Pompa altanera?

Cuando en las zarzas del camino se deja, como dice el gran poeta frances, el vellón de la virtud, cuando se cansa y se abate el ánimo; cuando todas esas aves que presagian la buena estación ya no buscan para fabricar los nidos, el triste alero del alma; entonces se aplaude con leal desinterés al sincero creyente que sin buscar el aplauso de los otros, sin correr en pos del renombre y sin deslumbrarse con los falsos oropeles de la fama, se improvisa una gran familia con los ancianos desvalidos y los niños desheredados.

Llamadle caritativo, filántropo, benéfico, ó en lenguaje moderno *altruista*; el hecho es que pocos realizan el *Alliis Vivere* y que los que lo practican son dignos del respeto de todos, pues el amor se impone sobre todos los sentimientos y la caridad es amor en todas las latitudes y todos los siglos.

Cansado de los combates humanos, comprendo cómo hay seres que se anticipan los desengaños y se encierran para siempre en los

estrechos límites de una celda y dentro de cuatro sombríos y espesos muros viven allí consagrados al ejercicio del bien, y nada saben de lo que pasa por fuera, ni lo inquieren, ni lo extrañan, ni lo comentan.

El Presbítero Yermo, lleno de todos los conocimientos científicos de nuestra época, jamás se mezcla en asuntos que no sean de su ministerio, y fuera de aquello que ataque ó contrarié el dogma, lo cual combate en el púlpito con una elocuencia digna de todo aplauso, no se mezcla en los árduos asuntos de la política.

Sacerdote virtuoso y caballero perfecto, vive consagrado á las prácticas de piedad y á serios estudios.—Muchos son sus conocidos y pocos sus amigos, ocupando entre estos lugar preferente el sabio Presbítero Miguel Arizmendi, secretario que fué del Gobiorno Eclesiástico y confidente íntimo del obispo Sollano, persona de exquisitas prendas morales.

León estaba en los días en que lo visitamos lleno de animación y de movimiento con motivo de las fiestas que anualmente celebra en Enero con motivo del aniversario de la fundación de la ciudad.

El mercado, que llama la atención por su estructura y amplitud, estaba convertido en salón de conciertos, con grutas de heno, con cascadas vistosas, con lucientes guirnaldas que se reproducían en los muchos espejos que decoraban el local.

Ha contribuido mucho al adelanto y al bienestar de la población, la política llena de tacto y de oportunidad del Jefe de la 7ª zona, el General Manuel Orellana Nogueras, que desde 1880 reside allí y que es uno de los protectores del asilo de que hablé anteriormente, pues alguna vez lo ha dotado con camas para los asilados.

El General Orellana tiene un carácter franco y leal, está acostumbrado á vivir en medio del más fino trato de la más elegante sociedad y por esto todas las principales familias acuden á sus reuniones y tienen en él la amplia confianza que siempre inspira un perfecto caballero.

A Orellana se debe la construcción del hermoso "Parque Manuel Gonzalez" cerca del antiguo ojo de agua, con sólidas y esbeltas bancas de cantería y simétricas calzadas.

Ha fundado muchas escuelas y es el más firme guardián de la tranquilidad, de la paz y del adelanto de la ciudad.

León tiene un teatro pequeñito pero bello.—Puede decirse que

es lo más hermoso que tenemos en la República.—El vestíbulo es elegantísimo así como el frontispicio; su salón está provisto de esbeltas butacas ricamente construidas; los palcos en andenes volados presentan magnífica perspectiva; el escenario posee buenas condiciones de maquinaria, amplitud y sonoridad y el edificio entero obedece á las leyes de las modernas construcciones.

Agrandad con la imaginación ese bellísimo teatro y veréis el primero del país, pero es pequeño pues está hecho para una población que aun no le necesita más grande.

Respecto de instrucción pública, hay en León el Colegio del Estado, de instrucción secundaria superior que lo dirige D. Mariano Leal, persona notablemente ilustrada que estableció hace diez años un observatorio meteorológico que está muy bien servido, y que después del de la capital y del de Puebla, es el más importante de la República.

Hay un instituto científico, literario, católico, un Seminario y muchas escuelas primarias del Estado y particulares.

Entre los templos nuevos debe de mencionarse el Santuario de Guadalupe, obra del canónigo D. Pablo de Anda, llevada á cabo con limosnas.

Hemos elogiado el mercado, y sería injusto omitir que dirigieron la construcción D. Luis Montes y D. Ildefonso Portillo, quien tiene en la ciudad una fábrica de hilados muy importante y que hace honor á la industria.

En León hay un grupo de literatos bastante notables. Vive allí el Presbítero Ramón Valle, que lo mismo cultiva la poesía sagrada, como la oratoria, y que con muchos de sus artículos y disertaciones, ha formado libros de que se ha ocupado la prensa católica.

Encontréme allí á Juan Antonio Valdivia, abogado á quien traté fraternalmente en el colegio, cuando con ancha capa, sombrero de grandes alas y voz vigorosa, era para nosotros una especie de Félix de Montemar, que nos guiaba en rumbosas serenatas, siendo por su buen humor, su inteligencia chispeante y su carácter sincero, la alegría y el encanto de sus compañeros.

No ha perdido Juan Antonio su modo de ser, en materia de génio festivo; hoy tiene buenos negocios en los tribunales, reune en su derredor á todos los que valen por instrucción y talento; ameni-

za sus horas con gratos estudios y á la par instruye y educa á sus hijos en un hogar venturoso y tranquilo.

¡Oh inolvidable Juan Antonio! Al estrecharte entre mis brazos surgieron de bulto en mi memoria las dichas de aquellos días pasados en los claustros de San Ildefonso, cuando disertabas en latín selecto y escribías satíricas aleluyas á los profesores.

Entre tú y yo, veinte años se alzan para contemplarnos!

Valdivia me presentó al poeta Emilio R. Leal, hoy tesorero del municipio, autor de sentidas composiciones y de interesantes dramas; á Joaquin Aguilera, poeta de altos vuelos y literato muy instruido y muy modesto; á Baudelio López, poeta que será en lo porvenir muy notable como lírico; á Enrique Gómez, que con amor y sabiduría ejerce el notable arte de Guttemberg; al Dr. Carbó, estudioso discípulo de Hanneman, y á Heriberto Barrón, que no sólo conocía de antemano por sus dulces, correctos é inspirados versos, sino que le tenía la inmensa gratitud de que le era deudor, por un delicadísimo soneto á mí dedicado, y que he hecho que mis hijos aprendan de memoria.

A otros literatos que en León viven como Vicente Gómez y el Presbítero Ponciano Pérez, no tuve tiempo para buscarles.

Pero allí está y le hablé y le ví, el más democrático de los poetas, el más humilde de los hijos de Apolo, el más leal amigo de cuantos estrechan su mano cariñosa, Enrique Hernández, conocido en el mundo de las consonantes por su ya popular seudónimo: "Juan Claudio."

Vive sin pompa, huye del aplauso, se estremece á la noticia de que lo buscan ó lo conocen; desdeña todo boato y todo ruido; escribe lo que se le ocurre (y siempre se le ocurren cosas buenas); es modesto hasta el extremo y franco hasta el peligro; se complace y se huelga de que le hablen de letras, y ante el mejor observador se hace pasar por todo, ménos por poeta. ¡Y lo es en alto grado! Leed su libro intitulado Coplas, y hallareis inspiraciones, armonías y sentimientos que reflejan estilo y trasparentan su alma; "Juan Claudio" por más que se esconda á las miradas del público, siempre le verán tal como es en todas partes, porque no puede el de cuyo esconderse de nadie por espesa y oscura que sea la atmósfera en que viva!

¡Salud, poeta! Yo llego á turbar tu modestia, á perturbar tu tranquila vida, abrir de par en par el modesto gabinete donde escribes

en pobres cuartillas tus altas ideas, para mostrarte á mis amigos suplicándoles que á una voz te digan conmigo: ¡Salve, poeta!

Después de recorrer León, de pasar gratos momentos en su deliciosa calzada llena de naranjos en flor; de tratar buenos amigos, de abrazar nuevamente á todos ellos y de comer algunas de las clásicas y gigantescas lechugas que ahí se dan como en ninguna otra parte, volvíme á la Estación, tomé asiento en uno de los wagones y regresé con mis dos compañeros de viaje á Irapuato.

Tuvimos ocasión de ver al paso á Silao. ¡Cuánto ha cambiado en pocos años! Prodigios del ferrocarril, milagros del progreso, encantos de la civilización.—Silao hoy ofrece una grata perspectiva á la mirada de los viajeros; se han construido nuevos y elegantes edificios, y la Estación le da mucho realce.

Por allí pasamos rápidamente y al poco tiempo volvimos á la tierra de las fresas.

JUAN DE DIOS PEZA.

(*Continuará*).

DE MAL HUMOR.

Muy honda y solitaria
Es la tumba de mi alma! Allí enterrado
Yace mi único amor!
Y no tiene ni ofrenda ni plegaria;
El destino en su lápida ha grabado
Esta inscripción: ha muerto de dolor!

¡Ah! no pases por ella
Cuando alegre tu rostro dulce risa,
Cuando brille en tu faz otra pasión.
Quizás siguiendo tu distraida huella,
Restos de mi alma en esa tierra pisa,
Tu pié quizás; respeta la inscripción!

GUILLERMO MATA.
CHILENO.

FULGORES.

I.

¡Más que nunca, más que nunca,
encantadora, Dios mío!
¿Y fuí yo quien un instante
quise hundirte en el olvido?

Insensato! Si el despecho,
si la ausencia con el frío
de sus largas noches negras
me hizo ingrato y me hizo esquivo,

hoy que vuelvo á contemplarte,
que tu boca ha sonreído
al sentir de mis amantes
miradas el beso tibio,

hoy ya sé que en vano intentan
separarnos, cielo mío;
¿Quién desligará dos almas
que un amor ha confundido?......

II.

Era de noche, alumbraban
temblorosas las estrellas;
mis labios te suplicaban
temblando también como ellas.

Tú negabas; la armoniosa
melodía que en mil quejas
exhalábase amorosa,
quebrantó por fin las rejas

de aquella prisión oscura
de tu pecho, do gemía
aherrojada la ventura
que tu piedad me debía......

Me miraste...... El rayo tibio
de la luna macilenta,
las negras sombras ahuyenta
con velocidad menor
que la que empleó la mirada
dulce de tus negros ojos
en disipar los enojos
que te guardaba mi amor.........

III.

Bendita noche! Si el fulgor primero
del día venidero
pudo robarme su amorosa calma,
yo supe conservar su regio manto
mojado con el llanto
que la ventura me arrancó del alma!......

IV.

Cuando declina la tarde
y el cielo azul palidece,
y la natura enmudece
presa de vago sopor;
cuando del sol moribundo
el círculo de escarlata
á otro círculo de plata
que aparece, dá su adios,

y se oculta recogiendo,
con su luz amortecida,
la solemne despedida
que sollozando le dan
los céfiros que murmuran,
la blanca luna que asoma
y la cándida paloma
que exhala triste cantar;

en ese instante, bien mío,
que otros instantes evoca,
mi alma enamorada y loca
se siente casi feliz.
Feliz porque la natura
con su calma la convida
á olvidar la triste vida
que arrastro, mi bien, sin tí......

V.

Esa noche...... Lo recuerdas?
Los ángeles nos veían......
¡Sonaba tan bien la música!
¡Era la noche tan tibia!......

Dios santo! Es acaso un crimen
la felicidad de un día?
Por qué, pues, nos han robado
calma, bienestar y dicha?

¿No saben que...... No lo saben!
Si tal fuera, vida mía,
ay! mis ojos no te hallaran
tan melancólica y fría.........

VI.

Desde entonces...... cuánta nieve

ha caído en las montañas!
El valle se encuentra solo,
las chozas abandonadas;

de los álamos desnudos,
entre las marchitas ramas,
tan sólo cantan los buhos
en la noche solitaria.

Si tras la nevada sierra
asoma su faz nevada,
iluminando aquel páramo,
pálida la luna blanca,

entonces, de los recuerdos
el angel de níveas alas
abate el vuelo, se inclina,
deja en la nieve una lágrima

y se remonta á los cielos
batiendo lento las alas,
en tanto que continúa
pálida la luna blanca
rielando sobre la nieve
de la vega solitaria......

VII.

Porqué lloras? Te entristece
ese recuerdo, bien mío?
Ah! si vieras qué sombrío
en mi alma pesa tambien......

¡Haber entrevisto el cielo
por tanto tiempo soñado,
y al tocarle...... Desdichado!
Qué fué de mí?...... Qué de él?

VIII.

Ya empieza á soplar de nuevo

inclemente el cierzo helado
que dió á las marchitas hojas
un momento de descanso.

¿A dónde fiero las lleva
sus despojos arrastrando?......
Qué surco á sus tristes restos
les dará postrer descanso?......

"Adelante!"—fiero grita
el aquilón desatado—
"Adelante!"—ellas suspiran
y "adios!"—se dicen llorando.

Y allá van!...... Dentro de poco
ni la huella de su paso
recordará de sus quejas
el *ay* moribundo, en tanto
que ellas, ay! continuarán
rodando...... siempre rodando......

IX.

Espera y confía...... Piensa
lo que ha poco me dijiste.
Es verdad...... tú no naciste
para la dicha falaz
de este mundo. Tu destino
es más grande y elevado.
Dios te tiene reservado
mucho allá en la eternidad......

X.

¡Más que nunca, más que nunca
encantadora, Dios mío!
Y fuí yo quien un instante
quise hundirla en el olvido?

Insensato! No sabía
que un decreto del destino
la condena á encadenarme
á sus mágicos hechizos!......

XI.

—Y á dónde va? De la vida
en el desierto sombrío,
qué luz misteriosa alumbra
su misterioso camino?

—Acaso lo sabe ella?
Acaso lo sé yo mismo?......
Y sin embargo, allí vamos,
siempre amantes, siempre unidos,
ella, que mis pasos guía,
y yo, que sus pasos sigo.......

Setiembre 18 de 1887.

JESUS CALDERÓN Y PUGA.

Voz del alma.

Lo quiso Dios! Me dió por compañera
el arpa del poeta plañidera,
en medio á la aflixión.
Con ella la esperanza bendecida
que, sobre mi alma por el rayo herida,
vierte consolación.

¿Por qué cantan las aves á la aurora?
¿Por qué la luz los horizontes dora
y dá aromas la flor?
Todo en la creación es armonía!
Así tiene también su poesía
misteriosa el dolor.

RICARDO PALMA.

AL INSPIRADO VATE

SR. MANUEL CABALLERO,

Autor de KORNBLUME.

MEXICO.

(Traducción libre del alemán).



Aun vibraban los ecos tristes,
Los ecos tristes del funeral
En que del *Kaiser* por la partida
Todos gemimos aquende el mar;
Cuando Kornblume con sus acentos,
Con los acentos de tu cantar,
Llevó de nuevo nubes de llanto
A las pupilas del alemán.



¡Oh! tú, Kornblume de las campiñas,
De las campiñas del Anahuác,
¡Qué dulces cuerdas de sentimiento,
Con tus acordes haces vibrar!
Tú nos presentas entre figuras,
Entre figuras que vierten paz,

De aquella madre la entraña noble
Que halló en el campo su talismán.



Con él la Reina ciñó las sienes,
Ciñó las sienes del vengador,
Y, cual sibila, de lo futuro
El negro libro desentrañó!
Aquel *Kornblume* fué siempre el guía,
Fué siempre el guía del *Salvador*,
Mientras, en vida, por su Germania
Sin tregua alguna, sin fin luchó.



¡Llévete siempre con mano amiga,
Con mano amiga, con dulce amor,
La blanca musa de los germanos
A quien pediste tu inspiración:
Que aquí otra mano tu mano estrecha,
Tu mano estrecha, cual lo hago yo,
Pues que á la patria de los teutones
Vives unido de corazón!

TEODORO KUNHARDT.

Guadalajara, 5 de Abril de 1888.

EN LA PLAYA.

A Manuel Puga y Acal.

Tras la lejana cumbre de los montes
se muere el sol como vencido atleta,
y se encienden los anchos horizontes
con roja luz sobre la mar inquieta.

El rumor de las olas un lamento
alza perenne con extraña rima,
y se enciende en el alma el pensamiento
de morir como el sol, sobre la cima.

Rumbo á la playa la lejana vela
asoma adelantando presurosa,
como avecilla que hacia el nido vuela
huyendo del milano que la acosa.

Cerca ya se oyen gritos y canciones
que entona el pescador á su regreso,
sobre el domado mar que ricos dones
á sus afanes rinde con exceso.

Con voces raras y de vario modo
todo manda en redor su despedida
al padre de la luz, y canta todo
la inmensa magestad de su caída.

Brota la estrella del amor; la sigue
cerca Diana en el azul del cielo,
como alma enamorada que persigue
dicha fugaz que se le torna en duelo.

¡Oh dulce estrella del amor! Errante,
al contemplarte cuando el sol desmaya,
se escucha el beso largo y delirante
de Otelo y de Desdémona en la playa.

Del oleaje en la revuelta espuma
quiebra la luz su postrimer reflejo,
y del haz de las aguas, en la bruma,
se alzan la noche y su letal cortejo.

El negro carro de las ruedas de oro
tirado avanza por las horas mudas,
y en torno surjen murmurando un coro
las blancas oceánides desnudas.

Reina el silencio. En el espacio vago
brillan los astros con su luz incierta;
se oyen á veces el reír de Yago,
voces de Otelo proclamando *¡muerta!*

¿Qué horror encubres en tu seno oscuro
¡oh noche! indiferente á los dolores?......
¡Ah! despedaza tu ropaje impuro
manchado por fatídicos colores.

Nada es verdad. Cuando el Oriente ciña
la corona de luz de la mañana,
vendrán el héroe y la graciosa niña
feliz con él y de su dicha ufana.

Los sueños negros de la noche triste
disipará la brisa de los mares;
ya el sol de oro la montaña viste,
y naves llegan de los patrios lares.

¡Venid! ¡venid!...... El plácido suceso
en el ruido del dolor desmaya.
¡Han muerto! ¡Han muerto! y su tremante beso
no sonará ya más sobre la playa!

J. E. VALENZUELA.

Mexico.—1888.

PAYSAGE VERACRUZAIN.

C'est un pays austère, étincelant et morne:
La nuit, on s'y croirait dans un monde enchanté;
Orion, Sirius, épandent leur clarté;
La Lune, promenant dans l'or des nuits sa corne,
Des cieux jette un regard plein de suavité.

La brise de la mer est fraîche et caressante,
Dauce comme un baiser apporté sur les flots;
Le Golfe Mexicain fatigué des sanglots
Chantant un chant berceur d'une voix languissante,
Dans leur écrin d'écume endort ses noirs îlots.

Les vagues tendrement s'étalent sur les grêves
Et semblent au reflux pleurer en les quittant;
Un grand besoin d'aimer de l'azur palpitant
Tombe et sur les yeux clos verse l'essaim des rêves;
L'onde, les rocs, les cieux s'embrassent un instant.

Mais, un point d'or surgit à l'oriennt; la terre
Tressaille en pressentant l'approche du soleil,
La nuit fuit tout d'un coup troublée en son sommeil,
Et l'astre rutilant comme un bouillant cratère
Darde ses purs rayons en un faisceau vermeil.

Tout change: les flots verts à l'assaut des falaises
Bondissent en poussant des cris désespérés;
Les rocs meurtris, tordus, sans cesse déchirés,
Semblent ces noirs damnés qui jetés aux fournaises,
Erigent, effrayants, des cous démesurés.

Le ciel d'un bleu trop cru lourdement uniforme
Fatigue le regard; pas un atome d'air
Ne vibre dans le calme endormant de l'éther;
Le sable en fusion sous la chaleur énorme,
Cherche l'humidité des lichens de la mer.

Le sol balayé souvent par les tempêtes
N'offre de ci, de là, qu'un sterile gazon
Rôti par le soleil; partout à l'horizon,
Des palmiers aux troncs blancs, pensifs, dressent leurs têtes
Lasses de leurs cheveux verts en toute saison.

Nul autre arbre ne croît dans ce sol infertile,
Monotones, plongés dans l'assoupissement,
Sous le manteau de plomb glissant du firmament,
Des palmiers, des palmiers, interminable file,
Allongent vers le sud leur muet régiment.

Rien ne vit dans ce coin de la zône torride;
Pas d'oiseaux, si ce n'est le zopilote obscur
Qui, tendant un moment son bec avide et dur,
Explore d'un regard la longue plage aride,
Puis, comme un disque noir, s'enfonce dans l'azur.

Poèmes Mexicains.

AUGUSTE GENIN.

EL PRIMER AMOR.

(CONTINÚA.)

II.

EL ASEDIO.

Sólo quien ha sentido las emociones amorosas por la primera vez, podrá darse cuenta de lo que pasó por mí aquellos inolvidables días en que la vecindad de Lola hizo nacer en mi espíritu una nueva idea y un anhelo desconocido. A pesar de la poderosa atracción que me arrastraba á la hermosa joven, no me hubiera atrevido nunca á acercármele y á pretender una dulce correspondencia, si no hubiera sido porque ella me alentaba con blandas miradas, atentos saludos y graciosas sonrisas.

Siempre he creído que las mujeres son responsables de que se les corteje. Frecuentemente se les oye decir que las fastidian con sus impertinencias uno ú otro galán, y que no aciertan á explicarse su atrevimiento; pero no hay que dar crédito á sus palabras. Es verdad que ellas no rondan las casas de los jóvenes, ni son las primeras en mandarles esquelas perfumadas, ni arrojan ramos de flores á sus balcones, ni les llevan lucidas serenatas; pero no es menos cierto también, que emplean para atraérselos una táctica poderosísima, aunque poco ruidosa y casi imperceptible. ¿Por qué se les quiere? ¿por qué se les persigue? Porque sus ojos saben lanzar rayos simpáticos y consoladores, porque conocen el secreto de decir con la mirada: usted me llama la atención y le distingo entre la turba que me rodea; ó bien: á pesar de todo, le quiero; ó bien: soy víctima de una tiranía odiosa que me impide seguir los impulsos naturales de mi corazón. Atraídos por aquellas corrientes magné-

ticas, se lanzan tras ellas los corazones palpitantes de esperanza, y se nubla la razón, se debilita la voluntad y se cae tal vez en el abismo regocijado de la ridiculez. Todos se rien del pobre loco que vive de la adoración de una beldad insensible; pero si sorprendiesen algunas ojeadas rápidas de la diosa, hallarían la clave de aquel secreto cómico que tanto divierte á los desocupados.

Así yo, aunque naturalmente irresoluto, seguí adelantando sin apercibirme de ello por aquel sendero de flores, conducido por las estrellas de sus ojos, hasta el punto de causarme asombro á mi propio, tanto arrojo y osadía tan inaudita.

Todas las mañanas á las siete pasaba delante de sus ventanas para ir á tomar el *guallín*, ómnibus destartalado en que hacía el viaje á Guadalajara para asistir á las clases del colegio. Lola me esperaba en la ventana. Decíala adiós sonrojándome, y ella me contestaba con deliciosa amabilidad; y, en tanto que no llegaba yo á la plaza y montaba en el guallín, iba volteando para verla con la frente apoyada en las rejas, y siguiéndome tenazmente con la mirada. Seguro estaba asímismo, de hallarla de nuevo en el propio sitio, á mi regreso á la villa, á la una de la tarde; de suerte que tornaba á saludarla, y á recibir su sonrisa á aquella hora.

La parte más importante de este prólogo delicioso, pasaba por las tardes. Iba ella en compañía de su madre y de algunas amigas á pasear al camino de Guadalajara, á las veces en burro, otras en carreta, y las más á pié. Lanzábame yo en su seguimiento, á manera de sombra, con grave disgusto de la autora de sus días, que me lanzaba miradas furiosas. Pero Lola no perdía ocasión de voltear á mirarme. Aprovechaba mil oportunidades para volver la cara hacia mí, ora una conversación con las amigas que iban detrás, ora el ruido de un carruaje que pasaba, ó bien la necesidad de asegurar alguna vacilante orquilla de su peinado. No pocas veces reprendíala la Sra. D.ª Agustina, mi estimada madre política en ciernes; pero sus reprensiones no producían efecto durable. Nacía en ella una seriedad esencialmente pasajera, que me apenaba mucho, con todo, y debilitada la impresión de la reprimenda, tornaba á favorecerme con sus hechiceras y significativas miradas.

Vuelta del paseo, poníase á la ventana acompañada de alguna amiga ó de la Sra. D.ª Agustina, en tanto que iba yo y venía sin descanso, como péndulo de reló, por la acera de enfrente, y aun por la de su misma reja, cuando no aparecía ó desaparecía su estimable ma-

má. Dos enemigos igualmente temibles hallaba en mis dulces y pedestres evoluciones: uno estaba en su casa, y era D.ª Agustina; el otro en la mía, y era mi propia madre, que no quería verme haciendo locuras, como decía, desde tan temprano, ni recibía con buen talanté que perdiera mi tiempo en aquellas empresas, cuando tanto lo necesitaba para mis estudios. Así es que me veía precisado á sortear incesantemente los dos escollos, huyendo y ocultándome cuanto más me era posible, á las severas miradas de ambas señoras. Era cosa entendida asímismo, que Lola se recatara de mi madre, con tanta eficacia como yo de la suya; lo que me ponía al abrigo del ridículo, pues le impedía verme correr y desaparecer como por escotillón detrás de alguna esquina ó en algún zaguán abierto.

De esta manera fuí haciendo notables progresos en el ánimo de la encantadora joven. Solía llevar conmigo algunos amigos para que me acompañaran á practicar mis rondas vespertinas, y asímismo para que presenciasen mis triunfos. Al principio se rieron de mí, cuando les confesé que cortejaba á aquella beldad tan celebrada; pero luego se convencieron por sus propios ojos, de que me distinguía ella entre sus pretendientes, y cesó la burla, dando acaso lugar á un oculto despecho y no aparentada envidia.

Recuerdo que una vez sorprendí entre dos de mis mejores amigos el siguiente diálogo:

—¿Qué piensas de Lola Espino?

—¿Qué sucede con ella?

—Que le hace aprecio á Antonio.

—¿Es posible?

—Sí, he visto como le mira; *está fuerte con ella.*

—Pero hombre, teniendo tanto donde escojer!

—Las mujeres carecen de buen sentido.

En esto aparecí, y me felicitaron por mi buena suerte.

—¿Le has hablado?—me dijo uno de ellos.

—Todavía no.

—¿Pues qué esperas, hombre? ¿quieres que venga á hacerte su declaración amorosa?

—La verdad es que no me atrevo; me da susto aproximármele.

—Pues debes tomar tu determinación, porque las mujeres no gustan de los hombres tímidos. Si observa que le tienes miedo, te pones en ridículo y eres perdido.

Hondo efecto me hicieron estas palabras, y comprendí que debía

pasar el Rubicón de mi timidez para obtener la Roma de mis sueños,—sea dicho con permiso de Góngora y Argote. Por tanto, después de varios días de cavilar y correjir borradores, escribí por fin en papel finísimo, y encerré en diminuta cubierta sin dirección, la siguiente carta, reminiscencia de varios almanaques según presumo, y escrita conforme al uso de la gente menuda y de mísera inventiva;

"LOLA:

"*Desde el momento en que la ví, nació en mi corazón un sentimiento desconocido* que ha ido creciendo día por día, y que hoy es ya una *pasión irresistible.* La quiero con todo mi corazón, y no puedo vivir sin U. Quiérame U., Lola, si desea que viva, porque moriré sin el amor de U., como las flores cuando no son vivificadas por la luz de los cielos. *Deme U. alguna esperanza. Un sí me hará el más feliz de los mortales, y un nó el más desgraciado.*

"Quien de veras la quiere."

Terminada la carta, resguardéla dentro de otros papeles para que no se maltratase, y púsela cuidadosamente en el bolsillo.

Pronto llegó el oscurecer, hora propicia al gran paso amatorio que tenía preparado y resuelto, y que decidiría mi suerte, *haciéndome feliz ó desgraciado.* Rondé largo rato por las banquetas de ambas aceras, oprimiendo con mano convulsa la esquela dentro del bolsillo. Estaba sola mi amada y podía acercármele cuando quisiese; pero no me animaba á ponerlo por obra. Cuando alcanzaba en mis paseos la esquina opuesta á su casa, formábame la resolución inquebrantable de llegar sin más preámbulo á la ventana, y entregarle la carta; pero á medida que me aproximaba al sitio donde me esperaba con la firmeza de un centinela frente al enemigo, flaqueábanme las piernas, tornábase dificultosa mi respiración, saltábame el corazón con violencia y olvidábame de mis propósitos; y me decia: ya será á la otra vuelta; y llegada la otra vuelta, tampoco tenía resolución para hacerlo.

Al fin, sacando fuerzas de flaqueza, y temeroso de que mi timidez diese al traste con la buena voluntad de la joven, me acerqué á la reja como el soldado que marcha á atacar la trinchera, y saqué la esquela con mano trémula. Sentí que la sangre huía de mi rostro, y que me temblaban las rodillas; pero sobreponiéndome á la emoción, dije con voz apenas perceptible y fauces secas:

—Buenas tardes, señorita.

—Buenas tardes, señor, me contestó Lola con voz baja y temblorosa.

Su turbación dióme algún ánimo. Los tímidos se yerguen y envalentonan ante los más tímidos.

—Señorita, proseguí con una vulgaridad que todavía me humilla —¿me hace Ud. favor de recibir esta carta?

Alargó la mano Lola por toda respuesta, y tomó el papel. A pesar de que era ya casi de noche, pude observar que aquella mano era de una forma rigorosamente aristocrática: blanca y larga, y con dedos afilados propios á tomar el punzón con que atizaban el fuego sacro las antiguas vestales.

—Mil gracias, murmuré con acento débil.

Permanecí indeciso algunos momentos, y no sabiendo que hacer, quitéme el sombrero con torpeza, y me despedí diciendo:

—Buenas tades, señorita.

—Buenas tardes, señor, me contestó ella.

Y sin más hacer ni decir, me alejé de la ventana, sientiendo que el corazón iba á salírseme del pecho. Lola dejó luego la ventana y cerró los cristales, probablemente para evitar ser sorprendida por la Sra. D.ª Agustina, ó con el fin de leer mis mal escritos renglones.

YUSUF-BEN-ISSA.

(Continuará).

EL FINAL DE LUCIA.

(A MANUEL ALVAREZ DEL CASTILLO.)

La noche, Edgardo, avanza;
Todo lo envuelve tenebroso velo;
Como muere la luz allá en el cielo
Así muere en tu pecho la esperanza.
Cuánta inmensa emoción tu vida encierra!
Que en el mundo te guiaran fué tu suerte
Las tres grandes deidades de la tierra:
Amor, Dolor y Muerte!
Despedazado por tu mal sin nombre

Buscas en tu dolor un cementerio.
Haces bien! de la tumba en el misterio
Su postrera ilusión encuentra el hombre.
Tu amor nació maldito;
No tienes que esperar en este suelo;
Aquella alma adorada tiende el vuelo,
En tranquila ascensión, al infinito.
Resonando lejana,
Entre las sombras de la noche oscura,
Dá la tétrica voz de una campana
El toque de agonía á tu ventura.
Huye lejos del mundo que indiscreto
Ríe si tu esperanza se derrumba;
Los hombres te abandonan; á la tumba
De la dicha pregúntale el secreto.
Si en la noche del alma no hay aurora,
Si el anhelado bien nunca se alcanza,
Ve el alma herida que el pesar devora
Al lado de la muerte, la esperanza.
De aquella frente que dejó abatida
La tempestad deshecha de la suerte,
Sólo puede curar la horrible herida,
Helado y triste, el beso de la muerte.

*
* *

Estás solo, la sombra te rodea,
El llanto es una lluvia bienhechora
Para una alma marchita; no hay quien vea
Tu sublime locura...... llora, llora!
Se rinde tu alma de dolor transida;
Mucho tiempo luchó; pero la asusta
Ese pesar intenso;
Y tu debilidad casi es augusta!
¿No son acaso en la mundana vida
Pequeño el hombre, y el dolor inmenso?
¡Pobre mortal que triunfador te nombras
Y errando siempre vas á la ventura,
Y lloras, de la vida entre las sombras,
Como un niño perdido en noche oscura!
Llora! pero no exhales los gemidos
Con que el vulgo denota su quebranto;
Haz que broten dulcísimos sonidos
Empapados en gotas de tu llanto.
En tus manos triunfantes
Eleva del dolor la augusta palma;
Las gotas de tu llanto son diamantes
Que forman la diadema de tu alma.

Llora! y expresa con sentido acento
Del alma destrozada los pesares;
Llora, y que sea un himno tu lamento......
Exhala tu dolor en tus cantares.
Al romperse la lira,
Su armonioso lamento nos encanta;
Así al romperse del dolor al peso
El corazón, como la lira, canta.
En las noches del alma, la armonía
Con su cándida luz las nieblas dora,
Como ilumina la floresta umbría
La dulce luz de la rosada aurora.
La armonía es la voz de la amargura;
Su dulce arrullo los dolores calma.
¿No son nuestros suspiros por ventura
Blandas notas de músicas del alma?
La idea luminosa de la mente,
Del corazón el levantado anhelo,
¿No son ecos que vienen dulcemente
De la divina música del cielo?

* * *

Edgardo, cuando vienen tus querellas,
De infinitos dolores impregnadas,
Mi pecho á conmover, tristes y bellas,
Creo mirar las notas agrupadas
A mi lado pasar en vuelo blando,
Como ángeles dolientes que en bandadas
Se levantan al cielo sollozando.
Hay rastros luminosos en el coro
Que exhalan suspirantes en su vuelo......
¿Por acaso serán notas del lloro
Que derraman los ángeles del cielo?
Y las notas suaves
Cruzando van la inmensidad del viento,
Como bandada de lucientes aves
Que encantan los espacios con su acento.
Para una alma que siente
Del éxtasis la magia poderosa,
La luz es armoniosa,
La armonía es luciente.
¡Qué inmensa poesía
Brota de tus lamentos inmortales!
¡Bendito tu dolor que hace que exhales
Del pecho esos torrentes de armonía!
El eco de ese canto desprendido

De un mundo lleno de divinas galas,
Hace vibrar el alma que suspira,
Como vibran las cuerdas de una lira
Cuando un ángel las roza con sus alas.

*
* *

Todo en calma reposa,
La luna te contempla cariñosa,
Pálida de dolor, allá en el cielo;
Parece que sus rayos de consuelo
Dan un beso de paz á cada fosa.
Edgardo, no te asombre
Si extrañas voces á tu oído vienen,
Cuando todo enmudece para el hombre,
Un acento para él las tumbas tienen.
¡Escucha ese murmullo cadencioso!
Como brota el perfume de las flores,
Así brota en fantásticos rumores
De las tumbas un himno misterioso.
Cuando el hombre es feliz, y todo alcanza,
Jamás oye esa dulce melodía;
Mas cuando sufre en hórrida agonía
Esa voz viene á hablarle de esperanza.
Solo no estás entre despojos yertos,
Te rodean mil sombras cariñosas
Y te habla de dulzuras misteriosas
La tierna voz de idolatrados muertos.
Si este mundo abandona la que te ama,
Si por doquier te cerca lo terrible,
Tu vida es imposible,
Busca la paz......la tumba te reclama.
Si sólo desconsuelos
Tu herido pecho encierra,
Tu espíritu desprende de la tierra,
Oye las confidencias de los cielos!
Y mira destacarse en la espesura
El cándido ropaje de la muerte,
Que viene en tu amargura
Sus plácidos consuelos á ofrecerte.
Viene á darte la calma que codicias,
En su regazo á reclinar tu frente,
Y á adormecer tu corazón doliente
Con sus frías caricias.
Su sonrisa sublime
Viene á calmar tus hórridos enojos;
Y disipa la sombra que te oprime
La blanda luz de sus tranquilos ojos.

Mas déjala que llegue!
Que si á buscarla tu locura avanza
Harás que despedace tu esperanza,
Y que á la eterna luz tus ojos ciegue.
Pide á Dios que su santa mensajera
Disipe la locura que te ofusca:
¡La muerte es el placer del que la espera
Y el eterno dolor del que la busca!

* * *

Mas ¿qué rumor resuena en lontananza?
Se oyen pasos! escucha.........!
Con la desgracia lucha
Tu postrera esperanza!
El coro quejumbroso que resuena
Con austera tristísima armonía,
Es poema de sombra y de agonía,
Y de inmensa emoción los aires llena.
Tiembla, Edgardo.........interroga!
Al fin va á decidirse de tu suerte.
Ay! la duda te ahoga,
Y la duda es más triste que la muerte!
Vacilan.........han hablado!
Ah! Lucía! Lucía.........
¡Edgardo, es tarde ya, la suerte impía
Al eterno dolor te ha condenado!
Llegaste de tu pena al paroxismo,
Y ya consuelo tu dolor no alcanza;
Al fin rodaste en el tremendo abismo
De las almas que pierden la esperanza.
Ha muerto para siempre tu ventura,
Triunfó el gigante que dolor se nombra,
Tu alma se despedaza entre la sombra
Y quema tu cerebro la locura.
No tiene voces la palabra humana
Con que expresar esa amargura ignota;
Mas pone la armonía soberana
Un mundo de dolor en cada nota.
Edgardo, llora, exhala tu agonía
En cántico magnífico sin nombre,
Y lanza con inmensa poesía
Himnos de arcángel y sollozos de hombre,
Y, enmudeciendo la palabra fría,
Que tu canto inmortal al mundo asombre,
Armonía, Armonía!......

ANTONIO ZARAGOZA.

GUADALAJARA.

(RECUERDOS E IMPRESIONES).

(CONTINÚA.)

Había necesidad de aprovechar el ferrocarril para seguir á "La Barca" y pedimos que se nos concedieran asientos en alguno de los furgones que enganchan á los trenes de materiales.—Cuando andábamos en demanda de esto, se nos dijo que era fácil disponer de algo mejor, del *caboosse* de un ingeniero, especie de coche-oficina, donde el conductor duerme entre las cajas del dinero y las gavetas de los papeles.—Cansado sería referir los viajes que hicimos del Hotel Vargas á la Estación, pues siempre nos daban la misma respuesta: "estos trenes no tienen hora fija para la salida; parten cuando se necesita llevar material de construcción á la línea, y entonces se piden de allá."—¿Dónde es allá? interrogaba yo curiosamente. Nosotros queremos ir allá y es urgente que nos lleven.

Allá es cada punto en que va terminando la parte de camino construido, ¿y cuál es ahora esa parte?...... Ahora hemos llegado al río que pasa cerca de "La Barca" y dentro de muy pronto construirémos el puente.—¿Es decir que andarémos muchos kilómetros en ferrocarril?—Si; ya no hay necesidad de viajar de otro modo y por esto se han suprimido las Diligencias en tan largo tramo.

—¿Ya no hay Diligencia de Irapuato á La Barca?

—Nadie la usa; todos esperan la salida de los trenes de balastre, prefiriendo ir en plataforma, al rayo del sol, en medio de nubes de polvo, á tener que soportar las exijencias de la antigua señora de los caminos.

La Diligencia fué un día la admiración y el asombro de las gentes viajeras.—Los coches *bombés* cayeron en descrédito; todos ensalzaban el nuevo y vistoso vehículo; les parecía el más rápido y cómodo de los coches y no había satisfacción comparable á la que experimentaba algún viajero cuando lleno de fatigas entre oscuras y pedregosas veredas, le decían: llega usted á tal punto y allí se encuentra con la "Línea General."

¡Ah! ¡la Línea General........! Esto era el ferrocarril de aquellos tiempos; ferrocarril introducido entre nosotros por el emprendedor é infatigable Zurutuza.

La diligencia al frente del *bombé*; (dice Fidel en un libro de viajes) los dos carruajes unidos eran como la materialización de dos épocas; eran, visiblemente, la *feliz* época colonial al frente de los *males* de la independencia y la civilización.

Porque la diligencia fué muy combatida en sus principios y se la tenía por coche de plebeyos; aunque la ennoblecían la rapidez de su marcha y el precio de los asientos.

Con el tiempo se multiplicó el número de esos carruajes, y hubo vez en que la competencia de algunas empresas favoreció á los viajeros, pues por una parte se rebajaba el costo del billete y del almuerzo, por lo otra se daba el almuerzo gratis y vez llegó en que la empresa más poderosa ofreciera asientos y almuerzo sin estipendio alguno.

Las "casas de Diligencias" son todavía importantes en algunos puntos de la República.—¿Cómo llegaba el bombé á cada uno de esos importantes parajes?

Fidel lo dice perfectamente: "Precedido por el tropel de las mulas, entre porrazos y gritos, en medio de sendas desvergüenzas y llevándose medio poste ó dejando en el poste media rueda, penetra el coche de tiros ó mejor dicho los tiros del coche: el sota y el cochero son las figuras dominantes; vienen casi en cruz; sustentan y esgrimen sus diestras, sendos y estrepitosos látigos y en sus siniestras aparece tirante la rienda doblando el sangriento y espumoso hocico de la mula. Los sombreros á la nuca, los rostros despavoridos, las chaquetas, los chalecos y camisas en dispersión sobre la espalda y las piernas en perpetuo movimiento sobre las panzas de sus mulas........ después el coche hundiéndose entre baules y maletas, canastos y envoltorios sin dejar de colgar ya una sombrerera, una

jaula ú otro adminículo, ya algún trasto incivil de hoja de lata, revelación de las necesidades más abyectas de la triste humanidad.

"El interior inmenso del *bombé* apenas se percibe, porque han sustituido los vidrios sendos *paliacates* para templar el sol sin interceptación del aire. Debajo de la capa, en el seno de Abraham de los coches, sacando las cabezas como golondrinas al borde del nido, aparece la servidumbre, los domésticos, formando masa compacta y luchando por enderezarse y salir.

"Aquella población viajera se dió á luz; un señor mayor, de montera, barragán y guantes de ante, echóse al hombro un párvulo que lo agobiaba llenándole con su naranja los mostachos: una señora pudorosa salió sentándose en la vara del coche y haciendo venir una silla para descender, sin advertir que una aldaba maliciosa, había travado el ruedo del vestido descubriendo la correspondencia secreta; después por la testera, por la hamaca, entre las varas, por todas partes brotaban seres humanos; era aquello una parodia del Arca de Noé: llenaría tomos con el inventario del coche prodigioso: jarros, jaulas, sillitas para los niños, macetitas, golosinas, santitos pequeños, falderos retozones ¡cuánto primor!

"Todo esto corría sin cesar del coche á los cuartos, donde derribada la fatigada familia, entre los colchones, esperaba la descarga del carruaje, obedeciendo á la voz de una directora chiquitina y chillona que no cesaba de exclamar: Acá, acá, ese braguero del Sr. Juez de Letras.

—"Cuidado sin lastimar al Milord (un mastín como un frisón.)

"¿Qué va vd. á hacer con la andadera de Timo? Este Timo era un Timoteo como de dos varas, repantigado boca abajo sobre un colchón; pero de falla.

"Las señoras más graves habían tomado rumbo de las caballerizas como á *excusas*.........los criados de confianza habían ido á entablar sus relaciones con las figoneras. El Señor Letrado sacaba de su bolsillo ¡oh amor á la profesión! *Los Misterios de Paris* y dejaba rodar el mundo.

"Los conductores de los niños trataban de divertirlos, dejándolos besar de los viajeros, que besaban apoyando sus manos en los brazos robustos de las *pilmamas*, buenas mozas.

"Toda esta escena como que desapareció con la llegada de la Diligencia de Tierradentro; retumbó el edificio, entraron rápidos los

caballos, aparecieron en instantes los ayudantes del cochero, desengancharon, y el conductor, votando el látigo con desenfado sobre el pescante, fuése altivo al despacho á dar al administrador la correspondencia y pormenores de su viaje."

¡Qué diferencia tan grande entre lo pasado y lo presente!

Pero hay que confesarlo; viajar hoy en un ferrocarril en construcción, es cosa también muy grave. Uno de mis compañeros llevaba cartas de recomendación para los Ingenieros y constructores de la vía, y cuando fué á entregarlas le dijeron en un inglés tan nasal como rudo: pague usted y guarde las cartas.

¿Luego se paga cantidad determinada por el asiento—preguntó mi amigo— antes de que se hallan establecido itinerarios y tarifas?

Son ganancias para el conductor. le respondieron, y si usted no quiere darle nada, elija otro medio de trasporte.........

Nos fuimos en seguida á buscar el tren, pero había que avanzar á la estación de San Miguelito y allí permanecer indefinidamente hasta que saliera con materiales. Muchos fueron los trabajos que en un pésimo camino nos hizo pasar un guayín que saltaba y se undía en los baches, y al fin llegamos al pequeño pueblacho, donde un chino vendía las tazas de café á cuatro reales y cada *yankee* herrero, fogonero ó aceitador, se consideraba un monarca, tratando mal á todos y especialmente á los que no hablaban inglés.

Causa disgusto encontrarse tan llenos de soberbia en las estaciones á los empleados americanos; no atienden á nadie que no sea su conpatriota y tratan con desprecio y altanería á los viajeros.

Pudimos nosotros penetrar á un *caboosse* y á las seis de la mañana dejamos San Miguelito.

Andaba el tren muy rápido; pero en cambio se detenía largas horas en cada una de las nacientes estaciones para dejar en ellas millares de durmientes y grandes cantidades de rieles.

Divisábamos á lo lejos pintorescas poblaciones y los nombres de Pajacuarán, La Piedad, Pénjamo, Jerécuaro y otros se prdnunciaron más de diez veces por cada uno de nosotros.

No había aún fondas en el tránsito y cada cual comía lo que llevaba preparado; siendo nosotros los más afortunados en esto, merced á las cariñosas y finas señoritas Cortés, que en Irapuato nos habían dado para el camino, exquisitas provisiones.

Nunca olvidarémos su benevolencia; por ellas no sufrimos hambres

en esta marcha que duró once horas, concluyendo de la manera más inesperada.

A eso de las seis y media de la tarde, detúvose el tren y se nos dijo que no podía continuar más adelante; tenía que regresar de nuevo y nos dejó en pleno camino, sin un coche ni un carro que nos trasportara y estando á dos leguas de distancia de la hacienda de Salamea.

Eramos muchos los viajeros; la luz se iba extinguiendo, no teníamos una linterna ni un hachón para alumbrarnos y era preciso caminar á tientas, de durmiente en durmiente que vacilaban sobre hondonadas de cuatro y cinco metros de profundidad.

Con nosotros venía un humilde sacerdote que con una resignación del todo cristiana nos hacía agradable aquella caminata y que guiándome en la oscuridad anduvo como todos unas diez mil varas hasta que llegamos al borde del río de Salamea.

Pedimos allí una canoa y en ella cruzamos hasta llegar á la márgen opuesta, donde nos vino la idea de ocurrir al generoso caballero Don Amado Rivas, dueño de la hacienda, quien nos envió con sus hijos y su amable yerno Carlos G. Palomar un magnífico guayín en el cual entramos á eso de las nueve de la noche á La Barca.

No hay acaso nadie que en la República desconozca el nombre de esa población á la que han hecho famosa sus quesos y las esplendideces de uno de sus más ricos moradores, Don Francisco Velarde, á quien denominaban *Burro de Oro*.

Existen todavía las casas de ese opulento personaje y se distinguen porque tienen en su interior y en su exterior grandes pinturas al óleo sobre los muros, representando tipos y costumbres nacionales.

La casa que denominan de *La Moreña* y que era la que ocupaba Velarde, tiene en el patio más de veinte cuadros y todos con muchas figuras del tamaño natural. Allí están representadas las procesiones, los bailes populares, los paseos en el canal de la Viga, el pueblo de Santa Anita, etc., así como los tipos del nevero, del pollero, del vendedor de cabezas, de la frutera, etc., etc.

Velarde era dueño de cuantiosa fortuna; pero se cuenta que su extravagancia era mayor todavía.

Se mandaba hacer en México por centenares los trajes; tenía en su casa guardia que le custodiaba y le hacía honores; sus salones encerraban muebles, lámparas, estatuas y tapices de altísimos pre-

cios; eran muchos sus carruajes y sus caballos; y grandes sus liberalidades y sus aventuras.

Conozco una carta dirigida por él á un personaje y escrita por un reputado calígrafo, con tintas de colores sobre finísima hoja de pergamino. Parece una de las páginas de los breviarios de los antiguos reyes; representa un costo y un trabajo inmensos y como esa dirigía muchas á sus amigos.

Era un verdadero "rey de La Barca y señor de Buena Vista" que así se llama una hacienda que fué suya y que pertenece hoy á otro dueño.

Velarde era dadivoso con las mujeres y amable con sus amigos; recibía de sus haciendas grandes cantidades y las gastaba en poquísimos días; daba tertulias y bailes que animaban á la población y todavía en cada piedra de "La Barca" hay un recuerdo suyo.

No examinaré sus actos íntimos; basta lo dicho para dar una idea de sus rarezas.—Murió por causas políticas, fusilado en el Estado de Michoacán.

La Barca es una población pequeña y simpática. Tiene la Plaza cerrada por portales amplios con buenas casas de comercio; en el centro un alegre jardín con bancas de hierro y un esbelto y elevado kiosko, donde dirije las serenatas los Juéves y Domingos, uno de los más inteligentes y aprovechados discípulos de Don Clemente Aguirre, el joven Benito Díaz.

Hay ahora un hotel nuevo, que se llama Hotel Acuña, con cuartos amplios y buen comedor y para sitio de días de campo se alza á la margen del río una huerta amplia y pintoresca, donde también se encuentran los baños.

Llama la etención ver tendido sobre el río que separa los Estados de Jalisco y Michoacán un extenso puente formado de canoas, con sus fuertes duelas y que permite el paso á los carruajes de mayor entidad.

Dicho puente, fué construido por un sacerdote, á quien todavía se le paga de tiempo en tiempo una cantidad como remuneración por el importante servicio prestado al vencindario.

Notable es también la casa en que hoy vive Don Vicente Ochoa, y que fué de Velarde, toda llena de pinturas semejantes á las de "La Moreña."

Saliamos de visitar al Coronel Andrés Michel, Jefe Político de

aquella población, lleno de honrosos antecedentes en su carrera militar y persona de buen trato y delicada cortesía, cuando se nos dijo que á una legua de "La Barca" está la hacienda de "Cumoato" y que en ella vivía su propietaria Doña Esther Tapia de Castellanos.

—¿Está Esther en la hacienda? preguntamos todos.—Se nos aseguró que allí estaba y nos preparamos para ir en aquella misma tarde á visitarla.

Nada más justo que hablaros con motivo de esta visita algo de la inspirada poetisa, gloria y orgullo de las letras nacionales.

Yo aplaudo de todo corazón á las mujeres que con estro sublime se consagran á la poesía, así como no transijo con aquellas que sin sentir el divino fuego profanan los dominios de Apolo.

¿Quién es aquel que no ha oído hablar de Saffo, la hija de la isla de Lesbos, que viene desde la trigésima octava olimpiada (año 620 a. d. J. C.) según Alceo, siendo la admiración y el culto de los humanos?

Tuve yo en mis mocedades tanta pasión por esa poetisa que no me cansaba de inquirir todos los detalles que sobre su vida se refieren y me convencí de que en la historia están todas las contradicciones posibles.

Ateneo la hace florecer en la 44.ª olimpiada; Herodoto nos la presenta como hija de Escamandronimo, otros escoliastas como hija de Cleis: algunos afirman que tuvo tres hermanos; no falta quien diga que tuvo uno solo: Caracso; ni quien asiente que era casada.

Una mujer tan eminente tenía por fuerza que ser estudiada por la posteridad y en la posteridad puede mentirse á mansalva.

Platón llama á Saffo la décima musa y hay que advertir que en el culto pueblo griego no era gran asunto la educación femenina por más que se les diera mucha importancia en tiempos primitivos, lo cual se comprueba consultando los poemas de Homero.

Un sabio amigo mío, admirador de los griegos, tanto ó más que yo, se plañía de que no consideran á las mujeres; pero cuando leyendo los himnos primitivos, supo el respeto que á la casta esposa de Ulises tenían sus adoradores, á pesar de sus promesas que jamás cumplía; las atenciones que en medio de las mayores penalidades tenía Priamo con Hécuba, y los miramientos con que todos trataron á Elena á pesar de ser causa de sus males, convino en que aquel gran pueblo elevó mucho á las mujeres en sus primeros tiempos, no lle-

gando á desatenderlas, sino hasta más tarde entre los Eólios especialmente.

Yo rindo vasallaje á las mujeres de talento y siento que los Dorios y Jonios las despreciaran relegándolas al más miserable estado.

En todos tiempos han sido ellas objeto de alabanzas y vituperios; abrid los volúmenes de poetas griegos y hallareis que mientras Alceo, Stesicoro y Alemán las ensalza, Aristófanes las ridiculiza y Eurípides las censura acremente.

Aristófanes es terrible; preveía con su genio lo que había de acaecer más tarde, y en sus comedias *Thesmo phoriazusae* y *Eclesiazusae* se burla de las mujeres que toman parte en los negocios públicos.

Muchas veces encuentro en los poetas modernos amargos versos contra las mujeres ¿qué son junto á los cargos que les hace Eurípides? En *Medea*, en *Incerta*, en *Electra*, en *Ifigenia* en *Tauride*, en *Alope*, en *Danae* y en *Oreste* les aplica epítetos poco favorables.

En cambio, los trágicos de hoy, menos grandes, pero más humanos, ensalzan los hechos de las mujeres distinguidas.

A Saffo la juzgan grandes autoridades; su nombre ha servido para las comedias de Amipsiae, Antifanes, Epicrates, Anfides Efippo, Timocles y Difilo, y se le dan por amantes á Alceo, Anacreonte, Arquiloco, Hiponax y Faon, aunque ninguno de estos nombres suene en los versos de la poetisa ni haya en los de ellos nada de donde pueda deducirse que fueron verdad sus amores.—Anacreonte nació cuando Saffo tenía sesenta años, y muchos críticos niegan que existiera Faon y lo relegan á la categoría de un mito.

Pero sea lo que fuere, músicos, escultores, pintores y poetas, han inmortalizado á la célebre poetisa cuyos versos hicieron exclamar á Solón: "no quisiera morirme sin haberlos aprendido."

Una mujer inspirada es una diosa, y por esto confunde y cautiva á los más encumbrados ingenios y á los más acres censores.

Pensando en todo esto y hundidos en tan serias reflexiones, íbamos caminando por entre pintorescos boscajes, rumbo á la hacienda de Cumoato y ansiosos de saludar á una de nuestras más eminentes poetisas.

¿Quién es Esther Tapia? Voy á decíroslo brevemente. No soy biógrafo ni crítico; traslado al papel mis ideas y mis reflexiones sin más deseo que el de responder á una secreta necesidad de escribir

cuanto siento y pienso. Nadie me tome por juez ni menos por consejero, pues soy solamente un simple narrador de algunos hechos.

No hay ninguna biografía completa de Esther Tapia, porque ella sabe y lo ha dado á entender en sus versos, que su vida con todos los más pequeños detalles, podrá interesar solamente á sus hermanos en aspiraciones y en sentimientos, á los que como ella han sufrido y han atravesado la vida como el camino de un Gólgota.

Esther nació en Morelia. Sus padres fueron D.ª Luisa Ruiz de Tapia y Don Crispín Tapia. Acababa de cumplir quince años cuando quedó huérfana el año de 1860. Su Padre, liberal intachable, servía en el ejército con el General D. Santos Degollado, en clase de Comisario general de las fuerzas de Jalisco.

Sirvióle de madre en su orfandad la Sra. D.ª Francisca López Portillo de García, dama llena de excelsas virtudes y de clarísimo talento, á la cual nuestra poetisa amaba entrañablemente. Dicha señora obligó á Esther á coleccionar sus versos y á escribir algo más, y por ella los publicó en hermoso libro, abandonando la triste costumbre de tirar ó romper los borradores.

Esther pasó su juventud llena de tristezas; por un lado veía á su noble madre enferma y moribunda, y por otra á su padre afligido, que perdió su fortuna á causa de la ruidosa quiebra de un establecimiento mercantil.

Muy niña era poetisa y ya servía de madre á doce hermanos que tuvo y que hoy ya han muerto.

Terminada la revolución, la poetisa acompañada de su padre, salió de Morelia y fué á Guadalajara, donde se casó con D. Ignacio Castellanos.

Dedicada completamente á su hogar, tuvo la pena de ver morir al compañero de su vida, víctima de una larga enfermedad cerebral, quedando con cuatro hijos á quienes educa con todo esmero, á tiempo que dirige con especial habilidad los asuntos administrativos de sus bienes.

Muchas veces la he oído decir que de luto entró á la vida y que de luto saldrá de ella, pero con gran filosofía sonrie ante los demás y en sus horas de tranquilidad escribe dulcísimos versos.

Mi amigo el Sr. Sosa ha publicado en su libro "Los Contemporá-

neos" una biografía de Esther en que copia el siguiente juicio exactísimo, que el erudito literato D. José M.ª Vigil hace de la poetisa en el prólogo que escribió para sus poesías.

"La lira de Esther, siempre tierna y elevada, siempre pura y melodiosa, expresa con igual facilidad los dulces delirios del amor, la melancolía del desengaño, las efusiones íntimas de la amistad, los nobles arranques del patriotismo, los goces inefables de una alma creyente, la tranquilidad del hogar doméstico embellecido por los encantos y las virtudes de la esposa y de la madre. No hay en esos versos una sola imagen que no sea noble, una sola palabra que no sea digna y delicada, y la misma amargura del sufrimiento toma bajo la pluma de la poetisa michoacana, formas tan suaves y tan perfumadas, que excita la sensibilidad hasta las lágrimas, sin herirla ni enervarla."

Es una autorizada opinión la del Sr. Vigil, y se conforma en todo con las ideas que sobre la poesía tenemos nosotros. Las manifestaciones del sentimiento, cuando son espotáneas, tienen que producirse tales como brotan de lo más íntimo del alma.—¿Por qué, preguntarán algunos, la poesía de Virgilio no tiene el sabor ni la estructura de la de Tibulo? Porque uno es Virgilio y otro es Tibulo, y no pidais á la azucena olor de rosa ni á la rosa olor de azucena. Hay versos que trasparentan risas y otros que suenan á queja y á gemido.

El secreto acaso consiste en imprimirles de tal suerte el carácter del que los escribe, que sin necesidad de la firma se reconozca de quien son, así como en una alcoba basta que se esparza el aroma de un nardo para saber que allí está ó que por allí ha pasado esa flor de tan rico nectario.

En los grandes poetas hallaréis la sencillez unida á la espontaneidad.—Esta opinión que es de un gran poeta francés, Deroulede, es sumamente sincera y exacta.—Él dice que la poesía es un lenguaje que todo el mundo entiende y que ninguno habla, y que por lo mismo debe de ser tan espontánea y tan sencilla, que al escucharla crean todos que es el lenguaje natural del que la ha escrito.

Hay que cuidar la forma, atendiendo al contorno, y así resulta con las mejores condiciones para llenar y satisfacer el gusto de los demás, puesto que les entra derecho al corazón.

Esther es clara y natural en sus versos; por eso conmueven, por eso impresionan. Su libro "Cánticos de los Niños" es sano y her-

moso como lo es el que con el título de "Flores Silvestres" se publicó hace tiempo.

El que trata á Esther no encuentra en su conversación nada afectado ni que revele ligeramente su vocación, su amor y su ejercicio en el mundo de las bellas letras.

Es modesta hasta el extremo; bondadosa y tierna como una niña, y un modelo de amigas, pues se interesa por las penas y las alegrías de cuantos estima, como si lo fueran propias.

Nunca habla de sus versos y hasta en periódicos que ha coadyuvado poderosamente á sostener, como "La República Literaria," pocas veces se ve figurar su nombre.

Esther ha colaborado en muchos periódicos de renombre, y pertenece á muchas sociedades literarias.

Cuando llegamos á visitarla estaba rodeada de sus hijos y de personas de su cariño. Nos enseñó cómo por el crecimiento del río se habían inundado algunos terrenos de su hacienda y juntos admiramos los bellos matices, los admirables celajes del crepúsculo sobre las campiñas de Cumuato.

No nos habló de versos suyos, porque nunca habla de eso. Todo el que va buscando á la poetisa, se encuentra á la madre, á la amiga, á la hermana, y se necesita mucha insistencia para obligarla á que lea algo ó á que se revele tal como es en las letras.

Esther es digna de todas las venturas; cuando yo la veía y juntos hablábamos en la ribera del pintoresco río que como un Nilo pequeño inunda para fertilizar los terrenos de Cumuato, pensaba yo mirando una canoa, lo que Guido Spano acerca de Obligado: "que inmediatamente se ponga en viaje, aunque sea en una balandra con *troja*, poniendo el rumbo al mar Egeo, sin parar hasta Atenas, que allí visite las sagradas márgenes de Delfos y dirigiéndose al bosque antiguo de Dodona, se sumerja en sus fuentes habitadas por ninfas y evocando sus divinos oráculos."

Pero nuestra poetisa vive encadenada como todos los mortales á las exigencias humanas.

Con promesa de verla en Guadalajara donde iría cuatro días después de nosotros, nos despedimos de ella y volvimos á La Barca para tomar en la alborada siguiente el buque de vapor, que hasta estos momentos es el único de su clase que atraviesa el lago de Chapala.

Al entrar de nuevo en el hotel Acuña nos esperaba un buen amigo trayéndonos los billetes de pasaje para la embarcación citada. Pronto íbamos á conocer uno de los más bellos lagos de la República, á quien no en vano hizo tantos elogios el sabio Barón de Humboldt poniéndole el título de *mar chapálico*.

JUAN DE DIOS PEZA.

(*Continuará*).

LAS ANIMAS.

—Madre, tocan á la queda.
—Eleva, hija, tu oración,
que la voz de la inocencia
oye cariñoso Dios.
Ruega por los que padecen
en honda tribulación;
ruega por los que en el mundo
vierten llanto de dolor.
—Madre, ¿es verdad que las ánimas
de las que mueren de amor,
flores que deshoja el cierzo,
vagan de la noche en pós,
y velan por el ingrato
que mató su corazón?
Ah! si es verdad, madre mía,
también morir quiero yo.
—No acaricies, pobre niña,
tan fantástica ilusión......
los amores de la tierra
no llegan al cielo, nó!

RICARDO PALMA.

CASTIGADAS....!

Como turba de alegres chiquillas
que en tropel abandona la escuela,
y cantando, cual pájaros libres,
á su casa de tarde regresan,
tras el largo trabajo del día,
siempre vivas, garbosas y frescas,
regresabais á mi alma, ilusiones,
coronadas de mirto y verbena.
¡Qué de flores hermosas traíais!
¡Cuán henchida de frutos la cesta!
En los labios, ¡qué risas tan dulces!
En el alma, ¡qué nobles promesas!
Aun os miro, mis pobres hijitas,
impacientes tocando á la puerta,
y con ansia de hacerme cariños,
muy aprisa subir la escalera.
—¿Qué me traes, botoncito de rosa?
—Este ramo de azules violetas.
—¿Qué me dá la señora de casa?
—Su boquita de grana que besa.
—Ya venís de cazar mariposas;
os aguarda caliente la cena,
y mañana, cantando, felices,
volvereis muy temprano á la escuela.

*
* *

Hoy despacio venís y enlutadas,
poco á poco subís la escalera,
con los párpados tiernos muy rojos,
huerfanitas, calladas y enfermas.
Ilusiones, ¡qué mala es la vida!
la esperanza del bien ¡qué embustera!
y ¡cuán tristes, con cuánto cansancio,
volveréis de mañana á la escuela!

* * *

Ni una flor en el búcaro roto!......
Los que vienen aquí se las llevan!
Como todo en la casa está triste,
las palomas huyeron ligeras!......
Ya no agitan sus alas de nieve,
despertando á la luz, mis ideas;
no son aves de rico plumaje,
no retozan, ni cantan, ni vuelan!
¿No las veis? Por un claustro sombrío
en la noche silente, atraviesan,
con la toca y el hábito negros
y en las manos la pálida vela.
Van al coro sin verse ni hablarse,
sola, oscura, se mira la iglesia.....
¡Cuán heladas las losas de mármol
y cuán dura la fúnebre reja!
¡Oh, mis monjas! del mundo olvidadas
paso á paso volveis á la celda,
y en el lecho, cruzados los brazos,
silenciosas quedais como muertas!

* * *

¿Por qué en monjas de lúgubres tocas
se trocaron las niñas traviesas?
Ilusiones, ¿por qué os castigaron?
¡Pobrecitas!...... yo sé que sois buenas!
Sólo amor y ternura pedíais,

sólo os dieron engaño y tristeza;
ilusiones, ¿por qué os castigaron?
¡Pobrecitas!...... yo sé que sois buenas!

MANUEL GUTIÉRREZ NÁJERA.

A MI HIJA.

(VICTOR HUGO.)

Como un niño Jesús, allá en tu infancia,
dormías junto á mí,
y á perturbar tu sueño no alcanzaba
el cántico del ave en el jardín;
y sobre tí sus alas á los ángeles
los sentía batir,
y yo sobre tu almohada deshojaba
clavel, rosa, jazmín,
y lágrimas mojaban mis mejillas
en la noche, al pensar, del porvenir,
Ya llegará mi noche, vida mía;
mi turno de dormir;
sombras me envolverán, y ese silencio
canción no turbará de ave gentil.
En esa negra noche ¡oh mi paloma!
noche eterna, sin fin,
vuelve á mi tumba en lágrimas y flores,
lo que á tu cuna dí.

RICARDO PALMA.

En el álbum de la Srita. Eva Castaños.

Eres bella, eres buena; en tí florece
La gracia de una eterna primavera.
Deja, si mi cantar no te entristece,
Que te salude una ave pasajera.
Hoy que la suerte quiso
Permitirme que pise el suelo amado,
En este álbum, rincón del paraíso,
Mi oscuro nombre quedará grabado.
Mañana que me aleje,
Para nunca tornar al patrio nido,
Y que triste me queje
Al mirar que me cubre el negro olvido,
Cuando sientas que el tedio ó los enojos
Te llenan de mortal melancolía,
Con las dulces estrellas de tus ojos
Ilumina esta página sombría.
Si vivo en tu recuerdo un solo instante
Me sentiré dichoso y consolado,
Y aunque habite en el suelo más distante,
No seré un desterrado!

ANTONIO ZARAGOZA.

Guadalajara, Mayo 3 de 1888.

La interpretación simbólica del "Quijote."

I.

Es privilegio de los grandes ingenios producir obras de amplio y universal sentido que, franqueando los límites del tiempo y del espacio, extienden su influencia y ostentan su valía en todos los climas y en todas las épocas; obras que en el límite de lo individual reflejan lo que es común á todos los hombres, y vivirán, por tanto, mientras exista la humanidad sobre la tierra; obras, en suma, que no son mero producto reflexivo del entendimiento, sino explosión misteriosa é inconsciente de esa portentosa fuerza que se llama genio.

Hay en estas obras dos elementos completamente distintos, á saber: un propósito deliberado, un fin preconcebido, un pensamiento maduramente reflexionado por el autor, propósito, fin y pensamiento que no suelen traspasar los límites de una época y de un pueblo; y una concepción de carácter universal, un fin de profunda trascendencia que el autor no pensó ni se propuso, y que pueden considerarse como producto de lo que hay de inconsciente en el espíritu, y singularmente en el genio. Este segundo elemento suele permanecer velado por largo tiempo, sin que alcance á descubrirlo la crítica contemporanea del autor, ni el autor mismo, que de seguro sintiera asombro y manifestara incredulidad si alguien llegara á revelárselo. Para que este elemento de la obra aparezca, es menester que pasen muchas generaciones, hasta llegar á un período más adelantado en civilización y capaz de comprender lo que, anticipándose á su tiempo, concibió el artista, sin saberlo ni quererlo. Entonces, cuando el fin concreto que el autor se propuso está cumplido,

cuando su obra ha perdido su carácter de actualidad, cuando á no haber en ella más que lo que él quiso que hubiese dormiría acaso en el polvo del olvido, aparece en todo se esplendor el *spiritus intus* que la animaba, el profundo sentido que en ella se escondía, la trascendental concepción que la hace digna de ser estimada y celebrada en todos los tiempos, y que la reviste del carácter universal y humano que, juntamente con la belleza de la forma, da eterna vida á las grandes producciones del arte.

Las obras artísticas que no consiguen este grado de perfección gozan de renombre entre los literatos, pero no de universal popularidad. La belleza de la forma no basta para alcanzar este resultado si bajo ella no palpita algo universal y humano que pueda ser comprendido y sentido en todos los tiempos por todos los hombres. El poeta que, consciente ó inconscientemente, logra reflejar de esta suerte en su obra lo que es permanente y universal en el hombre—idea, pasión, carácter, hecho ó problema—dando á sus concepciones esa inmortalidad que lo meramente histórico ó local no alcanza, llega al más alto punto de perfección que le es permitido al artista.

Pero lo permanente, lo universal, lo genérico, al ser cantados por el artista, han de manifestarse en lo individual y lo histórico, pues el arte es ante todo individualización y corporización, y en él lo abstracto ha de ocultarse bajo el disfraz de lo concreto; que de otra suerte, convirtiérase el arte en fría exposición didáctica, sólo tolerable en manos de Lucrecio. El hecho aislado, el individuo, el momento histórico, el último detalle de lo accidental y transitorio, bastan al verdadero artista para reflejar en ellos lo universal que su mente contempla. De esta manera encarna Goethe en una vulgar leyenda de la Edad Media su grandioso ensayo de epopeya, y le basta á Shakespeare una antigua conseja para crear la figura más grande del teatro moderno, la personificación más acabada del escepticismo soñador y melancólico, el príncipe Hamlet.

Esta fusión de elementos hace que en cada una de estas grandes creaciones del arte existan, bajo superior unidad, dos concepciones distintas, histórica y local la una, universal y filosófica la otra. El vulgo se apasiona por la primera, no sin vislumbrar como ignota sombra la segunda; ésta, en cambio, es objeto de estudio para la crítica. En el *Fausto*, por ejemplo, el escaso vulgo que lo conoce no ve más que la acción dramática, mientras el crítico descubre la

concepción metafísica. Para el vulgo, Fausto es el antiguo doctor alemán, desesperado y sombrío, Mefistófeles el diablo tradicional del cristianismo, y Margarita la virgen candorosa de rubios cabellos, víctima de la impureza del primero y de las traidoras artes del segundo. Para el crítico, Fausto es el espíritu sediento del ideal, mal satisfecho con las especulaciones de la ciencia, y ansioso de placeres que satisfagan su corazón y sus sentidos; Mefistófeles el principio de negación y de duda, y la tendencia al mal que todos llevamos dentro de nosotros mismos; y Margarita, el ideal soñado, profanado, corrompido y trocado en objeto de hastío cuando se le ve convertido en hecho. El vulgo no sabe esto, pero lo presiente, y con maravilloso instinto convierte en personajes genéricos los que en la obra de arte son individuos, dando así testimonio del carácter de universalidad que en ellos se encuentra. Por eso, todo espíritu escéptico, burlón y pesimista es para él un Mefistófeles, todo positivista calculador y grosero un Sancho Panza, todo aventurero soñador un Don Quijote, y todo caballo matalón un Rocinante. El vulgo inconsciente descubre con instinto portentoso lo que la ciencia sólo sabe después de laborioso y profundo análisis; porque en el espíritu humano las facultades intuitivas están en razón inversa de las analíticas y reflexivas, ó, lo que es igual, lo inconsciente se halla en razón inversa de lo consciente.

Como ya hemos dicho, no siempre el poeta se da cuenta de la obra que lleva á cabo, ni entra en sus propósitos producirla tal como resulta después. Lo inconsciente es un elemento de la naturaleza humana, real y evidente, aunque mal conocido todavía. Las intuiciones maravillosas de los poetas (no sin razón llamados *vates*), de los músicos, de los pintores, de todos los artistas en general; las inspiraciones, los sueños, las visiones de los reveladores, de los profetas y de los estáticos; las decisiones arrojadas y las proezas inauditas de los héroes y de los mártires; los presentimientos, las simpatías y antipatías, el amor mismo, suelen ser manifestaciones de lo inconsciente, de que no sabe darse razón el sujeto en que se producen. Qué sea lo inconsciente no es cuestión que hemos de debatir aquí; limitémonos á indicar que si algo revela en nosotros (y aun fuera de nosotros) la existencia de un incognoscible supremo, que bien pudiera apellidarse divino y ser el *Deus ignotus* que la humanidad busca con tanto afán, es, sin duda, este elemento inconsciente

de nuestro ser (que también existe en los demás seres), al cual acaso más que á la reflexión dicursiva, se deben los hechos más nobles de la vida y las más bellas y grandiosas creaciones del arte.

La obra inmortal de Miguel Cervantes es una de las más luminosas pruebas de esta gran verdad. Al *Quijote* pueden y deben aplicarse todas las consideraciones que dejamos expuestas, pues quizá no hay otra producción literaria en que con mayor relieve aparezca la dualidad que hemos indicado, y en que sea más palpable la diferencia entre el propósito del autor y el resultado de sus esfuerzos. Por esta razón suelen causar tal extrañeza en los literatos adocenados y en los críticos vulgares las apreciaciones que del *Quijote* ha hecho la crítica moderna; apreciaciones cuyo examen es el objeto del presente estudio.

II.

El *Quijote* concebido por Cervantes, el que conocieron y comentaron sus contemporaneos, y después de ellos la mayor parte de los eruditos modernos, hasta época muy reciente, el *Quijote histórico*, si vale la palabra, no es otra cosa que una discreta y durísima sátira de los libros de caballerías, en que va envuelta una amarga censura del ideal caballeresco de la Edad Media. El *Quijote* que no pensó, ni presintió, ni quiso escribir Cervantes, pero que conoce la crítica de nuestros días, el *Quijote eterno*, es una altísima y profunda concepción que retrata la oposición eterna entre lo ideal y lo real, entendidos en la forma y manera que luego expondrémos, y no con la vaga generalidad con que suelen entenderlo los que, sin maduro juicio ni atento examen de la cuestión, acometen la difícil empresa de escudriñar el simbolismo del *Quijote*.

De no establecer la distinción que dejamos indicada, de no reconocer en el *Quijote* (y en otras obras de su talla) los dos elementos que hemos expuesto, y de negar lo que hay de inconsciente en esa altísima manifestación del espíritu humano que se llama genio, se han originado dos graves errores en la interpretación de la obra de Cervantes, errores que, sobre torcer y viciar el sentido de la crítica, han engendrado una terrible calamidad literaria, personificada en una raza de literatos no menos terrible; ó lo que es igual, ha engendrado el *cervantismo* y los *cervantistas*.

El primero de los errores indicados consiste en desconocer la realidad de lo que llamamos el *Quijote eterno*, y ceñir todo estudio crítico al examen del *Quijote histórico*, olvidándose de que la letra mata y el espíritu vivifica. Los que tal piensan no ven en el *Quijote* más que una donosa sátira de los libros de caballerías, expuesta en forma de entretenida novela. y niegan todo valor y verdad á lo que hoy se llama interpretación simbólica del *Quijote*.

Los partidarios de esta opinión están incapacitados para resolver una dificultad que basta para destruir el estrecho criterio que en sus investigaciones les guía. Si no hubiera en el *Quijote* otra cosa que una sátira de actualidad, por grande que fuese su belleza literaria, no habría alcanzado tan universal fama y renombre, hasta en pueblos extraños que, leyéndolo en lengua exótica, no pueden apreciar los encantos de su forma ni encontrar interés alguno en la pintura de tipos y costumbres anticuados y para ellos extranjeros. Si el *Quijote* no fuera más que eso, ni su fama traspasara los Pirineos, ni para los mismos españoles sería otra cosa que una bella novela, muy discreta y entretenida sin duda, pero que, falta de todo interés de actualidad, no gozaría de la inmensa popularidad de que disfruta, sólo explicable si hay en ella algo universal y humano que no se encierra en los estrechos límites del círculo de ideas é intereses del momento, que inspiraron al autor. Destruido el ideal caballeresco, y con él su literatura, y cumplido por tanto, el propósito de Cervantes, su obra no excitaría hoy mayor ni más universal interés que otras que se propusieron análogo objeto y lo llevaron á cabo no sin gracia y desenfado, y que, sin embargo, no han extendido su fama entre la generalidad del público más allá de los países en que nacieron, ni en ellos gozan de popularidad verdadera. Tales son el *Pantagruel* de Rabelais, *El Morgante mayor* de Pulei, el *Orlando enamorado* de Bojardo, y acaso el *Orlando furioso* de Ariosto, que hoy nadie aprecia mas que el círculo de los eruditos y gentes cultas. Don Quijote y Sancho Panza, convertidos en tipos genéricos, universales, aplicados á todo linaje de condiciones y personas, son la refutación más cabal de esta estrecha doctrina. Para que los personajes de una obra artística lleguen á ser tipos universales, para que adquieran una vida tal que apenas nos resignemos á creer que no han existido realmente, es menester que en esa obra y en sus personajes haya algo universal y permanente, que no se encie-

rre en los límites de un siglo y un pueblo. De otra suerte, el *Quijote* y sus personajes hubieran perecido con el ideal de que eran burlesca parodia, y vivirían hoy únicamente en la historia de la literatura, pero no en la fantasía de las muchedumbres.

Esta opinión es errónea por ser exclusiva é incompleta, mas no porque carezca de un fondo de verdad. Es cierto que Cervantes sólo se propuso ridiculizar la literatura caballeresca, y con ella el ideal que le inspiraba, pues á su claro ingenio no podía ocultarse que la primera era fidelísimo reflejo y consecuencia legítima del segundo, que éste parecía envuelto en las ruinas de aquella; pero es cierto también que inconscientemente creó, al concebir esta sátira y por razón del modo como la concibió y compuso, el profundo, trascendental y dramático poema que la crítica moderna halla encerrado bajo ella, el *Quijote* eterno, velado bajo el *Quijote* histórico, que destruyó los libros de caballerías.

Esta manera estrecha y literal de entender el *Quijote* ha creado un cervantismo nimio y mezquino, que por largo tiempo ha prevalecido entre nosotros. Los partidarios de esta interpretación, desconociendo el valor filosófico de la obra y ateniéndose sólo á sus méritos literarios, se han entregado á los más minuciosos y pueriles análisis gramaticales y retóricos y á los comentarios más inútiles y empalagosos, unos para poner faltas á Cervantes, otros para convertir en bellezas sus verdaderas faltas, muchos para imitarle servilmente en empachosas disertaciones académicas, todos para profanar la obra y empequeñecer la crítica. Clemencín, entre otros, es un buen ejemplo de esta casta de cervantistas.

Contra este error se ha suscitado otro. A esta interpretación literal se ha opuesto otra libérrima, viciada en lo general por el desconocimiento de lo inconsciente. Para los que representan esta opinión, la obra de Cervantes encierra un sentido oculto y elevado, que para los más consiste en la oposición dramática de lo ideal y lo real, respectivamente personificados en D. Quijote y Sancho Panza. Otros han creído ver en la obra una sátira política de actualidad, escrita con cierta intención antimonárquica, ó al menos antidinástica, y cuyo blanco era Cárlos V, representado en Don Quijote. Otros, convirtiendo á Cervantes en filósofo racionalista y demócrata republicano, han creído ver en la obra una especie de profética apocalipsis revolucionaria. Y finalmente, otros, empequeñeciendo y reba-

jando la obra y el autor, han pretendido que el *Quijote* se reduce á una serie de sátiras personales, inspiradas en móviles mezquinos, y han empleado gran cantidad de agudeza é ingenio en probar tan desventurada tesis.

De todas estas hipótesis é interpretaciones sólo la primera es legítima y plausible. Sin negar que puede haber en el *Quijote* alusiones punzantes, y para nosotros indescifrables, á determinados personajes y sucesos de la época; sin desconocer que Cervantes era, con relación á su tiempo, un espíritu liberal y algo despreocupado, es fuerza rechazar teorías que le convertirían en enigma incomprensible. Se necesita desconocer por completo el espíritu de aquella época para pensar que pudiera caber en una cabeza española la idea de poner en caricatura al vencedor de Pavía, ni menos la de desarrollar en enigmáticas formas ideas que no presentían entonces los más aventajados ingenios. Aunque haya en los artistas adivinaciones y presentimientos, nunca llegan á ponerse por cima de su época hasta tal punto, ni propósitos tales cabían en un espíritu como el de Cervantes, penetrante y poderoso sin duda, pero no superior en cultura científica á los grandes ingenios contemporaneos suyos. Por otra parte, contra estas interpretaciones conservan todo su valor los razonamientos que contra la interpretación literal hemos alegado.

Unicamente puede sostenerse, en los términos y límites que luego expondrémos, la tesis primera, la de que el *Quijote* representa la lucha entre lo ideal y lo real, y sólo ella basta para explicar la universalidad de la fama de este libro. Pero esta opinión es insostenible cuando se entiende que tales fueron los propósitos de Cervantes, y que éste, con plena conciencia, quiso pintar en el *Quijote* semejante lucha. Esto es de todo punto inverosímil, y contra ello se pueden alegar poderosísimas razones.

Si tal hubiera sido la intención de Cervantes, claramente lo habría dicho en su obra, en vez de manifestar repetidas veces, y en términos que no dejan lugar á duda, que su único propósito era *poner en aborrecimiento de los hombres las fingidas y disparatadas historias de los libros de caballerías;* sin que valga oponer á esto la necesidad de ocultar el verdadero objeto de su libro por temor á la censura, pues la oposición de lo ideal y lo real no era cosa que pudiera asustar á la autoridad eclesiástica. Además, la alteza y pro-

fundidad de concepción tan trascendental no podían ocultarse á Cervantes, y no fuera explicable en tal caso, que prefiera á la obra inmortal en que la desarrollaba, una novela tan falta de idea y trascendencia como *Persiles y Segismunda*. Cervantes, pues, no creyó hacer otra cosa que una sátira de los libros de caballerías. Su genio, inconsciente como casi todos los genios, de una parte, y de otra el procedimiento que adoptó para desenvolver su pensamiento, le llevaron mucho más allá de su propósito, dando por resultado la producción de esa concepción altísima, que compite en profundidad con el *Fausto*, aventajándole en belleza.

MANUEL DE LA REVILLA.

(Continuará).

PARA UN MENU.

(INÉDITA).

Las novias pasadas son copas vacías;
En ellas pusimos un poco de amor;
El néctar tomamos...... huyeron los días......
¡Traed otras copas de nuevo licor!......

Chanpagne son las rubias de cútis de azália;
Borgoña los labios de vivo carmín;
Los ojos oscuros son vino de Italia;
Los verdes y claros son vino del Rhin!

Las bocas de grana son húmedas fresas;
Las negras pupilas escancian café;
Son ojos azules las llamas traviesas
Qué trémulas corren como almas del té!

La copa se apura, la dicha se agota;
De un sorbo tomamos mujer y licor......
Dejemos las copas...... Si queda una gota,
Que tome el lacayo las heces de amor!

MANUEL GUTIÉRREZ NÁJERA.

VIVIR PARA MORIR.

Muerte que mi vida asechas,
Muerte que á mí te encaminas,
Pára, no llegues tan pronto,
No te acerques tan de prisa.
Desde mi llegada al mundo
Me persigues y me hostigas,
Sin respetar mis placeres
Ni dolerte de mis cuitas.
Piedad no te dió mi infancia,
Ni hoy te da mi edad florida,
Ni te apiadarás tampoco
De mi ancianidad marchita.
Mi vida, empezada apenas,
A su fin ya se avecina,
Sombra fugaz de existencia,
Ilusión de ser mentida.

Se van las horas,
Se van los días,
Se van los años,
Se va mi vida.

Pronto se pasó la infancia
Y se apagaron sus risas,
Cual de mis años floridos
Pasarán las alegrías.
Me pasmó con su llegada
La juventud, repentina:

La vejez á sorprenderme
Vendrá con su nieve fría.
Lloraré las blancas flores
De mi juventud marchitas,
Cual hoy las de mi inocencia
Lloro, por mi mal, perdidas.
Ora triste, ora contenta,
Mi vida á su fin camina,
Cual arroyo que á los mares
Corre entre flores y espinas.

Se van las horas,
Se van los días,
Se van los años,
Se va mi vida.

¡Pobre vida tan escasa,
Pobre vida tan mezquina,
Que mengua cuanto más crece
Y se devora á sí misma!
Ser sin ventura, formado
Para la fosa sombría,
Que apenas brilla en oriente
Cuando al ocaso declina.
¿Qué valen las ilusiones
Que más al hombre cautivan,
Si, como pronto se extinguen,
Son, por fugaces, mentiras?
¡Malaventurada el alma
Que todos sus gustos cifra
En ilusiones tan cortas
Y en tan pasajeras dichas!

Se van las horas,
Se van los días,
Se van los años,
Se va mi vida.

Blanda brisa por momentos
Con amor las velas hincha,

Mas aunque amorosa y blanda,
Es de la muerte la brisa;
Es la misma que las naves
A los escollos envía,
Y al seno de la tormenta
Las empuja enfurecida.
De mi vida el mar cruzando
Suelo ver risueñas islas,
Mas no me es dado tenerme
En su deliciosa orilla.
Oh! si á lo menos pudiese
Para calmar mi agonía,
No ver que al abismo corro
Sin descanso y tan de prisa!

Se van las horas,
Se van los días,
Se van los años,
Se va mi vida.

José Lopez-Portillo y Rojas.

1879.

LAMENTO.

¿Contemplaste el océano infinito?
Como él es la congoja en que me ajito!
Acaso, acaso mi bajel zozobre;
que es amarga la vida del proscrito
como las ondas de la mar salobre.

Ricardo Palma.

EL PRIMER AMOR.

(CONTINÚA.)

III.

SE RINDE LA PLAZA.

Dos días después, á la hora del oscurecer—tácitamente convenida para nuestras expansiones amatorias—hízome Lola una seña con su blanca mano, al través de las rejas, para que me acercase á la ventana. Corrí desalado, con la respiración anhelante y el corazón tocando á rebato como de costumbre, y me llegué á ella saludándola con lengua torpe y voz tímida. Dióme por toda respuesta una carta pequeña, y se entró rápidamente en el aposento.

Parecíame que todo San Pedro oiría los latidos de mi corazón. Por lo que hace á mí, escuchábalos con tanta claridad como si fuesen tañidos de campana, y no percibía más que su golpe seco y vertiginoso, callando ante su estrépito todos los demás sonidos que me rodeaban. Corrí á mi casa, pedí una luz, me encerré en mi cuarto con doble vuelta de llave, y eché mano á la dulce misiva. Decía así con candorosa simplicidad y delicioso abandono ortográfico:

"Señor

"Si sus sentimientos son *cinseros*, espero que me dé *pruevas*. Cuando me las *halla* dado le *resolberé*. Su *serbidora*

Dolores."

Pruebas!—me dije. ¿Qué pruebas? Lo más obvio sería mostrarle el corazón, y hacerle ver el miserable estado á que le tienen reducido las hondas emociones que experimenta por causa de ella á todas horas. Según le siento de enfermo, debe adolecer de hipertrofia, ó

aneurisma, tendrá insuficiencias en las válvulas ó terribles lesiones en los ventrículos y aurículas, ó en el callado de la horta; pero es seguro que no se halla en su estado normal. Si fuera doctora en medicina mi amada, como algunas norteamericanas ilustres de quien hablan los periódicos, le bastaría tal vez auscultarme para convencerse de que la adoro; pero careciendo de esos conocimientos especiales, no puedo pedirle que apele á tan eficaz recurso.

¿Deberé cuidar borregos catorce años como Jacob para lograr la mano de Rebeca? ¿Deberé bajar á *la arena de los leones* para recojer un guante desprendido de su blanca mano, como el heroe del cuento de Schiller? ¿ó habré de irme á la Peña Pobre á hacer penitencia como el Caballero de la Triste Figura, en ropas más que ligeras y dando zapatetas en el aire?

Después de largo espacio de angustiosa perplejidad, proveniente de mi ignorancia en los dulces achaques amorosos, dime una palmada en la frente, exclamando:

—Ya caigo. Lo que quiere Lola es que haga más largas centinelas en la esquina de su casa ó incrustado en el marco de los zaguanes, que me asolee, que reciba el sereno y no huya el cuerpo á los chaparrones. Debo á la vez no ver á ninguna otra joven que no sea ella, como un cartujo—relativo, se entiende; no concurrir á tertulias, paseos ni visitas á donde ella no vaya; hacer en fin, cuanto es de uso y rigor en casos tan graves como el presente.

Encontrada la clave de la dificultad, suspiré con satisfacción, y me eché en brazos de la dulce esperanza, que me ofrecía en cercano término, el logro de mis deseos más puros y vehementes.

Quien me hubiese visto los días inmediatos, parado frente á la casa de Lola, inmóvil, con los ojos clavados tenazmente en su ventana, sin volver el rostro para ver á ningún transeunte, sordo para todos los ruidos, sin pestañear siquiera, como si estuviese delante de la cámara fotográfica; quien me hubiese visto resistir el sol del medio día que enrojecía la atmósfera y caldeaba el pavimento, convirtiendo la creación en un horno inmenso: quien me hubiese visto no buscar asilo bajo ningún techo, cuando abiertas las cataratas del cielo, caían arroyos de las nubes, y corría el agua por las calles, con volumen y estrépito de caudalosos torrentes: quien me hubiese visto en tales situaciones, repito, habría creído que el espíritu santo de la razón, había abandonado mi cerebro, tendiendo por el éter inmenso

sus blancas y puras alas. Y más se hubiera asombrado todavía, de ver á Lola impertérrita asimismo en el campo del honor—del amor decir quise—, resistiendo como yo, el sol, la lluvia y la fatiga, durante horas y más horas, que siempre me parecieron breves y regocijadas. Cuántas veces el rostro infantil de mi amada se tornó rojo como escarlata, al influjo de un sol meridiano de cerca de cuarenta grados; y cuántas, la lluvia que azotaba su ventana, corrió por su cabellera de oro, sembrándola de gotas relucientes, como brillante pedrería.

Lo que todavía me asombra y no me explico es cómo pudimos ella y yo entregarnos á aquellos excesos romancescos, tan á nuestro sabor, como si no tuviésemos madres celosas que nos atisbaran y vigilaran, y no estuviésemos tan cerca de sus ojos y al alcance de sus reprimendas. ¿Cuántas veces dejé de asistir á mis clases? ¿cuántas no estudié mis lecciones? ¿cuántas resonó en el aula el solemne acento del profesor sin que le prestase la atención más mínima? ¿cuántas dejé que se arremolinasen á mi derredor aquellas ondas sonoras preñadas de sabiduría, sin desentrañar su sentido, como si fuesen voces no articuladas, ó vocablos pertenecientes á una lengua extranjera? Oh, cielos! vosotros que sabeis cuál es el número de las estrellas que cintilan en el espacio, y llevais la cuenta de las arenas que forman el revuelto lecho de los mares; vosotros podréis saberlo. Yo lo ignoro. Sólo sé que el texto y la explicación, las disertaciones y los escrutinios de mis clases estrellábanse en mi glacial indiferencia por aquellos días, como las traviesas olas del océano en los duros peñascos de la costa; tan cierto es así, que el amor se enseñorea del espíritu por completo, y no le deja vagar para ocuparse de ningún otro asunto, siquiera sea tan alto y respetable como la ciencia.

Quiso Dios al fin que pasara aquel período terrible, y que mis trabajos de Hércules tuviesen su recompensa.

Sucedió, pues, que hallándome una tarde, como de costumbre, apostado en el marco de una puerta frente á la ventana de Lola, observé que Paco González, mi condiscípulo, rondaba la casa de mi amada con irritante descaro. Cada vez que pasaba frente á mí, mirábale yo con ojos de basilisco; en tanto que, fingiendo menosprecio, menudeaba él sus paseos y miraba á la ventana con insolencia. Aquello era demasiado y no pude sufrirlo con paciencia:

—Paco—le dije una de tantas veces que pasó junto á mí.

—¿Qué se ofrece?—respondió con dureza, deteniéndose y mirándome de hito en hito.

—¿Le rondas á Lola?

—¿Qué te importa?

—Sí me importa, porque le hago la corte y la quiero.

—En hora buena.

—Pero yo no quiero que pases por aquí.

—Pasaré cuando me dé la gana; no tienes derecho para impedírmelo.

—En efecto—le dije—no lo tengo; pero voy á proponerte un medio de arreglar el asunto. Nos vamos á un sitio solitario, y entramos en lucha personal. El que triunfe quedará dueño del campo.

—Corriente—repuso Paco con voz de trueno—vámonos á la orilla.

Y echamos á andar para las afueras del pueblo.

Debo confesar que me sentía bastante atormentado por la penosa sensación del miedo. Manos frías, corazón agitado, temblor de nervios, todos los síntomas de rigor en lances de esta especie, hallábanse vigentes y reunidos en mí en aquel instante. Pero qué importa, pues como dice Ercilla,

El miedo es natural en el prudente,
Y el saberlo vencer es ser valiente.

y yo lo vencía en aquellas circunstancias; porque se trataba de Lola, y me sentía capaz de destrozar al género humano y de dejarme hacer menudas trizas por ella. Paco, por el contrario, aunque salió de la calle con mucho brío y hablaba en voz alta profiriendo baladronadas, fué perdiendo el ánimo paulatinamente. Sin duda mi sereno y resuelto aspecto le hizo creer que se las tenía que haber con algún Bayardo; ah! si hubiera podido penetrar en mi interior y hubiese visto las angustias que me acongojaban, no habría tenido de mí, sin duda alguna, idea tan formidable y ventajosa.

Sea como fuere, el caso es que, antes que llegásemos á despoblado, tocó parlamento, y volviéndose á mí.

—Hombre—me dijo—somos unos imbéciles. No hay motivo para que riñamos.

Advirtiendo el desfallecimiento de su ánimo, cobré nuevos bríos.

—¿Cómo no?—le repliqué—¿pues Lola?

—No la quiero; he rondado su casa por pasar el rato.

—¿Así es que prescindes de seguirla cortejando?

—No me cuesta ningún trabajo.

—Entonces no hay cuestión; pero me ofreces no volver á pasar por la calle de su casa.

—No tengo inconveniente.

—Está bien, queda entendido; pero cuidado con que yo vuelva á verte por ahí.

Con esto nos separamos, sintiéndome triunfante tanto en mi amor como en mi vanidad de valiente. Por lo que hace á él, fuése cabizbajo y abatido, como quien tiene la conciencia de haberse conducido con debilidad y apocamiento. Aumentaba mi satisfacción con el pensamiento de que no había sido preciso luchar para obtener victoria tan señalada, semejante en esto á Fabio Máximo, que derrotó al Gran Annibal sin presentarle batalla, y con sólo perseguirle desde las alturas y hacer escaramuzas.

Torné, pues, á mi puesto á pocos momentos, y me coloqué frente á Lola, en el marco de la puerta donde antes estaba. Hallábase mi amada en la ventana todavía, á pesar de ser ya de noche, lo que me regocijó por extremo, pues era seguro que habría ella observado las anteriores evoluciones, y que éstas me harían ganar en su ánimo el concepto de un Napoleón.

YUSUF-BEN-ISSA.

(*Continuará*).

GUADALAJARA.

(RECUERDOS E IMPRESIONES).

(CONTINÚA.)

Al amanecer del día siguiente entrábamos al vapor de hélice, pero ¡qué hélice! que debería de conducirnos á Chapala.

Omito la descripción del barco; confieso que ha de haber sido bueno antes de ahora, pues ni la máquina, ni la cámara, ni la cubierta están ya en el buen estado que sería de desear; pero en fin, perdonemos todo en gracia de que dicho barco anda un poco más de prisa que una canoa y sirve para admirar con algunas comodidades el más hermoso lago de la República Mexicana.

Hablemos de este mar interior que cautiva é impone á cuantos le conocen.

Cuando en 1816 se ordenó á D. José María Narvaez, alférez de navío, que estudiara detenidamente las profundidades del lago para graduar el calado de los buques que bloquearon más tarde la isla de Mezcala, donde habían hecho su fuerte los defensores de la Independencia, levantó el citado alférez una carta é hizo un estudio minucioso que ofrece interesantísimos datos.

El lago tiene en todas sus riberas, poblaciones risueñas, haciendas pintorescas y bancos de pescadores, situados á cortas distancias, entre la vegetación más exuberante y hermosa, atravesada por ríos y arroyos que bajan de las cercanas montañas y derraman en el lago.

El lago, como lo observa Mr. Galeotti, se estrecha en su extremidad occidental teniendo en ésta poco más de dos leguas de ancho.

En dicha extremidad está el pueblo de Jocotepec, que sirvió de punto de partida á Narvaez para recorrer el lago en toda su cir-

conferencia, formando el siguiente itinerario no menos curioso que útil:

	Leguas comunes.
De *Jocotepec* al rancho de *San Pedro*, que está al principio de la ribera meridional del lago	1½
Al de *San Cristóbal*	1
Al de *San Luisito*	1½
Al pueblo de *Tuxcueca*	3
A la ensenada del mismo nombre	1
Desde este punto toma el lago mayor ensanche, pues hay más de cinco leguas á la ribera opuesta.	
De la ensenada de Tuscueca á *Punta Larga*	1
Al rancho de *Tizapán*	1½
Al pueblo del mismo nombre	½
Cerca de este pueblo atraviesa el río también llamado de Tizapan, que desemboca en la laguna. Del pueblo de Tizapán á la hacienda de *Columba*	1
Al punto conocido por *Angostura de Tizapán*, á causa de que en esta parte vuelve á estrecharse la laguna	1
A *Palo-Alto*	1¼
A la hacienda de *Jucumatán*	½
Al pueblo del mismo nombre	1¼
Entre el pueblo y la hacienda atraviesa el río llamado del *Estero*. Aquí toma su mayor ensanche la Laguna, pues presenta más de seis leguas de una ribera á la otra.	
De Jucumatán al paraje llamado *Rincón de María*	1½
A la hacienda de *La Palma*	1½
Al pueblo de *Saguayo*	2
Al de *Jiquilpan*	2
Al de *San Pedro Caro*, que está ya en la extremidad Oriente del lago	4
A *Pueblo Viejo*	1
Al paraje llamado *Boca Ciega*	3

En este punto desemboca un brazo del río grande de Santiago, rodeando un montecillo llamado la *Meseta*, y el otro brazo derrama á poca distancia, por la misma parte oriental del lago.

De Boca Ciega al pueblo de Jamay, que está ya en la ribera septentrional	3

A *Cuitzeo*, de donde vuelve á salir el río de Santiago para dividirse en dos brazos cerca del pueblo de *Ocotlán*............	2
A la *Punta de San Miguel*..	3½
Al pueblo de *San Pedro Chicán*..	1
Al de *Mezcala*..	2
A *Tlachichilco*..	1½
A *San Juanito*..	½
A *San Nicolás*..	½
A *Santa Cruz*..	1
A la hacienda de *La Labor*..	½
Al pueblo de *Chapala*..	½
Al de *San Antonio*	½
Al de *Ajijic*..	½
Al de *San Juan Cosalá*..	1¾
A *Chante*..	1¼
A *Jocotepec*, que ha sido el punto de partida....	3
Leguas............	54

"Se ve por lo expuesto,—dice un estudio que tengo á la vista,—que según el mapa levantado por Narvaez, el lago de Chapala ofrece una circunferencia de 54 leguas, siguiendo la situación respectiva de los pueblos y haciendas que lo rodean; pero recorridas con el compás las desigualdades de sus riberas, presenta 65.

Del mismo documento aparece que tiene dicho lago de longitud 22 leguas, desde Pueblo Viejo, situado en su extremidad oriental, hasta Jocotepec, que está fundado en la occidental. Su mayor anchura es de 6 y media leguas y la menor de 2 y media: esta diferencia da un término medio de 4 y media leguas que, multiplicadas por las 22 de su longitud, producen 99 cuadradas ó de superficie. El Sr. Galeotti le da 150, en lo que nos parece que hay alguna exageración.

"Sondeada la laguna en varias partes, por los meses de Julio y Agosto, que es cuando las aguas suben á su máxima altura, presenta profundidades variables. En la extremidad occidental inmediata á Jocotepec, tiene de 2 y media á 3 brazas (cada una de seis piés castellanos) y 3 leguas más adentro, con dirección á la isla de Chapala, se le encuentran de 54 á 56 y media. En la parte media del lago hay constantemente 6 y media brazas de profundidad, la que va dis-

minuyendo poco á poco, hacia la extremidad oriental, hasta quedar reducida á 1 y media cerca de la embocadura del río de Tololotlán ó de Santiago. En las riberas meridional y septentrional, no pasa de 2 y media á 3 brazas; pero va aumentando á medida que la sonda se dirige al centro del lago, y sólo en la parte llamada *Punta de San Miguel* y sus inmediaciones se encuentra á la orilla un descenso rápido de 5 brazas. La misma profundidad se halla al rededor de las islas de Mezcala y Chapala; pero es necesario advertir que en los meses de Abril y Mayo bajan las aguas cinco piés tres pulgadas, y por esta razón se reduce á pantano una gran parte de sus orillas, y la ciénega de Cumureato (¿Cumuato?) llega á secarse enteramente, en términos de quedar algunos cortos canales en que solo pueden navegar canoas."

El Estudio del Sr. Galeotti, aunque extenso, es sumamente interesante y no puedo menos que reproducirlo íntegro en este libro, para que se comprenda la importancia del lago. Dice así:

"Una cantidad inmensa de agua circundada al N. y S. por unas montañas escarpadas que se encuentran á 14 leguas al S. de Guadalajara, capital del Estado de Jalisco (antigua provincia de Nueva Galicia) y á 130 al O. de México, es conocida baja el nombre de *Laguna de Chapala*, derivado del que tiene el antiguo pueblo de Chapala, situado en la orilla occidental de la laguna. Escavando en las inmediaciones del pueblo, se encuentran antiguos fosos sepulcrales de los indios, esqueletos, ídolos, jarras de barro llamadas cántaros, fichas monetarias de obsidiana ó de tierra colorada, etc.

"Tiene la laguna cosa de 150 leguas cuadradas. De E. á O. 27, y de 3 á 7 de S. á N.

"Dos ó tres islas interrumpen la uniformidad de su superficie, á saber: la isla de Mezcala, adonde se confina á los malhechores, motivo por el que se llama isla del presidio; otra pequeña, continuación de la primera, de la que se separa por una poca de agua, y la isla de Chapala que está casi en frente del pueblo que le dá el nombre, á tres leguas al O. de la de Mezcala, y en medio de la laguna que en este punto tiene tres leguas y media de ancho.

"El río grande de Santiago que nace en Lerma, á doce leguas de México, pasa por el pueblo de la Barca inmediato al de Ponchitlán, entra en la laguna por su extremidad oriental y vuelve á salir de este mar á poca distancia de su entrada, para correr por barrancas

profundas, siguiendo al principio la dirección del NO. y en seguida la del O. hasta desembocar después de un curso de 410 leguas en el mar del Sur, algunas leguas al Norte de San Blas. Porción de riachuelos que bajan de los montes, alimentan con sus aguas la laguna. Es uno de los principales el río de Tizapán, que se abre camino por los montes escarpados que forman el límite de la ribera meridional y desemboca en la laguna, casi en frente de la isla de Chapala. Este río nace en las montañas de una sierra llamada del Regladero.

"Se estrecha mucho la laguna hacia su extremidad occidental y por allí es menor su profundidad, de manera que más bien parece un pantano.—Pasando por un desfiladero en que está situado el pueblo grande de Coyotepec, cabecera del cantón, á un cuarto de legua al O. NO. de la laguna, en dirección á E. SE., O. NO. y por tierras muy fertiles de migajón (que producen de cuatrocientos ó quinientos granos de maíz por uno), se va á la hacienda de Huejotitlán, en cuyas inmediaciones se encuentra una presa que detiene las aguas que se reunen en un valle largo y angosto, próximo á los llanos de Zacoalco. Está el valle de 60 á 70 metros de elevación sobre el nivel de las aguas de la laguna."

En la laguna se observa el fenómeno de las mareas occidentales (*seiches*) que duran mucho tiempo, permaneciendo serena una parte de sus aguas junto á la otra agitada. Este fenómeno es muy visible en la ribera septentrional, en Tlachichilco y Chapala. El agua se eleva de 1 á 4 piés (desde 33 centímetros hasta 1° y 33.)

"A medio día, con buen tiempo y sol ardiente, se observa á inmediaciones de Chapala el espejismo más hermoso que puede imaginarse, pues una parte de las aguas, la que está tranquila, refleja los objetos junto á la otra parte que entra en agitación turbulenta.

Galeotti cree que los dos fenómenos tienen sus puntos de correlación.

"Agitan á la laguna de cuando en cuando remolinos ó mangas de agua muy fuertes, que arrancan á los pescados de sus guaridas arrojándolos sobre las montañas inmediatas. Se han encontrado algunos en un monte bastante elevado, cercano á Ixtlahuacán, que dista dos leguas de la laguna.

"Este fenómeno, que ocasiona grandès perjuicios á los habitantes de las riberas, acontece por lo comùn en los meses de Marzo, Abril

y Mayo, antes de la estación de las lluvias. Entonces arrojan las aguas, ídolos y vasos de los antiguos indios. Creen los habitantes que una ciudad antigua quedó sepultada en una inundación repentina y todavía se encuentran á cierta distancia de Chapala, varios troncos de Sabinos (Taxodium distichum de Richard) cubiertos en parte por las aguas.

"Hay en el lago multitud de pájaros acuátiles, entre ellos dos especies de gaviotas, gallinas de agua, garzas pardas y de copete, *borregos de agua* y *alcatraces*, *patos zambullidores* (colymbus), patos *alcaldes*, pardos y pequeños, chorlitos reales (charadrius) de hermoso color blanco con pico rojo y encorvado; espátulas (platallea) de color de rosa; pescadores verdes y garzotas de muchos colores.

"¡Qué poético es ver en la tarde, á eso de las cinco, las bandadas de cincuenta ó sesenta alcatraces que van á buscar en las riberas los pescaditos llamados *javai* que les sirven de alimento!

"En la laguna hay gran diversidad de peces; pero sobresalen el blanco y el bagre (bagoe) que son de exquisito gusto. Los habitantes de las inmediaciones no subsisten más que con los productos de esta pezca, que es fabulosa en Semana Santa, y para la que se preparan levantando chozas de *carrizos* en las orillas de la laguna y encendiendo grandes lumbradas al anochecer para atraer á los peces.

"Se ven con frecuencia unas tortugas pequeñas (testudo) calentándose al sol, encima de las rocas, pero se ocultan al menor ruido. Cerca de la isla de Chapala hay cangrejos chicos, de dos á tres centímetros, con manchas desiguales muy marcadas; algunas conchas como *Unios*, *Planorbis* y *Lymnæa*, que no se encuentran enteras, quizá por la fuerza con que las despide el agua.

"En la parte en que viven estos animales, tiene la laguna desde 60 centímetros hasta 20 metros de profundidad: en las orillas de la isla de Chapala, un metro 33 centímetros, á poca distancia 3 metros, y se asegura que más lejos hay hasta 18 metros. En las inmediaciones de la laguna abundan muchos animales, como lobos (canilupus), conejos, liebres (lepus), zorras (cani), llamadas *coyotes* por los naturales: leones (felis puma leones): ardillas (Scicirus) pardas y coloradas, y zorrillos (viverra), que despiden un fetor insoportable. En los bosques no muy espesos hay hermosas *coas* (trogón pájaros misántropos), urracas azules (corbus) muy ágiles y chillo-

nas, que se paran en los árboles elevados, moviendo su gran cola, y también de color de café (cuculus cayanus). En las faldas de los montes se hallan lechuzas ó lechucillas (strys) que viven en agujeros que hacen debajo de tierra: nubes de tordos (turdus) y *sanates* verdes y violados; gorriones (fringilla) de pico azul gordo; faisanes (fatianus), etc. Son muy raras las serpientes é insectos, y se consiguen á veces unas libelulas.

"La vegetación es poco notable. En los montes porfidosos de Tlachichilco y de Mezcala, hay algunos *cirius* (*Carambonillos*), *Echeverrias* y *Sedum*; Sabinos grandes en la sierra de Tizapán: *Erythrinas* de flores de color de rosa que adornan los caminos: *Sebanias, Mimosas* (huizache), *Verbena, Stachys, Salvia, Pl'ántago, Plunge, Phaseolus, Dolichos, Cineraria, Steevia, Tagetes, Erigeron*, etc., algunos *Tillandisia* en las mimosas y encinas grandes, y en los alrededores de Ajijic la *Bletia grandiflora*. Hay en Chapala calles de *Plumierias* blancas y de color de rosa, á quienes los indios dan el nonbre de Cacaloxochil. Este punto está resguardado de los vientos del Norte por una montaña cónica, por lo que goza de un clima semejante al de Tierra caliente. Se da muy bien la caña (saccharum oficinalum), el *cariea paoaya*, el zapote (el *Bchas sapota*) y el plátano (musa.)

"Es magnífico el espectáculo que presenta la laguna vista desde la cima de las montañas, situada al N. de la hacienda de La Labor, pues se descubre por una parte una inmensa extensión de agua con sus islas y orillas cubiertas de rocas, pueblos blancos, cabañas de pescadores, el edificio del presidio, las haciendas, las fértiles riberas cubiertas de campos de maíz y de garbanzo, grandes manadas de bueyes pastando en las llanuras, riachuelos sombreados de sauces (salix petandra) y *cinerarias*, la cima nevada del volcán de Colima que sobresale por entre la cordillera del S. SO., las canoas formadas de un tronco de árbol que vuelan sobre la superficie tersa ó ligeramente encrestada de la laguna en que se refleja un cielo azul, los montes de Tizapán del S. SE. y SE. que pertenecen al Departamento de Michoacán, las extremidades de la laguna ocultas por los vapores y por detrás las ricas y fértiles llanuras de Ixtlahuacán y Atequiza, formando todo un conjunto que encanta al naturalista y paisajista que sale de los áridos valles de Guadalajara para entrar en esta cadena de montañas, desde donde se extienden sus miradas

por un horizonte siempre risueño, sin que se disminuya su entusiasmo y no quede satisfecha su curiosidad. Se admira allí una naturaleza apacible aunque bella y grandiosa y tan digna de excitar meditaciones á pesar de su brillo, que parece que el alma se eleva y recrea con tan sublime contemplación.

"Saliendo de las fértiles llanuras de Ixtlahucán y Atequiza, de más bajo nivel que las de Guadalajara, que están enriquecidas por el detritus de las montañas y regadas por varios riachuelos, se suben para llegar á Chapala, unas colinas de tephrinas rojas, de superficie ampollosa, de testura más ó ménos compacta, sembradas de mica y piroxena verde, que alterna con tephrinas negras porfidosas, con albite-piroxena y mica, y que son duras, macizas, compactas ó ampollosas: la primera variedad se trasforma en basalto; las tephrinas se convierten en algunas partes en una brecha compacta de fragmentos de tephrina, envueltos en una pasta que ha resultado de las mismas: el color rojo de escarlata que se nota en algunas tephrinas de la hacienda de La Labor, ha hecho creer que contenían mercurio, y los habitantes nos enseñaron varios pedazos de lo que llaman cinabrio.

"Sobre esas lavas descansan unos peperinos grises, granudos, blandos y quebradizos, formados de pedazos de tephrinas escoriosas, de basalto y pórfido, diseminados en una pasta arcillosa, con cristales truncados de albite, mica, anfíbola y piroxena.

"Los fragmentos que envuelven esta pasta, son á veces muy grandes, y otras tan pequeños, que más bien parece una arcilla grosera. Las lavas están sobre un pórfido violado, verde ó rojo; duro, compacto, con albite, y que en las inmediaciones de San Antonio, entre Chapala y Jocotepec, contiene, según se dice, vetas de plata poco explotadas.

"En Ajijic el pórfido es rosado, cuarzoso con carbonato de cal en venas de las que se ha sacado galena platosa con cobre amarillo: ya no se trabajan estos minerales pequeños. La parte superior del pórfido es de color más oscuro, tiene poco cuarzo y parece que está incorporado á las rocas basálticas que junto con las tephrinas y los peperinos posteriores, han llenado las hendiduras y valles pequeños que existían en el pórfido. Cerca de la hacienda de La Labor, de Ixtlahuacán, de Jocotepec y Auejocotitlán, son muy gruesas las masas de lava: en los valles y barrancas que dividen los montes en

estos diversos parajes, se descubren por todas partes en gran cantidad.

"Esta formación de basalto y tephrinas se extiende á lo lejos en una dirección de N. 85° E., 85° O. (paralela de la laguna) cubriéndo las cumbres de pórfido; así es que abunda la lava en las inmediaciones de la referida hacienda y ha formado el monte puntiagudo de Chapala, de donde brotan aguas termales claras sin olor ni sabor. El basalto de Huejotitlán es gris y porfidoso y me han asegurado que contiene riñones de azufre y de sus hendiduras se desprende ácido sulfuroso. Encierra grietas y cavernas en las que se ven grandes fragmentos aglomerados de superficie escoríosa, partes duras muy compactas y un poco apizarradas (cerro de Chapala.) Esta capa basáltica se extiende hácia el O., compone casi todas las montañas del SO. de Guadalajara, los montes de Amatitlán, el volcán elevado de Tequila y termina en las playas dél mar del Sur, formando la roca sobre la que está situada la ciudad de San Blas, uniéndose aquella al volcán humeante de Ahuacatlán (el cerro rojo) que se encuentra á 60 leguas al O. de Guadalajara y corona las montañas de la orilla meridional, siguiendo la dirección del NE. Acompaña el curso del río grande de Santiago, formando ondulaciones y masas inmensas cerca de Zapotlanejo, cubre con sus tephrinas rojas y negras los alrededores del célebre puente de Calderón y del hermoso pueblo de Tepatitlán, cerca del cual se eleva la roca basáltica de Cerro Gordo (á 24 leguas al N. NE. de Guadalajara) presentando por todas partes los mismos caracteres y las mismas rocas, esto es, basaltos compactos ó celulares, negros ó pardos, con albite ó sin ella, duros y pesados: tephrinas negras compactas ó ampollosas, con albite y algunas veces mica y piroxena: tephrinas rojas más ó menos hojosas que sobresalen de los basaltos con albite, piroxena y hojillas de mica, y por último, piedra sonora (phonolithe) con albite en láminas más ó menos delgadas.

"Se encuentran bastantes rocas teñidas por el hidrato de hierro: los arroyos de las inmediaciones de Tepatitlán depositan mucha de esta sustancia que forma costras y bolas pulverulentas.

"A lo lejos se distingue fácilmente el basalto del pórfido, por sus masas divididas perpendicularmente, y que forman un muro descarnado, lleno de sinuosidades y requebrado en los flancos; en la parte superior está más ó menos parejo, redondo ó alargado; en la

montaña de Tizapán hay unas mesas horizontales en su parte superior. Estos grupos tienen desde 100 hasta 350 metros de altura. Las colinas en que abundan las tephrinas, son poco elevadas, irregulares, por el amontonamiento de materias, cortadas por barrancas bastante profundas y muchas veces perpendiculares; la parte inferior de ellas se compone de lavas compactas y la superior de escoriosas que parecen fragmentos aglomerados. El pórfido ha formado montañas de un declive bastante suave, redondas y cortadas en todas direcciones; sus masas se descomponen muy á menudo, y su detritus ha contribuido para hacer más visible la capa de tierra vegetal de las llanuras. Cerca de Tlachichilco y Mezcala es pardo el pórfido, y se convierte en pórfido pizarra; dividiéndose en grandes láminas compactas, sonoras, con partes cuarzosas y de albite.

"La isla de Chapala tiene 200 á 309 metros de largo, y su extremidad occidental se eleva de 15 á 18 metros sobre el nivel de las aguas. Su figura es la de un huso que termina en punta hacia las extremidades E. y O., siendo mayor su ancho por el centro. Está cubierta de platanillo (*Canna indica*) *Plumbago y Mimosa* de olor (huizache).

"Su extremidad oriental se compone de basaltos amygdaloides, pardos, con núcleos de ágata, siete venas de jaspe verde yerba y verde amarillento; por lo común son celulares, con albite, y las aguas los han corrido y descompuesto mucho; el basalto de la extremidad occidental pasa á piedra sonora y á basalto porfidoso, duro y pesado. Esta isla es en mi concepto la cumbre de una montaña de basalto.

"Estas rocas basálticas y porfidosas atraviesan la caliza, extendiéndose sobre ella. Esta caliza que vuelve á aparecer cerca de Chapala, es gris amarillenta, ó blanca agrisada, rara vez azulada y dura, compacta y sin lustre, como si estuviera empañada. Humedecida huele á arcilla, y está dividida por pequeñas venas de espato calizo, y extratificada en capas desde 60 centímetros hasta un metro de grueso, é inclinándose hacia el N. de 10 á 30° y ocultándose al S. SO., N. NE. y O. E. Esta última dirección es probablemente la más general, aúnque es difícil cerciorarse de ello por su corta extensión. En las inmediaciones de Clapala la ceniza es terrosa y blanquizca, asemejándose algo á la creta, á poca distancia del monte de Chapala, que se ha elevado de enmedio de la caliza;

de este monte brotan las aguas termales, y salen venas de yeso gris y amarillento.

"Esta caliza forma colinas bajas y arredondadas, al pié de las montañas porfidosas y basáltico-tephrinico, con las cuales está en contacto. Las colinas están cubiertas de tierra arcillosa y agrisada, producto de la descomposición de la caliza, y en la que se ven pedazos de esta roca compacta y apizarrada (cuando comienza á alterarse) que se encuentra en las alturas de Tlachichilco y cerca de Mezcala, y en las alturas de San Juan, á donde está teñida por hidrato de hierro.

"Parece que el fondo de la laguna es de caliza. Casi todas sus orillas son de arcilla gris ó blanquizca cubierta su superficie de eflorescencias semejantes al tequesquite (natron carbonato de soda impuro) de Guadalajara y México. Un corto espacio inmediato á Chapala se compone de arena cuarzosa y fina con fragmentos de cristales de albite, mica y rosas porfidosas: las aguas se han acumulado en una hendidura ó valle paralelo á las masas igneas, cerrados por estas mismas rocas. Estas islas son las cumbres de otras montañas igneas.

"No encontramos ningún resto fósil de cuerpos orgánicos en la caliza; descubrimos, sin embargo, en algunos puntos indicios imperfectos de *pólypos* y en otros de *anmonitas* aun más mutiladas. La naturaleza, el aspecto y el color de la caliza (caracteres muy débiles para las conclusiones geognósticas) y sobre todo la regularidad de su extratificación que no presenta capas onduladas, nos ha hecho clasificar entre las formaciones oalíticas (caliza del Jura) y considerar el yeso como producido por el ácido sulfuroso que obró sobre la caliza, cuya descomposición es muy grande cuando está junto al basalto que como ya hemos dicho, despide en Huejotitlán vapores sulfurosos brotando aguas termales al N. NO. de este punto de Chapala y mucha agua caliente á distancias más ó menos grandes (en Ixtlán cerca de Ocotlán en el camino de La Barca, en Atotonilquillo, junto á Atequiza, en Zalatitlán, á tres leguas de Guadalajara, y en Ixcatlán, circuito de Zapopan, etc.).

"Las llanuras situadas entre Tlachichilco y Chapala, son bastante anchas y de piso desigual, cubiertas de tierra vegetal, mezclada de arena arcillosa amarillenta y con alguna caliza que contiene muchos fragmentos de basalto y pórfido.

"Debajo de esta capa superficial se encuentra una arcilla más ó menos pura de un gris negrusco que se descompone con el aire revuelta las más veces con arena cuarzosa y otras pura y formando entonces capas con la precedente. Se observa en este depósito de aluvion guijarros engastados en pórfido, cuarzo, basalto y trapp, diseminados en un detritus formado con estos mismos elementos de construcción y de grandes peñascos que casi siempre son enormes, depositados en la arcilla y arena, ó mezclados con guijarros.

"De este depósito de aluvion se sacan los huesos fósiles del mastodonte. Han creído los habitantes que los restos muy grandes que se encuentran, pertenecían á razas de pedazos del fémur y tibia bastante conservados. Los huesos que sacamos se convertían en polvo blanco ó en esquirlas tan luego como se exponían al aire y era imposible averiguar la especie á que pertenecían.

"Los huesos se encuentran en tres estados: Primero, como calcinados y deshaciéndose en polvo de un blanco de leche, parecido á la harina; segundo, comenzando á silicificarse, fracturados y hendidos, así como el agua cuando se congela hiende los vasos en que está contenida, el canal medular está obstruido con arena silizosa y con fragmentos de piedras, y los huesos son pardos y bastante sólidos y pesados; pero es raro encontrarlos así, y en tercer estado, que es el menos común, están intactos, solamente un poco parduscos, más ligeros que los huesos silicificados, y sólidos y lustrosos. Las muelas se sacan bien conservadas. Los huesos que más abundan son fragmentos del fémur, tibia, costillas, radio, peroné y omóplato.

"Junto con estos huesos se encuentra una porción de pedazos de troncos de árboles dicotyledóneos con ramas y raíces. Parece que algunos pertenecen á la clase de miniosas ó á otras leguminosas. Se hallan frecuentemente en estado de gilotitha, habiendo desaparecido las fibras. A veces son estos fragmentos blancos, compactos y se deshacen en polvo, y otros están bastante duros, comenzando á salicificarse, y cubiertos siempre de una caliza pulverulenta, que mancha de blanco los dedos.

"Los restos vegetales están diseminados en multitud de fragmentos en la arena compuesta de siliza y arcilla, en la arena gruesa ó junto con los huesos. De unas pequeñas barrancas situadas al N. del pueblo de Santa Cruz, se encuentran troncos enteros con raíces, plantadas perpendicularmente en las capas de aluvión, como si allí

mismo hubiera nacido y cesado de vegetar. Es probable que exista en la arena un principio silicificador que ataca aun en la actualidad las raíces de los árboles que nacen en aquellos parages. Hemos visto filamentos delgados de raíces de gramíneas, de *prosopis dulcis* y de *plumbago*, endurecidas y blanquizcas: las fibras de los árboles petrificados, conservan sus epidermis no petrificada.

"En las inmediaciones de la hacienda de La Labor, se encuentra mayor cantidad de huesos de mastodonte, en tan mal estado, que no hemos podido conocer la especie á que pertenecen. El dueño de la hacienda, D. Manuel Olazagarre (*), hombre instruido y de grandes conocimientos, tiene un pequeño hueso molar que sacó de allí. Antes de partir para Inglaterra depositó Mr. Ritchie en una casa de comercio, dos esqueletos de mastodonte, uno de la especie grande y el otro de la pequeña. Aunque no logramos verlos por la ausencia del dueño de ellos, proponemos que á la especie de que tantos restos hemos encontrado cerca de la mencionada hacienda, se le dé el nombre de *Mastodon chapelensis*, porque creemos que este animal vivió y murió en los parages en que ahora yacen sus despojos.

"Las lluvias y aguas de los torrentes escavan los terrenos, y lavan continuamente los restos de troncos de árboles que quedan al descubierto en la superficie de los campos, ó á gran distancia de los lugares en que nacieron. Los parajes en que se encuentran los restos animales y vegetales, no tienen más que ocho ó nueve metros de elevación sobre el nivel de las aguas de la laguna.

"La multitud de puntos en que se encuentran huesos de elefantes, mastodontes y tapires en este país (en los Departamentos de Jalisco, Guanajuato, México, Puebla, etc.), su posición en terrenos de acarreo de agua dulce cercanos por lo común á algún lago grande, nos hace creer que estos animales perecieron en una grande invasión repentina de las aguas, y en efecto, todo el contorno del valle de México y las montañas de Pachuca, cubiertas á más de la mitad de su altura, esto es, á 515 metros sobre la ciudad de México, de depósitos arcillosos análogos á los que forman las aguas de las lagunas de Texcoco, Chalco y San Cristóbal, los valles de Actopan, de Ixmiquilpan, las pendientes del puerto de Zimapan, todo el Bajío, las llanuras de León, Lagos y las de Guadalajara y aun de Tepic (á

(*) Hoy la hacienda pertenece á otro dueño que es el Sr. Fernández.

200 leguas al O. de México), presentan señales inequívocas de la antigua ocupación de las aguas, pues lo son las eflorescencias salinas de las llanuras y aun de la ciudad de Guadalajara, del Bajío, del valle de Santiago, llanos de México (Ixtapalapan, Texcoco, villa de Guadalupe, etc.) y la superficie igual, los depósitos de acarreo que forman el suelo de los valles. La multitud de lagos que ocupan todavía una parte de estas llanuras inmensas, situadas desde una rama de la cordillera á otra, son pruebas de la antigua existencia de las aguas. Las erupciones y emisiones de lavas ahondaron grandes valles formando receptáculos donde se acumularon las aguas que después se han alejado por causas análogas y por la destrucción de los diques naturales."

JUAN DE DIOS PEZA.

(*Continuará*).

FRAGMENTO.

(VICTOR HUGO.)

Espada y no puñal. Campo sin meta,
alta la frente, pecho contra pecho,
él campeón del infierno, y tú, poeta,
soldado del derecho,
así combatir debes. No en tinieblas
sino á la luz del sol. Si la victoria
el resplandor te niega de la gloria,
y sucumbes, leal y caballero,
libre de todo proceder villano,
al descender al ataúd severo
Bayardo y Cid te estrecharán la mano.

RICARDO PALMA.

EL CIELO EN LA TIERRA.

(CUADROS REALISTAS.)

I.

EN EL CLAUSTRO.

Luz!.... más luz!....

GOETHE.

Busqué paz y virtud, y me enseñaron
Austero claustro y soledad sombría,
Y como tumba impenetrable y fría
Los muros ante mí se levantaron.

Del órgano las voces resonaron
En la nave y la oscura galería,
Y, llena de dolor el alma mía,
De mis ojos las lágrimas rodaron.

No es ésta—dije—la virtud que ansío:
La virtud es alegre, sin recelo,
Y aquí se siente desencanto y frío.

¡Dadme risas de niño, amor sin celo,
Alma que cante libre en su albedrío
Y formaré dentro mi hogar un cielo!

II.

EN EL HOGAR

Post nubila Phœbus!....

Un pájaro cantor en la ventana,
La copia de una virgen de Murillo,
Una Ofelia gentil, un falderillo,
Y entretenida en su labor la anciana.

El aire que de aromas se engalana
Trascendiendo á violeta y á tomillo,
Y alumbrando este cuadro tan sencillo
El alegre esplendor de la mañana.

¡Quién no envidia esta cándida alegría!
Ah! Si la dicha que ese hogar encierra
Gozar pudiera en venturoso día,

Libre de duelos y mundana guerra,
La dicha de ese hogar no cambiaría
Por todos los tesoros de la tierra!

MANUEL E. RINCÓN.

A....

Horas tuve bien contrarias;
mas, del alma por consuelo,
como el iris en el cielo
brotaron mis *Pasionarias*.
Niña gentil, á tí van;
y ojalá en mis pobres flores
halles perfume y colores
que ahuyenten de tí el afán!

RICARDO PALMA.

La interpretación simbólica del "Quijote."

(CONTINÚA.)

El error de la opinión que examinamos consiste, por tanto, como el de la anteriormente analizada, en no ver las dos fases del problema. Tienen razón, en efecto, los que afirman que hay en el *Quijote* algo más que una sátira literaria; pero no la tienen al desconocer que la forma y la base de la concepción profunda que en él hallan, son precisamente esa misma sátira, y que Cervantes no se propuso otra cosa que ella. Como sucede siempre, las dos opiniones opuestas tienen razón en lo que afirman, y no en lo que niegan: ¡tan cierto es que exclusivismo y error son términos sinónimos!

Esta opinión ha engendrado otra raza de cervantistas. Caracterízalos no sólo el exagerado afán de rebuscar símbolos en el *Quijote*, sino un idolátrico culto hacia su autor, que produce los mayores delirios. Este culto es lógico en el fondo. Si Cervantes concibió madura y reflexivamente un poema tan trascendental como el que descubre en su libro la crítica moderna, Cervantes era no sólo el mayor filósofo, sino el sabio más grande de su siglo, y su *Quijote*, debe ser una especie de enciclopedia de todos los conocimientos humanos, una segunda *Biblia* de la humanidad. De aquí esos estudios sobre Cervantes considerado como filósofo, teólogo, político, economista, militar, marino, médico, geógrafo, cocinero, y no sabemos cuántas cosas más; estudios que, sin contribuir en nada á la gloria de Cervantes, ponen en ridículo á sus autores y convierten el respetuoso culto que, no sólo todo español, sino todo amante de

lo bello, debe al inmortal manco de Lepanto, en ridícula idolatría, sólo tolerable en un manicomio.

Pero dejemos este punto, y una vez asentado que hay en el *Quijote* un sentido literal y estricto—un *Quijote* histórico—y un sentido oculto, fecundo y elevado—un *Quijote* eterno—el primero deliberadamente concebido por su autor, el segundo inconscientemente producido; y admitida además la teoría de que el *Quijote* representa la oposición dramática entre lo ideal y lo real, pasemos á considerar de qué manera se produjo este sentido simbólico en la obra de Cervantes, sin pensarlo ni quererlo éste, y cómo y bajo qué concepto debe admitirse esta teoría hoy corriente, pero no formulada, por lo general, con entera precisión, sino en términos por extremo vagos.

III.

Cuestiones tan importantes como difíciles se ofrecen ahora á nuestra consideración, á saber: cómo y por qué se determinó Cervantes á escribir el *Quijote;* cómo, proponiéndose solamente ridiculizar la literatura caballeresca y con ella el ideal que la inspiraba, llegó, sin quererlo ni saberlo, á plantear un profundo y trascendental problema: la oposición entre lo ideal y lo real; y en qué sentido debe entenderse esta oposición para que la crítica no incurra en gravísimos errores. La resolución de estas cuestiones es la base necesaria de todo comentario del *Quijote.*

Determinar con entera seguridad qué serie de causas condujo á Cervantes á concebir su obra, es empresa punto menos que imposible. La gestación de las grandes producciones del ingenio humano no es menos misteriosa que la de los seres orgánicos, pues los orígenes de las cosas son tan inciertos y oscuros en el mundo del espíritu como en el de la materia.

No han faltado escritores que han creído ver algo de biografía en el *Quijote,* y hasta han llegado á sospechar que Cervantes se retrató en su personaje; y efectivamente la vida aventurera del cautivo de Argel pudiera dar cierto valor á esta hipótesis, pero sin el carácter absoluto que le dan sus comentadores.

Entendiendo esta opinión en el sentido de que en sus primeros años hubo en Cervantes ciertas ilusiones y ciertos instintos aventu-

reros que le empeñaron en empresas superiores á sus fuerzas, y que más tarde, aleccionado por la experiencia, hubo de reconocer todo lo que hay de engañoso en los sueños que la mente acaricia en ocasiones, no hay inconveniente en admitir ciertas semejanzas entre Cervantes y su héroe. Pero suponer que el *Quijote* es una protesta amarga del idealismo, y que su protagonista es una figura trágica en la intención del autor, es desconocer el carácter de Cervantes.

Si Cervantes hubiera querido retratar en su obra la trágica historia del ideal estrellándose en los escollos de la realidad, semejante idea hubiese aparecido á su espíritu revestida de colores tan tristes, que antes le inspirara amargas quejas que burlona risa. Cuando el hombre, en lucha con la realidad, ve convertidas en humo sus ilusiones y en polvo sus esperanzas, exhálase de sus labios triste lamento, negación escéptica ó satánica blasfemia, más no regocijada carcajada. Compárase entonces con Prometeo encadenado, con Job abatido y doliente, ó con Fausto sumido en negro y desconsolador escepticismo, pero no se le ocurre trazar su propia caricatura, imaginando el D. Quijote. Si Cervantes hubiera sentido esa terrible decepción, y en vista de ella, y para pintarla, concibiera su obra, habría creado algo parecido al *Fausto* de Gothe, al *Manfredo* de Byron; habría exhalado su desesperación en lamentos de titán como Leopardi, pero jamás se le ocurriera ponerse en caricatura personificándose en D. Quijote. Imaginar lo contrario es desconocer por completo las condiciones del espíritu humano, dispuesto en circunstancias dadas á condenar, en nombre de su personalidad, la realidad exterior que le abruma, pero no á mofarse despiadadamente de sí mismo; porque el verdadero idealista no se corrige por el desengaño, ni achaca su desgracia á sus propios errores, sino á las fatalidades exteriores que se oponen á la realización de sus intentos.

Por consiguiente, si Cervantes fué alguna vez idealista, de fijo no lo era cuando concibió el *Quijote*: antes, aleccionado por la experiencia, parecíanle ridículas las ilusiones vanas que engañan y extravían á los hombres. Había en su carácter un fondo ingénito de discreción y buen sentido que debía apartarle de tales delirios, y si la estrechez de su fortuna, el natural desasociego de los juveniles años, los arranques temerarios propios de un espíritu valeroso y despreocupado, pudieron empeñarle en arriesgadas empresas y darle cierto carácter aventurero que en su edad primera le hace un tanto

parecido á su héroe, pronto su natural discreción hubo de apartarle de tales caminos, mostrándole todo lo que hay de ridículo en esos idealismos temerarios. Su misma vida agitada debió proporcionarle gran conocimiento y práctica del mundo, haciéndole recorrer todo linaje de posiciones y codearse con toda especie de gentes. La necesidad le obligó á ser poco escrupuloso en buscar relaciones y modo de vivir, y su trato frecuente con clases sociales, que de todo suelen tener menos de idealistas, no era muy á propósito para alimentar en su alma instintos quijotescos. El hábil pintor de las costumbres de rufianes, daifas, galeotes y demás cofrades de la Germanía y devotos de la penchicarda, el autor regocijado de *El coloquio de los perros*, *La tía fingida* y *Rinconete y Cortadillo*, si algo tuvo de Quijote en su juventud, llegado á la edad madura tenía más puntos de contacto con Sancho Panza, con Ginés de Pasamonte y con el bachiller Sansón Carrasco, que con el hidalgo de la Mancha. Si alguna vez fué idealista, pronto se arrepintió de ello; conoció el error que el idealismo entrañaba, y supo mofarse de sus extravíos. No hay, pues, razón suficiente para pensar que en el fondo de la novela cervántica alienta esa amargura, idealista y escéptica á la vez, que caracteriza á los poetas del siglo XIX.

No era posible tampoco que tal estado psicológico se produjera en un escritor de aquella época, porque no bastan á engendrarlo las desgracias y decepciones individuales, si á ellas no se agregan causas análogas de carácter general. El poeta del siglo XIX, al lamentar su propia desdicha, ve reflejada en ella la desdicha universal de estos tiempos, y por eso su queja reviste un carácter de generalidad y su escepticismo abarca cuanto existe. En la época de Cervantes el poeta se limitaba á cantar su desgracia individual, á maldecir el hecho concreto que la ocasionaba, mas no se elevaba á una concepción general escéptica. Por eso es imposible que Cervantes soñara siquiera en plantear en toda su extensión el conflicto de lo ideal y lo real, tal como hoy se entiende; limitábase á mofarse de un ideal dado y á presentar la realidad en oposición con él, pero no llegaba á suponer que fuese universal tal oposición; veía el fenómeno, pero no lo generalizaba ni lo convertía en ley. Por eso también, para adivinar en su obra el sentido simbólico que se le atribuye, ha sido preciso que llegue una época en que no exista un ideal aceptado por todos los hombres, en que la duda y la desesperación atormenten

las conciencias, en que el idealismo y el positivismo traben reñida batalla en todas las esferas de la vida. Esta época ha visto en el *Quijote* lo que ella lleva dentro de sí misma, y no ha tenido en cuenta que lo que cree descubrir en la inmortal novela no podía ocurrírsele á nadie en los tiempos de Cervantes, y mucho menos en España, donde reinaba un solo ideal en lo religioso, en lo político y en lo doméstico; ideal representado en estos tres grandes sentimientos, inspiradores constantes del arte de aquella época: la fé católica, la fé monárquica, el honor castellano. Eso cantaban todos los poetas; eso aceptaban todos como ideal y realidad juntamente; y á ninguno se le ocurría poner en pugna la realidad con la idea, salvo en casos determinados y concretos. ¿Cómo era posible, por tanto, que Cervantes viese y sintiese lo que no veían ni setían sus contemporáneos?

¿Quiere decir esto que nada de subjetivo hay en el *Quijote*? De ningún modo. La personalidad de Cervantes aparece en él á cada paso, y á cada paso también se hallan alusiones á sucesos de su vida y á personajes que en ella intervinieron, y máximas, reflexiones y sentencias que revelan los estados de ánimo y las opiniones del autor. Adviértese en todo ello, no sólo gran sentido práctico y profundo conocimiento de la vida, sino á veces cierta amargura y descontento, cierto espíritu un tanto fiero y orgulloso y algo rebelde perfectamente explicables por la posición social y las desdichas de Cervantes. Puede también admitirse, en los límites y con reservas que hemos expuesto, cierta analogía entre D. Quijote y Cervantes en sus primeros años cierta experiencia personal trasparentada en la obra: pero esta intervención del elemento personal, que en ninguna producción artística falta, por objetiva que sea, no autoriza para convertir en autobiografía la historia del *Ingenioso Hidalgo*: aparte de que contra ésta, como contra las demás hipótesis análogas, son el mejor y más auténtico testimonio las explícitas declaraciones de Cervantes.

Lo cierto y positivo es que Cervantes profesaba profunda aversión á la literatura caballeresca, y que la idea de ridiculizarla en su Quijote le ocurrió, según él declara, en una cárcel, sea ésta la de Sevilla ó la de Argamacilla de Alba. Estos son los hechos positivos; veamos qué datos pueden suministrarnos para la resolución del problema que nos ocupa.

Y, ante todo, ¿por qué profesaba Cervantes tal aborrecimiento á los libros de caballerías? ¿Movíanle á ello solamente consideraciones y motivos de carácter literario ó de mayor alcance y trascendencia? ¿Eran objeto de su odio los libros de caballerías solamente, ó también el ideal que en ellos se retrataba? Hé aquí las primeras cuestiones que deben discutirse para entender cómo concibió Cervantes la idea de su obra.

Al sano criterio y al buen gusto literario de Cervantes, cuyas tendencias al realismo en el arte no pueden ponerse en duda, repugnaban grandemente los desatinos de los libros de caballerías, producto de una fantasía desarreglada y de un extraviado idealismo; pero no menos debía disgustarle el ideal que en ellos se reflejaba, y que pugnaba de todo en todo con la organización social y política de la Edad Moderna, con las ideas y sentimientos engendrados por el Renacimiento y con la realidad de la vida.

Aquel concepto del amor, tan duramente ridiculizado en el *Quijote*, no podía avenirse con la rehabilitación de la naturaleza, llevada á cabo por el Renacimiento; aquella justicia confiada al valor individual no se concertaba con la organización del Estado, según la comprendían los políticos y jurisconsultos, inspirados en el sentido centralista, socialista y autoritario del Derecho romano; aquellas justas y torneos, verdaderos certámenes de la barbarie bajo apariencias de bizarra gentileza, no cuadraban á una sociedad en que cobraban mayor crédito cada día las manifestaciones elevadas y los cultos espectáculos del arte bello; aquel predominio de la nobleza feudal no se compaginaba con la marcha iniciada por la sociedad moderna, que caminaba en pos de la igualdad bajo los auspicios de la monarquía, y que comenzaba á introducir la influencia del estado llano, mediante el desarrollo de la jurisprudencia, el enaltecimiento de las ciencias y las artes y la rehabilitación de la industria y el comercio.

Cervantes, más inspirado en el Renacimiento que en la Edad Media, plebeyo por rigores de la fortuna, aunque de origen hidalgo, conocedor de la realidad de la vida y de las necesidades del pueblo, no podía mirar con buenos ojos una literatura que era la negación del arte, tal como él lo comprendía, y un ideal de vida que era opuesto á la existencia de la sociedad, tal como él la concebía y sustentaba. Era, pues, lógico que su buen sentido se rebelase contra

un ideal absurdo, anacrónico y peligroso, y contra una literatura desatinada y ridícula.

Un escritor contemporáneo, el Sr. Tubino, ha dado á entender en su discreto libro *Cervantes y el Quijote*, que la oposición entre la nobleza y la burguesía ofrece alguna semejanza con la oposición entre D. Quijote y Sancho; observación que no deja de revelar ingenio, ni carece por completo de verdad. Pero ¿puede inferirse de aquí que Cervantes tuvo como una anticipación del espíritu democrático moderno y que en D. Quijote intentó ridiculizar á la nobleza? A nuestro juicio esta opinión no puede sostenerse. Sin duda que, al condenar con tanto rigor el ideal caballeresco, dirigía Cervantes violenta censura á la aristocracia nobiliaria, creadora y mantenedora de ese ideal, y representaba la protesta del buen sentido del estado llano contra las idealidades aristocráticas. Pero si se admite que en D. Quijote retrató la nobleza, fuerza es admitir también que en Sancho retrató la burguesía, y de mano maestra por cierto, pues el escudero manchego con su menguado positivismo, su ambición desapoderada, su aversión á todo ideal, y su socarrona malicia, es fidelísima fotografía de la clase que, merced al sacudimiento de 1789, ha arrojado del pedestal al andante caballero para reemplazarle con el sensual y egoísta gobernador de la Barataria. Resultaría, pues, en caso de admitir la hipótesis, que Cervantes puso en ridículo igualmente la nobleza y la burguesía, con lo cual no cabría atribuirle el supuesto papel de representante de las protestas y aspiraciones de la segunda y precusor de la democracia. Aparte de esto, diera en tal caso muestra sobrada de ingratitud el escritor que, viviendo de las pensiones que le otorgaban el Arzobispo de Toledo y el Conde de Lemos, recompensara con una violenta diatriba la generosa conducta de sus protectores y llevara la falsía y el sarcasmo al extremo de poner sus obras bajo el amparo de los mismos que en ellas se veían clavados en la picota del ridículo. No negaremos nosotros que lo dicho por el Sr. Tubino resulte efectuado en la obra, que no es realmente en sus conclusiones muy favorable á las ideas, sentimientos y manera de vivir de las altas clases, pero no admitimos que tal fuera el intento de Cervantes. Esta oposición entre la nobleza y la burguesía, como la que forma la base de su libro, no fueron en él deliberado propósito, sino producto inconsciente de su genio.

MANUEL DE LA REVILLA.

ILUSIONES Y NUBES.

I.

—Madre, en su tierno canto, dulcemente,
un ruiseñor decía,
esas hermosas nubes
que cruzan el espacio trasparente
y parecen bandadas de querubes,
¿qué son? ¿por qué mi canto
es más dulce al mirarlas? Madre mía,
díme, díme, ¿por qué las quiero tanto?
—Hijo, exclamó en dulcísima armonía,
la madre cariñosa,
esos blancos celajes
son el canto primero de un poema
que es de la dicha fugitivo emblema,
son el preludio dulce y placentero
del tierno canto del amor primero.
—¡Ah! dijo el ruiseñor, ¡ah, madre mía!
se dice que el que ama vierte llanto,
y que deja á los seres más queridos
por seguir al amor de sus amores;
yo no quiero dejarte...... ¡te amo tanto!
—Lo dices hoy, pero tal vez muy pronto
sola me dejarás con mis dolores,
en nuestro pobre nido abandonada,
para seguir á las hermosas nubes
que parecen bandadas de querubes.
—¡Nunca te dejaré, madre adorada!

II.

Pero, al cabo de un mes,-¡Ah! madre mía,
no puedo más! el ruiseñor decía.
Yo necesito al sér que me enamora
porque lejos de él morir me siento.
Cuando llega la aurora
y contemplo las nubes
en el ancho y cerúleo firmamento,
me asaltan mil dolores inclementes
al ver que éllas no miran
cuánto las amo y ondulantes giran
y vuelan y se van indiferentes.
—Vé, pues, de éllas en pos; yo te bendigo!
Vaya mi bendición siempre contigo!
Sus alas extendió y en raudo vuelo
cruzó el inmenso espacio;
llegar quería hasta el azul del cielo
y tocar los celajes de topacio.
Y volaba y volaba
con vuelo sin igual, vertiginoso;
en su redor el viento vagaroso
cantos arrulladores murmuraba;
del mundo, que á su vista se perdía
como azulada sombra,
sólo guardaba en su amoroso empeño
un recuerdo querido
como el recuerdo mágico de un sueño.

III.

—¡Ay! al volver el ruiseñor, llorando,
¡nada pude encontrar! exclamó triste:
esa nube que miro allí flotando,
madre, tan sólo en mi pupila existe!
De lejos la veía
allá en el fondo del cerúleo cielo;
pero era en vano que avivara el vuelo:

al acercarme más, desparecía!
Mírala, madre, aún, cómo se mece,
de la brisa en las alas;
pero si alguien se acerca, desparece,
y se pierden sus galas!
¿Cómo dar vida á ese fantasma errante?
¿Cómo tornar real al sér que quiero?
Es mentira esa nube fulgurante,
pero, ay triste! ¡mi amor es verdadero!
¡Y también mi dolor!......Es preferible
la muerte á esta amargura que me agita;
que si mis sueños son un imposible,
mi corazón sus sueños necesita!
—Infeliz! En tu vida muchas veces,
la madre contestó, verás cuál pasan
las bellas ilusiones;
el cáliz del dolor hasta las heces
apurarás en negras decepciones;
que son las ilusiones, hijo mío,
nubes, nieblas, fantasmas, desvarío!

Manuel Puga y Acal.

EN UN CROMO.

Niña de la blanca enagua
Que miras correr el agua
Y deshojas una flor,
Más rápido que las ondas,
Niña de las trenzas blondas,
Pasa cantando el amor!

Ya me dirás, si eres franca,
Niña de la enagua blanca:
—¡Qué pronto pasa el amor!—
Mas yo haré que te convenzas,
Niña de las rubias trenzas,
De que olvidar es mejor.

Manuel Gutiérrez Nájera.

ORIGEN DE "FANTINA." (1)

1841.

Víctor Hugo fué nombrado académico un martes. Dos días después, Mad de Girardin, que vivía entonces en la calle Laffitte, lo invitó á comer. En esta comida estaba Bugeaud, que acababa de ser nombrado Gobernador General de Argelia y que iba á partir para ocupar su puesto. Bugeaud era entonces un hombre de 65 años, vigoroso, de faz colorada y marcada de viruelas. Tenía cierta brusquedad que no llegaba jamás á grosería. Era una mezcla de paisano y hombre de mundo, con aspecto de medalla antigua; no tenía la brusquedad del militar y era espiritual y galante.

Mad de Girardin puso al General á su derecha y á Víctor Hugo á su izquierda. Entablóse la conversación entre el poeta y el soldado; Mad de Girardin, entre ambos, desempeñaba funciones que podrían llamarse de intérprete. El General estaba indignado contra Argelia. Pretendía que la conquista de este país impedía á Francia hablar en voz alta á la Europa; añadía que, por otra parte, nada era más facil que conquistar á Argelia; que allí era muy facil bloquear las tropas; que se les aprisionaría como á ratas y que los franceses devorarían á los argelinos de un solo bocado; que, además, era casi imposible colonizar aquel país; que la tierra era casi infecunda; que él mismo había inspeccionado los terrenos y que se había convencido de que era preciso dejar una distancia de pié y medio entre planta y planta de trigo.

(1)—Del último libro póstumo de Víctor Hugo, titulado:—"Choses vues"—París.—Charpentier et., Cie Editeurs.—1888.—

—¡Cómo!—dijo Víctor Hugo,—en eso se ha trasformado lo que se llamaba el granero de los romanos! Pero, aunque fuera cierto lo que decís, yo creo que nuestra nueva conquista es una cosa bella y grande. Es la civilización que va hacia la barbarie, para destruirla. Somos un pueblo ilustrado que lleva la luz á un pueblo que vive en la sombra. Somos los griegos del mundo y á nosotros toca iluminar al mundo. Si llenamos nuestra misión, yo debo cantar un hosanna. Vos pensáis de distinta manera que yo: esto es natural. Habláis como soldado, como hombre de acción; yo hablo como filósofo y como pensador.

Victor Hugo salió temprano de la casa de Mad. de Girardin. Era el 9 de Enero. Nevava á grandes copos. Llevaba él zapatos de suela delgada y, cuando se encontró en la calle, comprendió que le era imposible ir así hasta su casa. Bajó la calle Taitbout, recordando que había un sitio de coches en el Boulevard, en el ángulo de dicha calle. No había ninguno. Esperó. Estaba así de plantón, cuando vió que un joven, bien vestido y mejor abrigado, se inclinó, recogió un puñado de nieve y lo arrojó contra la espalda de una mujer pública que estaba en el ángulo del Boulevard y llevaba corpiño escotado. La mujer lanzó un grito penetrante, se echó sobre el *fashionable* y le pegó. El joven volvió golpe por golpe; la mujer siguió atacando y la lucha fuése enardeciendo tanto y tan bien que los agentes de policía acudieron. Asieron á la mujer y no tocaron al hombre. Viendo que los policías ponían la mano sobre élla, la infeliz se debatió. Pero, cuando se sintió bien sujeta, dió muestras del dolor más profundo. En tanto que dos agentes de policía la hacían marchar por fuerza, asiendóla cada uno por un brazo, ella exclamaba:

—Yo no he hecho mal á nadie, os lo aseguro; el señor es quien me lo ha hecho á mí. No soy culpable; dejadme, os lo suplico.

Los agentes de policía le decían, sin escucharla:

—Vamos, marcha, ya tienes seguros seis meses de prisión.

La pobre mujer al oir estas palabras, tornaba á justificarse y repetía sus quejas y sus súplicas. Los agentes de policía, sin conmoverse con sus lágrimas, la arrastraron á la comisaría de la calle Chauchat, que está detrás de la Opera.

Víctor Hugo, que se interesaba á pesar suyo por esta infeliz, la siguió, perdido entre la multitud que se forma siempre en casos semejantes.

Al llegar á la comisaría, Víctor Hugo tuvo la idea de entrar, para interceder por la mujer. Pero se dijo que era muy conocido, que precisamente los periódicos estaban llenos de su nombre desde hacía dos días, y que mezclarse en aquel asunto era ponerse de blanco á toda especie de bromas y calumnias. En fin, no entró.

La sala en donde habían depositado á la mujer tenía una ventatana que daba hacia la calle, y Víctor Hugo, á través de las vidrieras, vió lo que pasaba dentro. Vió á la pobre mujer arrastrarse de desesperación por el suelo, arrancarse los cabellos. Sintió profunda compasión, se puso á reflexionar y el resultado de sus reflexiones fué que entrara.

Cuando puso el pié en la sala de la comisaría, un hombre que escribía sobre una mesa alumbrada por un velón, se volvió hacia él y con voz breve le dijo:

—¿Qué quiere vd.?

—Señor, yo he sido testigo de lo que acaba de pasar; vengo á decir lo que he visto y hablar en favor de esta mujer.

Al oir estas palabras, la mujer vió á Víctor Hugo, muda de sorpresa y como aturdida.

—Caballero, dijo el comisario, vuestra declaración, más ó menos interesante, no tendrá valor ninguno: esta mujer es culpable de vías de hecho en un lugar público; ha golpeado á un caballero; la ley la condena á seis meses de prisión.

La mujer volvió á sollozar, á gritar, á torcerse los brazos. Otras mujeres de su misma clase, que habían venido á acompañarla le decían:

—Iremos á verte; cálmate. Te llevaremos ropa limpia; toma esto entre tanto. Y le daban dinero y golosinas.

—Señor, dijo Víctor Hugo, cuando sepáis quien soy, cambiaréis acaso de tono y me escucharéis.

—¿Quién sois, pues, caballero?

Víctor Hugo no vió razón para no decir su nombre. Lo dijo. El comisario de policía se volvió todo excusas y se hizo de pronto tan político y tan deferente, cuanto había sido arrogante; le ofreció una silla y le suplicó se tomara la molestia de sentarse.

Víctor Hugo le contó lo que había visto, con sus ojos visto; es decir, que un individuo había recojido un gran puñado de nieve y lo había arrojado contra la espalda de aquella mujer; que ésta, que

ni siquiera había visto al individuo, había lanzado un grito que acusaba un vivo dolor; que, en efecto, ella se había arrojado sobre el individuo, pero que estaba en su derecho para hacerlo; porque, además de la grosería del hecho, el frío violento y súbito causado por la nieve, podía y debía haberle hecho gran mal; que lejos de quitar á esta mujer, que acaso tenía una madre ó un hijo, el pan ganado tan miserablemente, debía castigarse, haciendo pagar daños y perjuicios, al hombre culpable de tan cruel agresión; en fin, que el hombre y no la mujer debía ser el detenido.

Mientras Víctor Hugo, hablaba así, la mujer, cuya sorpresa aumentaba, estaba radiante de alegría y de enternecimiento.

—Cuán bueno es este caballero! Dios mío, cuán bueno es! Y es el caso que yo ni siquiera lo he visio nunca!

El comisario de policía dijo á Victor Hugo:

—Creo todo lo que decís, caballero; pero los agentes de policía han hecho su declaración, y un proceso verbal ha comenzado. Vuestra declaración entrará en ese proceso verbal, estad seguro de ello. Pero es necesario que la justicia siga su curso, y yo no puedo poner en libertad á esta mujer.

—¡Cómo! señor, después de lo que yo acabo de deciros y que es la verdad, verdad de la cual no dudáis, vais á retener á esta infeliz? Pero si esta justicia es una horrible injusticia!

—Solamente en un caso, caballero, podría yo obrar de otra manera. Firmad vuestra declaración ¿Lo queréis?

—Si la libertad de esta mujer depende de mi firma, héla aquí.

Y Victor Hugo firmó.

La mujer no cesaba de decir:—Dios mío! cuán bueno es este caballero! cuán bueno es!

Estas infelices mujeres, no sólo se admiran y agradecen cuando se es compasivo hacia éllas; se admiran y agradecen también cuando se les hace justicia!

TRAD. POR MANUEL PUGA Y ACAL.

DE PROFUNDIS.

(FRAGMENTO DE UN POEMA)

Soy una ave caída en los inmundos
fangos del mal desde las altas frondas;
llevo en el alma abismos muy profundos
y tristezas muy hondas.
He bajado á las cimas y mansiones
oscuras del dolor; desde temprano
contemplé las terribles convulsiones
del sufrimiento humano.
Voy por la senda del pesar eterno,
sin amor, sin apoyo y sin auxilio;
no tengo como el Dante en este infierno
ni Beatriz, ni lauro, ni Virgilio!

⁂

Al llegar á los negros precipicios,
mis sueños se espantaron,
y, cual nocturnos pájaros, los vicios
en mi pálida frente aletearon.
Borré del pensamiento la confusa
idea de bondad que me aturdía,
y adorné los cabellos de mi musa
con las flores deshechas
y empapadas en vino de la orgía.

⁂

El culpable soy yo? Será el Acaso?......
Caminé hasta el dintel del Paraíso;
amé, creí, lloré, detuve el paso,
el sol de mi esperanza halló su Ocaso
y la noche se hizo!

*
* *

Y no estoy solo! Te amo, te deseo,
melancólica y dulce poesía:
claridad de mi espíritu, te veo:
y te puedo decir lo que decía
Julieta enamorada de Romeo:
"no te vayas, no es tiempo todavía!"

Luis G. Urbina.

EN EL BAILE Y EN EL TEMPLO.

En alegre festín, de dicha loca,
Anoche te miré; su gala fuiste;
¡Qué bella y qué gentil resplandeciste!
Un nido de sonrisas fué tu boca.

La frente hoy cubres con la negra toca,
El humilde percal tus formas viste;
Lívido el labio......la mirada triste
Ya no á los goces del amor provoca.

¿Por qué te miro así? ¿por qué hacia el templo,
Que es casa del Señor, hoy te encaminas
Semejante á figura de un retablo?

En vez de darnos de piedad ejemplo
Pruebas, niña, que das, ¿no lo imaginas?
Los huesos al Señor, la carne al diablo.

Francisco Sosa.

La interpretación simbólica del "Quijote."

(CONTINÚA.)

Como, según declaración de Cervantes, el *Quijote* fué engendrado en una cárcel, no ha faltado quien, dando por supuesto que ésta fuera la de Argamasilla de Alba, haya intentado probar que el móvil que impulsó á Cervantes á escribirlo fué el deseo de vengarse, ridiculizándolos, de algunos vecinos de esta población y del Toboso que se suponen retratados en varios personajes de la obra. Contra esta explicación hay graves dificultades. En primer lugar, no existen otras pruebas auténticas y categóricas de la prisión de Cervantes en Argamasilla, que una tradición divulgada en el mismo pueblo, que señala como cárcel del Manco de Lepanto la casa llamada de Medrano. Pero es sabido que fué coetáneo del autor del *Quijote* otro Miguel de Cervantes Saavedra, natural de Alcázar de San Juan, cuya persona bien puede haberse confundido no pocas veces con la del Cervantes de Alcalá. Algo, sin embargo, debe haber de fundado en estas tradiciones si se tiene en cuenta el escaso aprecio, por no decir mal disimulado resentimiento, con que habla Cervantes de Argamasilla, *de cuyo nombre no quiere acordarse*, y si se recuerdan las noticias dadas por el Sr. Hartzembusch acerca de cierto retablo de la parroquia de Argamasilla, en que se halla un retrato de un caballero que se asegura ser D. Rodrigo Pacheco, supuesto enemigo de Cervantes, y de quien se dice en la inscripción de dicho retablo que tenía *en el celebro una gran frialdad que se le cuajó dentro*, lo cual recuerda la causa á que atribuye Cervantes la locura de D. Quijote.

Pero aunque sea muy probable que Cervantes tuviera resentimientos con los vecinos de Argamasilla y acaso en la cárcel de este pueblo concibiera el pensamiento de su obra, nunca podría fundarse en estos datos la interpretación del *Quijote*, á que nos referimos. Explicación semejante peca de mezquina, empequeñece la obra y rebaja al autor. Las pequeñas causas no producen los grandes efectos; suelen, sí, ocasionarlos, pero ocasión y causa son cosas completamente distintas. El encarcelamiento de Cervantes pudo moverle á escribir un libro, porque el silencio y la soledad de la prisión eran condiciones favorables, ora para madurar y dar forma á un proyecto de antemano concebido, ora porque en las largas horas de meditación que le deparaba su encierro, surgiese en su mente la idea de la inmortal novela. El deseo de mortificar á los vecinos de Argamasilla y del Toboso pudo inducirle á colocar en la Mancha la acción de su obra, á hacer oriundo de aquella á los principales personajes, y aun á retratar en ellos, probablemente en su parte física, á alguno de los que más le hubieren molestado. Estos detalles y algunas alusiones pueden explicarse de este modo; pero de aquí á suponer que producción de tal altura sea producto de una mezquina venganza, que á nadie interesaba ni podía causar gran efecto, media un abismo que la sana crítica no puede salvar.

IV.

Desechadas las erróneas interpretaciones del *Quijote* que aun prevalecen; declarado lo que en algunas de ellas puede haber de exacto, y fijado el sentido en que pueden admitirse; asentado que el verdadero propósito de Cervantes fué ridiculizar los libros de caballerías, y, por ende, el ideal que en ellos se refleja; pero admitido también que en el fondo el *Quijote* representa en forma cómica la contraposición entre lo idel y lo real, importa averiguar, cómo, no entrando concepción semejante en los fines y propósitos de Cervantes, resultó efectuada, sin embargo, sin que éste ni sus contemporáneos é inmediatos sucesores tuvieran conocimiento de ella. El problema, difícil de resolver á primera vista, aparece claro y sencillo fijándose en el procedimiento que adoptó Cervantes para realizar su pensamiento.

No es cosa peregrina en la historia que los hombres de genio ha-

gan mucho más de lo que quisieron hacer. Una dirección determinada en el procedimiento á que se someten, un principio proclamado sin atender á sus consecuencias ó fijándose sólo en una de ellas, y otros detalles y circunstancias por el estilo, bastan á veces para que las generaciones posteriores descubran en las creaciones de los grandes hombres cosas que ellos no sospecharon siquiera, ó saquen de sus doctrinas consecuencias que ellos no adivinaron y que acaso les espantaran si pudieran vislumbrarlas. Esto es evidente en todas las esferas de la vida humana. Lutero se propuso restablecer la primitiva pureza del cristianismo y robustecer la fé cristiana, y en realidad resultó la semilla del racionalismo moderno y dió golpe mortal á la religión que se proponía enaltecer. Colón descubrió un mundo, creyendo que sólo descubría un camino fácil para las Indias orientales. Ariosto quizá creyó hacer un poema serio en su *Orlando furioso*, y la crítica moderna descubre en él una concepción burlesca. ¿Qué tiene de extraño que Cervantes, sin otro propósito que ridiculizar los libros de caballerías, haya trazado la trascendental y grandiosa concepción que hoy contemplamos en su obra?

En los forzados ocios de una prisión concibió Cervantes su producción inmortal. El fin que en ella se propuso fué ridiculizar la literatura y el ideal caballerescos; la forma que adoptó para llevarlo á cabo fué la novela, es decir, el género en que más sobresalía Admitido este medio de desarrollar su pensamiento, debiéronse ofrecer á su espíritu dos caminos para realizarlo: uno, seguido por otros escritores que ya habían ridiculizado la literatura caballeresca; otro, completamente nuevo. El primero, de que eran modelos los poemas burlescos de Berni, Bojardo, Pulci y Ariosto (si el de éste puede considerarse tal,) consistía en parodiar las leyendas caballerescas con tal exageración de colorido que provocara la risa y el escarnio, procedimiento característico de los llamados poemas héroicómicos, seguido también en cierto modo, pero con mayor bufonería, por Rabelais en su *Pantagruel*. El segundo, que fué el imaginado por Cervantes, consistía en pintar, dentro de las condiciones del arte más vigorosamente realista, la oposición entre el ideal caballeresco y la realidad de la vida, fingiendo un personaje que, tomando en serio los delirios de los libros de caballerías, se propusiera en pleno siglo XVI realizar por sí mismo, en su persona, y con la sola ayuda de sus fuerzas individuales, el ideal de la andante caballería.

Los obstáculos, las decepciones, las ridículas caídas á que había de dar lugar tan descabellado propósito, constituían la más acabada sátira de un ideal que al convertirse en hecho se trocaba en insensata locura y cuya abierta contradicción con la realidad aparecía patente. Este procedimiento, sin duda el más seguro para obtener el apetecido resultado, llevaba á Cervantes indefectiblemente, y sin que él lo sospechara, á plantear el problema que descubre en su libro la crítica moderna. Veamos cómo se verificó este singular fenómeno.

Para ridiculizar Cervantes el platonismo amoroso, tal cual lo concibieron los libros de caballerías, las cortes galantes de la Edad Media y los poetas de la escuela de Dante y Petrarca, supuso á su héro enamorado de una zafia y vulgar labradora, llamada por el hidalgo Dulcinea del Toboso. Para aumentar el efecto cómico por medio del contraste, en vez de pintar á D. Quijote joven gallardo y arrogante, retratóle viejo, flaco, macilento y débil; en lugar de ceñirle de lucientes armas, encajó su cuerpo en añeja armadura cubierta de orín, encerró su rostro en una celada de cartón y armó su brazo con un lanzón formado de la tosca rama de un árbol; y por último, lejos de hacerle cabalgar sobre arrogante corcel de batalla, dióle por montura un rocín cansado y matalón. Y como si esto no bastara, imaginó que el digno compañero de paladín semejante fuese un tosco villano, groseramente sensual y positivista, no exento de cierto sentido práctico y socarrona malicia, que, movido por la ambición, se prestase á seguirle en sus aventuras con ánimo de explotar en provecho propio la cándida condición de su amo. Acomodó á este rústico, como su condición lo exigía, en un humilde rucio, y de esta manera quedó completo el festivo consorcio de un loco soñador y un villano ignorante y malicioso, caminando juntos, aquél á desfacer agravios y enderezar entuertos, éste á conquistar el gobierno de la Insula Barataria, y montados, el idealista aventurero sobre *Rocinante*, símbolo de la impotencia, y el sensualista codicioso sobre el asno, símbolo de la grosería y la ignorancia.

Ahora bien: dados estos elementos, no es difícil prescindir de lo que hay de individual, local y concreto en la acción y en los personajes, y mediante una sencilla generalización, trocar la novela en una personificación de un problema universal humano. Varíese el objetivo de D. Quijote, despójesele de sus condiciones peculiares, y

será el tipo de todo idealista loco y soñador; hágase otro tanto con Sancho Panza, y será representación de todo positivismo egoísta y grosero; verifíquese igual operación con Dulcinea, y se trocará en símbolo de todo ideal absurdo, en vano perseguido; dése valor alegórico á los episodios de la novela, y se verá en ellos la imagen de los obstáculos que la realidad ofrece al que en desconocerla y atropellarla se empeña. El sentido simbólico del *Quijote* no es, por tanto, una ilusión de los comentadores, sino una consecuencia lógica de la forma en que está desarrollada su concepción.

Y hé aquí cómo, por un procedimiento tan lógico como sencillo, por obra simplemente de la manera de concebir la forma de su pensamiento, y por el deseo de buscar el contraste cómico, Cervantes, sin quererlo ni saberlo, creó dos acabados tipos del idealismo y del positivismo (entendidos como dirémos después), retrató en ellos una oposición eterna en la vida y en la historia, planteó un profundo y trascendental problema, y escribió un libro lleno de elevadas concepciones y altísimas enseñanzas, no siendo en realidad otro su propósito, como él mismo declara terminantemente, que el de escribir en forma de novela una punzante y regocijada sátira de los libros de caballerías, y del ideal que en ellos se refleja. No fué, pues, la grandeza del resultado obtenido producto del fin y propósito del autor, sino consecuencia fatal y necesaria del modo de desarrollar el pensamiento. Puede decirse, por tanto, que la forma creó el fondo en la novela de Cervantes.

Veamos ahora, una vez dilucidadas estas cuestiones, y prescindiendo en cuanto sea posible de la personalidad de Cervantes, ajena por la intención al resultado obtenido, bajo qué concepto el *Quijote* simboliza la lucha permanente é inacabable entre lo ideal y lo real, entre la teoría y la práctica, entre la idea y el hecho, pues de no aclarar esta fórmula y de hacer de plano y sin ulteriores explicaciones esta afirmación, pueden seguirse gravísimos errores.

V.

Decir sin ulterior explicación que el *Quijote* representa la oposición entre lo ideal y lo real, es cometer un error filosófico é inferir un ultraje, no sólo á Cervantes, sino á la humanidad. Con efecto, ora

representen D. Quijote el ideal y Sancho la realidad, ora ésta se halle representada, no por el segundo, sino por la acción entera de la obra, el resultado que arrojaría el estudio de la inmortal novela de Cervantes, una vez aceptada de plano y sin más explicaciones la teoría á que nos referimos, sería que el *Quijote* es una sangrienta sátira del ideal, una negación del progreso humano, una mofa de cuanto hay de bello, de noble, y de grande en la conciencia y en la vida. Sería en tal caso el *Quijote* una concepción escéptica y pesimista, pero no al modo de las que hallamos en los grandes monumentos de la poesía moderna, sino desarrollada bajo la forma más odiosa y menos bella que pueden revestir tales ideas, pues si es poético y conmovedor el pesimismo que gime y se retuerce en la desesperación y la amargura, es repugnante el que se complace en ridiculizar las más nobles y puras aspiraciones de los hombres. Aceptar, pues, esta teoría valdría tanto como atribuir á Cervantes una concepción antihumana y monstruosa, si no se suponía que produjo esta concepción inconscientemente, y juzgar á la humanidad lo bastante desprovista de sentido moral y aun de sentido común para aplaudir con entusiasmo y rendir respetuoso culto á un libro que, siendo bello en la forma, sería en el fondo la más impía y desoladora de todas las creaciones del ingenio humano.

En la lucha sostenida por D. Quijote contra la realidad, es vencido y sucumbe abrumado bajo el peso del ridículo. Si D. Quijote personifica el ideal, resulta, por tanto, no sólo que el ideal está condenado á permanecer eternamente en el estado de utopia, sino que al intentar encarnarse en el hecho ha de sucumbir siempre, siendo su derrota merecida y digna de aplauso, toda vez que el ideal se identifica con lo ridículo. En tal caso, la virtud, la abnegación, el heroísmo, la lucha por el bien, la aspiración á lo perfecto, el progreso mismo, serían objetos merecedores de burla y escarnio, y los héroes, los profetas, los apóstoles, los mártires deberían ser entregados á la mofa de las gentes y encerrados después en las casas de locos. Y entonces, sobre las ruinas de todas las ilusiones bellas, de todas las aspiraciones nobles, de todos los sacrificios sublimes, se alzaría la figura de Sancho Panza como único modelo digno de ser imitado por los hombres. Tal sería la enseñanza filosófica y moral de ese libro, sangriento escarnio de todo lo bello y todo lo grande, burla monstruosa digna de ser concebida por el espíritu del mal.

¡No! El *Quijote* no es ni puede ser eso. Si tal fuera, la humanidad hubiera arrojado lejos de sí, con horror y repugnancia, un libro que representaría lo que hay más odioso en el mundo: el escepticismo pesimista sazonado por el sarcasmo y realzado por el cinismo: el escepticismo horrible de Mefistófeles. Si eso fuera el *Quijote*, su autor merecería, no los aplausos de la posteridad, sino las maldiciones de la historia.

El *Quijote* no es eso. Es, por el contrario, concepción altísima bajo el punto de vista filosófico, fecunda en provechosas enseñanzas bajo el punto de vista práctico. Es un libro realista, debido á un espíritu en alto grado positivo, y producto de una discreción, una experiencia y un conocimiento de la realidad superiores á todo encomio. No es la obra de un soñador idealista, ni de un escéptico sarcástico, sino de un entendimiento agudo y penetrante, enemigo de exageraciones y que ve claramente el verdadero aspecto de las cosas. No es tampoco la creación consciente de un poeta filósofo que quiere elevarse á una concepción trascendental, como generalmente se piensa, sino el eco del buen sentido y de la experiencia, que ponen las cosas en su debido punto y advierten al hombre el camino que debe seguir en la vida para librarse de deplorables extravíos. Si hay allí alguna filosofía, no es otra que la del sentido común y la razón práctica.

Entre el ideal bien entendido y la realidad, la oposición existe, pero no es irreconciliable ni absoluta. El mal y el bien luchan en el mundo, sin que su pelea tenga término posible, porque el mal no es pasajero accidente ni mero producto de los errores humanos, sino algo que tiene su fundamento en la invariable organización del universo. Pero la ley de la evolución, que es asimismo ley de progreso, se cumple siempre, y merced, á ella, el bien gana terreno cada día, y el mal lo pierde, sin que por esto pueda creerse que la victoria del primero y la derrota del segundo llegarán jamás á ser definitivas. La disminución gradual é indefinida del mal, el crecimiento coetáneo del bien, son ley del mundo, y se realizarán constantemente, sin que nunca llegue á desaparecer el primero por completo.

El ideal, como tipo de perfección á que el hombre aspira, se realiza parcial y gradualmente, pero en su plenitud no se realizará jamás, porque el mal es esencial en el mundo, y el límite y la imper-

fección son inherentes á los seres finitos. Al hombre toca, por tanto, realizarlo gradual y progresivamente, sin llegar á la anhelada perfección, pero mejorando más cada día las condiciones de su vida.

Paso á paso, entre tropiezos y caídas, á costa de sangre y de lágrimas, el ideal se va realizando en la historia, y como su triunfo completo es imposible nunca desaparece la oposición entre él y la realidad, y por eso el deseo es infinito, la aspiración eterna y el dolor permanente. Esta oposición, que constituye nuestro tormento, es condición inexcusable de nuestra vida y aguijón constante de la actividad humana, siempre impulsada al movimiento por la conciencia del dolor presente y el deseo del bienestar futuro. A la larga, lo que hay de posible en el ideal que acariciamos se realiza al cabo, y su cumplimiento, en vez de satisfacernos por completo, es incentivo de nuevas aspiraciones y nuevos esfuerzos. Así, entre dolores y luchas, se desarrolla la trama de la historia, cumpliéndose siempre la ley del progreso, que si por ventura ostenta cierto carácter de libertad en sus caminos y procedimientos, es fatal y necesaria en su resultado final.

Esta oposición entre el ideal y la realidad es siempre dramática, y en ocasiones trágica, pero jamás puede ser cómica, con lo cual se confirman plenamente nuestras opiniones acerca del sentido del *Quijote*. Pero como el hombre no siempre entiende bien el ideal, ni sabe realizarlo de la manera debida, en estas malas inteligencias, en estas falsas posiciones del problema, puede surgir el contraste cómico, que no nace en tal caso de la oposición entre el ideal y la realidad, sino de la afirmación de un ideal falso, y á veces de la torpeza con que el hombre procede en la realización del verdadero.

MANUEL DE LA REVILLA.

(Continuará).

VISION.

Tendido en su lecho la ví estremecido;
Su sueño postrero por fín ya dormía;
Yo estaba abrumado, sintiendo en mi oído
Sonar de la muerte la extrña armonía.

Sentía el misterio de un mundo ignorado.
Qué lúgubres sones!—que ignotos acentos!
Crugió mi cerebro; miré deslumbrado
De pálidos cirios fulgores sangrientos.

Un humo, una nube, ¡quién sabe! algo oscuro,
Flotando en los aires, formó sombra densa;
Latía en el seno del cáos impuro
No sé yo qué vida fantástica inmensa.

En fondo de bromas los cirios brillaban
Cual astros siniestros de un cielo sombrío
Cruzando callados mil séres volaban;
Sentí de sus alas el lúgumbro frío.

Por fuerza secreta sentíme arrastrado
Flotando en las ondas de un piélago hirviente;
Tendí en torno mío la vista espantado
Y ví un mar de sombras, inmenso, rugiente.

Era un oceano; tenía oleadas;
Cual barca, sobre ellas, bogaba aquel lecho

Llevando á la muerta; sus manos cruzadas
Tenían el cristo unido á su pecho.

Rugió la tormenta; la sombra insondable
Vibró sacudida por viento iracundo;
Con lúgubre estruendo brilló formidable
Un lívido rayo, con luz de otro mundo.

Sentíme espirante; la tromba pasando
Consigo llevóme, rendido é inerte;
La sombra me ahogaba; sentí, respirando,
Llenarse mi pecho con auras de muerte.

Lancé un alarido, mi voz dolorida
De aullidos de fiera fué horrible remedo;
Sonando en la muerte la voz de la vida,
Llegó á mis oídos. De mí tuve miedo.

Y ví que millares de muertos despojos
Pasaban zumbando, con eco doliente;
Horribles cual nunca miraron los ojos,
Horribles cual nunca fingiera la mente.

Un velo pesado mi alma envolvía;
Un frío espantoso minaba mis huesos;
Los yertos fantasmas, con ruda alegría,
Helaban mi frente con hórridos besos......

De pronto un silencio solemne, profundo,
Reinó en ese cáos, confuso, flotante,
Creí, al ver la calma de aquel muerto mundo,
Volar en el centro de tumba gigante.

Después una dulce lejana armonía
Sonó como un himno de santo consuelo:
La luz de la altura bañó el alma mía,
Y allá en lontanza de pronto ví el cielo.

Los negros fantasmas sus trajes cambiaron

Por túnicas blancas, aéreas, lucientes,
Sus rostros ya hermosos de luz se inundaron,
Celestes diademas ciñeron sus frentes.

Cual grupo encantado de estrellas errantes.
Pasaban brillando las plácidas almas,
Volar las veía, felices, triunfantes,
Alzando á los cielos mil fúlgidas palmas.

Y entre ellas la muerte volaba gozosa
Envuelta en los pliegues de cándido velo,
Y en éxtasis blando me vió cariñosa,
Con dulce sonrisa mostrándome el cielo...

Y, súbito, un himno de amor y esperanza
Sonó con augusta celeste armonía;
De mundos perdidos allá en lontananza
Llegar á mi oído las notas sentía.

Llenaba el espacio con su himno sonoro
Del grande universo la voz sobrehumana.
Y ardiente, sublime, vibraba aquel coro,
Alzando á los cielos magnífico hosanna.

Y al son de esos santos cantares del cielo
Las almas radiosas á Dios se elevaban;
Yo ya no podía seguir aquel vuelo;
Los ecos del canto ya apenas vibraban.

Y todo aquel mundo luciente, armonioso,
Entró en las regiones de eterna belleza;
Y yo abandonado, quedé silencioso,
Llorando en la vida mi horrible tristeza.

Las cosas del mundo de nuevo mirando,
La eterna agonía lloré de mi suerte.
Ví en calma el cadáver. De envidia llorando.
Grité: "¡Dios piadoso! la muerte! la muerte!"

ANTONIO ZARAGOZA.

EL PRIMER AMOR.

(CONTINÚA.)

Apenas me había reinstalado en mi sitio, cuando observé que el blanco pañuelo de Lola se agitaba detrás de la reja. Comprendí que me llamaba, y me acerqué luego á la ventana con paso de héroe.

—¿A dónde se marchó U. hace poco?—me dijo después de cambiados los primeros saludos.

—Fuí á arreglar un negocio con Paco—repuse con grave y solemne misterio.

—¿Qué negocio?

—Uno de poca importancia.

—Estaba cuidadosa; temí que fuesen ustedes á reñir.

—¿Se afligía U. por él?

—No—replicó con viveza—¡qué me importa ese señor! Me afligía por U.

—Mil gracias; ¿de manera que le importo á U. un poco?

—U. bien lo conoce.

—No ciertamente, porque U. no me lo ha dicho. ¿Cuántos días hace que me tiene U. en cruel incertidumbre?

—Ya lo pensé y formé mi resolución.

—No tarde U. en comunicármela ¿cuál es?

—¿Es U. sincero conmigo? ¿de veras me quiere?

—Con todo mi corazón.

—No vaya U. á engañarme.

—Por lo más sagrado le protesto que soy sincero. Y U., Lola ¿me quiere?

Vaciló un momento, y luego con dulce acento díjome.

—Sí.

Esperaba aquel delicioso monosílabo; pero, con todo y aguardarle, produjome una emoción indecible. Parecíame que iba á darme un vértigo; el júbilo de mi corazón hizo correr mi sangae con vertiginosa violencia, y me aturdía el golpear de las sienes.

—Gracias, Lola—proseguí con voz entrecortada por la emoción—me hace U. el más feliz de los mortales.

Repuesto luego un tanto, y roto el hielo de la reserva, le referí puntualmente cuanto acababa de pasar. Oyóme con satisfacción, y al terminar mi relato, repuso:

—No vuelva U. á exponerse. No hay necesidad. Con no hacer caso de los que pasen es suficiente.

A esto siguieron muchas confidencias sobre las diversas peripecias de nuestros amores. Dióme la explicación de por qué una tarde en el paseo no había volteado á verme más que muy poco; fué porque su mamá la riñó antes de salir, y lloró mucho y tenía los ojos colorados *como una hechicera.* Yo tambien le referí que la causa de haber faltado otra vez á mis rondas vespertinas, había sido que mi padre me había retenido estudiando en su presencia. Supe por qué se había reído tanto un día; y por qué había estado el otro tan seria; y adquirí pleno conocimiento de las distribuciones de su casa en relación con nuestros dulces intereses. Púsome al tanto de la hora en que se levantaba su mamá, de aquella en que iba á misa, de la de su regreso, de la de su siesta, de la periodicidad y duración de sus acostumbradas visitas, y finalmente, de la hora en que se entregaban los moradores de su casa á las delicias del sueño.

Arreglamos, de acuerdo con tales noticias, nuestro plan de operaciones para lo futuro. Convenía ser cautos para que la Sra. D.ª Agustina no echara de ver lo que pasaba, y viviese confiada creyendo que mis pretensiones no pasaban de meramente teóricos y que mis enamoradas querellas no hallaban eco en el insensible corazón de su juiciosa hija.

Con esto nos despedimos bastante tarde, oprimiéndonos la mano y diciéndonos con infantil ingenuidad:

—La quiero mucho.

—Lo quiero mucho.

IV.

¡TRIUNFANTE!

A la mañana siguiente me levanté de madrugada, porque me sentía tan lleno de animación y de júbilo, que me era intolerable la inmovilidad de la cama. Salí de mi aposento y me interné en el jardín.

Comenzaba el sol á dorar las copas de los altos cedros, tiñéndolas con risueña y suave tinta; los botones principiaban á abrirse, desplegando poco á poco sus delicados y brillantes pétalos; las hojas ostentaban purísimas gotas de rocío, parecidos á diamantes de limpias aguas y brillantes fasetas. El musgo estaba húmedo y afelpado como mullido tapiz de regio alcázar; los surtidores hacían un murmulio constante, de notas frescas y regocijadas. Piaban las aves en las frondas llamándose con voces amorosas, y volaban de rama en rama, llenas de alborozo como si saludasen la llegada del nuevo día.

Alcé los ojos al cielo y le encontré diáfano y sereno como un inmenso zafir que ocultara la gloria de Dios. Rosadas tintas de la aurora que acababa de pasar persistían todavía acá y allá en el espacio, como girones de gasa abandonados en el cielo por una diosa en medio de su vuelo. Sentíase el ala fresca del céfiro resbalar por el espacio, meciendo suavemente las copas de los árboles, columpiando los arbustos, estremeciendo el follaje y llevando por doquier los rumores del paraíso que parecía guardar en sus pliegues trasparentes.

—Esta es la vida, me dije, la vida que se abre ante mí como una flor hermosa, de embriagadores perfumes. Todo sonrié en redor, la luz, las flores, los pájaros; diríase que la naturaleza entona el himno de amor que oigo preludiar en mi corazón.

Así caminaba por las calles de árboles, absorto en la contemplación de mis propios sentimientos y en la admiración del bello cuadro que me rodeaba. Parecíame que el aire me acariciaba al resbalar por mi frente radiante; era para mí como una ráfaga del cielo, escapada por la puerta misteriosa que se abría delante de mis pasos. Rompían las flores sus capullos para tributarme el homenaje debido

á mi dicha, y los pájaros me hacían confidencias desde sus nidos ú ocultos en lo más tupido del ramaje.

—Has encontrado la palabra misteriosa que encierra el secreto de lo creado,—decíame cuanto miraba—y el mundo, rendido á tu poder, do hoy más derramará luz á torrentes para deslumbrar tus pupilas, músicas regaladas para deleitar tu alma, perfumes orientales para embriagar tus sentidos y hacerlos caer en languideces dulcísimas. Amor, hé aquí la palabra arcana que encierra el secreto del universo. Todo cuanto ves en torno es amor: lo que ilumina, lo que perfuma, lo que canta.

Llevábame las manos al corazón, sintiendo que ahí se encontraba el foco divino de tantas bellezas, y mis ojos se llenaban de lágrimas brotadas de la recóndita fuente de la gratitud y de la ternura.

El jardín de mi casa lindaba con el jardín de la de Lola. Levantábase entre ambos una pared de mediana altura, oculta casi por trepadores pitajayos, que adherían por todas partes sus gruesas y redondas pencas á los intersticios de los adobes, esmaltando á trechos la monótona superficie con sus grandes y hermosas flores blancas y rojas. Había por haí una escalera que empleaba el hortelano en sus faenas, la que me sugirió luego la idea de pegarla al muro divisorio para asomarme á ver la casa contigua. Concebir la idea y ponerla en práctica fué obra de solo un momento. Lleno de sobresalto, como el ladrón que escala paredes con intención perversa, así subí con rodillas temblorosas, por los barrotes de madera, hasta llegar al fin á lo más elevado, desde donde pude dominar el jardín de Lola. No era ni con mucho tan hermoso como el que tenía á mi espalda. Ostentaba menos arte y no estaba cuidado con tanto esmero; pero en su mismo abandono mostraba agreste hermosura, más libre y sincera que la del mío. Tenía tunales, guayabos, arrayanes y un bosquecito de granados, sin más flores que hiedras salvajes de nacimiento espontáneo, que se enredaban á los troncos de los árboles y subían hasta las copas, desplegando profusamente sus flores blancas, coloradas y azules, semejantes á cálices destinados por los genios y las hadas á beber las gotas del rocío.

¡Conocer la mansión de la diosa! ¡qué emoción tan inmensa! A través de mi amor, todo lo miraba hechicero, y lo hallaba místico y venerable. Aquellos bosquecitos parencianme sagrados, como los de mirto que rodeaban los templos griegos. Todo lo que se osten-

taba á mis ojos, no tenía el aspecto de las demás cosas; sino un carácter propio, un tinte especial que hacía palpitar mi corazón acelerado. Con cuánto placer habría caído de rodillas en aquel suelo que ella hollaba con sus plantas, y habría pegado mis labios con recogimiento, á aquellos objetos inmaculados, que recibían la luz de sus ojos, la sombra de su cuerpo y el roce de su vestido!

De pronto me estremecí y tuve necesidad de cogerme de la barda con ambas manos para no caer. Acababa de ver á Lola. Ella, como yo, salía al jardín á respirar sus frescas brisas, tal vez agitada por los mismos sentimientos, acaso dominada por las mismas ideas que rebosaban en mi espíritu. Estaba hermosísima. Vestía ligero trage de muselina, que dejaba trasparentar sus blancos y torneados brazos y su artística garganta. Anudado su rubio pelo con negligencia sobre la cabeza, brillaba con fulgores de oro purísimo, como imperial diadema. Las frescas auras habían avivado los colores de sus megillas, que parecían hechas de rosas recien abiertas; su boca húmeda y roja tenía la pureza y la gracia de la infancia, y en sus ojos azules había reflejos castos y alegres, como en la mirada de los ángeles matutinos, que vuelan por las mañanas á lavar el inmenso espejo de los cielos.

Internóse en los grupos de los árboles y perdíala á trechos de vista entre el follaje, ó la miraba medio velada á través de las ramas; en aquella indecisión y alternativa semejaba forma misteriosa criada por la imaginación, y destituida de realidad corperea. Así era como los griegos poblaban de sílfides los bosques, de náyades los ríos y de musas los cielos de la risueña Hélade. Recogía el blanco traje para penetrar en la maleza, y dejaba al descubierto el pié breve que parecía de niña. Cortaba hiedras y las echaba en la falda que plegaba con una mano, y semejaba en esta disposición la forma aerea de la aurora de Guido Reni, que pasa por los cielos, derramando en la tierra flores brillantes con manos sonrosadas.

En tanto que circulaba por el jardín alegre y juguetona, gorgeaba á manera de los pájaros, entonando canciones sencillas y melodiosas, á las cuales el timbre de su voz purísima, la expresión apasionada de un acento y la dulzura de su modulación especial comunicaba un encanto inefable. Aquellas notas argentinas volaban por el aire como bandadas de mariposas multicoloras que subían y bajaban por el espacio agitando sus alas levísimas. Sonaban á mis

oídos con dulzura; subían á mi cerebro como una embriaguez sagrada, y me hacían caer en éxtasis misteriosos; y bajaban á mi pecho y me hacían experimentar goces arcanos, parecidos á desfallecimientos celestes que nunca había sospechado pudieran sentirse en la tierra.

Al ver tanta juventud, tanta vida, tanta belleza y tanta gracia, y al oir la cadencia de aquellos acentos, dudaba de mi dicha, y me preguntaba con timidez si mi ventura no sería la obra de un sueño. Y me decía:

—Todo ese tesoro de encantos es mío. Esos ojos, ese pelo, esa boca, esas manos, esa música, esa gracia, ese hechizo soberano que forma y rodea á esa criatura privilegiada, todo es mío. Porque amar es decir al sér amado: todo yo te pertenezco, mi alma y mi cuerpo, mi corazón, mis pensamientos y mi vida, todo es tuyo. Y ella me ha dicho que me ama!

Arrobado en estos pensamientos, corté una flor de pitajayo, y la arrojé á los piés de Lola. Elevó ésta los ojos, miróme asomado por encima de la pared y lanzó un pequeño grito de sorpresa.

—Buenos días, Lola, la dije con voz recatada.

—Buenos días, Antonio—repuso ella de la misma manera—¿qué hace vd. ahí?

—Cómo qué he de hacer! mirar su casa.

—Vaya una casualidad. Me levanté con el pensamiento de venir á la huerta á ver si oía á vd. hablar al otro lado. Tenía el presentimiento de verle esta mañana.

—Lástima que estemos tan retirados. Además, vd. necesita molestarse mucho para levantar la cabeza.

—No me molesto; pero aguarde vd., creo que por aquí he visto una escalera.

Alejóse Lola buscando, y la halló muy en breve. Fuése luego en derechura á la puerta de comunicación de su casa á la huerta, y la cerró con aldaba. Volvió en seguida y se dió al trabajo de llevar la escalera, que estaba distante, hasta el lugar donde me hallaba.

Apenábame mirar á la pobrecilla consagrada á tan dura faena.

—Lola—le grité—no haga vd. eso, que puede causarle daño. Está muy pesado ese mueble.

—No tanto,—replicó—y. además soy fuerte y puedo levantar cosas pesadas.

Y en efecto, sin gran esfuerzo, aunque con lentitud, y haciendo resbalar la escalera sobre el pavimento y el muro, logró al fin colocarla en el sitio correspondiente al que señalaba mi cabeza sobre la pared. Hecho esto, subió Lola con ligereza, y en menos de un segundo nos encontramos en *vis à vis* delicioso. Nos estrechamos la mano, y reanudamos el coloquio.

—Anoche no pude dormir pensando en vd.—murmuré mirándola con ternura.

—¡Qué cosa tan extraña! parece que nos habíamos puesto de acuerdo en todo. Yo tampoco pude dormir, recordando los sucesos de anoche. ¡Qué bonita mañana!

—Deliciosa, y más teniendo á vd. tan cerca.

Lola se ruborizó ligeramente, y continuó con alegre risa:

—¡Ni quien sospeche donde nos hallamos!

—Ni quien sospeche. ¿Quién ha de creer que ocupamos una posición tan elevada?

—Y que estamos hablando con tanta confianza.

—Nadie. Y á propósito de confianza, Lola, quiero pedir á vd. un favor.

—¿Cuál?

—¿Me lo concede?

—Según, si me es posible.

—Si le es posible ¿me lo concede?

—Sí.

—¿Palabra de honor?

—Palabra.

Vacilé un momento, y luego continué con timidez:

—Que nos hablemos de *tú*.

—Imposible!—exclamó asustada.

—¡Cómo imposible!—repliqué—es la cosa más posible del mundo.

—Pero ¿para qué?—preguntó con ingenuidad—no es necesario.

Me sentí cortado ante aquel candor tan sincero; pero llamando en mi auxilio todas mis fuerzas, continué:

—Para hablarnos con el verdadero lenguaje del amor. El *usted* es la fórmula ceremoniosa del trato social; el *tú* es la expresión de la sinceridad y el cariño. La naturaleza ha criado el *tú*, y las convenciones sociales han dado origen al *usted*, que es un tratamiento frío, en tercera persona, que indica ausencia.

—Tiene vd. razón,—dijo Lola pensativa—no es natural hablarle á una persona presente como si no lo estuviese; parece que se habla de ella y no con ella.

—Eso es—proseguí alentado por aquella concesión—el *usted* es extravagante. En los idiomas antiguos fué desconocida esta forma. El *tú* es el lenguaje de la naturaleza. ¿No mira vd. como les hablan los padres á los hijos y los hijos á los padres, cómo se hablan los hermanos y los amigos? En llegando á cierto punto de cariño, el *usted* es intolerable y el *tú* rebosa en la boca y en el corazón. Y no es irrespetuoso ciertamente. ¿Cómo le hablamos á Dios? Hablámosle de *tú*: "Padre nuestro que *estás* en los cielos—decímosle—santificado sea *tu* nombre......" Y no le decimos: "Padre nuestro que *está* en los cielos, *santificado sea el nombre de vd....*"

Lola rompió á reir:

—No—exclamó—¡cómo le habíamos de hablar á Dios de vd!

—Sería ridículo y absurdo.

Hizo una señal de asentimiento.

—¿Está vd. convencida?

—Sí.

—Pues entonces manos á la obra; vamos á decirnos de tú.

—Pero hay un ligero inconveniente para ello.

—¿Cuál?

—Que me da vergüenza.

—¿Vergüenza? No debe vd. tenérmela.

—¿Por qué no?

—¿No debemos ser vd. y yo una misma persona?

Miróme fijamente buscando el sentido de mis palabras y vivo rubor cubrió su rostro al comprenderme.

—Está bien—prosiguió—haré lo posible.

—Por lo que hace á mí, ya te digo de tú; díme algo de la misma manera.

—Ahora no; comenzaré mañana.

—Ha de ser ahora.

—¿Qué quiere vd. que le diga?

—¡Cómo *qué quiere vd.!*

—¿Pues de qué manera?

—Qué quieres que te diga.

—Vaya en buena hora. ¿Qué quieres que te diga?—Y apartó de mí los ojos llenos de turbación.

—Angel mío, lo que te dicte tu corazón.

—Que te quiero mucho.

—Y yo á tí más que á mi vida.

En esto llamaron á la puerta de la huerta, dando fuertes golpes.

—Lola! Lola!—dijo una voz.

—Es mi mamá!—murmuró Lola asustada. Adios.

—¿Hasta mañana?

—Hasta mañana.

—¿Y todos los días?

—Y todos los días.

Bajó apresurada, y yo me oculté detrás de la pared para no ser visto por la Sra. D.ª Agustina.

—¿Por qué estabas encerrada?—preguntó la mamá con mal humor.

—Mamá, pensaba bañarme—contestó la interrogada con encantadora sangre fría.

—Tan temprano! ¿no temes que te haga daño?

—No mamá, la mañana está muy bonita. Pienso hacerme madrugadora y bañarme todos los días.

—Son muy buenos propósitos: ojalá los cumplas, perezosa!

Oí luego el rumor de un beso, y pasos que se alejaron.

¡Cuántas y cuántas veces volví á ver á mi amada en aquel sitio, sin que nadie se apercibiese de nuestros dulces coloquios! Oh! recuerdos de juventud, de luz y de belleza! ¡cómo deslumbrais mis ojos cuando cruzais por mi memoria como constelaciones de estrellas á través de un cielo oscurecido!

YUSUF BEN-ISSA

(*Continuará*).

LA CHANSON DE CUAUHTEMOC.

J'apparais dans un temps de guerres;
Dans des jours de deuil et d'effroi;
Humble fils de glorieux pères,
En butte aux divines colères,
Je suis un vaincu plus qu'un roi

O Dieux! que nous sert le courage,
Vous protégez nos ennemis,
En vain nous luttons pleins de rage,
Dans notre ciel gronde l'orage,
La nuit approche et je frémis.

Je frémis pour ma pauvre race,
Pour mon peuple deshérité,
L'adverse Destin me terrasse,
Mais je sais quel dovoir me trace
Ton saint amour, ô Liberté!

Pour mon front bien lourde est la tâche,
Pourtant je la supporterai;
Nul ne pourra dire: "Il fut lâche"......
Je veux espérer sans relâche,
Sans relâche je lutterai!

Je m'offre, ô Dieux! comme victime
Pour apaiser votre courroux;
Mon sacrifice est légitime,

Acceptez mon offrande ultime,
Et que mon peuple soit absous!

Tenuchtitlan! cette heure est sombre,
Notre avenir est douloureux;
Nos ennemis ayant le nombre
Il se peut que notre droit sombre
Mais tu t'écrouleras sur eux.

Après les suprêmes batailles,
Quand nos flancs n'auront plus de cris,
Soulève d'un bond tes murailles,
Enterre-nous dans tes entrailles,
Ecrase-les sous tes débris

Après notre dèfaite altière
O ville-reine d'autrefois,
Dans ton lac tombe tout entière,
Et garde comme un cimetière
Ton peuple, tes dieux et tes rois.

AUGUSTE GENIN.

(*Poèmes Aztèques*)

EN OCTUBRE DE 1849.

(ENRIQUE HEINE)

Cuando el nombre de Hungria
hiere mí oído, estrecho
á encerrar los latidos de mi pecho
siento, por vida mía,
mi chaleco aleman de cotonía.
Sucumbís ¡oh magyares!
más consolaos......no lloreis á mares......
nosotros, alemanes, devoramos
una mengua mayor y......no lloramos.
Al menos os dominan á vosotros
leones......y nosotros,
nosotros, alemanes,
somos presa de lobos y de canes.

RICARDO PALMA.

EL AMOR DEL CIELO.

POEMA.

CANTO I.

ANHELO INFINITO.

¿Qué es ese fuego intenso que circula
Por las venas del joven ardoroso?
¿Qué es esa voz interna que modula
En el alma su canto armonioso?
¿Por qué en la primavera de la vida
De la tristeza nos oprime el peso,
Y el alma humana en éxtasis sumida
Halla en soñar su encanto y embeleso?
¿Por qué siguen los ojos extasiados
El vuelo de los astros inmortales,
Y en los hondos espacios abismados
Buscan no sé qué místicas señales?
¿Por qué ama el hombre el esplendor del día,
Por qué ama el ver llegar la noche oscura,
Por qué busca doquiera la alegría
Y halla un triste placer en la amargura?
¿Por qué busca los sitios solitarios
Y se extasía en contemplar lo inmenso,

Por qué manda á los célicos santuarios
De sus ideas el constante incienso?
¿Qué busca en la natura cuando explora
Los campos, y los mares, y el vacío?
¿Por qué suspira cuando ve la aurora
Y los pétalos llenos de rocío?
¿Por qué recuesta la febril cabeza
En el musgo del campo inmensurable,
Y quisiera en la gran naturaleza
Sumirse como en piélago insondable?
¿Qué lenguaje le hablan las estrellas,
Qué le dicen las aves y las flores,
Qué misteriosos sones y querellas,
Escucha de la selva en los rumores?
¿Qué quiere, qué pretende, á dónde vuela?
¿Por qué en pos de lo ignoto se abalanza?
¿De qué místico sol sigue la estela?
¿A dónde le conduce la esperanza?......
¡Ah! lo que busca el alma en esta vida
A través de lo múltiple creado,
Es una perfección desconocida,
Un ideal magnífico y soñado.
El mundo con su encanto indefinible
Es sólo de la luz el tosco velo;
Lo infinito se esconde en lo invisible,
Y detrás de ese cielo, se halla el cielo!
La joven hechicera que la planta
Fija apena en la arena de la vida,
En sus púdicos sueños se levanta
A una esfera de amor desconocida.
El hombre, aun á través del vicio inmundo,
La faz á un ideal mantiene vuelta,
Cual navegante audaz que busca un mundo
Sin brújula y sin luz, en mar revuelta.
Todos los fastos de la humana historia
Contienen de esta lucha los anales,
Porque el amor, los triunfos y la gloria
Son luces de otros mundos inmortales.

En esta lid luchando con fé ardiente
En el Sena, en el Nilo y Scamandro,
Ciñeron de laurel la augusta frente
Napoleón, y César, y Alejandro.
Confundiendo el placer con la ventura
Que el corazón con tanto afán desea,
Prodigaron su espléndida hermosura
Mesalina y la célebre Frinea.
Buscando en el vivir seguro puerto
Y llenos del afán del infinito,
De Roma huyó Gerónimo al desierto,
Y escaló las montañas San Benito.
Sí, la dicha no se halla en esta vida
Que sólo el vicio y la maldad encierra;
Para gozar felicidad cumplida
Es preciso elevarse de la tierra.
Mirad la dicha: en el tranquilo cielo
Aun más allá del astro soberano,
Gira en eterno y apacible vuelo,
Sol más hermoso cuanto más lejano.
Si la quereis gozar, pedid sus alas
A los ángeles puros, y con ellas
Alzad el vuelo á las eternas salas
Más arriba del sol y las estrellas.

CANTO II.

NIZA.

Encantada ciudad, sentada al borde
De hermosísimo golfo, y al suspiro
De tus brisas acorde,
Arrullada por olas de zafiro:
Niza, puerto risueño,
Predilecta ciudad de los amores,
Que rodeada de algas y de flores,

Más bien que realidad, pareces sueño:
¡Quién me diera tornar á ver las galas
De tu cielo esplendente,
Quién me diera sentir sobre la frente
De tus brisas purísimas las alas!
Recuerdo con amor tu gentileza,
Y con melancolía
Evoco en mi ardorosa fantasía
La imagen celestial de tu belleza.
Yerguen los verdes Alpes á tu espalda
La cabeza altanera,
Y por su alegre falda
Su imperio extiende eterna primavera.
De un Edén el espléndido tesoro
Sirve al golfo de valla,
Y sobre flores el rodar sonoro
Del oleage murmurando estalla.
Cuando declina el día
En aquel horizonte, cuando el rayo
Del moribundo sol su fuego envía
Sobre la mar movible, de soslayo;
Cuando la blanda tarde se dibuja
En los confines de Levante, y lenta
La noche macilenta
Su carro al cielo en el silencio empuja,
Forman del sol los tibios resplandores
En el mar y en el cielo soberano
Una espléndida fiesta de colores.
Nunca el anhelo humano
Fingió cuadros tan bellos,
Ni halló nunca el poeta
En la inspirada luz de su alma inquieta
Tan vivos y magníficos destellos.
Ráfagas purpurinas
Parten del horizonte en mar y cielo,
Y aquel fondo de luz lo corta el vuelo
De las aves marinas.
Del sol la majestuosa despedida

De Lucifer remeda la caída
Cuando de rabia y de soberbia ciego,
Terrible y esplendente
Del cielo le arrojó el Omnipotente,
Y se abismó en un piélago de fuego.
Las olas murmurantes
Forman solemnes ritmos, y los vientos
Juntan á su cadencia los lamentos
De los ecos distantes.
El alma al ver tan esplendentes galas,
Llena de dulce agitación suspira,
Y por bañar en el confín delira
En colores y luz sus blancas alas.
Aquel esplendoroso panorama
De encanto sin igual y de belleza,
Ráfagas misteriosas de grandeza
Sobre la mente extática derrama.
Arde el cielo, se trueca el firmamento
En hoguera que el piélago agiganta,
Y en los cielos del alma se levanta
Cual revuelto huracán el pesamiento.
Oh! golfo azul que en venturoso día
Miré gozoso y sin cesar bendigo,
¡Quién me diera vivir al dulce abrigo
De tu cielo de amor y poesía!

CANTO III.

BLANCA.

Oh! quién pudiera, Blanca, tu hermosura
Incomparable y pura
Fielmente describir, y hallar pudiera
En el alma colores y armonía
Con que pintar tu imagen hechicera,
Ensueño de celeste poesía!
Luz y color no tienen mis pinceles,

Pues genio me negó la suerte avara,
Y áun de luz y color falto se hallara
Para pintar tu rostro el mismo Apeles.
Cuando en mi mente evoco tu memoria,
Te contemplo bellísima y radiante,
Cual visión deslumbrante
Asomada á las puertas de la gloria.
Tu risa era un arpegio
De las arpas eólicas que un día
Oyó la Grecia absorta, eco suave
De otros mundos de encanto y poesía,
Que canta el río y pronostica el ave.
De tu faz seductora
Asemejaba el rocicler hermoso,
Arrebol fugitivo y misterioso
De boreal aurora.
Cual los rayos del sol hacen fecundos
Do quier brotar los séres y dan vida
Al átomo, al insecto y á los mundos
Que giran en su atmósfera encendida:
Así también hacía tu mirada
En el pecho infeliz y en el dichoso
Los amores brotar, y el que sentía
Resbalar por su frente apesarada
De tus ojos el rayo vagaroso,
Trasportado á los cielos se creía.
Sí, sólo el ser mirado
Por tus ojos de amor, era ventura,
Y creaban tus ojos de ternura
Mundos de dicha extática á tu lado.
Pero tu alma, Blanca, era la hermosa
Del infinito celestial viajera,
Inmaculada, pura y cariñosa,
Del ángel compañera.
Era corriente mansa tu existencia
Que se fué deslizando con dulzura,
Bajo la blanda, mística influencia
De tu amor, tu pureza y tu ternura.

Llena de paz y celestial encanto,
Cual ritmo de alas en constante vuelo,
Tu vida se apagó: fué un himno santo
Que de la tierra se elevó hasta el cielo.

CANTO IV.

EL VUELO DE UN ANGEL.

La muerte es deidad sombría
Que en la desgracia se goza,
Y que con afán destroza
Las dichas y la alegría.
Nunca su delirio sácia
De carnicería fiera
Esa horrible mensajera
Del llanto y de la desgracia.
Sobre la frente do brilla
El genio que al mundo asombra,
Desde el fondo de la sombra
Deja caer su cuchilla.
Plácele cortar los lazos
Del amor puro y constante,
Y ver morir al amante
Del otro amante en los brazos.
Y siembra con impiedad
Por do vá, terror, espanto,
Miseria, orfandad y llanto,
Sepulcros y soledad!
Blanca y Román se querían
Y eran felices los dos,
Y sólo vivir á Dios
Para quererse pedían.
Su felicidad extrema
Era casta y sin medida,

Y convertía su vida
De amor en bello poema.
  Eran la trama sus días
Do sus corazones tiernos,
Bordaban goces eternos,
Extasis, luz y alegrías.
  Hay seres atribulados
A quienes pesa vivir,
Y el descanso del morir
Anhelan desesperados.
  Mas en vano el triste lucha
Por ablandar á la suerte,
Pues hasta la misma muerte
Su pobre ruego no escucha.
  Vivir quieren los dichosos
Para gozar su ventura,
Y nunca en la sepultura
Fijan los ojos medrosòs.
  Blanca y Román deseaban
Eternamente existir,
Porque muy dulce vivir
Llenos de su amor hallaban.
  Pero la Parca envidiosa
Que su ventura veía,
A cegar se apercibía
Sus sueños color de rosa.
  Y con pasos cautelosos
De su ventura iba en pos,
Y rodeaba á los dos,
Con cortaduras y fosos.
  Perdió Blanca los colores
De sus lozanas mejillas,
Y sus miradas sencillas
Sus deslumbrantes fulgores.
  Presa de incógnito mal,
Lentamente se extinguía,
Y al par que languidecía
Se hacía más ideal.

Al límite se acercaba
Que hay entre el sér y no sér,
Y á través de la mujer,
El angel se dibujaba.
Lloraba el triste Román
Al ver que su dulce amada
Era cual hoja arrastrada
Por implacable huracán.
Y gimiendo arrodillado
Lleno el pecho de agonía
Misericordia pedía
A Cristo crucificado.
Mas todo en vano, pues Blanca
Se apagaba lentamente,
Como el arrebol luciente
Que el sol al Ocaso arranca.
Y al fin, buscando la calma,
En día de eterno duelo,
Alzó los ojos al cielo
Suspiró y entregó el alma.
Así esta dulce beldad
Hasta la tumba llegó,
Y en el seno se durmió
De la muda eternidad.

CANTO V.

EL DOLOR.

Román á Blanca amaba
Con amor indecible;
Todo su anhelo en ella lo cifraba
Cual si nada posible
Fuera de ella encontrase en este suelo;
Era su encanto, su ilusión, su vida.
La hermosa prometida
Que Dios le destinara desde el cielo.

Mirábase en sus ojos
Y la sonrisa de su labio amante,
Feliz y delirante
La adoraba de hinojos.
¡Cuántas veces pensando en su ventura
De su adorada ante el celeste encanto,
La misma intensidad de su ternura
Hizo á sus ojos asomar el llanto!
Ella su amor inmenso le pagaba
Con un amor tan lángido y tan tierno,
Que Román le miraba
Cual bendición sagrada del Eterno.
Aquel amor inmenso y confiado,
Flores en su camino darramaba,
Y del fondo del pecho le arrancaba
Placeres que no había adivinado.
Así la mano diestra y cadenciosa
Cuando hiere las cuerdas blandamente,
Arranca de armonías un torrente
De la olvidada lira silenciosa.

José Lopez-Portillo y Rojas.

(Continuará).

La interpretación simbólica del "Quijote."

(CONCLUYE.)

Con efecto, al lado de los ideales racionales y legítimos que la razón concibe, el sentimiento acaricia, la imaginación pinta, la conciencia reconoce, la voluntad apetece y la actividad persigue con creciente afán, existen falsos ideales que solo engendran la fantasía acalorada ó el sentimiento desbordado y que no tienen origen ni base en la razón. Tales son las utopias, los sueños fantásticos, en que se prescinde en absoluto de las condiciones de la realidad y se acarician intentos imposibles. Y aun los ideales racionales pueden determinar errores y descaminos si al intentar realizarlos prescinde el hombre del tiempo y del espacio, desconoce los obstáculos que se le oponen, y con loca imprudencia pretende traer á la vida lo que aun no está maduro, ó resucitar lo que está muerto. El ideal no es una concepción interminada y abstracta; concrétase en manifestaciones parciales, en ideales históricos y relativos, propios de cada lugar y tiempo, y si de esto se prescinde, es fácil caer en graves descaminos, aunque el ideal sea bueno; que el bien mismo ha de ser oportuno y pide ocasión propicia para ser realizado, y ocasiona el mal cuando se retrasa ó anticipa, pues no en vano se dijo que á veces lo mejor es enemigo de lo bueno.

Ahora bien; cuando al incurrir en estos errores el idealismo engendra un mal grave, se produce lo trágico; pero si la perturbación causada es leve, aparece lo cómico. El éxito por una parte, y por otra parte la cantidad de esfuerzo y los recursos empleados para conseguir el fin apetecido, son elementos que determinan en tales casos la cualidad del hecho, haciendo que unas veces resulte doloroso, y ridículo otras. Así, un hombre que trabajando fuera de sazón

en favor de una idea irrealizable, halla un fin desastroso, es trágico, y en ocasiones sublime; pero si el resultado de su empresa no tiene consecuencias graves, queda en la categoría de lo ridículo. Trágica figura sería D. Quijote si encontrara la muerte en alguna de sus aventuras; pero es cómico porque sólo halla cerdos que lo atropeyen y yangüeses que lo muelan á palos.

Ese desatentado y absurdo idealismo, nacido de la fantasía ó del sentimiento, y no de la razón, que se empeña en empresas imposibles, prescinde del tiempo y del espacio, y ora intenta resucitar el ideal pasado, ora implantar á deshora y con funesta precipitación el futuro, ora realizar ideales falsos ó imposibles, es precisamente el idealismo personificado en D. Quijote, azotado por Cervantes con el látigo del ridículo, y entregado á la mofa de los espíritus prudentes y sensatos. Concebido así el *Quijote*, es la obra más filosófica, más moral, más práctica y más útil que ha podido crear el ingenio humano.

Don Quijote es el extraviado idealista que, con noble intención y generoso espíritu sin duda, pero desconociendo la realidad y no disponiendo de los elementos necesarios para el caso, pone sus esfuerzos al servicio de lo absurdo y lo imposible. Por eso es un personaje cómico: porque cómico es acometer empresas superiores á las fuerzas humanas, disponiendo de medios mezquinos; por eso es además loco, pues locura es siempre empeñarse en lo imposible.

Persigue D. Quijote un ideal absurdo, extemporáneo é imposible: absurdo, porque lo es que al esfuerzo individual se confíe una función social como la justicia; extemporáneo, porque si esto pudo ser tolerable, y aun necesario, en la anarquía feudal, no lo era cuando el Estado se hallaba fuertemente constituido y provisto de elementos suficientes para la realización del derecho: imposible, porque lo es resucitar ideales muertos, y menos por el esfuerzo de un hombre aislado. La empresa de D. Quijote es, por tanto, una locura; y es además una ridiculez, como ya hemos dicho, porque los medios de que dispone para tal empeño se reducen á su fuerza, que no es mucha, sus armas, que de nada le sirven, su caballo, que es un mal rocín, y su escudero, que es un villano socarrón y cobarde. Tal es el idealismo de D. Quijote. ¿Puede confundirse con el idealismo social y legítimo? ¿Es lícito decir que la obra de Cervantes simboliza la oposición entre lo ideal y lo real?

Naturalmente, entre ideales de esta especie y la realidad, la lucha es inevitable y la derrota del idealismo segura. La utopia, mientras sea tal—y lo es eternamente si es falsa y absurda por naturaleza, y temporalmente mientras faltan condiciones para convertirla en hecho—será vencida por el buen sentido, que no es el positivismo grosero de Sancho, sino el claro conocimiento de lo real y lo posible. Resucitar el pasado en toda su plenitud, anticipar el porvenir en toda su perfección, serán siempre empresas absurdas que sólo caben en la cabeza de un Quijote. Imponer el individuo aislado un ideal, por bueno que sea, será siempre imposible intento, si no le favorecen las circunstancias; pero si él invierte poderosos y enérgicos esfuerzos, será héroe ó mártir: si sus fuerzas son raquíticas y sus recursos mezquinos, será un loco ridículo. Materia es esta en que la apreciación es delicada y difícil, porque una línea imperceptible separa á lo sublime de lo ridículo, al héroe del Quijote, y á veces esta línea está representada únicamente por el éxito.

Tampoco es Dulcinea la personificación del amor ideal y puro, que en tal caso aparecería ridiculizado injustamente, sino del artificioso, falso y afeminado platonismo de la literatura caballeresca, de la poesía provenzal y de los imitadores de Dante y de Petrarca, harto semejantes al idealismo romántico de nuestros días. El amor puro y casto nunca pudo ser ridículo; el amor vago, aéreo, vaporoso, á un fantasma impalpable, ó quizás á un objeto indigno, será siempre merecedor de mofa y escarnio. Dulcinea es, además, la personificación del falso ideal con que sueña el loco idealista, ideal apenas conocido, obra de la fantasía más bien que de la razón, y que al mostrarse tal como es, aparece odioso al mismo que lo acaricia. La tosca labradora que Sancho presenta á su señor fingiendo que es Dulcinea, es alegoría de tales decepciones. Pero el idealista es siempre impenitente, y al tocar la realidad, antes de confesar su error, atribuye á malas artes de sus enemigos su amargo desengaño. La política ofrece á cada paso ejemplos del encanto de Dulcinea.

No es Sancho la realidad ni el buen sentido, como generalmente se piensa. La realidad, que se opone á las empresas de D. Quijote, está representada por todos los episodios y gran parte de los personajes de la novela. El buen sentido mejor se personifica en el cura, el barbero, y sobre todo en el bachiller Sansón Carrasco, que en Sancho Panza: Sancho es el extremo opuesto de D. Quijote, no

menos digno de censura que éste. Sin duda que conoce la vida mejor que su amo, que la ignora en absoluto; pero su conocimiento es incompleto. Para Sancho la realidad se encierra en lo sensual; lo ideal, falso ó verdadero, no tiene sentido para él. Sancho es el positivismo grosero (no el científico, sino el práctico) que no ve más allá de su egoismo, y todo lo cifra en satisfacer sus codicias y apetitos; es el buen sentido del vulgo, sobrado sagaz para conocer las exageraciones del idealismo, pero sobrado torpe para comprender lo que hay de verdadero y legítimo en el ideal. No es Sancho un espíritu perverso y corrompido; antes bien tiene un fondo de nativa honradez que le libra de los vicios á que pudiera arrastrarlo su bajo concepto de la vida; pero el interés personal le extravía hasta tal punto que llega á comprometerle en las locas aventuras de su amo. Búrlase de la locura de éste; pero presumiendo que podrá explotarla en provecho propio, no sólo se hace cómplice de ella, sino que el interés le ciega hasta el extremo de darle crédito en algunas ocasiones. Por eso su sensualismo se convierte á veces en un idealismo invertido, y le lleva, por opuesto camino, á los mismos términos de su amo. Por esto participa de los fracasos de éste, mostrándose de esta manera, no sólo que los extremos se tocan, sino que la realidad castiga con igual rigor á los que la desconocen para lanzarse á imaginarias regiones, y á los que no la desconocen menos por negar lo que hay en en ella de grande y elevado. Sancho es, por esta razón, tan real y universal como D. Quijote, y como él representa un aspecto total de la humanidad. Es, además, tan idealista como su amo, aunque en sentido opuesto, y su idealismo no es menos fantástico y peligroso que el de D. Quijote.

La lucha entre estos dos idealismos (el fantástico y el sensualista) y la realidad, termina, como es lógico, por la derrota de ambos. El idealista soñador es vencido por el buen sentido, personificado en Sansón Carrasco; pero no reconoce su error hasta que muere. ¡Profunda verdad! El loco recobra el juicio al morir: el idealismo necesita perecer también para reconocerse como error. El castigo del positivismo sensualista no es tan duro, pero se cumple sin embargo. El gobierno de la Ínsula Barataria, aquel gobierno á que todo lo sacrifica Sancho, incluso el buen sentido y la malicia, es tan borrascoso como efímero. ¡Lección amarga y verdadera que no saben aprovechar los muchos Sanchos que pululan por el mundo!

La antítesis planteada en el *Quijote* no se resuelve en síntesis, por tanto. Y es que el falso idealismo y la realidad son inrreconciliables, lo cual no sucede tan en absoluto con el verdadero ideal. Pero la antítesis entre D. Quijote y Sancho puede y debe, sin duda, resolverse, y esta es la enseñanza práctica que puede deducirse de la inmortal novela.

Estúdiense con cuidado ambos tipos y se verá que en ellos hay algo de racional y verdadero, á vueltas de locura y extravío. D. Quijote, al servicio de un ideal racional y posible, sería un héroe ó un mártir; su amor al bien y á la justicia, su abnegación y su valor, su amor á Dulcinea, son cosas bellas y nobles, pero mal encaminadas y malgastadas en objetos indignos y empresas imposibles. Sancho, con su sentido práctico y algo de idealidad y elevación de miras, sería el buen sentido y la sana razón. Dése al primero el convencimiento de la realidad, que le falta, y al segundo el sentimiento de lo ideal, de que carece, y ambos dejarán de ser ridículos para ser perfectos en lo humano. Por èso ambos inspiran juntamente burla y respeto, risa y simpatía. El *Quijote* nos enseña á concertar en superior unidad la aspiración y el amor á lo ideal con el recto conocimiento de la realidad, á enlazar la teoría con la práctica, la razón con el sentido, la idea con el hecho. Hombres hay que sólo son Quijotes, otros que son Sanchos; muchos que de ambos, en proporción varia, participan. Que aprendan los primeros de los segundos, estos de aquellos, y acierten los últimos á conciliar en justa proporción y armonía los elementos que dentro de sí llevan, y todos habrán realizado debidamente lo que la ley de la humana naturaleza exige. Cuando los hombres y los pueblos hayan resuelto en racional síntesis la antítesis cuyos opuestos términos simbolizan D. Quijote y Sancho; cuando no gobiernen la vida el idealismo extraviado ni el positivismo grosero, el ideal y la realidad se habrán unido en cuanto pueden unirse, y la humanidad habrá alcanzado, si no la absoluta é inasequible perfección con que sueña, al menos aquella que le es lícito conseguir dentro de las condiciones de su naturaleza. Esta es la profunda enseñanza que inconscientemente consiguió Cervantes en su obra, y harto se comprende cuánto difire de la vulgar interpretación que corre entre las gentes, y cuya refutación ha sido el principal objeto del presente estudio.

MANUEL DE LA REVILLA.

EL AMOR DEL CIELO.

POEMA.

(CONTINÚA.)

Román soñado había
Con todas las grandezas de la tierra,
Delirando su loca fantasía
Por altas glorias que el vivir no encierra.
Forjábase en su mente cuadros bellos
De inmensa dicha y de esplendente gloria,
En que su sien cercaban los destellos
De una inmensa victoria.
Soñaba con la lira del poeta,
Del invicto guerrero con la espada,
Del pintor con la mágica paleta,
Y del génio inmortal con la mirada.
Anhelaba llenar con grandes hechos
De la historia del mundo los anales,
Y ser en otra edad, en nobles pechos,
Estímulo de hazañas inmortales.
Envidiaba la tumba do en sosiego
Yace el monje que vida oscura lleva,
Y el pedestal soberbio do se eleva
La efigie escultural del héroe griego.
Y un amor infinito

Ansioso codiciaba;
En su pecho escuchaba un hondo grito
Que amor pidiendo sin cesar clamaba.
Al ver á Blanca, conocióla luego,
El ideal de sus ensueños era,
El fantasma de luz que amante y ciego
Buscaba tiempo hacía en su carrera.
Era Blanca el resumen misterioso
De todos sus deseos juveniles,
Encarnación del sueño vagaroso
De sus noches febriles.
Gloria, amor, esperanzas y ternuras,
Todo lo concentraba en ella sola,
Que hallaba de su encanto en la aureola
La luz que irradian todas las venturas.
Mas al morir su amada vió apagarse
El sol de su existir, vió que se hundía
En una sima lúgubre y sombría
Del dolor y las lágrimas asiento.
Como aquel que morir ve en un momento
El fruto de un trabajo rudo y largo,
Cuando los años y el dolor amargo
Mataron su vigor y su ardimiento,
Así Román, del desaliento impío
Presa, y su corazón hecho pedazos,
Cruzó sin resistir entrambos brazos
Y se entregó al dolor, mudo y sombrío.
Y contemplando con horror la vida
Bajo el prisma de su honda desventura,
Como suele el suicida,
Embriagóse de sombras y amargura.

....

Cuando el fiero tormento
Hiere una vida que meció la calma
Sacude hasta su fondo el pensamiento
Y conmueve terrible toda el alma.
Es el pesar aleve
Crisis tremenda de sin par violencia,

Que, ¡como tempestad á barca leve,
Hace cambiar el rumbo á la existencia.
Después de un gran dolor, suelen contritos
Su pecho golpear los pecadores,
E implorar el perdón de sus errores
Del Crucifijo ante los piés benditos;
Mas suele el alma que el martirio toca
Cobarde flaquear ante la prueba,
Y cuando en ella la aflicción se ceba,
Volver la espalda al bien, blasfema y loca.
Al morir las venturas, el despecho
Nace en la mente de dolor transida,
Y cual nido de víboras se anida
La desesperación dentro del pecho.
En el camino del vivir, el vicio
Muéstrase entonces con horrible encanto,
Cual negro precipicio
Do se olvida y profana lo más santo.
Así, la nube de dolor sombrío
Que envolvió de Román la noble alma,
De su conciencia perturbó la calma
Y en su pecho engendró un afán impío.
Volaba en alas de su amor al cielo,
En zonas ideales se cernía,
Nunca bajaba la mirada al suelo,
Nada á este mundo mísero pedía.
Mas ¡ay! de pronto la desdicha horrible
Le hundió en el duelo eterno
Trocando su ideal en imposible,
Y por su alma colérica pasaron
Los negros huracanes del infierno
Que sus entrañas sin piedad rasgaron.
Cual simún que con alas tenebrosas
Sóbre el desierto agítase mugiente,
Ideas monstruosas
Soplaron en tropel sobre su frente:
E incapaz de guiar su juicio escaso
El rebelde timón de su destino,

Arrastrarse dejó por el acaso
Cual átomo que arrastra el torbellino.
Y allá vá despeñado
Rodando de un abismo en otro abismo,
Febril, desesperado,
Renegado del bien y de sí mismo.
Y allá vá cual saeta voladora
Que da en el muro, y se desploma en tierra,
Y choca con el mal que el mundo encierra
Y pierde aliento, se debate y llora.
Mas con ansioso afán al placer vuelve
Como león hambriento, enfurecido,
Y en él se aniega, y su razón envuelve
En esa noche que se llama olvido.

V.

LA ORGIA.

Cuando el invierno aterido,
De la Europa nubla el cielo,
Y deja doquier el suelo
De verdura desvestido,
Se ostenta Niza la bella
Libre de tristeza y nieve,
Que el invierno no se atreve
A echar su sudario en ella.
De su cielo de zafiro
El esplendor no se empaña,
Y la mar que sus piés baña
No interrumpe su suspiro.
Y tanto verdor despliega,
Y tantas flores mantiene,
Que nada que envidiar tiene
A Parthénope la griega.
Atraído por sus galas

Ahí concurre el gentío,
Como el ave huye del frío,
Y sigue al sol con sus álas.
Y cual se apiñan las rosas
En el tibio invernadero,
Bajo aquel clima hechicero
Se aglomeran las hermosas.
Así, llena de placeres,
Es Niza un edén de amores,
Tanto por sus gayas flores,
Cual por sus bellas mujeres.

....

Frente al mar, en el paseo
De los Ingleses llamado,
La opulencia ha levantado
Régias *villas* de recreo.
Del arte ahí la hermosura,
Ha apurado su tesoro,
En mármol, en bronces y oro,
En diseños y escultura.
Ahí los grandes señores
En aquel vergel eterno,
Van á pasar el invierno
Entre amor, música y flores.
En una de estas moradas
Del lujo y de la alegría,
Por esos tiempos vivía
El marqués de las Nevadas.
El marqués era un buen viejo,
No teniendo de su edad
Ni el juicio, ni la frialdad,
Ni ménos áun el consejo.
Alegre y aventurero,
Lleno de brío y de ardor,
En aventuras de amor
Derrochaba su dinero.
Más que Alejandro bebía,

Y más que César amaba,
Más que un marino juraba
Y más que un loco reía:
Insolente y reñidor,
Fuerte, diestro y temerario,
A más de un bravo adversario
Postró en los lances de honor.
Era el crímen su ejercicio,
La impureza su alimento,
Y como el ave en el viento,
Nadaba siempre en el vicio
... .
Es media noche: en la casa
Del marqués hay grande fiesta,
Suena dulcisíma orquesta
Y brillan luces sin tasa.

En el vasto salón almar frontero
Donde lujo ostentoso se despliega,
Multitud bulliciosa se congrega
Avida de reír y de gozar.
El marqués dá un espléndido banquete,
Do las celebridades de la orgía
En lujo, en hermosura y alegría,
Cita loca y magnífica se dán.

En las gigantes lunas de Venecia
Que los muros revisten, se reflejan
Las innúmeras luces, que semejan
Chispas suspensas del fulgente sol.
Lujosos pebeteros orientales
Derraman por los aires su fragancia,
Y regado en el piso de la estancia
Se ve dorado polvo brillador.

El banquete es opíparo, á la moda,
De la Roma imperial, afeminada,
Remembranza de una época pasada,
Y una grandeza que pasó también.

Los convidados comen recostados
Sobre lechos de púrpura mullidos,
A la usanza romana revestidos,
Coronada de pámpanos la sien.

Muéstranse ahí las hetaíras bellas
Tendidas en sus lechos blandamente;
Húmedo el labio, la mirada ardiente,
El seno palpitante de pasión.
Y dejan vislumbrar sus formas bellas
Al través voluptuoso de sus ropas,
Y alzando con afán las aureas copas
Liban sin fin del báquico licor.

Acordes escondidos, misteriosos,
De música invisible dulces suenan,
Y los ambientes perfumados llenan
De su grata armonía sin igual.
Y un coro cual de esclavas, de graciosas
Jóvenes de vestido vaporoso,
Con leve planta y ademán airoso,
Danza de aquellas notas al compás.

Y en medio de aquel piélago de luces,
De acordes, y perfumes, y hermosura,
Agita desde el techo la locura
Riendo su dorado cascabel.
Y el chocar de los vasos, y el estruendo
Las risas y los brindis de la orgía
Alternan la constante melodía
Que suena con inmensa languidez.

....

Entre todas las bellas cortesanas
Como la rosa en el verjel, descuella
Luisa, la más graciosa y la más bella
Soberana radiosa del festín.
De Sorrento, su patria, es el orgullo,
Tiene ojos de gacela, tez de nieve,

Sedosa cabellera, boca breve,
Sonrisa angelical, talle gentil.

No se sabe por qué tan dulce niña
Ha podido sumirse en la impureza;
Su tierno encanto, su sin par belleza
Contra el vicio y el mal protestas son.
Vestigios guarda aún de la aureola
Que en la inocencia rodeó su frente,
Como al caer Satán, luz refulgente
Llevaba de la suya en derredor.

Aun hay rubor en sus mejillas tersas,
Aun hay gracia infantil en su sonrisa,
Y aun amor en el fuego se divisa
De sus lánguidos ojos fulgurar.
Es una flor brillante, matizada
Por luz de aurora y llena de perfume,
Que se eleva altanera y se consume
En el fango de inmundo lodazal.

Es Román en el festín
Un ruidoso convidado,
Alegre, vivo, animado,
De un entusiasmo sin fin.

Atruena la inmensa estancia
Con sus risas delirantes,
Y las copas rebosantes
Con sed insaciable escancia.

No se halla ninguno ahí
Que en locura se le iguale,
Que entre todos sobresale
Por su extraño frenesí.

Luisa, su hechicera dama,
Enamorada le mira
Y dulcemente suspira
Y con voz de amor le llama.

Asústale aquel ardor
Que loco Román despliega,
Y que se calme le ruega
Con dulces frases de amor.

Mas todo en vano, que ciego
Sigue en su loca porfía,
Cual si quisiese en un día
Gastarse en su mismo fuego.

Luisa.

Tu gran frenesí
De espanto me llena,
Tu fuego refrena,
Roman, vuelve en tí.

Román.

Mi negro destino
Me dá mil dolores,
Más yo sus rigores
Ahogo en el vino.

Crudo padecer
Me devora el alma:
Yo quiero la calma
Que me dé el placer!

Luisa.

Tu mirar reclamo,
En dulces antojos,
Torna á mí los ojos,
Román, yo te amo.

Román.

Amor! calla, hermosa,
Si me amas, advierte

Celosa la muerte
Te lleva á la fosa.

. . . .

Yo no quiero amores,
Yo quiero placeres,
Vino, luz, mujeres,
Porfumes y flores.

Nada de ternura,
Por Dios, vida mia,
¡Viva la alegría,
Viva la locura!

Luisa.

De tí despreciada
En vano suspiro:
Desdén sólo inspiro,
Mujer desgraciada!

Román.

¿Lloras, serafin?
Cosa es singular
Tan sólo á llorar
Venir al festín.

Tu gran sentimiento
El rumbo ha perdído;
Debió haber seguido
El de algún convento.

Si alguno te mira
Vá á reír aleve;
Goza, olvida, bebe,
Ciégate, delira.

Por bella, alma mía,
Fuerza es admirarte;

Voy á proclamarte
Reina de la orgía.

....

Esto dice, y se alza osado
Sobre su lecho mullido,
Con el traje desceñido
Y el mirar extraviado.

Román.

Silencio, alegres señores!
Voy á brindar!
(Al momento
En el extenso aposento
Cesan todos los rumores).

Román.

El amor es mi divisa:
Brindo por la más hermosa!

Voces.

Luz?......Amalia?......Juana?......Rosa?......

Román.

¡Señores, brindo por Luisa!

El marqués.

El humo de las botellas
Al cerebro os ha subido,
Más Luz, tenedlo entendido,
Es la reina de las bellas!

Román.

Cada cual tiene su gusto
Y sufrirlo es de rigor;

Mas si os gusta lo peor
Teneros lástima es justo.

El marqués.

El exceso de bebida
Os trastorna la razón;
Mas una satisfacción
Habeis de darme cumplida.
Decid que es Luz, vamos ¡ea!
La reina de la hermosura!

Román.

La más hermosa criatura
Es Luisa!...El marqués chochea!

El marqués de las Nevadas
Esto oyendo, deja el lecho,
Fuego lanzando del pecho
Y rayos por las miradas.
Ciego y los puños crispados
Se lanza sobre Román,
Pero á detenerle van
En tropel, los convidados.
Y aunque airado forcejea
Y en mil insultos estalla,
No logra romper la valla
Humana que le rodea.

Un convidado.

No es lícito los placeres
Enturbiar de esta manera,
Ni se debe armar quimera,
Delante de las mujeres.

Otro convidado.

Poned al enojo raya

Y dejad vuestro furor
Para el campo del honor.

Román.

Salgamos!

Voces.

Fuera!

El maqués.

A la playa!

Luisa.

Román, no salgas, que el viejo
Sin duda te matará.

Román.

Si me mata ¡qué me dá!
De ser desgraciado dejo.

Luisa

Un triste presentimiento
Me acongoja el corazón.

Román.

Los presentimientos són
Fantasmas del pensamiento,

Luisa.

Yo te tengo prisionero
Con cadenas de mis brazos.

Román.

Mas yo las haré pedazos,
Que el honor es primero.

El marqués.

Caballeros, ¿qué os parece?
El que hizo de bravo alarde,
Ante el peligro, cobarde,
Entre faldas se guarece.

Román.

Mientes, viejo! Suelta, Luisa!

Luisa.

Primero me matarás.

Román.

Suelta, digo!

Luisa.

Nó, jamás.

El marqués.

El caso es digno de risa.

Luisa [al marqués.]

¡Monstruo como tú no hay!

Román.

Vamos, suelta, yo lo quiero.

Luisa.

Rompe mis brazos primero.

Román.

Acabemos.

El marqués.

Ja! ja!

Luisa.

Ay!
Al fin la bella vencida
Se desploma sobre el lecho,
Palpitante el albo pecho,
De inmensa aflicción transida
Derribada, sin color,
Sin movimiento, llorosa,
Es una imágen hermosa,
Es la estátua del dolor.
Compasión el verla inspira,
Y todos se la tuvieran,
Si cegados no estuvieran
Por el vino ó por la ira.
Sin verla Román cruel
Gana la puerta ebrio, ciego,
Y los convidados luego
Se ván al campo tras él.

José López-Portillo y Rojas.

(Concluirá).

INTUICION.

Si amor el aura suspira,
si amor la fuente murmura,
si amor, en la selva oscura,
sus trinos al ave inspira:
si todo cuanto se mira
de amor da aroma exquisito,
¿á qué huir, como un precito,
de su halago tentador,
cuando siento que es amor
el alma del infinito?

Ricardo Palma.

EL SUEÑO DE ESCIPION.

—Canta, hermosa hija del desierto, y divierte á estos mamelucos, con la vieja canción de tus abuelos, mientras el viento azota tu frente con sus manos de polvo y se divierte jugueteando con tu roja vestidura.—

Así gritaba el capitán de húsares, rodeado de sus bravos, que frente á una piramidal hoguera chocaban sus copas con alegre retintín, en tanto que el ejército vivaqueaba en la llanura, alumbrado por la luz de la luna, y el grito de los centinelas se perdía á lo lejos, como el eco del buho en la inmensidad del desierto.

Ella era hermosa con la hermosura del recuerdo, y triste como un presentimiento.

Con la mirada húmeda y extraviada y fijándola á veces con inocente fruición en las llamas de la hoguera, tarareaba una triste balada oriental y pronunciaba no sé qué palabras enigmáticas. Sus ademanes eran simbólicos, misteriosos. Los pretorianos del Bajo Imperio la hubieran creído una sibila errante por los campos de batalla y presagiando desastres; los superticiosos guerreros de Leuctres y Mantinea habrían visto en ella á una pitonisa, descendida de la trípode é interpretando el murmullo de las ondas bajo el laurel de Apolo. Aquellos militares borrachos y descreídos sólo sabían burlarse de la infeliz zíngara, riendo como imbéciles.

—Eh!......... cómo ensarta sandeces esa hermosa muchacha, gritaba el jefe de la caravana—"¡vamos! y ¿qué nos cuentas ahora que nuestros incansables camellos han querido hacer alto aquí, en estas llanuras sembradas de trigo, cerca de bosquecillos de olivos, y riveras salpicadas de algarrobos?"

Aquella alegre caravana de soldados franceses, mercenarios de Ar-

gel y hasta algunos oriundos de Malta y Cerdeña, había hecho alto, desde la noche anterior, en las orillas de Túnez, á donde si el lector gusta, puede trasladarse también, para saber lo que hablaba aquella heterogénea turba de viajeros.

—Vamos, gritaba un mozalvete, vengan la leyenda, la balada y el rancho á restaurar nuestros ateridos miembros y á distraer nuestro pobre espíritu; que apenas la luna asoma sus cuernos allá sobre las ruinas de Carthago, y el vientecillo del puerto aviva las llamas de nuestra hoguera. Anda, bella africana, cuéntanos algo que valga la pena; que ya el carnero chisporrotea en el trinquete y el vino de Chipre ha remojado nuestro europeo gaznate. Y entre el bullicio de la multitud que iba y venía y mientras se aderezaba la cena, la bella hija de Oriente relataba á su auditorio trozos de la interesante historia de las regiones que se extendían á su vista. Ella! errante bohemia, tal vez sin hogar, sin creencias y sin amores, cuyo pasado era un misterio, el presente un sollozo y el porvenir el olvido; ella! narraba á un puñado de extranjeros la historia de otros hombres, otras glorias y otros días; sólo inspirada por su corazón de mujer y las desventuras históricas de un gran pueblo, por lo inmortal de sus maravillosas tradiciones y la muda elocuencia de sus ruinas.

Aquella africana hablaba al grupo de soldados y viajeros que la rodeaban el lenguaje de los vencidos dioses de Roma y de Carthago. El valor estóico, la brava intrepidez y las gloriosas tradiciones de las guerras púnicas enardecían á aquel puñado de valientes, que gustaban de oír á aquella mujer con religioso silencio y vivo interés.

El cielo estaba azul y sereno, bañado apenas por los nacientes rayos de la luna. Algunas estrellas sonreían en la inmensidad y el viento del Mediterráneo venía á besar las murallas del arrabal de Bled-el-Had-Rah, que se levantaban aún festoneadas por yerbas y flores.

A su pié había hecho alto la caravana.

Las llamas de la hoguera crugían sin cesar y á su dúlce fuego cenaban todos tranquilamente.

—¡Qué mira esa zíngara, siempre absorta en sus orientales visiones y anegada en mil ensueños!—murmuraban algunos en voz baja, intentando descifrar los ademanes de la hija del Oriente.

Ella se había puesto de pié; el viento hacía ondular su ropaje color guinda, la luna bañaba de lleno su frente inspirada; brillantes zarcillos de oro y un rico collar de perlas hacían más bella su apostura, y con ademán severo y magestuoso, perdidas sus tiernas miradas hacia el Occidente, tenía el brazo izquierdo tendido en el espacio.

—Ahí estais!—murmuró tristemente, señalando con el índice de su plateada mano las ruinas del palacio de Dido.

—Habla!.............. habla!—exclamaron algunas voces.

Entonces aquella hermosa mujer habló en estos términos:

—Jóvenes guerreros! reísteis siempre al escuchar los cuentos, tradiciones y baladas con que en la soledad del desierto he divertido vuestras vigilias y aliviado vuestra fatigosa marcha. ¡Seres para quienes la memoria de otros días no existe; soñando con la gloria entre el humo de las batallas y hollando con planta indiferente extrañas regiones! A vosotros que veis la conquista como un derecho, la vida como un campamento y la muerte como una derrota, ¿nada os dicen estas ruinas y este suelo, aquí bajo la tienda nómade del desierto y respirando el aromático perfume de las palmeras de mi país?—Su voz calló. En el ademán de todos se notaba la más viva curiosidad é inquietud. Aprovechó ella esos preciosos momentos y como solía hacerlo con sus viejos camaradas habló de esta manera:

—Oíd, dijo, antiguas tradiciones:

—Era una noche solemne y bajo los artesonados arcos de un soberbio palacio, cuyo blanco polvo estais viendo ahora desde aquí bañado por la luna, el rojizo resplandor de una hoguera se escapaba fuera del recinto de sus murallas. Una reina fenicia, venida de Tiro, enmedio del esplendor de su grandeza y árbitra de los destinos de su pueblo, se encuentra de pié cerca de las llamas, fijos los muy abiertos ojos en el suelo, descompuesto el pelo y el vestido, con una espada vuelta hacia su apasionado pecho y pronunciando un nombre divino—En esos momentos se perdía en el horizonte del mar una vela rumbo á Italia; el regio descendiente de un opulento imperio, vencido hacía años por los griegos, se entregaba *á la fuerza de los hados.*

El guerrero Teucro dejábase conducir por la ingrata mano de Mercurio lejos de su amada. Iris, descendiendo del cielo con sus

alas de colores, corta entonces la cabellera á la infortunada reina y el espíritu de Dido se esparce en el viento (1).

Muchos siglos después la grandeza de aquel imperio se hunde también en la nada. Carthago depone su orgulloso cetro á los piés de Roma. Un general cartaginés, que hubiera tenido en sus manos la suerte del pueblo de Numa y de Cincinato, se deja vencer por un descendiente de *Rómulo.* Las águilas del Capitolio extienden sus alas sobre los sombríos templos de Ammon y de Moloch.

Durante las guerras púnicas Roma y Carthago se embisten como dos tigres feroces. En los campos de Zama míranse frente á frente dos hombres extraordinarios: Uno, guerrero indómito y astuto lidiador; otro, general ameritado y noble patricio; uno, el arrojo feroź y la fuerza bruta; otro, el valor heróico y la prudencia; uno, espíritu rencoroso y falso; el otro, noble alma y corazón levantado; uno, implacable vengador de su raza y de su sangre; otro, digno caudillo de un gran pueblo; ambos la ingente figura de su época: uno, Aníbal; el otro, Escipión.

La guerra, como hidra de cien cabezas, se levanta con todos sus horrores.

....

Los manes abandonaron por fin la ciudad de Dido á los hijos de la Loba.

El fuego arrasó sus templos, muros y palacios.

Y los arúspices arrojaron sal sobre sus caldeadas cenizas. Proserpina rió en los funerales de un pueblo fanático y heróico, conduciendo al Orco fatal sus almas encendidas en ira.

Aquello no fué una batalla, sino una hecatombe.

Aquello no fué una lucha de implacables enemigos, sino un holocausto á los dioses irritados.

Las mujeres hicieron de sus cabelleras cuerdas para las máquinas de guerra. Sobre el templo de Esculapio combatieron ellas, los ancianos y los niños, cayendo todos bajo el filo de las espadas romanas. Entonces se vió un espectáculo sublime. Asdrúbal había traicionado á su patria, como otros muchos, besando las rodillas de Escipión y pidiéndole á gritos misericordia. Su esposa indignada,

(1). ....Dilapsus calor; atque in ventos vita recessit.
Eneida—Libro IV v. 705.

lo ve desde las murallas. Atavíase con sus más ricas vestiduras y rodeada de sus pequeños hijos, se arroja al combate arengando á los guerreros, é infundiéndoles heróico valor. La ciudad es tomada por asalto y aquella con su familia y los últimos cartagineses, cae herida y moribunda en las llamas. Cuenta la tradición que espiró, cerca de aquí, en el mismo lugar en que muriera la reina fenicia. El amor había matado á ésta, la patria sacrificado á la otra.

—Locuras del dèstino! prorrumpen algunas veces al oír esta relación.—esas blancas capas de ceniza que vemos todos desde aquí, fueron antes el templo de Esculapio y el palacio de la apasionada africana; ahí ¡quién lo pensara! levantó tambien algunos siglos despues numeroso ejército sus tiendas. Aquellos bravos llevaban vencidos y atados á la cola de sus caballos los Penates de Roma. Genserico hizo de Carthago la capital de sus dominios; la ciudad de Dido vengaba á sus antepasados, como Roma había vengado en Corinto y Macedonia, asesinando á Grecia, las desgracias de Ilion su progenitora. Parécenos que los pueblos se despedazan como hienas; turbiones de sangre y lágrimas, nubes preñadas de ira é implacables rencores forman el cortejo de esta raza humana, digna hija de Cain y juguete del destino.........

—Ja, ja, ja, exclamaron estrepitosamente aquellos soldados,—¡pues no estais viendo que la vida es un juego de azar y el hombre un caprichoso enigma!—Ja, ja, ja!—y aquella turba reía con delirio, mientras que de los ojos de la africana caían dos lágrimas silenciosas que nadie quizá pudo ver.

—Ya lo veis, marujas, dijo el capitán, nuestros tiempos aun con todas sus luces no han podido curar la manía del hombre de divertirse con sangre; y los pueblos, como los individuos, se ocupan todavía de hacer calaveradas en grande escala! ja, ja, ja!—Y todos reían como bellacos ó como imbéciles......

—Lo cierto es que esta mujer se ha puesto triste,—suspiró un joven y taciturno francés, que no había desplegado los lábios entre aquella algarabía.—¡Oh hermosa hija del desierto, ¿sabes tú lo que en mi alma pasa al oirte hablar sobre la suerte de los imperios y al hollar aquí, como tú lo has dicho, el polvo de tantas grandezas derrumbadas?

—Sí que lo sé!—murmuró ella con una leve sonrisa de tristeza é ingenuidad.

—Tú ves, continuó, en estas ruinas que barre el viento, y donde se alzaron los suntuosos salones de tantos magnates, ah! quieres te lo diga? Tu corazón y tu sangre te hacen ver ahí otra cosa que un trájico sainete como á estos idiotas; tú ves desde aquí un pobre lecho de ceniza, sobre él recostado un rey moribundo, gloria y honor de su pueblo y de su tiempo; el campamento cristiano se levanta en tus recuerdos como un cuadro de horror; este campo y estas colinas cubiertas de moros, la flota de un rey de Sicilia desembarcando en el puerto, la trompeta de los cruzados resonando en estas montañas y el magnánimo Luis IX espirando aquí como peregrino, como rey y como santo!—

El joven francés sollozaba en silencio.

La grandeza de los hijos de su patria oprimía dulcemente su alma: todos callaron al oír las últimas palabras de aquella extraordinaria mujer que les hablaba de tantas cosas maravillosas. Un sentimiento profundo de respeto y admiración acabó por dominar á todos los circunstantes que vieron en la misteriosa hija del desierto la imagen de una grandeza caída, algo como el presentimiento de una sibila ó de una diosa. Entonces, acercándose más al grupo que la rodeaba, viósela terminar sus palabras con el inspirado ademán de una profetisa, imponiéndose á la multitud con la superioridad del genio y haciendo caer sus pensamiento sobre el alma de aquellos soldados, como una cascada de luz y de divinas armonías.

—Un rey númida, dijo la joven oriental, llevó á su corte una vez al hijo ilustre de Escipión, á quien llamaron el Africano. Recordóle las gloriosas proezas de su padre y los destinos de Roma. Preocupado con los discursos del rey, el joven guerrero soñó esa noche la augusta sombra de su padre, que conduciéndolo á lo más alto del cielo, y á un lugar donde resplandecían millones de astros, le había dicho:

"Baja los ojos y mira á Carthago; yo la he obligado á someterse al pueblo romano; y en el espacio de dos años tú la destruirás sin dejar piedra sobre piedra, mereciendo por tí mismo el nombre de Africano, que solo debes hoy á la herencia que de mí recibiste...... Para estimularte á la virtud, sabe que hay en el cielo un lugar destinado al hombre justo. Lo que en la tierra se llama la vida, es la muerte. El hombre no existe sino en la mansión eterna de las almas; y á ella sólo se llega por medio de la santidad, la religión y la

justicia, el respeto á los padres y el amor á la patria. Sabe especialmente despreciar las recompensas de los mortales. Desde aquí ves cuán pequeña es esa tierra; cuán escaso lugar ocupan en el globo que apenas divisas los más dilatados reinos: cuántos desiertos y mares dividen entre sí á los pueblos. ¿Cuál, por consiguiente, será el blanco de tu ambición? ¿El nombre de un romano ha salvado alguna vez las cumbres del Cáucaso ó las orillas del Gánges? ¡Cuántos pueblos á Oriente, á Occidente, á Mediodía y al Norte, no oirán en tiempo alguno hablar del Africano! y los que de él hablan hoy ¿cuánto tiempo hablarán, si están cercanos á la muerte? En el completo trastorno de los imperios; en esas grandes revoluciones que el tiempo trae consigo, mi memoria desaparecerá para siempre. ¡Oh hijo mío, concluyó aquella sombra ilustre, no pienses sino en los santuarios divinos, donde oyes esa armonía de las esferas, que ahora encanta tus oídos; no aspires sino á esos templos eternos preparados para las grandes almas y para esos genios sublimes que durante la vida han sabido elevarse á la contemplación de las cosas celestiales!"(1) Tal fué el sueño de Escipión.

—Ya lo veis jóvenes guerreros, prosiguió la bella narradora; si vosotros entendeis así las proezas humanas, un cónsul romano os ha hablado por mí al través de los siglos. ¡Tales son, ya lo habeis visto esta noche, en este mundo la fama, el honor, la sed de gloria y las inmortales hazañas de los héroes!

—¡Ay de vosotros si no sabeis que la verdadera grandeza está oculta en el fondo del alma!

Así habló la hija del desierto.......................................

....

....

Los primeros rayos del alba comenzaban entonces á platear ya las amarillentas colinas de Túnez y las playas del Mediterráneo.

El toque de diana resonaba á lo lejos llenando de alegría á aquella caravana, que se preparaba para nuevas expediciones. ....

Dos horas después, un confuso grupo de soldados se perdía en las arenas del desierto...

(1) Estas palabras con que Cicerón hace hablar á Escipión el Africano, están imitadas (y yo las copio), de un bello trozo que se encuentra en la *República* de Platón. Al ponerlas en boca de una mujer que se supone instruida en las cosas de su país, no he hecho sino narrar datos históricos envueltos en el velo de la poesía.

¿Qué había sido de la africana?

....

Nadie lo supo.

....

Los restos de la extinguida hoguera eran en aquellas soledades la única señal del paso de los viajeros.

Las murallas de Bled-el-Had-Rah quedaron solitarias y silenciosas como antes.

Algunos pajarillos cantaban volando hacia el mar, y el naciente sol venía ¡eterno testigo de tantas perdidas glorias! á besar como siempre las olvidadas ruinas de Carthago.

FERNANDO NORDENSTERNAU.

EN EL ÁLBUM

DE LA

Srita. Eva de la Rosa y Berriozábal.

Eres buena modesta, inteligente;
Pródiga para tí naturaleza
Te dió de las virtudes la belleza,
Y con sus flores coronó tu frente.
De ilustración la sin igual riqueza
Ostentas como un sol sobre tu frente,
Y su aureola pura y refulgente
Ciñe de luz tu espléndida cabeza.
Y si un angel de paz y de consuelo
Hacerte Dios en sus bondades quiso,
Cumple en tu misión, con santo anhelo.
Tornando con tus gracias y tu hechizo
El alma del que ames, en un cielo,
Y tu hogar en un nuevo paraíso.

ESTHER TAPIA DE CASTELLANOS.

EL PRIMER AMOR.

(CONTINÚA.)

V.

JUEGOS DE ESTRADO.

Héme en la casa de D.ª Jacinta González, viuda de ***posibles***, y sin hijos, que reune á su derredor una lucida colección de sobrinos de ambos sexos: tan cierto es así que el dinero no lo hace todo, y que se necesita la familia para disfrutar una dicha verdadera. Algunas solteronas envejecidas, ó casadas estériles, llenan este hueco con un falderillo ó una trahilla de falderillos, que cuidan con esmero dándoles leche y chocolate, haciéndolos dormir en cama y tapados con sábanas finas, poniéndoles camisa, peinándolos, adornándolos con listones y cascabeles y llamándolos *lindos*, *preciosos*, *reyes* y otras cosas por el jaez, igualmente apasionadas. D.ª Jacinta, en lugar de recojer perros, llamó en torno de sí á sus sobrinos, en lo que manifestó tener buen sentido, pues aparte de la superioridad del género, los sobrinos la divertían mucho más de lo que hubieran podido hacerlo los falderillos, ya hubiesen sido de la raza liliputiense de los de Chihuahua, ya de la lanuda, blanca y ladradora de Guadalajara.

En efecto, los mencionados sobrinos,—entediéndose que en este plural van envueltas las sobrinas—jóvenes todos entre quince y veinte años, traían la casa en peso, como suele decirse, siempre solicitados por numerosos amigos, tocando el piano, cantando, improvisando tertulias, riendo y saltando como unos locuelos. Nunca he sabido á punto fijo á qué número ascendían estos alegres parientes colaterales; tal vez mi poca atención me hacía ver distinta la cara de las mismas personas en dos días de visita á D.ª Jacinta; lo cier-

to es que se me figuraba que eran tan numerosos como la familia de Israel, y que todos los días brotaba de la tierra un nuevo sobrino.

Cuando la amable viuda llegó á San Pedro al frente de su parentela, se sintió de uno al otro extremo del poblado, una sacudida instantánea á manera de terromoto, y siguió luego el vértigo de los pasatiempos. Si se escuchaba el tropel de muchedumbre de asnos, y voces y alegres risas que pasaban por la calle, podía asegurarse que era D.ª Jacinta con su cauda de jóvenes, que salía á expedicionar á la Capacha ó á las Piedrotas. Si en las noches de luna se miraba en la primer glorieta del camino de Guadalajara, un grupo alegre de personas que cantaban y bailaban al aire libre, no había que preguntar quienes le formaban, pues eran con seguro los sobrinos y la tía. Cuando se oían sonar en la villa las cuerdas de la música, ya se sabía que había tertulia en la casa de D.ª Jacinta.

Y cuando no había nada de esto, se pasaba el rato jugando al menos juegos de estrado. Numerosas familias acudían á aquellas reuniones de confianza, principalmente las noches de luna, y por ser la sala de escasa capacidad, y á fin de gozar la frescura del viento, celebrábanse las sesiones en la calle, á donde se trasladaban todas las sillas, sillones, equipales, y *locos* (1) que había en aquella casa y en las inmediatas. Cuando el concurso era demasiado abundante, solían sentarse en el suelo algunas damas, y permanecer en pié no pocos caballeros. Los juegos más acostumbrados eran los de *prendas*, la *harina* y el *cántaro*. Formada en círculo la alegre concurrencia, todos sin excepción tomaban parte en ellos, los papás, las mamás, las jóvenes, los jóvenes y los niños; de suerte que resultaba tal guirigay de voces y risas en las diversas escenas que se representaban, que era cosa de alabar á Dios el ver en el mundo tanta simplicidad y tanta alegría.

Por de contado que era yo amigo de uno de los sobrinos de D.ª Jacinta, y que éste me invitaba á sus reuniones. Pero no concurría nunca porque no iba Lola, pues teniamos hecho juramento ella y yo de no ir á ningún paseo ni reunión donde no asistiéramos ambos.

(1) Tranquilícense los lectores, no se trata de los locos del hospital, sino de unos asientos bajos y sin respaldo, que tienen entre nosotros este simpático nombre.

La tarde del día á que me refiero, no obstante, había ido á verme el mencionado sobrino, y me había dicho:

—Supongo que ahora sí irás á casa.

—¿Por qué?—le pregunté.

—Porque va Lola.

Dióme un vuelco el corazón.

—¿Cómo lo sabes?—repuse con incredulidad.

—Porque me lo ha dicho la mamá; vengo de su casa. Las he invitado, y D.ª Agustina se ha comprometido formalmente á honrar esta noche nuestra casa con su presencia. Con que irás, ¿no es cierto?

—Ya se ve que sí, si es verdad lo que me dices.

—En tal caso hasta luego. Voy á invitar á otras personas.

Con esto se alejó el amable sobrino con destino á todas las casas del pueblo.

Llegado el oscurecer, me llamó Lola con el pañuelo, y me acerqué á la ventana.

—Tengo que ir esta noche á la casa de D.ª Jacinta—me dijo.

—¿De veras?—preguntéle haciéndome de las nuevas.

—Sí, no hay remedio. Me resistí, se enojó mamá, protesté, me riñó y he pasado llorando toda la tarde.

—Yo también iré, no tengas cuidado.

—¿Formalmente?—repuso, con acento de alegría.

—Formalmente. Soy amigo de Pedro, uno do los sobrinos de D.ª Jacinta, y ha venido á convidarme hace un momento. De tu casa se vino á la mía.

—¡Qué gusto! En tal caso mucho me alegro dé lo sucedido.

—A ver cómo podemos estar cerca.

—Sin que lo note mi mamá.

—Se entiende.

—Entonces, pues, hasta luego; oigo ruido en el cuarto, creo que ella se acerca.

—Hasta luego.

Por consiguiente, al sonar las ocho de la noche en las cascadas campanas de la torre, llegué, uno de los primeros, á la casa de D.ª Jacinta.

—Cómo! exclamó la dueña de la casa, ¿tanto bueno por aquí? ¡qué milagro!

—Señora, no es milagro—la dije—es que había tenido algunos inconvenientes las otras noches; ahora que no hubo ninguno, me apresuré á venir.

—Porque va á venir su novia! Si no fuera por eso, no hubiera U. venido—saltó Pepa, una de las sobrinas, con aire malicioso.

—No sabía nada—repusé.

—¡Qué casualidad! Es U. adivino.

Era Pepa una morenita graciosa. Se rió con gana y me quedé alelado mirándole la blanca dentadura.

Comenzaron á llegar los invitados, y los sobrinos y yo nos dimos al trabajo de desamueblar la sala y las recámaras en pos de asientos. Serían las ocho y media cuando comenzó la sesión, y Lola no llegaba, lo que me tenía cuidadoso.

—¿Qué vamos á jugar?—dijo D.ª Jacinta.

—¡La harina! ¡la harina!—gritaron algunos chicuelos.

—No, ¡el cántaro!—gritaron otros.

—Eso será después—objetó la mayor de las sobrinas—cuando haya más personas; por ahora vamos jugando al navío.

—No, no,—protestaron los muchachos—es muy fastidioso.

—Ustedes no juegan; ya les llegará su vez—falló la dueña de la casa.

Cada cual escogió su letra; se tomó un pañuelo con una llave atada con un nudo y hecho una pelota, y dió principio el pasatiempo. Andaba el pañuelo volando de un lado para otro del círculo. Se le enviaba discrecionalmente al que se quería, diciendo el que le arrojaba: *allá va un navío cargado de......* El que le recibía, tenía que decir en el acto alguna palabra que comenzase con la letra que había adoptado, y si no acertaba á hacerlo, perdía la partida, daba prenda y quedaba sujeto á sentencia.

YUSUF-BEN-ISSA

(*Continuará*).

EL PRIMER AMOR.

(CONTINÚA.)

Escogí la p, y como es letra socorrida á principio de vocablo, fácilmente hallaba qué decir cuando me lanzaban el pañuelo. Así resulté cargando el navío de *pan*, *piedras*, *pistolas*, *pantalones*, *pelucas*, *pulgas*, etc., causando al pronunciar algunas de estas palabras, cándida hilaridad en el concurso. Fueron perdiendo la partida uno por uno todos los concurrentes, y nos quedamos luchando al fin, Pepa, la sobrina pizpireta, y yo. Era ladina como pocas, y le fluían las palabras que comenzaban con b, que era su letra; verdad es que para ella no había límites ortográficos, y que desde el principio protestó *in petto*, no haber Pirineos entre la b y la v. Así es que cargaba la nave indistintamente de *balas*, *vidas*, *bocas*, *viudas*, *balcones*, *vestidos*, etc., con admirable desembarazo; en tanto que yo no tenía más que un solo campo donde cosechar, pues la p no se puede confundir con ninguna otra letra, ni aun entre los más rebeldes á las reglas de la gramática. Iba y venía el pañuelo de la Pepilla á mí con febril rapidez; parecía nuestra lucha un duelo á muerte. Hallábase interesado nuestro amor propio, y ninguno de los dos quería ser derrotado. La concurrencia callaba interesada en el combate, y nosotros soltábamos una granizada de desatinos por rendir homenaje á las letras de nuestra elección.

De pronto ví aparecer á Lola, y á la Sra. D.ª Agustina, y me olvidé de lo que pasaba.

—*¡Un navío cargado de!...*—oí vagamente que decía Pepa.

Recibí el pañuelo y no contesté nada.

—*¡Un navío cargado de!...*—volvió á gritar mi adversaria

—Arboles!—respondí maquinalmente

—De bobos!—murmuró Pepa notando mi distracción y la presencia de Lola.

—Perdió! ya perdió!—chillaron los muchachos—que entregue la prenda!

Dí mi cortaplumas á D.ª Jacinta, y esperé mi sentencia.

D.ª Agustina me saludó con muy mal gesto; Lola en cambió me sonrió de un modo delicioso. Varias voces varoniles sonaron á mi espalda.

—¡Qué bonita!

—Ya lo creo. Es novia de ese muchacho que acaba de perder con Pepa.

Iguales cuchicheos había en el corro, y los ojos pasaban de Lola á mí matemáticamente. Me sentía triunfar en aquellos momentos.

Sentada á poca distancia, no apartaba Lola de mí los ojos, ni yo cesaba de mirarla, como si tratáramos de hipnotizarnos; y enagenado de alegría, sólo en ella pensaba y me ocupaba de ella únicamente.

Vinieron las sentencias.

—Como sentido y agraviado ¿qué manda vd. al dueño de esta prenda que acaba de salir?—preguntaba D.ª Jacinta, tomando uno por uno los pequeños objetos pue había recibido de los perdidosos, y que había colocado en el fondo de un sombrero.

—Que cante—solía decirse.

—Que baile.

—Que diga un verso.

Y aquí tienen ustedes cantando á los viejos destemplados y tosigosos, bailando á las señoras gordas como elefantes y diciendo versos cojos y absurdos á rudos rancheros é ignorantes dependientes de tienda. La escena se prestaba á una multitud de disparates y chocarrerías que hubieran hecho desternillar de risa al mismo Heráclito, que es el llorón más grande que se ha conocido en el mundo.

A Pepa le tocó por sentencia que se *cayera en el pozo.*

—¿Quién quieres que te saque?—le preguntaron.

—Quiero que me saque Antonio—contestó. Y fuí á sacarla, arrostrando una mirada de reconvención de los ojos de Lola.

La pícara Pepilla estuvo haciendo rabiar á Lola toda la noche, con una multitud de travesuras y pequeñas intrigas. Me hablaba

por mi nombre, me llamaba con frecuencia, acercaba la boca á mi oido para que nos pusiéramos de acuerdo en algún detalle del juego, se reía de buena gana por cuanto le decía, y parecía consagrada nada más que á ponerme en tortura, pues no se me ocultaba que aquella táctica tenía por objeto molestar á mi amada. No pudo al fin dominarse Lola, y una de tantas veces que pasé cerca de ella, me hizo seña de que me detuviera. Estaba entre sus amigas, y su mamá se hallaba distante.

—¡Cuán contento está vd.!—me dijo con ironía—tiene vd. muy buen humor esta noche.

—Ya se ve que sí—la dije—¿no ve vd. cuan escogida es la concurrencia! Y la miré con intención, á fin de hacerle comprender que por ella lo decía.

—No hay necesidad de que nadie venga de fuera para que la reunión sea escogida—replicó—son muy simpáticas las hijas de D.ª Jacinta.

Comprendí la alusión.

—Es la primera vez que vengo—continué—y es probable que sea la última.

—¿Por qué? ¡Vaya una originalidad!

—Porque es difícil que se reunan otro día las circunstancias que ahora me han traído.

Con estas razones se tranquilizó algo Lola, y me alejé para no llamar la atención.

—Es tiempo de jugar á la harina!—gritaron los chiquillos.

—Vamos, pues,—otorgó la casera—traigan ustedes todo lo necesario.

Los listos chicuelos llevaron en un momento una mesita, un platón lleno de harina, un cuchillo, una bala de plomo y una linterna de hoja de lata con una vela encendida. D.ª Jacinta formó con sus mismas manos una pirámide con la blanca harina, colocando la bala en la cúspide, y comenzó la función in continenti. El primero que empuñó el cuchillo para rebanar aquella torre farinacea, hízolo con tanto garbo, que casi destruyó la mitad de la blanca mole. Los que le siguieron continuaron la destrucción por la parte donde la base estaba intacta, á fin de no exponerse á un fracaso, y así, de ataque es ataque, se fué trasformando de mil maneras el blanco montón apretado por la casera. Pasó de pirámide truncada

por un costado, á espesa muralla triangular, después se convirtió en gruesa torre, luego en delgado obelisco, y finalmente, por lo desnivelado de su cuerpo, tornó á parecer torre......de Pisa. Al llegar á este punto, no había ya mano animosa que se atreviese á rebajar buena cantidad de sustancia. Con la finura con que el cirujano maneja el escalpelo, quitábanles algún sutil polvillo á las partes más gruesas, y así la ansiedad pasaba con el cuchillo, de persona en persona.

Ví claramente á D.ª Jacinta mover con el dedo meñique y de un modo imperceptible el platón, cuando el relamido cuarentón D. Manuel Quiñones, raspó la superficie de la harina. Malas lenguas decían que la casera hacía ojos tiernos á aquel tenorio incorregible. Si así era, no cabe duda que la travesura fué una gracia de mujer que se insinua, una coquetería verdaderamente exquisita. Tenía D. Manuel una hermosa barba entrecana y una nariz de competente volumen. Comprendía que se iba á poner muy feo con la harina.

—A sacar la bala con la boca!—chillaban los muchachos.

—Vamos D. Manuel, hágase vd. el ánimo—le decía D.ª Jacinta con voz zalamera.

—No, eso no,—objetaba D. Manuel—haré cualquier otra cosa.

—No! no!—gritaron furiosos los niños, reforzados por voces adultas—á sacar la bala!

No hubo remedio. Tuvo D. Manuel que hacerse el ánimo, cerró los ojos, y metió en la harina el rostro monumental. Buscó algún rato con los labios, y luego, como el buzo que saca una perla del fondo de los mares. levantó la faz mostrando la bala entre los dientes. Estallaron por todas partes alegres risas. Los niños ocupaban las altas regiones del pentagrama, las mujeres las regiones medias, y los hombres las inferiores. ¡Qué zambra por Dios! ¡que gresca!

La verdad es que Quiñones estaba soberbio. Tenía una mancha blanca en la frente; su nariz forrada de harina, parecía tan enorme, que alguien la comparó con una pieza de pan blanco. Sus barbas llenas de polvo, dejaban ver la boca como un agujero tenebroso, y las cejas y pestañas enteramente albas, hacían aparecer colorados los ojos, como si hubiese llorado. Era un *clown* mucho más ridículo que los de las compañías acrobáticas. Y lo que le daba más sal y pimienta al caso, era ser quien era aquel polichinela, nada menos

que un estirado y empedernido galán, que cuidaba esmeradamente su persona desde hacía cerca de treinta años, y se vaciaba en la cabeza pomos de aceite, mucha pomada húngara en el bigote y frascos de esencia en el pañuelo. Aquella noche tuvo D. Manuel su función de beneficio. Hasta D.ª Jacinta se rió de él de muy buena gana.

—A ver D. Manuel!—le decía—oh! oh! ¡que gracioso! Y parecía que la hilaridad la iba á hacer perder el equilibrio en el asiento.

No le permitieron sacudirse á aquel pobre hombre, y siguió la batahola, hasta que damas, caballeros y chiquillos se hubieron puesto una máscara de harina en el semblante. Después que nos hubimos reído mucho, y que, por el exceso mismo del júbilo se hubo gastado este resorte de hiliaridad, pasamos á otra cosa.

Resolvióse que se quebrara un cántaro con los ojos vendados. Había al efecto, una cuerda amarrada, que iba de las rejas de una ventana, á la rama de un árbol inmediato, la cual cuerda había prestado ya muy buenos servicios otras ocasiones. De ahí se suspendió el cántaro, y acto continuo dió principio la diversión.

Los muchachos brincaban delante de D.ª Jacinta, suplicándole que los vendara.

—¡A mí! ¡á mí!—gritaban.

—Niños, después,—gritó la señora—primero los grandes.

Un señor licenciado tuvo la honra de abrir la marcha. Púsole D.ª Agustina una apretada venda en los ojos, hízole dar varias vueltas al derredor de su propio eje, dióle un grueso palo que empuñó el candidato con tanta energía como si fuese la espada de la ley, y colocándole á regular distancia del cántaro, díjole:

—Ya!

El honrado jurisconsulto avanzó dos tímidos pasos en dirección extraviada, levantó con indecisión el garrote, y dió tres débiles golpes al vacío, en medio del alboroso general.

Siguió luego Pepa. Levantó el palo con garbo, y se dirigió resueltamente al ala derecha de la reunión, poniéndola en fuga precipitada.

—Por ahí no!—gritaban varias voces.

Paróse la jóven, reflexionó, tomó su resolución, y dando una vuelta de flanco, se dirigió á paso veloz hacia el ala de la izquierda, introduciendo la dispersión en las filas.

—Por ahí no!—tornaron á gritarle en medio de un coro de risas.

Pero ella, creyendo que se le engañaba, siguió avanzando con el palo enarbolado, hasta que descargó un golpe vigoroso en el respaldo de una silla vacía. Luego se quitó la venda y prorrumpió en sonoras carjadas al ver su equivocación.

—¡Qué tonta!—dijo— ¿por qué no caminaría derecho?

Fué vendada en seguida, la canija mujer de un señor magistrado que se hallaba presente. Tengo para mí que la buena señora encontró por donde ver á través de algún insrterticio del lienzo, y me fundo para ello, no en que haya roto el cántaro, pues no le rompió, sino en que, tan luego como la dejó de la mano D.ª Jacinta, se dirigió á paso precipitado al sitio donde se hallaba sentado su marido, blandiendo el grueso bastón con que fué armada. Detenida á tiempo, y habiendo obligado á su consorte á cambiar de colocación, le siguió por segunda vez al nuevo lugar donde fué á instalarse, y es seguro que á no haber tomado las de villadiego el señor magistrado, le hubiera hecho pedazos la crisma en son de juego, en aquel punto y hora. ¡Tal vez desavenencias intestinas, celos trasnochados ó simple abundancia de bilis hayan movido su mano desapoderada!.....

Uno de los sobrinos de D.ª Jacinta tuvo la gloria de romper el cántaro. Verdad es que la tia le dejó al descubierto la mitad de un ojo, y le hizo algunas indicaciones al oído; pero, como quiera que sea, el resultado fué que hizo pedazos la vacija, originando con ello atronadora gritería y no poca admiración en la grey infantil que pululaba por todas partes.

En medio del general desorden, logré apoderarme de una silla que estaba á la espalda de la que ocupaba Lola. Acerquéme á su oído y le dije en voz baja:

—Lola, aquí estoy.

Volvió el rostro sorprendida, y me miró intensamente algunos segundos.

—No te vayas—díjome por lo bajo—quédate aquí.

—¿Y tu mamá?

—No te ve; está léjos y distraída.

—¿No estás ya enojada conmigo?

—Ya no; pero prométeme que no has de volver á ponerte tan alegre y chancero como hace poco.

—Te lo prometo.

—¿Estás contento aquí?

—¡Cómo no si estoy contigo! ¿y tú?

—Ahora sí; hace poco, nó; tenía deseo de marcharme. Mira—prosiguió—van á jugar nuevamente.

—¿Qué ès eso?

—Un juego muy tonto que se llama *las calabazas*; es propio de muchachos. ¿Nunca lo jugaste?

—No recuerdo.

—Consiste en que una persona haga el papel de lobo, colocada en medio de un círculo de personas cojidas de la mano. Da vuelta la rueda en derredor de ella, cantando una canción monótoma. Procura el lobo abrir brecha para salirse del círculo, y luchan por impedírselo los que forman la rueda; si se sale, vuelve á su ser natural, y el que le deja salir, le reemplaza en el papel que representaba. Así sigue repitiéndose la escena hasta que le pone término la fatiga.

—¿No vienen á jugar?— nos preguntaron.

Nos negamos con diversos pretextos, y continuamos en observación desde nuestros asientos.

Cogiéronse en efecto, de la mano los jugadores, habiendo dejado en medio á un tío mío en calidad de lobo, y comenzó á girar la rueda con pasos precipitados, que confinaban con la carrera, primeramente en un sentido, y luego en otro. Entretanto cantaban todos con voz destemplada y entrecortada por la fatiga:

Toma esta canastita
De calabazas
¡Quien te manda ser lobo!
¿Por que no abrazas?

Mi tío andaba dentro como fiera enjaulada. Hizo varias tentativas para romper el círculo; pero fueron infrutosas, porque se estrechaba la rueda y se apiñaban en su derredor todos cuantos la formaban, tan luego como hacía algún esfuerzo por escaparse. Y era aquello un tumulto, una griteria y una algazara tales, que parecía el día del juicio.

Al fin se abrió paso, y como la traviesa Pepilla fué quien se dejó vencer, ingresó al centro del círculo, y principió de nuevo la lucha. Pepilla dirigió todos sus ataques contra mi tío, y á poco rato le obligó á representar de nuevo el interesante papel de lobo.

Mi tío por su parte, procuró vencer otra vez á Pepa, y lo logró; y sea por casualidad, por amor propio ó por algún otro motivo, continuaba así el juego en invariable alternativa y constante lucha entre mi tío y Pepa, sucediéndose el uno al otro, en la representación del animal enemigo de los corderos. -

—Estoy rabiando!—oí que decía una voz cerca de mí.

Volteé sorprendido, y encontré sentada á mi lado á la mujer de mi tio, cuarentona alta y gruesa, que tenía merecidísima fama de celosa.

—Pues qué pasa?—le pregunté sin enterderle.

—Que Pepa es una loca.

—No lo he notado ¿qué ha hecho?

—¿No la ves jugar de manos con tu tío.

—En eso consiste la diversión, según parece.

—Pero ¿por qué no se dirige á alguna señora para romper la rueda? Sólo mi marido le gusta para lobo.

—Ha de ser casualidad; no crea vd. que lo haga con malicia.

—Tengo bastantes años para no conocer el mundo. Pero mira—exclamó con exaltación—mira como le estruja. Ya verás como me la paga!

Diciendo esto, se levantó mi parienta, y se coló en el numeroso grupo de los que jugaban. En aquel momento pugnaba Pepa por romper la cadena, y empujaba á mi tío vigorasamente con el hombro. Para reforzar la rueda habiánse juntado todos los jugadores en derredor de Pepa, riendo, gritando, armando una barahunda extraordinaria. Busqué con la vista á mi celosa tía política, la ví levantar la cabeza para distinguir á Pepa, mirar en derredor á ver si alguien la observaba, y convencida de que no había quien reparara en ella, levantar la robusta y cerrada mano y dejarla caer tres veces con fuerza sobre la cabeza de Pepa. Hecho esto, se escabulló entre el grupo sin que nadie la viese.

—Ay! ay!—gritó Pepa en el acto—¿Quién me pega?

Al oir aquellas exclamaciones, cesó el juego y reinó tanta sorpresa como confusión en el concurso. Acudió luego D.ª Jacinta jadeante por las carreras que había dado.

—¿Qué sucede? ¿qué tienes?—articuló con las fauces secas.

—Tía, no sé quien me ha pegado; tenía la cabeza inclinada, y no pude ver.

—No puede ser; se te habrá figurado. Todas las personas que hay aquí son educadas. ¿Quién se había de atrever?

—¡Cómo se me había de figurar, si todavía me están doliendo los golpes! Mira tía, toca aquí—y tomó la mano de D.ª Jacinta y se la llevó á la coronilla de la cabeza.

—Jesús!—gritó D.ª Jacinta—si te han levantado dos bolas enormes! Probrecita! ¡Qué atrevimiento! ¡qué grosería!

Esta escena resfrió los ánimos, como era muy natural. Todo el mundo se sentía molesto, pensando que la sospecha recaía sobre todos, en virtud de la falta de conocimiento del verdadero autor del desacato. En vano, ya serena D.ª Jacinta, trató de galvanizar la reunión. La dispersión se declaró en todas las filas, y me fué preciso marcharme de ahí á poco.

—¿Qué dices de lo sucedido?—le dije á Lola al despedirme.

—Que es muy bien hecho.

—¿Qué cosa?

—Lo que hizo tu tía política.

—¿Luego la viste?

—Por supuesto. Le daría su gala, si no fuera porque es necesario guardar el secreto.

—Pero ¿por qué se la darías?—preguntélo riendo.

—Porque es muy loca esa Pepa!

Yusuf-ben-Issa.

(*Continuará.*)

EL AMOR DEL CIELO.

POEMA.

(CONCLUYE.)

CANTO VII.

FUERZA Y ASTUCIA.

Veloces los convidados
Llegan á orillas del mar,
Y allí se paran, y en círculo
Formándose todos van.
En el centro se colocan
Los que van á pelear,
Y á su lado dos padrinos
Tiene luego cada cual.
Una espada al de Nevadas
Y otra á su adversario dan,
Ambos en guardia se ponen
Y el combate empieza ya.
Es muy oscura la noche,
Aún no empieza á alborear,
Y sólo bultos distingue
La vista más perspicaz.
Crúzanse los dos aceros
Y es tan rudo su chocar,

Que saca chispas, cual salen
Del herido pedernal.
Entre aquella sombra densa
Y en aquella soledad,
Sólo se escucha este ruido,
O á intervalos cuando más,
Alguna horrible blasfemía,
Invocación á Satán,
Que lanza el viejo furioso
Cada estocada al parar.
Pasan algunos momentos
De esta lucha ruda asaz,
Sosteniéndose el combate
Por ambos con recio afán!
Por fin el viejo se cansa
Y comienza á recular;
Apenas su débil brazo
Puede defenderle ya.
Angustiado el de Nevadas
Viéndose acosado, audaz
Inventa un ardid horrible,
En cuyo logro será
En medio de las tinieblas
Cómplice la oscuridad.
Así, pues, de pronto un grito
Lanza con voz sepulcral,
¡Muerto soy!, dice, y al punto
Movido por la piedad,
Román el acero baja
Y un paso adelante dá;
Mas en el mismo momento
Se lanza sobre Román
El viejo, y la infame espada
Le hunde del pecho en mitad.
Román vaciló un instante,
Hizo ademán de gritar,
Mas sólo lanzó muy débil
Un gemido gutural.

Alzó las manos al cielo
Con inconsciente ademán,
Y súbito desplomado
Cayó de un golpe hacia atrás.
El viejo emprendió la fuga
Luego, con celeridad,
Y el grupo de convidados
Aquesta escena al mirar,
Se desbandó en un instante
Por la ribera, fugaz.
Solamente los padrinos
Acompañan á Román,
Que así lo mandan las leyes
Del honor y la amistad.
Ponen la mano en el pecho
De Román: horror les dá,
Que por la ancha abierta herida
Sale de sangre un raudal.
Aun respira el desdichado,
Aunque gradualmente van
Su corazón y su pulso
Cesando de palpitar.

CANTO VIII.

ULTRATUMBA.

Al recibir la herida
De la mano alevosa del anciano,
Sintió Román un sufrimiento inmenso,
Y de la muerte la piadosa mano
Sus pupilas cubrió con velo denso.
Sumido en profundísimo letargo,
Su pecho apenas respirar podía;
Pasó en este sopor un tiempo largo,
Sin oír, ni mirar en su agonía.

Los padrinos en vano le llamaban
Con angustiado acento,
Pues inmóvil y mudo, contemplaban
Que á lanzar iba su postrer aliento.
De súbito Román sintióse hundido,
En un vacío lóbrego y profundo,
Tanto, que junto á él hubiera sido
La noche más oscura de este mundo,
Como sereno día
Lleno de claridad y de alegría.
El silencio espantable
Reinaba en derredor; ningún acento
Si quier de tenue ráfaga de viento,
Conmovía la sombra formidable.
Soberano terrible
De aquel abismo inmenso,
De las tinieblas en el seno denso
Se elevaba el Terror, mudo invisible.
En su pánico inmenso, á lo pasado
La mirada tornó con amargura;
¡Ah! que inmensos escombros de ventura
Tras él la suerte había amontonado!
Tornó los ojos á su amor primero,
Al amor de sus dias de pureza,
¡Qué cuadro tan risueño y placentero!
¡Qué mundo de ilusiones y belleza!
Era un fondo infinito de esplendores
Donde sin fin vagaban halagüeños,
Inocentes amores
Alimentados de éxtasis y ensueños.
Y su Blanca ideal el centro era
De aquel mundo inefable de ventura,
Y su boca hechicera
Le tributaba su sonrisa pura.
¡Oh! cuán loco y culpable había sido,
Arrastrando su vida por el cieno,
Y echando lodo, crímenes y olvido,
Sobre ese amor purísimo y sereno!

Lloró Román, y de dolor violento
Transido de su alma en lo más hondo,
De su pecho en el fondo
Vergüenza al cabo halló y remordimiento.
Y su idea rebelde convertida
Hacia el Dios infinito,
Este supremo grito
Lanzó por fin del alma arrepentida:

"Pequé, Señor, pequé,
Seguí la senda oscura
De la maldad impura,
Tu nombre blasfemé.

"Un puro amor, avara
Guardaba el alma mía,
Llama santa que ardía
Como el fuego en el ara.

"Mas se extinguió su lumbre
Y me perdí en la noche,
E hice al cielo un reproche
De mi gran pesadumbre.

"Mas ¡ay! si torpe vuelo
Seguí descarriado,
Siempre el alma ha buscado
El camino del cielo.

"Se turbó mi razón,
Mis ojos cegó el llanto:
Perdóname, Dios santo,
¡Perdón, Señor, perdón!

....

El abismo rasgó en aquel instante
Como el rayo la nube tenebrosa,
Ráfaga luminosa
Salida de la noche, titilante.
Y Blanca descendió á la sima umbría
Pendiente de aquel rayo luminoso,
Que á través del abismo pavoroso
Arriba en lo invisible se perdía.
Era su Blanca amada

Bella, más bella que lo fué en la vida,
De divina hermosura revestida,
Dulce, trasfigurada.
Su forma vaporosa,
Condensación de nube parecía,
De esas que al despuntar el alba hermosa,
Visten el esplendor del nuevo día.
Su blonda cabellera de hermosura,
Como aureola espléndida brillaba,
Y el ojo deslumbraba
Su nívea vestidura.
Era su rostro angelical; bañado
Se miraba de luz blanda y suave,
Y una expresión mostraba dulce y grave
Con que nunca en el mundo se ha soñado.
En sus miradas éxtasis había,
Unción en sus sonrisas de pureza,
Y en toda su belleza,
La dicha celestial resplandecía.
Llegóse á él, con su mirar divino
Calmando de su pecho la agonía,
Y tomándole, tierna, por la mano,
El vuelo soberano
Emprendió hacia la luz de donde vino.
Pronto acabó la sombra, la penumbra
Muy luego sucedió á la noche umbría,
Después siguió la luz del claro día,
Después la refulgencia que deslumbra.
Soplaban auras fresca impregnadas
De suaves esencias,
Sonaban blandas músicas sagradas,
De sublimes purísimas cadencias.
Espirales de almas, cual de incienso
Atomos de blancura deslumbrante,
Por aquel océano fulgurante,
Ascendían al trono del Inmenso.
De ángeles y arcángeles el coro
A lo lejos se oía en el misterio,

Y se escuchaba el resonar sonoro
Del místico psalterio.
Sintiéndose Román feliz y henchido
De placer inefable,
Vió deshacerse el en eterno olvido
Los rasgos de su vida miserable.
En esta nueva y plácida existencia,
Gozar y ser el mismo se sentía,
Perfume y melodía,
Júbilo, inmensidad y refulgencia.
Y uniéndose á los coros de las almas
Que surcaban los piélagos de gloria,
Por los aires, alzando entrambas palmas,
Iba entonando cantos de victoria.
E impregnado de célicas dulzuras,
Sintiendo el reino del Señor bendito,
Decía:¡ Hosanna, hosanna en las alturas
Al Dios del infinito!

CANTO IX.

MAR Y CIELO.

En tanto los padrinos contemplaban
Que de Román la vida se extinguía;
Que sus rígidos miembros se enfriaban,
Y cual péndulo roto y descompuesto,
Su corazón parábase ó latía.
Cuando el primer albor de la mañana
Despuntó en el Oriente,
Miraron á su luz vaga y temprana,
Sepulcral lividez cubrir su frente.
Sus labios se movieron
Cual diciendo palabras de alborozo,
Y sus facciones todas se cubrieron
Con la expresión de un inefable gozo

Después lanzó un suspiro prolongado,
La sonrisa vagó en su labio yerto,
Y como á sueño plácido entregado,
Inmóvil quedó luego: estaba muerto!
Los padrinos sus restos
En una barca echaron,
Y con ánsia febril y remos prestos
De la trágica playa se alejaron.
Bogaron con vigor: tranquilo Eolo
No conmovía el diáfano elemento;
Y al arribar á la alta mar, do sólo
Agua se ve do quier y firmamento,
La carrera pararon,
El ancla ataron á los piés del muerto,
Y del piélago inmenso en el desierto
A Román arrojaron.
En las ondas marinas
El golpe resonó, la mar hirviente
En círculo moviòse, y refulgente
El sol hirió sus curvas cristalinas.
Después la mar se sosegó, su velo
Corrió sobre Román el triste olvido:
Su cuerpo en la ancha mar quedó perdido
Y se abismó su espíritu en el cielo.

José López-Portillo y Rojas.

EL HIPNOTISMO.

I.

De la palabra griega *hypnos* (sueño) viene hipnotismo, nombre que se da al conjunto de fenómenos que se observan en una persona colocada bajo la influencia del sueño magnético. El encadenamiento y las leyes de tales fenómenos comienzan á constituir una ciencia; pues aunque hechos análogos se hayan observado desde remota antigüedad, el estudio razonado de ellos es relativamente moderno. Por lo pronto, surge una cuestión inicial: ¿existen en realidad esos hechos cuya explicación satisfactoria no ofrecen hasta ahora las demás ciencias, ó en este punto, como en varios otros, la supercherĺa y el embuste sirven de base á pretendidas leyes naturales?

Graves autores confiesan que si bien se abusa del hipnotismo exagerando su alcance y sus consecuencias, no puede decirse que sea charlatanería pura, sino que por el contrario, ofrece á la investigación científica campo fecundo de experiencias y descubrimientos. Permítasenos transcribir lo que ha dicho recientemente acerca de esta materia, un distinguido filósofo, Paul Janet, nada parcial por cierto en punto á materialismo: (*) "El hecho de la sugestión hipnótica, de que se ha hablado hasta el fastidio en estos últimos tiempos, es sin duda uno de los hechos más ciertos y mejor probados. Tal hecho, en definitiva, no asombra sino por las consecuencias extraordinarias que ha producido, porque en su origen no era de ninguna suerte ignorado. Se sabe, efectivamente, que en el sueño,

(*) *Une chaire de psychologie*, Revue des deux mondes, 1.° de Abril de 1888.

aun normal, puede haber siempre más ó menos comunicación entre la persona que duerme y las que la rodean. Nadie se admirará, por ejemplo, si cuando se toca algún instrumento cerca de alguien que duerme, sin despertarlo, tal persona diga ya despierta que ha asistido en sueños á un concierto de ángeles. Mézclase la sensación al sueño, y por vía de asociación, sugiere una serie de imágenes que con ella se relacionan. Sabíase también que en ciertos casos se puede obrar sobre un hombre dormido, y obtener por la palabra respuestas, ó por otra señal, suscitar y dirigir sus ensueños. "Un sonámbulo, dice Carpenter, tenía la costumbre de representar sus sueños. Le sugerían la idea de una querella que acaba por desafío; poníanle una pistola en la mano y tiraba del gatillo; dábanle así sueños á voluntad." Tal es el hecho elemental que, agrandado y desarrollado en ciertas organizaciones y sobre todo en ciertas enfermedades, señaladamente en la histeria, se convierte en el hecho extraordinario de la sugestión con todas sus consecuencias. Tampoco sería imposible hallar su origen en el estado normal. Si dicen á un niño que el viento que sopla es voz que llora; que un pálido reflejo de la luna es fantasma, oirá voces y verá fantasmas. Este propio hecho, en el hipnotismo y en la historia, produce inesperados fenómenos. Pueden sugerirse al hipnotizado, bien sea movimientos, bien sensaciones, bien actos más ó menos complexos. Se le aproximan los dedos, y los manos se cruzan por sí mismas; se le colocan los piés en el primer peldaño de una escala, y la persona empieza á subir. Un objeto desconocido nada sugiere. La vista sugiere movimientos de imitación. El enfermo viene á ser como un espejo, á tal grado, que reproduce por la izquierda los movimientos producidos por la derecha. Esto en cuanto á movimientos; también se provocan sensaciones ilusorias, y, en consecuencia, alucinaciones. Tales alucinaciones pueden producirse con ayuda de un objeto real cuya naturaleza se transforma; así se hace pasar el agua pura por amoniaco, ó el amoniaco por agua pura Pueden obtenerse los mismos efectos sin objeto real y sólo por el mero hecho de la palabra, y aun por la simple asociación de las ideas. Decid á la persona hipnotizada que está en un buque y que va á NuevaYork, y al punto experimentará el mareo. La sugestión puede también recaer sobre fenómenos puramente físicos, por ejemplo, la parálisis. Se habla asimismo en la actualidad de quemaduras subjetivas, de vejigato-

rio sugestivo, y los extraños fenómenos de los estigmatizados acaso tengan origen en algo de ese género.

"Vienen después las sugestiones de actos, las más importantes de todas, porque ellas son las que más hacen parecer á los somnámbulos hombres despiertos, y las que, pasando del dominio del sueño al dominio de la vigilia, provocan la grave cuestión de la responsabilidad. Pueden reducirse esas especies de sugestiones á tres grupos: sugestiones hechas durante el sueño de acciones que han de cumplirse durante el sueño; sugestiones hechas durante el sueño de acciones que han de cumplirse en la vigilia; en fin, sugestiones durante la vigilia de actos que han de cumplirse en la vigilia. Aquí es donde la sugestión aparece con todos sus prodigios, pues se citan ejemplos de sugestión á más de tres meses de plazo. Por ejemplo, se dice á un antiguo soldado: "Dentro de tres meses, os encontrareis en el salón del doctor fulano. Allí veréis al Presidente de la República, y os dará una cruz." En el día fijado, el sujeto entra en el salón del doctor, con no poco asombro de las personas presentes; se inclina hacia el vacío en medio del salón, hace señas de que recibe alguna cosa y dice: Gracias, excelencia." (*)

De intento hemos dejado la palabra al ilustre filósofo espiritualista, porque los hechos que refiere parecen indudables, á lo menos se hallan cubiertos con la sombra de su reconocida autoridad. Podríamos extendernos largamente relatando casos más ó menos verosímiles que citan los especialistas; pero para formarse idea del hipnotismo, creemos bastan las someras indicaciones de Paul Janet. Mas en materias científicas se requiere gran copia de hechos de calidad idéntica para basar sobre ellos una teoría; después de la observación de fenómenos semejantes tiene que venir la explicación de ellos. Ahora bien, ¿hay en lo referente al hipnotismo número suficiente de hechos para avanzar desde luego una hipótesis con visos y apariencias de científica? Unos lo afirman; pero muchos creen que sería menester esperar todavía nuevos datos para resolver acertadamente el problema. Sin embargo, aun suponiendo que los tales hechos sean relativamente escasos y no del todo comprobados, no sería fuera de razón el intento de buscarles explicación más ó menos satisfactoria. Al efecto, juzgamos que lo más cuerdo

(*) *De la suggestión*, por Bernheim.

será dirigirnos á aquellos sabios que, no interesados directamente en la cuestión, ni ofuscados por prevenciones de escuela, puedan dar imparcialmente su opinión en tan delicado asunto. Guiados, pues, por una obra reciente de ese género, (*) procuraremos exponer en breves frases la esencia del hipnotismo y la teoría que explica sus fenómenos.

II.

"Toda la ciencia del hipnotizador consiste (dice el Dr. James) en su poder de acción sobre el sistema nervioso;" de suerte que comienza por echar una rápida ojeada á las funciones de ese sistema, el cual ofrece á la consideración tres grandes centros: el cerebro, la medula espinal y los nervios. A esos centros se ligan tres grandes facultades: la inteligencia, la sensibilidad y el movimiento. Reside en el cerebro la inteligencia, ocupando, según se cree, la periferia del órgano; pues en la meningitis, ó inflamación de las membranas que lo envuelven, se produce el delirio, mientras que si ataca la parte central ó la base, muchas veces queda intacta la inteligencia.

Toda la periferia del cuerpo es sensible; le comunican tal sensibilidad los nervios, que á modo de hilos conductores emanan del cerebro y de la medula espinal y se esparcen en todos sentidos, envolviéndonos en una verdadera red. Hay que advertir, empero, que ciertos órganos interiores, como el cerebro y la medula espinal, son completamente insensibles en varias de sus partes. Esa sensibilidad general suele llamarse tambien *sensibilidad táctil*, á diferencia de las *sensibilidades sensorias* que pertenecen propiamente á los órganos de los sentidos, como el nervio óptiro que percibe la luz, el nervio lingual los sabores, el nervio acústico los sonidos. Cada uno de estos nervios tiene la particularidad de no poseer sino su sensibilidad especial estando más ó menos desprovisto de la táctil.

Tiene el movimiento, como la sensibilidad, su punto de partida en el cerebro y la medula espinal, y también por medio de los nervios se transmite á los músculos que han de ejecutarlo. Estos nervios se llaman *motores* para distinguirlos de los nervios *sensitivos* ó de la sensibilidad, Desígnanse también estas dos especies de ner-

(*) *L' hypnotisme expliqué*, por el Dr. C. James, París 1888.

vios con el nombre de *pares*, porque reinan igualmente en cada mitad del cuerpo. En el rostro, los nervios sensitivos y los nervios motores son enteramente distintos; en el tronco y miembros, al contrario no forman más que uno. Sin embargo, la parálisis puede atacarles aisladamente. Consiste esto en que de la mitad anterior de la médula espinal, ó sea la parte motriz, sale un grupo de filamentos nerviosos, que luego se reunen en un pequeño haz llamado *raiz*; y de la mitad posterior, ó parte sensitiva, se escapa asimismo otro grupo de filamentos que, como los primeros, forman otra raíz. Ambas raíces, convergiendo entre sí, se reunen en un tronco ùnico, llevando las primeras su movimiento y las segundas su sensibilidad, de manera que se forma un nervio á la vez sensitivo y motor. Pero no se fusionan hasta confundirse, sino que caminan paralelamente como hilos de telégrafo, de lo cual resulta que el nervio que han formado, sin perder la independencia de su origen, podrá atacarse de un modo aislado en su movimiento ó en su sensibilidad.

Aunque poco se ha progresado en el estudio de las localizaciones cerebrales, parece indudable que ciertas partes del cerebro presiden á ciertos movimientos, sobre todo, tratándose de movimientos hacia adelante, hacia atrás, de rotación y en círculo. Excitando, pues, tal ó cual punto del cerebro, podrá hacerse que un animal ejecute determinado movimiento, absolutamente como si se manejasen los resortes de un autómata.

Tal es en compendio, el modo con que funciona el sistema nervioso en estado normal; pero la enfermedad puede causarle ciertas perturbaciones. Entre éstas, podemos citar para nuestro propósito las conocidas con el nombre de enajenación mental. El extraviado obedece casi siempre á una idea fija, es un monómano. La monomanía puede atacar los sentidos que se sirven de un nervio especial; hay individuos que ven un espectro que los persigue; otros que oyen voces que los llaman, algunos que creen estar saboreando los más exquisitos manjares. En vano se procuraría convencerlos de su engaño; parece que una fuerza superior los domina haciendo inútil todo razonamiente. En tales casos, el individuo no se pertenece, dominado como está por una fuerza superior que hace de él un ente sin conciencia ni responsabilidad. Pues el hipnotismo no es más que la provocación de una enajenación artificial, por la que se domina enteramente al individuo.

III.

Para realizar esto, lo principal es procurar un sujeto lúcido; comunmente una joven histérica, es decir, de grande impresionabilidad nerviosa. El operador se coloca delante de ella, la mira fijamente y le reçomienda que haga otro tanto. Se prolonga esta actitud hasta que la joven experimente ese sentimiento de vértigo que se llama fascinación; si fuere preciso, se activa este resultado moviendo ante sus ojos un cuerpo metálico de colores brillantes. Pronto se cierran sus párparos. Dirigiendo entonces el hipnotizador las manos á la frente de la hipnotizada, las mantiene así por algunos momentos, luego las baja lentamente á lo largo del cuerpo, en el sentido de los nervios que del cerebro van hasta los confines de nuestros tejidos. Se repiten varias veces estos *pases*, procurando concentrar el poder magnético en el nudo vital, esto es, en la nuca, donde se junta el cerebro con la medula espinal.

El sujeto queda dormido. Pertenece desde entonces al hipnotizador, en cuerpo y alma, como si éste le hubiese robado su facultad de pensar y le transmitiese la voluntad de obrar del propio hipnotizador. Dícese que es raro que se obtenga desde luégo la sugestión absoluta; es menester, en general, repetir varias veçes la operación. Pero la hipnotizada cesa de ser ella misma para convertirse, sin saberlo, en un segundo *yo* del operador.

El hipnotizador ejerce imperio absoluto sobre los nervios de los órganos de los sentidos. Puede á su antojo hacer al sujeto ciego, sordo, sin gusto; después, á su voluntad también, restituirle la facultad de ver, de oir, de gustar; puede igualmente crear todas las alucinaciones que sufren los enajenados. No es menor su poder sobre los nervios de la sensibilidad y del movimiento. Si quiere que el sujeto se haga insensible al dolor físico, en vano se le pinchará con alfileres, pues no experimentará ninguna sensación. Al revés, puede exaltar la sensibilidad al punto de que tiemble con el leve contaçto de las barbas de una pluma.

M. Coronado.

(Concluirá.)

MAGICAS PLAYAS.

Marinero del mar de la vida
Que te alejas del puerto cantando,
A través de la onda dormida
Y al impulso del céfiro blando.

Vas henchido de júbilo intenso
Fija allá en el azul la mirada,
A buscar en el piélago inmenso,
El encanto de playa soñada.

Dios te lleve! las olas risueñas
Siempre besen rendidas tu quilla,
Y del mundo encantado que sueñas
Presto surja la espléndida orilla!

Yo no tuve en los mares bonanza,
Y regreso de zonas remotas,
Sin poder realizar mi esperanza
Con las velas y flámulas rotas.

FARFALLA.

Junio 22 de 1888.

RECREACIÓN HISTÓRICA.

(PARA LOS GEOMETRAS.)

Si quisiéramos remontarnos al primer origen de los conocimientos humanos, sería preciso referirnos á la época en que el hombre apareció sobre la tierra, después que este globo, incandescente y fluido al principio, se solidificó en su superficie y se enfrió suficientemente para permitir y conservar la existencia de los vegetales, luego la de los animales y por fin la del hombre. Esta investigación dependería del estado en que se le supusiera en el momento de su aparición, y seria poco útil á consecuencia de la incertidumbre de los datos; porque, efectivamente, las cuatro teorías científicas que conocemos sobre el origen del hombre, á saber: Monogenismo, de M. de Quatrefages; Poligenismo, de Agassis; Trasformismo, de Lamack; y Selección, de Darwin, no satisfacen todas nuestras aspiraciones para el fin que en este artículo nos proponemos. Es más prudente, á nuestro entender, considerar al hombre tal como es hoy: naciendo en medio de hombres que han llegado á un estado cualquiera de civilización, viviendo y desarrollándose, con su auxilio, física y moralmente. Asistimos diariamente á este desarrollo sucesivo, y semejante estudio es sencillo para quienes le consagran una poca de atención.

....

Las ideas de extensión, situación y forma son tan antiguas como el hombre mismo. A los Egipcios y Caldeos se atribuye el primer ensayo de coordinación de estas ideas.

La Geometría fué introducida á Grecia por el fenicio Thales, (634-548 A. J. C.) quien, instruido en Egipto, vino á Mileto á fundar la escuela jónica; á él se hace remontar la teoría de los triángulos semejantes. Pitágoras de Samos, su discípulo (680 A. J. C.): fundó en Italia la célebre escuela que lleva su nombre. Se le atribuye el descubrimiento de la inconmensurabilidad de la diagonal y el lado del cuadrado, la proposición del cuadrado de la hipotenusa, la propiedad del círculo y de la esfera de ser máximos entre las figuras del mismo perímetro ó de la misma área, y en fin la primera teoría de los cuerpos regulares que tuvieron tan grande empleo en las quimeras cosmogónicas de la antigüedad y de la Edad Media. Pero la elevación de la Geometría en Grecia, data, sobre todo, del tiempo de Platón (430-347 A. J. C.) Introducir en la ciencia el método analítico, las secciones cónicas y la doctrina tan fecunda de los lugares geométricos, ¿no era crear una Geometría nueva? Tal fué la obra del ilustre filósofo que escribió en la puerta del Liceo: "*No entre aquí el que no sea geómetra.*"

Reuniendo los descubrimientos de sus predecesores y los suyos propios, Euclides (285-A. J. C.) prepara los de sus sucesores. Este geómetra, que estableció la unión entre la escuela de Platón y la de Alejandría, es conocido sobre todo por sus Elementos en los cuales aparce, por primera vez, el método de reducción al absurdo. Con todo, había escrito algunas obras que no han llegado hasta nosotros y de las cuales la más profunda es sin contradicción el famoso *Tratado de los Porismos.*

Después de Euclides, Arquímedes y Apolonis marcan el apogeo de la Geometría entre los antiguos. Todas las ramas de la Ciencia Matemática conservan trazas inefables de sus sublimes descubrimientos.

Los trabajos de Arquímedes (287-212 A. J. C.) se refieren especialmente á la Geometría de la medida. La investigación de la relación de la circunferencia al diámetro y la cuadratura de la parábola, son los primeros ejemplos de un problema resuelto por aproximación y de una valuación rigorosa de una área de contorno curvilíneo. Las propiedades de las espirales, la proporción de la esfera y del cilindro, la cubatura de los esferoides y conoides son otras tantas invenciones capitales de este genio creador y á quien tanto debe la Estática como la Geometría.

Los escritos de Apolonis (247 A. J. C.) son relativos á la Geometría de la forma. El principal parece el gran *Tratado de las Cónicas* que valió á su autor el sobrenombre de *geómetra por excelencia*, y en el cual se encuentran las propiedades de las asíntotas, de los focos, diámetros conjugados y normales, un teorema sobre la polar, la primera noción sobre las evolutas é importantes cuestiones de máximos y mínimos. Se atribuye á este geómetra la célebre teoría de los epiciclos que sirvió para explicar los movimientos aparentes de los planetas.

Los sucesores de Arquímedes y Apolonis consagraron sus estudios á la Astronomía y á las partes de la Geometría que se refieren á esta ciencia. A Hiparco, el más grande astrónomo de la antigüedad (150 A. J. C.), se debe probablemente el descubrimiento de la proyección estereográfica, así como el de las transversales en los triángulos rectilíneos y esféricos. (Tolomeo 125 D. J. C.) nos dejó en su *Almagesto* el único tratado de Trigonometría rectilínea y esférica que nos habían legado los griegos; el *Almagesto* contiene, entre otras, la propiedad del cuadrilátero inscrito al círculo. En fin, entre los comentadores de la Escuela de Alejandría, se encuentra un espíritu original y profundo; nos referimos á Papps, cuyas preciosas *Colecciones* representan más ó menos el estado de la Ciencia Matemática en su tiempo. Se encuentra en el libro de Papps la famosa regla conocida con el nombre de *teorema de Guldín* (que hace uso del centro de gravedad para la dimensión de las figuras), la propiedad fundamental de la relación anarmónica, así como también el germen de la teoría de la involución y de la propiedad del exágono inscrito en una cónica.

....

La escuela de Alejandría había perdido ya todo su brillo desde la conquista árabe (638. D. J. C.) En el siglo octavo y sobre todo en el noveno, la escuela de Bagdad cuenta algunos hábiles comentadores de las obras griegas escapadas de los desastres sucesivos de la biblioteca de Alejandría; pero, en Europa, se pasan mil años en una estagnación profunda, y sólo hasta mediados del siglo décimo sexto es cuando la Geometría se reanima, siguiendo el movimiento general de las Letras, Artes y Ciencias.

Vieta (1540-1603), el verdadero creador del Algebra, aplica esta ciencia á algunas cuestiones de Geometría. Construye gráficamente

las ecuaciones de segundo y tercer grado y resuelve el problema del círculo tangente á tres círculos dados. Se le debe asímismo una idea nueva y fecunda sobre la transformación del triángulo esférico; este triángulo recíproco de Vieta condujo, sin duda alguna, á Snelius (1627) al descubrimiento del triángulo suplementario.

En los escritos de Kepler (1571-1631) y de Fermat (1570-1633) es donde aparecen los primeros gérmenes del método infinitesimal. Se debe al fundador de la Astronomía moderna la doctrina de los polígonos estrellados, y, al célebre aritmólogo, la restitución de los *lugares planos* de Apolonio y la primera solución completa de los problemas relativos al contacto de las esferas.

Pascal (1623-1562) renombrado tan justamente por sus trabajos sobre la cicloide, los indivisibles y el cálculo de las probabilidades, había encontrado, desde la edad de diez y seis años, la propiedad del exágramo místico que tomó por base de un tratado completo de las cónicas. En los escritos de Pascal, se reconoce la influencia de su contemporáneo Desargues (1593-1653), á quien un sabio geómetra de nuestros días, Poncelet, llama el *Monge de su siglo*. Los antiguos que estudiaban las secciones cónicas en el cono mismo, empleaban demostraciones frecuentemente difíciles y sobre todo distintas para las tres curvas. Desargues, procurando aplicar directamente á las cónicas las propiedades del círculo que era la base del cono, llegó á demostraciones que convienen á las tres especies de cónicas, á pesar de la diferencia de forma de estas líneas. Descubrió la propiedad involutiva del cuadrilátero inscrito en una cónica, la propiedad fundamental de los triángulos homológicos, y escribió con el mismo talento y espíritu de generalización, sobre el corte de piedras, la gnomónica y la perspectiva.

....

El servicio más notable hecho á la Geometría se debe á Descartes (1596-1650). Este filósofo, por su inapreciable concepción de la *Aplicación del Algebra á la teoría de las curvas*, creó los medios de quitar los obstáculos que hasta entonces habían detenido á los más grandes geómetras, y cambió verdaderamente la faz de la Ciencia Matemática.

Esta doctrina de Descartes, de la cual no se encuentra ningún germen en los escritos de los géometras antiguos, y la única de que se pueda decir, como Montesquiu de su *Espíritu de las leyes*, PRO-

LEM SINE MATRE CREATAM, esta doctrina, repetimos, tuvo por efecto dar á la Geometría el carácter de abstracción y de universalidad que la distingue escencialmente de la Geometría antigua.

La Geometría analítica ó cartesiana, además del carácter de universalidad que posee, se distingue de la Geometría antigua por una circunstancia particular que merece ser notada; y es que establece, por una sola fórmula, propiedades generales de familias enteras de curvas; de manera que al descubrir por esta vía alguna propiedad de una curva, se descubren propiedades semejantes ó análogas de otras muchas.

De Beaune (1601-1631) penetró el espíritu y la excelencia de esta Geometría, y aun facilitó su lectura por medio de notas, muy estimadas del mismo Descartes, sobre pasajes que, por su concisión y novedad, ofrecían dificultades á los mejores geómetras.

Cincuenta años después que Descartes dió á conocer la Geometría que tan justamente lleva su nombre, nació otra gran concepción preparada por Fermat y Barrow, el *Cálculo infinitesimal* de Leibniz y de Newton (en 1684 y 1687). Esta sublime invención, que reemplaza con inmensa ventaja los métodos de Cavalieri, Roberval, Fermat y Gregorio de S. Vivent, para las dimensiones de las figuras y las cuestiones sobre *máximos* y *mínimos*, se aplica también á las grandes cuestiones acerca de los fenómenos de la Naturaleza, con una facilidad tan prodigiosa, que se hizo casi el objeto exclusivo de las meditaciones de los geómetras más célebres. Sin embargo, algunos, y á su cabeza Huygens, aunque supieron apreciar todos los recursos del Análisis infinitesimal, permanecieron fieles al método de los antiguos, y supieron penetrar en los misterios de la más profunda Geometría, para resolver, por su único medio, las más altas cuestiones de la ciencia físico-matemática.

Cotes (1682-1716) y Mac Laurin (1698-1746) estudiaron las propiedades de las figuras geométricas. El astrónomo Halley (1656 1742), por sus valiosas traducciones de Apolonio y de Menelao; Simson (1687-1768), por sus escritos sobre las cónicas, su restitución de la sección determinada de Apolonio y su notable tentativa de adivinación de los Porismos; Stewart (1717-1785), por sus *teoremas generales*, etc., etc., trataron de reanimar también el gusto por los métodos antiguos. Pero con menoscabo de sus loables es-

fuerzos, y á pesar de algunas cuestiones tratadas por Euler (1707 1783), Lambert (1727-1777) y otros célebres analistas, la Geometría no se enriqueció con ninguna doctrina nueva hasta el siglo décimo nono; y solo se distinguió este período por las aplicaciones que se hicieron al estudio de los fenómenos naturales.

....

La creación de la Geometría descriptiva á principios del siglo actual, marca una nueva era en la historia de la Geometría. Esta ciencia, complemento necesario de la Geometría analítica, se debe al genio creador de Monge. Considerada como simple doctrina geométrica, con independencia de su utilidad práctica es de inmensos recursos en el estudio de las propiedades de la extensión. Familiarizando el espíritu con la forma de los cuerpos, desarrolla nuestro poder de concepción, dá claridad á la Geometría analítica de la cual enseña á interpretar los resultados con gran facilidad, permitiendo razonar, en casos los más complicados, sin recursos de figuras que, absorviendo su atención, extravían el pensamiento; muestra la íntima alianza de las figuras planas y las del espacio, poseyendo métodos tan elegantes que la ciencia se enriquece con ellos y los cultiva después, á tal extremo, que permiten deducir de las propiedades de las figuras de tres dimensiones los teoremas de la Geometría plana.

Actualmente, cuatro especies de Geometría se ofrecen á la contemplación de los sabios; la Geometría de los antiguos (elemental), la de Descartes (analítica), la de Monge (descriptiva) y, en fin, una cuarta especie, la de Desargues y Pascal (superior), que ha tomado tan grande extensión en el siglo actual y de la cual se encuentran ya algunos principios en los *Porismos* de Euclides y las *Colecciones* de Papps. Esta cuarta rama constituye lo que se ha llamado Geometría reciente; está exenta de cálculos algebraicos, aunque hace un empleo feliz tanto de relaciones métricas de las figuras como de sus relaciones de situación, pero no considera sino relaciones de distancias rectilíneas de cierto género, que no exigen ni los símbolos ni las operaciones del Algebra. Esta Geometría es la continuación del *Análisis geométrico* de los antiguos, sobre el cual ofrece grandes ventajas por la generalidad, uniformidad y abstracción de sus métodos, y por el uso tan útil de la contemplación de las figuras de tres dimensiones en las cuestiones de Geometría plana.

A Monge y su escuela se debe la introducción en la ciencia de

un modo de demostración que, aunque careciendo en el fondo de ese rigor tan justamente buscado de los geómetras antiguos, ha conducido no obstante á magníficos resultados. Queremos hablar del *principio de las relaciones contingentes ó de continuidad*. "Ciertas partes de una figura (dice Chasles en su Geometría superior), consideradas en un estado general de construcción, pueden ser indistintamente reales ó imaginarias. Ahora bien, sucede frecuentemente que éstas sirven con utilidad, en el caso de la realidad, á la demostración de un teorema, y que esta demostración no tiene lugar cuando estas mismas partes se hacen imaginarias. Se dice desde luego que en virtud del *principio de continuidad* el teorema demostrado en el primer caso se extiende al segundo, y se anuncia de un modo general. Otras veces sucede lo cantrario, y es cuando ciertas partes de una figura son imaginarias en que se encuentran elementos de una demostración fácil, de la cual se aplican las consecuencias, en virtud del *principio de continuidad*, al caso en que estas mismas partes son reales y la demostración no existe." Este ha sido el punto de partida para la introducción de las imaginarias en Geometría.

La aparición de la Geometría de Monge extiende los límites de la Geometría pura, algo abandonada durante un siglo, y se procura obtener desde luego por esta vía única los numerosos resultados con que el análisis de Descartes había enriquecido la ciencia. Entre las obras emprendidas con este objeto y que se pueden considerar como la feliz continuación de la de Desargues y de Pascal, es necesario citar en primer término la *Geometría de posición* y el *Ensayo sobre las trasversales* de Carnot, los *Desarrollos de Geometría* de Carlos Dupin y el gran *Tratado de las propiedades proyectivas de las figuras* de Poncelet, en cuya obra, por el hábil empleo del principio de continuidad y la creación de las teorías de las polares recíprocas y de las figuras homológicas, se han demostrado todas las propiedades conocidas de las líneas y superficies de segundo orden, habiéndose dotado además á la ciencia con multitud de resultados nuevos. Conviene aún llamar la atención acerca de los sabios escritos de Hachette, Brianchon, Gergonne, Dandelin, Quetelet; los trabajos de Steiner y de Guderman acerca de la Geometría de la esfera; la *teoría de la rotación de los cuerpos* de Poinsot; los estudios de este geómetra, de Cauchy y de Bertrand acerca de los poliedros; y las investigaciones de Geometría infinitesimal de M. O. Bonnet.

Los trabajos de M. Chasles constituyen el último término de los progresos contínuos realizados por la Geometría. Basta citar la *Reseña histórica*, la *Geometría superior*, el *Tratado de los Porismos*; las investigaciones sobre la *atracción de los elipsoides*, sobre los *conos de segundo orden*, sobre las *superficies regladas*; la Memoria sobre la *dualidad y la homografía*, estas dos leyes tan generales de la extensión figurada; el nuevo método de determinación de las *características de los sistemas de cónicas*, y otras tantas producciones de este maestro eminente.

La Geometría marcha, pues, á grandes pasos en una vía fecunda. Gracias á las bellas conquistas de nuestro siglo, dice Eugenio Ronché, va ganando sobre el Análisis el terreno perdido.

Guadalajara, Junio de 1888.

LUCIO I. GUTIÉRREZ.

A UNA BRASILERA.

Plácidas son tus auroras,
perfumadas son tus brisas,
y músicas seductoras
te dán las aves canoras,
en cambio de tus sonrisas.

No miente, niña gentil,
el que, en su amoroso afán,
te llama sol del Brasil,
y la rosa del pensil
de San Luis de Marañán.

Y pues tu alma, en su inocencia,
del cielo ha la trasparencia,
que nunca nube sombría
ose empañar, alma mía,
el cristal de tu existencia!

RICARDO PALMA.

¡SOCORRO! (1)

A Aurelio Horta.

DIALOGO DRAMATICO.

PERSONAJES:

Gabriela, Alberto, comandante.

La escena pasa en León. Desde el principio hasta el fin de la acción, óyese rumor de lluvia, truena el rayo de cuando en cuando y penetra la luz de los relámpagos.

ESCENA I.

Sala de mediana apariencia. Puertas en el fondo y á un lado; ventana al otro.

Gabriela.

¡Qué tiempo! Sin tregua llueve. (*Asómase á la*
¡Es negro abismo la altura! *ventana*).

(1) La madrugada del 18 de Junio del corriente año (1888), la ciudad de León sufrió una inundación espantosa, después de varios días de lluvias torrenciales. Gran parte de la población cayó por tierra, y hubo considerable número de víctimas, que perecieron ahogadas ó aplastadas bajo los escombros. Un grito inmenso de dolor resonó por la República, y por todas partes se emprendieron trabajos para colectar donativos que aliviasen un tanto los padecimientos de los infelices á quienes el desastre había sumido en la miseria ó la orfandad. En Guadalajara se organizó entre otras cosas, un concierto. cuyos productos fueron destinados al indicado objeto, habiendo sido escrito este diálogo expresamente para finalizar la función. Los reputados artistas D.ª Adriana Mendiola de Sánchez y D. Francisco Machío tuvieron á su cargo los papeles de esta pequeña obra, y se hicieron aplaudir estrepitosamente por la numerosa y selecta concurrencia que llenaba el gran teatro Degollado.

El viento en la noche oscura
Las alas silbantes mueve.
A veces el rayo breve
Rompiendo su cautiverio,
Brilla en el negro hemisferio
Y con presteza se apaga,
Cual llama triste que vaga
En lúgubre cementerio.

Este constante llover,
Estas lluvias torrenciales
Tristes presagios de males
Para León pueden ser.
Puede el labrador perder
El fruto de su fatiga,
Porque esta lluvia enemiga
Destruye el trabajo humano,
Ahogando en germen el grano
Que hubiera de dar la espiga.

¡Cuatro meses de casada!
Me parece que es mentira,
Y que mi mente delira
Con la ventura anhelada.
Mas no es sueño la colmada
Dicha de mi corazón,
Pues la plácida emoción
En que corre mi existencia,
Dice con blanda elocuencia
Que es realidad mi ilusión.

¡Parecen hilos de llanto
Del cielo las negras gotas!
Al caer producen notas
Que infunden al alma espanto.
Del amor bajo el encanto,
Cuando está conmigo Alberto,
Tanta tristeza no advierto,

Y gozo, me ufano y río,
Mas, ausente el dueño mío,
A la realidad despierto.

¡Qué bueno es mi comandante!
Aunque al cinto lleva espada,
Alma noble retratada
Muestra en el grave semblante.
Tan osado como amante,
Vence en la paz y en la guerra,
Pues si mi juicio no yerra,
No hay más simpático esposo
Ni oficial más victorioso
Que Alberto, en toda la tierra.

¡Mucho mi marido tarda!
Siempre hallo larga su ausencia,
Pues con amante impaciencia
Mi pecho su vuelta aguarda.
La sombra mi alma acobarda,
Y esa tempestad que encierra
En negro cerco la tierra,
Me infunde mortal espanto.
Si hoy así padezco ¡cuánto
Sufriré si va á la guerra!

(*Oyense gritos confusos.*)

¿Qué es esto? ¿qué voces son
Esas que fingen lamentos?
¿Son querellas de los vientos
O gemidos de aflicción?
Conmueve mi corazón
Ese extraño vocerío
Que rueda por el vacío
Envuelto en tiniebla densa:
Semeja el eco sombrío
De una catástrofe inmensa.

(*Asómase de nuevo á la ventana.*)

En la negra oscuridad
Que ha caído sobre el mundo,
Parece en antro profundo
Despeñada la ciudad.
Lejos, á la claridad
De hachas de rojo fulgor,
Contemplo con estupor
La muchedumbre agitada,
Como herida y dominada
Por el riesgo y el terror.

¿Qué espanto en su velo denso
Traerán las sombras oculto?
Ese popular tumulto
Anuncia pánico inmenso.
Con susto en Alberto pienso,
¿En dónde se encontrará?
Poned fin, oh cielos, ya
Del pecho al ansia cruel......
Oigo pasos ¿será él?
¡Gracias á Dios, aquí está!

ESCENA II.

GABRIELA.—ALBERTO (*en traje militar.*)

Alb.—¡Gabriela del alma mía! (*Se estrechan las manos.*)
Gab.— Alberto ¿por qué has tardado?
A la reja te he esperado
Presa de inmensa agonía.
La pena mi pecho embarga
Si á mi lado no te miro;
Al fin tranquila respiro
¡Nunca es mi espera tan larga!
Alb.—Sabes, esposa querida,
Que sólo en tu amor encuentro
De mis afanes el centro
Y el encanto de mi vida,

Y que si me fuese dado
Hacer lo que el alma anhela,
Contemplándote, Gabriela,
Siempre estuviera á tu lado.
Huyen de mì los enojos
Cuando hacia tus brazos vuelo,
Porque me acaricia el cielo
Desde el fondo de tus ojos.

Gab.— Con tus frases me enterneces, (*Abrázale*)
Mas ¿qué es lo que estoy mirando?
Estás agua chorreando,
Náufrago, Alberto, pareces.
De la cabeza á los piés
Tu cuerpo arroyos destila.

Alb.— Está, Gabriela, tranquila,
Nada tengo, ya me ves.

Gab.— Pues ¿què pasa? Me acongoja
Lo que miro, lo que he oído;
Algo extraño ha sucedido,
Que la lluvia así no moja.

Alb.— No temas por mí, no temas,
Estoy salvo, soy dichoso,
Guarda el lamento angustioso
Para otras penas supremas.
Taladran el corazón
Las desgracias de la vida;
Ha sido de muerte herida
Esta ciudad de León.

Gab.— ¿Qué dices? ¡Dios de bondad,
Si no lo puedo creer!

Alb.— He visto en ruinas caer
Casi toda la ciudad.
Aquí no llegó el estrago,
Porque nos proteje el cielo;
Donde está más bajo el suelo,
La ciudad se ha vuelto lago.
La nube de sus entrañas
Vomita abundosos ríos,

Mientras torrentes bravíos
Se escapan de las montañas.
Las aguas su cauce estrecho
A nuestras puertas hallaron,
Y súbito abandonaron
Enfurecidas su lecho.
Cubrieron sendas y valles
Y cuando ahí no cupieron,
Con estrépito invadieron
Suburbios, plazas y calles.
Las paredes de León
La lluvia minado había;
Derribarlas fué porfía
Fácil de la inundación.
Cuando salí del cuartel
Al oir sordos clamores,
Ví, espantado, los horrores
De aquel azote cruel.
De hachas al fulgor, que el viento
Iracundo combatía,
La inundación parecía
Un oceäno sangriento.
Ariete fiero el torrente,
Los cimientos golpeaba,
Edificios derribaba
Y los daba á la corriente.
Habitantes desdichados
Por el agua sorprendidos,
Quedaban así perdidos
Entre las ruinas, ó ahogados.
Otros por dichoso azar
Lograban salvar la vida,
Y con faz entristecida
Miraban caer su hogar.
Y sobre la onda importuna
Contemplaban con despecho,
Flotar sus cofres, su lecho,
Toda su escasa fortuna.

Otros más desventurados
Miraban con faz llorosa,
A sus hijos ó á su esposa
Por el torrente arrastrados.......
Una mujer desgraciada
Con la creciente corría,
Y apenas ya se movía
Débilmente y casi ahogada.
Al verla, piadoso intento
Que surgió en mí de repente,
Me hizo arrojar al torrente,
Raudo como el pensamiento.
Púsela en salvo, y me dijo,
Por la amargura transida:
"¿Para qué quiero la vida
Si ya no tengo á mi hijo?"
Ví la casa que miraba
Y echéme al punto á nadar,
Y llegando hasta su hogar,
Busqué al hijo que lloraba.
El niño en su leve cuna,
Como un segundo Moisés,
Iba del agua á través
Desafiando á la fortuna.
Detuve al vástago tierno
Y á su madre le llevé,
Y como niño lloré
Al ver el gozo materno.
Esta es la historia, ay de mí,
Del espantoso suceso;
Por eso, esposa, por eso
Náufrago te parecí.
Mas ¿lloras, Gabriela mía?
Gab.— Ocultártelo no intento;
Al par que de sufrimiento,
Llorande estoy de alegría.
De tu palabra fogosa
Me exalta el viril arrullo,

Comandante, ¡cuánto orgullo
Siento al llamarme tu esposa!

Alb.— No merezco tanto, no;
Al decirlo soy sincero,
Pues mi regimiento entero
Hace lo mismo que yo.
Con entusiasta ardimiento
Oficiales y soldados
Van salvando desgraciados.

Gab.— ¡Pues bien por tu regimiento!
¡Y bien por todo nacido
Que lleve en su corazón
La luz de la compasión,
Que es el sol del desvalido!
¡Noche de horror y amargura!
El corazón me quebranta
Pensar en desgracia tanta,
Y en tan grande desventura!
En mi doloroso afán
Lágrimas do quiera veo.

Alb.— Todos los obreros, creo,
Se van á quedar sin pan.
El iracundo elemento
En su daño se cebó,
Y sus hogares barrió
Cual secas hojas el viento.
Millares de desvalidos
De mendigos con las trazas,
Llenan las calles y plazas
Dando quejas y alaridos.
Ese miserable enjambre
Presiente su dura suerte:
¡Se les espera la muerte
Después de sufrir el hambre!
El alma más seca y dura
Se sintiera pesarosa.
Párte el corazón, esposa,
Mirar tanta desventura.

Gab.— No, Alberto, no morirán
De miseria, como dices;
Aun quedamos los felices
Para procurarles pan.
¡No lo digas, no lo digas!
Porque en un pueblo cristiano,
Son del dolorido hermano
Todas las almas amigas.
Luchemos en santa vela
Por ellos con decisión;
No puede haber corazón
Que de su mal no se duela.
Y en tanto que los soldados
Que la población guarnecen,
Heroes sublimes parecen
Socorriendo desgraciados,
Y en espléndida victoria,
Con olvido de su vida,
Más que en la lucha homicida
Conquistan eterna gloria.
La mujer, al bien alerta,
Sabrá en la triste ciudad,
Despertar la caridad
Llamando de puerta en puerta.
Los hombres combaten rudos
Del peligro los horrores;
Contra el llanto y los dolores
La mujer fabrica escudos.
Ve á seguir tu noble intento,
A las aguas desafía,
Y con sublime porfía
Salva víctimas sin cuento;
Ve, comandante, Dios mismo
Que tanto clamor escucha,
Te protejerá en la lucha
Y premiará tu heroísmo.
Por esas calles en tanto,
Iré con ardiente celo,

A impartir algún consuelo
A los que padecen tanto.
Aquí el lamento llegó
De los que sufren ¡Dios mío,
Tendrán hambre, tendrán frío!
Voy á socorrerlos yo.

(Toma su abrigo y hace ademán de salir.)

Alb.— Llueve, es de noche, Gabriela,
No es tiempo ya de salir.
Gab.— La piedad no ha de dormir
Cuando el infortunio vela.
De las sombras á despecho
Y de la lluvia á pesar,
Voy al que llora á buscar
Para darle pan y techo.
Como es mi fortuna escasa
Para tal necesidad,
Demandando caridad
He de ir de casa en casa.
Alb.— Tu voz tal encanto imprime *(Enternecido.)*
A tus altos pensamientos,
Que me arroban tus acentos
Y me pareces sublime.
El crisol depura el oro,
La virtud crece en el llanto;
Así el ageno quebranto
De tu alma dobla el tesoro.
Tanto ardor y piedad tanta
Me infunden nueva bravura;
Anda, pues, que si es locura,
Es una locura santa.
Ve á realizar tu proeza
Y yo á luchar con ardor,
Fundirémos nuestro amor
En una misma grandeza.
Gab.—*(Abriendo un armario)* Cuanto tengo he de inver-
Del infeliz en socorros; (tir

Alberto, nuestros ahorros
Voy en pan á convertir.

Alb.— Bien hecho, mas nuestras cajas
Contienen muy poco á fé.

Gab.— A lo dicho agregaré
El cofre de mis alhajas.
Y para alivio del triste
Nada habré de respetar,
Y aunque me duela, he de dar
Aun las arras que me diste.

Alb.— Aun así no acopiarás
Mucha plata ni mucho oro.

Gab.— Aun me queda un gran tesoro:
La caja de los demás.
Emplearé tales razones
Del desvalido en defensa,
Que lograré, en recompensa,
Ablandar los corazones.
Dad, diré, si sois cristianos, (*Dirígese al público.*)
Llegó la suprema hora
En que compasión implora
La voz de vuestros hermanos.
Oíd quejas angustiadas,
Ved el trágico trastorno,
Mirad elevarse en torno
Las manos enclavijadas!
Para remediar las penas
Del hambre y de la orfandad,
En nombre del cielo ¡dad!
Pero dad á manos llenas.
Si sois ricos, Dios dispuso
Que en vuestra arca el oro sobre
Para el alivio del pobre,
Que es su noble y santo uso.
Es crimen vuestra opulencia
Si al llanto no dais oidos,
Si á los pobres y afligidos
No servís de providencia.

En placeres sobrehumanos
Emplead vuestro tesoro;
Dejad correr vuestro oro
Del infeliz á las manos.......
Si sois pobres ¡dad también
A los más necesitados!
Son seres abandonados
Que necesitan sostén.
Partid vuestro pan con ellos
Y vuestra acción meritoria,
Brillará de santa gloria
Con los sublimes destellos.
Sed heroicos! La piedad
Es cual los cielos, inmensa,
Y hay un Dios que recompensa,
Heroes de la caridad!
Todos dad! No hay en el suelo
Placer más cierto y profundo,
Que derramar por el mundo
El dulce bien del consuelo.
¡Sed, magnates ó pecheros,
Del pueblo ante la dolencia,
Ojos de la Providencia
Y del cielo mensajeros!

Alb.— Angel de mi corazón,
Si así tu labio predica,
La gente pobre y la rica
Van á llorar de emoción.
Verterán piadoso lloro
Hasta las almas menguadas,
Y de las arcas ferradas
Saldrá el oculto tesoro.
Tendrán los tristes consuelo
De la piedad bajo el manto,
¡Serás el apóstol santo
De las bondades del cielo!
Vamos, esposa, me tarda
Llevar al náufrago ayuda;

Hacemos falta sin duda,
La desgracia nos aguarda!
(*Crece el rumor de voces.*)
Con nuestro esfuerzo corramos
De tanto duelo en ahorro.
Una voz (*dentro*) ¡Auxilio! ¡auxilio! ¡socorrro!
Alb.— ¡Allá vamos! (*Ambos en ademán de salir.*)
Gab.— ¡Allá vamos! (*Cae el telón.*)

José López-Portillo y Rojas.

TRISTEZA.

Pasaron ya las áuras del verano,
impregnadas de aroma y melodía!
Naturaleza, en el invierno cano,
se viste de letal melancolía!
Densa la niebla sepultó del llano
cuanto fué de los ojos alegría,
ni abren del sol las perfumadas hojas
lirios azules ni amapolas rojas.

También el corazón del desterrado
á herir viene del mundo la tristeza,
que lejos ¡ay! de lo que ha amado
se inclina fatigada su cabeza.
Sueño que un día el alma ha acariciado!
¿Por qué tu halago á abandonarme empieza?
Cual nube de los vientos impelida
te arrastra el infortunio de mi vida.

Ricardo Palma.

EL HIPNOTISMO.

(CONCLUYE.)

Hemos dicho que ciertas partes del cerebro presiden á determinados movimientos: pues bien, el hipnotizador los reproduce todos; así es que el sujeto se levantará, andará hacia adelante ó hacia atrás, dará vueltas, bailará, se pondrá de rodillas, y todo á voluntad del operador. Respecto de pasiones del alma, que la enajenación localiza á veces en forma de monomanías, también pueden reproducirse y modificarse por el hipnotizador. Hé aquí un ejemplo. Se levanta la hipnotizada, toma un puñal oculto en un mueble, dirígese á la pieza vecina donde está un lecho, se aproxima á él con precaución y hunde el puñal en la direceión en que supone se encuentra una persona acostada. Hecho esto, vuelve tranquilamente á su asiento, figurándose haber realizado un acto legítimo y meritorio. Si se le despierta entonces, no sólo no conserva recuerdo alguno de lo que acaba de hacer, sino que resiste á creer que haya pasado lo que se le refiere.

IV.

La explicación de estos fenómenos misteriosos es hasta ahora insuficiente y oscura; sin embargo, veamos como intenta dar la razón de ellos el ya citado Dr. James.

Para este sabio hay gran semejanza entre las manifestaciones del hipnotismo y los signos característicos de la histeria. Las mismas fases que en los *ataques de nervios*, la propia falta de conciencia y de sensibilidad, y aún el olvido completo después que pasa el ataque. Por tanto, los hipnotizadores no hacen más que crear una

enfermedad ya conocida. "La facultad del hipnotizador, (añade), para determinar tal ó cual acto en el hipnotizado, no es sino imitación, ó mejor dicho, falsificación del modo con que obran los medicamentos en el organismo. Todo medicamento, por cualquiera vía que penetre en nosotros, pasa á la sangre y por la circulación se distribuye en toda la economía; pero no ejerce la misma acción en todos los órganos, sino que se concentra en aquel que le ofrece más afinidad."

Respecto de la acción que un individuo ejerce sobre otro para apropiarse su voluntad, hé aquí lo que piensa el referido especialista:

"Todos los cuerpos de la naturaleza están penetrados de un agente misterioso, impalpable, imponderable é invisible, llamado fluido magnético. Este fluido existe, pues, de un modo sensible en el cuerpo del hombre, aunque repartido desigualmente. Los puntos donde se encuentra en mayor cantidad, son los dos centros nerviosos llamados cerebro y médula espinal, así como el trayecto de los nervios que de ahí emanan, donde forma una verdadera capa. Los individuos de temperamento nervioso poseen en fuerte cantidad aquel fluido. En consecuencia, la histeria no es más que la manifestación de dicho fluido magnético; mientras más abundante, más desarrollada estará la histeria. Determina en el seno de la economía, como en el seno de la atmósfera, verdaderas tempestades, llamadas comunmente ataques de nervios. Pero de ordinario existe en estado latente; para hacerle salir de él, necesítase recurrir á las prácticas del hipnotizador."

El fluido magnético forma en derredor del sistema nervioso una verdadera capa, pero ésta no es única; también el fluido nervioso forma otra, más importante é íntima, puesto que sirve de intermediario y vehículo al principio inmaterial que se nombra pensamiento. Y así como los nervios vertebrales están formados de dos raíces, una sensitiva y otra motriz, conservando la completa independencia de su sensibilidad y de su movimiento, así el fluido magnético y el nervioso están solamente yuxtapuestos, no confundidos. Pero la diferencia se acentúa más bajo el punto de vista psicológico.

El fluido nervioso es el agente de la transmisión de la voluntad. Y como la voluntad es libre, no ejerce sobre ella influencia alguna el fluido magnético. Pero si el individuo se pone á disposición del

hipnotizador, es como si le entregase su voluntad; domina el fluido magnético, la sugestión comienza y la libertad se desvanece. Ahora bien, es un hecho que el poder del magnetizado no puede ejercerse sobre aquel que no se presta á sus prácticas; si el individuo se opone á la operación ó simplemente la ignora, es imposible no sólo adormecerlo, pero ni siquiera influenciarlo.

El hipnotizador, pues, comienza por embotar el fluido nervioso del sujeto sumergiéndole en el sueño; apodérase de esta suerte de su fluido magnético, libre ya de sus ligaduras, y le manipula con la misma facilidad que si fuera el de la pila voltaica, sirviéndose de los nervios como de hilos conductores. Y como tales nervios se encuentran en comunión íntima con la inteligencia, la sensibilidad y el movimiento, de ahí resulta esa serie de fenómenos extraños que tanto nos pasman y admiran. Así se explica también la acción del hipnotizador á distancia, puesto que no hay distancias para el fluido magnético; el completo olvido del hipnotizado, porque éste no ha sido más que agente físico de la voluntad del operador, y la sugestión á plazo, en virtud de que entonces el efecto sigue á la causa.

V.

Hecha la ligera exposición que precede, natural es preguntar qué resultados prácticos, en sentido del bien de la humanidad, ha producido hasta hoy el hipnotismo. Tocante á este punto, parece que nada se ha conseguido, sobre todo acerca de la curación de las enfermedades. Se provoca, el estado ultranervioso, como dice el Dr. James, pero no se cura de ese modo la histeria. Bajo este aspecto, la nueva ciencia sería por lo menos inútil; pero lo grave es que ofrece muy serios peligros. Muchas veces es difícil hacer salir á una persona del sueño magnético, y casi siempre el sujeto en quien se verifican las experiencias padece una conmoción nerviosa general. Mas bajo el punto de vista social, es donde tales peligros revisten una gravedad que podría quizá llegar á extremos verdaderamente aterradores.

Según el Dr. Luys, en reciente memoria á la Academia de Medicina de París, un magnetizador puede comunicar á una pequeña redoma la propiedad de matar á cierta distancia. Para ello basta

llenarla de cierto veneno cuya receta indica, taparla bien, y colocarla después detrás de una persona, en la dirección del nudo vital. De esta suerte desaparecería hasta el cuerpo del delito.

Y añade más adelante el Dr. Luys: "Sucede con frecuencia que se deja á un sujeto, todavía bajo la influencia del somnambulismo, en una vía pública. Es capaz entonces de cometer robos y actos aún más graves, hallándose, sin embargo, en estado de completa irresponsabilidad." No cabe duda, por lo mismo, que las manipulaciones hipnóticas deben ejercitarse por personas conocedoras, y guardando siempre las mayores precauciones.

Justamente alarmado el periodista Lepelletier, exclama: "¿Cómo vamos á condenar el adulterio, á castigar el robo y á enviar á la guillotina á un asesino, cuando los sabios oficiales nos dicen que pueden hacer de una mujer honrada una aventurera y de un hombre decente un ladrón, con sólo echarle cierto soplo en el rostro? Si esos médicos dijesen verdad, si tuviesen ese poder, jamás monstruo alguno inventado por las mitologías hubiera causado tantos daños á la sociedad."

Mas, como al principio dijimos, nos abstendremos de entrar en el terreno de las exageraciones. Hemos procurado ser fieles en la exposición de los hechos y de la doctrina, recurriendo á fuentes que no nos parecen sospechosas. El lector juzgará con juicio imparcial y sano criterio. Hay indudablemente en el hipnotismo la materia de una ciencia, acaso de gran porvenir; pero los resultados, hasta ahora, para el bien de la humanidad, son bastante problemáticos. Sin embargo, en estos tiempos de vulgarización, acaso intempestiva y prematura, de los descubrimientos científicos, bueno es estar sobre aviso, y no admitir novedades sino con suma cautela.

M. Coronado.

MI PUEBLO.

Entre la arboleda umbría
que la oculta por completo,
se alza la morada mía,
recatándose sombría
del bosque en lo más secreto.
A lo lejos se divisa
su modesto caserío;
la luz le dá su sonrisa,
sus leves soplos la brisa,
sus ondas claras el río.
El río que en la enramada
caprichoso serpentea,
y en su linfa platëada
copia la nube escapada
de la negra chimenea.
Aquel dulce rinconcito
tan bello y tan solitario,
tiene un índice bendito
que señala el infinito:
la cruz de su campanario.
Sus brisas tienen aromas,
flores su mullido manto;
sus árboles tienen pomas,
y gemidos sus palomas
y sus ruiseñores canto.
En la orilla de sus fuentes
nacen juncos y violetas;

sus tardes son trasparentes,
sus mujeres inocentes,
sus moradores, poetas.

Hay púrpura en los celajes
de sus límpidas mañanas,
y tienden en sus paisajes
vaporosos cortinajes
las noches americanas.

¡Con cuánto placer y anhelo,
al acercarme al umbral
de aquel bendecido suelo,
miro perderse en el cielo
la cruz del *Original!* (*)

Y contemplo allá á lo lejos,
llenos los ojos de llanto,
á los últimos reflejos
del crepúsculo, los viejos
muros de su camposanto.

Allí llega hasta mi oído,
volando del cielo en pos,
de la campana el tañido,
que lleva en su eco perdido
el himno del hombre á Dios.

Y encuentra mi alma apenada
blando alivio á sus pesares
en una agreste morada,
siempre, siempre perfumada
por jazmines y azahares.

Los árboles la sombrean
y los pájaros la cantan;
los naranjos que florean
diariamente la hermosean
y diariamente la encantan.

Y ahí en el fondo sombrío
donde hay más hierbas y flores
y donde murmura el río,

(*) Nombre de un cerro muy elevado que tiene una cruz en la cumbre.

ahí duerme el ángel mío
el sueño de sus amores.
Pálida virgen dormida
de la virtud en la calma:
ella es la dueña querida
de las glorias de mi vida
y los sueños de mi alma.

MANUEL JOSÉ OTHÓN.

LA CACERIA.

A Salvador Díaz Mirón.

Suena la trompa! Cien caballeros
De los contornos, con sus monteros
Y en voladores corceles van
Tras de la pieza que huye acosada
Fuera del bosque y ensangrentada
Por el agudo diente del can.
Sobre los surcos del sembradío,
Sobre los huertos del caserío,
Corren lanzados sobre la res,
Y con las patas de sus lebreles
Y con los cascos de sus corceles
Tronchan las viñas, siegan la mies.
Suena la trompa! La caravana.
Más en la ruda brega se afana,
Va por el valle cual un turbión;
Hasta que el ciervo cae sin aliento,
Siempre acosado del can hambriento
Que lo destroza sin compasión.

*
* *

Cuando á la noche, ya en su castillo
Los cien señores de horca y cuchillo
Ebrios dormitan con su lebrel,
Acá en la vega que fué talada
Vela y solloza desconsolada
La pobre turba del predio aquel.

Guadalajara.

MANUEL M. GONZÁLEZ.

EL PRIMER AMOR.

(CONTINÚA.)

VI.

PRIMEROS NUBLADOS.

Antes de ponerme á horcajadas sobre el asno, eché una mirada escudriñadora sobre todo el cortejo. Eran como doce carretas y cerca de veinte ginetes, que nos hallábamos dispuestos á emprender la marcha al cercano sitio campestre llamado los *Camichines*, con objeto de tomar la merienda y bailar á la sombra de los árboles. Mía había sido la idea de organizar aquella fiesta; comuniquéla á mis amigos, y la aceptaron con regocijo; cundió de ahí á nuestras casas y familias; y hé aquí que llegó el día de verla tomar cuerpo de realidad práctica. Hecha una colecta en nuestros bolsillos semi-infantiles, pudimos reunir hasta cinco pesos, que destinamos al pago de la música. Cada una de las familias quedó obligada á costear su trasporte; las enchiladas, los tamales, los frijoles y el atole de leche que deberían constituir nuestro refrigerio en el punto final de la excursión, fueron preparados en proporción equitativa por todas las familias que formaban el cortejo.

Los músicos ocuparon una carreta, donde se acomodaron como Dios les dió á entender con sus enormes instrumentos de cuerda, el arpa, el bajo, la sétima, la quinta, que hacían aparecer el interior del vehículo como un bosque inextricable. A pesar de todo, ingeniáronse los amables artistas para tañer sus instrumentos dentro de la incómoda cárcel, y tuvimos el regocijo de salir por las calles del pueblo á compás de la música, llamando la atención general.

Habíanse puesto colchones en las carretas, para amortiguar un tanto los tumbos de la desapacible marcha; habíanse colocado cueros de res curtidos con pelo, en lo alto de la máquina ambulante, con el objeto de evitar el sol ó la lluvia, que de todo podía haber en la expedición; y se había formado con verdes tallos de carrizo, un adorno primitivo á los pesados vehículos. Las mamás y las tías ocupaban el centro de las carretas; en la parte delantera iban los niños con vista á la posterior de los bueyes, tirando las cerdas de la cola de estos mansos animales ó picándoles las ancas con palos y estacas que no les faltaban; en la entrada del armatoste se ostentaban las jóvenes de la familia, ó las amigas de la casa, dando la espalda al interior del vehículo con los piés echados hacia afuera. Tapetes colgantes por un lado y las faldas cuidadosamente extendidas por otro, impedían mirar las nuevas y coquetas botinas, que se escondían pudorosas en los pliegues de las limpias ropas recientemente planchadas. Los rebozos de seda é hilo de bolita, graciosamente terciados en los hombros ó al derredor del talle, daban carácter de temporada al traje de las muchachas; y las frescas flores que llevaban prendidas en la abundante y bien peinada cabellera, ó en medio del pecho palpitante, comunicaban rasgos de alegre y sencilla fiesta á la expedición.

Sentíme satisfecho de la inspección, y saltando sobre los lomos de mi rucio, me eché á galopar en pos de la comitiva, que me había tomado la delantera. Reinaba por todas partes el humor más delicioso. Salían del fondo de las carretas coros llenos de júbilo, formados por voces infantiles, y por el acento arpado de las muchachas bonitas, que reían, hablaban á voz en cuello, se interrogaban de una carreta á la otra, y mostraban en todo una complacencia que no les cabía dentro del cuerpo.

—Ay! ay! carretero, me cuernan los bueyes!

—¡Señor de la carreta! ¡señor de la carreta! ¿qué no podemos dar una carrerita?

—¡Carretero! ¡carretero! ¡detenga los bueyes, que nos van á matar los porrazos!

Tales eran las exclamaciones que resonaban á lo largo del camino, en tanto que los jovenzuelos trataban de hacer caracolear sus mansas cabalgaduras, sin conseguirlo, para lucirse delante de las bellas.

Atravesé por en medio de los grupos de ginetes y de las hileras de carretas, en pos de la única que me preocupaba, y llegué, no sin trabajo, hasta ponerme de ella á poca distancia. Ví en efecto á Lola que, como todas las muchachas, iba en la boca de la carreta mirando de frente el camino que quedaba hacia atrás. Aquel día estaba más hermosa que nunca. Vestía traje de leve gasa blanca, floreada á largos trechos de botoncitos de suave color; con un ramo de frescas rosas en la mitad del seno, y gardenias entrelazadas en el peinado. La blancura alabastrina de su tez, resaltaba artísticamente junto á los lozanos colores de sus mejillas sonrosadas, que se ostentaban aquella tarde más tersas y frescas que de ordinario. Había en sus ojos nuevo brillo, y aun parecía que su rubia cabellera estaba más dorada y resplandeciente que nunca.

Saludéla con el sombrero en la mano, oyendo los golpes que me daba el corazón en el pecho, como si deseara romper las paredes de tan estrecha cárcel para ir á colocarse á sus plantas. Respondióme amablemente y me mantuve á pocos pasos para no perderla de vista. Una nube oscureció de repente mi pensamiento. Un caballero iba junto á Lola. ¿Quién era? No lo sabía; un desconocido. Le examiné con atención, y me cercioré de que era un jóven como de treinta años, moreno, de negros ojos, de cabellera abundante y de gran bigote oscuro; figura varonil y simpática en suma. Angustia indecible me oprimió el pecho; no sé qué voz misteriosa me dijo que había llegado el momento del peligro, y que aquel personaje estaba destinado á hacer un papel desolador en mi vida. No obstante, nada indicaba que mis pensamientos fuesen fundados. El desconocido mantenía un diálogo bastante vivo con la Sra. D.ª Agustina; pero aunque dirigía de cuando en cuando la palabra á mi amada, ésta le contestaba por monosílabos, con mucha seriedad, y sin verle, en tanto que no apartaba de mí sus ojos azules. El caballero pasaba frecuentemente la mirada burlona, de Lola á mí, y algo decía á D.ª Agustina, que la hacía reir y sacaba los colores al rostro de mi novia.

Por fin llegamos á los *Camichines*, bosquecillo bastante tupido de árboles de este nombre, dispuestos en hileras paralelas, y que parecen haber sido plantados exprofeso para servir de albergue al amor y á los placeres campestres. Trasladados al suelo los cueros y petates de las carretas, debajo de las sombras, sentáronse en ellos

las damas, en tanto que las criadas disponían los manjares y platos que habían de servir para la merienda. Ocupó la música la parte alta del terreno, y no cesó de hacernos oír sus armonías en tanto que permanecimos en el sitio, que fueron largas dos horas, causando la admiración de los circunstantes por la probidad y constancia que ponía en el desempeño de sus funciones.

Al estilo de los moros en las huertas de Andalucía, gustamos los manjares debajo de las frescas enramadas, en medio de una grande algazara de voces y un alegre retintín de platos y vasos. No son á la verdad, muy poéticas comidas las enchiladas y los tamales, ni sería posible poetizar el atole; son alimentos harto prosaicos y pastosos para compararlos con el néctar y la ambrosía de los dioses. Las muchachas bonitas se entregaron no obstante, al placer de devorarlos, aunque no sin cierta mortificación de que viésemos las huellas que solían dejar aquellos alimentos al derredor de sus frescas boquitas; por mi parte sé decir que el único manjar que hallo digno de unos labios de rubí, es la nieve de fresa. ¡Lástima que no puedan mantenerse con ella las hermosas!

Concluida la merienda, se dió pricipio al baile. Siempre he sido torpe para las evoluciones coreográficas. Tengo los huesos muy duros é inflexibles las articulaciones, como si estuviesen anquilosadas; mis piés se resisten al ritmo, y todo mi cuerpo se siente harto pesado para emular á la traviesa Terpsícore. Así he sido siempre, desde que comencé á vivir, sin que me hayan servido de gran alivio para remediar mi torpeza, ni los ensayos de baile solitario que hacía en el colegio abrazado de una silla, ni las lecciones que recibí de varios amigos míos, habilísimos danzantes, ni la buena voluntad de algunas amables amigas, que sufrieron con paciencia que las pisara y les desgarrase el vestido, por tener la gloria de triunfar de mi rebelde naturaleza. Convencido de mi falta de idoneidad para el objeto, me he convertido en filósofo, y he proclamado á voz en cuello que el baile es absurdo, que sólo conviene á la gente sin seso, y que es contrario á todo decoro, procurando así disfrazar mis defectos con razones orgullosas; pero en el fondo de mi corazón deploro profundamente no poder efectuar las cabriolas que ejecutan á la perfección tantos mozalvetes de tres al cuarto.

Así, pues, no sabiendo bailar, no me fué dado tomar parte en el regocijo; pero como era cosa convenida entre Lola y yo, que nin-

guno de los dos bailaría, tuve la satisfacción de verla permanecer sentada, sin consentir en danzar con los jóvenes que la invitaban para que los acompañase. No obstante, estaba en ascuas, porque no podía hablarle, y me era intolerable de todo punto la vista del joven moreno que se mantenía cerca de ella.

Debe haberme salido al rostro la impaciencia de una manera harto visible, porque me preguntó Lola por medio de una seña, echando atrás la cabeza, qué era lo que tenía. Fruncí el ceño, y le designé con los ojos al caballero del negro bigote. Sonrió imperceptiblemente, y levantó los hombros como diciendo:

—¡Qué me importa ese hombre!

Seguí sombrío no obstante. Apiadada de mí, levantóse Lola de su asiento en compañía de una amiga, y emprendió un pequeño paseo al derredor del bosque de camichines. Comprendí la evolución, y fuí á reunirme con ella, en el punto más apartado del que ocupaba la Sra. D.ª Agustina.

—¿Qué tienes?—me dijo Lola—¿por qué estás tan contrariado?

Le contesté con otra pregunta:

—¿Quién es ese caballero que acompaña á ustedes?

—Ja! ja! ¿estás enojado porque viene con nosotros?

—¿Quién es ese caballero?

—Es mi primo Tomás, que acaba de llegar de Zacatecas, donde tiene una hacienda.

—Me parece muy antipático.

—Tan prieto! No le conocía. Se fué de aquí muy niño, y hasta ahora vuelve.

—¿Viene á establecerse á Guadalajara?

—Piensa regresar á Zacatecas muy pronto.

—¿Y si te hace la corte?

—No pienses tonterías; no se ocupa de mí.

—¿Y si te la hace?

—No me la hará.

—Pero ¿si te la hace?

—Perderá su tiempo. ¿Por qué me preguntas esas cosas? ¿me tienes desconfianza?

—No, por vida mía, te tengo más fé que á nadie en el mundo. Creeré lo que me digas.

—Pues no tengas cuidado. Aunque fuera un príncipe mi primo, y no fuese tan prieto, no le haría aprecio.

—¿De veras?

—De veras ¡vaya una insistencia! No seas tonto.

—¿De manera que siempre me quieres?

—¿Cómo *siempre*? ¡Pues qué soy una veleta! Me estás diciendo cosas que me ofenden.

—Perdóname, Lola, como te quiero tanto, me voy haciendo necio.

—Pues nada, que se acabe el mal humor; no quiero verte sombrío.

—Puedes hacer que en un momento me ponga resplandeciente de alegría. Díme que me quieres; no me canso de que me lo digas. Quisiera estarlo oyendo constantemente.

Sonrió dulcemente y se disponía sin duda alguna á decírmelo, cuando cambió la expresión de su rostro, se heló la voz en su garganta y se puso pálida. Busqué instintivamente la causa de su turbación, y ví á D.ª Agustina á dos pasos de nosotros, que nos miraba con rostro iracundo.

—¡Cómo te he de creer—articuló dirigiéndose á Lola—que vengas á dar estos escándalos en público!

—Pero mamá!—murmuró Lola con tono suplicante.

—Te creía más juiciosa; pero ya veo que no sabes conducirte. Me vas á matar á pesadumbres.

Luego se dirijió á mí, que estaba estático.

—Señor—me dijo—le suplico que no ande vd. inquietando á mi hija.

—No señora—repuse maquinalmente.

—¿Qué objeto tienen todas estas cosas?

No supe qué contestar.

—Nada más que desacreditar á mi hija, y quitarme los días de la vida.

—De ningún modo—me atreví á observar—¿qué culpa tengo de querer á Lola?

—¡Vaya un atrevimiento! La culpa está en andarse ocupando de estas cosas con tanta anticipación. Está vd. dentro del cascarón y ya quiere cacaraquear. Es ridículo.

Sentí que la cólera iba á hacerme cometer alguna imprudencia;

pero viendo la cara afligida de Lola, me abstuve de contestar, y dominé mi disgusto.

—Con que señor,—prosiguió,—¡cuidado con volver á molestar á mi hija, porque sabré hacerme respetar!

Esto diciendo, tomó á Lola, á quien se le saltaban las lágrimas, por la mano, y la arrastró del lugar con paso trágico y rostro sublime de magestad; en tanto que yo permanecía inmóvil en aquel sitio, combatido por sentimientos de ira, despecho, vergüenza, y, sobre todo, de lástima, de lástima por la pobre Lola, cuya congoja me partía el corazón.

Acto continuo, dió D.ª Agustina trazas de volverse á San Pedro. Al observarlo, acudieron á su derredor los concurrentes, procurando disuadirla de su propósito.

—Pero ¡qué es eso! ¡tan pronto!

—No, señora, no se vaya vd. todavía.

—Aguarde vd. otro momento, y luego se irá.

—No tardamos en marcharnos todos juntos.

—No puedo quedarme más tiempo—contestó la interpelada con tono sombrío y resuelto—vdes. dispensen, pero me es imposible; Lola se ha puesto mala.

—Pues ¿qué tiene?

—Le comienza jaqueca.

—Pero señora.........

—No, no puedo, ustedes dispensen.

Y no hubo remedio. Recojieron las criadas los útiles y trastos de propiedad de su ama, y ésta, Lola, el primo D. Tomás y la servidumbre entraron en la carreta y emprendieron la marcha de regreso á San Pedro. Ví todas estas evoluciones desde cierta distancia con mucha pesadumbre y sin poderlo remediar, y más triste me quedé cuando no recibí ni una mirada de Lola, que me consolara en el momento de partir. Estaba la pobrecilla tan llorosa, avergonzada y afligida, que no se atrevió á mirar al concurso para buscar mis ojos.

Permanecí largo tiempo apoyado en el tronco de un árbol, mirando cómo se alejaba la perezosa carreta, haciendo sordo ruido de duros golpes al rodar torpemente en el pavimento lleno de desigualdades. No sé qué presentimiento doloroso me atormentaba, como si aquella fuga repentina anunciara el desvanecimiento de mis sue-

ños. No me mezclé ya con la reunión; anduve vagando en torno del bosquecillo, oyendo la música, que me oprimía el corazón, y las alegres voces de los bailadores, que me causaban despecho. Imagen viva de las vicisitudes del mundo, había llegado á aquel sitio lleno de contento y de esperanza, y el trascurso de unos momentos había sido bastante para trocar tan dulces afectos en angustia y sobresalto.

La música, ese embeleso del alma, que aman hasta las fieras; ¡cuán triste suena al oído de los que padecen! La vaguedad de la sensación que las notas producen y la carencia de lenguaje determinado de la armonía, preparan el alma para los afectos, haciendo vibrar las cuerdas del sistema nervioso con extremecimientos arcanos. Conmovido el espíritu de esta suerte, es á modo de blanda materia, donde se imprimen hondamente los afectos: el amor, el dolor, la alegría, ese mundo de sentimientos que se disputan alternativamente en la vida, el dominio del corazón de los hombres. Nunca es más exacta la frase: *el espectáculo está dentro del espectador*, que cuando de música se trata: el que es desgraciado oye triste la música alegre, el que es feliz encuentra regocijadas las marchas fúnebres.

Así yo, en aquel punto y hora, dominado por la pena y el temor, sentía que se me saltaban las lágrimas de los ojos oyendo los alegres valses y polkas jubilosas que pregonaba ruidosamente la música. Cualquiera que me hubiese visto en esos momentos, se habría reído de mí como de un insensato.

YUSUF-BEN-ISSA.

(*Continuará.*)

---

*
* *

A mi lado ven pronto,
ven, batelera,
y sin miedo aproxima
la barca á tierra;
que mano á mano
del amor hablarémos
enamorados.
Coloca tu cabeza.
sobre mi pecho;
duerme en él y descansa,
no tengas miedo
tú que te fías
de la mar borrascosa
todos los días.
Mi corazón es, niña,
como los mares;
tiene arrecifes, olas
y tempestades;
pero se encuentran
dormidas en el fondo
preciosas perlas.

*
* *

Cuando me paso toda la mañana
ante tu casa, inmensa es la alegría
que experimento al verte en la ventana
á tí, chiquita mía.
Con tus ojos, de un pardo oscuro, miras
como diciendo: ¿qué es lo que tú quieres?
¿Qué buscas, extranjero que suspiras
con tal dolor? ¿Quién eres?
—"Soy pöeta alemán de muchos hombres
conocido, los cuales me acreditan:
al recordar los más gloriosos nombres,
también mi nombre citan.
Y al recordar los nombres, sin embargo,
de los que sufren más duros tormentos,
hablan también de mi destino amargo
y de mis sufrimientos."

E. Heine.

(Del *Regreso.*)

ENRIQUE HEINE.

Ningún vate alemán fué más músico por la armonía embriagadora de sus versos, que *Enrique Heine*, cuyas canciones, tan bellas y sentidas, convidaban tanto á los compositores, que la que empieza *Eres como una flor*, fué puesta en música más de 170 veces, y más de cien veces el famoso canto relativo al *Pino y á la Palmera*. Pero el poeta desterrado de su suelo natal, no escuchaba en su cuarto de enfermo aquelllas melodías dulcísimas que se hicieron el patrimonio del pueblo alemán, y que los estudiantes, los soldados y los artesanos enviaron al manso viento: sólo una vez antes de su muerte se deleitaba al oír cantar sus cantos. ¡Que Dios te bendiga, *Sociedad coral de Colonia*, por haber proporcionado aquella satisfacción postrera al desgraciado vate, cantando sus canciones que, siendo adornadas con las galas de los Mendelsshon, Schubert, Schumann, Loewe y Roberto Tranz, brillarán siempre en la ovación del entusiasmado mundo! ¡Oh, qué bella es Colonia cuando rinde culto á los hombres ilustres!

Era en el otoño de 1855 cuando la Sociedad coral de Colonia dió conciertos en París á beneficio de nuestra Catedral gigante, alcanzando los triunfos más brillantes con el cantar dulcísimo de Heine; todos se apresuraron á dar las gracias al poeta clavado á la cruz de la parálisis por los clavos del sufrimiento; entraron, pues, en su cuarto solitario, y en baja voz, para no molestarle, entonaron delante de él sus cantos: *Cual nube confusa y vaga,—El cierzo brilla en las ramas,—Te llevaré en las alas de mi canto.* Aquellas estrofas fueron las últimas acordes notas que sonaron en su triste existencia; pero hoy despiertan al trovador muerto, al hijo más libre del libre

Rhin, como él mismo se llamaba en su inspiración atrevida, con este grito entusiasta: Coloquemos la estatua de bronce de Enrique Heine á orillas del río donde jugaba cuando niño, donde soñaba cuando adolescente, y donde cantaba cuando hombre; levantemos su monumento en la ciudad de Düsseldorf, en la que á cada paso tropezamos con recuerdos heinianos, ya paseándonos por el *Hofgarten*, donde se nos figura que vemos otra vez al emperador de los franceses montando un caballito blanco, ya atravesando la plaza del castillo que hace tan importante papel en las impresiones infantiles del vate, ya mirando la estatua ecuestre del anciano Elector Juan Guillermo, el del arnés negro y de la peluca, que se encuentra en el mercado pareciendo cada día más verde, ya contemplando el convento de franciscanos, la primera escuela de Heine, ya, en fin, entrando en la mansión donde nació, y que en el día habitan dos lavanderas, no ofreciéndonos aquella casa tan pobre, que se encuentra en el Bolkerstrape, detrás de la casa que lleva el número 53, sino los dos cuartos humildes del primer piso, donde vivieron los padres del poeta, y el tercero más pequeño, donde nació éste, y un patio y un jardincito, cuya mitad ocupa una acacia umbría, plantada según dice la tradición, por el mismo Heine, hace ya ochenta años.

Tú que duermes el sueño de la muerte en el cementerio de Montmartre, pero cuyo genio se elevó á lo inmortal; tú que con el calor de tu poesía ardiente iluminabas la vida de todos los enamorados, de todos los jóvenes alemanes, no necesitas monumento ninguno en tu patria mientras corra el Rhin, la gala y el ornato de Alemania, cuya gloria celebraste en tus himnos alados, y mientras en el albor matinal canten enamoradas parejas de ruiseñores. El que rhiniano nació ha de amar al cantor de Loreley; el que germano nació ha de ufanarse del vate que nos envidian las letras extranjeras, y cuyas grandiosas armonías suenan en Italia, gracias á Zendrini, y á tantos otros; en España, merced á Teodoro Llorente y en América, gracias á Pérez Bonalde y Francisco Sellén.

Pero así como entre las brumas blanquísimas de Albión había quien quería disputar á Byron el puesto merecido en la abadía de Westminster, diciendo que aquel cuyo nombre cantarían eternamente las ondas de Lepanto, y que fué todo un siglo de befa y de pasión hecho hombre, era un Don Juan que se cantaba sólo, un Luzbel

trovador y aventurero que daba pompa y esplendor al vicio; en la ciudad de Düsseldorf, que se precia de los monumentos de sus hijos ilustres, los pintores Pedro Cornelius y Godofredo Schadow, hay quien dispara un dardo á la vida de Enrique Heine, ese campeón de la libertad, ese hijo predilecto de las musas, ese poeta favorito de la emperatriz Isabel de Austria, que quiere contribuir con 50,000 marcos á los gastos del monumento que se ha de levantar en honor del hijo de un mercader judío en la ciudad que el Rhin y el Düssel bañan.

Los que se llaman patriotas alemanes, dicen que las obras de Heine abundan en ofensas á Alemania, á los Hohenzollern y al blasón de Prusia. Los que se llaman cristianos, dicen que su numen fué un mal hado nutrido de impiedad sangrienta. Pero quien se fije en las creaciones peregrinas del que, á pesar de la contradicción extraña de los poetas de Munich, el conde de Schack y Martín Greif, es el mayor lírico que después de Goethe ha honrado la poesía alemana; quien mire extasiado tanta luz junta con sombras tan grandes, no permitiendo la época en que vivía el poeta batallador, soñador y burlón, que su individualidad alcanzase la armonía de Goethe; y quien llore el martirio del trovador infeliz, dirá con nosotros: los alemanes perderíamos nuestro timbre honroso de ser un pueblo de poetas y de pensadores, si no levantásemos un monumento al poeta insigne de quien dirémos lo mismo que el vate mexicano, Salvador Díaz Mirón, dijo de Byron:

No envidiabas al piélago sus dones:
¡Tú tenías también ímpetus, brumas,
Trombas, brillos, honduras, explosiones,
Monstruos, perlas, vorágines, y espumas!

¡Enrique Heine tendrá un monumento á orillas del Rhin!

JUAN FASTENRATH.

Colonia y Julio de 1888.

LA CRISIS MODERNA.

I.

"No puedo pensar sin angustia que esta lenta y complicada fábrica de los seres, no tenga por objeto *algo superior* á la sola lucha por la vida." Tal es el pensamiento de Darwin, el célebre autor de la Selección de las Especies, de que se dá cuenta en una de las Memorias leídas recientemente en el Congreso Antropológico de Nueva York.

Este profundo pensamiento del esclarecido sabio, uno de los maestros reconocidos en el mundo de la ciencia positivista, es un resumen, en las intuiciones del genio, que revela toda una série de problemas y cuestiones científicos y sociales de la mayor trascendencia. En los actuales días se agitan aún tantas y tan espinosas dificultades, están la vida de los pueblos y el desarrollo y aplicación de las ideas tan envueltos en pavorosos enigmas, que sólo la fé inquebrantable en el progreso humano y las enseñanzas históricas del pasado de ciertas civilizaciones, pueden mantener al pensador reflexivo en la serenidad característica de la idea, ante las tristes asperezas de la realidad. Es evidente que en todas las épocas de la Historia ha habido siempre lucha de principios, teorías por aplicar y dificultades por resolver, (cuya solución en muchos casos ha sido la del nudo gordiano); no se crea tampoco que pensamos en la originalidad de ciertos problemas actuales, que no están sino calcados en viejos sistemas. Nada tan espantable en el mundo como esas épocas de vertiginosa crisis y formidable choque de ideas é instituciones, que se disputan su imperio en las regiones misteriosas de la conciencia y en el estadío sangriento de los hechos. La agonía tor-

mentosa del Bajo Imperio, al nacer el Cristianismo; la irrupción de las hordas vandálicas sobre la civilización antigua; la série agitadísima de luchas guerreras en la Edad Media; la Revolución francesa de hace un siglo, que no fué local, ni europea, sino universal, y, para no perdernos en difusiones, tantos otros hechos que todos conocen cómo han venido, desde el nacimiento de las sociedades, trasformando su fisonomía, su carácter y sus tendencias; todas esas crisis, decimos, en la vida externa de la civilización, no vienen siendo sino el resultado práctico de la oculta, latente crisis del pensamiento en los espíritus.

Hoy, en el orden científico contienden sistemas y escuelas de encontrados principios, y á guisa de los ardientes torneos del medioevo, se pelea por obtener una sonrisa, no ya de la hermosura, al fin effímera, sino de la verdad, á quien nadie conoce, como dijo Chateaubriand en un rapto de escéptica amargura.

"¿Qué es la verdad? Siempre la eterna pregunta del juez pusilánime que, ante Cristo, voltea el rostro y no quiere oír la respuesta.

La verdad es la realidad, dice la ciencia positiva moderna. Esto ya lo había dicho hace catorce siglos S. Agustín: "*Verum est id quod est.*" La verdad debe ser la armoniosa relación entre la idea y el hecho, entre las aspiraciones del alma y los progresos de la cultura, entre el pensamiento y la vida: á esto tiende, si no me engaño, todo sistema idealista. Repito: ya lo había dicho Santo Tomás en la oscura Edad Media, (*adæquatio rei et intellectus*). Por lo visto, en cuanto á nociones fundamentales no hemos dado un paso. A no ser que la filosofía de Kant, de Fichte, de Schelling y de Hégel que acabó por confundir, en nebuloso panteismo, el pensamiento y la realidad se diga que desató el nudo, (al revés del de Gordio, enmarañándolo más.)

No es por hoy nuestro intento elucubrar. Descendamos de tales abstracciones. Decíamos que la crisis inconsciente del pensamiento en nuestros días, indica el malestar que aqueja á esta época. Ese "*sin angustia*" del gran sistemático Darwin justifica estas reflexiones. Esa palabra *angustia*, derivada del latín, es muy expresiva. Significa: opresión, sofocamiento, falta de respiración, de libertad, de *vida* en el pensamiento. En este sentido dice Plauto: "*Angi animo.*" Y Cicerón; "*Angor intimis sensibus.*" ¡Cuán misteriosa y augusta es la vida de las ideas en todo pensador! Y á cuántas

torturas se apresta en todo genio sistemático! Esa angustia del autor de la *Selección* revela con luz meridiana la opresión de un espíritu preocupado que, fuera del método experimental en las ciencias y del lenguaje del *hecho*, no admitía ningún otro criterio, ni más procedimiento para descubrir la verdad. Cierto es que cada ciencia tiene su criterio propio, y por esto aplicar el mismo criterio á ciencias diversas, conduce sin remedio al error. Hé aquí la *angustia* de Darwin y con él la de la ciencia, las letras y la sociedad moderna, cuya thesis, bajo su doble aspecto literario y social, procuraré demostrar someramente en estas líneas.



Supuesto el carácter dominante del periódico en que escribo, concretaré mis observaciones sobre esta materia á dos faces: el orden literario, y el científico, (respecto de la cuestión económica del *trabajo* en sus relaciones sociales.)

En el orden literario tiene profunda aplicación el pensamiento de Darwin. Toda escuela literaria tiene por precedente un sistema filosófico. La región estética del Arte reconoce implícitamente un fundamento científico anterior. Así en la naturaleza como en el espíritu, en la idea, como en la forma, en la generación de los seres, como en el nexo misterioso de los pensamientos, presiden iguales leyes y existen idénticas armonías. A la escuela espiritualista filosófica corrresponde en Literatura la escuela romántica, (en sus buenos modelos), y al método positivista en la ciencia corresponde el procedimiento realista en el Arte. Ahora bien, la pintura exclusiva de la realidad, en la novela y la literatura dramática, satisface todas las necesidades del Arte? ¿Hay ó no *algo superior* á ese encadenamiento exterior de los sucesos, á esa lucha por la existencia en las pasiones, á ese flujo y reflujo del océano de la vida social é individual, pintados fielmente por el artista, sin traspasar nunca en su obra, en la obra de su pensamiento la esfera material de la realidad? Antes de continuar adelante, permítaseme hacer mérito de este pensamiento de un notable escritor: (*) "El ideal de lo verda-

(*) Gorgias. "Elocuence et Improvisatión.—Livre neuviéme.—Esthetique ou des conditions du beau dans l'art oratoire. Chapitre premier.

dero es el ideal teórico, el ideal de lo bueno es el ideal práctico, el ideal de lo bello es el ideal estético......... El ideal de la verdad es la forma por la cual se revelan la ley y la ciencia; el del bien es la forma que manifiesta la moralidad y la libertad; y el de lo bello es la forma por la cual se expresan la naturaleza y Dios." Más adelante añade: "El carácter *fundamental* de lo bello es lo infinito. Toda expresión que brilla y sobrecoge desde luego tiene en el fondo algo de misterioso que conmueve, un símbolo velado que despierta en el fondo del alma un infinito de ideas, que hace suponer un infinito de designios, de manera que el Arte parece no ser sino la revelación de una fuerza suprema superior al hombre. De aquí, la insondable profundidad que el verdadero artista comunica á su obra. Lo que no presenta inmediatamente algo del infinito, lo que no presenta cuando menos un reflejo, lo que no descubre inmensos horizontes al alma *no es una obra de arte.*"

.........¿Por qué esa emoción que os ha sobrecogido? ¿Por qué estos estremecimientos que han removido vuestro corazón, este centelleo que ha iluminado vuestra alma? No es acaso sino el sentimiento de la belleza, en los pensamientos y en las formas, que ha herido el ojo íntimo, y lo Bello eterno, infinito que ha reflejado su foco desde el cielo para proyectar su brillo en el espíritu humano."

Este fin estético no se obtendrá jamás con la copia desnuda, árida y seca de la realidad. El realismo *exclusivo* no es un procedimiento literario completo, porque no realiza así la belleza. Tema es éste que ha sido magistralmente tratado ya por el eminente crítico Revilla y no insistiré más en ello. (*) Citaré únicamente estas palabras del autor que vengo comentando. "Lo bello físico no es sino el reflejo del bello moral, lo bello invisible que tan luego como el alma descorre sus velos, por decirlo así, manifiesta en nosotros la idea de lo infinito."

———

(*) Sigo en esta materia el pensamiento de este escritor en su artículo: "El naturalismo en el Arte."—Obras del mismo.

Digresión.—A propósito de las escuelas anteriores á la realista moderna, el sabio crítico Pimentel hace notar ya el eclecticismo que, como un buen resultado, se verificó entre la escuela clásica y la romántica, y que tiene en mi uicio tendencias más elevadas que las que hoy privan en el arte estético. Cita como ejemplo de ello entre los franceses á Racine y entre los ingleses á Tennison. (Historia crítica de la Literatura y de las ciencias en México.—Tomo I., págs. 547 y 548.)

Por esto decía Royer Collard: "Lo bello se siente pero no se define. El está sobre todo, en nosotros y fuera de nosotros; en las perfecciones de nuestra naturaleza y en las maravillas del mundo sensible; en la energía independiente de un pensamiento solitario y en el orden público de las sociedades; en la virtud y en las pasiones; en el placer y en las lágrimas; en la vida y en la muerte."

De todo lo expuesto no se deduce que sea lícito desconocer el alto fin y las tendencias de la escuela naturalista en el arte. Ella no es sino una justa reaccción contra los excesos del pseudo-romanticismo. Así como la escuela romántica no fué sino otra reacción contra el falso clasicismo. En Francia, por ejemplo, y á pesar de Boileau, de Racine y de Corneille, imperaba en el siglo de Luis XIV el falso y por ende extraviado gusto arbitrario, fundado en un cúmulo de reglas retóricas que muchos han achacado todavía al clasicismo aristotélico. La irrupción de tan perniciosa secta hizo aparecer allende el Rhin á Goëthe, personificando el romanticismo, el cual, según lo ha demostrado la crítica histórica, databa en Alemania de tiempos atrás y se aplicaba á todas las producciones literarias ó artísticas, nacidas en el Cristianismo, para distinguir dicho sistema del de la escuela greco-romana.

La historia de la Literatura nos enseña, pues, que todo exclusivisen cuanto á la forma estética del Arte es erróneo. Así algunos espíritus preocupados con las tendencias que hoy privan en la novela y el teatro han ridiculizado siempre todo lo que no cabe en el molde del realismo. Contra ellos decía W. Schelegel: "Estos tiempos osan llamar bárbaros á los pasados; ellos han inventado para su uso una *estrecha* sabiduría y llaman *quimera* á lo que su debilidad no comprende." (*)

Como se ve, todo lo que se ha dicho en los parágrafos precedentes nos muestra la pugna que en los procedimientos literarios viene conmoviendo las opiniones en el mundo de los sistemas. Claro es que todo lo que vengo desarrollando se liga íntimamente con mil cuestiones árduas sobre Estética, que no cabe tratar en los límites de este artículo, destinado tan sólo á probar satisfactoriamente el pensamiento que le sirve de base.

(*) "Galerie des Contemporains illustres," par un home de rien.—Tome quatrieme.

Epilogando mis ideas sobre este asunto concluyo esta primer parte con las siguientes consideraciones.

Es un hecho incontrovertible que el sér humano es una dualidad complexa, unión misteriosa de instintos y sentimientos, de egoísmo y nobleza; de eternas aspiraciones y lucha de concupiscencias desatentadas; de sublimidad y llaneza; de ardientes arrebatos y glacial avaricia; de luz y sombras; enigmático espectro que se escudriña á sí mismo; que progresa y vive; se eleva radiante ó vegeta indiferente, cual si su naturaleza fuera siempre en el tiempo su invencible tormento ó su ingénita felicidad.

Siendo esto así, la ciencia que lo estudia, el arte que lo pinta, la humanidad en que se desarrolla, deben siempre tener un doble aspecto por objetivo final que no trunque ni mutile la conciencia, es decir, el conocimiento íntimo del hombre mismo.

El realismo nos hace conocer una faz importante de la cuestión: la vida práctica, el buen sentido, la sensatez, la fiel exactitud de los caracteres y de los hechos, la experiencia á las veces cruel pero siempre útil de la realidad, sin devaneos ni estériles delirios; una gran enseñanza moral para la necesaria apreciación de las cosas y de la vida. Pero ¿se encierran aquí el objeto todo y la misión del escritor y del Arte? Creo, á la verdad, que existe además todo un mundo de *realidades* que también debe comprender éste. Despreciarlas por espíritu de innovación y de escuela es antilógico y censurable. La definición que ha dado Zola de arte es esta: "Un cuadro de la naturaleza ó de la vida, visto *al través de un temperamento.*" Bueno es estudiar las cosas en todas sus relaciones. Este aspecto fisiológico de la Literatura arrojará, sin duda, mucha luz en el porvenir; pero el orden *psicológico* (que á muchos aún repugna) tiene y tendrá siempre, al través de las aberraciones sistemáticas, una existencia y una actividad eternas.

Este órden trascendental é inmenso, *superior* á las *luchas por la existencia* y al enlace y generación materiales de los seres y de la vida, del tiempo y de sus formas externas, de la humanidad y sus problemas dolorosos, era (en el orden científico) la *angustia* de Darwin, por dudar de él en su ciencia experimental y concreta de los seres. Un criterio exclusivo es excelente y provechosísima luz en cierto orden de verdades, pero no satisface la sed infinita del pensamiento.

No se entienda, pues, todo lo dicho, aplicándolo á falsas consecuencias.

En este sentido vengo afirmando que el Arte estético y la Literatura deben, (como las ciencias) vivir en amplios horizontes, sin cortarse las alas que conducen al infinito, ni extraviar las sendas que guían misteriosamente al alcázar de la verdad.

Así el pensamiento se armoniza con todas las realidades. Así el ensueño no siendo quimérica alucinación es oculta voz de consuelo, fanal de esperanza y suprema beatitud. La lobreguez del mundo tórnase en luz redentora y el encanto de la forma estética en irradiaciones de bondad, de fé y de amor.

II.

Abordemos ya otro género de ideas, aplicando el pensamiento de Darwin á las sociedades actuales y sus punzantes y tormentosas angustias.

La ciencia del trabajo es la ciencia práctica de la vida. Si *la idea* se agita en tempestuosos océanos, los intereses rudos de la batalla por la vida vienen, siglos há, chocándose paso á paso, entre sangrientos odios y ardorosa fiebre: no es el hombre que piensa, es el hombre que siente, y no es el sentimiento que vive, sino la sensación que vibra, la carne, que ahúlla, el hambre, en fin, que con mudo gesto y cadavérica faz, azuzada por todas las ambiciones y las concupiscencias y los martirios todos, muestra, en la era moderna, amenazante actitud y se exhibe como incógnita inexorable que hay irremediablemente que despejar!



La cuestión económica del *trabajo* es capitalísima en la ciencia social. Colocado el hombre entre la naturaleza y la sociedad, aplicando sus esfuerzos á la producción, ejerce su doble actividad biológica y moral, para la consecución de su fin humano. Ha pasado ya, en el orden científico, la era de los problemas políticos, tratados profunda y magistralmente por tantos publicistas y filósofos. De la mayor parte de las cuestiones de Derecho Constitucional pro-

piamente dicho, rarísima será la que no esté suficientemente dilucidada. El curso del tiempo dará su sanción, en el terreno práctico y según las instituciones y carácter de cada país, á muchas cuestiones ya formuladas, comprendidas y sujetas á luminoso examen. En este sentido puede decirse que se conoce ya bastante la materia. Pero no sucede así con las cuestiones sociales á que en el curso misterioso del progreso humano, van á refundirse insensiblemente todas las ciencias. La Economía, hasta hoy llamada política, abraza y comprende una rama de dichas cuestiones. Y entre ellas, la aplicación del exfuerzo humano á la producción de la riqueza social es, en sus relaciones con la civilización y el bienestar público y privado, el fundamento esencial de las cuestiones sobre la industria, el comercio, y la organización armónica de todos los intereses y de todos los derechos.

Balmes ha definido la civilización: "el mayor bienestar posible para el mayor número posible." Y teniendo el hombre tres especies de necesidades: biológicas, intelectuales y morales, claro es que no vivirá nunca satisfecho sin el armónico desarrollo de la Industria (en todas sus aplicaciones), la Ciencia (en todas sus formas) y las Bellas Artes y el Derecho, en toda la esfera de su ejercicio. Lo mismo debe decirse de las sociedades. Ahora bien, la Economía política ha resuelto, con relación al trabajo, una parte de las cuestiones: las relativas á la producción. Hoy se produce más y mejor, en el orden manufacturero, agrícola y fabril que en la Edad Media y en la Epoca Antigua. Las ciudades *anseáticas* del Norte de Europa, Inglaterra y los Estados Unidos de la América anglo sajona, son los más abundantes centros de producción en toda especie de industrias. La máquina es el portentoso milagro del trabajo. Hoy no se trata ya de la *producción* (como una dificultad) sino de la distribución de la riqueza.

Hé aquí el *bus illis* de la ciencia actual, que viene, años hace, resolviendo la duda por medio de tantas y tantas teorías socialistas, utópicos ensueños de justicia y bienestar, desde S. Simón, Fourier, Comte, y Owen, hasta la Comuna y la Internacional. ¿Y por qué han aparecido escuelas y principios socialistas? ¿Acaso este problema no data desde los días de Buda, de Moisés, de Licurgo y de los Gracos?

Una de las terribles faces de la dificultad sobre la distribución del

trabajo y de la propiedad radica en la época moderna en la cuestión del *salario*. El proletariado en las clases obreras es la X formidable en el problema de las *ecuaciones* sociales. Si algunos enigmas se han resuelto con relación *á la libertad*, ninguno lo está aún con relación *á la igualdad*, aún siendo ésta rectamente entendida. Ejemplo de ella: Inglaterra, país clásico de la libertad política y á la vez de las mayores monstruosidades económicas.

Dignas son de recordarse las palabras de un iluso, por lo que encierran de verdad, cuando después de la conmoción magestuosa de la Revolución francesa de hace un siglo, decía ante la Europa consternada: (*)

"Si muriesen hoy mismo todos los príncipes de la sangre, los altos empleados de la corona, los ministros, presidentes y obispos, y por añadidura, los diez mil grandes propietarios de Francia, sería cosa triste, porque son buena gente; pero el Estado no perdería nada absolutamente y los treinta mil puestos de todos ellos serían ocupados al día siguiente, dado que hay millares de personas capaces de hacer lo que hacen los príncipes de la sangre, los ministros, los hombres opulentos y los grandes prelados. Pero si en cambio, muriesen los principales artesanos, los principales productores, químicos, físicos, pintores y poetas, la pérdida de esas tres mil personas sería irreparable. El pueblo en las últimas luchas ha ganado bastante, porque ha aprendido á conocerse á sí propio, á comprender sus necesidades, y ya no cree en la de padecer y ser oprimido. Pero si se han roto los lazos del feudalismo aristocrático duran todavía los de la riqueza y los ricos gozan sin trabajar, mientras padecen males y privaciones aquellos en quienes residen los poderes creadores del trabajo, del genio, de la civilización. Los ricos que gozan de la plenitud de los derechos civiles son en Francia la vigésima quinta parte de la población, personas improductivas que imponen leyes al resto del país. Entretanto, se abandonan al azar los progresos de la civilización; se cultivan las ciencias al acaso y de la misma manera se aplican, y los descubrimientos quedan inaplicados hasta que la codicia de un capitalista interrumpe los hábitos mecánicos ordinarios. Quiebras contínuas y cambios de métodos precipitan á millares de obreros en la miseria; la casualidad enriquece á

(*) Saint-Simón.

los unos por medio de la herencia; las máquinas y los capitales quedan vinculados en pocas manos, y los no capitalistas encuentran cerrados todos los caminos para utilizar su genio. Hay pobres porque existen muchos individuos que no viven de su trabajo material ó intelectual, sino del trabajo de los demás y consumen tanto, que semejante trabajo no basta para la subsistencia de ellos y de los trabajadores; hay pobres porque éstos cuentan con las limosnas particulares dadas por los arrendadores de sus tierras y de sus capitales."

Traemos á colación este pasaje relativo á aquellos tiempos, que casi son los nuestros, enunciando por hoy todas las ideas que no es aquí nuestro objeto tratar explayadamente, atendido el género literario á que pertenece este escrito.

Pero estas observaciones nos acercan á nuestro pensamiento capital.

La teoría Malthusiana es la revelación tristísima, con relación á la población y á los medios de subsistencia, de las míseras extorsiones de la miseria, de la agonía latente de muchos seres que flotan como una parodia de la vida en las turbias ondas del océano de la existencia.

El oleaje embravecido de las pasiones exacerbadas ruje también impetuoso, porque los fieros instintos suplantan en pobres y ricos hipócritamente el lenguaje de la justicia, y Séneca dice: "La maldad bebe una gran parte *de su veneno*."

En la lucha de los seres por la vida, que Darwin y Malthus estudiaron dolorosamente, siendo analistas del encarnizamiento de las especies y del egoísmo permanente al través de todos los fenómenos de la escala zoológica y humana, en esa angustiosa contienda de muerte aparente y de eterna vida, oigamos estas notables palabras, pronunciadas no ha mucho tiempo en Padua, por el notable profesor Guerzoni:

".....Los espíritus sufren y los cuerpos no gozan; así el problema moral se enlaza al social, y el uno engendra el otro y mútuamente se alimentan y se sostienen, complicando con una nueva forma el enigma ya muy oscuro del siglo. ¿Cuándo es, en efecto, que la cuestión social (eterna por lo demás, como el problema de la igualdad humana, del cual es consecuencia) entra en sus períodos más agudos y hace presentir inminente la explosión? Cuando las clases

desheredadas, perdido aquel patrimonio de creencias que las hermanaba con las afortunadas en la fé de una justicia suprema, no encuentran ya en sí mismas el motivo de la resignación, y cesado el prestigio de aquellas esperanzas, que les hacían parecer menos agudas las punzadas del hambre, se aperciben solamente de que tienen un vientre y se preparan á vindicar sus derechos.

Ni la realidad está muy lejana. Nosotros mismos somos, para las muchedumbres hambrientas, espectáculo y escuela de un vivir epicúreo; rompemos nosotros mismos día por día bajo sus ojos todo freno de autoridad, todo grado de gerarquía; y ya que también vamos rompiendo nosotros mismos en su conciencia, piedra por piedra, los simulacros de aquellos dioses, que los inducían á resignarse y padecer, es justo que ellas, antes ó después, levanten la cabeza y nos griten amenazadoras: "De qué nos sirve, oh ricos, vuestra civilización: tenemos hambre; qué nos importan, oh afortunados, los hallazgos de vuestra ciencia, y los prodigios de vuestras artes: la pelagra nos mata, el aire impuro nos diezma, el carbón de vuestras minas nos asfixia, las exhalaciones de vuestros laboratorios nos envenenan.

Mientras creíamos en el paraíso del otro mundo, aceptamos el infierno de este. Hoy que nos cerrais las puertas del cielo, dadnos las de la tierra."

"Pero nada de artificial, nada de imposición hay en esta mezcla de escuelas y doctrinas, nada tan natural como este renacimiento de teorías socialistas y comunistas que con varios nombres se presentan en todas partes; y nada más previsor, más prudente y no sé si decir más sabiamente jesuítico ó noblemente maquiavélico que esta solicitud por el problema social, esta ternura por las diferentes clases, que conmueven hasta las entrañas de hierro del gran Canciller alemán, é inducen á los mismos doctores y filósofos de la Igleisa á rivalizar en contemplaciones y promesas con los apóstoles del colectivismo y de la internacional.

Podrán ser más ó menos hiperbólicas las palabras y mas ó menos extraños los sistemas; pero la preocupación que los inspira responde á una de las realidades más imperiosas de nuestra época. Nunca son las palabras las que crean las cosas, ni los libros los que crean las cuestiones. Si el socialismo de Estado combate con el de la cátedra, si el internacionalismo disputa con el colectivismo, si Bismarck se acuerda de Lassalle y el Vaticano del Evangelio, es por que de las cloacas

de Paris y del centro de Nápoles, de las cabañas de Irlanda y de los suburbios de Londres, de los talleres de Manchester y de las fabricas de Nueva York, del fondo de los pozos mineros, de los pantanos de los arrozales y del aire mortal de las marismas, de las soledades de los terrenos estériles y de los surcos empapados con el sudor de los siervos, nace y crece, se engruesa y se dilata, fluctúa y se agita, sube como una marea, ruge á lo lejos como un océano una ola compuesta de lo más vituperable y de la más santa de las cosas humanas, que flagela y conmueve á un tiempo los muros de los reales palacios y las puertas de las Iglesias, las torres de los antiguos feudatarios y los palacios de los nuevos señores, y de seguro los destruirá con sus moradores, si una previsora sabiduría no se apresura á abrirle adecuados caminos, y á dirijirla por provechosos canales; si una providencia aún mayor no desciende á un mismo tiempo sobre el corazón de los afligidos y la conciencia de los afortunados: la palabra que hermana y que consuela, un soplo de aquel espíritu de caridad y de amor que al borde de otro abismo, en víspera de otro diluvio, salvó otra vez la sociedad humana y la llevó, si no á una felicidad que no es de la tierra, á la más alta cima de la civilización y de la gloria."

Pero esa palabra que hermana y armoniza, verbo de la humanidad redimida, bastante en el orden social, es necesario fortificarla en la conciencia íntima del sér humano con la luz de una fé superior. La creencia presentida confusamente por Darwin, la fé sobrehumana que lejos de abatir al genio lo ennoblece, ilumina y purifica. Y ya que estas páginas fueron abiertas, á la luz de la palabra de aquel grande hombre, cerrémoslas con esta no menos grande de Víctor Hugo: "Vivamos de lo visible, señores sabios, pero vivamos también de lo invisible. Voy á abandonar pronto al mundo; creed á un hombre que ha chocado con su frente en todo. La ciencia hará descubrimientos terrestres; pero jamás tendrá razón si no se halla dominada *por un ideal radiante*."

FERNANDO NORDENSTERNAU.

AL AUTOR

DE LOS

MURMURIOS DE LA SELVA (*)

EPISTOLA

POR JUSTO SIERRA.

Quod si Threicio blandius Orpheo
Auditam moderere arboribus fidem
Nom vanæ redeat sanguis imagini

HORATII Carminum.—Liber I.

Carmen XXIV.

Probaste en la vernácula zampoña
á revivir los cánticos helenos,
y el tallo yerto para tí retoña.

La sicilide abeja tus serenos
versos busca, de gérmenes de vida
y de dulzura misteriosa llenos.

A tu rústica puerta y escondida
cuelga, entre las volutas de la hiedra,
tu avena, en miel de Hyblos embebida;

(*) Intitula así un libro de poesías en que campean admirables paráfrasis de las Eglogas de Virgilio, el Sr. Canónigo D. Joaquín Arcadio Pagaza.

táñesla cual ninguno; tu grey medra
al oírla, florecen los alcores,
la fuente rie en el brocal de piedra,

y cantan los arpados ruiseñores.
En tu honor aun celebran su concilio,
de Febo á los cadentes resplandores,

las Pïerides sacras, y el Idilio
enlaza á tu corona de cristiano
una rama del lauro de Virgilio.

Oh! díme ¿no es divino, por humano,
el arte que formando egregio coro,
con los *aedas* nace soberano

en Athenas, de Grecia alma y decoro,
toca al zenit y deja en los latinos
labios, morir sus cláusulas de oro?

Creación perdurable, á los destinos
de una raza excedió; en ella informa
lo bello al realizarse; sus genuinos

caracteres serán perpetua norma
de la poesía, forma de la vida
á que dá sér la vida de la forma.

Tú lo sabes; por eso tu alma henchida
de música inefable, trasvasaste
á la urna por Teócrito esculpida.

Y del Mincio en los cálamos posaste,
que en perlas desgranó su cristal puro
para hallar en tus rimas aureo engaste.

¿Y nada más? Existe en el seguro
de tu conciencia, un Dios que comunica
tu vida con el cielo, y cabe el muro

de tu humilde cabaña, en flores rica,
una latina diosa solitaria
tu casto amor con su blancura indica;

al primero, la íntima plegaria,
á la diosa los délficos cantares......
Ay! afuera la errante procelaria

anuncia tempestad á los hogares;
afuera el ala ferrea de los vientos,
enloqueciendo los insomnes mares,

los estrella del globo en los cimientos
ó los arastra en montes que naufragan,
en vórtices de sombra, y que violentos

resurgen del abismo, al cielo amagan,
y de la tarde en la velada frente
despedazan el Iris y lo apagan...

¡Cuán bueno, cuánto al ánimo es clemente
el solemne silencio del pasado!
¡Qué deleite recóndito se siente

si el anhelo de hoy queda olvidado
"por la dulzura de mejor memoria!"
¡Cuán amable refugio al inviolado

santüario del arte, en que la Historia
semeja himno lejano, y un suspiro
la vida, y breve exhalación la gloria!

Mas ¡ay! tramontó el sol que en el zafiro
vió trascurrir la éra de alegría
en que su amor gentil cantó Titiro,

y el viento que á Virgilio conducía,
llevaba entre sus ondas hasta el puerto,
de la estrofa de Horacio la armonía!

¿Por qué crece entre el mármol del desierto
templo del Dios de Klaros, el espino?
¿Y por qué ha muerto Pan? ¡Ay! pero ha muerto!

y de tu caña el ritmo peregrino
¡oh dulce bucoliasta americano!
el sueño del caprípedo divino

ha de probar á interrumpir en vano.
Duerme el numen el sueño del Averno
desde el día que de un altar cristiano

bajó un efluvio penetrante y tierno
impregnado en las lágrimas del mundo,
y otro ideal surgió... Y éste era eterno,

porque era el dolor. No el infecundo
dolor pagano, alguna vez sublime
pero suicida; nó, sino el profundo

manantial que en todo hombre oculto gime
ó al cielo en rojo surtidor se lanza:
dolor que santifica y que redime,

y del que surge pura la esperanza.
Pero aquel nuevo llanto ¡cuántas flores
quemó y cuán presto disolvió la alianza

de la antigua poesía y los pastores!
El placer de vivir, la inefable
fruición de embriagarse en los amores

de la mujer, la frágil, la adorable;
la devoción por cuanto bello emana
de la materia, (que es de lo Inmutable

cambiante perenne) culpa insana
digna de la Gehena fué; al altura
los brazos levantó la estirpe humana

implorando piedad...... Mortaja oscura
Dafnis halló en el claustro, y la cabeza
de espinas coronó Cloe la impura.........

Cual de herida colmena con presteza
se parten los enjambres, así huyeron
los dioses de la gran naturaleza;

flores y aves exánimes cayeron,
desaprendió la selva misteriosa
el habla de las brisas, y bebieron

las estériles piedras la olorosa
y blonda miel de los panales rotos.
Égloga, láctea y buquirrubia diosa,

desamparó las greyes y los sotos,
y aquél, de nublos y borrascas lleno,
cielo, ántes puro; yace en los ignotos

prados del asfodelo, en cuyo seno
extínguese sin eco el canto grave
del arpa santa en que solloza el treno.

La Égloga espiró; conserva el ave
el iris de sus alas cuando muerta,
mas no los trinos de su voz suave!

Depón la flauta pánica; despierta
á nuevo afán tu corazón, lo escuda
con triple bronce, y en la ola incierta

del Ponto hirsuto, y en la mar sañuda
de nuestra Edad demente, tu barquilla
lanza, ¡y que Dios en tu socorro acuda!

O sois vasos de aroma hechos de arcilla
y fugaz vuestra esencia se evapora,
ó augusto signo en vuestra frente brilla

de una misión, si heróica, aterradora,
¡oh Poetas!: mostrar á los humanos
el Sol oculto que las cimas dora.

O consumís vuestra alma en ayes vanos,
ó de la prosa, triunfadora impía,
sabeis el ideal guardar ufanos;

lo erigís como antorcha en la sombría
realidad, y llegais á la ribera
de la gran noche, con la fé en el día.

Tú tienes esa fé viril y austera,
hay en tí poderosas vibraciones,
voces como la tuya el Siglo espera.

Canta, canta al compás de los bordones
de la lira de bronce, aunque á tu acento
estallen de dolor los corazones.

¡Qué importa! Si el dolor es el aliento
del nuevo, que del hombre antiguo brota
cual del carbón la llama con el viento!

Sigue en tu nave el rumbo y la derrota
que van á lo ideal, mientras tus venas
tengan sangre y tu cítara una nota.

Puede el Noto romper mástil y antenas,
no poner miedo en tí; ¿qué su coraje
es para el que hallará mares serenas

de eternamente arrullador oleaje?
Tienes seguro el puerto prometido,
y desmayar no puedes en el viaje.

Nosotros sí; que el azaroso nido
de nuestra inspiración, ya no calienta
águilas que traspongan el olvido,

y surcando soberbias la tormenta,
sepan clavar, vencido ya el nublado,
su pupila en el Sol, brava y sangrienta.

¿Y en qué Sol, si ya el nuestro se ha apagado;
si están mudos oráculos y altares?
¿Si en un rayo supremo condensado

el fulgor de los mundos estelares,
ni un faro, ni uno solo, enceder puede
en la noche sin fin de nuestros mares?

El Universo á nuestro empuje cede:
en polvo de creencias van cayendo
sus viejos aledaños; nada excede

á esta fuerza: el Examen, el tremendo
explosivo que mina Cielo y Tierra...
Y rueda en tanto el Orbe, entre el estruendo

que al estallar en inexpiable guerra
hacen los dogmas próceres. ¡Ruina
que se agiganta y al vidente aterra,

y por entre la cual, densa y sanguina,
la ola humana rompe efervescente
y á nuevos horizontes se encamina!

Nos queda la Verdad! dice el prudente;
¿pero qué importa la verdad que pasa?
¡Sólo importa lo eterno á nuestra mente!

La ciencia, vasto mar que toda arrasa,
es como el mar, que no tiene una gota
para calmar la sed que nos abrasa.

Ay! no es la Duda; á la región ignota
nos dirigimos, pero no salvamos
nunca el abismo en que la noche flota.

Y sufrimos, ¡oh! sí, mas no dudamos;
no: sabemos que nunca de la escala
de lo Absoluto, se hallarán los tramos.

Jamás tal poesía, la que exhala
el espíritu enfermo, ave que al suelo
tiene clavada para siempre el ala,

podrá satisfacer el hondo anhelo
por esos ideales al proscrito
caros: un Dios y un más allá en el cielo......

Suspende tu canción y oirás el grito
que el alma nueva en su naufragio lanza;
sólo ansía una tabla: el Infinito;

y nuestra voz á hablarle sólo alcanza
de aceptar el deber sin recompensa,
de cumplir el deber sin esperanza......

Y nos rechaza, ¡acaso en tu fé piensa!
Arranca de las cuerdas del salterio,
poeta y sacerdote, nota inmensa

que al vibrar de la sombra en el imperio,
para el grupo escogido que ama y siente,
se torne luz y alumbre el gran misterio,

ó en amor se trasmute omnipotente
y por él el enigma se resuelva
que torna al mundo en *la Ciudad doliente*.

Pero antes que tu experto labio vuelva
á copiar, en las cañas desiguales
del dios Pan, los *murmurios de la selva*.

Y estos que lloro subjetivos males,
si son ciertos, ¿por qué no desleirlos
en la muelle canción de los zagales?

¿Por qué de las alondras y los mirlos,
bandada celestial que en tu arpa anida,
no han de poder los cantos adormirlos?

Ese es el secreto de la vida:
olvidar; tú has hallado en las arenas
un oasis; allí cantando olvida......

Pero no lo podrás, y tus serenas
horas de inspiración serán turbadas
por la agria voz de las humanas penas.

Entonces nos dirás tristes baladas,
llenas, como las ráfagas de invierno,
de nidos rotos y hojas arrancadas......

Aun vivirá Virgilio, ¡que es eterno!
mas no el de la Natura dulce amante,
sino un genio flotando entre el Infierno
y la sombra fatídica del Dante.

DEFINICION.

La niña de ojos azules,
que el alma le cautivó,
entre ajitada y risueña
le pregunta el trovador:

—Poeta, pues el misterio
me esplicaste del amor,
díme, por tu vida, díme,
lo que las lágrimas son.

—Las lágrimas son las perlas
que vá á buscar el dolor,
en ese profundo océano
que se llama corazón.

Ricardo Palma.

NAPOLEÓN BONAPARTE.

(CONTINÚA.)

ULTIMA PARTE.

(Veanse las páginas 573, 605, 641 y 671 del tomo III.)

Si se contempla de cerca á los contemporaneos de Dante y de Miguel Angel, se nota que diferían de nosotros más bien por el carácter que por el ingenio. (1) Trescientos años de policía, de

(1) Se hallarán los textos y los hechos que apoyan esta tesis en mi "*Filosofia del arte,*" t. I, 2.ª parte, cap. IV.–Otras analogías que sería muy largo desarrollar, se encuentran principalmente en lo que toca á la imaginación y al amor. "Tenía cierta disposición á aceptar lo maravilloso, los presentimientos y aun las comunicaciones misteriosas entre los seres. Lo he visto apasionarse del murmullo del viento, hablar con entusiasmo del mugido del mar, hallarse tentado á no juzgar exentos de verosimilitud las apariciones nocturnas, en fin, tener inclinación á ciertas supersticiones (Mme Rémusat, I, 102 y III, 164).

Meneval (III, 114) nota sus señales de cruz involuntarias ante la revelación de un gran peligro ó el descubrimiento de un hecho importante.—Durante el consulado, en la noche, en una reunión de señoras, improvisaba y declamaba algunas veces, "leyendas" trájicas á la italiana, dignas de los narradores de los siglos XV y XVI (Bourrienne, VI, 387, presenta uńa de sus improvisaciones.) (Cf Mme de Rémusat, I, 102) En cuanto al amor, sus cartas á Josefina durante la campaña de Italia, son una de las mejores muestras de la pasión italiana, y forman el más picante contraste con el comedimiento elegante y mesurado de su antecesor Mr. de Beahurnais, (Mme de Rémusat, I, 143.) Sus otros amores, simplemente físicos, son muy dificiles de referir; he recojido sobre este asunto detalles orales que son casi de primera mano y enteramente auténticos. Basta citar un texto ya publicado. A creer á Josefina, no tenía ningún principio de moral: ¿no sedujo á sus hermanas unas después de otras? "No soy un hombre como los demás, decía de

tribunales y de gendarmes, de disciplina social, de costumbres pacíficas y civilización hereditaria, han amortiguado en nosotros la fuerza y el ímpetu de las pasiones nativas, que estaban intactas en Italia en la época del Renacimiento; había entonces en el hombre emociones más vivas y profundas que al presente, deseos más vehementes y desenfrenados, voluntades más impetuosas y tenaces que las nuestras. Cualquiera que fuese en el individuo el resorte motor, orgullo, ambición, celos, odio, amor, codicia ó sensualidad, este resorte interno se tendía con una energía y se distendía con una violencia que han desaparecido. Tales cualidades reaparecen en este gran superviviente del siglo quince. El juego de la máquina nerviosa es en él semejante al de sus antepasados los italianos; nunca hubo, ni siquiera entre los Malatesta y los Borgia, cerebro más sensitivo é impulsivo, capaz de tantas cargas y descargas eléctricas; en que la tempestad interior fuera más continua y ruidosa, más súbita en los relámpagos y más irresistible en los choques. Ninguna idea permanece en él especulativa y pura; ninguna es un simple trasunto de lo real ó un cuadro de lo posible; cada una es un sacudimiento interno que espontáneamente y á continuación tiende á trasformarse en acto; cada una se lanza y precipita hacia su término, y llegaría á él sin intervalo, si no estuviera contenida y reprimida por la fuerza. (1) Algunas veces la erupción es tan rápida, que la represión no llega á tiempo. (2) Un día, en Egipto, yendo á comer con él muchas señoras francesas, hace sentar á su lado á una hermosa á cuyo marido acababa de mandar á Francia; repentinamente vierte sobre ella una vasija de agua como por descuido, y, so pretexto de reparar el desorden del vestido mojado, la arrastra consigo á su propia habitación, y permanece con ella largo tiempo, demasiado largo, mientras que los convidados, sentados en torno de la mesa, esperan y se miran. Otro día en París, en la época del concordato, dijo al senador Volney: "La Francia quiere una religión." Volney seca y libremente le responde: "La Francia quiere á los Borbones;" por

---

sí mismo, y los cánones de moral ó conveniencia no fueron hechos para mí." (Mme de Rémusat I, 204, 206.) Téngase también en cuenta la proposición que hace á Corvisart. Son generalmente los sentimientos, costumbres y moral de los grandes personages italianos hácia el año de 1500.

(1) De Pradt, "*Historia de la embajada en el gran ducado de Varsovia.*" El emperador desea al concebir; su pensamiento se convierte en pasión al nacer.

(2) Bourrienne, II, 298—De Segur, I, 426.

lo cual le da tal puntapié en el vientre, que cae sin sentido, y trasportado á casa de un su amigo, permanece en cama por muchos días. (1) Ningún hombre más irritable y capaz de encolerizarse tan pronto, tanto más cuanto que frecuentemente suelta la rienda á su cólera, pues desenfrenado de intento y sobre todo delante de testigos, causa terror, arranca concesiones, mantiene la obediencia, y sus explosiones, semi-calculadas semi-involuntarias, le sirven tanto como le alivian en la vida pública y privada, con los propios y con los extraños, respecto de los cuerpos constituidos, con el papa, los cardenales, los embajadores, con Talleyrand, con Beugnot, con el primero que se presenta (2), cuando tiene necesidad de hacer un ejemplar y mantener á su gente en espectativa constante.

En el pueblo y en el ejército se le supone impacible, pero fuera de los combates, en que se forja una máscara de bronce, fuera de las representaciones oficiales, en que se impone la dignidad obligatoria, casi siempre se confunden en él la impresión y la expresión,

---

[1] Bodin. *Investigaciones sobre el Anjou*, II, 525. *Recuerdos de un nonagenario*, por Bosnard—Saint Beuve, *Charlas del lunes*, artículo sobre Volney—Miot de Me to, I, 297. "Quería adoptar al hijo de Luis y hacerlo rey de Italia; Luis rehusó, alegando que favor tan marcado daría nueva vida á los rumores propalados en otro tiempo respecto á ese niño. Exasperado Napoleón por esta causa, cogió al príncipe Luis por medio del cuerpo y lo arrojó con la mayor violencia fuera de su aposento. *Memorial*, 10 de octubre de 1816. Napoleón refiere que en la última conferencia de Campo Formio, para concluir con las resistencias del plenipotenciario austriaco, se levantó bruscamente, tomó del velador una bandeja de porcelana y la rompió sobre el entarimado diciendo: "De este modo habré fraccionado vuestra monarquía antes de un mes." [Bourienne pone en duda este hecho.]

[2] Varnaghen d' Ense. Ausgewält Schriften, III, 77. [audiencia pública de 22 de julio de 1810.] Napoleón habla primeramente al embajador de Rusia y al de Austria con aspecto contrariado é imponiéndose los miramientos obligatorios, pero no puede reprimirse. Habiendo encontrado á cierto personaje desconocido, lo interroga, lo regaña, lo amenaza y lo mantiene por un espacio bastante largo de tiempo, en estado de doloroso abatimiento. Los espectadores más inmediatos, que no veían este acontecimiento sin cierto temor personal, aseguraron en seguida que el emperador sólo había buscado una ocasión para dar salida á su mal humor, que deliberadamente hacía esto sobre un pobre diablo pora inspirar temor á los otros, y para destruir anticipadamente cualquier intento de oposición. [Cf Beugnot, *Memorias*, I, 380, 386, 387.] Esta mezcla de cálculo y de arrebato explica también su conducta en Sta. Elena con Hudson Lowe, sus diatribas desenfrenadas y los insultos que le infiere, tales como bofetadas en pleno rostro. [W. Forsyth, *History of the captivity of Napoleon at Saint Helena, from the letters and journals of sir Hudson Lowe*, III 306.]

lo interior sale á lo exterior, el gesto se le escapa y parte como un golpe. En Saint Cloud, sorprendido por Josefina en flagrante delito de galantería, se lanza sobre la desgraciada interruptora de tal modo (1), que "apenas tiene ella tiempo de huir," y todavía en la noche, para dominarla del todo, permanece furioso. "La maltrata de todas las maneras posibles y rompe los muebles que encuentra á su paso." Un poco antes del imperio, Talleyrand, gran intrigante, hace creer é Berthier que el primer cónsul quiere tomar el título de rey. Berthier atraviesa apresuradamente el salón lleno de gente, llega al amo con aire alegre y le dirige sus cumplimientos. (2) Ante la palabra rey brillan los ojos de Bonaparte, pone el puño bajo la barba de Berthier y lo rechaza hasta la pared. "Imbécil, le dice, ¿quién os ha aconsejado que me exciteis la bilis de ese modo? No os encargueis otra ocasión de semejantes comisiones." Este es su primer movimiento, su gesto instintivo, precipitarse sobre las gentes y cogerlas del cuello. A cada página, bajo las frases escritas, se adivinan vacilaciones y asaltos de esta especie; golpea, hiere y derriba. Asimismo, cuando dicta en su gabinete, camina con pasos precipitados (3), y si está excitado, lo que nunca deja de suceder, su lenguaje es una mezcla de imprecaciones violentas y hasta de juramentos, que se suprimen al escribir."—No se suprimen siempre, y los que han leido en el original los borradores de sus cartas sobre los negocios eclesiásticos, encuentran por docenas las peores palabrotas.

Ninguna sensibilidad más impaciente que la suya. Al vestirse arroja al suelo ó al fuego la parte de su traje que no le conviene..... En los días de gala y de gran etiqueta, es menester que los pajes (4) se concierten entre sí para escoger el momento de ajustarle alguna

(1) Mme. de Rémusat, II, 46.

[2] *Ibid*, I. 359—*Cuadernos de Coignet*, 191: "Ya en Posen lo había visto subir á caballo tan encolerizado, que por encima del bruto saltó hasta el otro lado y dió un latigazo á su escudero.

[3] Mme. de Rémusat, I, 222.

[4] Principalmente las cartas dirijidas al cardenal Consalvi y al prefecto de Montenotte [Esta noticia se me ha trasmitido por D' Hausonville.] Por lo demás, prodiga las mismas frases en la conversación. En una expedición á la Normandía habiendo llamado al obispo de Séez le dijo públicamente: "En lugar de unir los partidos, distinguís entre constitucionalistas y anticonstitucionalistas. ¡Miserable!...... Sois un mal hombre, poned vuestra dimisión en seguida." A los grandes vicarios: "¿Quién es aquel de vosotros que no conduce al bruto de su

cosa......... Rompe ó arranca lo que le produce el malestar más mínimo, y muchas veces el pobre criado que le causa alguna ligera contrariedad, recibe muestras violentas y positivas de su cólera." Ningún pensamiento más arrebatado por su propio curso. "Su escritura," cuando trata de escribir, es un conjunto de caracteres indescifrable (1) y sin cohesión, falta la mitad de las letras en las palabras, y si se relee, no puede comprenderse. Es incapaz de escribir una carta autógrafa, y aun su firma es una sola mancha. Dicta, pero tan de prisa, que sus secretarios pueden apenas seguirlo; en los primeros días de su oficio sudan gruesas gotas y no consiguen escribir la mitad de lo que ha dicho. Es menester que Bourrienne, Meneval y Maret se formen una estenografía, porque nunca repite una sola de sus frases; malo para la pluma si se retarda, bien para ella si una andanada de exclamaciones y juramentos le permite respirar y reflexionar. Ninguna palabra tan impetuosa y desbordada como la suya, algunas vecés sin discreción ni prudencia, aun cuando la expansión no sea útil ni digna: es que su alma y su ingenio rebosan, y obedeciendo á este impulso exterior, el improvisador y el polemista de chispa (2) toman el lugar del hombre de negocios y del hombre de estado. En él, dice un buen observador (3), hablar es la primera necesidad, y seguramente considera como la primera de las prerrogativas de su rango, el no poder ser interrumpido, el hablar solo. Aun en el consejo de estado se precipita, olvida el negocio que está sobre el tapete, se extravía á

---

obispo?" Se le designa á M. Legallois, que había estado ausente en los últimos tiempos. "¿Dónde estabais bribón?–Con mi familia—¿Cómo, teniendo un obispo que no es sino una bestia perversa, estais ausente tan á menudo? etc." (D'Haussonville IV, 176 y Roederer, t, III.)

(1) Mme. Rémusat, I, 101; II, 338.

[2] *Ibid*, I. 224. M. de Meneval, I, 112, 347; III, 120: A causa de la circunstancia extraordinaria de su matrimonio, quiso escribir por su mano á su futuro suegro [el emperador de Austria]. Fué este un asunto importante para él. En fin, después de haberse aplicado mucho, consiguió escribir una carta legible poco más ó menos. "Entonces se obligó á Meneval á rectificar, sin que las correcciones fueran muy visibles, los caracteres defectuosos."

[3] Por ejemplo en Bayona y Varsovia [de Pradt]; la inolvidable y denigrante escena que hace sufrir, á su vuelta de España, á Mr. de Talleyrand [*Memorias* inéditas de Mr. X, II, 365]; el insulto gratuito que arroja á la faz de M. de Metternich en 1813, como última palabra de su entrevista [*Recuerdos del finado duque de Broglie*, I, 230.]—Sus confidencias no menos gratuitas y arriesgadas á Miot de Melito, en 1797, y sus cinco conversaciones con Sir Hudson Lowe, redactadas en seguida por un testigo, el mayor Gorrequer [W Forsyth. II, 161.]

derecha é izquierda en una digresión, en una demostración; en una invectiva, durante dos ó tres horas (1), insistiendo, repitiéndose, determinado á convencer ó á vencer, concluyendo por preguntar á los asistentes si no tiene justicia, "y no dejando en tal caso de encontrar sometidas todas las inteligencias á la suya." Reflexionando en calma reconoce lo que vale el asenso así obtenido, y muestra su sillón diciendo (2): "Convenid en que fácilmente se tiene ingenio en ese asiento." Pero á pesar de todo, ha gozado de su ingenio, se ha entregado á su pasión, que le arrastra más que le conduce.

"Tengo los nervios muy irritables, decía de sí mismo; y en tal disposición, si mi pulso no latiera con lentitud continua, correría riesgo de volverme loco." (3) Frecuentemente la tensión de las im-

[1] De Pradt, prefacio X.

[2] Pelet de la Lozére, p. 7. Mollien *Memorias*, II, 222 *Recuerdos* del finado duque de Broglie, I, 66, 69.

(3) Mme. de Rémusat, I, 121: "Sé por Corvisart que sus arterias dan un número menor de pulsaciones que el término medio ordinario en los demás hombres. "No ha experimentado nunca lo que comunmente se llama un atolondramiento."

"En él el aparato nervioso es perfecto en todas sus funciones, incomparable para recibir, registrar, combinar y repercutir; pero otros órganos experimentan el contrapeso y son muy susceptibles." [De Ségur, VI, 15 y 16, nota de los doctores Iván y Mestivier, sus médicos] "Era necesario para que se conservara el equilibrio en él, que la piel llenara siempre sus funciones; tan luego como el tejido se estrechaba por alguna causa moral ó atmosférica, sobrevenían irritación, tos, retención de orina." De ahí su necesidad de baños frecuentes, prolongados y muy calientes. El espasmo por lo general se dividía entre el estómago y la vegiga, y cuando lo experimentaba en el primero de estos órganos, sufría toses nerviosas que agotaban sus fuerzas morales y físicas." Hé aquí lo acontecido desde la víspera de la batalla de Moskowa, hasta el día siguiente de la entrada en Moscow: "Tos continua y seca, respiración difícil y entrecortada, pulso agitado, febril é irregular, la orina espesa, sedimentosa, saliendo gota á gota y con dolor, los piés y la parte inferior de las piernas extremadamente hinchadas." En Varsovia, en 1806, "después de violentas convulsiones de estómago," gritaba delante del conde de Lobau "que llevaba en sí el germen de un fin prematuro, que moriría del mismo mal que su padre." [De Segur, IV, 82.] Habiendo comido después de la victoria de Dresde un guisado de ajo, es atacado de dolores tan violentos, que se cree envenenado, por lo cual retrocede causando la pérdida del cuerpo de Vandamne y por consecuencia el fracaso de 1813 [Memorias manuscritas de Mr. X,.......... relación de Daru, testigo ocular.] Esta susceptibilidad de estómago y de nervios es en él hereditaria y se manifiesta desde su adolescencia. Se le castigó un día en Brienne hincándole á la entrada del refectorio, más apenas dobló las rodillas, cuando sufrió vómitos súbitos y un violento ataque de nervios [De Ségur, I. 71.] Se sabe que murió de un tumor en el estómago, como su padre Carlos Bonaparte. Su abuelo José

presiones acumuladas es muy grande y concluye por una convulsión física. Cosa extraña en guerrero y hombre de estado como él, "no es raro verlo derramar algunas lágrimas cuando está excitado." Él, que ha visto morir y ha hecho matar millones de hombres, "solloza" después de Wagram, después de Bautzen (1) á la cabecera de algún antiguo compañero que se encuentra moribundo. "Yo lo he visto, dice su ayuda de cámara, llorar después del almuerzo cuando abandonó al mariscal Lannes: gruesas lágrimas caían sobre la mesa y mojaban el plato." No es sólo la sensación física, la vista del cuerpo roto y sangriento lo que le conmueve tan á fondo: una palabra, una simple idea, es un aguijón que penetra en él casi con igual profundidad. Se conmueve y sus párpados se mojan ante la emoción de Dandolo, que aboga por Venecia, su patria, vendida al Austria. (2) Al hablar de la capitulación de Bailén se turba su voz, y en pleno consejo de estado (3) se abandona á su dolor hasta dejar ver lágrimas en los ojos. "En el momento de partir para el ejército, en 1806, cuando dice adiós á Josefina, su enternecimiento se convierte en un ataque de nervios tan fuerte, que concluye por un vómito." "Fué necesario, dice un testigo, sentarlo y hacerlo tomar agua de azahar. Derramó lágrimas por un cuarto de hora." La misma crisis de nervios y estómago en 1808, cuando se decide á divorciarse. Durante una noche entera se agita y lamenta como una mujer, se enternece, abraza á Josefina, es, en fin, más débil que ella. "Pobre Josefina mía, le dice, no podré dejarte nunca." La toma en sus brazos y quiere que se quede; pertenece todo á la sensación del momento......... Es menester que ella se desvista en seguida y se acueste á su lado para que pueda llorar sobre ella. "A la letra, dice Josefina, bañaba con lágrimas el lecho."—En organismo semejante, por poderoso que sea el regulador superpuesto, evidentemente hay riesgo de que se rompa el equili-

---

Bonaparte, su tío Fesch, Luciano y Carolina sus hermanos, murieron del mismo mal ó de otro análogo.

[1] Meneval I, 299.—Constant Memorias, V, 62.—De Segur, VI, 114, 117.

[2] El mariscal Marmont, Memorias, I, 306.—Bourienne II, 119.—Fuera de la órbita de su política era sensible, bueno, accesible á la piedad.

[3] Pelet de Lozére, p. 7. De Champigny, *Recuerdos*," p. 105. La emoción fué más fuerte aún en el primer momento. Desde hacía tres horas estaba la fatal nueva entre sus manos y había exhalado solo su dolor. Hizo que me llamaran y oí gritos salían ahogados que de su pecho.

brio. Lo sabe, porque sabe todo lo que le concierne y desconfía de su sensibilidad nerviosa como de un potro espantadizo.

(Continuará.)

CONFESION.

Aunque al silencio tu rigor me excita,
Te he de decir mis quejas anhelantes;
Deja que ardiente el labio te repita
Lo que los ojos te dijeron antes.

Que te adoro orgulloso al mundo digo!
Si tú me hieres, sin cesar te llamo,
Si cruel me maldices, te bendigo,
Si implacable me odias, yo te amo.

¿Piensas que tus desdenes y tu olvido
Arrebatan á mi alma la pujanza?
Yo, mi bien, como Ayax, sólo pido
La luz para luchar, pido esperanza.

Me aborreces! ¡cuán negro es mi destino!
Mi adoración te inspira sólo risa;
Más ¿qué importa? ¿la rosa del camino
No perfuma la planta que la pisa?

No te he de maldecir! ¡tu amor me inunda
De penas y de dichas tan hermosas!
¿Al sol maldeciré porque fecunda
A la par las espinas y las rosas?

¡Jamás te olvidaré! nunca entre ruinas
El pobre corazón quedará yerto.
¿El camino del cielo no es de espinas?
¿No se encuentra Canán tras el desierto?

VICTORIANO SALADO ALVAREZ.

Guadalajara, 1888.

EN MI BARRIO.

Sobre la rota ventana antigua
Con tosco alféizar, con puerta exigua,
Que hacia la oscura calleja dá,
Pasmando al vulgo como estantigua
Tallada en piedra, la santa está.

Borró la lluvia los mil colores
Que hubo en su manto y en su dosel
Y recordando tiempos mejores,
Guarda amarillas y secas flores
De las verbenas del tiempo aquel.

El polvo cubre sus auréolas
Las telarañas visten su faz,
Nadie á sus plantas riega amapolas
Y ve la santa las calles solas,
La casa triste, la gente en paz.

Por muchos años allí prendido,
Unico adorno del tosco altar,
Flota un guiñapo descolorido,
Piadosa ofrenda que no ha caído
De las desgracias al hondo mar.

A arrebatarlo nadie se atreve,
Símbolo antiguo de gran piedad,
Mira del tiempo la marcha breve

Y cuando el aire lo empuja y mueve
Dice á los años: pasad, pasad.

¡Pobre guiñapo que el aire enreda!
¡Qué amarga y muda lección me da!
La vida pasa y el mundo rueda
Y siempre hay algo que se nos queda
De tanto y tanto que se nos va!

Tras esa Virgen de oscura piedra
Que á nadie inspira santo fervor,
Todo el pasado surge y me arredra;
Escombros míos, yo soy la yedra;
Nidos desiertos, yo fuí el amor;

Altas paredes desportilladas
Cuyos sillares sin musgo ví,
¡Cuántas memorias tenéis guardadas!
Níveas cortinas, jaulas doradas,
Tiestos azules...... ¡no estáis aquí!

En mi azaroza vida revuelta
Fuí de esta casa dueño y señor,
¿Dó está la ninfa de crencha suelta,
De grandes ojos, blanca y esbelta,
Que fué mi encanto, mi fé, mi amor?

¡Oh mundo ingrato! ¡Cuántos reveses
En tí he sufrido! la tempestad
Todos mis campos dejó sin mieses......
La niña duerme bajo cipreses,
Su sueño arrulla la eternidad.

¡Todo ha pasado! ¡Todo ha caído!
Sólo en mi pecho queda la fé,
Como el guiñapo descolorido
Que á la escultura flota prendido......
¡Todo se ha muerto! ¡todo se fué!

Pero qué amarga profunda huella,
Llevo en mi pecho...... ¡Cuán triste estoy!
La fé radiante como una estrella,
La casa alegre, la niña bella,
El perro amigo...... ¿Dónde están hoy?

¡Oh calle sola ¡vetusta casa!
¡Angostas puertas de aquel balcón!
Si todo muere, si todo pasa,
¿Por qué esta fiebre que el pecho abrasa
No ha consumido mi corazón?

Ya no hay macetas llenas de flores
Que convirtieran en un pensil
Azotehuelas y corredores...
Ya no se escuchan frases de amores,
Ni hay golondrinas del mes de Abril.

Frente á la casa la cruz cristiana
Del mismo templo donde rezó;
Las mismas misas de la mañana,
La misma torre con la campana
Que entre mis brazos la despertó.

Vetusta casa, mansión desierta,
Mírame solo volviendo á tí......
Arrodillado beso tu puerta
Creyendo loco que aquella muerta
Adentro espera pensando en mí.

JUAN DE DIOS PEZA.

GUADALAJARA.

(RECUERDOS E IMPRESIONES.)

(CONTINÚA.)

Ha hablado y no poco el Sr. Galleotti dejando satisfechos á los naturalistas y probablemente cansados y con sueño á los profanos en la ciencia.

Yo ¿qué podré deciros del hermoso lago? En primer lugar que más bien que un lago debería llamarse un mar interior, porque su extensión, su profundidad, las maréas que agitan sus aguas, los vientos que encrespan las olas y la circunstancia de *hacer horizonte*, le dan por cualquiera punto que se le mire el imponente aspecto de un mar.

Le trataremos con toda confianza por ser de agua dulce, pero siempre le desconfiarémos en las horas de agitación en que por fortuna lo he visto, y digo por fortuna, puesto que no hay en la naturaleza más hermoso cuadro que el que ofrece un mar en tespestad, sacudiéndose y bramando entre penachos de espuma que desaparecen y renacen al soplo del viento desencadenado.

He dicho que el vapor que atraviesa el lago no ofrece ninguna garantía de seguridad, y ahora me atrevo á agregar que nada hay más riesgoso que sufrir una agitación de aquellas aguas en ese barco, cuyo maderamen está en ruinas y cuya máquina de vapor anda como Dios le dá á entender, teniendo muchos de sus adminículos sujetos con cuerdas, lo que basta para evidenciar su abandono.

No entraré en pormenores sobre el servicio de la embarcación,

el *menu* es de lo gordo, cinco platillos y un poco de mezcal de Quitupa; todo al módico precio de un real ¿podría exigirse menos en una cocina como esa?

Pero no venimos á soñarnos en el "Laffayete" ni á buscar un capitán "Gallad" ni un contador "Fournier" que por sus delicadas maneras hacían inolvidable á los pasajeros la estancia en el "Ville de St. Nazaire," no señores; venimos á un barquichuelo en que tendremos la dicha inmensa de admirar un bellísimo lago.

En efecto, sin palabras técnicas; sin examinar con reactivos las sales que contienen las aguas; sin hacer anatomía de las plantas que bordan las riberas; sin clasificar á las aves que nadan graciosamente en torno nuestro, admirémos los panoramas; allí forman las montañas un vasto anfiteatro y las olas se quiebran en blancos penachos cobijados por el más sereno y más azul de los cielos; allá la planicie de esmeralda parece retirarse de nuestros ojos al empuje suave y lánguido de las olas que la besan entre murmurios y arruyos cadenciosos; más allá, el lago se extiende con magestuosa pompa y su cristalina superficie parece confundirse á distancia con el velo azul del espacio; ese es el punto á donde los hijos de estas costas vuelven con orgullo los ojos y dicen á los viajeros: ¿qué tal? ¿no es cierto que *hace horizonte*?

Cuando íbamos en alto lago, es decir en alta mar, el espectáculo era admirable; ¡qué panorama tan melancólico y tan encantador! ¡qué silencio tan semejante al del Océano, interrumpido sólo por el monótono voltear del hélice!

A las dos de la tarde el viento del Nordeste sopló con inesperada fuerza; las olas se encresparon rugiendo con imponente magestad y nuestra embarcación comenzó á moverse para todos lados hasta que todos los que en ella iban, con excepción de cuatro ó cinco personas, cayeron sobre cubierta ó se acostaron en las bancas, víctimas del más espantoso mareo.

Mi amigo Emigdio Gómez Talavera, compañero mío inseperable desde hace años en este y otros viajes; un jóven peruano y yo, nos pusimos á atender á los mareados que creían morirse en medio de las más atroces ánsias y cambiando de color en el semblante desde el rojo cereza hasta el blanco cera.........

El Almirante—así llamábamos al jefe del barco—jugaba indolentemente á las cartas con un ranchero rico y sólo de vez en cuando

solía decirnos: no hagan nada con los enfermos porque ese mal se les acabará cuando lleguemos á Chapala.........

Este fué el único síntoma de marino que le pudimos conocer en la travesía.—Porque lo habreis notado, lectores, si habeis hecho algún viaje largo por agua; no hay enfermedad más molesta que el mareo, pero no hay ninguna que sea vista con mayor indiferencia por los que no la padecen.

Recuerdo que hace algunos años, viajaba yo en un magnífico vapor francés y me sorprendió en alta mar uno de los equinoccios con tan furiosa tempestad que poco faltó para que hubiéramos naufragado enfrente de las islas Canarias.

Entonces conocí el mareo en toda su magnitud, ¡nada hay más espantoso! el mareado no oye, ni vé, ni habla, ni entiende; su estómago no resiste nada, cualquier alimento por apetitoso que sea le repugna y le irrita; siente á veces vértigos que le matan y cree que en sus entrañas hay fuego según los ardores que las devoran. Si en esos momentos fueran á decirle: "el buque se está quemando" respondería: ¡gracias! ¡que dichoso voy á ser con morirme!

Y sin embargo, las gentes que le rodean, nada hacen por aliviarlo porque saben que todo es inútil y cuando más se rien de sus padecimientos murmurando desdeñosamente ¡es un mareado!

Yo he conocido esos tormentos una sola ocasión y recuerdo que le pregunté al médico del barco en medio de mis agonías horrorosas:

—¿No sabe vd., señor Doctor, si existe alguna medicina eficaz para esto?

—¡Ah, sí! la única segura yo la sé desde hace años, ¿quiere vd. que se la resete?.........

—Inmediatamente señor Doctor.........

—Pues bien, oidla: ¡la sombra de un árbol!

—¡Gracias, gracias! Nos faltaban doce días para llegar al puer-y encontrar el específico.

Uno de mis amigos que ha hecho varias veces sin marearse la inmensa travesía de St. Nazaire á Lima, se mareó en el lago de Chapala y desde entonces le dá gran importancia á ese mar jalisciense donde rindió toda su antigua energía y toda su fuerza marina.

Toda la tarde sopló el viento y varias veces nuestro barco se acostó, por decirlo así, sobre las olas. A distancia pasaban algunas

canoas con sus velas desplegadas; eran de pescadores que se internaban en el lago á buscar presa para ganar la vida.

Desde que uno abre los ojos y lo llevan á ver al Teatro el D. Juan Tenorio y oye aquello que jamás se olvida:

y esa agua limpia y serena
que atraviesa sin temor
la barca del pescador
que espera cantando el día:
¿no es verdad paloma mía
que están respirando amor?

se le fija en la imaginación la perspectiva de un lago de agua serena y limpia con una barquilla y un pescador vestido siempre de una manera fantástica tales como los vemos en los preciosos cromos napolitanos, y nos espolea el deseo de tener redes ó anzuelos para ir de fuente en fuente buscando pececillos aunque todavía no hagamos preguntas eróticas á ninguna émula de la paloma del drama.

¡Qué me dais de más poético para la imaginación de un niño que los pescadores!

Todos los que nos hemos educado cristianamente oímos hablar de ese oficio antes que de ninguno otro, porque lo primero de que nos hablan es de Jesucristo, que escogió doce pescadores para cimentar y predicar sus doctrinas.

Desde luego es un oficio ennoblecido por el más santo y más grande de los hombres.

Seguimos en las aulas nuestros estudios de historia sagrada y vemos á San Rafael curando á Tobías de la ceguera con el pescado que llevaba en la mano y que nunca le falta en cuantos cuadros está pintado el arcángel.

Nos refieren después el milagro de la multiplicación de los peces; la tempestad en el lago de Tiberiades, la trágica historia de Jonás; las raras aventuras del hombre pez y hasta el cuento de el pescado de siete colores, y no hay niño que no quiera ser pescador ó marino.

Y sin embargo, no hay oficio más riesgoso, más duro, más triste ni ménos recompensado que ese. Si vierais partir cada tarde á los pescadores de la costa cantábrica en medio de las gigantescas y turbulentas ondas de aquel mar que tantas víctimas devora día por día, se os oprimiría el pecho de dolor y de lástima.

Dejan en la playa á la esposa con los pequeñuelos que rezan con miedo porque saben que el mar es traidor y puede dejarlos huérfanos......... pero ¡qué digo! ese admirable poema del gran Núñez de Arce lo dice, lo pinta y lo expone todo de una manera sublime.

Lo mismo los pescadores del Cantábrico que los de Chapala, están entregados á las volubilidades del abismo; atléticos, resueltos, creados en el elemento que esconde mayores tormentos, mueren sonriendo ante el peligro y las aguas suelen dejar sus cadáveres en las riberas como único legado á las familias que ansiosas los esperaban con la frugal cena en la humilde y pacífica choza.

Las chozas de los pescadores tienen en sus puertas grandes luminarias que matizan de un modo pintoresco los horizontes al caer la tarde. ¡Con cuánta verdad escribió mi sabio maestro Ignacio M. Altamirano aquellos versos:

Entre el capuz de tenebrosa noche
Se ha perdido á lo lejos la montaña,
Del pescador la lumbre en la cabaña
Pálida y triste fulgurar se vé....

En efecto, triste y pálida, cintilando á distancia como amarillentos astros, bordan á distancia las riberas del lago á la caída de la tarde, las fogatas de las cabañas; las olas retratan las llamas, y sobre la oscura superficie cruzan rápidas como luciérnagas por las dormidas sementeras, las pequeñas barcas, con el farol en el tope, la vela recogida ó suelta según el viento, varias nazas ó redes en el interior del casco y un hombre recostado en la popa llevando el remo que mueve á los sones de alguna cancioncilla popular, como aquella de que tanto abusan los estudiantes y que comienza:

Yo soy pescador de amor
¡ay queridááá!
que salgo para buscar
pescaditos á la mar
tú, ni tú, ni tú, ni tú....

Escúchase á distancia el golpe del remo, piérdense á poco la luz y la barca, y apáganse los ecos de la canción y el pescador se pierde en la sombra para tornar á la aurora con las *nazas* llenas de *bagre* y de blanco.

En la contemplación de esos cuadros llegamos al dar las ocho de la noche al pueblo de Chapala.

Teníamos hambre y sed; nos alojamos en una casa amplia y pedimos la cena......

—Dadnos pescado, pescado, el famoso pescado blanco.

—¡Aquí no hay, señores!

—¿No hay pescado en Chapala?

—No; todo se lo llevan para Guadalajara.

Suspiré tristemente y respondí:—en todas partes sucede lo mismo, un día busqué en Málaga vino de Málaga y me dijeron:—El legítimo no se toma aquí.—¿Pues dónde?—¡En Inglaterra! ¡Tableau.

Ya en Chapala no podía menos que recordar los heróicos hechos de que fué teatro el lago, durante los años de 1812 á 1816, en la guerra de nuestra independencia.

En esa obra monumental que se llama "México á través de los Siglos" en que está palpitante toda la historia de nuestra patria, encontraréis en el tomo tercero, (pág. 531), descritos por la magistral, sapientísima y áurea pluma de Julio Zárate, todos esos acontecimientos que resaltan como los diamantes en negro fondo sobre el ancho campo del pasado.

La isla de Mezcala que según el historiador Zárate mide dos mil varas de largo por novecientas de ancho, está situada en el centro del lago y dista de ella cuatro léguas al occidente la de Chapala.

La isla de Mezcala y las riberas del lago fueron teatro de la guerra comenzada desde 1812.

¡Cuántos atentados sangrientos cometieron allí Cruz, Negrete, del Río, Porlier, Pastor, Linares y los dos Baeza (Antonio y Mariano!)

Cruz en vez de reprimir los desmanes, los alentaba y los encendía enviando gentes de sus mismos crueles instintos, y había de tal manera sembrado el pánico que parecía que todo anhelo de libertad estaba sofocado y que nadie se atrevía á soñar siquiera en romper las ominosas cadenas que aherrojaban á la patria.

Pero así como debajo de la fría ceniza queda latente el fuego, quedaba un hombre lleno de abnegación, de valor sublime, de fé indomable y de espartana entereza, era Encarnación Rosas, el guerrillero á quien debióse en 1810 la derrota de Recacho de la Barca,

y que dos años más tarde, seguido de setenta patriotas apareció en las márgenes del lago, decidido á combatir á los opresores.

A su impulso, á su heróica iniciativa todos correspondieron y desde ese instante la lucha tomó serias proporciones y los jaliscienses se aprestaron al más serio combate decididos á jugar el todo por el todo.

¿Cómo era Encarnación Rosas? Era según lo describe el laborioso y erudito D. Luis Pérez Verdía, "indígena, natural de Tlachichilco é hijo del pescador Pedro Rosas: hallábase entonces en la flor de su juventud y reunía á una constitución atlética, un valor digno de la causa que defendía."

¿Cuál no sería su denuedo, que estando sus soldados armados con hondas y palos, pues sólo uno que otro portaba sable, logró derrotar totalmente al capitán José María Iñiguez, que con buena tropa de realistas fué antes que nadie á atacarlo en las inmediaciones de Mezcala?

Para vengar esta derrota fué Antonio Serrato, comandante de La Barca, á atacar á Rosas el 1º de Noviembre de 1812; logró hacer que se retirara y quemó las casas del pueblo de San Pedro Ixican, lo cual enardeció tanto á los que se retiraban, que el indígena José Santa Ana volvió con unos cuantos sobre Serrato y le dieron tal embestida que lo derrotaron haciéndole huir á Poncitlán, causándole muchos muertos y quitándole trescientos fusiles.

Poncitlán estaba resguardado por D. Rafael Hernández, quien se defendió esperando á los independientes.— Estos aparecieron al amanecer del 3 de Noviembre, arrolló á los realistas matando á unos y obligando á otros á que se arrojaran al río de Santiago, donde murieron ahogados.

Los independientes, llevándose muchos prisioneros se retiraron á las montañas, y los realistas al mando del sanguinoso cura Alvarez ocuparon nuevamente Poncitlán, hasta que de allí volvieron á expulsarlos Rosas y Santa Ana el 25 de Noviembre, saliendo el citado cura herido en el cuello.

Con los elementos adquiridos por los independientes pudieron éstos irse en número de mil hombres á la isla de Mezcala donde se fortificaron, alistando veinte canoas para el servicio militar y declarando jefe superior de las armas á D. Luis Macías, dueño de la hacienda de la Palma.

Los indios eran todos del Mezcala, de Tlachichilco y de San Pedro Ixican.

"Pero—dice el elegante y sabio historiador Julio Zárate—el alma de aquella obstinada resistencia, fué el presbítero Márcos Castellanos, antiguo cura de Ocotlán, que había proclamado la insurrección en su curato desde Noviembre de 1810.—Hombre resuelto y sereno, dotado de talentos militares y abrigando en su corazón el culto sagrado por la independencia, Castellanos era el caudillo que debía dirigir á ese grupo de ardientes y obstinados patriotas. El mandó construir las obras de defensa consistentes en una sucesión de trincheras que circundaban la pequeña isla, y cuidó de reforzarlas con profundas cortaduras; acopió canoas y víveres, y se esforzó por ejercitar á la guarnición en el manejo de las armas."

Los realistas no podían soportar las humillaciones que les habían causado esos patriotas en cuatro sucesivos combates, y D. José de la Cruz, gobernador de la Nueva Galicia mandó á fines del año de 1812 que el teniente coronel D. Angel Linares marchara á situarse en el lago en la margen que dá frente á la isla por el lado Sur y que atacara cuando ya tuviese á sus órdenes las lanchas y botes que en el puerto de San Blas estaban construyéndose para eso.

Situado Linares sobre los restos del pueblo de Tizapán que había sido incendiado por haber buscado en él víveres los independientes, se mantuvo firme los meses de Enero y Febrero de 1813; pero un día que quiso reconocer la isla para lo cual se embarcó en siete canoas con muchos de sus soldados; sufrió un ataque por los independientes, quienes mataron á casi todos salvándose con muy pocos el oficial Galli que en el mismo día se fué á Guadalajara á dar la triste noticia.

La muerte del teniente coronel Angel Linares, del capitán de dragones de Nueva Galicia D. Joaquín Moreno; del teniente del propio cuerpo D. Antonio Beltlán; del subteniente de Puebla, graduado, D. José Maya; de D. Pablo Bustamante, sobrino de Linares que servía en clase de voluntario distinguido á sus espensas y de veintitrés soldados de infantería, fué comunicada por Cruz al Virey Venegas en un oficio extenso en que le dice que esa desgracia es tanto más sensible cuanto que sucedió sin necesidad y contraviniendo á sus órdenes.

En ese oficio, Cruz llama *canalla é indios feroces* á los defensores

de la independencia y está firmado á las dos de la tarde del 27 de Febrero de 1813.

El señor abogado D. Luis Pérez Verdía, cuya erudición histórica es de todos celebrada, dice que Linares fué ahorcado sobre las ruinas de Tizapán, habiendo los independientes arrojado su cadáver al lago, y que D. Pablo Bustamante y catorce soldados fueron pasados por las armas.

Cruz mandó con una fuerte división al coronel Pedro Celestino Negrete á reparar tan grandes desastres á las orillas de Chapala y dejó en San Pedro Ixican al teniente coronel D. Antonio Alvarez guarneciendo el pueblo con un destacamento de consideración.

Alvarez fué derrotado el 28 de Marzo de 1813; los defensores de la patria cobraron más ánimos y avivaron su fé, no estaban satisfechos el día en que no se batían con los realistas á quienes en cada encuentro obligaban á retirarse quitándoles armas y parque y el indígena José Santa Ana era cada vez más amado y más obedecido, pues con sus indisciplinadas tropas desbarató en los meses de Marzo y Abril á todos los destacamentos realistas que osaron detenerse en los pueblos situados en las orillas del lago.

La isla de Mezcala seguía fortificándose entre tanto, defendiéndola diez y siete cañones, tomados unos como botin glorioso, y enviados otros por Don José María Vargas, sostenedor de la independencia en el rumbo de San Gabriel y Zacatelco.

Murió en aquellos días Don Luis Macías, primer jefe militar de la isla y le reemplazó el cura Don Márcos Castellanos, quien fundó una fábrica de pólvora y balas, aumentando así notablemente la provisión de pertrechos.

Acaeció después, en Junio de 1813, el ataque de la isla y en verdad que es una de sus páginas más gloriosas. Cruz formó una escuadrilla con las lanchas que mandó construir á San Blas y puso al frente de ella al marino español Don Felipe García, estableciendo un arsenal en la hacienda de Cedros por Don José Añorga.

El coronel Negrete acampó en Julio con mil doscientos hombres en Tlachichilco: la escuadrilla provista de cañones de á veinticuatro rodeó la isla y la atacó el día 29. Los indios sin amedrentarse respondieron con vigoroso cañoneo, dejaron que las lanchas se aproximaran y teniéndolas cerca descargaron sobre ellas tan nutrida lluvia de piedras que mataron al comandante García, á muchos

marineros y soldados, mutilándole á Negrete dos dedos de la mano izquierda, haciendo muchos prisioneros, quedándoles como botín dos canoas, un cañón, dos cajones de parque y algunas armas.

Cruz le ocultó al gobierno del virey tan terrible derrota, y para repararla envió refuerzos á Negrete, éste muy disgustado obtuvo que lo relevara en el mando el coronel D. José Navarro y la escuadrilla quedó á las órdenes de Don Manuel de Murga, teniente de fragata que reemplazó al bizarro Don Felipe García.

Entonces se resolvieron á intentar un riguroso bloqueo; pero antes de comenzarlo, se envió un comisionado á los defensores de la isla, diciéndoles que si no se sometían y si no soltaban las armas, correría muchísima sangre, pues todos serían sentenciados á muerte.

Los indios todos respondieron en el mismo instante: "*que corra el sangre*" y esperaron el bloqueo.

JUAN DE DIOS PEZA.

(*Continuará.*)

CUENTECILLO.

Fuego! Incendio! La turba clamoreaba,
las campanas tañían,
la tropa de bomberos se ajitaba
y los perros gruñían.

Un poeta, novel, y mujeriego,
dijo en tal ocasión
á una chica:—yo sé donde es el fuego.
—¿donde?—en mi corazón.

Y la muchacha contestó al doncel:
—pues, hijo, agua con él!

RICARDO PALMA.

CUATRO SONETOS INÉDITOS.

EL FUNERAL BUCOLICO.

A. Gonzaga Ortiz.

Recuerdo.

Su esfera de cristal la luna apaga
en la pálida niebla de la aurora,
y la brisa del mar fresca y sonora
entre los pinos de la costa vaga.

Aquí murió de amor, en hora aciaga,
Mirtilo, y bala su rebaño, y llora
la Primavera, y le tributa Flora
rústico incienso cuyo olor embriaga.

Allí la Pira está; doliente y grave
danza emprenden en torno los pastores
coronados de cipro y de verbena;

la Selva plañe con murmurio suave
y yace, de Mirtilo, entre las flores,
oliendo á miel aún la dulce avena.

*
* *

Mas llegan los pastores en bandadas
al reír la mañana en el Oriente;

mezçlan su voz al cántico doliente
y se abren las violas perfumadas.

Ya se tornan guirnaldas animadas
las danzas; ya las mueve ritmo ardiente,
al que hacen coro en la vecina fuente
faunos lascivos y risueñas driadas.

Vibra Febo su dardo de diamante;
el baile rando gira; el seno opreso
de los pastores, rompe en delirante
grito de amor que llena el aire enceso.
Mirtilo, el boquirrubio, en ese instante,
vuelto habría á la vida con un beso



Unese á los sollozos convulsivos
de los abiertos labios, el sonoro
choque, y reçojen el caliente lloro
las rojas bocas en los ojos vivos.

Homenaje á Mirtilo! ¿Cómo esquivos
podrían ser sus manes á ese coro?
Al soplo del amor y en barca de oro
su alma huía los cármenes nativos.

Las tazas nuevas, en que hierve pura
la leche, vierten del redondo seno
á torrentes su nítida blancura.
Sobre el fúnebre altar do aroma lleno,
el fuego borda al fin la Pira osçura
y asciende el Sol en el zafir sereno.



Crece la hoguera, muerde con enojo
las ramas cuya esencia bebe el viento,
y el baile muere al exhalar su aliento
la última llama en el postrer abrojo.

En un vaso de arcilla negro y rojo
recojen las cenizas al momento
los pastores, y en tosco monumento
guardan píos, el mísero despojo.

Duerme, Mirtilo; la floresta umbría
que en tu sepulcro abandonado vierte
su inefable y serena poesía,
no olvidará tu dolorosa suerte:
ni de tu amor la efímera elegía,
ni tus bodas eternas con la muerte.

JUSTO SIERRA.

Julio de 1885.

ZORRILLA.

Es su hermosa y brillante poesía
del bardo la canción apasionada;
el bélico rumor de los torneos;
los gritos de las trompas de la caza;
los murmullos de sílfides y ondinas
en sus palacios de lucientes aguas;
los héroes del amor; el negro claustro;
Oriente con sus perlas y sultanas;
el rechinar del puente levadizo;
las bellas partituras de la Italia,
y el mundo de los dulces ruiseñores,
de la luz, de las rosas y las auras.

MANUEL REINA.

NAPOLEÓN BONAPARTE.

(CONTINÚA.)

En los momentos críticos, en el Beresina, rehusa oír las tristes nuevas que pudieran alarmarlo, y dice al emisario que insiste: "¿Por qué os empeñais en quitarme la calma, caballero?"—Mas apesar de sus precauciones, cuando el peligro es grande ó de especie desconocida, se le halla desprevenido dos veces. Él tan sereno y tan firme en medio de las balas, el más audaz de los héroes militares y el más temerario de los aventureros políticos, flaquea dos veces ante la tempestad parlamentaria ó popular.

El 18 brumario, en el cuerpo legislativo, á los gritos de "fuera la ley," palidece, tiembla, parece enteramente trastornado......... es necesario arrastrarlo fuera de la sala; aun se creyó por algunos instantes que iba á sufrir algún accidente. (1)" Después de la abdicación de Fontainebleau, ante las imprecaciones y los furores que lo acogen en la Provenza, parece durante algunos días haberse extinguido su valor; suben los instintos animales á la superficie; tiene miedo y no trata de ocultarse (2). No se encuentra bastante disfrazado á pesar de haber tomado el uniforme de un coronel austriaco, el casco de un comisario prusiano y el capote de un comisario ruso. En la hostería de la Calade, "tiembla y cambia de color al ruido más ligero;" los comisarios, que suben en gran número á su aposento, "lo hallan llorando siempre." "Los marea con sus inquietudes é irresoluciones," dice que el gobierno francés quiere asesinarlo en el camino, rehusa comer á la mesa por temor al veneno,

[1] D. Ségur, V. 348.
[2] Yung II. 329, 331. Relación de Luciano é informe á Luis XVIII.

trata de escaparse por la ventana. Sin embargo, se explaya y charla sin término sobre su pasado y su carácter, sin moderación ni decencia, trivial, cínica y desordenadamente; sus ideas dispersas se empujan unas á otras, por grupos, como populacho anárquico y tumultuoso. No vuelve á ser señor de sí mismo hasta Frejus, término del viaje, cuando se halla en seguridad y al abrigo de las vías de hecho: sólo entonces vuelven sus ideas á los primitivos cauces, para maniobrar en buen orden, bajo el mando del pensamiento soberano que despues de un pequeño desfallecimiento recobra su ascendiente y enerjía.

Era menester una fuerza enorme para coordinar, dirigir y dominar pasiones tan vivas. En Napoleón es un instinto de profundidad y aspereza extraordinarias, el afán de referirlo todo á sí mismo, en otros términos, el egoismo, pero no inerte, sino activo, invasor, proporcionado á la actividad y extensión de sus facultades, desarrollado por la educación y las circunstancias, exagerado por el éxito y la omnipotencia, hasta convertirse en un monstruo, hasta erigir en medio de la sociedad humana, un *yo* colosal, que incesantemente ensancha su acción rápida y tenaz; al cual toda resistencia hiere, é irrita toda independencia, y que en el dominio ilimitado que se atribuye, no puede sufrir otra vida sino como instrumento ó apéndice de la suya. Desde la adolescencia, y aun desde la infancia, se manifiesta en germen esta personalidad absorvente. "Carácter imperioso, dominante, voluntarioso," dicen las notas de Brienne. (1) "Extremadamente inclinado al egoismo," añaden las de la Escuela militar, (2) "posee grande amor propio, es ambicioso, aspira á todo,

(1) *Nueva relación del itinerario de Napoleón de Fontainebleau á la isla de Elba, por el Conde de Waldburg-Truchsess,* comisario nombrado por el rey de Prusia (1815), p. 22, 24, 25, 26, 30, 32 y 34. Probablemente las violentas escenas de la abdicación y la tentativa que hizo para envenenarse en Fontainebleau, habían trastornado en él el equilibrio ordinario. Al llegar á la isla de Elba, dijo al comisario austriaco Koller: "Por lo que respecta á vos, querido general, me he mostrado enteramente á descubierto." Cf., en Mme. de Rémusat, I. 108, una de sus confidencias á Talleyrand: marca con rigor la distancia que en él separa el instinto natural del valor adquirido. Siempre se nota en él un aspecto de actor y hasta de bufón italiano; M. de Pradt lo llamaba Júpiter Scapin. Léanse sus reflexiones ante M. de Pradt á la vuelta de Rusia; se le juzgaría un cómico que habiendo representado mal y hecho fiasco en la escena, se mete de nuevo entre bastidores, decide sobre su papel y mide las impresiones del público. (De Pradt, p. 219).

(2) Bourrieme, I. 21.

ama la soledad," de seguro porque no puede ser el amo en compañía de sus iguales y se encuentra á disgusto ahí donde no impera. "Vivía separado de mis camaradas, (1) dirá más tarde; había escojido dentro del colegio un rinconcillo donde me sentaba á soñar á mi sabor. Cuando mis compañeros querían arrebatarme su propiedad, lo defendía con todas mis fuerzas; ya poseía el instinto de que mi voluntad debía dominar la de los otros, y que debía pertenecerme lo que me agradara." Remontándose á sus primeros años, en Córcega, bajo el techo paterno, se presenta á sí mismo como un salvaje nocivo, rebelde á todo freno y desprovisto de conciencia. (2) "Nada me dominaba, no temía á nadie; pegaba al uno, arañaba al otro, era objeto de temor para todos. Pegaba y mordía á mi hermano José, y apenas lo había él advertido cuando yo me había quejado ya." Excelente estratagema que nunca se cansará de repetir: la disposición para improvisar mentiras útiles, es innata en él; más tarde, hombre ya, se gloría de ella, la señala como signo y medida de "la superioridad política" y se complace en recordar que desde su infancia le predijo uno de sus tíos, que gobernaría el mundo porque poseía el hábito de mentir siempre. (3)

Notad la frase del tío: resume toda la experiencia de un hombre de su tiempo y de su país; tales son los frutos que producía la vida social en Córcega; por una relación infalible la moral se adaptaba á las costumbres. En efecto, la moral es esa, por que esas son las costumbres en todos los tiempos y países en que la policía es impotente y nula la justicia, en que la cosa pública pertenece al que se apodera de ella, en que las guerras privadas se desencadenan sin represión ni misericordia, en que todos viven armados y las armas todas son de buena guerra, así el artificio, el dolo ó el engaño, como el fusil ó el puñal; el estado de la Córcega en el siglo XVIII, era idéntico de la Italia en el siglo XV. Tales fueron las primeras impresiones de Bonaparte, semejantes en un todo á las de los Borgias y de Maquiavelo; tal es en él la primera capa de pensamientos embrio-

(1) Yung, I. 125.

(2) Mme. de Rémusat, I. 267. Yung, III. 109. A su regreso á Córcega toma con imperio el mando de toda la familia. "No se discutía con él, dice su hermano Luciano; se enfadaba por las menores observaciones, y se encolerizaba ante la más ligera resistencia. José (el mayor) no se atrevía siquiera á replicar á su hermano."

(3) Memorial, 27 y 31 de Agosto de 1815.

narios, que debe servir de base más tarde á los pensamientos completos; de ahí todos los fundamentos de su futuro edificio mental y de la concepción que se formará de la sociedad humana.

Al abandonar después las escuelas francesas, en cada una de sus vueltas y paradas, las mismas impresiones consolidarán en él la idea final. En este país—escriben los comisarios franceses (1) "el pueblo no concibe la idea de un principio" de cualquier clase que sea, interés social ó justicia. "La justicia no se administra; desde hace dos años se han cometido ciento treinta asesinatos....... La institución de los jurados ha quitado todo medio de castigar los delitos; las pruebas más fuertes, la evidencia misma, no impulsarán nunca á un jurado compuesto de individuos del mismo partido ó de la misma familia que el acusado, á fallar en contra suya;" y si es del bando contrario, los jueces le absuelven tambien, por temor á venganzas "tardías tal vez, pero siempre seguras." "El espiritu público es desconocido," no existe cuerpo social, sino "una multitud de bandos, enemigos unos de otros"......... Nadie es corso sin pertenecer á una familia, y ser adicto, por tanto, á un partido; el que no quisiera pertenecer á uno en especial, sería aborrecido de los demás. Todos los jefes tienden al mismo fin, el de adquirir dinero por cualquier medio, su primera atención es rodearse de individuos que les sean enteramente adictos y repartirles los empleos. Las elecciones se verifican siempre á mano armada y por la violencia...... El partido triunfante emplea su autoridad en vengarse del que lo combatió y multiplica las vejaciones é injusticias......... Los jefes forman entre sí ligas áristrocráticas......... y se toleran todos los abusos. No se reparten ni recaudan los impuestos para grangearse votos en las elecciones, por espíritu de partido y de parentesco......... Las aduanas no sir-

(1) Mme. de Rémusat, I. 105. Nunca ha habido sofista más hábil y perseverante, más persuasivo y elocuente, para presentar argumentos con todas las apariencias de la razón y el derecho. De ahí los frases que dicta en Santa Elena, sus proclamas, mensages y correspondencias diplomáticas, su ascendiente por medio de la palabra, igual al que tiene por las armas, el que ejerce sobre sus súbditos y adversarios, y el que todavía sobre la posteridad. Hay en él un abogado, que es guarda tan distinguido como el capitán y el administrador.

Lo particular de tal aptitud consiste en no someterse á la verdad, sino hablar ó escribir siempre en presencia de los oyentes, *por defender una causa*. De este modo se forjan fantasmas que alucinan al auditorio; más en dezquite, y como el autor forma parte en él, concluye por inducir á error no solamente á los demás sino á si propio; esto es lo que pasa con Napoleón.

ven sino para recompensar á los parientes y á los amigos......... Los sueldos no llegan á los que tienen que percibirlos......... El campo es inhabitable por falta de seguridad. Los campesinos llevan el fusíl hasta en sus labores. No se puede dar un paso sin escolta; es necesario muy á menudo mandar un destacamento de cinco ó seis hombres para conducir una carta de una posta á otra."—Traducid esta exposición general por la multitud de hechos de que es compendio; imaginad los acontecimientos diarios referidos con todos sus detalles, comentados por los interesados (1) con enojo ó con simpatía: tal es el curso de moral que se enseña al joven Bonaparte.

Oyendo á la mesa el niño la conversación de las personas mayores, ante una frase como la del tío, ante cierta expresión del rostro, ó ante un gesto de admiración, llega á adivinar que lo ordinario en el mundo no es la paz sino la guerra, con qué artificios se mantiene, por medio de que violencias se impulsa, por que sorpresas se alcanza el triunfo en ella. Abandonado el resto del día à si propio, á la nodriza Ilaria, á Saveria, la ama de llaves, á las gentes del pueblo entre quienes vaga, oye charlar á los marineros de puerto ó á los pastores de las granjas, y ante sus exclamaciones ingenuas, su franco admiración por las emboscádas bien dirigidas y los golpes felices, se confirman en él las lecciones que en su casa había adquirido. Tales son sus *lecciones de cosas*, que en tan temprana edad penetran profundamente en su ánimo, tanto más, cuanto que su temperamento es inclinado á ello, aceptándolas el corazón porque la educación halla un cómplice en el instinto.

Desde el principio de la revolución, viviendo todavía en Córcega, toma la vida por lo que es, un combate á todas armas, y en este campo cerrado maniobra con menos escrupulo (2) que otro cualquiera. Si acata la justicia y la ley no es sino con palabras, y aun ellas irónicas; la ley es en su sentir frase de código, la justicia palabra de libro, la fuerzasuperior al derecho.

---

(1) Yung, II. 111, (Informe de Volney, comisario de Córcega, 1781.)—II, 287, (Memoria para hacer conocer el verdadero estado político y militar de la Córcega en el mes de diciembre de 1790.)—II, 270. (Despacho del representante Lacombe Saint-Michel, 10 de setiembre de 1793.)—Miot de Melito, I, 131 y páginas siguientes [Fué comisario pacificador en Córcega, en 1796 y 1801.]

[2] Miot de Melito, II, 2. "Los partidarios de la familia del primer cónsul... veían en mi únicamente el instrumento de sus pasiones apropósito, tan solo para desembarazarlos de sus enemigos y para concentrar todos los favores en sus protegidos."

Sobre su carácter, tan marcado ya, cae nuevo golpe de volante que lo modela segunda vez con la misma forma, confirmando la la anarquía francesa las huellas que en el jóven había dejado la anarquía corsa; que en una sociedad que se desmorona, las *lecciones de cosas* son idénticas á las que se adquieren en una sociedad que se halla en vía de formación. A travez del aparato de las teorías y la gala de las frases, su vista penetrante advierte cual es el verdadero objeto de la revolución, la soberanía de las pasiones desenfrenadas, y el predominio de la mayoría sobre la minoría; ser conquistador ó conquistado, hay que optar entre los dos extremos, sin que pueda haber término medio entre ellos.

A partir del 9 termidor, los últimos velos se desgarran y se muestran sin disfraz en la escena politica los instintos de licencia y dominación, los apetitos privados; nadie se inquieta ya por el interés público y el derecho popular. Claro es que los gobernantes son tan solo una facción, que la Francia es su despojo y que tratan de defender la presa contra todo el mundo, por todos los medios, inclusive las ballonetas. En el régimen civil, cuando se da un escobazo por el centro, es mejor hallarse del lado del mango.—En los ejércitos, sobre todo en el de Italia, desde que se liberta el territorio, la fé y abnegación republicanas ceden el sitio á los apetitos naturales, á las pasiones militares. (1) Descalzos, andrajosos, con cuatro onzas de pan al día, recibiendo su sueldo en asignados, que no tienen circulación en el mercado, soldados y oficiales desean solamente salir de la miseria; "después de haber las infelices suspirado tres años en la cima de los Alpes, llegan á la tierra de promi-

[1] Yung, I, 220. [Manifiesto de 31 octubre dede 1789.]—I, 265 [Préstame fozoso de la caja del seminario, 23 de junio de 1790.]—I, 267, 269. [Detención del mayor de artillería M. de la Jaille y otros oficiales; proyecto para apoderarse de la ciudadela de Ajaccio.—II, 115. [Carta á Paoli, 17 de febrero de 1792]: "Las leyes, como las estátuas de ciertas divinidades, se cubren en ciertas ocasiones."—II, 125, [Elección de Bonaparte para teniente coronel de un batallón de voluntarios, 1º de abril de 1792.] La víspera hace secuestrar por la tropa armada, á Murati, uno de los tres comisarios deparlamentales, que vivía en casa de los Peraldi, adversarios suyos. Murati, á quien se tomó desprevenido, es llevado á la fuerza y secuestrado en casa de Bonaparte, que le dice con ademán grave: "He querido que estuvieseis libre, enteramente libre, y no lo estabais en casa de Peraldi.—Su biógrafo corso [Nasica *Memorias sobre la juventud y la infancia de Napoleón*] considera esta acción muy digna de alabanza.

sión y quieren gozar de ella." (1) Existía además de esto, otro estímulo, el orgullo exaltado por el éxito juntamente con la necesidad de gastar, el ímpetu y la plétora de vida de la juventud, pues casi todos son jóvenes y consideran la vida al estilo francés, como una gira y un desafío.

Sentirse valiente y demostrar que se posee tal cualidad, afrontar las balas con gallardía y desenvoltura, ir de una cita amorosa á una batalla, y de una batalla á un baile, (2) arriesgarse en aventuras extraordinarias, sin segunda intención, sin otro objeto que la sensación del momento, (3) gozar de las facultades excitadas por la emulación y el peligro, no es sacrificarse, más es tener libertad pero tener libertad es hacer carrera, subir grados, robar para hacerse rico como Massena ó llegar á ser poderoso como Bonaparte. De este modo es perfecta la armonía que reina desde los primeros días (4) entre el general y su ejército, inteligencia que llega á ser completa al cabo de un año.

H. TAINE.

Continuará.

---

[1] Cf., en este punto las memorias del mariscal Marmont, I, 180, 196, las memorias de Stendhal sobre Napoleón, el informe de d' Antraigues [Yung, III, 170, 171.] El *Mercurio británico* de Mallet Dupan, y el primer capitulo de *la Cartuja de Parma* por Stendhal.

[2] *Correspondencia de Napoleón* I [Carta de Napoleón al Directorio, 26 de abril de 1796] Proclama del mismo día: "Habeis hecho marchas forzadas careciendo de zapatos, habeis vivaqueado sin aguardiente y aun sin pan."

[3] Stendhal, *Vida de Napoleón*, p. 151. "Los oficiales estaban locos de contento por tener ropa blanca y botas nuevas. A todos agradaba por extremo la música; muchos andaban una legua entre la lluvia, para ocupar un asiento en el teatro de la Scala...... Ante la triste situación del ejército antes de Arcoli y Castiglione, todo el mundo, á excepción de los oficiales sabios, opinó por realizar hasta lo imposible por no abandonar la Italia." Marmont, I, 296.: "Todos éramos jóvenes,...... llenos de fuerza, de salud y devorados por el amor de la gloria. Tal variedad en nuestras ocupaciones y nuestros placeres, el empleo sucesivo de nuestras facultades de cuerpo y espíritu, daban á la vida un interés y rapidez extraordinarios."

[4] *Correspondencia de Napoleón I.* Proclama del 27 de marzo de 1796: "Soldados, os encóntrais desnudos, mal alimentados; el gobierno os debe mucho, y nada os puede dar...... Voy á conduciros á las llanuras más fértiles del mundo; ricas provincias, grandes ciudades caerán en vuestro poder; encontrareis allí, honor, gloria y riquezas." Proclama del 26 de abrii de 1796: "Amigos, os prometo esta conquista!"—Cf., en las memorias de Marmont, el modo con que Bonaparte dasempeña el papel de tentador, ofreciendo á Marmont, que se niega á ello, la ocasión de robar una caja.

LA LLUVIA.

Retumba el trueno lejano
Cual rumor de antro profundo,
Y sopla el viento iracundo
Desde la sierra hasta el llano.

De claridad amarilla
Se inunda á veces la altura,
Y desde su grieta oscura
La ronca cigarra chilla.

Extraño, inmenso rumor
De la tierra se levanta,
Y el aire, el árbol, la planta
Parecen sentir pavor.

La nube avanza sombría
Lanzando luz de su seno,
Y á la ronca voz del trueno
Huye presuroso el día.

Suspensa la tierra espera
Al huracán turbulento,
Y retiembla de contento
Al retemblar de la esfera.

Con voluptuoso desmayo
Oye los terribles zumbos,
Y responde con retumbos
Al estampido del rayo.

El dulce olor del tomillo
Por los campos se derrama,
Y retozando en la grama
Se alboroza el corderillo.

Y al par que los cielos crugen
Y que las nubes se agitan,
Tiernos los novillos gritan
Y roncos los toros mugen.

Y dando voces suaves
Cruzan tendiendo su vuelo,
A bandadas por el cielo
Hacia su nido, las avês.

La tormenta se desata
Desde los cielos sombríos,
Y á la tierra manda ríos
Abierta la catarata.

Sorbe la tierra á torrentes
El dulce humor que la riega,
Y la honda ansiedad sosiega
De sus entrañas ardientes.

Y con silencio del suelo,
Y con tumulto del mundo,
Haçen sù seno fecundo
Las cataratas del cielo.

Y entre el violento huracán
Y el trueno que al orbe aterra,
Concibe, muda la tierra,
En sus entrañas, el pan.

José López-Portillo y Rojas.

LA MONJA DE CAPUCHINAS.

Mediaba la noche del.... (por desgracia la vieja crónica de que extractamos esta historia se halla bastante mutilada, y puntualmente falta el pedazo en que debió venir el año en que acaeciera); acababa de tocar á coro la pequeña campana del convento, y las devotas religiosas se dirigían al templo, en esa hora propicia á la orgía y el crímen, para aplacar la cólera divina con la suave y pura ofrenda de sus oraciones.

Sor Consuelo, una monja esbelta, blanca, de grandes ojos oscuros, cuyas delicadas facciones aún no había acariciado el soplo de veinte primaveras, se detiene en el umbral, pálida y temblorosa. Hace noches que siente repugnancia invencible por el rezo; su espíritu divaga con frecuencia olvidando la salmodía por recuerdos perturbadores; su imaginación se ha atrevido muchas veces á salir de los muros del convento, para espaciarse y recrearse en las quimeras del mundo.

Y ahora conoce que no puede orar, que su plegaria sería quizá una blasfemia. Siente que la empuja para afuera del coro fuerza irresistible, y al fin, abatida, se resuelve á abandonar el sagrado recinto. Vuelve á los claustros, desiertos por completo; la fuente susurra como dolorida por inmensa tristeza; las masas oscuras de los naranjos se destacan apenas en el fondo negro de los muros, y al moverse producen rumor sordo y extraño; las indecisas luces proyectan sombras que repentinamente crecen y se achican, pareciendo que danzan y corren en rápidos, fantásticos movimientos; las imágenes colgadas en la pared toman entonces proporciones colosales, como si indignadas quisiesen salir del lienzo para castigar á la

apóstata...... Sor Consuelo vaga aterrada y sin poder siquiera gritar, tanto así la embargan y atormentan el terror y el remordimiento. Acierta en tanto á entrar en la pieza del torno, desierta también, y mira con avidez ese ventanillo que es la única comunicación que en aquel sepulcro de vivos se mantiene con los mortales. De repente oye una voz hueca y sorda, cual si saliese del fondo de una caverna; aplica medrosa el oído y escucha que la llaman por su mismo nombre. Responde la monja con un grito apenas articulado; el torno dá vuelta y aparece una pequeña carta.

¿Esperaba ya Sor Consuelo el misterioso billete? Es muy probable, porque al recojerle y reconocer la letra del sobre sus facciones se animaron, se iluminaron con extraña luz sus ojos, y corrió hacia una lamparilla para leer la preciosa esquela. Sin embargo, sudor de nieve inundaba los miembros de la religiosa, su turbación era extrema, sentía el papel en sus manos como si llevase una ascua. Abrióle, y leyó precipitadamente las siguientes líneas:

"Consuelo, cuando por virtud de un juramento solemne te obligaste á ser mía, no creí que lo quebrantaras tan pronto, ni que la prometida de un hombre osara convertirse en esposa de Cristo, dejando tras sí desgarrado para siempre el corazón del más rendido de los amantes. Apenas halla disculpa tu proceder en la fuerza que empleó tu familia para encerrarte contra tu voluntad en ese odiado convento. En vano sería hacerte ahora cargos y reproches, porque abrigo la esperanza de que aún podrás, si quieres, cumplir la palabra entonces empeñada. Yo bien sé que no estás contenta en el claustro, que tu hermosura se marchita y tu corazón se seca entre el hielo de esos muros. Consuelo, eres bella y joven, no se ha extinguido aún el fuego de tu alma ardiente; todavía puedo amarte con todo mi sér, con todas mis potencias. Ven, el mundo te espera ataviado con brillantes galas; vuelve á alumbrarle con la suave luz de tus divinos ojos, á encantarle con las armonías de tu voz dulcísima...... Mañana, á las doce de la noche, llegaré por la espalda del jardín con una escala; te arrancaré de esa tumba, y volverás á ver el mundo y á abrazar á tu amante.—Jorge."

Sólo en las complicadas y fantásticas visiones de un sueño, podría hallarse el trasunto de las extrañas emociones que Sor Consuelo experimentó al leer esa carta. Luchaban en el alma exaltada de la joven la idea terrible de abandonar el convento y el amor á Jor-

ge, renaciendo exigente y volcánico, á la consideración de sus hondos padecimientos. Hubiera la monja permanecido en el sombrío corredor quién sabe cuántas horas, presa de horrible angustia, sino hubiese advertido que sus compañeras se retiraban á sus celdas; por lo cual, sin ser vista, se encaminó á la suya, no á reposar, sino como fácilmente puede presumirse, á continuar allí la triste serie de sus dolorosas meditaciones.

Por fin, vino el alba á disipar un tanto sus negras ideas; pero notó la pobre joven que se había apoderado de ella una terrible calentura. Como no pudo levantarse del lecho, acudió la madre abadesa á verla con tierna solicitud, prodigándole los consuelos dulcísimos de su palabra cariñosa, persuadida de que la enferma necesitaba más de medicinas para su espíritu que para su cuerpo. No ignoraba la abadesa la historia de la pobre monja; así es que esforzábase por inspirarle una resignación heróica, pintándole con vivos colores lo sagrado de sus votos, lo irrevocable de sus determinaciones, y haciéndole entender claramente que al profesar había roto por completo con el mundo, y que de él no debían quedar más huellas en la memoria de una religiosa, que las que suelen dejar esas pesadillas horribles y vagas, que se deshacen y disipan á los primeros rayos del sol matutino.

Esa valiente resolución, empero, sólo era para almas de mayor temple que la débil de Sor Consuelo. A las afectuosas amonestaciones de la abadesa contestaba apenas con monosílabos, mientras la superiora, conmovida y preocupada, redoblaba sus exhortaciones y sus avisos. Pero todo en vano; la monja no podía prestarle atención, sus padecimientos se aumontaban á medida que se repetían los consejos. Al fin, no pudiendo sufrir más aquella escena, rogó á la abadeza que la dejase sola, porque deseaba entregarse al descanso.

Después de un día agitadísimo, en lucha indescriptible, entre intensos terrores y zozobras, logró Sor Consuelo dormirse, pero tuvo un sueño peregrino, diabólico, de esos que deslumbran como el relámpago y arrastran como la fatalidad. Miraba á su lado á Jorge, hermoso, sonriente, abrumador con sus caricias y su ternura, hallábase en una región dilatada, luminosa, donde profusión de flores empapadas en rocío matinal despedían los más embriagadores perfumes, donde las arpadas lenguas de aves invisibles modulaban voluptuosas armonías......... A su vista se desplegaban, confusas, informes, pe-

ro llenas de vida, las mil variadas figuras del panorama del mundo, las más deleitosas escenas del siglo brillando como estrellas de oro en un cielo de luz......... Sor Consuelo quedó arrobada ante aquel cuadro maravilloso, convirtió los ojos á su amador que extático le dirigía una de esas miradas en que parece transmitirse el alma, y trémula y apasionada prometióle que sería suya, á pesar de sus votos, de sus sagrados compromisos con el Eterno......... Disipóse la visión; las sombras invadían ya la celda; la monja despertó sobresaltada; por fortuna suya nadie estaba ahí para notar su turbación y congoja.

Sor Consuelo permaneció largo rato reflexionando sobre un proyecto que hacía tiempo ocupaba su imaginación. Aquel sueño la hizo decidirse resueltamente. Llegó entre tanto la abadesa; fingió la joven estar bastante aliviada para que aquella la dejase sola y acabar de fraguar sus planes; y creyendo en aquel aparente restablecimiento, se retiró la superiora.

La fiebre tenía á Sor Consuelo en estado de exaltación espantosa, cuando llegó la hora de ir á coro. Sonó la campana, que oía la monja como si fuese la trompeta del último juicio. La ansiedad de la pobre religiosa aumentó al escuchar el canto sagrado y fervoroso de la comunidad. Le parecía que cantaban en su celda, que la envolvían, á ella la perjura, la condenada, en atmósfera de santidad y pureza. La monja se sentía indigna para siempre de aquella compañía de ángeles. De súbito, impelida por fuerza incontrastable, se levantó del lecho y salió del cuarto. Estaba el cielo encapotado y oscuro; sólo se veían dos grandes estrellas anubladas, como los ojos de lo desconocido mirando hacia la tierra. Los árboles despedían siniestros rumores, como si en ellos morase un genio oculto que se quejara en lo profundo de la noche. La soledad era espantosa; Sor Consuelo creía desmayarse á cada paso que daba. Subió una escalera excusada que conducía á las azoteas y poco después se encontró al borde de la calle.

Al rededor se extendía la ciudad dormida, con toda la majestad del espacio y de la sombra, cual enorme cetáceo en una playa sin límites. Acá y allá había luces, acullá oíanse cantos, más lejos monótonos ladridos. Este espectáculo nuevo y extraño heló el corazón de la monja. Pero su terror subió de punto al ver á sus pies la escala que probablemente estaba puesta por Jorge. Y el

mismo Jorge estaba allí también, no cabía duda, sosteniendo con una mano la escala, con otra las riendas de un soberbio caballo negro.

El amante contemplaba á Sor Consuelo con intensa mirada, que brillaba á través de las sombras, llena de amor y de fuego. La monja bajó con paso firme y resuelto. Al pisar el suelo de la calle experimentó una sensación indefinible; Jorge la recibió en sus brazos; ella alzó los ojos para mirarle......... Esos ojos eran dos ascuas; la cara se veía negra como humo condensado; sus brazos eran de un esqueleto; su cuerpo estaba frío como el hierro. Cierto característico olor de azufre acabó de desengañar á la desdichada, pero era ya demasiado tarde. El espanto más horroroso se apoderó de la monja, que gritó con todas sus fuerzas: "Perdón, Dios mío, me arrepiento, castígame como te plazca."

Y al instante, el caballero misterioso montó en su negro corcel y desapareció en los aires. Acudieron los vecinos y lleváronse á la monja al convento, no se sabe si loca ó muerta, (que para el caso es lo propio), porque en este punto la crónica, también desgraciadamente, ofrece un vacío que no ha podido llenar toda la diligencia de los modernos narradores.

XENOS.

DICHOSA.

¿Sabes qué significa ser dichosa?
Tener un cielo azul,
Soñar con astros, pájaros y flores,
Con fé en el alma y en los ojos luz.

Ver risueña á las puertas de la vida
La ardiente juventud;
Tener talento, gracia y hermosura...
¡Para qué decir más: ser como tú!

JUAN DE DIOS PEZA.

LA ENREDADERA.

Apólogo.

En una hermosa pradera
Donde sus pompas lucía
La galana primavera,
Llena de celos vivía
Una pobre enredadera.

Por levantarse á la altura
Jamás bregó con bravura
Ni se afanó dignamente;
Se arrastraba, en su locura,
Torpemente, torpemente.

Sus duras garras clavaba
Sobre las vecinas flores;
Por sus tallos se elevaba
Y el ambiente les robaba
Y del sol los resplandores.

Los arbustos abrumando
Y las plantas destruyendo,
Se iba de unos afianzando
Y pór los otros subiendo.........
Siempre enredando...... enredando.

La copa á un arbol ganó,
Vistióse con su follaje,

Y las flores ostentó
Del arbol que frutos dió
Siendo orgullo del paisaje.

Y cuando tan alta estaba
Salvó un elevado muro;
Noble y rica se juzgaba.........
Creyendo el trono seguro
De las plantas se burlaba.

Y se robó con maldad
De la aurora el arrebol,
De la tierra la humedad
Y el fecundo ardiente sol
Que brilla en la inmensidad.

Y tanto el orgullo fué
De la loca enredadera,
Que dió altiva con el pié
A quien le sirvió con fé
Siendo su firme escalera.

Y en su necio desvarío,
Á aquellos que la elevaron
Vió con ingrato desvío;
Mas su ingratitud burlaron
El cielo, el ave y el río.

Las plantas la maldijeron
Por su ingrato proceder
Y ya de su sombra huyeron,
Y en su indignación quisieron
Condenarla á perecer.

Le negó el sol su calor
Y la fuente su agua pura,
Y la luna su fulgor,
Y el arpado ruiseñor
Sus cánticos de ternura.

Y aquellas humildes flores
Que entre el cesped se quedaron,
Esparciendo sus olores,
Sus corolas ostentaron
Del sol á los resplandores.

Y con noble dignidad
En su modesta existencia,
Ricas de felicidad,
Guardaron su grata esencia
En honrosa soledad.

....
....

No faltará ciertamente
Una historia verdadera
Que se parezca fielmente
A la de la enredadera
Que alzaba altiva su frente.

¡Ay! si el muro carcomido,
Que ya se va destruyendo,
Cae, cual debe, derruido,
La enredadera, cayendo,
Perecerá en el olvido.

....
....

¡Desdichado el corazón
Que, ageno á toda virtud,
Solo abriga la traición!.........
¡Ay de él!—"La ingratitud
Es el crímen sin perdón!"

Guadalajara, 1888.

ESTHER TAPIA DE CASTELLANOS.

EL CASTILLO EN LA PLAYA.

(POR L. UHLAND.—TRAD. DEL ALEMAN.)

—¿Has visto acaso el castillo,
El castillo alto en la playa?
Por cima gualdas y rosas
Las ligeras nubes pasan.

Ya se mira en el espejo
Que le forma la onda clara;
Ya se yergue magestuoso
Del crepúsculo en las llamas.

—Sí le he visto, sí le he visto
Ese castillo en la playa;
La luna estaba encubierta,
Niebla oscura le rodeaba.

—¿El viento y las lentas olas
Rumorosas resonaban?
¿Qué, no oíste en sus salones
Cantos y músicas varias?

—En calma triste y profunda
Olas y vientos estaban,
Y en el gran salón se oían
Quejas que escuché con lágrimas.

—¿En lo alto del castillo
Con su esposa el rey no andaba?
¿No viste flotar los mantos,
Brillar las coronas áureas?

¿No viste acaso junto á ellos
Una joven dulce y cándida,
Como el mismo sol hermosa,
De cabellera dorada?

—Si he visto á los dos ancianos,
Mas corona no portaban;
Iban vestidos de luto.........
La joven ahí no estaba.

M. Coronado.

EMPEÑO.

En el libro de tu historia
en ser yo, flor de las flores,
página hermosa de amores
tengo empeño;
ó en ser la ilusión postrera
que sobre tu alma vacila,
cuando á cerrar tu pupila
viene el sueño.

Ricardo Palma.

GUADALAJARA.

(RECUERDOS E IMPRESIONES.)

(CONTINÚA).

Resueltos de tal manera los indios, ocupáronse los realistas en guarnecer en las riberas del lago todas las poblaciones que podían proveerlos de víveres, mirándose precisados de vez en cuando á resistir los poderosos ataques de Rosas y de Santa-Ana.

En el silencio de la noche salían cautelosamente esos dos bravos indígenas seguidos de algunas canoas, sorprendían á los destacamentos y cargados de buen botín de guerra se volvían á la isla de Mezcala.—Así fatigaron á los defensores del rey en toda la segunda mitad de 1813 y en Enero y Febrero de 1814.

Cruz, impacientado, se trasladó en marzo al campamento de Tlachichilco para resolverse á dar un ataque. Ordenó que se reconocieran las islas y dió instrucciones á Navarro para preparar un asalto sobre un grupo de peñascos situado á tiro de fusil de la isla de Mezcala y que también servía de baluarte á los independientes.

Ese baluarte se conoce todavía con el nombre de *Isla chica*, que Cruz juzgó la más importante para someterla y con ella á las demás.

Cuando se hizo el reconocimiento por la escuadrilla compuesta de una batería flotante, tres lanchas, dos falúas y dos botes, el coronel Navarro no consideró oportuno el ataque por lo chico de las embarcaciones, pues el total de tropa que podía ir en ellas para el manejo del fusil era de doscientos treinta y cuatro soldados y pidió

que se construyese en el puerto de San Blas otra lancha en la que cupieran doscientos cincuenta ó trescientos fusileros.

En esa nota que tiene fecha 21 de Marzo de 1814, Navarro habla á Cruz del oleaje y de los vientos recios que agitan á la laguna, comparándolos, según la frase del teniente de fragata D. Manuel de Murga, "á los más serios huracanes y crecidas mares del Oceano."

Murga unió á esa manifestación de Navarro, otra propia en que decía á Cruz que sin contar con buques capaces no era posible apoderarse de la *Isla chica*.

Veamos la opinión de este notable marino que da perfecta idea del hermoso lago:

"La laguna de Chapala—dice el citado teniente de fragata—es más bien un golfo de veintiocho á treinta leguas de largo y ocho de ancho, con un fondo igual en toda ella desde cuatro y media á seis brazas, guardando los períodos que se observan en todo golfo: mantiene sus virazones más ó menos frescas; hacen sobre este gran lago, lo mismo que en el mar, los efectos lunares y equinoccios, y, aunque casi insensible se advierte sobre las costas flujo y reflujo; en las lunaciones y sus cuadraturas son los vientos generalmente tan frescachones, que no permiten estar al ancla los buques, sino que les obligan á refugiarse al abrigo de las calas ó ensenadas por no anegarse; los temporales que hemos repentinamente sufrido no dejan recursos á las reglas que enseña el arte, pues la mar arbola en términos que no permite el capeo para mantenerse sobre tal ó cual punto, no dejando otro arbitrio que correr en popa; y por último, en veinte años de servicio de marina que contamos, en cuyo tiempo hemos navegado en los mares más tormentosos del globo, como son los del Asia, del Cabo de Hornos y del de Buena Esperanza, confesamos de buena fe, no hemos creído en esas penosas y dilatadas navegaciones perecer jamás, y que aquí algunas veces lo hemos tenido por cierto, llegando á vernos sin timones, las embarcaciones anegadas por repetidos golpes de agua, desarboladas y en el estado más deplorable que pueda verse navegante alguno."

Suspendido el ataque por estas razones se pidieron á San Blas nuevos barcos para el bloqueo.

El 16 de Abril de 1814 hubo un reñido combate naval entre Tuxcueca y la punta de San Luisito, sostenido entre el alferez de fragata D. Agustín Bocalán, comandante de las fuerzas de la escua-

drilla, contra una partida de independientes que atacaron al pueblo de Ajijic en esa misma mañana.

Bocalán quiso entre la punta y Tuxcueca cortarles la retirada con las cuatro embarcaciones *San Miguel*, *Toluqueña*, *Poblán* y *Bolero*; se empeñó una acción terrible que duró más de tres horas, no solo entre las canoas que regresaban de Ajijic, sino contra numerosa fuerza que desde tierra hacía vivo fuego á los realistas.

Estos alcanzaron la victoria "quedando—según el parte oficial—las aguas y playas teñidas de sangre y llenas de fragmentos de canoas y de más de cien entre muertos y heridos de los perversos defensores."

Los independientes vengaron esta derrota más tarde, el 1° de Mayo de 1814 pues al mando de D. José Salgado y D. José María Vargas, avanzaron á la estancia de Corrales cerca de Tizapán y destrozaron totalmente á los tenientes coroneles realistas Cuellar y Arango, aprovechando Vargas el desconcierto para visitar y proveer en la isla de Mezcala á los defensores de la santa causa de la patria.

Aumentaba día por día el número de guardias realistas en las poblaciones de las riberas y como estaba casi extinguida la insurrección en toda la Nueva Galicia, Cruz aumentó sus tropas y agrupó mayores elementos de guerra.

Negrete resguardaba el rumbo de la Piedad, Quintanar el lado de Jiquilpan, Brizuela el de la hacienda de Santa Ana y Basauri el de Buena Vista, pero los isleños no desmayaban, y los heróicos Rosas y Santa-Ana hacían extragos á los enemigos, habiendo el segundo deshecho en el pueblo de Chapala á los sesenta dragones que allí estaban de destacamento.

Calleja dice en su manifiesto de 22 de Junio de 1814 después de hablar de las victorias de sus tropas "en todo el reino no conservan los rebeldes otro punto militar que el de la laguna de Chapala, *la que no tardará en ser su sepulcro.*"

¡Cuán bravos no serían aquellos defensores insurgentes de Mezcala, que á pesar de los grandes elementos del gobierno, pudieron sostener la lucha hasta noviembre de 1816!

Esos insurgentes con atrevido empuje salieron el 19 de enero de 1815 con cuarenta canoas y apresaron la falúa "Fernando en su

trono" lo cual desesperó al jefe Navarro, que en vano intentó con toda la escuadrilla recuperarla en varias ocasiones.

Cruz, exasperado, quería que Navarro concluyera la campaña victoriosamente; pero esto no era posible por lo pronto, pues los isleños estaban decidos á defenderse sin que se les hubiera visto abatirse ni cuando ocho mil soldados estrechaban el bloqueo en los primeros meses de 1816.

Los indios derrotaron á los bloqueadores muchas veces, particularmente el 5 de agosto de 1816, á la vista del cuartel general de Tlachichilco.

La mala calidad de los alimentos, el hacinamiento de heridos y las constantes vigilias para evitar sorpresas, desarrollaron tan terrible peste entre los defensores de Mezcala que les causó gran número de víctimas poniéndolos en la más lamentable y triste de las situaciones.

Morían por centenares los insurgentes y entre tanto, por orden de Cruz se talaban todos los campos que rodean la isla, agravando las plagas y la extrema miseria en que ya estaban hundidas las tropas, sin que ni por esto se oyera hablar á ninguno de rendición ni de abatimiento.

Cruz les hizo muchas proposiciones de indulto que fueron enérgicamente rechazadas; pero cuando ya la peste, el hambre y la miseria eran los peores enemigos de los insurgentes, el intrépido Santa-Ana con una dignidad que asombra, habló con el jefe español que lo recibió con agrado y le hizo grandes proposiciones por tal de recuperar la isla.

Santa-Ana solo las comunicó al cura D. Marcos Castellanos, y este resolvió avistarse con Cruz, arreglando la capitulación el 25 de noviembre de 1816.

"Cruz—Dice el historiador Zárate á quien he venido extractando fielmente—se obligó á no perseguir á los defensores de la isla, entregándoles sus pueblos redificados, y bueyes y semillas para cultivar sus campos; á que se les administrasen los sacramentos sin estipendio ninguno; á exceptuarlos á todos del pago de *tributo*, y nombrar gobernador de la isla al mismo D. José Santa-Ana, conservándole su grado de teniente coronel. Quedóse Castellanos en Tlachichilco y el general Cruz, al frente de algunas tropas y acompañado de Santa-Ana, tomó posesión de la isla de Mezcala, donde

halló diez y siete cañones, diez cargas de parque y muchas armas. Cerca de ochocientos hombres componían en aquellos momentos la guarnición, pero en su mayor parte lívidos y desencajados por el hambre, siendo tan grande la extenuación y miseria en que se hallaban, que Cruz ordenó inmediatamente después de su llegada á la posición que se les diese mil cargas de maíz."

¡Cuatro años día á día sostuvieron heroicamente la causa de la independencia los indígenas de Mezcala!

¡Cuatro años sin que en ninguna de sus horas se les viera abatirse, ni vacilar, ni acobardarse ante los peligros!

¡Heroicos insurgentes! ¡No los vencieron los soldados realistas; no los humilló Cruz con su poderío; ni lograron derrotar sus humildes canoas los más reputados marineros de que disponía el gobierno vireinal; la peste, el hambre, la miseria, arrebataron de sus manos el arma, y solo entonces entregaron con honra esos peñascos que he visto descollar sobre las olas, callados y magestuosos, y que fueron el baluarte de sus derechos, de su fé y de sus aspiraciones!

El bravo Encarnación Rosas no sobrevivió á la rendición de la isla, y se cree que murió en alguno de los muchos combates librados sobre el lago. El padre D. Marcos Castellanos volvió á su curato de Ajijic y muchos le vieron allí en 1826 anciano, enfermo y......... olvidado de sus compatriotas.

El valiente José Santa-Ana vivió hasta 1852 lleno de heroicas heridas y de gloriosos recuerdos.

La historia no los olvida, y acerca de ellos dice Julio Zárate con ese galano lenguaje que distingue y amerita más su inmortal obra: "No hay gloria comparable á la que conquista el patriotismo desinteresado, y por eso la historia debe ofrecer como ejemplo digno de imitarse y como página honrosísima para México, la admirable y heróica defensa de los independientes en Mezcala.

Imaginad después de esto, cuán grato no será para un viajero cruzar el hermoso lago y ver las islas que fueron teatro de tan famosas hazañas.

A las diez de la noche salimos mis compañeros y yo, á ver al reflejo de las estrellas, cómo venían las olas rodando hasta estrellarse contra los peñascos al pié de las ventanas de nuestro aposento.

El lago hace el ruido del mar, y al compás de sus imponentes ecos buscamos el reposo para salir de Chapala á las dos de la madrugada y llegar á buena hora á Guadalajara.

Un predilecto amigo mio—cuyo nombre aunque se ofenda su modestia no debo callarlo—el coronel Miguel M. Morales que aun manda el 27 ○ Batallón y que es como todos saben tipo de perfecta caballerosidad, militar sin tacha en su carrera donde á fuerza de méritos se ha ganado grado por grado—nos había enviado un coche especial para que pudiéramos llegar en pocas horas y con grandes comodidades á la que no en vano llaman la reina de Occidente.

Era tan grande nuestro afán por hacer esa última jornada, que sin cansancio ni sueño entramos al carruaje, á la hora convenida y llenos de entusiasmo emprendimos la marcha.

Serían las siete de la mañana cuando al pasar por la hacienda de Santa Rosa nos detuvieron de parte del dueño, que nos invitó á tomar en su compañía el desayuno. El dueño de dicha hacienda, D. Juan B. Villaseñor, laborioso á carta cabal, fino y amabilísimo en su trato, espléndido de carácter, pues gusta de ser franco y leal con todo el mundo, es hijo del inolvidable y dulce poeta jalisciense Don Pablo J. Villaseñor, de quien hereda la clara inteligencia, los delicados sentimientos y la elavación de espíritu que le distinguen desde que se le trata por vez primera.

Juan B. Villaseñor vive entregado al cultivo de su finca, rodeado de su virtuosa señora y de sus pequeños hijos, y va á Guadalajara con frecuencia, pues allí vive su noble madre que forma para su corazón el culto más santo y el amor más grande y más tierno.

Conversando con tan franco y buen amigo, pasamos deliciosos instantes, y después de prometernos un afecto duradero como todo el que nace expontáneo, le dejamos en Santa Rosa y seguimos nuestro itinerario.

La mañana estaba tibia y serena, el camino plano y amplio, nuestro ánimo tranquilo, en cada montecillo lejano nos imaginábamos ver una torre de la ciudad ansiada y á cada cinco minutos preguntábamos al cochero: ¿faltará todavía mucho para que lleguemos?

Las haciendas del Estado de Jalisco están muy bien cultivadas y perfectamente atendidas, todas están ligadas entre sí y con la capital del Estado por el teléfono, que aumenta su seguridad, y en algunas, como en Atequiza, hay luz eléctrica y magníficos edificios para habitación de los dueños.

JUAN DE DIOS PEZA.

(Continuará.)

GRITO DE DOLORES.

De la opresión el ominoso imperio,
Que á un pueblo tiraniza,
Solo dudar podrá, si el pueblo inerte
La cerviz inclinando al cautiverio,
Digno se muestra de sufrir su suerte;
Mas si encendido de furor el pecho
Osa agitar los vigorosos brazos,
Al instante los hierros á pedazos
Caen: la tiranía,
Cual paja por el fuego devorada,
Súbito desparece;
Y la alma libertad, del rayo armada,
Sobre un trono de gloria resplandece.

Quién entónces su fuerza incontrastable
Se atreve á resistir? Allá en el Tibre
Húndese el trono del feroz Tarquino,
Al resonar la voz de un pueblo libre;
El Norte entusiasmado,
De su cuello sacude fatigado
El peso de Albión que lo oprimía;
También la patria mía,
De infamia un tiempo y de baldón cargada,
Sacúdese á su vez, avergonzada
Del ominoso yugo en que yacía.
Alza la frente, y á sus hijos mira

En el oprobio hundidos,
Y grita *Libertad*, ardiendo en ira.

Cual rueda despeñado
De monte en monte con horror profundo
El trueno bramador, y aterra al mundo;
Así el clamor sagrado
Que la patria lanzó, retumba airado,
Tremendo se difunde
Por los pueblos y campos mexicanos,
Y estremece y conturba á los tiranos.

Quién el primero fué ¡quién! el que pudo
Contrastar de los duros opresores
El ímpetu sañudo?
Volved la vista al pueblo de Dolores.
¿No le mirais brillar?.... El grande Hidalgo
Con voz robusta, fuerte y clamorosa
A la venganza os llama,
Y el templo os muestra de la eterna fama.
Su diestra poderosa
La lanza agita del sangriento Marte,
Y en la siniestra eleva por el viento
De la patria el espléndido estandarte.
¡Magnífica señal! ¿Quién al mirarla
De coraje no siente hervir el pecho,
Y lanzarse á la lid......? Ved á los nietos
De Guatemuz el fuerte, levantarse
Con los miembros desnudos,
Y á las libres banderas agolparse.
La constancia y valor son sus escudos,
Sus armas el furor. ¿Veis á oleadas
Héroes y héroes sin fin venir ardiendo
En bélico entusiasmo,
El polvo de la infamia sacudiendo?
Y vibrar por el aire, levantadas
Y sedientas de sangre, las espadas?

Héroes, volad, que la victoria os llama;

Exterminad los fieros opresores,
Y dadnos libertad. No os amedrenten
Las huestes sanguinosas y fatales,
Que armadas de cadenas y puñales,
Á oprimiros vendrán. ¿Quién al torrente
Resistirá de un pueblo enfurecido,
Que hirviendo en sed de sangre y de venganza,
Al campo de la gloria se abalanza
Á vencer, ó morir? La lava ardiente,
Si una vez del volcán se ha despeñado,
Quién pone dique á su voraz corriente?
Árboles, rocas, muros y ciudades
Abruma y aniquila, y victoriosa
Al mar lleva la frente pavorosa.

Ya el polvo, el humo, el fuego y el bramido
De Marte asolador y sus horrores,
Nuncian al universo conmovido
Los estragos del rayo terroroso,
Que el patriotismo fulminó en Dolores.
Mirad, mirad las haces españolas
En las Cruces huir acobardadas,
Como débiles olas
Del aquilón furioso atropelladas.
Las sigue, las alcanza, las oprime
La vencedora hueste acaudillada
Por HIDALGO inmortal...... Genio sublime,
Mi débil voz desmaya
Al entonar la hazaña memorable
Con que aterraste al opresor tirano.
Mi aliento agito, más lo agito en vano.

¡Ah! si la musa mía
Inspirara á mi labio acentos tales,
Que dignamente celebrar pudiesen
Los hechos inmortales,
¡Oh! con cuánto placer y cuán ansioso
Mirara amanecer el claro día

En que todos se afanan á porfía,
Héroe sublime, á festejar tu gloria!
Cuán alegre y ufano,
De Mérida feliz en la ancha plaza
Viera agolparse al pueblo numeroso,
Con rostro lleno de ventura y gozo!
Y de repente, en medio del concurso,
En hombros de los jóvenes alzado,
La frente ornada de purpureas rosas,
Fijos en mi sus ojos las hermosas,
Y de ardiente entusiasmo arrebatado;
Á mi rotundo labio aplicaría
De eterna Fama la sonante trompa,
Y elevando la voz entonaría,
HIDALGO, tu loor en grandes himnos,
Que atónita mi patria escucharía.

Entre el aplauso entónces y la pompa
De las voces festivas,
Que en resonantes vivas
Al cielo lleven tu inmortal renombre,
Tal vez yo á gritos repetir oyera
Al par del tuyo mi dichoso nombre.

WENCESLAO ALPUCHE.
(Yucateco.)

NAPOLEÓN BONAPARTE.

(CONTINÚA.)

De los actos que realizan unidos, se desprende una moral común, vaga en el ejército, precisa en el general; lo que aquel adivina solamente, este lo ve con claridad completa. Si impele á sus compañeros, es por la pendiente por donde él resbala. No hace más que precederlos cuando considera el mundo como un inmenso banquete á disposición del primero que llega, pero en el cual, para ser bien servido, se requiere tener largos brazos, servirse antès que todos y no dejar sino las sobras para los demás.

Encuentra esto tan natural, que lo dice en voz alta y delante de individuos que no son sus familiares, en presencia de Miot, un diplomático, de Melzi, un extrangero. "¿Juzgais, les dice (1) después de los preliminares de Lèoben, juzgais que triunfo en Italia, para hacer la grandeza de los abogados del Directorio, de los Carnot y los Barras? ¿Creeis que lo hago para fundar una república? ¡Singular idea! ¡una república de treinta millones de hombres! ¿es posible siquiera? Es esta una quimera que trae embobados á los franceses, pero que pasará como tantas otras cosas. Necesitan gloria, satisfacciones á su vanidad, pero en cuanto á libertad, nada entienden de eso. Ved el ejército; el éxito que hemos obtenido, los triunfos que hemos alcanzado, han restituido su verdadero carácter al soldado francés. Yo soy todo para él. Que intente el Directo-

[1] Miot de Melito, I. 154 (En junio de 1797, en los jardines de Montebello). "Tales son la sustancia y las expresiones más notables de esta larga alocución, de la cual consigné y guardé el recuerdo."

rio quitarme el mando y conocerá si es el amo. La nación necesita un jefe ilustre por su gloria, y no teorías de gobierno, frases, discursos de ideólogo, de que nada se les alcanza á los franceses. En vuestro país, señor de Melzi, existen todavía menos elementos republicanos que en Francia, y son menester menos miramientos con él que con cualquier otro......... Por otra parte, mi intención no es concluir todavía con el Austria. No me conviene la paz. Veis muy bien lo que soy, lo que puedo ahora en Italia; si se ajustara la paz, no mandaría más este ejército que es tan adicto hacia mí, sería necesario que prescindiera del poder, de la alta posición que he conquistado, para ir á cumplimentar á los abogados al Luxemburgo. No quisiera abandonar la Italia, sino para desempeñar en Francia un papel idéntico poco más ó menos al que aquí desempeño, y no ha llegado ese momento: la fruta no está madura todavía."—Esperar que esté madura la fruta y no permitir que entre tanto se apodere otro de ella, tal es el verdadero móvil de su política y de sus proclamas jacobinas. "Levanta la cabeza un partido en favor de los Borbones; no me opondré á su triunfo. Quiero debilitar al partido republicano, pero debilitarlo en provecho mio y no de la antigua dinastía. Entretanto que esto se verifica, "es necesario marchar con los republicanos," con los peores, los más perversos, los que tratan de extirpar los quinientos, los ancianos, el Directorio mismo, para restablecer después en Francia el régimen del Terror.—Efectivamente, coopera al 18 fructidor, y realizado el hecho, explica con claridad por que ayudó á su ejecución. "No vayais á creer (1) que sea por conformidad de ideas con los que he apoyado; no deseaba la vuelta de los Borbones, y menos traídos por el ejército de Moreau y Pichegru......... En fin, no me agrada el papel de Monk; ni quiero desempeñarlo, ni que lo desempeñen otros. En cuanto á mí, querido Miot, os lo declaro con franqueza, no me es posible obedecer más; gusté ya de las delicias del mando, y no me sería dable renunciar á ellas. He tomado mi decisión; si no puedo ser el amo abandonaré la Francia." —No hay medio para él entre tales alternativas. A su vuelta á

(1) Miot de Melito, I, 184 (Conversación con Bonaparte el 18 de noviembre de 1797, en Turin) "Duré una hora hablando de cerca con el general. Voy á dar cuenta exactamente de nuestra conversación conforme á las notas que tomé entonces."

París trata de "trastornar al Directorio, (1) disolver los consejos y proclamarse dictador." Pero como son pocas las probabilidades de lograrlo "aplaza su intento" y se vuelve al segundo partido. "Su expedición á Egipto no tiene otra razón." (2)—Nada importa que en el estado que en aquel entonces guardaban la Francia y la Europa entera, la expedición fuera contraria al interés público, que Francia se privara de su mejor ejército y expusiera la mayor de sus escuadras á una destrucción casi segura, con tal que en esta aventura enorme y gratuita hallara Bonaparte el empleo de que tenía necesidad, un amplio campo de acción, y las ruidosas victorias que renovaran su prestigio allende los mares: á su parecer la escuadra, el ejército, la Francia, la humanidad, son suyas solamente y fueron hechas para su servicio.—Si son menester nuevas *lecciones de cosas* para confirmarlo en esta persuasión, se las proporcionará el Egipto: constituido ahí como soberano absoluto, á cubierto de toda inspección, obrando sobre una humanidad inferior, se porta como un sultán y se acostumbra á serlo. (3) Caen por tierra sus últimos escrúpulos respecto de la especie humana: "He tomado gran aversión á Rousseau, dirá más tarde, desde que estuve en el Oriente: el hombre salvaje es solo un perro," (4) y en el hombre civilizado el perro se halla en la superficie; si el cerebro está desbastado los ins-

---

(1) Mathieu Dumas, *Memorias*, III, 156. "Es verdad que lo pensó por un momento, y examinó seriamente los obstáculos, los medios y las probabilidades de éxito" (Mathieu Dumas cita en su apoyo el testimonio de Desaix, que estaba comprometido en el asunto): Parece que todo estaba preparado, cuando Bonaparte calculó no era tiempo todavía, juzgando que los medios reunidos no eran bastantes. Tal fué la causa de su partida. "Quería sustraerse á la dominación y los caprichos de aquellos despreciables dictadores, y ellos deseaban desembarazarse de él, porque su gloria militar y la influencia que poseía sobre el ejército les hacían sombra."

(2) Larevellière-Lepaux (uno de los cinco directores en ejercicio), *Memorias*, II, 340: Todo lo que de grandeza, temeridad y extravagancia pueda haber en esta empresa, ora en la concepción, ora en la ejecución, pertenece solo á Bonaparte. *Nunca se hubiera ocurrido tal idea al Directorio ni á ninguno de sus miembros*... Su ambición y su orgullo no podían tolerar la alternativa de no brillar, ó aceptar un empleo, que por eminente que fuera le colocaría siempre bajo las órdenes del Directorio."

(3) Mme de Rémusat, I, 142: "Josefina juzgaba que el viaje á Egipto había cambiado su modo de ser, y desarrollado el despotismo que tanto la hizo sufrir después."

(4) Rœderer, III, 461 [12 de enero de 1803],

tintos no han cambiado sin embargo. Tanto el primero como el segundo han menester un mágico que subyugue su imaginación, los discipline, les impida morderse sin razón, los conserve atados, los cuide y lleve á la caza: obedecer es su ley; no merecen más ni tienen otro derecho.

Cuando llega á ser cónsul primero y emperador después, aplica en gran escala su teoría, y ocultamente la experiencia suministra cada día demostraciones nuevas á la teoría —Ante su más ligero gesto, los franceses se prosternan obedientes, y continúan así como si esa fuera su posición natural, los pequeños, campesinos y soldados, con fidelidad animal, los grandes, dignatarios y funcionarios, con bajeza bizantina. Ninguna resistencia encuentra de parte de los republicanos; al contrario, ellos son los mejores instrumentos de su gobierno, senadores, diputados, consejeros de estado, jueces, administradores de todas clases. (1) Distingue muy bien bajo sus declamaciones de libertad é igualdad, las inclinaciones autoritarias, la ansia de mando, el deseo de predominar, aunque sea en puesto subalterno, y por añadidura, en casi todos ellos, la codicia de goces y apetitos. Es corta la diferencia que existe entre el delegado del comité de salud pública y el ministro, prefecto ó subprefecto del imperio: es el mismo hombre bajo dos trajes distintos, carmañola primero, vestido bordado después. Si algún pobre y áspero puritano, como Baudot ó Cambon, se niega á usar el uniforme oficial, si dos ó tres generales jacobinos, como Lecourbe y Delmas, murmuran contra la ceremonia de la consagración, Napoleón, que conoce el poder de su ingenio, los mira como ignorantes limitados é intransigentes.—En cuanto á los liberales inteligentes é ilustrados de 1789, les designa su lugar con precisión: son "ideólogos;" en otras palabras, sus pretendidas luces son solamente preocupaciones de salón, imaginaciones de gabinete; Lafayette es "un político tonto," eternamente "engañado

[1] Cf: *La Revolución*, II, 381 [Nota I, sobre la situación que guardaban en 1806 los convencionales que sobrevivieron á la revolución.] Por ejemplo, Fouché es ministro, Jean-Bon Saint André, prefecto, Drouet [de Varennes] sub-prefecto, Chepy (de Grenoble) comisario general de policía en Brest; son funcionarios 131 regicidas, contándose entre ellos 21 prefectos y 42 magistrados.—En algunas ocasiones un documento conservado por casualidad da á conocer el tipo perfectamente. [*Boletines biseminales de la censura*, años de 1810 y 1814, publicados por M Thurot en la *Revista crítica*, 1871]: "Secuestro de 240 ejemplares de una obra obscena, impresa por cuenta de M. Palloy, que era autor de ella, Palloy tuvo algu-

por los hombres y las cosas." (1) Poseen sin embargo Lafayette y los demás un detalle molesto: tal es el desinterés probado, el cuidado constante por el bien público, el respeto á los demás, la autoridad de la conciencia, la lealtad, la buena fé, en pocas palabras, inclinaciones buenas y puras. Napoleón no acepta el mentís dado á su teoría; al hablar á las gentes pone en duda su nobleza moral. "General Dumas,—dice á Mathieu Dumas (2)—pertenecíais al número de los imbéciles que creían en la libertad?—Si, señor, pertenecía y pertenezco á ellos.—¿Y habeis cooperado por ambición á la revolución como los otros?—No, señor, y si así fuera habría calculado mal, porque me encuentro en el mismo sitio en que me hallaba en 1790.—No os habéis dado suenta de las causas que os impulsaron; *pero no podeis ser distinto de los demás; el interés predomina siempre.* Ved sino á Massena, ha adquirido grandes honores y gloria, pero no está contento, quiere ser príncipe como Bernadotte y Murat; el mejor día se hace matar por ser príncipe: es el único movil que impulsa á los franceses."

Tiene ya formado su sistema á este respecto; testigos competentes y que lo tratan de cerca hacen constar unánimemente su decisión. Sus opiniones sobre los hombres, escribe M. de Metternich, (3) se limitaban á una idea, que por desgracia tenía para él fuerza de axioma: creía firmemente que ninguna persona llamada á desempeñar papel en la escena política, ó empeñada solamente en las luchas

---

na celebridad durante la revolución, pues era uno de los famosos patriotas del arrabal de S. Antonio. La Asamblea constituyente le había concedido la propiedad de los terrenos de la Bastilla, cuyas piedras enviaba á todos los municipios.—Es un vividor que ha creido del caso escribir en pésimo estilo la indecente historia de sus amores con una criada del Palacio Real. Ha consentido gustoso en el embargo, á condición de que se le dejen algunos ejemplares de su regocijada obrilla. Profesa grande admiración y viva adhesión hacia la persona de Su Magestad, y expresa sus sentimientos de una manera bastante picante, en estilo de 1789."

(1) Memorial, 12 de junio de 1816.

(2) Mathieu Dumas, III. 363 (4 de julio de 1809, algunos días antes de Wagram).—Mme. de Rémusat, I. 105. "Jamás he llegado á ver que comprenda ó admire una bella acción." I. 179. He aquí lo que juzga de la clemencia de Augusto, y su interpretación de la frase: *Seamos amigos, Cinna*: "Comprendí que tal acción no era más que el disimulo de un tirano, y aprobé como cálculo, lo que hallaba pueril como sentimiento."

(3) M. de Metternich, *Memorias*, I. 241.—Mme. de Rémusat, I. 93: "*¡Este hombre ha atormentado grandemente á la virtud!*......" Mme. de Staël, *Consideraciones sobre la revolución francesa*, 4.ª parte, cap. 18 (Conducta de Napoleón con M. de Melzí para perderlo ante la opinión pública en Milán, en 1805).

de la vida, podía ser impulsada por otro movil que el interés. Según él, el hombre obedece á sus pasiones egoistas, miedo, avaricia, sensualidad, amor propio, emulación; (1) tales son los resortes que lo mueven cuando está tranquilo y razona. Pero no es menester ningún esfuerzo para enloquecerlo, porque es imaginativo, crédulo, sujeto á las atracciones; exáltad su orgullo y su vanidad, formadle una opinión exagerada respecto de sí mismo ó de otro; podeis lanzarlo desatentadamente á donde querais Ninguno de estos móviles es de seguro digno de gran respeto, y los hombres así formados son la materia más á propósito para el gobierno absoluto, pedazos de barro que esperan la mano del alfarero para recibir una forma. Si encuentra este algo duro, puede machacarlo; deberá solamente amasar con firmeza. Tal es la concepción final en que Napoleón se aferra, confirmándose en ella más y más por palpable que sea la contradicción de los hechos; no lo desengañará la energía pertinaz de los ingleses, la dulzura inflexible del papa, la insurrección declarada de España, la rebelión sorda de Alemania, la resistencia de las conciencias católicas, la defección gradual de la Francia; su conciencia está modelada conforme á su caracter; (2) vé al hombre como tiene necesidad de verlo.

Henos al fin en presencia de su pasión dominante, de ese abismo que el instinto, la educación, la reflexión y la teoría han aumentado de consuno, y que debe devorar todo el edificio de su fortuna; —hablo de su ambición. Es el primer motor de su alma y la sustancia permanente de su voluntad, tan íntima, que no la distingue de su propio ser, y hasta llega á perder la conciencia de ella. Yo —decía á Rœderer—(3) no tengo ambición; "pero rectificando después y con su lucidez ordinaria exclamaba: "ó si la tengo es tan natural é innata en mí, adherida de tal modo á mi existencia, que vie-

(1) Mme. de Rémusat, I. 106, II. 247 y 336. "Los medios que usaba para gobernar á los hombres, eran los que tendian á envilecerlos...... No perdonaba á la virtud, sino cuando la había herido por medio del ridículo.

(2) Casi todos sus cálculos erroneos provienen de este vacío, al par que del exceso de imaginación constructora—Cf. De Pradt, p. 94

"El emperador es sistema é ilusión solamente, única manera posible de ser cuando todo lo constituye la imaginación. El que haya seguido su marcha lo habrá visto forjarse una España imaginaria, un catolicismo imaginario, una Inglaterra imaginaria, una hacienda imaginaria, una nobleza imaginaria, todavía más, una Francia imaginaria, y en los últimos tiempos un congreso imaginario."

(3) Rœderer, III, 495 (8 de marzo de 1804).

ne á ser como la sangre que corre por mis venas, como el aire que respiro,"—Con más profundidad todavía, la compara á ese sentimiento involuntario, terrible salvaje, que hace estremecer el alma desde la cima hasta el fondo, á esa agitación de todo ser animal y moral, á ese ímpetu terrible que se llama amor. "Solo tengo una pasión, (1) una querida: la Francia; vivo con ella sin que me haya traicionado nunca, me suministra, su sangre y sus tesoros; si tengo necesidad de 500,000 hombres me los entrega en seguida." Que nadie se interponga entre los dos; que no trate, á propósito de la coronación, de reivindicar José su sitio en el nuevo imperio, alegando sus derechos de hermano (2). "Es herirme en el sitio más sensible." Lo hace sin embargo, "nada puede borrar esto de mi memoria, exclama. Es como si se dijera á un amante apasionado que lo traiciona su amada, ó que, por lo menos, podía alcanzarse algo de ello. Mi amada es el poder; demasiado he hecho para conquistarlo, y no he de sufrir ahora que alguien me lo arrebate ó lo codicie siquiera. Tan ávido como celoso, el mismo sentimiento que se indigna ante la idea de un rival, se muestra contrariado al considerar que pueda tener límites su poder, por grande que sea; se siente hambriento al salir del festín más abundante. Al día siguiente de la coronación decía á Decrès. (3) He venido demasiado tarde, nada grande puede hacerse ya; mi carrera es hermosa, convengo en ello; he caminado con gran suerte; pero ¡qué diferencia respecto de la antigüedad! Ved á Alejandro: despues de la conquista del Asia, se hace proclamar hijo de Júpiter; á excepción de Olimpias, que sabía á que atenerse, de Aristóteles y algunos pedantes de Atenas, todo el Oriente lo creyó. Suponed que ahora me declarara yo hijo del Padre eterno, y anunciara que iba á darle gracias con este título, ninguna verdulera dejaría de silbarme al pasar. Los pueblos están demasiado ilustrados; nada hay que hacer ya."—Pero aun en el alto dominio reservado y que veinte siglos de civilización mantienen inaccesible, usurpa lo que puede, poniendo la mano primero sobre la iglesia, después sobre el papa; ahí como en todas partes, toma lo que puede tomar.—A sus ojos nada más natural: esto le toca por que es el único capaz de ejecutarlo. "Mis

(1) *Ibid*, III, 537. (11 de febrero de 1809).
(2) *Ibid*, III, 514. (4 de noviembre de 1804).
(3) Marmont, II, 242.

pueblos de Italia (1) deben conocerme bien y no olvidar que encierra mayor suma de ciencia mi dedo meñique que la que ellos guardan en sus cabezas reunidas. Comparados á él son niños, "verdaderos menores," las franceses y el resto de los hombres. Un diplomático que ha frecuentado su trato largo tiempo y observado su carácter, lo resume en esta frase gráfica: (2) "Se consideraba como un ser aislado en el mundo, hecho para gobernarlo y para dirigir todas las inteligencias á su antojo."

Por esta causa, cualquiera que se aproxime á él debe renunciar á su voluntad para convertirse en instrumento de sus miras. "Este hombre terrible, decía Decrès muy á menudo, (3) nos ha subyugado á todos; sujeta todas las imaginaciones á su mano, que es ora de acero ora de seda; pero sin que pueda conocerse de qué sea en día determinado, ni haya medio de escaparse á ella: nunca suelta lo que ha cojido una vez." La independencia, eventual ó simplemente posible, lo ofusca; tal efecto produce en él la superioridad intelectual y moral, y por eso aparta poco á poco de sí á los que la poseen; no tolera á su rededor sino almas débiles y cautivas; sus mejores servidores son máquinas tan solo, adoradores serviles como Maret ó gendarmes capaces de todo como Savaríy (4).

H. Taine.

(Continuará.)

---

(1) Correspondencia de Napoleón, I. [Carta al principio Eugenio, 14 de abril de 1806).

(2) M. de Metternich, I, 284.

(3) Mollien, III, 427.

(4) *Memorias ineditas de M. X.....*, II, 49. (Excelentes retratos de los principales agentes, Cambecerès, Talleyrand, Maret Cretet, Réal, etc.) Lacuée, director del alistamiento para el servicio militar, es el tipo perfecto del funcionario imperial. Habriendo sido condecorado con el gran cordón de la Légión de honor, exclamaba en la embriaguez de su entusiasmo: "¿Que llegará á ser la Francia con un hombre semejante á la cabeza? ¡A qué altura de bienestar y gloria no llegará si sabe sacar anualmente 200,000 hombres de la quinta! Y á la verdad esto no es dificil si se atiende á la extensión del imperio."—De la misma manera Merlin de de Douay: "Nunca he conocido hombre que posea menos el sentimiento de lo justo y de lo injusto; todo le parece bueno y justo, con tal que sea consecuencia de un texto de ley. Poseía cierta sonrisa satánica que casi inconscientemente se colocaba en sus lábios,.... siempre que se presentaba ocasión de de aplicar su odiosa ciencia, de concluir un rigor ó una condenación cual-quiera."—De igual modo Depermon en materia fiscal.

CRISTINA NILSSON.(*)

Una familia de campesinos.—La leyenda de Blaenda en Suecia.—Karl y Cristina.—Un protector.—Viaje á París.—Warthel.—Estudios y estreno de la señorita Nilsson.—La *Traviata* y la *Flauta encantada*.—*Hamlet*.—*Fausto*.—Viajes.—La artista y la mujer.—Recuerdos de la familia y la patria.—Matrimonio y viudez.—En América, 1883.

En la provincia de Warend, Suecia, al extremo de un sombrío bosque de abetos, habría podido notar el viajero una modesta granja de techo de madera v aposentos casi al nivel del suelo.—Constituía una de las dependencias de los inmensos dominios del conde Hamilton, pertenecía al distrito de Hussaby, en las cercanías de Wexio, y era la habitación de un labrador de piedad y honradez proverbiales. Padre de ocho hijos, el honrado campesino había iniciado en los principios más puros de la moral evangélica á la numerosa prole que el Señor le había dado. La voz sonora y afinada del padre, á la cual se unían luego los timbres frescos y cristalinos de los niños, entonaba siempre al anochecer algún salmo de Lutero.

Los rudos trabajos campestres y las atenciones de familia, dejaban libres algunas horas del día para que los niños pudiesen ir á la escuela cercana, y adquirir, á expensas de la municipalidad, algunas nociones de instrucción primaria.

En una hermosa mañana de agosto, una chiquilla de cerca de ocho años, la *Benjamín* de la familia, de azulados ojos, hermosa cabellera que caía en largas trenzas rubias, y tez blanca y diáfana estaba cerca de sus padres en traje de fiesta. "Ahora te toca, mi querida niña, dijo la madre, ceñirte el cinturón de Blaenda y ador-

---

(*) Del libro de A. Thurner 'Les Reines du chant."

narte con el broche de plata.—Hija, continuó el padre, recuerda la leyenda de Blaenda, la dulce criatura que salvó el honor de su patria porque poseía un corazón recto y puro." La niña, puestas las blancas manos en las de su madre, oía la historia de la Judit escandinava, que ayudada de sus compañeras, á raíz de la invasión danesa, invitó á un festín á los jefes más temidos. Cuando los humos del hidromiel trastornaron los cerebros de los bárbaros, las valientes niñas cogieron las hoces que habían ocultado entre sus vestidos y les cortaron la cabeza.

Esta leyenda permanece viva en Suecia; por eso el cinturón de plata, que reproduce la imagen de la Velleda popular, es uno de los adornos de los días de fiesta.

Después de esto, la graciosa criatura, á quien llamaremos Cristina, marchó con Karl su hermano, músico de la aldea, á la feria de Ljungby.

Ya se hablaba en los alrededores acerca de esta niña de fisonomía á la vez apacible y extraña y cándido aspecto, cuyo canto suave y penetrante era eco fiel y póético de las melodías populares.

A menudo cogía Cristina á hurtadillas el violín de su hermano y trataba de reproducir en él los aires nacionales. Aquel día había gran afluencia en la feria de Ljungby, y como á porfía parecían dirigirse todos á uno de los ángulos de la plaza en que resonaban á intervalos alegres hurras y ruidosos aplausos.

¿Qué motivaba entusiasmo semejante?

Los cantos de nuestra heroina, á quien acompañaba en el violín su hermano Karl; tenía su voz un atractivo tan hermoso, una expresión tan extraña sus ojos, una palidez tan vaporosa su tez, que todos los circunstantes, fascinados por atracción irresistible, parecian retener hasta el aliento para no perder nada del concierto.

Cristina tomó inmediatamente el violín en tanto que su hermano se disponía á la colecta. Salió en este momento de entre la muchedumbre un hombre por cuyo traje se reconocía gozaba de una elevada posición social. Su fisonomía era austera y noble; los blancos cabellos, que caían en rizos sobre sus espaldas, comunicaban algo de venerable á su aspecto.—Era Mr. de Thornerhjelm, uno de los más respetables magistrado del Smaland.

Conmovido y enternecido por tanta gracia unida á tanto talento, de M. Thornerhjelm tomó la bandeja de manos de Karl y colectó

personalmente, lloviendo los skillings mientras aplaudían frenéticas las manos; la ofrenda del magistrado fué su bolsa llena de oro. Tal escena aumentó en gran manera la reputación de la joven artista, haciendo que al día siguiente M. Thornerhjelm, que había tomado previamente informes sobre la familia de Cristina, anunciase al buen arrendador que se encargaba de la educación de su hija.

Las visiones de grandeza, los sueños dorados que en ciertos momentos, como asechanzas infernales, habían llegado á tentar la imaginación de los pobres padres, tomaban una forma para lo de adelante, y esta realidad era bendita, puesto que la Providencia tan sólo pudo inspirar semejante acción á la respetable familia de Thornerhjelm.

Cristina fué confiada á los cuidados de sus protectotores, y en este medio, con un tacto de asimilación perfecto, la campesina se puso al nivel de su nueva posición social. Un día en que se dió una soberbia fiesta en honor de la señora baronesa de Leuhusen, en otro tiempo la señorita Vallérius, famosa cantatriz escandinava, impresionada esta por la voz y el talento de Cristina, se ofreció á ser su guía musical; más antes de que emprendiera sus estudios bajo su dirección, M. de Thornerhjelm exigió que concluyera previamente sus actos de fe en la comunión evangélica.

Pasados dos años, crecida y desarrollada la niña, estudió el piano en Stockolmo con el compositor Berwald, é hizo sus primeros ensayos de vocalización con la baronesa de Leuhusen. Aquella era la época de la inmensa nombradía de Jenny Lind, llamada el "Ruiseñor del Norte;" Stockolmo aclamaba su nombre, y Europa repetía todos sus ecos, siendo verosimil que la perspectiva de éxitos y horizontes nuevos se presentara á la imaginación de nuestra artista. Como si toda su existencia fuera conducida por una hada de las Sagas, la casualidad hizo que la hermana de la señora de Leuhusen, pintora de gran mérito, resolviera partir á París é invitara á la joven sueca á seguirla á aquella capital de las artes, y el buen gusto, dispensadora suprema del éxito.

Ved á la niña del país de la escarcha y los grandes abetos, á la rubia hija del labrador Nilsson, lanzada al océano artístico, erizado de tantos arecifes y escollos; mas una hada benévola le había señalado su camino; en adelante la hermana de Karl, la violinista escandinava, se dejará conducir por su radiante estrella como en otro

tiempo los reyes magos, hasta el día, lejano todavía, en que resuma las poéticas creaciones de Shakspeare y Mozart.

Por mediación de la baronesa de Leuhusen, la joven sueca tuvo la suerte de ser admitida en el seno de una familia de Paris, en que halló los afectuosos cuidados que en la suya hubiera recibido. Las aptitudes musicales de la nueva pupila eran demasiado evidentes, tenía su voz un encanto demasiado particular, para que sus talentos no fueran dirigidas conforme á su vocación.

La señora C.*** había recibido encargo de presentar á la señorita Nilsson á uno de los profesores de canto más autorizados, á cuyo fin se le participaron los nombres de dos de ellos. Al cabo de cierto tiempo, deseosa dieha señora de tener un juicio serio é imparcial sobre el talento de Cristina, tomó el parecer del gran artista que en otra época fué llamado el "Hannebeck de Schubert," Warthel en una palabra.—En efecto, él ha sido el propagador decidido é inteligente de aquellas hermosas poesías musicales; Alemania no ha tenido émulos que oponerle, por que el valiente artista ha sabido descubrir lo grande en lo pepueño, lo bello bajo aspecto del todo desconocido.

Admirado quedó el maestro de aquella hermosa voz de extraño *color*, si bien corrijió ciertas imperfecciones vocales. La joven neófita tomaba entonces el sonido muy *bajo* y no atacaba las notas con la precisión y seguridad que tanto han sorprendido después en el papel fantástico de la "Reina de la Noche" de *la Flauta encantada.* Verificada esta prueba, cambió Cristina de director musical; Warthel pulió durante tres años aquel puro diamante vocal ganando la voz en extensión, y marcando los *staccati* con brillo sin igual.

Continuará.

EL PRIMER AMOR.

(CONTINÚA.)

VII.

IN FRAGANTI.

Cuando penetraron las primeras luces del alba por las rendijas de mi ventana, salté del lecho con prisa, y reasumiendo mis vestidos, dirigime á la huerta. Estaba fría y nebulosa la mañana. Caía de los cielos plomizos una lluvia finísima, como de agua tamizada allá arriba; todo se veía pálido por lo temprano de la hora y la oscuridad de la atmósfera. Lucían las verdes hojas menudas gotas de lluvia que parecían lágrimas, y que resbalaban sobre la verde superficie, como si rodaran de desconsoladas pupilas. Las calles formadas por los árboles y las plantas estaban húmedas y llenas de charcos; ranas verdes las cruzaban á saltos, en tanto que la llovizna silenciosa proseguía extendiendo por el suelo su humor líquido y brillante. Los blancos floripondios se balanceaban pendientes de las ramas al soplo del viento, como silenciosas campanillas que anunciasen la hora de la tristeza, y las maravillas rojas, azules, amarillas y blancas, despedían su melancólico perfume de cementerio, difundiendo en el pecho fúnebres emociones. Piaban los pájaros en las ramas como si alguna pena los afligiera, y á lo lejos las torcazas cantaban con voz melancólica su eterna canción de semana santa. Mi corazón opreso todo lo hallaba triste, á través de sus presentimientos, como si en un instante hubiese revestido la naturaleza su traje de duelo, al unísono con mi espíritu

Esperé largo rato que avanzara la mañana para departir con Lola

y recibir consuelo de su boca adorada; al fin llegó el momento deseado, y subí por la escalera con planta cautelosa, hasta lo alto del muro tapizado de pitajayas.

La huerta contigua estaba también triste y solitaria. Las flores de los granados destacábanse tristemente sobre el verde follaje destituido de todo otro ornamento, y las aves silenciosas volaban entre las ramas como espantadas de tanta soledad y tanto abandono. Al fin rechinaron los viejos goznes de la puerta, y apareció Lola envuelta en su rebozo listado de blanco y rojo. Alzó el rostro para verme, hízome seña de que esperara, y trepó ágilmente por la escalera.

—Pobrecilla—la dije—¡cuánto habrás sufrido con lo que pasó ayer tarde!

—Mucho, Antonio—me contestó. No sé como puedo verte cara á cara. Tenía tanta vergüenza, que llegué á pensar ocultarme de tí para siempre.

—¿Y habrías tenido corazón para ello?

—Ya ves que no lo tengo; pero debes comprender que el caso no es para menos. ¡Haberme reñido mamá delante de tí! ¡Y haberte dicho tantas cosas!

—Pero es tu madre y todo se lo hemos de dispensar.

—Se entiende; pero eso no quita que me aflija mucho lo sucedido. He llorado toda la noche.

—Habría un medio de que no volvieras á tener un rato tan malo como el de ayer.

—¿Cuál?

—Que me dieras calabazas y te hicieras novia de tu primo.

—Antonio, por Dios; te estás poniendo insoportable. No podemos pasar ya un momento á gusto; tan luego como nos reunimos, comienzas á mortificarme. ¿Qué tengo que ver con mi primo?

—No te enojes Lola; de tí no digo nada. Pero ¿me negarás que á tu mamá le llena el ojo ese señor para que te cases con él?

Vaciló un momento, reflexionó seriamente, y repuso:

—Si te digo la verdad ¿no la aborreces?

—Pero ¿cómo la he de aborrecer?

—No, siempre no te la digo.

—¿Por qué?

—Porque te enojas.

—No me enojo.

—¿Me lo prometes?

—Te lo prometo.

—Pues bien, es cierto; mamá dice que eres un chicuelo, que aun no tienes barbas.

—Según eso ¿te destina para algún ermitaño?

—No digas esas cosas; lo que quiere es que se fije mi atención en un hombre formal. Dice que nuestros amores no son más que un juego en que salgo perdiendo. Que si las cosas continuaran así, el resultado sería que al fin me dejaras por otra, porque eres menor que yo, y soy muy vieja para tí.

—Imposible; tu mamá no me conoce, ni sabe cuánto te quiero. ¿Qué tanto eres mayor que yo? Unos meses; quiere decir, nada; somos de la misma edad. Por otra parte, te querría aun cuando me aventajaras diez años.

—Así lo creo, y así se lo he dicho; pero ella replica que soy muy tonta, y que no tengo experiencia de las cosas; que los hombres se vuelven unos demonios á los veinte años.

—De los demás nada puedo decir; por lo que hace á mí, siento que no he de cambiar nunca, porque eres mi dicha.

—Agrega mi mamá que no puedes pensar en casarte, porque apenas estás en el colegio.

—¿Tanta prisa le corre?

—No seas malo, Antonio; no quiero que digas nada contra mi mamá.

—Perdóname; pero me violenta que te hable de esas cosas. Tienes diez y seis años, y bien puedes esperar á que me reciba de abogado; acortaré la carrera, y dentro de cuatro ó cinco años nos casamos.

Púsose Lola tan colorada como una amopela, y con tono tímido prosiguió:

—¿No es verdad que sí?

—Por supuesto.

—¿Y qué no me has de olvidar?

—Por lo más sagrado te lo aseguro.

—Te tengo una fé ciega. Te esperaré todos los años que quieras.

—Y yo procuraré que sean en el menor número posible. Me

siento tranquilo; seguro estaba de que tu vocecita habría de traer la paz á mi corazón. Pero ¿y tu primo?

—Y dale con eso! ¿Qué tiene que ver él con lo que estábamos hablando?

—Nada, sino que deseo que sigas refiriéndome lo que me contabas.

—¿Qué cosa?

—Que tu mamá le halla bueno para hijo político.

—Ya te lo confesé. La pobre de mamá dice que desde que papá murió, estamos desamparadas, y que no se moriría tranquila si no me dejara enlazada convenientemente.

—Todavía está joven, y han de pasar muchos años para que te deje.

—Dice que no, que se siente enferma y destruida, y que mi porvenir la inquieta sobremanera.

—Por consiguiente.........

—Opina que debería casarme con mi primo, porque, en su concepto, todo lo reune. Es persona de nuestra familia, como hijo de una hermana de mamá; tiene buenas ideas, es juicioso, honrado, trabajador y tiene alguna fortuna.

—¿Se fija tu mamá en la fortuna? No lo hubiera creído.

—No la calumnies. No querría que me casara por interés; pero cree que una posición desahogada asegura la felicidad del matrimonio. No hay cosa que le parezca más absurda que aquello de *contigo, pan y cebolla*, pues á ese refrán opone este otro que dice ser el evangelio: *donde no hay harina todo es mohina*.

—En ese caso estoy perdido.

—¿Por qué?

—Porque tu mamá quiere á tu primo.

—Pero yo te quiero á tí ¿te parece poco? ¿Preferías que yo quisiera á mi primo, y que mamá te quisiera á tí?

—Tal vez.

—Vaya una originalidad!

—Es, Lola, que comprendo lo mucho que vale la opinión de la madre, en el ánimo de hijas tan buenas como tú, y creo que la influencia materna acaba por triunfar tarde ó temprano. Además, reconozco humildemente mi inferioridad personal. ¿Qué valgo yo? Nada en verdad. Soy un muchacho estudiante sin posición social,

sin industria, sin hacienda; sólo en una cosa no le cedo á nadie la palma, y es en quererte. Desafio á todos los galanes que te han cortejado, á tu primo que tiene doble edad de la mía, á todo el mundo, á que te sepa querer como te quiero. ¡Que no pueda adquirir lo que me falta para ser digno de tí, aun cuando tuviera que hacer un gran sacrificio! Lola, te quiero con arrebato, con pasión, como no volverás á ser querida nunca.

Sentí que la voz se me cortaba en la garganta, y que iban á saltárseme las lágrimas. Enternecida Lola, cogióme la diestra con la suya tersa y pequeñita, y oprimiéndomela castamente contra el seno, díjome:

—Tu cariño es lo que anhelo; cuando te oigo hablar, siento que se me ensancha el corazón, y conozco lo mucho que te quiero. Antonio, no tengas temor alguno; mi corazón te pertenece....

Oyóse en esto, un ligero ruido en la puerta de la huerta, que hizo palidecer á Lola intensamente.

—Creo que olvidé cerrar con llave por dentro—me dijo con angustia.

Antes de que hubiésemos podido tomar alguna determinación, abrióse la puerta con estrépito, y apareció D.ª Agustina con la faz descompuesta por la cólera. Buscó un momento con los ojos por todos los ámbitos de la huerta, y no hallando á nadie, los elevó instintivamente hacia arriba. Habían sido tan rápidos los acontecimientos y el estupor de Lola y mio tan grandes, que no habíamos podido bajar de nuestros sitios, y apenas habíamos desenlazado nuestras manos.

—¡Cómo!—gritó D.ª Agustina—¿qué estás haciendo ahí desgraciada? Es mucho atrevimiento. Y yo que te creía tan tímida y juiciosa! El que tiene la culpa de todo es vd., señor, que ha venido á introducir el desorden en mi familia. ¡Quien lo hubiera pensado! Esto es demasiado grave. Hablarse á la madrugada, por la huerta, escalando las paredes! Es un verdadero delito. Sabré poner remedio, sí señor. Aun cuando sea mujer sola y se me atreva cualquiera, yo me haré respetar, poniendo este hecho en conocimiento de la autoridad.

Pronunció tan airado discurso la Sra. D.ª Agustina elevando la voz y mirándome con ojos de basilisco, en tanto que Lola, verdaderamente anonadada, se tapaba el rostro con las manos, y sollozaba

derramando torrentes de lágrimas. Por mi parte, estaba estático, como herido de catalepsia, y no acertaba á descender de mi elevado puesto, ni siquiera á esconderme detrás de la barda para ponerme á cubierto de las frases de la indignada señora. Y así habría permanecido Dios sabe hasta cuando, si D.ª Agustina no hubiera salido de la huerta llevándose á su hija, que no osó volver á mí los ojos, y cerrando con estrépito la puerta.

Bajé la escalera lleno de abatimiento, sintiendo instintivamente que había sonado para mí, la hora de la mala ventura. Todo se conjuraba en mi contra desde la llegada del infernal primo, que había venido á echar á perder mi felicidad. Un vago presentimiento me decía que la partida estaba empeñada, y que yo la perdería, porque representaba la parte débil. Oh! si hubiera podido dar pasos serios en aquel punto y hora, habríame dirigido sin pérdida de tiempo al curato, y hubiera dado principio á los arreglos matrimoniales! Y no habría dudado en recurrir aún á la autoridad política para poner Lola á buen recaudo, fuera de la casa materna; por todo hubiera pasado, con tal de no perder el amor de aquella rubia tan tierna y encantadora, que se había hecho señora de todas mis potencias.

En medio de mi pesadumbre, recordaba confusamente las escenas de raptos amorosos que había leído en las novelas y romances que habían caído en mis manos, y se me venían á la memoria los elegantes grabados de dorado marco, que había visto en los muros de las salas, ostentando un gallardo guerrero, moro ó cristiano, que llevaba á la grupa de su veloz cabalgadura joven lindísima que se abrazaba azorada y cariñosa á su cuerpo robusto, como al álamo la hiedra, en tanto que el enamorado galán blandía en su diestra el acero reluciente, terror de sus enemigos.

Pero todo esto no pasaba de ser un delirio, pues ni era yo guerrero, ni tenía enemigos, ni Lola admitiría huir conmigo, ni podría tenerse en las ancas de mi alazán brioso, ni me estaría bien desnudar el acero contra la Sra. D.ª Agustina, y ni siquiera, para decirlo de una vez, tenía espada ni caballo.

Preocupábame á la vez en alto grado, la amenaza que me había lanzado la airada señora, según la que era yo un criminal salteador de pacíficas moradas, y de cuyas fechorías debería tener conocimiento la policía para debido escarmiento. Sentíame ya en las garras de los alguaciles, caminando al presidio ó tal vez á la horca por mis

negros pecados. No sin dificultad logré calmar mi agitación, reflexionando que aquello no podía pasar de un mero desahogo, supuesto que hacer pública la aventura, sería entregar á la malignidad de las gentes, el nombre inmaculado de Lola, lo que por ningún caso haría la indignada mamá, como, en efecto, no lo hizo.

VIII.

LOS PRIMOS.

Sucedió lo que me esperaba. Desde la mañana funesta en que sorprendió Dª Agustina nuestro secreto, y nos pilló en flagrante delito de coloquio aereo, fuéme ya imposible comunicarme con Lola. Mirábala á las veces cuando salía á misa ó á algún paseo, siempre acompañada de la mamá y del primo D. Tomás. Aquel hombre no se les apartaba un momento; era su misma sombra. Mirábale entrar en la casa de mi novia á las ocho de la mañana, salir á la una de la tarde, volver á las tres, y no despedirse sino hasta las once de la noche, acompañándolas por donde quiera. El amor me hacía estar en acecho, y apercibirme de todos estos detalles.

¡Con cuánto despecho miraba por las noches, desde la calle, los iluminados marcos de las ventanas de la sala de Lola, y oía las alegres voces de las tres personas que adentro departían con el mejor humor del mundo! En tanto yo, como Adán despues del pecado, miraba de lejos aquel paraíso donde no me era lícito penetrar, y lanzaba suspiros prolongados y doloridos. Hubiera deseado arrojar metralla por entre las rejas, ó prender fuego á la madera, ó romper los cristales con una buena peladilla de arroyo, á uso y costumbre de cualquier pilluelo. ¿Por qué habían de estar tan contentos allá dentro, mientras padecía yo tanto en las tinieblas exteriores? ¿Había algún mandamiento divino ó humano que autorizara á aquella cruel familia á desgarrarme el corazón con tanta frialdad, y á departir tan alegremente, mientras agonizaba yo como un réprobo á la vista del cielo?

Pero no había remedio. Las cosas seguían su marcha imperturbable, siempre adversa á mis votos, sin curarse de mis ruegos ni de mis lágrimas. Ni una palabra de mi rubia adorada, ni una letra que me infundiesen aliento, que me diesen ánimo para esperar.

—Si ella quisiese—me decía—se daría maña para hablarme alguna vez por la ventana, para escribirme alguna cartita por conducto de un sirviente, para mandarme alguna dulce frase, ó siquiera una florecita, símbolo de su amor y de su constancia. Pero nada, enmudece del todo y no se acuerda de mí; déjame perecer como á un naúfrago, y no me tiende mano salvadora; tal vez me tiene olvidado, y no se acuerda ya ni de que existo. Sería imposible que no hubiese hallado ni un solo momento propicio para entenderse conmigo; su conducta para mí no está exenta de culpa. La crueldad que su mamá desarrolla en mi contra, cuenta con su aprobación tácita ó expresa. Lola es cómplice en esta negra trama donde perece mi dicha porque no me quiere ya, y se ha dejado seducir por los halagos de su primo y las intimaciones de su mamá.

Pensando estas cosas, sentía invadido el pecho por la congoja, y derramaba lágrimas, con los ojos clavados en la ventana donde tantas veces había celebrado coloquios con la ingrata.

—Todo ha acabado para mí—seguía pensando—nada me resta en este mundo, sino la desesperación y el desencanto. Lola ha sido para mí la alegría del corazón, la esperanza del alma, la luz de los ojos, la felicidad de la vida; sin ella ¿para qué quiero juventud, afectos, sueños, existencia? Vendría muy á tiempo la muerte si me llevara ahora en sus brazos descarnados al tálamo oscuro de la fosa; la inútil vida que se arrastra en medio del desaliento y de la amargura, no tiene razón de prolongarse y debe desaparecer del haz de al tierra.

Solía tener algunas reacciones halagueñas, recordando las dichosas escenas de nuestro amor, las miradas cariñosas de mi amada.

—No,—me decía—no es posible que Lola sea falsa ni traidora. Para suponer que me abandonara tan fácilmente á la desesperación, fuera necesario admitir que abrigase sentimientos pérfidos y desleales, y esto sería absurdo, porque es un angel por la forma y por el espíritu. La pobrecilla, amedrentada por la ira materna y obedeciendo á su índole dulce y tímida, hase visto obligada á ceder y á dominar sus sentimientos; pero seguramente me quiere todavía, y acaso más que nunca, por el llanto que le he costado. Cuando se presente la oportunidad, en el momento menos esperado, harán explosión sus cariñosos y comprimidos afectos, y recibiré crecida y celestial indemnización de todas mis penas.

Pensando así, inundábase de júbilo mi corazón, y las ideas risueñas y brillantes de otros días, aleteaban de nuevo en mi cerebro, como mariposas de luz y de colores; pero ante el mutismo de Lola, y la invariabilidad del cuadro adverso que me rodeaba, pronto decaían mis ideas, y tornaba á sumirme en la postración y en la desconfianza, que formaba el fondo de mis pensamientos.

Una tarde en que me hallaba, como de ordinario, apostado en el marco de una puerta frente á las ventanas cerradas de Lola, vi salir de la casa de ésta, á mi tío, el lobo de los juegos de estrado. Por más que pretendí ocultarme, sorprendióme en flagrante delito de espionaje. Dirigióse á mí apresurando el paso, y después de saludarme díjome:

—¿Todavía te ocupas de Lola, eh?

Nada le respondí; pero mi visible confusión y el encendido color que me invadió el semblante, dijéronle más de lo que hubieran podido expresarle mis palabras.

—Alabo tu constancia, porque, á decir verdad, si me hallara en tu caso, hace tiempo que habría abandonado la empresa.

—¿Por qué, tío?—aventuréme á preguntarle.

—¡Cómo por qué! Porque hay, como suele decirse, moros en la costa, y vale más emprender una retirada honrosa, que dar al enemigo el placer de una victoria.

—No comprendo—repuse con el pecho angustiado.

—Hombre, será necesario deletrearte las palabras para que entiendas. ¿No ves que hay un primo de por medio?—y guiñó el ojo.

—¿Y qué?

—Que es primo, y temible por serlo; y además, que es hombre formado y puede casarse, mientras que tú no pasas de ser un muchacho incapaz de formalizar un asunto de esta especie.

—Pero el caso es que Lola no le quiere.

—¿Estás seguro?

—¿Quién te lo ha dicho?

—Ella misma.

—Jesús! Pues con todo y eso no estés confiado, porque te aseguro que no debes estarlo. Ahora mismo salgo de la casa de D.ª Agustina, á quien he venido á visitar, y he visto al tal primito muy amartelado, casero y satisfecho.

—Dª Agustina le quiere mucho; pero Lola dice que le antipatiza, que es muy prieto......

—¿Eso dice? Pues tanto peor. Las mujeres dicen lo contrario de lo que sienten. Si pregona tu novia que no puede ver á su primo ni pintado, quiere decir que le tiene bastante afición.

—Hágame U. favor de no decir esas cosas......

—No te sulfures, muchacho; pero la verdad, no me gusta verte haciendo papeles ridículos! Al fin eres hijo de mi hermana, y me duele. Los hombres desde pequeños deben ser dignos. En fin, desearía no decírtelo; pero es indispensable. Creo que Lola y tu rival ya se entienden.

Sentí que me faltaba la respiración, y que me ponía muy pálido.

—¿Por qué lo cree U.?

—Porque los acabo de ver muy risueños, amables y llenos de contento, y me ha parecido sorprender en los ojos de Lola ciertas miradas de inteligencia. No puedo darte detalles; pero de toda la escena que acabo de presenciar, se desprende que el enemigo va haciéndose dueño de la plaza poco á poco y cautelosamente.

YUSUF-BEN-ISSA.

(*Continuará.*)

El Licenciado Don Alonso Fernandez de Avellaneda.

A Juan Ortiz,
Testimonio de afecto.

Es sabido como reinó por mucho tiempo en España la más punible indiferencia respecto á la vida y circunstancias del gran Miguel de Cervantes, hasta que un extranjero, Lord Carteret, encargó la formación de la biografía de tan preclaro ingenio al sabio D. Gregorio Mayans. A partir de esa época, una noble emulación se ha establecido entre todos los literatos españoles, que se empeñan á porfía en demostrar su admiración por él. Y no sólo se investigan cuidadosamente las circunstancias de su vida, se analizan sus obras inmortales y se aquilatan los méritos que poseen; sino que se busca el sentido esotérico que contienen, se trata de hallar los nombres reales de los fingidos personajes que en ellas figuran, se adorna á su autor con todos los conocimientos, se le finge poseedor de todas las aptitudes, y no sólo se le considera escritor de primera nota y explorador profundo del corazón humano, sino hasta experto marino, matemático famoso y agricultor entendido.

Claro es que entre semejantes inquisiciones debe ocupar lugar principalísimo todo lo concerniente al falso Quijote, que "se engendró en Tordesillas y nació en Tarragona," y al fingido Avellaneda, autor oculto que no osaba "aparecer á campo abierto y á cielo claro," y que encubría su nombre y fingía su patria "como si hubiera hecho alguna traición de lesa-majestad."

Que el Quijote de Avellaneda es obra de mérito indisputable lo demuestra su sola lectura, así como la circunstancia de ser generalmente alabado. Se ha atribuido siempre á personas que dieron muestras de ingenio esclarecido, y aun Don Agustín Montiano de Luyando, hombre competente á no dudarlo, hubo de decir con exageración notaria: "No creo que ningún hombre juicioso sentenciara á favor de Cervantes, si forma el cortejo de las dos segundas partes."

El primero en quién la crítica se ha fijado para darle el papel de Avellaneda, es en Lope de Vega, y sin duda ofensas inferidas á él en la primera parte del Quijote, pero que en la actualidad son del todo desconocidas, motivaron en gran parte la aparición del de Avellaneda; más existe la circunstancia, que expresamente declara Cervantes en su obra inmortal, de que su contrario, á quien conocía indudablemente, era aragonés, y es sabido que el *Fenix de los ingenios* era madrileño, como lo atestiguan unánimemente sus biógrafos.

Se ha atribuido también la paternidad del mencionado libro á Fray Juan Blanco de Paz, á Fray Andrés Perez y á Fray Luis de Aliaga, siendo respecto de todos ellos coincidencia digna de tenerse en cuenta que, sacerdotes todos, pertenecían á la orden de predicadores.

Más por lo que toca á Blanco de Paz, parece que debe eliminarse desde luego del campo de las hipótesis, pues si bien causó grandes males á Cervantes en su prisión de Argel, no cabe suponerlo autor del donoso libro de que tratamos; que era, á lo que parece, hombre de corto ingenio y pocas letras.

No hemos tenido oportunidad de leer *La verdad sobre el Quijote*, libro en que D. Nicolás Díaz de Benjumea asienta la opinión de que Avellaneda es Fray Andrés Pérez; más si creemos á Revilla, la principal razón que aduce en defensa de su tesis, consisten los versos alusivos á él que puso Cervantes en el *Viaje al Parnaso:*

Haldeando venía y trasndando
el autor de la *Pícara Justina*,
capellán lego del contrario bando.
Y cual si fuera de una culebrina,
disparó de sus manos su librazo,

que fué de nuestro campo la rüina.
Al buen Tomás Gracián mancó de un brazo,
á Medinilla derribó una muela
y le llevó de un muslo un gran pedazo.
Una despierta nuestro centinela
gritó: "Todos abajen la cabeza
que dispara el contrario otra novela."

Diferentes argumentos expone el discreto crítico madrileño que invalidan semejante opinión, más á ellos añadiremos las siguientes observaciones: además de que no está perfectamente averiguado que sea Pérez el autor de la *Pícara Justina*, (que se publicó bajo el nombre de Francisco López de Ubeda) si por este sólo hecho se le supone autor del Quijote apócrifo, ¿no hay la misma razón para atribuírselo á Pedrosa, á Arbolanches, al autor del *Pastor de Iberia*, ó al de aquellas rimas de que dice Cervantes que

Violas Apolo y dijo cuando violas:
"Dios perdone á su autor, y á mí me guarde
De algunas rimas sueltas españolas?"

Por otra parte, es posible que Andrés Pérez, que ya en el tiempo del *Viaje al Parnaso* se hallaba dedicado á la devoción, y que publicó la *Pícara Justina* con aprovechamientos ó moralejas, sea el autor de pinturas tan libres y obscenas como el episodio de Bárbara?—No podemos creerlo.

Para el Sr. de Benjumea, el libro de Avellaneda no es solamente una sátira literaria, sino también una venganza religiosa, queriendo oponerse un Quijote ortadoxo, al herético y libre pensador de Cervantes; más imposible parece que se sostenga seriamente tal aserción. ¿No hizo siempre Cervantes alarde de su adhesión á las creencias católicas? ¿No fué llamado *cristiano ingenio*? ¿No perteneció á la hermandad de Terceros seglares de San Francisco (de que también formaron parte Lope de Vega, Colón, Murillo y los hombres más piadosos y notables de su tiempo) y fué conducido por sus compañeros al sepulcro con la cara descubierta? ¿No podía haberse prohibido el Quijote si se hubiera hallado el sentido que se dice encierra, y no habérsele opuesto solamente un remedio de dudosos resultados? Lo creemos seguro, y la prueba que poseemos es irre-

fragable. El minucioso expurgo que la Inquisición hizo del libro—dice el Sr. Aribau—puede conocerse por la inocencia de la única frase que tuvo el gusto de tildar. Reprendiendo la duquesa á Sancho Panza en el capítulo XXXVI, por la demasiada blandura con que llevaba el negocio de los azotes para el desencanto de Dulcinea, le dijo en hora menguada: *y advierta Sancho que las obras de caridad que se hacen tibia y flojamente na valen nada.* Ahora bien, ¿si esta sencilla frase fué eliminada, no es creible que fuera prohibida toda la obra, en caso de que *los celosos guardianes de nuestra fé*—como llama el autor del Quijote á los inquisidores—la hubieran hallado contraria á la verdadera religión?

Queda por averiguar solamente si Fray Luis de Aliaga es el autor de la obra aludida, y aunque confesamos que militan en contra de tal opinión razones de gran peso, las que existen en su favor nos hacen decidirnos por ella. Personas profundamente conocedoras de la historia de la Literatura española del siglo XVII, tales como D. Cayetano Rosell, D. Aureliano Fernandez Guerra y Orbe y D. Adolfo de Castro, discreto autor del *Buscapié,* creen que Avellaneda y Fray Luis de Aliaga son una sola persona, pues todos los caracteres de aquel corresponden á este.

Aragonés llama Cervantes á su detractor, y de la provincia de Aragón era Aliaga, como se desprende de los diversos documentos consultados. En la Biblioteca Nacional de Madrid—dice Rossell—se hallan diversas copias de una acusación dirigida á Felipe IV á principios de su reinado contra Fray Luis, inquisidor general á la sazón, y su hermano, arzobispo de Valencia, y en ella se afirma eran originarios de un pueblo de la comunidad de Teruel.—En el certamen verificado en Zaragoza en celebridad de la promoción de Aliaga al puesto de inquisidor general, se hallen estos versos, harto ramplones á la verdad:

Zaragoza es el jardín
Desta Aliaga poderosa,
Tan fuerte y tan provechosa.
Con justicia Zaragoza
Hace á tan supremo hijo
Universal regocijo.
....

La parroquia de San Gil
Gozaba el siglo de oro
Pues nos dió tan gran tesoro.
....
Como esta Aliaga nació
Tan vecina de San Pedro
La hizo en su ribera cedro.

Difieren pues, observa el crítico citado, ambos testimonios, en cuanto al pueblo, no en cuanto á la provincia.

Todos los autores convienen en que era Avellaneda hombre de gran poder, y que movido de esta consideración no reveló Cervantes su nombre, que conocía sin duda.—Nadie más poderoso que Fray Luis, inquisidor general, confesor del rey y favorito suyo, circunstancias que no concurrían en los demás á quienes se atribuye.

Esto nos confirma en la persuasión de que no fué Lope de Vega el contradictor de Cervantes, pues habría este revelado su nombre de seguro. No eran raras en aquel entonces las pendencias entre literatos, y de ello dan buen ejemplo los de Alarcón con Quevedo y Suarez de Figueroa, y las de Góngora con Rojas y los demás ingenios de su tiempo.

Cervantes y Lope tuvieron entre sí cuestiones de esta clase, y contestes casi se hallan los críticos en que el famoso soneto de finales cortados que empieza:

Hermano Lope bórrame el sone—

pertenece á Cervantes, que satirizó á menudo aquellas comedias del *Fenix de los ingenios.*

Que en horas veinticuatro
Pasaron de las musas al teatro. (1)

(1) La punible tendencia de Lope á convertir el arte en granjería, y su deseo de agradar sólo al *vulgo necio*, está claramente criticada en estas palabras: "Lo cual oído por maese Pedro ceso el tocar, y dijo: No mire vuestra merced en niñerías, señor D. Quijote, ni quiera llevar las cosas tan por el cabo, que no se le halle. ¿No se representan por ahí casi de ordinario mil comedias llenas de mil impropiedades y disparates, y con todo eso corren felicísimamente su carrera, y se escuchan, no solo con aplauso sino con admiración?

Ahora bien ¿es creible siquiera que viéndose tan duramente atacado, contestara con tal moderación á aquel á quien había censurado con gran acritud en otro tiempo?

Todos los que han tratado este punto, juzgan que Avellaneda debe haber sido sacerdote, pues nadie que no perteneciera á tal estado podía haber escrito el prólogo de su obra, tan entreverado de citas teológicas, y nadie pondrá en duda que Aliaga era eclesiástico.

Uno de los argumentos más socorridos en la literatura española, es el de la monja que habiendo abandonado el convento en compañía de su amante, es sustituida por la Santa Virgen, hasta que, arrepentida, vuelve á ocupar su lugar. A Lope de Vega le dió tema para una admirable comedia suya, en nuestros tiempos el poeta vallisoletano Zorrilla lo trató en su poema *Margarita la Tornera*, y en el Quijote de Avellaneda se refiere en un episodio, imitación de los que introdujo Cervantes la Primera parte del Ingenioso Hidalgo. Pellicer, diligente investigador de las cosas concernientes al ingenio alcalaino, y que respecto á este punto ha hecho eruditísimas disquisiciones, se maravilla de que en el episodio de los *Felices amantes*, á que nos venimos refiriendo, manifestara el aragonés encubierto un conocimiento tan perfecto de la vida de los conventos; pues bien el memorial de que hemos hecho mención, dice el Sr. Rossell, demuestra que Aliaga tuvo que visitar conventos de monjas acompañando al maestro Xaviero, general de los domínicos después.

Prosigue, muchacho, y deja de decir que *como yo llene mi talego, siquiera represente más impropiedades que tiene átomos el sol*; *así es la verdad replicó D. Quijote......*" (Quijote, part. II, cap. XXVI.)

Por último—dice el Sr. Quintana—¿es otra cosa que una sátira contra *El mayorazgo dudoso y Las mocedades de Bernardo del Carpio*, comedias una y otra de Lope de Vega, este pasaje con que termina la comedia *Pedro de Urdemalas*?

Y verán que no acaba en casamiento,
Cosa común y vista cien mil veces;
Ni que parió la dama esta jornada,
Y en otra tiene el niño ya sus barbas,
Y es valiente y feroz, y mata y hiende
Y venga de sus padres cierta injuria,
Y al fin viene ser rey de cierto reino
Que no hay cosmografía que le muestre.
De estas impertinencias y otras tales
Ofreció la comedia libre y suelta, etc.

Entre los muchos pasajes del Quijote que juzgan los críticos encierran sentido oculto, ocupa lugar preferente la invectiva que á la mesa de los Duques lanza Alonso Quijano contra aquel grave eclesiástico (fraile también) que lo reprende tan duramente. Don Vicente de los Rios piensa que en tal pasaje aludió Cervantes á cierto sacerdote familiar del duque de Béjar, que lo había perjudicado; pero si bien se reflexiona, ¿á quién mejor que á Aliaga, hombre de oscuro nacimiento y baja educación, que de humilde fraile domínico llegó á inquisidor general y confesor del rey, podía convenir la descripción de aquel, que era "destos que gobiernan las casas de los príncipes, destos que como no nacen príncipes no aciertan á enseñar como han de ser los que lo son, destos que quieren que la grandeza de los grandes se mida por la estrecheza de sus ánimos, destos que queriendo mostrar á los que ellos gobiernan á ser limitados los enseñan á ser miserables?"

¿Pero—se dirá—aun suponiendo que Aliaga sea autor del falso Quijote, que razones lo movieran á escribirlo? Ninguna alusión al parecer se halla en la primera parte del Quijote referente á él, más en la colección de certámenes existentes en la Biblioteca Nacional de Madrid se halla esta quintilla, que juzga Pellicer hace relación á Aliaga:

A Sancho Panza, estudiante,
Oficial ó paseante,
Cosa justa á su talento,
Le dará el verdugo ciento
Caballero en Rocinante.

Ahora bien, dice Rossell, Aliaga era conocido con este mote, y la prueba que tenemos es irrecusable. En una colección de décimas satíricas del conde de Villamediana, existentes bajo el número M 200 en la mencionada Biblioteca, y dedicada á la caída de ministros y privados del rey Felipe III, se halla la siguiente:

Sancho Panza, *el confesor*
Del ya difunto monarca,
Que de la vena del arca
Fué de Osuna sangrador,
El cuchillo de dolor
Lleva á Huete atravesado,

Y en tan miserable estado,
Que será, según he oído,
De *inquisidor*, *inquirido*,
De *confesor*, *confesado*.

Lo que sangrase la vena del arca de Osuna—concluye el autor citado—se halla evidentemente probado en la causa que se formó al duque de Uceda, y que hemos registrado en el mismo establecimiento.

Lo que se sabe del caracter de Fray Luis, la pasmosa semejanza que existe entre el libro objeto de nuestro estudio y uno que se sabe le pertenece, y otras mil razones que podríamos alegar si tuviéramos el tiempo y vagar suficientes, hacen que nos confirmemos en la opinión de que él fué el autor de esta obra, que si tiene importancia de suyo, la adquiere mayor por ligarse con la persona de aquel "manco sano, famoso todo, escritor alegre, regoçijo de las musas."

VICTORIANO SALADO ALVAREZ.

Guadalajara, setiembre de 1868.

---

*
* *

El fuego del amor, Carmen divina,
más vale y dura más cuanto más lento;
prefiere el que conforta al que ilumina;
á las llamas fugaçes del sarmiento,
las brasas duraderas de la encina.

JOSÉ VELARDE.

ALMA NATURA.

Caminando del monte por la falda,
Miro huir á mi espalda
De la ciudad el triste caserío,
En tanto que á mis ojos anhelantes
Aparecen radiantes
El campo inmenso y el azul vacío.

Tíñese de rubor el alba pura
En la diáfana altura,
Y semeja el confin mar de escarlata;
Asoma el sol la rubicunda frente
En el lejano oriente
Y por la esfera su esplendor dilata.

Sobre el primor de las campestres galas
Bate el viento las alas
Y alegres himnos por doquier concierta;
De ruidos misteriosos se alza el coro,
Brama gozoso el toro
Y el eco aletargado se despierta.

El labrador alegre y satisfecho
Va en el amplio barbecho
Surcos trazando con el corvo arado,
Y la yunta obediente y silenciosa
Camina perezosa
Desde un extremo al otro del cercado.

Cruza el musgo gimiendo dulcemente,
La límpida corriente
En cuyas ondas se retrata el cielo,
Pareciendo decir en su cadencia:
—Es bella la existencia,
Correr, gozar, morir, tal es mi anhelo.

Envueltos en sus lánguidos capuces
Los copudos sauces
Se asoman á las aguas con tristeza,
Cual sabios que pensando en los engaños
De los rápidos años,
Inclinaran gimiendo la cabeza.

Entre las frondas de la selva oscura,
En la fresca espesura
Se oye el trinar de cadenciosas aves,
Que van cantando en argentinas notas
Sus ternuras ignotas,
Sus blandos goces y sus penas graves.

¡Salud, esplendoroso panorama!
De la vida la llama
Siento que en mí vuestro fulgor atiza,
Y entre contento, inspiración y pasmo,
El perdido entusiasmo
Vuelve á arder de mi pecho en la ceniza!

Mi rápido corcel de aire sediento,
La nariz abre al viento
Y el arqueado cuello alza gozoso,
Baña de espuma la apretada cincha,
Y con fuerza relincha
Tascando el freno, de correr ansioso.

Al escuchar su acento entusiasmado,
Se detiene el ganado
Que la rica dehesa casi esconde,

Y sacudiendo la crinada frente,
Con relincho potente
Al saludo de júbilo responde.

Oprimiendo en la mano sacudida
La restirada brida
Que al noble ardor del alazán ofende,
Siento que yo también cruzar quisiera
En rápida carrera
El campo inmenso que ante mí se extiende;

Y volar, cual de vértigo llevado
Al confín esfumado
Que se mira en los tenues horizontes,
Y embriagado de luz y de fragancia,
Devorar la distancia
Burlando abismos y salvando montes.

Soy átomo nomás de tu grandeza,
Alma naturaleza,
En mí la magia de tu fuerza siento;
Brillo en tu luz, y con tus himnos canto,
Ardo en tu fuego santo
Y me arrebata tu divino aliento.

Llevo en mí la aflicción del desterrado!
Del horizonte amado
El ansia inextinguible me consume;
Guía mis pasos el fulgor de un sueño,
Y aunque ignoto y pequeño,
Soy luz, inmensidad, nota y perfume.

José López-Portillo y Rojas.

Junio de 1888.

CRISTINA NILSSON.

(CONCLUYE.)

Cuando la señorita Nilsson oyó á Mme Carvalho, sintió su alma de artista inflamada por una llama purísima, que la impulsó á pedir y obtener una audición en el teatro Lírico. Al presentarse en la escena para mostrar sus aptitudes, algunas lámparas tan solo alumbraban el inmenso salón oscuro y vacío." Hija mía—le dijo Warthel—antes de cantar algún trozo, experimenta el efecto de tu voz."—La joven sueca, alumbrada fantásticamente, y más extraña aún en la penumbra en que se había colocado, hizo oír una vocalización ascendente de un brillo tal, que este preludio bastó tan solo para atraerle la simpatía de los oyentes, simpatía que se convirtió en entusiasmo al verificarse la audición definitiva.

M. Carvalho escrituró en seguida á la hija de Warend por un plazo de tres años, con sueldo de dos mil francos el primer año y tres mil los dos siguientes. Había nacido el 3 de agosto de 1843, tenía, pues, veintiun años tan solo el 27 de octubre de 1864, en que se presentó por primera vez en la *Traviata*.—Jamás había probado la señorita Nilsson sus facultades escénicas: la *Traviata* fué la primera obra que estudió y consiguió á la vez aprender rápidamente, pues le consagró toda su inteligencia. Representó el conmovedor papel de la tísica Violeta con una verdad tal de expresión, que Mme Doche, creadora de la Margarita Gauthier de Dumas, hijo, no pudo menos de exclamar: "¡Pero esta niña me ha robado todos mis efectos escénicos!"—Nada menos cierto, sin embargo, puesto que nuestra heroina ignoraba hasta la existencia del célebre drama.

El 23 de febrero de 1865 marca una nueva etapa en la vida de la extraordinaria cantatriz, pues alcanzó en tal día alturas casi inaccesibles en la vocalización. Sus hermosos ojos en que parecía reflejarse el verde esmeralda de las algas marinas, vestida con el sombrío manto sembrado de plateadas estrellas de la Reina de la Noche, provocó frenético entusiasmo al lanzar los vertiginosos *contra fa* que en 1797 había escrito Mozart en la *Flauta encantada*, maravilla de ciencia y de melodía, para Aloysia Weber; pero en la segunda representación la señorita Nilsson se atrajo la admiración universal. "Las notas salen de su boca como víboras de fuego—decía el crítico de la *Revue des deux mondes*—El 18 de diciembre de 1865 desempeñó el tierno papel de Marta, atacando con sus notas agudas el cuarteto de Rouent y exhalando la tierna melodía de la *Rosa*.

Después de haber brillado la nueva estrella en la Elvira de *Don Juan* y en la Myrra de *Sardanápalo*, apareció el 9 de marzo de 1868 en la Ofelia del gran poeta. La visión de Shakspeare tomó forma al fin; apareció en la esplanada llena de nieve del castillo de Elsseneur, blanca, temblorosa de temor y de angustia, dispersos los rubios cabellos, extraviados los ojos: ¿no era Ofelia misma que surgía en pleno siglo diez y nueve?

Cuando se oyó la balada escandinava que con tanta habilidad introdujo Ambrosio Thomas en su *Hamlet*, balada que la pobre loca dice deslizándose sobre las ondas del lago azul, en medio de los nenúfares y rosales; cuando apareció la escena de vaporosa poesía en que las *Willis* cantan un coro á media voz, mientras la dulce Ofelia desaparece en su verde y movible tumba, entusiasmo febril se apoderó del público; porqué ese público, semejante al ateniense, que pedía sin cesar algo nuevo, veía al fin la creación de un tipo de realización tan nueva é ideal, que confundió sin vacilación de ningún género la heroina danesa con la cantatriz sueca; ¡tan perfecta era la semejanza entre la imagen poética y su intérprete, entre el sueño y la realidad!

La tierna creación del poeta inglés, tan armoniosamente coloreada por M. Ambrosio Thomas, permanecerá durante mucho tiempo como la encarnación verdadera y original del talento de Cristina Nilsson. Posee el cuerpo y el espíritu semejante á la prometida de Hamlet: tiene su palidez expresiva, su gracia virginal, su mirada vaga y triste; sus cristalinas notas semejan estaláctitas acariciadas

por el azul y aterciopelado reflejo de la luna; la esbeltez de sus formas tiene cierto encanto misterioso que impulsa á seguirla al sumergirse en esa "onda profunda" en que debe Ofelia dormir su postrer sueño.

El 1º de marzo de 1869 representó la famosa cantatriz el *Fausto*, prueba peligrosa sin duda y que hacía más temible el recuerdo de Mme. Carvalho, pues era menester comprender á Margarita bajo un aspecto desconocido, permaneciendo sin embargo en los límites de la realidad. No era, no podía ser ya la Gretchen tímida, soñadora y tierna, pero fué la desgraciada Margarita, abrumada por los remordimientos, doblegándose en la Iglesia ante los punzantes sarcasmos de Mefistófeles, y sobresaltada por los acordes del órgano.

Semejante á Catalani, Malibran, Sontang, Alboni, Patti, Cristina Nilsson acababa de ser ungida reina por el público parisiense, y ella, como sus antecesoras, derramaba en el extranjero las primicias de su talento y las perlas de su garganta.

Cuando estuvo en Dublín, en el mes de noviembre de 1869, más de tres mil personas se aprestaron á oírla cantar la *Ultima rosa de Marta* y una escena de Hamlet, siendo tan formidables los hurras con quien se le acogió y tan grande el entusiasmo popular, que creyó por un instante la autoridad que estaba verificándose un motín.

La fama de la señorita Nilsson es cada día mayor al otro lado del estrecho. El patriotismo de los hijos de Albión se muestra ufano al contemplar el homenaje que la gran cantatriz rinde á Shakspeare por su Ofelia, y á Haendel interpretando magistralmente su *Judas Macabeo* en el Palacio de cristal.—Solo la *diva* sueca ha consignado contrabalancear el éxito de su rival Adelina Patti.

Los acontecimientos que han marcado con sangriento sello la historia contemporanea, han alejado á la célebre Ofelia de nuestros teatros, al par que numerosos compromisos la han retenido lejos de nosotros; mas no está lejano el día en que su talento expontaneo y original contribuya al esplendor de nuestra escena.

La señorita Nilsson contrajo matrimonio en Londres el 27 de julio de 1872, en la abadía de Wesminnster, con M. Rozaud. Lo que poseían de más elevado la aristocracia y la *nobility* inglesa, formaba el cortejo de la antigua campesina de Hussaby y de Warend, de la *violinista* escandinava.

Mme Nilsson posee un exquisito sentido artístico, semejando su

habitación un pequeño museo. Guarda entre otras curiosidades un manuscrito de letras de plata hecho por un obispo de los Godos, que halló en el saqueo de Praga el conde de Konismarck, y había pertenecido antes á Cristina de Suecia.

Nuestra Mignon elegiaca, cuya sonrisa circunda celeste nimbo, cuyo canto suave como la brisa, repercute en las aereas regiones con metálico timbre, quiere también recordar que es mortal. Un vaso de *porter* ó de *pale-ale* sirve para prepararla antes de entrar á la escena, y cuando apercibe un hilo que se desprende, se siente indispuesta y mal humorada á pesar de los aplausos, las flores y las coronas, calmándose tan sólo cuando corta ó rompe del todo el malhadado hilo. Aja sin cesar sombreros, batas, vestidos, cortinas, necesitándose que la siga un ejército de costureras que repare á tiempo sus dañosos caprichos.

En medio de las embriagueces del éxito, no ha olvidado la hija de Smaland la tierra en que pasó sus primeros años; cierto día regresó á ella radiante de dicha, orgullosa y felíz por poder donar á su anciano padre la tierra que con sus propias manos había cultivado durante medio siglo.

Que deliciosas trasportes! Cuántos abrazos! cuántas lágrimas! Reunidos parientes y amigos en el templo evangélico, entonaron con el pastor el salmo 40; en el segundo versículo se levantó pura una voz, un estremecimiento particular recorrió á los presentes, después. .... se oyeron sollozos...... de dicha, de reconocimiento; muestra palpable de que siempre ha permanecido inalterable la imagen del hogar y de la patria en el corazón de la gran artista.

Al cabo de diez años de felicidad sufrió una desgracia terrible la señora Nilsson. Ciertas operaciones de banca que constituyeron un verdadero desastre (enero de 1882) y ocasionaron tantas ruinas, fueron funestas también á M. Rozbuad. que perdió la razón y murió el 24 de febrero del mismo año en el manicomio del Doctor Goujon, en Reuilly; su cadáver se enterró en el cementerio de Picpus, conduciendo personalmente el duelo su valerosa mujer.

La señora Nilsson apareció de nuevo en público en un concierto que se verificó en el mes de abril siguiente, en Albert-Hall, Londres, en que cantó un fragmento del *Fausto* en compañía de Mme. Trebelli; dolorosa emoción la oprimía, mas no pudo dejar de cumplir compromisos anteriormente contraídos.

La eminente cantatriz, que acaba de descansar bajo el cielo de Francia, torna á la brumosa Albión para brillar en el Mefistófeles de Boïto, nueva encarnación del Fausto, y en los conciertos de Londres, Brighton, Nothingham y Birmingham, interpretando su rico y variado repertorio, al que imprime siempre cierto sabor especial.

El empresario Abbey contrató á la célebre Ofelia para una serie de representaciones en los Estados Unidos, en el año teatral de 1882 á 1883.

El *steamer Gallia*, trasportó al nuevo mundo á la diva el 14 de octubre de 1882.

Una semana después su rival Adelina Patti pisó el suelo de los Yankees, que servirá de campo cerrado á las dos cantatrices, dividiendo al público una nueva guerra de las "Dos Rosas," en que el arte nada perderá, y ganarán mucho sin disputa empresarios y artistas.

(Versión española de V. SALADO ALVAREZ).

---

*
* *

Ten de amor y virtud el alma henchida;
la virtud purifica sus amores,
y el amor es la esencia de la vida,
como la miel la esencia de las flores.

JOSE VELARDE.

LA SERENATA DE SCHUBERT.

—

¡Oh, que dulce canción! Límpida brota
Esparciendo sus blandas armonías,
Y parece que lleva en cada nota
Muchas tristezas y ternuras mías!

¡Así hablara mi alma... si pudiera!
Así, dentro del seno,
Se quejan, nunca oídos, mis dolores!
Así, en mis luchas, de congoja lleno,
Digo á la vida:—¡Déjame ser bueno!
—¡Así sollozan todos mis amores!

¿De quién es esa voz? Parece alzarse
Junto del lago azul, en noche quieta,
Subir por el espacio, y desgranarse
Al tocar el cristal de la ventana
Que entreabre la novia del poeta...
¿No lo oís como dice: "hasta mañana"?

¡Hasta mañana, amor! El bosque espeso
Cruza, cantando, el venturoso amante,
Y el eco vago de su voz distante
Decir parece: "hasta mañana, beso!"

¿Porqué es preciso que la dicha acabe?
¿Porqué la novia queda en la ventana,
Y á la nota que dice: "¡hasta mañana!"
El corazón responde: "quién lo sabe?"

¡Cuántos cisnes jugando en la laguna!
¡Qué azules brincan las traviesas olas!

En el sereno ambiente ¡cuánta luna!
Mas las almas ¡qué tristes y qué solas!
En las ondas de plata
De la atmósfera tibia y trasparente,
Como la Ofelia náufraga y doliente,
Va flotando la tierna serenata...!

Hay ternura y dolor en ese canto,
Y tiene esa amorosa despedida
La trasparencia nítida del llanto,
Y la inmensa tristeza de la vida!

¿Qué tienen esas notas? ¿Porqué lloran?
Parecen ilusiones que se alejan...
Sueños amantes que piedad imploran,
Y como niños huérfanos, se quejan!

Bien sabe el trovador cuán inhumana
Para todos los buenos es la suerte...
Que la dicha es de ayer.. y que "mañana"
Es el dolor, la oscuridad, la muerte!

El alma se compunge y estremece
Al oír esas notas sollozadas...
¡Sentimos, recordamos, y parece
Que surgen muchas cosas olvidadas!

....

....

¡Un peinador muy blanco y un piano!
Noche de luna y de silencio afuera...
Un volúmen de versos en mi mano
Y en el aire ¡y en todo! primavera!

¡Qué olor de rosas frescas en la alfombra!
¡Qué claridad de luna! ¡que reflejos!
......¡Cuántos besos dormidos en la sombra,
Y la muerte, la pálida, qué lejos!

En torno al velador, niños jugando...
La anciana, que en silencio nos veía...
Schubert en tu piano sollozando,
Y en mi libro Musset, con su "Lucía."

¡Cuántos sueños en mi alma y en tu alma!

¡Cuántos hermosos versos! ¡cuántas flores!
En tu hogar apacible ¡cuánta calma!
Y en mi pecho ¡qué inmensa sed de amores!

¡Y todo ya muy lejos! ¡todo ido!
¿En dónde está la rubia soñadora?
......¡Hay muchas aves muertas en el nido,
Y vierte muchas lágrimas la aurora!

......Todo lo vuelvo á ver... ¡pero no existe!
Todo ha pasado ahora...¡y no lo creo!
¡Todo está silencioso, todo triste...
¡Y todo alegre, como entonces, veo!

......Esta es la casa... ¡su ventana aquella!
Ese, el sillón en que bordar solía...
La reja verde... y la apacible estrella
Que mis nocturnas pláticas oía!

Bajo el cedro robusto y arrogante,
Que allí domina la calleja oscura,
Por la primera vez y palpitante
Estreché con mis brazos su cintura!

¡Todo presente en mi memoria queda!
La casa blanca y el follaje espeso...
El lago azul... el huerto... la arboleda
......Donde nos dimos, sin pensarlo, un beso!

Y te busco, cual antes te buscaba,
Y me parece oirte entre las flores,
Cuando la arena del jardín rozaba
El percal de tus blancos peinadores!

¡Y nada existe ya! Calló el piano....
Cerraste, virgencita, la ventana....
Y oprimiendo mi mano con tu mano,
Me dijiste también: "¡hasta mañana!"

Hasta mañana... Y el amor risueño
No pudo en tu camino detenerte...!
Y lo que tú pensaste que era el sueño,
Fué sueño, ¡pero inmenso! el de la muerte!

....

¡Ya nunca volvereis, noches de plata!
Ni unirán en mi alma su armonía,
Schubert, con su doliente serenata
Y el pálido Musset con su "Lucía"

M. GUTIÉRREZ NÁJERA.

México, agosto de 1888.

A LOS PIES DE.......

Me parecen tus pies cuando diviso
que la falda traspasan y bordean,
dos niños que traviesos juguetean
en el mismo dintel del Paraíso.

Quiso el amor, y mi fortuna quiso,
que ellos el fiel de mi esperanza sean;
de pronto cuando salen me recrean,
cuando se van, me afligen de improviso.

¡Oh pies idolatrados, yo os imploro!
y pues sabéis mover todo el palacio
por quien el alma enamorada gime,

Traed á mi regazo mi tesoro
y yo os aliviaré por largo espacio
del riquísimo peso que os oprime.

ADELARDO LÓPEZ DE AYALA.

NAPOLEÓN BONAPARTE.

(CONTINÚA.)

Considera á sus ministros como simples dependientes, pues que administra tanto como gobierna, y determina en cada ramo especial las operaciones de detalle con la misma atención que las tocantes al conjunto. Por esto solo necesita para jefes de servicio amanuenses atentos, ejecutores mudos, obreros dóciles y adictos, más no consejeros libres y sinceros. "No hallaría que hacer de ellos," decía, (1) "si no tuvieran cierta mediocridad de carácter ó de ingenio."

En cuanto á sus generales, reconoce que "no trata de dar gloria sino á los que no pueden gozarla." Por lo menos, quiere ser "único dueño de las reputaciones, para hacerlas ó deshacerlas á su antojo," según sus necesidades personales; un militar notable llegaría á ser temible, y es menester que los inferiores estén sometidos siempre. Esto se consigue por las omisiones, alteraciones y arreglos de los boletines. "Sucede á menudo que se guarda completo silencio respecto de ciertas victorias ó se convierten en méritos las faltas de algún mariscal. Muchas veces tiene noticia un general por un boletín, de una acción que no ha ejecutado ó de un discurso que no ha llegado á pronunciar." Si reclama, se le ordena callar, ó por vía de dezquite se le permite que robe, imponga contribuciones y se enriquezca. No se halla menos adherido al emperador por ser duque ó príncipe hereditario, con medio millón ó

(1) Mme de Remusat, II, 366; III, 286, 210; III 18s.

un millón de renta en tierras, porque el creador tomó previamente sus precauciones contra la criatura. "He aquí individuos (1), dice, á quienes hice independientes; mas ya sabré hallarlos cuando tenga necesidad de ellos é impedirles que sean ingratos."—En efecto, si los recompensa magníficamente, es con tierras de los países conquistados, lo que une su suerte á la del emperador, quitándoles hasta el poder adquirido por el dinero, pues los incita sin cesar al despilfarro: de éste modo á causa de sus apuros pecuniarios los tiene siempre á la cuerda (2). "A menudo hemos visto á los mariscales, acosados por sus acreedores, solicitar socorros, que se ministraban según el capricho del emperador ó el interés que tenía en conseguir la adhesión de persona determinada." Así, á más del ascendiente universal que le dan su poder y su genio, aspira á tener cierto dominio personal, accesorio é irresistible. Por tal razón (3) "fomenta en todos los hombres las malas pasiones........., trata de hallar siempre el lado débil para explotarlo." Descubre con placer el ansia de dinero en Savary, el vicio jacobino en Fouché, la vanidad y la sensualidad en Cambecères, el indolente cinismo y la "dulce inmoralidad" en Talleyrand, la austeridad de carácter en Duroc, la tontería cortesana en Maret, la "frivolidad" en Berthier. "Donde no mira vicios incita las debilidades, y á falta de cosa mejor provoca el miedo para lograr ser el más fuerte.... Teme los lazos afectuosos y tiende á aislar á todo el mundo...... No vende sus favores sino despertando inquietud; juzga que la única manera de atraer á los hombres, es comprometerlos y hasta deshonrarlos ante la opinión......—"Nada malo hay en que Caulaincourt esté compometido, decía después del asesinato del duque de Enghien; me servirá mucho mejor."

Una vez secuestrado el individuo que no trate de escaparse ó de ocultar algo de su persona, toda ella pertenece al emperador. Cumplir el deber con celo y felicidad, obedecer puntualmente en un círculo trazado de antemano, es muy poco; el funcionario reivindica siempre al hombre. "Todo puede ser, responde á los elogios que se le dirigen (4), pero no es todavía como yo quisiera." Exige el sa-

(1) Mme de Rémusat, II, 278; II, 155.

(2) Ibid, III, 275, 45. (A propósito de Savary, su agente más íntimo.) "Es un hombre á quien se necesita corromper contínuamente."

(3) Ibid, I, 109, II. 247, III, 366.

(4) Mme de Rémusat, II, 142, 167, 245 (Palabras de Napoleón.) "Si ordena-

crificio, y por sacrificio entiende la donación irrevocable y completa "de toda la persona, sentimientos y opiniones." Según él, escribe un testigo (1), "debemos abandonar hasta la más insignificante de nuestras antiguas costumbres, para no tener sino un solo pensamiento: su interés y su voluntad."—Para mayor seguridad, sus servidores deben extinguir en su persona el sentido crítico: "Lo que teme más es que se conserve la facultad de juzgar."—"Su pensamiento (2) es un carril marmoreo" del que no debe separarse nadie.—Que no traten dos inteligencias de marchar unidas y en igual dirección; el concierto, aunque sea inactivo, la armonía, aunque sea solamente privada, la murmuración, muda casi, son una liga, una facción, y si los que las tienen son funcionarios, constituyen una verdadera conspiración." En una terrible explosión de cólera y amenazas (3), anuncia á su vuelta de España, "que aquellos á quienes ha elevado á grandes dignatarios y ministros, dejan de ser libres en sus pensamientos y expresiones sin poder ser ya más que órganos suyos, que comienzan á traicionarle cuando se permiten dudar, y que lo hacen del todo cuando desde la duda pasan hasta el disentimiento."

Se admira é irrita si tratan sus súbditos de reservarse un postrer asilo contra sus usurpaciones, ó se resisten á entregarle su fuero interno, la fé de católico ó el decoro de hombre honrado. En cierta ocasión el obispo de Gante se negaba á prestar un juramento contrario á su conciencia; entonces el emperador, volviendo la espalda bruscamente (4), le dice: Caballero, vuestra conciencia es una necia! —Portalis, director de la biblioteca (5), supo confidencialmente por

ra á Savary dejar á su mujer y sus hijos, cierto estoy que no vacilaría en hacerlo" Marmont, II, 194: "Estábamos en Viena en 1809, y decía Davoust hablando de su adhesión y la de Maret: "Si el emperador nos dijera á ambos: "Importa á los intereses de mi política destruir á Paris sin que nadie salga de él," Maret, seguro estoy de ello, guardaría el secreto, pero lo comprometería al mismo tiempo, haciendo que su famila se escapara. En cuanto á mí, de temor que se trasluciera dejaría perecer á mi mujer y á mis hijos. (A pesar de que son estas verdaderas exageraciones tienen cierta significación.)

(1) Mme de Rémusat, II, 379.

(2) *Recuerdos del finado duque de Broglie*, I, 230. (Palabras de Maret en Dresdeen 1813; probablemente repite una frase de Napoleón.)

(3) Mollien, II, 9.

(4) D' Haussonville, *La Iglesia romana y el primer Imperio*, IV, 190 y *passim*.

(5) *Ibid*, III, 460 á 473.—Cf. respecto de la misma escena, *Memorias inéditas de Mr. X*..... (Era á la vez testigo y actor.)

su primo el abate d' Astros la llegada de un breve del papa, y si bien no abuso revelando este secreto, recomendó á su primo ocultara dicho documento, pues de lo contrario se vería obligado á prohibir su circulación, por lo cual, y para mayor precaución, dió aviso á la policía. Mas como no secuestró la pieza ni puso al culpable prisionero, Napoleón, en pleno consejo, lo apostrofa duramente, lo abruma "con sus miradas que rompen la cabeza (1)," le declara que ha cometido "la mayor de las villanías," lo hace sufrir por media hora una granizada de ultrajes y reproches, y por último, lo echa de su presencia como á un criado ratero.—Tanto oficial como extra oficialmente debe el funcionario estar pronto á desempeñar cualquiera comisión. Si lo detienen los escrúpulos, si alega obligaciones privadas, si rehusa faltar á lo que exigen la delicadeza ó la lealtad vulgar, pierde el favor del amo, incurriendo en su enojo. Esto pasa con M. de Rémusat (2), que no se allana á ser espía, guardián, denunciador de lo que pasa en el arrabal de San Germán, que no se ofrece á hacer hablar en Viena á Mme Andre para que dé las señas de su marido á quien se debe de fusilar en seguida. Savary, que iba á pactar las condiciones de la entrega, le decía sinceramente: "¡Destruis vuestra fortuna; á la verdad no os comprendo!"—Sin embargo, el mismo Savary, ministro de policía, ejecutor de los más arduos asuntos, director del asesinato del duque d' Enghien y de la celada de Bayona, falsificador de los billetes de banco austriacos y rusos para las campañas de 1809 y 1811 (3), Savary mismo concluyó por cansarse: se le encargan tareas muy indecentes; por encallecida que se halle su conciencia, tiene cierto sitio sensible, y aun descubre escrúpulos en ella. Ejecuta con repugnancia, en febrero de 1814, la orden de preparar secretamente una maquinita infernal, movida por mecanismo de reloj, para hacer volar á los Borbones, que acaban de volver á Francia (4): ¡Ah!, decía llevándose las manos á la

(1) Frase de Cambecéres, (M. de Lavallette, II, 154,)

(2) Mme de Rémusat, III, 184.

(3) *Memorias inéditas de Mr.* X...., III 320. (Detalles respecto á la fabricación de billetes falsos por orden de Savary, en una casa aislada de la llanura de Montrouge.)—Metternich, II, 358. (Palabras de Napoleón á M. de Metternich.) "Tenía prontos 300 millones del Banco de Viena con que os inundaría.... Os volvería los billetes falsos."—*Ibid.*, Correspondencia á este respecto entre M. de Metternich y M. de Champagny (Junio de 1819.)

(4) *Memorias inéditas de Mr. X.*, III, II.

frente, es menester convenir en que es muy difícil servir al emperador en ciertas ocasiones.

Si exige tanto de los hombres, es por que el ejercicio á que se dedica lo obligo á ello, y ciertamente, en la situación que se ha formado no tiene consideraciones que guardar. "¿Acaso un hombre de estado debe ser sensible (1)? ¿No es un personage completamente excentrico, *sólo de una parte, con el mundo de la otra?*" En este combate sin tregua ni cuartel, los hombres no le interesan sino por el uso que pueda hacer de ellos, ni tienen valor para él sino por el provecho que les pueda sacar; su única mira es exprimirlos, sacarles hasta la última gota de jugo. "No me agradan, decía, las expansiones inútiles (2), y Berthier es tan mediano, que no sé á la verdad por qué lo amo; aunque cuando nadie extravía mi voluntad, conozco que tengo cierta inclinación por él." Juzga necesaria la indiferencia en el jefe de un gobierno, que "solamente debe mirar al través del prisma de su política (3), cuidando de que no aumente ni disminuya los objetos."—Si se exceptúan sus accesos de sensibilidad nerviosa, "no guarda á los hombres más consideraciones que las que un jefe de taller tiene á sus obreros, ó con más exactitud, á su herramienta (4): cuando ésta se halla fuera de servicio nada importa que enmohezca en un rincón, ó vaya á juntarse al montón de fierros inútiles.—Entró cierto día Portalis (5)—ministro de justicia á la sazón—con el semblante desfigurado y los ojos llenos de lágrimas.—¿Estais enfermo, Portalis?, le preguntó Napoleón.—No, señor, pero sufro mucho: el arzobispo de Tours, el pobre Boisjelin, mi camarada, mi amigo de la infancia...—¡Vamos! ¿qué le pasa?—¡Ah! señor, acaba de morir—¿Y qué importa?, para nada me servía. Juzgándose propietario de todo, explota á los hombres y las cosas, los cuerpos y las almas, usa y abusa de ellos sin término ni medida, llegando á decir al cabo de algunos años con la misma llaneza que Luis XIV, "mis ejércitos, mis escuadras, mis cardenales, mi concilio (6), mi senado, mis pueblos, mi imperio."—Dice á un cuerpo de ejèrcito que se resiste á entrar al fuego: "Soldados, tengo necesidad de vues-

(1) Mme. de Rémusat, II, 335.
(2) *Ibid.*, I, 231.
(3) *Ibid.*, I, 335.
(4) M. de Metternich, I, 284.
(5) Beugnot, *Memorias*, II, 59.
(6) *Memorial*: "Si hubiera vencido en Moscow, habría obligado al papa á

tra vida y me la debeis."—De la misma manera habla al general Dorsenne y á los granaderos de la guardia (1): "He sabido que murmurais, que intentais volveros á Paris, al lado de vuestras queridas: mas desengañaos, os retendré en las armas hasta los ochenta años; nacisteis para el vivac y moriréis en él."—Existe su correspondencia que atestigua la manera con que trata á sus hermanos y parientes que ha elevado al rango de reyes, con la violencia con que les estira la brida, los latigazos que les aplica para hacerlos trotar y saltar á través de los abismos: el más ligero indicio de iniciativa, aunque sea justificado por la premura del tiempo y la buena intención del que la ejecuta, lo castiga como una salida, con una rudeza que dobla los riñones y rompe las rodillas del delincuente.—Dice al amable príncipe Eugenio, tan fiel y obediente (2): "Si pedís las órdenes ó el parecer de Su Majestad para cambiar el cielo raso de vuestra habitación, debeis esperarlas, y si Milán está ardiendo, y las pedís para apagarlo, deberíais dejar consumirse á Milán y esperar las órdenes...... Su Majestad está descontento, muy descontento de vos, que intentais hacer lo que á él le corresponde; ni lo consentirá ni lo perdonará nunca."—Calculad por estas cosas su tono con los subordinados; habiéndose negado á sus tropas la entrada á las plazas holandesas (3), exclama: "Declarad al rey de Holanda que si sus ministros han llevado eso á cabo, los pondré prisioneros y les cortaré la cabeza á todos."—Dice á M. de Ségur, miembro de la comisión académica que admitió el discurso de M. de Chateaubriand: "Vos y M. de Fontanes, como consejero de estado y mayordomo, mereceríais que os pusiera en Vincennes...... Decid á la segunda sección del Instituto que no quiero trate de política en sus sesiones...... Si desobedece, la disolveré como á un club cualquiera."

Aunque no esté enojado y riñendo, donde hinca las uñas, deja impresa la garra (4). Habiendo maltratado á Beugnot (5), pública, in-

---

no echar de menos lo temporal, pues lo constituiría como una especie de ídolo..., dirigiría, tanto el mundo religioso como el político.... *Mis concilios* representarían á la cristiandad, y al papa solo tocaría presidirlos.

[1] De Ségur. III, 912. [En España, 1809.]

[2] Memorias del príncipe Eugenio. [Carta de Napoleón, agosto de 1806.]

[3] Carta de Napoleón, á Fouche, 3 de marzo de 1810. [Omitida en la *Correspondencia de Napoleón* 1 y publicada por M. Thiers en la *Historia del Consulado y el Imperio*, XII, p. 115.]

[4] De Ségur III, 459.

[5] Palabras de Napoleón á Marmont, que vuelve de España al cabo de tres me-

justa y cruelmente, y estando plenamente convencido de ello, solo por producir efecto sobre los presentes le dice: "Vamos, imbécil, ¿hallasteis ya vuestra cabeza?" Entonces Beugnot, alto como un tambor mayor, se inclina excesivamente para que el hombrecillo lo coja de las orejas, signo "*embriagante* de favor" dice Beugnot, gesto familiar del amo que se humaniza." Todavía más, se digna reprenderlo sobre sus gustos personales, sus pesares, su deseo de volver á Francia. "¿Qué deseo? ¿Ser su ministro en Paris? A juzgar por lo que vió de mí el otro día no lo sería por mucho tiempo, pues moriría de aflicción antes de un mes. Mató á Portalis, á Cretet, y hasta á Treilhard, que tenía tan dura la vida: no pudiendo orinar él, tampoco lo harán los demás. Me sucedería lo mismo que á ellos, si no algo peor....... Quedaos aquí..... después de lo cual, cuando seais viejo, ó más bien, cuando lo seamos todos, os mandaré al senado para que disparateis cuanto querais." —Se echa de ver claramente que "á medida que los hombres se aproximan á su persona, la vida es más desagradable para ellos (1)." Aunque se halle admirablemente servido, obedecido al instante, siente placer al mirar que reina el terror en lo más íntimo de su palacio. "¿Se ha cumplido con una comisión difícil? Ni se muestra agradecido ni alaba al que lo ha ejecutado, ó lo hace de una manera imperceptible. Apenas una vez elogió á M. de Champagny, ministro de negocios extranjeros, que arregló en una sola noche y con ventajas inesperadas el tratado de Viena (2); "en esta ocasión por casualidad pensó el emperador en voz alta: de ordinario expresa su satisfacción por su silencio tan solo." Cuando M. de Rémusat, prefecto del palacio, arreglaba con economía, precisión, esplendor y buen éxito, "una de aquellas magníficas fiestas en que todas las artes se ponían á contribución, para servir á sus placeres," Mme. de Rémusat (3) no preguntaba á su marido si el emperador estaba conten-

ses de hospital con un brazo hecho pedazos y el resto de la mano en una manga negra : "¿Teneis mucho apego á ese andrajo?"—Sainte Beuve, que gusta de decir la verdad desnuda, presenta el texto verdadero, que Marmont no se atrevió á reproducir. [Charlas del lúnes, VI, 16]—*Memorias inéditas de Mr. X*..... Habiendo sido despedido y reemplazado M. de Champagny, cierto amigo animoso defendía y encomiaba su mérito: "Teneis razón, dijo el emperador, lo tenía cuando entró á mi servicio, pero al cabo de tanto golpearlo se embruteció del todo."

[1] Beugnot, I, 456, 464.
[2] Mme. de Rémusat, II, 272.
[3] M. de Champagny, *Recuerdos*, 177.

to, sino cuánto había regañado. "Su principio general, que aplica en los asuntos de grande y pequeña entidad, es que solo se tiene celo cuando se anda inquieto."—El conoce mejor que nadie la insoportable coacción que ejerce, el peso abrumador con que gravita sobre sus adictos, la manera con que oprime y maltrata todas las voluntades. Se le ha oído decir: "El hombre venturoso es el que se oculta de mí en el fondo de una provincia." Habiendo cierto día (1) preguntado á M. Ségur lo que se diría de él cuando muriera, como éste encareciese el pesar unánime que tal acontecimiento causaría: "Nada de eso," repuso el emperador; y con un encogimiento de hombros que expresaba bien el contento universal, añadió: "Se dirá *Uf*."

Casi no hay un soberano, por absoluto que sea, que constantemente, de día y de noche, guarde su actitud despótica: por lo común, y en Francia especialmente, el príncipe divide su día en dos partes, una para los negocios, otra para las diversiones, y en esta segunda parte, permaneciendo jefe del gobierno, se convierte en amo de casa, pues recibe huéspedes á quienes trata de dar gusto para que no permanezcan como autómatas.—Este era el procedimiento de Luis XIV (2): ser atento con todo el mundo, amable y gracioso siempre con los hombres, cortés y galante con las mujeres, evitar las groserías, las exaltaciones, los sarcasmos, las palabras ofensivas, todo lo que pudiera hacer conocer á los demás individuos su inferioridad y dependencia, excitarlos á hablar, tolerar en la conversación cierta apariencia de igualdad, sonreír por una respuesta aguda, llevar algunas veces exclusivamente la conversación, chancearse, decir algún cuentecillo, tal era su norma en los salones; norma que á no extinguirse la vida, en ellos como en cualquier otro lugar, se necesita siempre amplia y liberal. En la antigua sociedad la observancia de esta ley se apellidaba trato social, y á ella se sometía el rey más exactamente que cualquiera otro: por tradición, por educación, era afable con las gentes de su clase, y sus cortesanos, sin dejar de ser súbditos, se convertían en invitados suyos.—Nada semejante en Napoleón. De la etiqueta que toma de la antigua corte no conserva más que la disciplina rígida, la farsa pomposa. "El ceremonial, dice un testigo (3), se efectuaba como á redoble de tam-

---

[1] Mme. de Rémusat, I, 125.

[2] De Ségur, III, 456.

[3] *El antiguo régimen*, p. 161—*Obras de Luis XIV*, 191: "Si hay algún ras-

bor; todo se hacía á paso de carga."—"La precipitación, el temor contínuo que inspira," suprimen en derredor suyo el bien estar, la comodidad, la conversación, el trato agradable; carencia absoluta de lazos entre todos, excepto los de mando y obediencia. "El limitado número de hombres á quienes distingue, Savary, Duroc, Maret, permanecen callados y solo se ocupan de trasmitir órdenes... Semejábamos para los demás y para nosotros mismos, verdaderas máquinas que ejecutábamos únicamente lo que se nos mandaba; éramos como los elegantes y dorados sillones con que se acababan de adornar los palacios de las Tullerías y Saint-Cloud."

Para que funcione bien una máquina es menester que el maquinista tenga cuidado de alistarla continuamente, y esto el emperador lo hace siempre, sobre todo después de una larga ausencia. Cuando vuelve de Tilsitt (1), todos hacen apresuradamente exámen de conciencia, tratando de saber qué rasgo de su conducta puede ser causa de enojo para el exigente señor. Experimentaban este temor la esposa, la familia, los grandes dignatarios, exclamando ingenuamente la emperatriz, que lo conocía mejor que nadie: "El emperador estará muy contento de seguro, pues va á regañar mucho." Efectivamente, apenas vuelve, comienza á hacerlo; mas "satisfecho de haber causado este ligero terror, olvida lo que había pasado y vuelve á sus costumbres antiguas"—"Por cálculo y placer (2) al mismo tiempo no suelta nunca el cetro"—Por esta causa tenía "una corte muda,......... triste más bien que digna; en todos las semblantes se notaba cierta inquietud,........ silencio frío y forzado" "Entre las magnificencias y placeres" de Fontainebleau no hay una sola diversión ó placer, ni siquiera para él—"Os compadezco, decía Talleyrand á M. de Rémusat; teneis que divertir á un hombre incapaz de divertirse." En el teatro medita ó bosteza, y prohibe aplaudir; ante el desfile "de las eternas trajedias, la corte se fastidia horriblemente;.... las señoritas se duermen y sale la concurrencia triste y descontenta del teatro.

---

go singular en esta monarquía, es el acceso libre y facil de los súbditos al príncipe, cierta *igualdad de justicia* entre él y ellos que los conserva, por decirlo así, *en una sociedad dulce y honrada*, á pesar de la diferencia, infinita casi, de gerarquía, nacimiento y poder. *Esta sociedad que da á los cortesanos cierta honesta familiaridad con nosotros, los impresiona y encanta más de lo que se piensa.*

[1] Mme. de Rémusat, II, 33 39.

[2] Mme. de Rémusat, III, 169.

Las mismas molestias en sus salones. "Creo que no podía ni quería dejar estar á cada uno á su satisfacción; temía la menor apariencia de familiaridad; inspiraba el temor de que dirigiera en presencia de todos alguna palabra descompuesta.... Durante las contradanzas se pasea entre las señoras, dirigiéndoles frases insignificantes ó desagradables," nunca se acerca á ellos sino "á fuerza y de mala gana;" después de todo, está celoso de ellas (1), pues "el poder que tienen se le antoja usurpación injustificada."—Nunca sale de su boca (2) al hallarse cerca de una mujer, una sola frase graciosa ó que indique ingenio cuando menos, por más que en el aspecto del semblante y en el tono de la voz, se trasluzca su esfuerzo para hallarla...... No les habla más que de sus adornos, que se precia de conocer bien, dirigiéndoles respecto de ellos bromas poco convenientes, del número de sus hijos, preguntándoles en términos nada pulcros si los criaron personalmente, ó respecto de sus deberes en sociedad."—Esta es la causa (3) porque todas se alegran cuando miran que se aleja del lugar en que se hallan. "Cifra en algunas ocasiones su placer en desconcertarlas; es murmurador y chancero, gastando con ellas groserías semejantes á las que usa un coronel con las taberneras. "Si, señoras, les dice, ocupais á los buenos habitantes del arrabal de San Germán; dicen, por ejemplo, que vos, Mme, A...... teneis ciertas conexiones con M. B...... y vos, Mme. C..... con M. D...... Si por los informes de la policía descubre una intriga, "no tarda en poner al marido al corriente de lo que pasa."

— H. TAINE.

(Continuará.)

---

[1] *Ibid.*, II, 32, 223, 240, 259, III 169.

[2] *Ibid*, I, 112, II 77.

[3] M. de Metternich, I, 286. "Difícilmente se imaginaría desmaño mayor que el que guardaba Napoleón en los salones."—Varnaghen d' Ense, *Ausgewalte Schriften*, III, 77 [audiencia del 10 de julio de 1810]. No he oído nunca una voz tan áspera y poco melodiosa. Cuando sonreía, lo hacía con la boca y una parte de los carrillos; la frente y los ojos permanecían invariablemente sombríos...... Este conjunto de sonrisa y seriedad tenía algo de terrible y espantoso." Cierta ocasión en Saint Cloud en una reunión de señoras, lo oyó Varnaghen repetir más de veinte veces esta sola frase: "¡Hace calor!"

BOEDROMION.

(A IGNACIO M. LUCHICHÍ.)

¿Gemís?—¿No hallaron entre rojas piras,
á través de las bárbaras saetas,
claros laureles vuestras justas iras?
Coronados de adelfas, los poetas
cantan fausto loor, digno de liras
hechas á celebrar triunfos de atletas!

La griega sangre que purpura el suelo,
por la lucha convulso y escarbado,
es propicia á la patria y grata al cielo.
¡Gloria eterna al que ardiente y arrojado
se adelanta en la lid con noble anhelo
y en la primera fila es inmolado!

Por el que torna invicto y satisfecho
al dulce hogar, la admiración curiosa
sale á la puerta y se encarama al techo;
y bajo el casto peplo de la hermosa
virgen, el puro y culminante pecho
hincha y erige su botón de rosa!

Cejar, descolorida la mejilla,
turbia la vista y erizado el vello,
en la pugna viril, es gran mancilla.

¡Indeleble baldón pone vil sello
al que, cual manso buey, tiende y humilla
al tiránico yugo el dócil cuello!

El que al abrigo de cerrado muro
se quede atrás cuando la hueste fiera
parta en bélico alarde al trance duro;
el que sensual ó tímido prefiera
al riesgo heróico el bienestar seguro,
¡viva de oprobio y de vergüenza muera!

¡No os lamenteis!—La combatida nave
"echa al airado mar todo un tesoro"
para salvarse en la tormenta grave.
¡Corred al templo en jubiloso coro,
y dejad sobre el dórico arquitrabe,
en honra al dios, las égidas de oro!

SALVADOR DIAZ MIRÓN.

***

Amor en el alma honrada
se hace virtud singular,
como la espuma irisada
se hace perla, condensada
en lo profundo del mar.

JOSÉ VELARDE.

GUADALAJARA.

(RECUERDOS E IMPRESIONES.)

(CONTINÚA).

Nada más grato que atravesar por aquellas campiñas en que las espigas doradas se mueven al blando impulso de las matinales brisas, y en que se destacan de vez en cuando torrecillas esbeltas que hablan de la indomable piedad cristiana de nuestros mayores.

Llegamos á un punto conocido de cuantos viajeros han llegado á la capital del Estado de Jalisco, á las Higuerillas. Desde allí veíamos sobre el fondo azul y diáfano del espacio, destacarse magestuosas las torres, las cúpulas, los más elevados edificios de la hermosa ciudad de Guadalajara.

Allí están, nos decíamos, pronto hemos de pisar sus calles, de conocer á sus mujeres y de visitar sus jardines.

No sólo el nombre de esa ciudad es árabe, lo es su aspecto y lo son sus contornos desde el punto de mira que elegimos para conocerla á distancia.

Hay algo debajo de aquel cielo tan terso, tan brillante, tan trasparente, que recuerda la vega de Granada; esa série de praderas llenas de tapices de esmeralda, matizadas con flores de vívidas tintas, seméjanse algo á las que atraviesan como dos sirtes de plata el Darro y el Genil, fecundando aquella tierra en que se ostenta como recuerdo del encantado paraíso el jardín de Lindarahja.

Ya más cerca de Guadalajara, el terreno es árido pero el valle en su conjunto es pintoresco y hermoso. Dicho valle es el de

Atemajac, escojido por Miguel de Ibarra y Juan del Camino, en vista de sus condiciones de seguridad para la defensa, requisitos que faltaban al sitio elegido antes para la primitiva ciudad fundada por Cristóbal de Oñate.

La entrada á Guadalajara, para el que no la ha visto nunca, no ofrece grandes sorpresas; pero sí al internarse en el centro y ver aquellas calles perfectamente delineadas, aquellos edificios magestuosos, aquellos pórticos griegos que acentuán la estètica de la perspectiva, aquellas elevadas torres y cúpulas á las que cubre un cielo siempre diáfano, que en el crepúsculo se viste de púrpura y en las noches invernales lo baña la más clara y tibia trasparencia de la luna. Cuando se ven de cerca aquellos patios tan alegres ó más que los de Sevilla, Córdoba ó Granada, cuajados de gardenias, de camelias y de azaleas, que sonrien al curioso viajero como diciéndole: "entra;" cuando por aquellas avenidas se ven cruzar esbeltas y graciosas mujeres que en las mañanas llevan el tápalo como el mantón las andaluzas, formando tejado sobre la frente y caído en dos puntas sobre la espalda; cuando se vé todo esto, se tiene que confesar, que no en vano se ha puesto á aquella región hermosa el nombre de Andalucía mexicana, bautizando á la más importante de sus ciudades con el legítimo título de "Sultana de Occidente."

Esa Guadalajara, soñada por el que esto escribe desde los primeros días de la vida, apareció en los instantes de conocerla, más bella y más llena de atractivos que nunca, tanto porque era la realización de anheladas y dulces esperanzas, cuanto por que abrigaba en su seno amigos de otros años para quienes el recuerdo y el cariño estaban vivos dentro del corazón.

Parecíame que detrás de cada cancel de hierro asomaba alguna cabeza conocida, surgía algún rostro que con la sonrisa en los labios, decíame al paso: al fin has logrado una de las más ardientes ambiciones de tu vida.

Porque, en efecto; alguna vez paseando por las alamedas de Sevilla, y entre los granados de Córdoba, me sentía triste, reflexionando en que no era dicha completa la de conocer todos aquellos encantos sin haber antes visto los que encierra la privilegiada ciudad de que ahora me ocupo.

Cuanto os diga sobre los patios de Guadalajara será pálido y pobre. En ellos ha hecho la naturaleza sus oásis más exquisitos y

asombra ver que, como hay en nuestra Santa Anita amapolas, allí hay gardenias de carnosos pétalos que abren sus nectarios perfumando el ambiente; naranjos cuajados de azahares, y esa aristocrática azalea que, no teniendo perfume, se conforma con abatir sus ramas llenas de flores que semejan copas griegas bañadas en carmín ó en rosa.

¡Y cuando por entre tantas flores asoma un rostro oval, con rasgados ojos negros, con pequeña boca y con expresión de angel, entonces aquellos patios son las antesalas del paraíso.

Pero no idealicemos antes de tiempo. Estamos ya en la tierra de Prisciliano Sánchez; cruzamos por sus calles y vamos á detenernos en una alegre y pequeña plaza, donde la amistad nos ha preparado un hogar para que vivamos durante algunos días. Es la plaza del Carmen, con su jardín risueño y su templo en que está la santa imagen de la Virgen, representada en magnífica, en admirable escultura, á cuyos piés dejan las novias aristocráticas los azahares del día de su boda.

Hemos llegado á nuestra casa; el amigo íntimo y fraternal que nos esperaba ansioso, nos ha dado un abrazo, nos ha puesto en posesión de todo lo que va á pertenecernos para vivir cómodamente, y se ha ofrecido á ser nuestro mentor, nuestro guía, á fin de que podamos dar libre vuelo á nuestras ambiciones de viajeros.

Con él iremos á visitar la ciudad, y para no hacer monótono á los lectores el relato pormenorizado de nuestra vida, evitaremos fechas, días, horas y condiciones y á riesgo de que parezca que en una sola salida nos enteramos de todo, trasladaremos fielmente las impresiones que cada punto nos produjo sin explicar cómo llegamos, á qué hora estuvimos ni en qué instante lo abandonamos.

Hay en los relatos de los viajeros muchos peligros que salvar, pues con el menor descuido se degenera en monótono, empalagoso, vulgar ó fatuo.—Hay que mezclar la naturalidad del que conversa, con algo de la seriedad del que estudia y por esto es tan popular Amicis, en cuyo estilo la ciencia y la filosofía van envueltas en la graciosa y sutil gasa de una plática chispeante y amena.

En ninguna época mejor que en la presente hay gran facilidad de aparecer sabio, pues los diccionarios enciclopédicos son anchas vías para llegar á ese objeto.

Líbreme Dios de tomar una opinión agena sin citar el nombre de

su autor y líbreme también de llenar estas hojas con impresiones falsas, es decir, con relatos mentirosos ó hipérboles arrancados por la galantería y nacidas fuera del corazón.

Así, pues, ya que estoy en Guadalajara, oíd lo que menos me ha parecido, sin que esta opinión aumente en nada los méritos de la ciudad, ni los menoscabe, pues soy semejante á esas aves que buscando luz, calor y perfumes, cuelgan por unos días su nido en el alero de una casa pintoresca y se van á otras regiones.

Poco tiempo viví en tu seno, ciudad de las gardenias, pero fuiste á mis ojos y á mi corazón, lo que es el florido suelo del trópico para la golondrina que deja las brumas del Norte, un oásis encantador y tranquilo.

Aun miro en mis recuerdos, tus crepúsculos de oro y grana; aun siento aquel ambiente que empapa sus alas en el ámbar de los naranjos que sombrean tus calles y de las flores que alegran tus jardines; aun sueño tu pintoresca plaza, que es como tu salón de recepciones, centro de cita y de movimiento para tus damas hermosas y tus apuestos caballeros; aun surjen en mi imaginación las perspectivas de tus calles cerradas por griegos pórticos cuyos áticos cortan el más claro y azul de los cielos, y sobre todo esto, aun guardo en el alma la grata impresión que produjo en mi ánimo, aquella sociedad que encierras, toda franqueza, toda verdad, toda cariño, en que se lleva el corazón en la mano, se cree en la amistad y en la fraternidad y se cultivan con extraordinario genio las más bellas artes humanas: la música, el canto, la poesía y la pintura

¿Quién es de tus mujeres, árabes en su contextura garbosa y en su mirar de fuego, la que no lleva en sus manos una falanje de genios que arrancan de las teclas del piano las más arrobadoras armonías? Detrás de tus patios floridos salen al caer la tarde misteriosos ecos de voces argentinas: es que cantan las reinas de tus pacíficos hogares y cantan con la voz de Anfión, que conmovía hasta las piedras.

La elegancia de las mujeres de Guadalajara tiene el mérito de su naturalidad y de su sencillez; basta verlas en aquella plaza con cuánta magestad no estudiada convierten un chal en manto y en soberbia túnica el traje de vaporoso linón en las noches de verano.

Además, hay un acento musical en la palabra, que cautiva á los viajeros.

Pero doy rienda suelta á mi imaginación y sin lógica no puedo ser atendido.

Debo, pues, proceder con método.

Acompáñenme mis lectores é iremos visitando punto por punto.

Estamos en la plaza, os la describiré á grandes rasgos y entraremos juntos á la Catedral y á Palacio.

Tened entendido que es preciso descubrirnos con respecto ante ese Palacio, allí estuvo el inmortal Hidalgo y en él firmó el decreto de la esclavitud haciéndose más grande que Washington, que no se atrevió á tanto en su época.

La plaza principal de Guadalajara forma un cuadro que tiene en el lado oriental el palacio de gobierno, en el occidental el portal de Bolívar, en el lado del Sur el Portal Quemado ó de Quintanar y en el Norte el costado del Sagrario que luce su elegante pórtico, su cúpula muy notable y sus cornisamentos y barandales, todo del orden dórico.

Detrás del panorama que el Sagrario ofrece á los ojos del viajero, surgen las torres de la Catedral, de forma gótica, semejando dos esbeltas pirámides que clavan sus cúspides en el espacio.

Hay en la plaza cuatro amplias banquetas, cuyo pavimento es de ese ladrillo bruñido y sólido que resulta tan terso y brillante como una mesa de caoba; cada banqueta está separada en dos secciones longitudinales por una serie de naranjos y de asientos de madera y fierro: los bordes interno y externo de la banqueta tienen también su serie de naranjos y columnas con faroles.

El cuadro interior está convertido en un jardín donde nunca faltan exquisitas flores.

En medio de ese cuadro se alza un esbelto kiosko, construido por los soldados del 13º batallón y destinado á las músicas que tocan en las noches.

Allí hemos oído con verdadero arrobamiento la música del 27º Batallón, que dirigió mucho tiempo el notable maestro D. Clemente Aguirre y que hoy dirige uno de sus más aventajados discípulos el hábil clarinetista Lorenzo Santibáñez.

En cada esquina del jardín hay una fuente.

¡Nada más poético que los paseos nocturnos en esa pintoresca plaza!—El embriagante aroma de las flores, los dulces acordes de la música, los encantadores rostros de las elegantes mujeres de aque-

lla tierra, el clima delicioso y el afable trato de la sociedad jalisciense, convierten aquel sitio en un salón donde el cariño, la franqueza y la cordialidad, estrechan los lazos del mutuo afecto y amenizan las horas primeras de cada noche.—Porque estas reuniones tienen su tiempo determinado.—Llegan á las siete los concurrentes y se retiran á las ocho; vuelven á la nueve y se retiran á las diez y media ó las once.

Es preciosa esa plaza cuando está bien concurrida y allí las horas vuelan y las amarguras se olvidan. Es un girón de cielo en que andan sueltos los angeles, porque debemos decirlo, en Guadalajara, las jóvenes andan solas en esos paseos y nadie se atreve á molestarlas ni á lanzarles una flor descompuesta ni á interrumpirles el paso.

Está demasiado civilizada aquella sociedad y pueden las más bellas señoritas salir sin ninguna compañía á las nueve de la noche con la seguridad perfecta de que todos las respetarán y las ampararán en cualquier evento desagradable.

Y hay necesidad de ver cómo es el bello sexo de Guadalajara; reune á la hermosura la ilustración y la franqueza y atrae lo mismo con su conversación amena que con su sonrisa llena de gracia.

En el paseo de la plaza se sigue rigurosamente la costumbre de que todas las damas vayan en un sentido y los caballeros en el opuesto.

Así todos ven á todas y todas ven á todos.

¿Queréis mayor encanto y mejor fortuna?

Pero ya que estamos tan cerca, entraremes á la Catedral á la que por su majestad, su belleza y su elegancia le llaman la perla de Jalisco.

Es en efecto un templo suntuoso: su longitud es de setenta y ocho metros y su latitud de treinta y tres; tiene dos naves laterales y una principal paralela á su longitud. En esta nave está el altar mayor con ciprés de mármol blanco y adornos de bronce, con cuatro estátuas en sus cuatro ángulos, representando á los evangelistas y midiendo dos metros de tamaño.

Este ciprés costó treinta mil pesos y sustituye al riquísimo de plata que se perdió en 1860 en una de nuestras guerras intestinas.

Las bóvedas de la Catedral descansan sobre cuarenta y ocho arcos de la misma altura, teniendo las claves á la elevación de diez y nueve metros, lo cual, da un aspecto imponente al conjunto.

Tiene la Catedral tres puertas al poniente, una al costado norte, y otras de la sacristía y oficinas al oriente y al sur del edificio. El orden arquitectónico del templo es el dórico, y sus once altares pertenecen al orden corintio. Tiene dos esbeltas torres de altura total de setenta metros; se alzan sobre la cornisa general con la forma de cuerpo de planta cuadrada sustentando una pirámide octagonal que las remata. La distancia de torre á torre es de veintitrés metros, y en medio de ellas está el relój, en el centro de un gran semicírculo ornamentado con estilo ojival.

Se conserva dentro de ese suntuoso templo una pintura original de Murillo que representa á la Asunción, y que está valuada en más de veinte mil pesos.

Murillo, es uno de los pintores cuyo estilo y pureza se conocen á primera vista, cuando se ha tenido la fortuna de admirar constantemente sus muchos cuadros originales, encerrados en uno de los más amplios salones del museo de Madrid.

Por esto, creo, que sin esfuerzo pude sin que nadie me hubiera advertido que en la Catedral de Guadalajara existía tan rico tesoro, conocer el mérito del cuadro y la egregia mano que movió los pinceles que produjeron la obra.

Tiene esa virgen la expresión celestial que solo imprime el genio á sus creaciones. Flota el traje sin dejar que se adivinen formas humanas y se ve cómo separa el aire las hebras del cabello, cómo brillan con luz divina los ojos, cómo irradia en la frente el esplendor de la más alta inteligencia y cómo se animan y vuelan en tranquila atmósfera los ángeles que acompañan á la Reina de los cielos.

Es un gran cuadro que llama mucho la atención y que exije ser visto por muchas horas consecutivas á fin de entender y de valorizar su mérito. Con motivo de ese famoso cuadro pude oír varias opiniones que me revelaron el entusiasmo con que se estudia y se cultiva en Jalisco el arte de la pintura. Allí hay muchos que si pudieran disponer de más amplio campo y de mejores elementos darían gloria universal á la tierra en que han nacido.

Los cuadros de José Guadalupe Montenegro, por la inspiración por el colorido, por el dibujo y en general por la nueva y hermosa escuela con que están ejecutados, engalanarían las mejores galerías de pintura en cualquier parte.—Montenegro es pintor-poeta, porque huye de lo rebuscado, quiebra los antiguos moldes y va á bus-

car en la naturaleza, ya sea en el horizonte lleno de celajes, en el campo lleno de flores, ó en el aire cruzado por algún pájaro que busca el nido, los motivos de sus obras que hablan sin embozo al sentimiento arrobando la vista y cautivando el ánimo.

Montenegro pinta por ejemplo una rosa junto á una fuente, y en los pétalos halláis como en el agua, realismo y verdad; parece que si tocais los primeros se marchitan, y si tocais la segunda se os mojan los dedos.—Y en medio de esto hallaréis el idealismo de la poesía espontanea, creeréis que la rosa se asoma coquetamente á la superficie del agua para que la retrate y os parecerá que el agua se ha tornado más límpida para retratar mejor á la rosa.

He oído hablar de cuadros de Montenegro como "El Nido de Aguila" "Ariadna consolada por el amor" "Pandora" "Golden Gate" y "La Caza" en que están reveladas sus grandes facultades pictóricas. Hay en este artista genio; frescura y novedad en sus lienzos; alas poderosas en su imaginación y gran modestia en el carácter. —Es hijo de un patriota inmaculado que consagró toda su vida y todos sus intereses á la defensa de la libertad y de las ideas republicanas.—El artista ha ganado laureles envidiables que son la mejor ofrenda que puede depositar sobre la veneranda fosa del noble autor de sus días.

El General José Guadalupe Montenegro, llamado en Jalisco, el decano de los liberales, tiene en este hijo un digno heredero de su limpio nombre.

Muchos pintores notables tiene Jalisco y larga sería la lista de sus nombres, pero no puedo omitir á Carlos Villaseñor, discípulo en dibujo de D. Gerardo Suárez y en colorido de D. Jacobo Gálvez y de D. Pablo Valdès. Ha hecho cuadros muy notables que honran á la moderna escuela mexicana.

Pero me voy separando de mi objeto principal y me he olvidado del templo que estaba describiendo.

JUAN DE DIOS PEZA.

(Continuará.)

EN LA ORILLA DEL MAR.

Sentado en la agreste peña
De la montaña escarpada,
Sumergía la mirada,
Medio oculto entre la breña,
En la extensión azulada.

A mis plantas se extendía
La inmensidad de la mar,
Y en el horizonte ardía,
Comenzando á alborear,
El fulgor del nuevo día.

Alborozadas las brisas
Por doquier se levantaban,
Y entre sus alas llevaban
Rumores, lamentos, risas,
Que de otros mundos llegaban.

Haces de luces hendían
Los trasparentes espacios,
Mansas las olas bullían
Y sus penachos lucían
Perlas, zafir y topacios.

Y lleno así el hemisferio
De sombra, luz y armonía,
Este mundo parecía,
A favor de aquel misterio,
Mundo de la fantasía.

Y en medio de aquel albor,
Y á compás de aquel rumor

Que no turbaba la calma,
Alzábanse en mi interior
Los monólogos del alma.

¡Brisas sonoras del mar
Que no os cansais de volar
En la esfera trasparente,
Quiero sentir por mi frente
Vuestras alas resbalar!

¡Rayos del día que avanza
Blancos, amarillos, rojos,
Sonrisas de lontananza,
Resplandeced sin tardanza
Aun cuando cieguen mis ojos!

¡Ecos distantes, perdidos,
Y rumores misteriosos
En los aires suspendidos,
Llegad hasta mis oídos
En coros armoniosos!

¡Aves que huyendo las brumas
Surcais los mares y el cielo
En lechos de luz y espumas,
Dadme vuestras leves plumas
Para emprender raudo vuelo!

Quisiera en mi desvarío
Hender el azul vacío
De ese cielo inmensurable,
Y hundirme en el seno frío
De ese piélago insondable.

No sé qué ambición violenta
Mi corazón alimenta:
Voz misteriosa, hondo grito
De un ser á quien atormenta
El afán del infinito.

Tener quisiera el acento
Del ave, del mar, del viento,
De cuanto voz tiene ó canto,

Para alzar el himno santo
Que hervir en mi pecho siento.
¡Luces, frescura, armonía
En ráfagas me circunden,
Y en lánguida poesía
Bañen la existencia mía,
Y eternamente me inunden!
¡Lucid, lejanos fulgores!
¡Rodeadme sin cesar,
Misterios de cielo y mar!
¡Brisas, cánticos, rumores,
No ceseis de resonar!.........

JOSÉ LÓPEZ-PORTILLO Y ROJAS.

HUMORADAS.

El corazón hácia los veinte abriles
suele creer con el más vivo anhelo
que es dueño universal de esos pensiles
cerrados por la bóveda del cielo.

*
* *

Odio á esa infiel; más durarán mis sañas
hasta el día feliz en que me llame,
pues cuando toca á ellas esa infame
siempre le abren las puertas mis entrañas.

R. DE CAMPOAMOR.

NAPOLEÓN BONAPARTE.

(CONTINÚA.)

No es más discreto respecto á sus caprichos (1): después de descubrir á su cómplice y precipitar el desenlace, divulga el hecho y dice el nombre, dando á Josefina los más íntimos detalles sin tolerar que se queje. "Tengo derecho de contestar á todas vuestras quejas por un eterno *Yo.*"

En efecto, con esta sola palabra responde á todo, y para explicarse añade: "Estoy separado de todo el mundo, y no acepto condiciones de nadie." No comprende y rechaza sin vacilar, todos los miramientos, todos los códigos, aunque sea el vulgarísimo de la urbanidad exterior, que atenúa y disimula la brutalidad primitiva, y permite que los hombres se rocen sin chocar entre sí. "No me agrada esa frase vaga (2) que decis á cada momento; es solo una invención de los necios, que intentan parecerse á las gentes de talento, una mordaza que estorba á los genios superiores y sirve solo á las medianías...... ¡Ah! el buen gusto...... Es una de las palabras clásicas con que no puedo avenirme"—Es vuestro enemigo personal le decía en una ocasión M. de Talleyrand; si pudieseis desembarazaros de èl á cañonazos, hace mucho tiempo que ya no existiría"—La causa de esto es que el buen gusto es la obra suprema de la civilización, el vestido más íntimo de la desnudez humana, el que se adhiere más á la persona, el último que guarda cuando deja los

[1] *Ibid*, Mme de Rémusat, I, 114, 122, 206; II, 110, 112.
[2] *Ibid*, I, 277.

demás, y que constituye una traba para Napoleón, que él aparta porque molesta á su gesto instintivo, el gesto desenfrenado, dominador y salvaje del vencedor, que derriba al vencido y pone la mano sobre él.

Con estos procedimientos no es posible la asociación, sobre todo entre esas personas armadas que se llaman estados ó naciones: se hallan limitadas en política y diplomacia, y sus jefes ó representantes tienen cuidado de evitar respecto de sus vecinos cualquiera cuestión enojosa. Se consideran obligados á tratarlos como iguales, atienden á sus susceptibilidades, tratan de no abandonarse nunca á la irritación del momento y á la pasión personal; en pocas palabras, observan una conducta prudente y calculan la frase más insignificante: de ahí el tono de los manifiestos, protocolos, despachos y demás papeles públicos, el estilo obligado de las cancillerías, tan frío y desairado, las expresiones veladas, distantes de cualquiera resolución extrema, las inmensas frases, que parecen cortadas por el mismo patrón, especie de cojín blando que se interpone entre los contendientes para amortiguar sus choques. Existen de estado á estado grandes disgustos recíprocos, muchos conflictos dolorosos é inevitables, muchas causas de descontento, para que se les unan las heridas que la imaginación y el amor propio pueden aumentar—Todo lo contrario hace Napoleón: su actitud agresiva y militante se manifiesta hasta en las conversaciones pacíficas; consciente ó inconscientemente, levanta la mano; se conoce que va á golpear, y maltrata al que se aproxima. En sus correspondencias con los soberanos, en las proclamas oficiales, en las conversaciones con los embajadores, y hasta en las audiencias públicas (1), provoca, amenaza y desafía (2), mide á su adversario,

[1] *Hansard's Parliamentary History*, t. 36, p. 310. Despacho de Lord Witwortt á Lord Hawkesbury, 14 de marzo de 1803, y relación de la escena que pasa con el primer cónsul: "Todo esto se decía en voz bastante alta para que se oyera por las doscientas personas presentes."—Lord Withworth [despacho del 17 de marzo] se queja de ello á Talleyrand, y le anuncia que dejará de visitar las Tullerías, si no se le promete que dejará de sufrir en lo sucesivo bochornos semejantes.—Esto lo aprueba Lord Hawkesbury [despacho del 27 de marzo] que declara tales cosas ofensivas á la Inglaterra.—Escenas análogas de intemperancia y presunción hace sufrir á M. de Metternich, en Paris en 1809, y en Dresde en 1813; al príncipe de Korsakof en Paris en 1813; á M. de Balachof en Wilna en 1812; al príncipe de Cardito en Milán, en 1815.

[2] Antes de la ruptura de la paz de Amiens [*Moniteur*, 8 de agosto de 1802].

y algunas veces le atribuye las cosas más injuriosas (1); divulga los secretos de la vida privada, del gabinete, de la alcoba; difama ó calumnia á los ministros y á la esposa (2). De propósito hiere en el punto sensible; hace saber al desgraciado que es un iluso, un marido engañado, un cómplice de asesinatos; le habla con el tono con que el juez interroga al culpable, lo regaña como haría un superior con su inferior, ó más bien, un preceptor con su discípulo. Con sonrisa llena de lástima le explica sus faltas, sus debilidades, su incapacidad, le demuestra que tiene cerca la caida y la humillación.—Dice en Willna al enviado del emperador Alejandro (3): "Rusia

"El gobierno francés está establecido de una manera más duradera que el inglés." [*Moniteur*, 10 de setiembre de 1802]: "¡Qué diferencia entre este pueblo, que conquista por amor á la gloria, y un pueblo de mercaderes, que se convierte en conquistador!" [*Moniteur*, 20 de febrero de 1803]. "El gobierno lo afirma con legítimo orgullo: no podría la Inglaterra luchar hoy con la Francia."—Campaña de 1805, 9º boletín, palabras de Napoleón al estado mayor: "Doy un consejo á mi hermano el emperador de Alemania: que se apresure á hacer la paz! . Ahora es tiempo de recordar que los imperios tienen que concluir, y á la verdad debe espantarle la idea de que ha llegado el término de la casa de Lorena."—Carta á la reina de Nápoles, 2 de enero de 1805: Escuche Vuestra Majestad una profecía: pasada la primera guerra que suscite, vos y vuestros hijos dejaréis de reinar, y ellos errantes mendigarán socorros de sus allegados en las demás cortes."

[1] 37º boletín anunciando la marcha de un ejército contra Nápoles "para castigar las traiciones de la reina, y precipitar del trono á la mujer criminal que con tanta impudencia ha violado lo más sagrado que hay entre los hombres."—Proclama del 12 de mayo de 1809: Los príncipes de la casa de Lorena han abandonado á Viena no como soldados de honor, sino como criminales perseguidos por sus remordimientos...... Al huir se han despedido de los habitantes con la muerte y el incendio. Han degollado, como Medea, á sus propios hijos."—13º boletín: "El furor de la casa de Lorena contra la ciudad de Viena."

[2] Carta al rey de España, 18 de setiembre de 1803, y nota al ministro español, respecto al príncipe de la Paz: "Este favorito advenedizo ha llegado por el más criminal de los caminos á un grado de favor desconocido en los fastos de la historia...... Aleje Vuestra Majestad de su lado á un hombre que conserva en su puesto las pasiones de su carácter, y no existe más que por sus vicios."—Después de la batalla de Iena, boletines 9º 17, 18 y 19. Comparación de la reina de Prusia con Lady Hamilton, insinuaciones clarísimas sobre una intriga con el emperador Alejandro. "Todo el mundo confiesa que la reina es autora de los males que sufre la nación prusiana. Se oye decir por todas partes: ¡Cuánto ha cambiado la reina desde su entrevista! Guardaba en el aposento que ocupaba en Potsdam, el retrato del emperador Alejandro, que se lo habia regalado."

[3] *La guerra patriótica* (1812—1815], según las cartas de los contemporáneos, por Doubravine [en ruso]. El informe del enviado ruso, M. de Balachof, está en francés.

no quiere esta guerra, ni la aprueba ninguna potencia de Europa, inclusive Inglaterra, porque se preveen los males que sobrevendrán á Rusia...... Sé como vosotros, y tal vez mejor, el número de tropas que poseeis. Vuestra infantería forma un total de...... 120,000 hombres, vuestra caballería 60 ó 70,000, y yo tengo tres veces más...... El emperador Alejandro está mal aconsejado; ¿no sentirá bochorno por tener cerca de sí individuos tan víles? Ved si no á Armfeld, hombre intrigante, depravado, bribón y disoluto, famoso por sus crímenes, y que aborrece á Rusia; Stein, un tunante cuya cabeza ha sido puesta á precio; Bennigsen, que tiene á lo que se dice talentos militares, pero que ha empapado en sangre sus manos (1)...... Que se rodee de rusos adictos á su persona, y nada tendré que decir..... ¿No hay entre vosotros nobles que le servirían mucho mejor que los mercenarios? Que encargue en buena hora á Armfeld el mando de la Finlandia, pero tenerlo en la corte! Bah!...... Que hermosa perspectiva tenía el emperador Alejandro en Tilsitt, y sobre todo, en Erfurt!.... Ha perdido el más bello reinado que haya habido en Rusia...... ¿Es posible que admita en su corte á Stein, á Armfeld, y Vinzingerode? Decíd al emperador Alejandro que como reune cerca de su persona á los enemigos de la mía, quiere injuriarme, y yo debo hacer lo mismo con él: expulsaré de Alemania á toda su parentela de Baden, Wurtemberg y Weimar; que les vaya preparando, pues, un asilo en Rusia!"—Notad lo que llama *injuria personal* (2) y que trata de vengar por las peores represalias, introduciéndose al gabinete de los soberanos extrangeros, expulsando á sus consejeros y gobernando al consejo: no se conduciría de otra manera el senado romano respecto de Prusias y Antioco, ó un residente inglés con los reyes de Oude y Lahore. En la casa propia y en la agena obra como so-

[1] Alusión al asesinato de Pablo I.

[2] Stanislas de Girardin, *Memorias* III 249. [Recepción del 12 nivoso año X]: El primer cónsul dijo á los senadores: "Ciudadanos, os prevengo que tomaría él nombramiento de Danau como una *injuria personal*, y bien sabeis que nunca he tolerado una sola.—*Correspondencia de Napoleón I.* [Carta del 23 de setiembre á Champagny]. "*Me ha injuriado el emperador Francisco* al decirme que nada cedo, cuando reduje mis demandas á más de la mitad." [En lugar de...... 2,750000 austriacos, pedía 1,600000].—Rœderer, III, 377 [24 de enero de 1801]: "Es menester que el pueblo francés tolere mis defectos, si halla en mí algunas cualidades; mi defecto principal es no soportar las injurias."

berano. "La aspiración al dominio universal (1) está en su naturaleza; puede modificarla ó contenerla, pero no llegará á extinguirla nunca."

Esta ambición estallaba ya desde el tiempo del consulado, y por esta causa no pudo durar la paz de Amiens; á través de las discusiones diplomáticas, se deja ver que más que los agravios alegados, las verdaderas causas de la ruptura consisten en su carácter, sus proyectos, sus exigencias, el uso que piensa hacer de la fuerza. En términos bastante inteligibles y hasta con palabras expresas dice á los ingleses: "Echad de vuestra isla á los Borbones y cerrad la boca á los periodistas; si esto pugna con vuestra Constitución, tanto peor para ella, ó tanto peor para vosotros;" existen "principios generales del derecho de gentes, ante las cuales callan las leyes (particulares) de los estados (2)." Cambiad vuestras leyes fundamentales, suprimid como yo la libertad de la prensa y el derecho de asilo; "pues á la verdad me inspira una idea muy mezquina el gobernante que no impide las cosas que pueden desagradar á los gobiernos extrangeros (3)." En cuanto á mi intervención con mis vecinos y mis recientes adquisiciones de territorio, nada os importa, "¿Hablais del Piamonte y la Suiza?—Son *bagatelas* (4) solamente'. . . ." Europa ha reconocido que Holanda, Italia y Suiza están á disposición de la Francia (5). Además, me obedece España, y

[1] M. de Meternich, II, 378. [Carta del emperador de Austria, 28 de julio de 1810].

[2] Nota presentada por el emperador de Francia, Otto, 17 de agosto de 1802.

[3] Stanislas Girardin, III, 296. (Palabras del primer cónsul, 24 floreal año XI): "Con muchos meses de anticipación había propuesto al ministerio británico llegar á un arreglo en virtud del cual se expediría tanto en Francia como en Inglaterra, una ley que impidiera á los periodistas hablar bien ó mal de los gobiernos extranjeros, y nunca quiso consentir en ello." St Girardin: "No podía."—Bonaparte: "¿Por qué?"—St Girardin: "Porque esa convención habría sido contraria á las leyes fundamenteles del país."—Bonaparte: "Tengo muy mezquina opinión," etc.

(4) Hausard, t. XXXVI, p. 12,981. (Despacho de Lord Withworth, 21 de febrero de 1803, conversación con el primer cónsul en las Tullerías).—Seeley, *A short History of Napoleón the first. Bagatelas* es una expresión dulcificada; en un paréntesis que no se ha impreso nunca, Withworth añade: Era demasiado trivial y baja la expresión de que se sirvió, para que hallara sitio en cualquier lugar que no fuera la boca de un cochero.

(5) Lanfrey, *Historia de Napoleón* II, 482. [Palabras del primer cónsul á los delegados suizos, conferencia del 29 de enero de 1803].

tengo debido á ella á Portugal; puedo, pues, cerrar para vosotros todos los puertos," desde Amsterdam á Bordeaux, desde Lisboa á Cádiz y Génova, desde Liorna á Nápoles y Tarento. No comerciareis con nosotros, pero si os dejo alguna salida será irrisoria: por cada millón de mercancías inglesas que importeis á Francia, exportareis un millón de mercancías francesas (1); mas bien, sufriréis un bloqueo continental á las claras ó disfrazado; padeceréis estando en paz, tanto como en tiempo de guerra. Tengo ahora fijos los ojos en Egipto, pues "bastarían seis mil franceses para reconquistarlo (2)." Volveré allá de cualquier modo, pues no han de faltar oportunidades, y las aprovecharé; ese país "tarde ó temprano pertenecerá á la Francia por la disolución del Imperio otomano ó por cualquier arreglo con la Puerta (3)." Evacuad á Malta para que el Mediterraneo se convierta en un lago francés; quiero dominar en la tierra y el mar, en oriente y occidente. En conclusión, "la Inglaterra no debe ser sino un apéndice de mi Francia: la naturaleza la hizo una de nuestras islas, como Córcega ú Olerón (4)." Nadie dudará que ante perspectiva semejante guardan los ingleses á Malta y vuelven á la guerra.—Previó el caso el emperador, y tomó su resolución anticipada; con una mirada apercibe los horizontes que le abre tal resolución, y anuncia que la resistencia de los ingleses va á "obligarlo á conquistar la Europa (5)......" "El primer cónsul tiene treinta años tan solo, y no ha destruido más que estados de segundo orden. ¿Quién sabe el tiempo que necesitará para cambiar la faz de la Europa y resucitar el imperio de Occidente?"

---

[1] Sir Neil Campbell, *Napoleón at Fontainebleau and Elba*, p. 201. [Palabras de Napoleón en presencia de Sir Neil Campbell y demás comisarios].—Es mencionado en idénticos términos el mismo proyecto en el Memorial de *Santa Elena*.—Pelet de la Lozére. *Opiniones de Napoleón en el consejo de estado*, p. 238 (sesión del 4 de marzo de 1806]. Cuarenta y ocho horas después de la paz con Inglaterra prohibiría los géneros extrangeros y promulgaría una acta de navegación por la cual no permitiría la entrada á los puertos más que á navíos franceses, construidos con maderas francesas y tripulados por individuos franceses. Hasta el carbón y los milores ingleses, se embarcarían bajo el pabellón francés."—*Ibid*, 32.

(2) *Moniteur*, 30 de enero de 1803. (Informe de Sebastiani.)

(3) Hansard, tomo XXXVI, 1298. (Despacho de Lord Withworth, 21 de febrero de 1803, palabras del primer consul á Lord Withworth.)

(4) Memorial. (Palabras de Napoleón, 24 de marzo de 1806.)

(5) Lanfrey, II, 476, (Nota á Otto, 23 de octubre de 1802.) Thiers, IV, 249.

Someter el continente para excitarlo luego contra la Inglaterra; tal es el medio que aplica, tan violento como el fin que se propone, pero uno y otro le son sugeridos por su carácter. Nunca mira á nadie como igual, pues es demasiado precipitado é impaciente para ello, ni obra sobre los ánimos más que por la fuerza, pues los que le ayudan son súbditos más que aliados suyos.—Más tarde, en Santa Elena, con la fuerza portentosa de imaginación (1) que posee, presentará al público ensueños humanitarios; pero por confesión suya, para cumplir su ideal retrospectivo de ser un soberano pacificador y liberal, necesita la sumisión de la Europa entera: "habría sido un Washington coronado, dirá, pero no habría podido obtenerlo sin alcanzar la dictadura universal, que es lo que he pretendido (2). En vano le demuestra el sentido común, que esa empresa une la Inglaterra al continente, y que el medio lo separa del fin; en vano se le hace ver que tiene necesidad de un aliado seguro (3), que debe ser el Austria, que es menester no desesperarla sino halagarla, completarla por el oriente, ponerla en conflicto permanente con la Rusia, unirla al imperio francés por la comunidad de intereses. En vano después de Tilsitt concluye con la Rusia un convenio semejante; el convenio no puede durar, porque concluida la asociación, Napoleón arrebata, amenaza, ataca (4), tiende á reducir á Alejandro á la categoría de simple subordinado. Ningún testigo perspicaz puede dudarlo; desde 1809 escribe un diplomático: "El sistema que priva hoy en Francia está

---

(1) *Correspondencia de Napoleón I.* (Carta á Clarke, ministro de la guerra, 18 de enero de 1814: "Si hubiera tenido en Lepzig 30,000 balas de cañón (para disparar) el 18 en la tarde habria sido dueño del mundo."

(2) *Memorial*, 30 de noviembre de 1815.

(3) Lanfrey, III, 339, 399. (Cartas Talleyrand, 11 y 27 de octubre de 1805, y memoria dirigida á Napoleón.)

(4) En el consejo que tuvo lugar en ocasión del matrimonio del emperador, Cambeceres opinó infructuosamente por la alianza rusa; dijo á Mr. X.... la semana siguiente. "Cuando no se posee más que un buen argumento, y es imposible decirlo, evidentemente es uno derrotado.... Pero vereis como era tan poderoso el que poseía, que bastaría una palabra para hacer comprender su fuerza. *Estoy enteramente seguro de que antes de dos años tendremos guerra con aquella potencia con la cual no se haya aliado el emperador;* no me causa inquietud la guerra con Austria, pero me estremezco al pensar que tuviéramos que sostenerla con Rusia: son incalculables las consecuencias que nos traería." (*Memorias* inéditas de Mr. X...., II, 463.)

dirigido (1) contra los "grandes estados," pues aunque no sean Inglaterra, Rusia y Austria, basta que traten de defender su independencia; pues si permanecen independientes pueden convertirse en hostiles, y es menester concluir con un enemigo probable.

Una vez precipitado en está pendiente, no puede ya detenerse; su carácter, así como la situación que guarda, lo impelen á ello, y el pasado lo precipita al porvenir (2):—En el momento de romperse la paz de Amiens, es tan fuerte ya, que sus vecinos se ven obligados á aliarse con la Inglaterra para su seguridad: esto lo arrastra á destruir las antiguas monarquías intactas todavía, á conquistar á Nápoles, á mutilar al Austria, á desmembrar la Prusia, á fabricar reinos para sus hermanos en Nápoles, Holanda y Wetsfalia.— Por este tiempo cierra á los ingleses todas las puertas de su imperio, lo cual trae por consecuencia que les cierre todas las del continente, que establezca el bloqueo continental, que proclame una cruzada europea contra ellos. No tolera soberanos neutros como el papa, subalternos tibios como su hermano Luis, colaboradores que inspiren dudas como los Braganza de Portugal y los Borbones de España; por tal razón se apodera de estos paises, de los Estados pontificios y la Holanda, de las ciudades anseáticas y del ducado de Oldenburgo, hasta tener en todo el litoral, desde las bocas del Cataro y Trieste, hasta Hamburgo y Dantzig, una red de comandantes militares, prefectos y aduaneros, red que estrecha más cada día hasta oprimir con ella, no solo al consumidor, sino también al productor y al comerciante (3):—Ejecuta todo esto en la forma

[1] M. de Metternich, II, 305. (Carta al emperador de Austria, 10 de agosto de 1809.]—*Ibid*, 403 [Carta del 11 de enero de 1811.) "Nunca ha variado mi parecer sobre los proyectos y planes de Napoleón; su único objeto es conseguir la realización de la monstruosa utopia que quiere la servidumbre del continente bajo una sola mano, que ha de ser la suya."

(2) *Correspondencia de Napoleón I.* (Carta al rey de Wurtemberg, 2 de abril de 1811): "Habrá guerra á pesar suyo (del emperador Alejandro) á pesar mío, de los intereses de Francia y los de Rusia. Esto lo he visto con tanta frecuencia, que mi experiencia del pasado me revela el porvenir."

(3) Mollien, III, 135 190.—En 1810 "alza de 400 por 100 en el azúcar, de 100 por 100 en el algodón y las materias tintoreas."—"Estaban empleados en la frontera más de 20,000 aduaneros contra más de 100,000 contrabandistas en actividad continua y favorecidos por el público."—*Memorias* inéditas por Mr. X......, III 284.—Había licencia para importar géneros coloniales, pero á condición de exportar una cantidad proporcional de objetos franceses, los cuales rechazaba la Ingla-

que se conoce, muchas veces por un simple decreto, sin alegar otro motivo que su interés, sus conveniencias y su antojo (1).

H. TAINE.

(Concluirá)

EN EL ABANICO DE MI PRIMA.

En ósculo de amor indefinible
Se unieron nuestras almas,
Antes de descender del bajo mundo
A la negra morada.

¿Cuándo será que tornen á juntarse
Las divididas ramas,
Y que una misma sabia poderosa
Haga creer á entrambas.

MARCELINO MENENDEZ PELAYO.

---

tierra. En consecuencia no pudiendo la Francia aprovecharse de estos objetos, se les arrojaba al mar."—"Se destinó en su principio á este objeto el sobrante de las manufacturas, pero después se fabricaban efectos que no tenían otro destino, tales como los rasos y tafetanes de Lyon.

(1) Ploclama del 27 de diciembre de 1805: "La dinastía de Nápoles cesó de reinar ya; su existencia es incompatible con el reposo de Europa y la dignidad de mi corona.—Mensaje del 10 de diciembre de 1810, dirigido al Senado:" Siéndome necesarias nuevas garantías, me ha parecido indispensable la reunión de las embocoduras del Escalda, el Meuse, el Rhin, el Ems, el Wesser y el Elba....La reunión del Valais es una consecuencia de los inmensos trabajos que he emprendido desde hace diez años en esta parte de los Alpes."

DILUVIO.

(CON MOTIVO DE LA CATASTROFE DE LEON).

A FRANCISCO SOSA.

¡Mudanza persistente de Natura!
Es la risa del llanto precursora,
Presagio de infortunio la ventura,
Y á la vida más próspera en un hora
Pone súbito fin la sepultura.

La soberbia metrópoli que erguía,
Henchida de contento y de riqueza,
La gallarda cabeza
Sobre el extenso llano rumoroso,
De terremoto súbito al empuje
Vacila, ondea, cruje,
Yace montón de escombros pavoroso.
Arroyuelo que el valle fertiliza
Y de verdura y flores le matiza,
Conviértese en torrente que estruendoso
Aniega, desbarata, aterroriza.

Súbito, del estío en los ardores,
El cielo se encapota;
Y con roncos rigores

Del huracán la saña
Plantas, árboles, cúspides azota.
Chócanse los vapores, y combaten
Con alongado, retumbante trueno:
Las vívidas centellas,
—Serpientes luminosas—
Surcan el éter, huérfano de estrellas;
Y al paso que la lucha horrible sube,
Es Niágara implacable cada nube.

Hinche el diluvio la extensión del valle.
Por la ciudad dormida
Abre el torrente ilimitada calle;
Y en rugidora saña
Así arrastra el magnífico palacio
Como, y aun más, la mísera cabaña.

Terror y confusión; alto lamento,
Y lágrimas y gritos y ruinas;
Cadáveres sin cuento;
Y la sombra nocturna,
En su contorno vago,
Encubriendo á la víctima aterrada
La atroz grandeza del tremendo estrago.

Alumbra ¡oh sol! alumbra. Ya que plugo
Rasgar su inmensa catarata al cielo
Hoy de la tierra bárbaro verdugo,
Como imprecaba el héroe del poema,
Dá siquiera á las víctimas tu lumbre
Y tu rigor extrema
Desde el seguro de inaccesa cumbre......
....

Cálmanse al fin las iras del Destino;
Y mientras lejos ruje la tormenta,
Anhelosa quizás de nuevo amago,

Contempla y mide el mísero vecino
La inmensidad del espantoso estrago.

Pobreza luto! expatriación! ¿Qué voces
Dirán la inmensidad del infortunio
Que á la inocente muchedumbre arranca
De la familia y del hogar los goces?
¿Que lágrimas serán, qué horror, bastantes
A deplorar el fiero cataclismo?
¿Qué crímenes triunfantes
De punición abrieron el abismo?

¡Misterio aterrador! Mientras el malvado
Vence y reina, sucumbe el inocente.........
¿Será que el cielo, al llanto indiferente,
Sordo del justo al ruego,
Castigue en muchos la maldad de pocos
Lanzando en ciego error rayo más ciego?

¡Horrible pensamiento, huye del alma!
Ante la gran catástrofe se humille
Sumisa la Razón. Si no la calma
Que la resignación siquiera brille.
La faz de los que gimen desarrugue
De la Esperanza dulce la presencia;
La Religión sus lágrimas enjugue,
La Caridad alivie su indigencia.

¡Espectáculo hermoso! Aun guarda el suelo
De cristianas virtudes los vestigios,
Y reproduce en torno á tanto duelo
De fraternal abnegación prodigios.

Tú, de Anáhuac emporio,
De desventura igual bajo el amago,
De tus hermanas al socorro acudes
Aunque á tus puertas el salobre lago,

Que ser debiera de riquezas fuente,
Amenaza quizás mayor estrago.

Ya el recelo de idéntico diluvio
Al cortesano en sueños estremece;
Ya de cruel pesadilla en los desmanes,
Mira cuál se ennegrecen los volcanes:
—Colosos de granito,
Que, en clámides de hielo arrebujados,
Reinan en comunión con lo infinito;—
O vé que el Sempiterno
Regulador del Orbe,
Lo libra todo al Destructor eterno.

Dispierta con sudor, se palpa, duda......
Y en ferviente plegaria
Implora del Señor que, cual de un padre
La compasión retira
Azote contra el hijo enderezado,
El rayo formidable de su ira
Aleje de este Valle amenazado.

C. del Collado.

Julio de 1888.

EL PRIMER AMOR.

(CONTINÚA.)

¡Mal hayan mil veces los primos de las muchachas bonitas, esos maliciósos anfibios que respiran con igual desembarazo el ambiente de la familia y el aire de los otros prójimos, y gozan de lo más florido, así de las prerrogativas que los usos sociales conceden á los parientes, como de las excelencias que las leyes divinas y humanas otorgan á los extraños!

Hanme inspirado siempre negra envidia esas deliciosas posiciones dobles, en que se presenta una faz tan risueña al oriente como al occidente, para recibir el sol constantemente de cara, ya sea que se levante ó que se ponga.

Suponed un salteador de caminos adornado con la augusta investidura del gendarme, y le veréis realizar grandes proezas bajo la bandera de la policía, espigando igualmente en los campos vedados de la propiedad agena y en los sacratísimos del erario, y mofándose tanto del orden público como del privado. Si alguien grita á sus oídos *¡al ladrón!*, él replica *¡soy la seguridad!*; si alguien le dice *¡socorro!*, él responde *¡soy fra Diávolo*!

Es un desideratum que pocos alcanzan, ese hermoso tinte de camaleón, que toma diferentes matices según los casos, esa encantadora figura de Proteo, que asume diversas formas según sopla el viento de la conveniencia, permitiendo á merced de variados aspectos, espumar las situaciones más contrarias, y sacar ventaja de los contrastes más extremos y fantásticos.

¡Qué bello ensueño, ser gato mayordomo del unto!

Los primos de las jóvenes hechiceras lo realizan.

Los mirais á distancia, desde la calle, á través de los vidrios de las ventanas: van y vienen por todos los rincones del templo de vuestros amores, con la misma naturalidad que si estuviesen en su propia casa; elevan la voz como sacerdotes, rien como arúspices, tutean á la deidad, aspiran á todo su sabor el perfume que brota de aquella flor que comienza á abrirse; y entre tanto, vosotros, que estáis allá afuera, en la vía pública resistiendo la escarcha de la noche, os sentis felices con ver la sombra querida dibujarse en las blancas cortinas, con escuchar el eco de aquella voz que oísteis en sueños, como el canto de un ángel. Vosotros daríais la vida por una mirada de aquellos ojos lánguidos, por una sonrisa de aquellos labios frescos y encendidos; y entre tanto, los primos beben á torrentes los rayos de luz de esas pupilas, y se embriagan con la magia no escaseada de esos halagos.

No está bien, decís, que una joven divina, entre en coloquios íntimos con mozos ardientes y atrevidos; más conveniente sería que la diosa no bajase nunca de su pedestal, y que todos la vieran siempre á distancia y con respeto, como mi corazón. Pero eso es ridículo, se os replica ¿no veis que los primos son personas de la familia, no veis que son casi hermanos?

Suelen llegar los primos al himeneo por el camino de la fraternidad. Pero ¡cómo, murmurais, si son primos, cómo han de trocarse en esposos, si pertenecen á la misma familia, si son casi hermanos!

Nada tiene de particular, se os contesta, puesto que en realidad no son hermanos.

De esta manera, son hermanos para la confianza, y extraños para el amor; ingeniosa combinación de aptitudes, que les permite caminar entre dos aguas, deslizándose bonitamente para donde mejor les conviene, sin responsabilidad ni contratiempo. Armados así para el combate, son enemigos invencibles é invisibles; tienen armadura impenetrable y hacha de armas irresistible; ahí donde se presentan, queda el campo desierto, suena el clarín, y los reyes de armas los declaran vencedores.

¿Quién puede combatir contra enemigos tan formidables? Son seres de estirpe superior, que participan de dos naturalezas. Cercanos al trono del monarca, asistentes al solio pontificio, pueden cosechar á su placer mercedes y bulas, que ni siquiera soñamos los pobres mortales que vislumbramos la fiesta desde lejos, postrados de

hinojos ante el esplendor de la magestad real, que fulgura rodeada de púrpura y de oro.

¿Quién espera á pié firme la acometida de esos gigantes? Ellos esgrimen dardos de naturaleza misteriosa, que taladran nuestros escudos como si fueren de blanda cera, y nos asechan desde la sombra para darnos el golpe mortal, sin dejarnos siquiera la satisfacción de la batalla. Luchar contra ellos sería tan insensato como combatir desnudos con los leones de Hircania ó con los tigres de Bengala.

¡Mal hayan amén los primos de las muchachas bonitas!...y ¡quién fuera siempre alguno de ellos!

Hé aquí, lectores, la jaculatoria que entonó mi pensamiento en alabanza de esos felicísimos parientes, tan luego como mi tío hubo concluido su relato, y me hubo abandonado frente á las ventanas de Lola, á solas con mi amargura y con mi despecho.

IX.

EL BAILE.

Tenía la casa que habitaba mi familia, un corredor bastante extenso, largo, ancho y de elevada techumbre, como quién dice, oro molido para gente bailadora.

Formóse por aquellos días una compañía de jóvenes alegres y de buen humor, que poniendo á contribución sus bolsillos, determinaron hacer un baile rumboso, al cual deberían ser invitadas todas las familias que habían concurrido á la temporada. No discutieron mucho, antes de fijarse en el local á propósito para celebrar la fiesta. Todos á una convinieron en que no había sitio alguno más á propósito al efecto, que el corredor de mi casa, donde podría caber ampliamente la concurrencia, dejando espacio bastante para que buen número de parejas saltase al compás de la música; de donde resultó que fuese nombrada una comisión, con el objeto de que se acercase á mi padre á suplicarle cediese dicho corredor para el noble fin indicado.

Resistió el autor de mis días por mucho tiempo á los ruegos de la comisión, pues seguía, y con sobrada justicia, la sabida máxima de que *baile y tocino en la casa del vecino;* pero tales y tan reiteradas fueron las instancias de los comisionados, que acabó por otorgar

la concesión que se le pedía, poniendo el corredor y algunos otros aposentos de nuestra amplia casa, á disposición de los organizadores de la fiesta.

Acto continuo comenzaron los preparativos de llevar muebles, espejos, alfombras, lámparas y demás adminículos indispensables para el sarao. Púsiéronse para ello á contribución, los menajes de todas las casas, pues á todas se ocurrió en solicitud de muebles y adornos. A decir verdad, después de clavada la alfombra, colgadas las lámparas, suspendidos los lazos verdes y colocadas las lunas y sillas en sus respectivos sitios, producía el local cierto imponente respeto, semejante al que causaría la galería de un palacio al que la visitara, y hasta me parecía imposible que aquel aristocrático lugar, fuese el mismo destartalado corredor donde solían piar ordinariamente los pollos, dormían enroscados los gatos, y había por todo ajuar, cuatro equipales de cuero, dignos de los tiempos de Moctezuma.

Desusado movimiento se apoderó de la sociedad congregada en la generosa villa. No se hablaba en todas las casas de otra cosa que no fuese del baile, que se prometía ser encantador y muy elegante; compraban telas, guantes y dijes las jóvenes, y era un ir y venir de Guadalajara á San Pedro para hacer los preparativos de la fiesta, como nunca se había visto durante el tiempo trascurrido desde el principio de la temporada.

Fueron profusas las invitaciones que se hicieron; no hubo familia de las visibles, que no fuera convidada por los galantes jóvenes que costeaban el baile; así es que la alegría era general, y se esperaba con ansia la llegada del día en que debería tener su verificativo la fiesta.

Hubiera visto con grande regocijo y caluroso entusiasmo aquellos preparativos, á haberme hallado en situación de ánimo menos triste y abatida que la que guardaba; pero en realidad, todo lo veía oscuro, á través de mis pensamientos, y no hallaba cabida en mi corazón ninguna chispa de alegría, porque sólo presentía contratiempos y dolores. No sabía si Lola vendría ó no al baile; no había vuelto á hablarle hacía algunas semanas, desde la escena de la huerta, ni había recibido carta ni recado verbal de su parte. La circunstancia de haberse de celebrar la reunión en mi misma casa, hacíame concebir sospechas de que la Sra. D.ª Agustina no consintiese en llevar á su hija; pero había una voz secreta en mi

interior, que me decía, que no era ya el mismo que antes era para la madre de Lola, y que de galán correspondido y peligroso, había descendido á la categoría de pobre hombre inofensivo y digno sólo de lástima ó desdén.

Aguardaba no obstante, con impaciencia, la llegada del importante acontecimiento, con la angustía mezclada de deseo con que se esperan una crisis ó un desenlace. Las horas lentas que arrastraron con pereza el carro del tiempo durante aquella penosa espectativa, pasaron al fin, y llegó la noche tan temida como anhelada.

Resplandecía el corredor apercibido para el baile, como una ascua de oro. Habianse prodigado las luces por todas partes; ostentaba el gas por donde quiera sus múltiples llamas vibrantes y delgadas, como lenguas de inquietas viborillas, y escuchábase en el vasto local, el tenue y constante silbido que salía de las mil lámparas inflamadas, que fulguraban bajo bombillas de cristal suspensas en los aires. Reproducían de tal modo los espejos tan brillantes fulgores, que parecía que el día prisionero, no había podido abandonar aquel recinto encantado, donde iba á ser confidente y testigo de las escenas de amor y de alegría que se esperaban bajo techo tan halagüeño.

Presentáronse los músicos bastante temprano, y aun no habían llegado los invitados, cuando rompieron á tocar la primera pieza, situados en un tablado erigido en un extremo del corredor. Privaba entonces la música de Strauss, y recuerdo que la primera pieza escogida por los filarmónicos para dar principio á la fiesta, fué el divino wals denominado *El bello Danuvio azul*, que no he podido desde ontonces, oír sin emoción íntima y profunda. No, no han vuelto á sonar nunca en mis oídos los acordes de una orquesta como en aquel entonces, en que mi corazón virgen experimentaba los primeros pesares, y en que mi espíritu, apenas salido de los nimbos de la infancia, todo lo hallaba nuevo, poètico y hermoso. La situaci ón especial de mi ánimo haciame encontrar mayor encanto aún en las armonias que escuchaba; melancólico estaba y constantemente enternecido; parecía que una mano misteriosa me oprimía el corazón deslizándose en mi pecho; cruzaban ante mis ojos extrañas visiones, unas veces de alegría y otras de tristeza; escapabánse de mis entrañas á cada instante hondos suspiros que aliviaban mi angustia breve espacio; y mis ojos llenábanse á cada

momento de lágrimas, como si mi pensamiento fuese una elegía constante y dolorida.

Las notas del wals, con ser tan vivas y alegres, sumíanme en amarguísimo arrobamiento; parecíanme la voz de otros días, que me hablaban de muertas ilusiones, esperanzas fallidas y alegrías que nunca volverían. Los maestros que interpretaban de una manera tan mágica la composición de Strauss, no eran ciertamente viles artesanos de la música, de esos que tañen las cuerdas y soplan en los instrumentos de viento tan sólo por el salario que reciben; eran verdaderos artistas, que se entregaban al goce de la armonía, interpretando sus propios sentimientos, sus mismas ideas, sus personales é íntimos ensueños. Así son y han sido siempre nuestros músicos, Dios sea loado. En esta tierra de Jalisco, rincón de Italia escondido en el suelo americano, no hay corazón que no esté iniciado en los misterios del divino arte, no hay profesor ó aficionado en asuntos filarmónicos, que no ponga toda el alma en la interpretación de las obras que cante ó ejecute.

Como las abejas acuden al panal al alegre sonido de la campana, así comenzaron á acudir á la casa del baile los convidados, al repercutir por los ámbitos del pueblo los regocijados sonidos de la orquesta. Presentáronse las familias formando grupos. Venían delante las niñas cojidas del brazo, de dos en dos, envueltas en sus blancos abrigos, calzados los guantes, y llevando el elegante abanico pendiente de la muñeca, por medio de cadenillas ó cordones de seda. Recojidas las faldas para evitar el contacto del sucio pavimento de la calle, dejaban ver los menudos piés primorosamente calzados, que parecían acariciar más bien que hollar el suelo que pisaban.

Hacían los honores de la recepción, los jóvenes invitadores, recogiendo en la puerta sombreros y abrigos, y dando el brazo á las damas y conduciéndolas á los asientos.

Comenzó la fiesta, como es de rigor, en medio de la frialdad y encogimiento naturales en tales casos, pues en tanto que la concurrencia fué escasa, casi no había quien osara elevar la voz, cuando callaba la música; y no se oía más que el chasquido de los abanicos que abrían y cerraban á cada paso y con mano nerviosa las bellas concurrentes.

De las últimas llegó la familia de Lola; sin duda por ser costumbre entre gente aristocrática, no presentarse al principio de las fies-

tas, á fin de alejar de sí toda idea de alboroto ó de apresuramiento para concurrir al alegre llamado. Estaban ya el corredor lleno de gente, ocupados los asientos y convertido el sarao en una bendición de Dios, por el buen humor, el bullicio y la algaraza que reinaban por todas partes. Fué menester levantar de sus asientos á algunos chicos que se habían deslizado á la primera fila de las sillas, para encontrar donde colocar á la Sra. D.ª Agustina, á Lola y al primo D. Tomás, que les servía de caballero.

Al aparecimiento de mi amada, hubo como siempre en tales casos, sensación en el concurso, pues ciertamente, no era Lola del número de aquellas mujeres que pueden pasar inadvertidas; fijáronse en ella tenazmente las miradas, y atravesó el improvisado salón, á manera de una reina por en medio de su corte. Faltaron empero en esta vez, los rumores que anteriormente tanto me halagaban, aquellos que me hacían partícipe de los triunfos de mi novia, y me asociaban á su nombre, como al feliz mortal dueño de sus virginales pensamientos.

No hubo ya quien dijera, designándome:

—Es la novia de aquel muchacho.

Por el contrario, oí que se murmuraba en los grupos:

—Es novia de ese joven que la acompaña.

—¿Pues quién es?

—Es su primo.

Y todos los ojos pasaban del rostro blanco y sonrosado de Lola, al atezado y bigotudo de su compañero.

Sentía que el despecho y la rabia hacían hervir mi sangre. Hubiera querido poner silencio á todos esos diálogos, gritando:

—Mentira! Lola no se casa con su primo, porque no le quiere, porque yo soy el preferido, porque nomás á mí me ama.

Pero ay! la respiración se me cortaba en la garganta al decir mentalmente estas frases, porque de un rincón de mi cerebro salían estas otras que me anonadaban:

—Mentira es lo que pretendes, porque Lola ya no te quiere, te ha olvidado, te ha dejado por su primo. Bien lo sabes, silencio!

Y en efecto, aunque nada supiera por boca de ella misma, demasiado me decía el corazón, que era cierta mi desventura. Pero luchaba contra la suerte con desesperación, como el náufrago contra las olas, y no quería darme por vencido, sino cuando recibiera de Lola misma el golpe mortal que tanto recelaba.

Deslíceme tímidamente entre los grupos, y fuí á situarme debajo de un arco del corredor, detrás de las sillas destinadas á los concurrentes, y frente al sitio ocupado por Lola. Miróme ésta á poco rato, deteniendo en mí los ojos breve instante; mas entabló luego animada conversación con D.ª Agustina y con D. Tomás, que tenía á ambos lados, y no volvió á ocuparse de mí, pareciendo consagrada en alma y cuerpo á la inspección de la concurrencia. Analizó con espacio los trajes de las bailadoras, riéndose de no pocos que debe haber hallado *cursis*, siendo en todo secundada por el primo, que parecía ser burlón y dilettanti en asunto de modas. En vano esperé que me dirigiese una de aquellas profundas y sostenidas miradas que me dejaban tan contento en otras épocas, y que me hacían sentir emociones tan vivas; pues sus pupilas azules fijábanse en todas partes, á mi derecha, á mi izquierda, pero no en mí, y sólo á mí me olvidaban, dejándome encerrado en doloroso paréntesis.

A medida que el tiempo pasaba y que me penetraba más adentro la convicción de que Lola no me hacía aprecio ya, aumentaban mi angustia, mi despecho y mi cólera. Si D. Tomas no hubiese estado tan distraído, y hubiese reparado en mí, habría visto mis ojos como ascuas encendidas, envolverle en relámpagos iracundos. Los galanes más guapos y elegantes arremolinábanse no obstante, delante de la ingrata, solicitando que los acompañase á danzar; pero ella se negaba á rendirse á sus instancias, alegando no saber hacerlo ó estar un tanto indispuesta. Tal conducta me hacía acariciar aún una esperanza postrera.

—Quizás Lola no me mira por evitar que se irrite su mamá; pero me manifiesta suficientemente su deferencia y que todavía me quiere, negándose á bailar con los demás, según lo convenido. Si á todos resiste, si tiene entereza para no doblegarse á tan reiteradas instancias, es sólo por mí; su conducta es harto elocuente y debe dejarme tranquilo y seguro de su afecto.

YUSUF-BEN-ISSA.

(*Concluirá.*)

GUADALAJARA.

(RECUERDOS E IMPRESIONES.)

(CONTINÚA.)

Uno de los canónigos que honran al clero de Guadalajara, el Sr. Miguel Baz, tío de uno de mis más queridos hermanos de infancia, del reputado escritor Gustavo A. Baz, ha tenido la amabilidad de llevarme á la sala de Cabildos; allí están los retratos de todos los obispos y arzobispos de aquella distinguida diócesis. He podido conocer y saludar con profundo respeto á los Illmos. Sr. Antonio Alcalde, que levantó el Hospital de Belén, y Juan Cruz Ruiz de Cabañas, fundador del Hospicio.—Estos dos apóstoles de la caridad tienen en las obras que dejaron el más hermoso monumento de su imperecedera gloria.

Cuando leyendo la historia se enferma el espíritu por la crueldad de algunos conquistadores y encomenderos, se siente como bálsamo que restaña heridas y que apaga rencores, la aparición de esos ángeles de caridad evangélica que no sólo aliviaron en su época el mal que aqueja á los desvalidos y á los menesterosos, sino que nos legaron á las presentes generaciones grandes edificios donde el desnudo halla vestido, el hambriento encuentra pan, el enfermo salud y el incrédulo, amor y esperanza.

No son desconocidos de nadie mis grandes simpatías por España; esa heróica tierra nos dió todo lo bueno que tenía entonces, y si muchos de los rudos soldados que aquí vinieron eran desalmados y crueles como convenía á los hijos del mar, de las aventuras y de

los peligros, allí está esa larga lista de misioneros, allí están los hechos de esos frailes protectores de los indios y verdaderos padres de los pobres, que pusieron todo su empeño y sacrificaron toda su vida por hacer la felicidad de un pueblo que hoy ya independiente y soberano, no puede menos que bendecirlos con gratitud y recordarlos con filial ternura. Hay dentro de la Cetedral de Guadalajara muchas obras de arte. El templo corresponde á lo grandioso de la ciudad y es digno de la importancia, de la majestad y del objeto para que fué destinado.

Pasemos al Palacio de Gobierno, á ese importante edificio donde el inmortal cura de Dolores rompió las cadenas de los esclavos.

La fachada del Palacio es sencilla y aunque pequeña, simétrica y ordenada, semejándose en algo á la de las antiguas fortalezas.

El Palacio fué construido por la Audiencia en 1643 é importó su construcción diez y nueve mil doscientos noventa y tres pesos

Toda la parte interior se cayó en Enero de 1859 á causa de haberse incendiado el parque, y en 1872 la reconstruyó el Gobernador Ignacio L. Vallarta, importando la reedificación cuarenta mil pesos.

La planta del edificio es un cuadrado perfecto de cincuenta metros por lado; la fachada es de orden dórico y tiene tres puertas de entrada. Consta de dos pisos y encierra en el bajo varias oficinas: la Jefatura Política, la Recaudación general de Contribuciones, el Registro y el cuartel de gendarmes.

En la parte alta están el salón de recepciones donde se halla el mejor retrato del cura Hidalgo que posee la República, las oficinas del Gobernador, la Dirección General de Rentas y el salón del Congreso con elegante pórtico corintio.

El salón es elegantísimo y tiene la forma de un semicírculo con radio de siete metros y medio.

El actual Gobernador del Estado ha pedido magníficos muebles para los salones principales de tan interesante edificio y ha ordenado que se arreglen las oficinas de la manera que corresponde á sus rangos y á la época en que vivimos.

En el patio principal hay una hermosa escalera que tiene en el muro del descanso, pintada una buena perspectiva, obra del reputado artista italiano Carlos Fontana.

Saludémosle dentro de este palacio á uno de los más ameritados

generales del Ejército republicano que ha dado honor y gloria á su patria así en el campo de combate, luchando sin tregua contra el invasor, como en el mundo de la diplomacia ejerciendo por más de doce años el alto encargo de Ministro Plenipotenciario en España. Desde luego habeis entendido que se trata del vencedor de Lozada, del aguerrido soldado de Juárez, del Gral. Ramón Corona que ha tenido la satisfacción inmensa de iniciar, protejer y llevar á cabo la construcción de un ferrocarril que une á Guadalajara con la capital de la República.

¿Qué mejor testimonio podría ofrecer su administración del celo y del amor que tiene por el adelanto material y práctico del Estado en que vió la primera luz?

El Gral. Corona nació en las márgenes del lago de Chapala, teatro, como hemos visto, de heroicas luchas en favor de la independencia. Su cuna se meció en una humilde población perteneciente á la municipalidad de Tuxcueca. Es hijo del mayor soberano de las naciones medernas: ¡del pueblo! Por eso ama al pueblo y se interesa por su progreso; por eso le amaban tanto sus soldados que en las horas de lucha le seguían como á un padre y después del triunfo le miraban como á un predestinado.

Saludemos á tan invicto caudillo y sigamos nuestro viaje por la ciudad.

Hemos oído hablar desde hace muchos años del Hospicio y del Hospital. Visitaremos consecutivamente ambos edificios.

Seguro estoy de que uno de los países en que la iniciativa individual ha hecho mucho en favor de las clases menesterosas es la República Mexicana y sobre todo la capital, en donde la mayor parte de los establecimientos de beneficencia tienen un origen piadoso.

Nuestro Hospicio se debe á la generosidad de un clérigo, Don Fernando Ortiz Cortés, Dean de la Catedral, que lo levantó con sus propios fondos en el triste sitio en que encontró á un niño de pocos meses, pugnando por exprimir el seno de una mujer muerta.

Aquel sombrío cuadro de aterradora miseria conmovió su corazón, y más tarde el capitán Zúñiga fundó la Escuela Patriótica, contigua al Hospicio, y en la cual los hijos de los plebeyos se tornaban nobles desde que pisaban sus umbrales.

Nuestra Casa de Expósitos fué fundada por el Arzobispo Loren-

zana, que encontró por el rumbo de Santa María á un niño recien nacido y próximo á ser devorado por los perros. Recogió á la criatura infortunada y estableció la Inclusa, que tantos crímenes ha evitado en larga serie de años,

El virtuoso Arzobispo Don Alonso Núñez de Haro y Peralta, fundó en el antiguo noviciado de jesuitas el Hospital de San Andrés, para atender á los indígenas que eran víctimas de asoladora peste; gastó más de trescientos mil pesos de su propio peculio y lo sostuvo por su cuenta, hasta que el Rey concedió el patronato que más de una vez había negado á tan importante asilo.

El Hospital de Hombres Dementes, se debe á la piedad del lego Bernardino Alvarez, y el de Mujeres Dementes á la caridad de un humilde carpintero llamado José Sáyago. El Hospital de San Juan de Dios, fué creado y sostenido por el Dr. Pedro López, y el de San Pablo se abrió para hospedar y atender á los heridos de Padierna.

Todos nuestros establecimientos, salvo dos ó tres, han nacido de la caridad individual, y así como en México, en la mayor parte de las capitales de sus más importantes Estados. Creemos que no es fácil encontrar edificios iguales al Hospicio y al Hospital de Guadalajara.

El Hospicio, al cual se va desde la Plaza en línea recta por la calle del costado Norte de la misma, tiene su planta en forma de paralelógramo, con ciento ochenta y tantos metros de longitud de Poniente á Oriente y ciento setenta de latitud de Norte á Sur.

Su pórtico es airoso, tiene seis columnas de orden toscano y su ático rematándolas. Sobresale la cúpula, esbelta, atrevida y elegante que da al conjunto, visto á distancia, alguna semejanza con el Panteón de París.

El Hospicio es inmenso, tiene veintitres patios, todos con jardines llenos de flores, y limitados por hermosos corredores con altas y vistosas columnas toscanas.

Está dividido en dos departamentos, uno para hombres y otro para mujeres. El del lado Norte pertenece á los primeros y el del Sur á las segundas.

Tiene en el centro una iglesia, cuya planta es una cruz griega que comunica por cada extremo con todo el edificio. Los lados Oriente y Poniente forman una sola nave, y los Norte y Sur tres

naves. En el centro del crucero se alza la cúpula que el Sr. Ingeniero D. Juan Gómez Ibarra, describe de la manera siguiente:

"La cúpula tiene una planta formada por un cuadro perfecto de doce metros por lado; en sus cuatro ángulos se levantan ocho pilastras que sostienen los cratro arcos *torales* sobre que descansa la cúpula; estas pilastras tienen doce metros de elevación hasta la cornisa, de la cual rompen los arcos que son de punto redondo con un radio de seis metros; sobre ellos se encuentra el anillo inferior de la cúpula que tiene doce metros de diámetro; de él rompe una bóveda hasta la altura de cuatro metros, esto al tercio de ella, donde se corta horizontalmente para recibir el tambor de la cúpula que tiene dos órdenes de columnas, uno interior y otro exterior, separando el uno del otro, el espacio de un metro; tanto el círculo, interior como el exterior tiene diez y seis columnas que sostienen un cornisamento sobre el cual se eleva la bóveda que cierra la cúpula.

"La altura de esta cúpula hasta su clave es la siguiente: del pavimento hasta el anillo inferior dieziocho metros; de éste al segundo cuatro metros; de éste al cornisamento que corona la columnata siete metros, y de ésta á la clave cinco metros; total treinta y cuatro metros; el diámetro de las columnas es de 0,75 y el plomo ó centro de gravedad de la columnata interior está un metro fuera del plomo de los arcos torales.

"La cúpula por su exterior está adornada con un balaustrado de piedra, colocado sobre el cornisamento y sobre la bóveda; como terminación tiene un pedestal con una estatua de la Misericordia de cinco metros de tamaño. El orden arquitectónico de esta iglesia por su interior es el dórico y el de la cúpula el jónico, tanto en el interior como en el exterior."

Se fundó tan hermoso establecimiento en el año de 1803 y se debe á la filantropía del Illmo. Sr. D. Juan Cruz Ruiz de Cabañas, quien costeó la fábrica del edificio y la dotó con grande munificencia.

El nombre del fundador es bendecido por todos los jaliscienses; digo mal, por todos los mexicanos que ven en ese apóstol de la caridad uno de los más grandes benefactores de los pobres.

El Hospicio está perfectamente administrado; hay en él pensionistas, ancianos y niños pobres.

Allí están la Inclusa, el Orfanatorio y el Asilo de Ancianos. Desde la alborada hasta el crepúsculo de la vida, se abrigan en aquel cielo de caridad y de paz. El niño abandonado, el joven huérfano, el anciano que no tenía fuera de aquellas puertas donde reclinar su cabeza, encuentran pan, vestido, calor de hogar y palabras de consuelo.

¡Bendita sea la memoria del noble fundador de tan Santa Casa!

¿Qué mejor premio que esa corona que tejen el amor y la veneración de todos los hombres y en la cual brillan como inmensos diamantes las lágrimas de los desvalidos?

Salgamos del Hospicio rindiendo culto á cuantos se interesan por la suerte de los infortunados y vamos al Hospital de Belén.

Hay que descubrirse con respeto ante tan grandioso edificio. No es una hipérbole arrancada por una admiración insensata, es la verdad de que puede convencerse todo el que traspase estos umbrales: no hay en el continente americano nada superior en la estructura, en la disposición topográfica y en las condiciones higiénicas á esta hermosa casa de caridad.

La fundó y levantó el Illmo. Fr. Antonio Alcalde, quedando terminada en 1791.

La planta forma un cuadrado perfecto de trescientos cincuenta metros por lado.

Del centro del cuadrado parten en sistema radiante, seis inmensos salones, pues tienen 80 metros de largo y 7 de ancho, destinados á enfermerías y conteniendo trescientas diez camas ocupadas por enfermos.

Hay otros salones para los atacados de enfermedades infecciosas, y para cuando hay peste, pues caben ampliamente en todas las enfermerías setecientas cincuenta camas.

Entre sala y sala, que están perfectamente ventiladas, hay patios amplios con bien cultivados jardines, lo cual admira y sorprende á cuantos visitan el establecimiento, puesto que habiendo sido construido hace un siglo, reune las condiciones de la ciencia moderna.

El Hospital La Rivoisiere fabricado conforme á las prescripciones higiénicas, dividido en pabellones circundados por jardines, y que á cuantos llegan á París les causa asombro, tendrá iguales pero no mejores condiciones que el Hospital de Belén, en el cual na-

da puede pedirse mejor ni más adecuado para la salubridad general y para la perfecta ventilación de todos los departamentos.

Todos los enfermos pueden desde sus camas y sin molestias presenciar cualquiera práctica religiosa que se efectúe en la parte céntrica del edificio.

El Hospital contiene el Manicomio y muchos departamentos y oficinas de importancia.

Se calcula la mortalidad en término medio uno diario y las entradas y salidas á doce por día. Se asiste gratuitamente á los enfermos y éstos entran con una boleta expedida por cualquiera de los comisarios de policía.

Es una honra del continente americano este Hospital, en el que hay—en el patio de entrada—una escuela y un asilo de niños.

Después de visitar estos asilos destinados á endulzar en cuanto es posible la situación precaria de los menesterosos, pasamos á la Penitenciaría.

¡Nada más humano que la abolición de la pena de muerte! Creemos con muchos de los filósofos que matar no es castigar y que en vez de corregir así los vicios más negros, sólo se consigue infundir terror y manchar en sangre los más limpios anales de cualquiera administración. Amputar un brazo no es curarlo, puesto que se deja al individuo mutilado é inutil. Dar la muerte al criminal no es corregirlo.

La muerte es un eterno sueño y no hay que obligar á que lo disfrute el verdugo, cuando quedan en amarga vigilia sus víctimas.

Desde el legislador hebreo que impuso á su pueblo como quinto precepto de su Código "No matarás" hasta los legisladores mexicanos de 1857 que abolieron para los delitos políticos la pena de muerte, en todos los pueblos se sueña con la realización de tan hermosas conquistas, sin que por desgracia consigan ponerlas en práctica.

Se derrama sin provecho mucha sangre humana; se siegan muchas vidas, se dejan huérfanos muchos hijos, viudas muchas esposas, desconsoladas muchas madres y el crimen como negro buitre sigue cerniéndose altanero á veces, hipócrita y solapado otras, sobre las modernas sociedades.

La justicia se siente impotente en determinados casos y en pre-

sencia de los más trágicos y espantosos cuadros, y no sabiendo cortar de raíz el crimen corta la cabeza del criminal y deja satisfecha la vindicta pública.

Y se hace un silogismo espantoso para disculpar estas medidas terribles: el hombre tiene el derecho de matar á las víboras; el criminal es una víbora, luego el hombre tiene el derecho de matar al criminal sin que le quede el menor remordimiento.

¡Dura lex, sed lex! Y así seguiremos mientras no mejoren las condiciones sociales. Sin embargo, con el plausible fin de no matar, se ha inventado la carcel-modelo, la ¡Penitenciaría! Allí se encierra al reo, asegurándolo de tan perfecta manera, que en ningún caso pueda evadirse por muchas que sean su astucia y su inteligencia.

Allí tiene que consumir todos los años de su vida siendo util á sus semejantes. Se le alimenta para que viva y se le obliga á vivir para que trabaje.

Se le da en la noche un lecho para que duerma dentro de una estrecha celda; se le despierta al rayar la aurora y se le conduce á un taller donde se le pone en las manos un escoplo, un buril, un pincel ó un mazo.

El reo se vuelve una máquina, llega á ilustrarse en las escuelas de la prisión; logra á veces ser una eminencia en el oficio á que lo consagran; sus trabajos sorprenden, las obras de sus manos se venden á buen precio; siente en su pecho el orgullo de saber algo, se regenera por el trabajo, reconquista todo.... ¡menos la libertad!

Ha sido antes un gran criminal y en vez de confinarlo á las estrechas paredes de un sepulcro, se le sepulta en los espaciosos patios y dentro de las fuertes, macisas y elevadas murallas de una Penitenciaría!

De las dos tumbas, la segunda es la única que puede dar el hombre, digo el juez; que no es dueño de la vida ni tiene derecho para extinguirla en ningún corazón que palpite como el suyo.

Pero está aún muy lejano el día en que ya no levanten patíbulos. Faltan muchos años y todavía habrá muchas víctimas. Las naciones más avanzadas castigan con la muerte á los más empedernidos criminales.

Nosotros avanzamos, pero no llegamos á la conquista de nuestros ideales.

Ya tenemos Penitenciarías, allí están la de Salamanca, la de Puebla y la de Guadalajara.

Aquí están ya construidos los cimientos de la magnífica que tendremos en México, merced á la iniciativa y el entusiasmo del progresista Ministro de Gobernación, D. Manuel Romero Rubio.

La Penitenciaría de Guadalajara es un edificio tan amplio, que en sus tres departamentos: el de oficinas donde están los juzgados del ramo criminal; el de celdas para los presos y el de talleres, puede contener tres mil personas.

La fundó el Gobernador D. José Antonio Escobedo. La proyectó y dirijió desde 1843 D. José Ramón Cuevas y después D. David Bravo. El Gobernador D. Ignacio L. Vallarta puso grandísimo empeño en la terminación de la obra, así como el Sr. José María Garibay, Presidente de la Junta de Penitenciaría y el opulento filántropo D. Francisco Martínez Negrete, tesorero de dicha Junta, que de su propio peculio anticipaba sin rédito y muchas veces donaba grandes cantidades á fin de que no se interrumpieran los trabajos.

El monumental pórtico, de orden dórico y obra del Sr. Bravo, da magnífica vista al edificio desde la calle del Carmen. La carcel está formada por diez y seis ambulatorios extensos, todos de bóveda, que convergen á un patio circular. Las galerías del Norte están convertidas en talleres y las del Sur en prisión, teniendo cada una celdas de ambos lados. Entre la galería hay patios triangulares, En los costados N. y S. de la planta cuadrada hay salas para lazareto y hospital y en el fondo un gran patio destinado á cementerio.

Para el sostenimiento de esta gran prisión hay fondos especiales constituidos por impuestos, productos de lotería é importe de multas.

Creemos que el único defecto de esta prisión consiste en que el agua que la alimenta viene de fuera, lo cual es peligroso, porque ofrecería grandes trastornos la interrupción de las cañerías.

El Gobierno debe de preocuparse buscando el medio de evitar esto con toda oportunidad.

Nos enseñó la Penitenciaría el Sr. D. Mateo del Muro, que es el Gobernador de la prisión. Con él visitamos las escuelas, asombrándonos del adelantamiento de los presos que manejan los ins-

trumentos de matemáticas, conocen los sólidos y hablan frente á los mapas, con la misma facilidad y acaso con mayores conocimientos, que muchos alumnos de las escuelas particulares.

Parece que aman el estudio y que lo han emprendido con fé y entusiasmo.

En el día que visitamos la prisión fuimos á una celda en que estaba un reo sentenciado á muerte. Había extrangulado á una virtuosa anciana, y se le sabían crímenes anteriores tan horribles como ese. No había modo de salvarlo y él estaba al parecer sereno y convicto de sus maldades

Cuando abandonamos el patio de presos y nos despedimos del sentenciado, nos dijo con voz muy serena: yo saldré mañana para la eternidad, ¿se les ofrece á vdes. algo para el camino?......

¿Cómo se llama este hombre que tan tranquilo prepara el último viaje? y alguien nos respondió: se llama Victor Medina!

Al siguiente día, cuando inundaba el cielo la luz de la mañana, entrábamos á un guayín que debía conducirnos al Níagara del Estado, al Salto de Juanacatlán y no habríamos andado tres calles cuando oímos á lo lejos la detonacion de una descarga.

¡Victor Medina había pasado al desconocido reino de otro mundo!

Hay que agradecer á nuestras leyes que las ejecuciones se hagan en los más retirados patios de las cárceles, evitando así aquellos espectáculos públicos que más parecían divertir que aterrorizar al pueblo.

Yo he visto en alguna parte, ir desde la víspera de una ejecución á plantar tiendas en derredor del cadalso, á muchos mercaderes que soñaban en hacer provechosas ventas á tiempo que ahorcáran al reo.

Esos horribles cuadros que iban á presenciar antiguamente los niños de las escuelas para tomar escarmiento, son indignos de los pueblos cultos y además son inútiles.

Cuentan los cronistas, que una vez estaban ahorcando á un ladrón y al mismo tiempo uno de los caballeros que presenciaban la escena, sorprendió á un ladrón ratero que le sacaba el reloj.

—Hombre le dijo, ves la triste suerte que ha tocado á tu compañero y así todavía insistes en seguir robando á cuantos puedes.

—Eso á de ver vd.—respondió el ladroncillo sin inmutarse; el trabajo que nos cuesta y lo mal que nos lo pagan......

En efecto á nada conduce atormentar al público con esas tragedias dignas de los tiempos inquisitoriales.

Hablemos ahora de algo menos fúnebre; pasemos al salto de Juanacatlán.

JUAN DE DIOS PEZA.

(*Continuará*).

HUMORADAS.

De la mujer, cual tú, que nada espera,
amando á falta de hombres, cualquier cosa,
como el ave simbólica y famosa
el corazón arde en su propia hoguera.

***

Si en amar soy prudente
es porque, escarmentado,
para obrar con cordura en lo presente,
tengo puesto un oído en lo pasado.

R. DE CAMPOAMOR.

NAPOLEÓN BONAPARTE.

(CONCLUYE.)

Serían menester muchos volúmenes para narrar los atentados que comete contra el derecho de gentes, la humanidad y la hospitalidad, los abusos, (1) las brutalidades, las explotaciones á los aliados, y los vencidos, las exacciones á los pueblos en la guerra y las expoliaciones en tiempo de paz. (2)

(1) Se conoce el asunto de España; idénticos son sus procedimientos respecto de Portugal.—*Correspondencia.* (Carta á Junot, 31 de octubre de 1807): "Que se desarme el país y todas las tropas se dirijan à Francia; que los príncipes, ministros y en general todos los que puedan servir como bandera para la insurrección, se manden también á Francia."—(Decreto del 23 de diciembre de 1807). "Se impondrá al reino de Portugal, una contribución extraordinaria de 100 millones de francos *que servirá para el rescate de todas las propiedades, de cualquier clase que sean, con tal que pertenezcan á particulares*....... Se secuestrarán los bienes de la reina de Portugal, del príncipe regente y de los príncipes de la sangre...... así como de los señores que hayan seguido al rey al abandonar el país y que no hayan vuelto al reino antes del 1.° de febrero."—Cf. M. d' Haussanville, *La Iglesia romana y el primer imperio*, 5 volúmenes principalmente los tres últimos. Ninguna otra obra da á conocer mejor los procedimientos de Napoleón.

(2) *Recuerdos del finado duque de Broglie*, p. 143. (Muestra de los procedimientos en tiempo de guerra, registro de los acuerdos del mariscal Bessiéres, comandante en Valladolid, 11 de abril á 15 de julio de 1811). *Correspondencia del rey Gerónimo*, Carta de Gerónimo á Napoleón, 5 de diciembre de 1811. Noticia respecto de los pueblos vencidos en tiempo de paz: "Si llega á estallar la guerra, todas las comarcas entre el Rhin y el Oder, serán el foco de una vasta insurrección. La causa de este peligroso movimiento no es sólo el odio contra los franceses y la impaciencia del yugo extrangero, sino más bien *la ruina total de todas las clases por lo enorme de los impuestos*, contribuciones de guerra, mantenimiento de tropas, y toda clase de vejaciones repetidas sin cesar.

....En Hanover, Magdeburgo y demás ciudades de mi reino, *los propietarios abandonan sus habitaciones, ó tratan de deshacerse de ellas á vil precio*.... La mise-

Por esto á partir de 1808 se levantan contra él todos las naciones: ha lesionado tanto sus intereses y sus sentimientos, las ha oprimido y tiranizado tanto aplicándolas á su servicio por la fuerza; ha destruido. además de las vidas francesas, tantas españolas, italianas, austriacas, prusianas, suizas, bávaras, sajonas y holandesas; ha hecho morir á tantos enemigos suyos y á tantos que se le habían unido en calidad de auxiliares, que los pueblos lo aborrecen más que los soberanos.

Decididamente, no se puede vivir con un carácter como el suyo, pues es demasiado grande, demasiado maléfico, tal vez más maléfico que grande. Mientras reine, habrá guerra: aunque se le debilite, se le encierre en sus dominios, en las fronteras de la antigua Francia, ninguna barrera lo contendrá, ningún tratado lo comprometerá; para él la paz nunca será más que una tregua de la cual se aprovechará para repararse, y una vez que lo haya conseguido, comenzará de nuevo, (1) pues es *insociable* por naturaleza, lo cual hace que la Europa forme una opinión definitiva sobre él. Un solo detalle bastará para demostrar cuan profunda y unánime es la convicción respecto de este punto.

El 7 de marzo llega á Viena la noticia de que se ha fugado de la isla de Elba, pero sin que se sepa donde va á desembarcar. Antes de las ocho lo hace saber M. de Metternich (2) al emperador de Austria, que le dice: "Id inmediatamente á comunicárselo al emperador de Rusia y al rey de Prusia, y decidles que estoy pronto á hacer que mi ejército se dirija á Francia." Llega M. de Metter-

---

ria abruma à las familias, pues se han agotado los capitales; *el noble, el campesino, el burgués, están llenos de deudas y necesidades.*

....*Es de temerse la desesperación de los pueblos que nada tienen que perder porque se les ha quitado todo.*—De Pradt, p. 75. [Procedimientos de la soldadesca en país aliado.] En Wolburrch, en el castillo del obispado de Cujavie, "hallé al secretario, canónigo de Cujavie, decorado con el cordón y la cruz de su capítulo, que me mostró una quijada rota por las bofetadas que le había dado la víspera el general conde de Vandamne, á quien había rehusado vino de Tokai que pedía imperiosamente, y que reentregó el canónigo á causa de que el rey de Wetsfalia, que se había alojado la víspera allí, había hecho conducir en carros el que quedaba."

(1) *Correspondencia*, carta al rey José, 18 de febrero de 1814: "Si hubiera firmado el tratado por el cual se redujera á la Francia à sus antiguos límites, habría corrido á las armas dos años después."—Marmont, V, 133 (1813). En los últimos tiempos de su reinado Napoleón prefirió perder todo á ceder algo."

(2) M. de Metternich, II, 205.

nich á las ocho y cuarto con el Czar, y á las ocho y media con el rey de Prusia, que le responden de conformidad. "A las nueve, dice M. de Metternich, había vuelto; á las diez los ayudantes andaban ya en todas direcciones mandando hacer alto á los cuerpos de ejército......" De este modo la guerra se declaró en menos de una hora.

Otros gobernantes han dedicado como él la vida entera á atormentar á sus semejantes; pero tenían por objeto una obra viable y de interés común; lo que llamaban bien público no era un fantasma de su cerebro, un poema quimérico forjado en su interior por la fuerza de la imaginación, las pasiones personales, la ambición y el orgullo; además de su interés y el ideal que acariciaban, había para ellos algo real, sólido y de importancia superior, esto es, el estado, el cuerpo social, ese vasto organismo que se perpetúa indefinidamente por la serie continua de generaciones solidarias. Cuando sangraban á la generación presente, tenían en espectativa á las generaciones futuras, (1) á las cuales trataban de preservar de la guerra civil ó la dominación extranjera. Muy á menudo obraban como buenos cirujanos, por sentimiento dinástico y tradición de familia, ya que no por virtud. Habiendo ejercido el oficio de padres á hijos, tenían la conciencia profesional, y su objeto único era la salud y bienestar del paciente. Por esto no prodigaban las operaciones sangrientas y arriesgadas: casi nunca caían en la tentación de ostentar su ciencia, de admirar al público dándole á conocer lo cortante y eficaz de sus sierras y bisturis. Conocían que estaban encargados de custodiar una vida mayor y más prolongada que la suya, miraban más allá de la existencia propia, y trataban de que á su muerte pudiera el Estado pasarse sin ellos, mantenerse intacto, independiente, robusto y respetado á través de las visci-itudes y ric gos imprevistos de la futura historia.

Esto era lo que se llamaba *razón de estado* en el antiguo régimen, principio que prevaleció durante ochocientos años en el consejo de los príncipes, y fué siempre el motivo preponderante de su política á pesar de las desviaciones temporales que sufrió.

(1) Palabras de Richelieu en su lecho de muerte: "Este es el juez, dijo mostrando la hostia, el juez que pronunciará muy pronto mi sentencia. Le ruego que me condene si me he propuesto durante mi ministerio otra cosa que el bien de la religión y el estado.

Servía muchas veces para cohonestar la carencia de buena fé, los atentados más inicuos, y, para decirlo de una vez, hasta los crímenes; pero suministraba un punto que servía de objetivo, y esto era altamente ventajoso. Esto inspiró á los treinta soberanos que trabajaron por construir la Francia reuniendo sólidamente una provincia á otra, por maniobras que si bien no se permiten á los particulares, pueden ejecutarse, sin embargo, por los hombres de estado.

El sucesor improvisado que les toca falsea radicalmente este principio; en el trono y en el campamento, general, cónsul ó emperador, es siempre el soldado de fortuna y no se ocupa más que de su medro personal. Un gran error en su educación y sus sentimientos, hace que en vez de sujetar su persona al Estado, subordine el Estado á su persona; no mira más allá de su pasagera vida terrena, ni toma en cuenta para nada á la nación, que debe sobrevivirle. Después de él el diluvio: no le importa que se pronuncie esta tremenda frase; muy al contrario, quiere que todos la repitan desde el fondo del corazón. "Mi hermano, decía José en 1808, (1) desea se cuente ante todo con su existencia, la cual quiere se considere como un beneficio tan especial, que no se piense en su falta sin temblar. Sabe y conoce que reina por esta idea más bien que por la fuerza ó la adhesión. Si pudiera decirse: "Hay establecido un orden perfecto, Bonaparte tiene ya un sucesor y puede morir sin que haya turbaciones y revueltas que temer," no se juzgaría en seguridad mi hermano.... Esta es la regla que preside á su conducta." En vano trascurre el tiempo, pues no pone á la Francia en estado de subsistir sin él; todo lo contrario, compromete las adquisiciones durables por anexiones exageradas, y deja conocer claramente que el imperio debe concluir con el emperador.

Estando cotizado en 1805 el cinco por ciento á ochenta francos, Gaudin, su ministro de hacienda, le hace notar que es un tipo muy razonable. (2) "Es menester no quejarse, puesto que estos fondos están vinculados en la cabeza de Vuestra Majestad.

—¿Qué quereis decir con eso?

---

(1) Miot de Melito, *Memorias*, II, 48, 152.

(2) *Recuerdos* por Gaudin, duque de Gaeta, (tomo 3.° de sus *memorias*, p. 67).

—Quiero decir que es tan grande el imperio, que no podrá gobernarse cuando no existais.

—Tanto peor para mi sucesor si es un imbécil.

—Es verdad, pero tanto peor para la Francia."

Trascurridos dos años, M. de Metternich expresa esta opinión definitiva: (1) "Es raro que modificando como modifica Napoleón las relaciones de la Europa entera, no haya tratado de asegurar siquiera la existencia de sus sucesores."

El mismo diplomático añade en 1809: (2) "Su muerte será el signo de una conflagración espantosa, en que chocarán elementos del todo disímbolos. Serán llamados por sus súbditos los soberanos destronados, al paso que los príncipes nuevamente constituidos tendrán coronas que defender. El día en que se caiga el poderoso brazo de hierro que lleva las riendas en el vasto imperio del continente, se establecerá una terrible guerra civil que durará más de medio siglo." "En 1811 (3) están convencidos todos de que la primera, la inevitable consecuencia de la caída de Napoleón, será una gran revolución." En Francia hasta sus mismos servidores creen que el imperio durará tanto como la vida del emperador. menos todavía, porque el edificio que levantó, todo lo que tuvo de altura lo perdió en solidez.

"El emperador, dice Dècres á Marmont, está loco, enteramente loco; nos perderá á todos, y esto concluirá por una espantosa catástrofe." En efecto, impele al abismo á la Francia por medio de

---

(1) M. de Metternich, II. 120. (Carta à Stadion, 26 de julio de 1807).

(2) *Ibid*, II. 291. (Carta del 11 de abril de 1809).

(3) *Ibid*, II. 400. (Carta del 17 de enero de 1811). Napoleón tiene el mismo juicio en los momentos en que se halla con el ánimo despreocupado. Cf. Pelet de la Lozére. *Opiniones de Napoleón en el consejo de estado*, p. 15: "Todo esto durará tanto como yo; después de mí muerte, mi heredero se considerará dichoso si tiene 40,000 francos de renta." (De Ségur, *Historia y memorias*, III. 155): "¡Cuántas veces (1811) predijo que el peso del imperio abrumaría á su heredero!" "¿Pobre niño, decía mirando al rey de Roma, cuantos asuntos embrollados te dejaré!" Juzgaba y preveía con seguridad el efecto total de su acción en la historia: Al llegar á la isla de los Alamos, el primer consul se detuvo ante la tumba de Rousseau y dijo: "Para el reposo de la Francia habría sido preferible no hubiera existido este hombre.—¿Porqué, ciudadano consul?—El preparó la revolución francesa.—Creía que no tendríais por que quejaros de la revolución.—¡Bah! El porvenir vendrá á demostrar cómo hubiera sido mejor para el universo que no hubiéramos existido Rousseau y yo." Y volvió á pasearse con aire meditabundo, (St. Girardin, *Diario y Memorias*, III. *Visita del primer cónsul á Ermenonville.*).

la fuerza y el engaño, por un exceso de confianza, que es mayor á medida que aumenta el desacuerdo entre su interés privado y el interés público.

Este desacuerdo es ya notable en el tratado de Luneville, (1) y antes de la ruptura de la paz de Amiens; se manifiesta del todo en el tratado de Presburgo, es mucho más evidente en el de Tilsitt; flagrante en 1808, después de la caída de los Borbones de España, inmenso, escandaloso en 1812, época de la campaña de Rusia, pues á pesar de estar convencido Napoleón de que esta guerra es contra el interés de la Francia (2), se apresura á declararla. Más tarde hablará patéticamente de este pueblo francés á quien ha amado tanto (3); pero la verdad es que lo ama como el ginete ama á su caballo; pues si lo adiestra, adorna y engalana, acariciándolo y excitándolo, no es con objeto de servirlo, sino más bien de aprovecharse de él, como animal útil que es, con el fin de usarlo hasta que muera.

Nada importa que salte á través de los más anchos fosos y las más altas barreras; habrá siempre fosos más profundos y barreras más altas; después de pasar el que es al parecer el último obstáculo; se encontrará siempre otros nuevos, teniendo que permanecer siempre con su primitivo carácter; el de una montura que tiene que reventar.

Si en la expedición de Rusia hubiera tenido buen éxito, en vez de sufrir el espantoso descalabro que experimentó, si hubiera obtenido Smalensko una victoria como la de Frienland, si hubiera concluido en Moscou un tratado tan ventajoso como el de Tilssitt, habría extrangulado y destronado al czar, una insurrección patriótica habría estallado en Rusia como en España; hubiera tenido que sostener en las extremidades más remotas del continente, dos guerras constantes contra el fanatismo religioso, más irreconciliable que los intereses positivos, contra la barbarie nómada, más temible que la civilización unitaria.

---

(1) Respecto á este principio de desacuerdo, cf. Armand Lefèvre, *Historia de los Gabinetes de Europa*, 4 vol.

(2) *Correspondencia de Napoleón I.* (Carta al rey de Wurtemberg, 2 de abril de 1811).

(3) Testamento de 25 de abril de 1821: "Deseo qne mis cenizas reposen en las orillas del Sena, en medio del pueblo francés, á quien tanto amé."

De otro modo, se habría establecido un imperio europeo, sordamente minado por la resistencia europea, una Francia exterior antepuesta al continente esclavizado (1), comandantes franceses así en San Petersburgo y Riga, como en Dantzig, Hamburgo, Amsterdam, Lisboa, Barcelona y Trieste; todos los franceses aptos para ello, empleados en mantener y administrar la conquista; los adolescentes arrebatados de año en año, por la quinta y separados por decretos posteriores (2) los que escapasen á ella, y la población masculina aplicada por fuerza á las obras que dispone el emperador.

En este estado, no hay ninguna perspectiva para los individuos, ya sean cultos ó incultos, ninguna carrera, ya sea militar ó civil; sólo existe una facción inmensa, amenazada y amenazadora; sólo se puede subsistir como soldado, aduanero, gendarme, prefecto, comisario de policía ó cosa semejante; es decir, como esbirro ó tiranuelo subalterno, con el fin de contener á los súbditos, cobrar contribuciones, confiscar y quemar mercancías, sorprender fraudes y mantener en actividad á los refractarios. Existen en 1810 (3)

---

(1) *Correspondencia de Napoleón I.* XXIII. 119. (Nota de Napoleón, abril de 1811). Habrá siempre en Hamburgo, Bremen y Lubeck 8 ó 10,000 franceses, empleados en lo gendarmería. aduanas y depósitos."

(2) *Memorias* inéditas, por M. X.... III. 571 y siguientes: Se habían exigido 840,000 hombres á la Francia imperial, tan solo del 11 de enero al 7 de octubre de 1813, y fué menester entregarlos. Otros decretos pusieron á disposición del gobierno desde 1806 á 1814, 300,000 soldados, además de 140,000 hombres de la guardia nacional, que se destinaron à la organización en cohortes. Todo esto forma un total de 1.300,000 hombres reclutados en un solo año. "Nunca se ha pedido á una nación que se deje conducir en masa al matadero."-*Ibid.*, III. 4̇9. Senado consulto y acuerdo del consejo para reclutar 10,000 hombres de entre los jóvenes de la más alta sociedad exceptuados de la quinta, según la elección arbitraria de los prefectos. El objeto ostensible de esta medida era tomar rehenes de entre las familias cuya fidelidad era dudosa; pero ninguna medida como ésta granjeó tantos enemigos á Napoleón." Cf., de Ségur, II. 34. (Estuvo encargado del mando de una de las divisiones de jóvenes). Muchos eran hijos de vandeanos ó de convencionales, arrancados á la esposa el día del matrimonio, al padre agonizante ó al hijo enfermo: "los había de complexión tan débil que parecían moribundos."—La mitad pereció en la campaña de 1814. *Correspondencia*, carta al ministro de guerra Clarke, 23 de octubre de 1813, (respecto de los nuevos reclutamientos). "Cuento con cerca de 100 000 quintos rebeldes.".

(3) *Archivos nacionales*, A. F., IV, 1, 297. (Piezas 206 á 210.) (Informe dado al emperador por el director general de las revistas de alistamiento, conde Dumas, 10 de abril de 1810.) Se han impuesto además de los 170 millones de multa,

cerca de 60,000 desafectos condenados nominalmente, habiéndose impuesto á diversas familias más de 170 millones de multa. Se capturan en 1811 y 1812 por las columnas volantes encargadas de detener á los fugitivos, cerca de 60,000 desertores, se les manda en grandes grupos desde la orilla del Adur hasta la del Niemen, para refundirlos en el gran ejército; pero desde el primer mes desertan 4 ó 5,000 (1) todos los días. Si alguna vez se llega á conquistar la Inglaterra, es menester guarnecerla convenientemente, pero se necesita también cuidar á los guardianes.

Esta perspectiva ofrece á los franceses el sistema del emperador, aun contando con que tengan éxito completo todos sus planes; no sucede así, y al fin del año de 1812 yace sumerjido en la nieve el grande ejército: el caballo se ha roto las cuatro patas; pero al fin está cansado y nada hay que temer. "Nunca ha sido mejor la salud de su Majestad," (2) dicen los boletines. El caballero se halla ileso, y no lo preocupa el estado de su montura inutilizada, sino su desgracia, su reputación de ginete caída por tierra, su descrédito ante el público, lo ridículo de un salto peligroso, anunciado con gran bombo y terminado por una lastimosa caída.

1.675,457 francos, á 255 individuos "fautores ó cómplices."—*Ibid*, A. F. IV, 1051. (Informe del general Lacoste respecto al departamento del Loire, 13 de octubre de 1808) Se calcula en más de la mitad el número de desertores.... Los gendarmes hacen en la mayor parte de los cantones un tràfico vergonzoso de la conscripción; pues llegan á obtener pensiones para favorecer à ciertos reclutas.—*Ibid*, A. F. IV, 1052. [Informe de Pelet, 12 de enero de 1812.] "Han mejorado las operaciones de alistamiento [en el Herault] pues los contingentes de 1811 se han suministrado sin dificultad. Quedaban 1800 refractarios ó desertores de las clases anteriores; la columna móvil ha detenido 1600; 200 quedan por perseguir."—Faber, *Noticia*. 1807, *respecto al interior de la Francia*, p. 141. "La deserción es enorme sobre todo en las fronteras; por 100 reclutas hay 80 desertores."—*Ibid*, p. 145. "La Francia parece una gran casa de detención, donde al paso que uno vigila al otro, lo evita al mismo tiempo.... Se ve á menudo que el mismo joven á quien un gendarme lleva á la grupa, es en seguida atado y hasta engrillado."—Mathieu Dumas, III, 507. [En los hospitales de Dresde, después de la batalla del mismo nombre]: "Noté con disgusto á muchos hombres que se hallaban ligeramente heridos, algunos de ellos jóvenes quintos que no habiendo sido lesionados por el fuego enemigo, se habían mutilado los piés y las manos unos á otros. Antecedentes de tan mal augurio observé en la campaña de 1809."

(1) De Ségur, III, 474.—Thiers, XIV, 159. Un mes después del paso del Niemen, habían desaparecido 150,000 hombres de las filas.

(2) Boletín vigésimo noveno (3 de diciembre de 1812).

Repite más de diez veces antes de llegar á Varsovia: (1) "De lo sublime á lo ridículo no hay más que un paso." Con más descaro todavía en Dresde da á conocer, lo bastardo de sus pasiones, lo inmenso, lo terrible de su amor propio.

"¿Qué se pretende de mí, dice á M. de Meternich, (2) que me deshonre? Nunca! Moriré pero no cederé un palmo de territorio. Vuestros soberanos que han nacido sobre el trono, pueden ser derrotados mil veces y volver á sus capitales; yo no porque soy tan sólo un soldado de fortuna. Cesará mi dominación cuando haya dejado de ser fuerte, y por consecuencia temible.

En efecto, el despotismo que ejerce su Francia, lo funda sobre su omnipotencia en Europa, pues aunque no quede dueño del continente "quiere contar por lo menos con el Cuerpo legislativo." (3) Mas antes que verse reducido al papel de monarca constitucional, gobernado por las cámaras, prefiere jugar el todo por el todo.

He visto, le dice Metternich, á vuestros soldados, y á la verdad son niños solamente. ¿Qué hareis cuando haya desaparecido ese ejército de adolescentes?

Estas palabras le traspasan el corazón, palidece, se contraen sus facciones, lo ciega el furor, y dice violentamente á su interlocutor: No sois militar, é ignorais lo que pasa en el alma de un soldado. He crecido en el campo de batalla, y á un hombre como yo se le da un ardite de las vidas de un millón de hombres. (4)

---

(1) De Pradt, *Historia de la embajada de Varsovia*, p. 219.

(2) M. de Metternich, I, 147.—Fain, *Manuscrito* de 1813, II, 26. (Palabras de Napoleón á sus generales): Necesitamos un triunfo completo. No estriba la cuestión en el abandono de tal ó cual provincia; se trata de nuestra superioridad política, y nuestra existencia depende de ella."—II, 41, 42. (Palabras de Napoleón á Metternich). "¡Y mi suegro es quien me propone semejante proyecto! ¡El os envía! ¿Qué actitud quiere que tome respecto del pueblo francés? Se engaña si cree que un trono mutilado sea salvaguardia suficiente para su hija y su nieto.... ¡Ah! Metternich, ¿cuànto os dió la Inglaterra porque hiciérais esto contra mi?" (Esta última frase, que Metternich omitió en su relato, es un rasgo distintivo de su carácter; en el momento decisivo, Napoleón hiere gratuitamente, hasta dañarse à sí mismo).

(3) *Recuerdos del finado duque de Broglie*, I, 235.

(4) *Ibid*, J, 230. Napoleón había dicho algunos días antes á M. de Narbonne y me lo repitió á mí también: "Al fin y al cabo ¿qué es lo que esto me viene costando? (la campaña de Rusia) 300,000 hombres apenas, y aun había muchos alemanes en el interior de sus provincias."—*Memorias* inéditas por M. X.... V, 615. (A propòsito de las bases de Francfort, que Napoleón aceptó más tarde, cuando no era

La quimera del imperio devoró muchas más: entre 1814 y 1815 mueren más de 1.700,000 franceses nacidos en los límites de la antigua Francia, (1) y otros dos millones de aliados, ó enemigos suyos.

Por confiarle dos veces la cosa pública, se grangearon los pobres franceses una doble invasión; en premio de la adhesión á su persona, reciben de él un país sin los quince departamentos que había adquirido la república, sin la Saboya, la orilla izquierda del Rhin, la Bélgica y el gran ángulo nordeste con que se redondeaba y fortificaba en sus puntos vulnerables, separado de los cuatro millones de franceses que se había asimilado en veinte años de vida común, rechazado hasta más allá de las fronteras de 1789, solo, débil entre sus vecinos engrandecidos, sospechoso á la Europa, rodeado de desconfianzas y rencores.

Esa es la obra política de Napoleón, obra en que el genio sirve al egoismo, que fué la causa de los males que después sufrieron el edificio francés y el europeo.

Esta perturbación se manifiesta en el edificio europeo, y produce al cabo de quince años un trastorno brusco, pero en el francés, si bien es igualmente grave, sin embargo no es tan visible. Se le notará después de cincuenta ó cien años, pero sus efectos graduales serán perniciosísimos é igualmente seguros.

Por la versión española de la primera parte,
José López-Portillo y Rojas.

Por la de la segunda,
Victoriano Salado Alvarez.

---

tiempo ya). Lo que caracteriza esta falta, es que se cometió más contra el interés de Francia que contra el suyo propio.... Sacrificó por las dificultades de su situación, por falsa vergüenza, por la dificultad de hallarse solo, enfrente de una nación que tanto había hecho por él, y que podía echarle en cara tantos tesoros gastados, tanta sangre derramada inútilmente en locas empresas.

(1) Leonce de Lavernge, *Economía rural de Francia*, p. 40. (Testimonio del antiguo director del alistamiento para el servicio militar bajo el imperio.)

EL PRIMER AMOR.

(CONCLUYE.)

Como el navegante que, perdido el buque en la tempestad, se refugia en el bote, y destruido éste, se coge de una tabla esperando siempre salvarse y ver llegar el buque que le ponga en cobro; refugiábame yo en cualquier reflexión halagüeña, en cualquier hecho frívolo, en la más insignificante apariencia favorable para hallar algún alivio á mi pesadumbre, y dar entrada en mi corazón á las doradas ilusiones que me abandonaban.

Obra de una hora duraría en aquel potro de tormento, acongojado de continuo, y sólo alegrado á las veces por rayos fugitivos de una esperanza que se desvanecía. Al fin, sobrevino un hecho que puso el colmo á mi dolor, é hizo que rebosara la copa de mi sufrimiento. Preludió la orquesta una danza habanera, de esas danzas lentas, acentuadas, llenas de fuego tropical, henchidas de pasión candente y arrobadora. ¡Con cuánta delicia habría bailado con Lola aquella pieza, llevándola en mis brazos y arrullándola al compás de la música, como á un niño dormido! Cerré los ojos por un momento, figurándome que realizaba esta ilusión, y suspiré con tanta fuerza como si gimiera. Cuando los abrí, no estaba Lola en su asiento. Doña Agustina ocupaba no obstante, el mismo sitio; pero D. Tomás no se hallaba tampoco delante de mí. ¿Qué había sucedido? ¿dónde se encontraría mi rubia adorada?

Busqué con los ojos, presa de inmensa agitación, por todos los ámbitos del corredor; y muy pronto me pareció distinguir su traje en el confuso grupo de los bailadores. ¿Era verdad, ó era un delirio enfermizo de mi cerebro?.... Era verdad, era una triste ver-

dad lo que veía. Bailaba Lola muellemente reclinada en los brazos de su primo. Hablábale éste de cosas muy dulces sin duda, porque ella le sonreía entreabiendo los labios carmesíes, al través de los cuales resplandecía la blancura mate de sus menudos dientes. ¡Yo había tenido el ensueño y D. Tomás le había realizado!

Sentí que un velo negro pasaba por mis ojos, y que mis piernas vacilaban con el peso de mi cuerpo. !Otelo al ver el pañuelo de Desdémona, que le presentaba el pérfido Yago, no sufrió mayor tormento que el mío, cuando ví á mi adorada Lola, á la predilecta de mi corazón, al primer amor de mi vida, haciendo ostentación de una doblez y de una perfidia que jamás hubiera sospechado en ella, como no se sospecha el delito en el espíritu purísimo de los ángeles!

Las personas adultas miran con desdén los padecimientos de los corozones infantiles enamorados; pero es injusto, porque esos corazones son susceptibles de tanto sufrimiento como los de las personas formadas. Y acaso padezcan más, porque carecen de egoismo, porque son candorosos, porque no están encallecidos por la experiencia y la ingratitud, y porque están desamparados y no hallan á donde volverse en busca de alivio y compasión.

Huelgan en los trances dolorosos las moralejas que tan buen papel hacen otras veces, predicando el juicio, la abstención amorosa, la no festinación de los sucesos y las épocas; puesto que no es racional disertar sobre lo que se debe hacer, cuando existe ya en pié una obra consumada buena ó mala, que constituye un hecho real é imprescindible. Tanto mejor si se reserva la virginidad de los sentimientos para la edad en que pueden realizarse los votos del corazón. Mil veces dichosa aquella alma que no llega á sentir la explosión del senitmiento, sino cuando puede unirse al alma que la cautiva. Pero ¡qué remedio cuando el drama se desarrolla prema uramente! ¿Cómo decir al corazón: espera, sujétate al calendario, tal vez al reló, y no sientas, ni ames, sino el año indicado y á una hora dada, según el programa lo determine? No se conoce fuerza moral capaz de producir este resultado, simplemente porque tal resultado es absurdo; pues los afectos, así como las ideas, vienen al espíritu de zonas desconocidas, y se van á lo ignorado, á la hora que marca el destino, y nó la voluntad de los hombres.

Perdóneseme esta digresión; vuelvo al interrumpido relato.

Al ver la perfidia de Lola, sentí que la sangre se agolpaba á mi cerebro y oí zumbar en mis sienes sorda tempestad, llena de mugidos. Dejé mi escondite y me lancé al salon del baile. Atravesé por enmedio de las parejas de los bailadores, chocando bruscamente con ellas, sin dárseme un ardite de mi rudeza, y oyendo con indiferencia las quejas ó protestas que dejaba á mi paso. No sabía qué hacer; carecía de plan y de propósito; marchaba al acaso, dominado tan sólo por esta idea: vengarme, acabar de una vez con aquella situación penosa é insostenible. De pronto oí una alegre voz que me llamaba:

—Adiós, Antonio—me decía.—¿á donde va vd. tan de prisa?

Volví el rostro y ví á Pepa, la traviesa Pepa de los juegos de estrado. Recordé que Lola le tenía ojeriza, que le habían desagradado las amabilidades que en otro tiempo me tributara, y que se había alegrado de que mi tía política le hubiese asentado las costuras durante el juego del *lobo*, en la casa de D.ª Jacinta; y en el momento brotó en mi fatigado cerebro una idea que me pareció luminosa. Dirijíme à la joven serenando el semblante cuanto más pude, y con amable sonrisa díjele:

—Andaba buscando á vd

Quedó Pepa sorprendida de mi osadía, y luego prosiguió soltando alegre carcajada:

—Esa mentira no cuela.

—Es la verdad.

—¡Como si no hubiera visto á vd. desde hace rato mirando á Lola con ojos de borrego degollado, debajo de aquel arco del corredor!

—Pero yo no había visto á vd.

—¡Estaba vd. tan embobado!

—En fin, Pepa, vengo á suplicarle que me acompañe á bailar.

—¡Cómo! Si vd. no sabe de eso, hombre de Dios!

—Vd. me dará una leccioncita; perdone la confianza.

—Pues se ha lucido vd., porque la pieza que se está tocando es shottish, quiere decir, lo más difícil de cuanto se baila; pero en fin, vamos á ver qué es lo que podemos hacer.

Diciendo esto, levantóse ágilmente. Era tan ligera y nerviosa, que aun al andar parecía seguir con sus movimientos el ritmo de

la música. Estreché en mi mano su cintura cimbradora, é hice varias tentativas; pero todas inútiles: cuando ella avanzaba, yo retrocedía, y cuando ella saltaba para arriba, saltaba yo para abajo. Reía Pepa de buena gana al ver mi torpeza, sin pizca de mortificación por el concurso, ni de desagrado conmigo, y tomó á pechos darme la lección de baile solicitada, con una gracia y un buen humor encantadores. Con tal motivo, íbamos de un lado á otro del corredor, sirviendo de estorbo á las parejas y embistiéndolas de frente y con rudos golpes. Varias veces nos encontramos con Lola y D. Tomás en nuestro camino, y me pasé de largo sin fijar en ellos la atención, como si no los hubiese visto.

—Descansarémos un poco—díjome Pepa después de un rato, cogiéndome el brazo—darémos algunas vueltas para continuar luego la lección.

—En hora buena—le dije—pues hemos corrido ya bastante.

Callé unos momentos para tomar algún respiro, y proseguí luego

—No sé cómo manifestarle mi gratitud por sus bondades.

—No vale la pena; tengo mucho gusto en ayudarle á adquirir esta difícil ciencia, tan propicia al amor. Así podrá vd. acompañarse con Lola alguna vez....

—¿Para qué?—repuse con viveza—no lo deseo.

—Es necesario que no sea vd. falso; la falsedad es un vicio muy feo. Van dos veces que trata de engañarme, y eso no está bueno.

—Protesto á vd. que se equivoca.

—Protesto á vd. cuanto guste; á pesar de todo, siempre será cierto que ni andaba vd. buscándome hace unos momentos, ni le importa á vd. Lola tan poco como lo dice. ¿Quiere vd. que le diga lo que le pasa en realidad? Que está vd. celoso, que se ha llenado de cólera al ver á su novia en brazos del primo, y que se ha propuesto tomar su desquite. Para este objeto me ha considerado vd. apropósito.

—No lo crea vd., Pepa....

—No se mortifique por ello, pues vd. hace lo que cualquier otro haría en su mismo caso; lo que yo haría en su lugar, lo que todos han hecho en el pasado y harán en lo venidero.

—Lo que sucede en realidad es que vd. me ha parecido siempre en alto grado encantadora, y que no hay ya para qué ocultarlo. Mientras Lola fué buena y consecuente conmigo, tuve el deber de

no desagradarla; pero hoy que ella rompe los lazos que nos ligaban ¿por qué he de hacer violencia á mis inclinaciones por más tiempo?

En aquellos momentos pasaban Lola y su primo junto á nosotros. Pepa aprovechó la ocasión rápidamente, como si de antemano hubiese convenido en tomar parte en el desarrollo de mi programa, y replicó elevando la voz sin afectación:

—¿Con que verdaderamente ha sentido vd. inclinación hacia mí desde hace tanto tiempo?

—Sí, Pepa—repuse con voz resuelta, casi colérica, como un reto lanzado á la pérfida Lola.

Observé con una rápida ojeada, que al oir el diálogo, se demudaba un tanto la ingrata. Volvió el rostro á nosotros, y clavó en Pepa una mirada furibunda; mirada que Pepa recibió con ojos alegres y burlones.

Sentí que un bálsamo dulcísimo resbalaba por mi corazón. Hacer sufrir á Lola era para mí un triunfo inmenso, tanto porque le daba á gustar una gota de la amargura que yo mismo bebía en hondo cáliz, como porque miraba revivir por momentos en la ceniza de mis desengaños, alguna débil chispa de esperanza.

Proseguí, pues, en mi táctica, cuidando de decir elogios y ternezas á mi compañera, de un modo especial, cuando nos acercábamos á la pareja de los primos; juego en que era secundado por Pepa de un modo admirable. Era que aquellos dos ángeles, Pepa y Lola, se aborrecían desde hacía tiempo, á la sordina, y aprovechaban gustosas las ocasiones que se le presentaban, para darse con disimulo algunos malos ratos.

Pepa reía, me miraba fijamente, se colgaba de mi brazo, me hablaba al oído; y hacía una multitud de demostraciones, que dieron mucho qué pensar á los curiosos. En efecto, aquella noche se extendió entre los concurrentes al baile, el rumor de que le había declarado mi amor á Pepa, y que ésta me había correspondido desde luego, cosa que causó muy grande escándalo.

No pudo sufrir Lola aquel espectáculo, y se retiró de la escena para ir á refugiarse al lado de su mamá, mostrando en la fisonomía visible descontento. Mi victoria era espléndida, y tuve con este motivo, momentos deliciosos.

Mas en esto acabó el shottish, y me ví obligado á separarme de

Pepa, dejándola al lado de D.ª Jacinta. Quedamos apalabrados para bailar una polka corrida, y me alejé radiante de júbilo.

No bien me hube quedado solo, cuando me vino la reflexión. Acababa de quemar mis naves. No me había contentado con bailar, que era todo el derecho que me concedía la ley del talión; sino que había cortejado á otra mujer, y precisamente á aquella que era vista por Lola con mayor inquina: esto no me lo perdonaría ella nunca. Olvidé mis antiguos agravios, me pareció que nada tenía que reprochar en realidad á mi amada, y me eché en cara la doblez y la perfidia que antes viera como legítimas represalias. Recordé que Lola se había inmutado al escuchar mi diálogo con Pepa, pensé con fruición en su mirada de ángel colérico, y me penetré del íntimo convencimiento de que Lola me amaba todavía.

Puesto en este trance, perdí completamente la energía, desfalleció mi corazón, y me sentí dominado por la angustia y por el remordimiento. Todo mi empeño fué desde aquel momento, destruir á toda costa los obstáculos que me separaban de Lola, y reconquistar su cariño. Perdí la brújula, no miré ya al norte, y apelé á las medidas violentas como un insensato.

Habíase levantado D. Tomás para entrar en la sala del refresco. Seguíle apresurado, y sin ningún preámbulo le dirijí la palabra

—Dispense vd.—le dije—deseo tratar con vd. un breve asunto:

Miróme con sorpresa mezclada de ironía, y repuso cortesmente.

—Me tiene vd. á sus órdenes.

Nos dirijimos al segundo patio, donde había algunos fumadores que paseaban debajo de los árboles adornados con farolillos venecianos, y nos internamos al paraje más solitario.

—Vd. debe comprender que el asunto de que quiero hablarle es....

—Referente á mi prima Lola—me interrumpió,—lo adivino.

—Precisamente—proseguí. Como vd. sabrá, estoy en relaciones amorosas con ella, desde hace más de dos meses.

—Lo sé.

—La felicidad que reinaba entre nosotros, se ha interrumpido no obstante, desde la llégada de vd. á San Pedro.

—Mucho lo siento—me dijo con tono indefinible entre burlón y cortés.

—¿Tendría vd. inconveniente en decirme si es verdad, como lo sospecho, que vd. le hace la corte à Lola?

—No tengo ninguno; es cierto que se la hago.

—En ese caso—prorrumpí con exaltación—vd. comprende que las cosas no pueden seguir de esta manera; vd. abusa de sus años, de su fortuna y de su parentesco, y me hostiliza con ventaja. Ni por amor, ni por amor propio puedo tolerar que me siga poniendo en ridículo.

—¿De manera qué?—interrogó friamente.

—Es forzoso que pongamos fin á esta situación, como hombres que somos.

—¿Me desafía vd?

—Si, señor, porque deseo que esto concluya de un modo ó de otro; pero siempre dignamente.

—Joven, el caso no es para tanto.

—Eso no le corresponde á vd. calificarlo; yo sé bien lo que hago y lo que digo.

Reflexionó un momento D. Tomás, y luego me dijo con tono serio, casi airado:

—Me pone vd. en conflicto. Sería ridículo que yo, hombre de más de treinta años, fuera á tener un lance con un niño como vd.

—Si no quiere vd. tener un disgusto conmigo, déjeme, pues, en paz, y prescinda de Lola.

—Imposible—repuso enérgicamente—no habría fuerza en el mundo capaz de obligarme á ello; pero tengo bastante estimación de mí mismo para cometer abusos, aun cuando sea contra mozos imberbes como vd. Voy á hacer á vd. una proposición que todo lo concilia. Me parece que desde hace algún tiempo no están Lola y vd. en la mejor inteligencia, y aun esta noche creo que las cosas se han puesto en peor estado. Voy á proporcionarle á vd. manera de que hable con ella á toda su satisfacción, sin la presencia de mi tía Agustina ni la mía. Así podrá vd. interrogarla, hacerle explicaciones y valerse de cuantos medios estén á su alcance para recobrar el terreno perdido. Si vd. le recobra, le protesto que parto en seguida para Zacatecas y no vuelvo á darle motivo de queja. En cambio, si no logra vd. vencer los resentimientos de Lola, espero que deje de la mano el asunto, y no me guardará rencores por el incidente.

Un rayo de alegría penetró en mi corazón. ¡Hablar con Lola, decirle mis quejas, hacerle mis súplicas, enternecerla! No era otro mi delirio.

—En hora buena—le dije—acepto la propuesta; pero me ofrece vd. que me proporcionará manera de hablar con Lola á toda mi satisfacción.

—En este mismo sitio, ¿quiere vd? ¿le parece á vd. bién?

—Si—le dije—me parece á propósito.

—Pues negocio concluido, voy á traerla. Aguarde vd. unos instantes.

Y partió dejándome oculto en la penumbra de los árboles.

El diálogo había sido tan rápido, que apenas había podido darme cuenta de los sucesos. Estaba como enagenado por tantas y tan diversas emociones. Ahora me sentía poseido de un inmenso miedo; deseaba tanto como temía hablar con Lola. ¡Hacía tanto tiempo que no escuchaba su voz, ni miraba cerca sus ojos! ¿Qué le diría? ¿cómo le hablaría? ¿estaría muy enojada conmigo? ¿Lograría convencerla y renacerían para mi corazón los hermosos días de la felicidad y del amor?

¿Y si ya no me quería? ¿si me trataba con dureza? ¿si me despreciaba como tal vez lo merecía? Atropellábanse febrilmente en mi cerebro las ideas tristes, risueñas, consoladoras, desconsoladas, como vientos encontrados chocan y se arremolinan en la pradera, llenándola de tumulto y confusión. Antes de tranquilizar mis pensamientos y formar juicio sobre lo que podria suceder, miré dibujarse en el marco iluminado de puerta lejana, la pareja que formaban Lola y D. Tomás, que venían cogidos del brazo y se dirigían al sitio donde me hallaba.

Tristes reflexiones me sujirió aquella perspectiva. ¡Con cuánta facilidad iban y venían aquellos jóvenes por donde quiera, sin que los siguiese la Sra. D.ª Agustina, ni provocaran la murmuración de la sociedad! Mientras que yo, no sólo para hablar con Lola, sino tan sólo para lograr verla, había necesitado arrostrar el sol, la lluvia y la fatiga; y hacer ejercicios de centinela en los marcos de las puertas, ó de gimnasta escalando las paredes; aquel primo, mortal afortunado, arrastraba consigo desenfadadamente á mi novia, y se la llevaba por sitios apartados con la mayor sencillez del mundo. ¡Qué había de ser de mí ante la fuerza avasalladora de

la realidad! Abrumado por los hechos, incliné la cabeza y me sentí de antemano derrotado.

¡Cuántas veces me he acordado de aquellos momentos crueles, cuando he tenido la oportunidad de representar, andando el tiempo, el papel de verdugo! Mis antiguos agravios hanme hecho acaso cebarme en v íctimas inocentes, en quienes he venido á vengar las ofensas de D. Tomás. Así es el mundo: las víctimas de hoy son las fieras de mañana, y los justos pagan eternamente las culpas de los pecadores.

Llegó, pues, la pareja hasta mi escondite.

—Espérame un momento, Lola—dijo el primo separándose de mi novia,—vuelvo luego.

Hizo ella ademán de seguirle, pero él insistió:

—No. espera, ya vuelvo. Y se marchó á confundirse con los grupos de fumadores, á poca distancia.

Hubo un momento de silencio embarazoso. Repicaba mi corazón como sonora campana, faltábame el aliento, y no acertaba con la frase. Por fin, con torpeza que reconozco hoy tan claramente como entonces, díjela:

—¡Lola!

No contestó.

—¿Por qué no me respondes?

El mismo silencio.

—¿Estás enojada?

Hizo con los hombros un lijero movimiento, y se volvió casi de espaldas.

—No seas mala—proseguí casi sollozando,—bien sabes que eres la principal culpable.

—Yo!—articuló severamente—¿por qué?

—Pregúntalo á tu corazón.

—No he hecho nada malo.

—¿Has sido fiəl á mi cariño? Respóndeme en conciencia.

—¿Qué dice vd.?—me preguntó fingiendo distracción.

—Que sí has sido fiel á mi cariño. ¿Por qué me hablas como á un extraño?

—No tengo que dar á vd. ningunas explicaciones.

El diálogo me anardeció. y perdí gradualmente el encogimiento.

—Cómo!—repliqué—¿no tienes que darme ningunas explicacio-

nes? ¿Y por qué no? ¿no me has dicho que me qnieres? ¿no me has hecho juramentos que te ligan á mí? Tengo el derecho de pedirte explicaciones acerca de tu conducta, porque mientras no rompas abiertamente tus compromisos, estoy en posesión de tus promesas.

Observé que mi tono resuelto ejercía en ella algún influjo, y proseguí con la misma exaltación.

—No me respondes, porque te reconoces culpable. Sientes remordimientos que te cortan la palabra, y no te atreves á decirme la verdad; pero todo lo sé, porque me lo han dicho, porque lo adivino y lo presiento por la congoja que me martiriza. ¡Si vieras que días he pasado! He sufrido mucho; me parecía imposible que fueras capaz de conducirte con tanta ingratitud; nunca te hubiera creído mala, ni, sobre todo, conmigo, que sabes cuánto te quiero.

—No es verdad—repuso friamente—vd. es quien tiene la culpa de todo.

—¿Porqué, Lola?

—¡Que tenga vd. valor para preguntármelo!

—Lo dices por Pepa?

—Vd. sabrá por quién.

—Perdóname—le dije tratando de cojerle la diestra, que retiró con viveza—hasta en mis errores debes ver lo mucho que te quiero. Cuando te ví bailar con tu primo, á pesar de lo que habíamos convenido, á pesar de que sabías cuánto me dolería que lo hicieras, me dejé dominar por el despecho, y quise tomar algún desquite; pero sé generosa, perdóname; te prometo no volver nunca á ver, ni á hablar, ni aun á dar los buenos días á esa señorita.

—Háblele vd. cuanto guste; nada me interesa que lo haga ó que no lo haga.

—No sea vd. mala, Lola; dígame alguna palabra de consuelo.

—Vaya vd. con Pepa á que le consuele.

—¿No ve vd. que le estoy pidiendo perdón?

No respondió. Sentí que los sollozos se me anudaban en la garganta; esperé un poco para reponerme, y luego, haciendo un grande esfuerzo, proseguí con voz grave:

—Veo claramente que vd. no me quiere ya. ¿Por qué no me lo dice? Acabe vd. su obra.

Tuvo al menos la piedad de guardar silencio.

—Está bien—le dije;— me doy por entendido; no es necesario que vd. me lo diga.

Y sin articular una palabra más, me alejé de aquel sitio. No me aproximé á D. Tomás; no quise darle el placer de confesarle mi derrota; me fuí como escapado. Era que sentía que las lágrimas me saltaban de los ojos, y necesitaba desahogarme.

Entré en mi cuarto, cerré la puerta con llave, maté la luz, y me eché vestido sobre la cama. Entonces les dí rienda suelta á mis gemidos; empapé de lágrimas la almohada, y me debatí en el lecho, como un mártir en el potro de sus tormentos. No había orfandad, desamparo ni desdicha que me parecieran grandes junto á mis penas. ¡Cuán solo y triste me sentí aquella noche horrible! ¡Quedarme sin Lola, cuando la miré tanto tiempo, no digo como mía, sino como parte de mí mismo; verme abandonado por ella, á quien le tuve una fé ciega; convencerme de su falsía, cuando la adoré como á un ángel! Dolor, asombro, desaliento, todo lo sentía mezclado y confundido en caos angustioso, agitándose en mi corazón como en negra y pavorosa mazmorra. Pesáronme los años que había vivido, miré la existencia como carga abrumadora, y no tuve más idea halagüeña durante mi cruel insomnio, más que la de la muerte. Todas mis reflexiones, reproches y quejas, terminaban mentalmente con este estribillo: *Señor, ten piedad de mí y córtame la vida.*

X.

CALABAZAS.

Levantéme con el alba al siguiente día, enfermo así del espíritu como del cuerpo. Respiraba con angustia, pesábame la cabeza como si fuese de plomo, y me dolía el corazón como si llevase clavada aguda saeta.

El aire fresco de la mañana me hizo algún bien, con todo, y me sentí con fuerzas para hacer un paseo por la huerta. Atravesé el corredor del baile, hacía poco tan ruidoso, ahora sumido en el silencio, y me pareció ver en sus flores marchitas, en su soledad y en su tristeza, como una imagen de mi vida há poco tan dichosa,

ahora tan desventurada. Ya en la huerta recibiéronme los pájaros con alegre salva, y las flores con oleadas de perfumes. Mostrábase el cielo diáfano y azul como un zafiro oriental; algunas nubecillas volaban rápidamente por su inmensidad, como blancos cisnes en lago trasparente. ¡Qué mañana tan bella! ¡parecía una de aquellas que vieron mi dicha, y mis coloquios con Lola!

Sentéme en un banco de piedra, frente al muro por donde trepaba para hablar con ella, y dejando caer la cabeza entre las manos, rompí de nuevo á llorar, como un huérfano, como un náufrago, como un niño extraviado en las tinieblas. ¡Cuán impía, cuán indiferente, cuán despiadada es la belleza! Lola hería de muerte mi corazón, y no se dolía de mi martirio; y la espléndida naturaleza desplegaba sus encantos con mayor pompa, cuando mi alma agonizaba en la desesperación.

En esto, surgió en mi mente un pensamiento insensato. No estaba todo perdido, aún podía luchar. Lola no me había dicho que no me quisiera. ¿Por qué no hacer el último esfuerzo? ¿Por qué no tentar el postrer recurso? Era fuerza escribirle para arrancarle al menos la inicua sentencia que vagaba en sus labios; pero que no osaba salir por respeto á mi sinceridad y á mi dolor. Y ¡quién sabe! Quizás lograría ablandarla.

Los desgraciados prohijan los proyectos más extravagantes. ¿Qué pierde un condenado á muerte, con dejarse caer desde la altura del elevado muro? ¿qué pierde el náufrago con lanzarse de la barca incendiada, en las ondas encrespadas del mar? Con el valor que da la desesperación, regresé á mi aposento, y tomando recado de escribir, tracé con mano trémula la siguiente carta, que manché á trechos con mis lágrimas:

"Lola:

"Soy como el condenado á muerte, que pide gracia antes del suplicio. Demasiado conozco que no eres para mí la misma de antes, pues tus ojos no me miran como solían, ni tiene tu voz las mismas inflexiones con que en otro tiempo me acariciaba. Todo me hace comprender que la llama de tu cariño se extingue ó se ha extinguido. Esta confesión me arranca lágrimas; me parece que sueño al ver los hechos que la motivan; pero la realidad tristísima se impone á mi razón con fuerza irresistible.

"No obstante, mientras no me digas que no me quieres, puedo

alimentar alguna esperanza; y como todavía no has pronunciada la palabra fatal, tomo la pluma para hacer un llamamiento á tu corazón, á fin de que, si algo tiene de bueno y piadoso, se deje ablandar por mis súplicas y por mi llanto.

"Acaso algún error mío, ó una mala interpretación de mis actos, me haya hecho perder terreno en tu cariño; pero después de una explicación franca y leal de mi parte, creo que me perdonarás, y volverás á ser para mí la misma Lola de otros tiempos, tan afectuosa y tan buena.

"Como no sé en qué se fundan tus resentimientos, porque no me lo has dicho, y ya te expliqué los sucesos de anoche, no puedo entrar en detalles sobre cargos que no conozco; pero en general, te juro por lo más sagrado, que te quiero con arrebato, que eres mi primer amor, y serás también mi único y postrero. Si buscas una alma que te adore, un corazón todo tuyo, un pensamiento que por todas partes y á toda hora te siga, no me dejes, Lola; porque no volverás á encontrar quien como yo te ame y te venere sobre la tierra.

"Comienzo á vivir. Tú has hecho nacer las flores en mi camino y las ilusiones en mi mente. Por tí creo y espero, por tí vivo, por tí nomás quiero la vida. Si me abandonas en medio del mundo, vas á hacer de mí el más infeliz de los hombres, y todo me arrebatarás de un solo golpe, dichas y fé, aliento y esperanza. ¿Qué podré aguardar de los otros, si tú me traicionas? ¿qué felicidad podré hallar sobre la tierra, si no te tengo á mi lado? No eches sobre tu conciencia el remordimiento de haberme lanzado en un abismo cuyas tinieblas y cuya profundidad me horrorizan. Cualesquiera que sean mis errores ó delitos en el porvenir, tú serás responsable de mis faltas; porque tu ingratitud echa sombras en mi conciencia, llena de hiel mi corazón y enciende en mi espíritu el relámpago de la rabia.

"Aun es tiempo; sé buena y dulce para mí, como te formó la naturaleza. Torna el pensamiento á un pasado todavía próximo, y recordando las plácidas escenas de nuestro amor puro y dichoso, hallarás acaso en el fondo de tu pecho, velado nada más, y no extinguido, el casto fuego de otros días, aquel á cuyo calor nácieron mis ilusiones primeras y se hicieron aladas mis esperanzas. Aguardo con ansia tu respuesta; quiera la piedad mover tu mano al trazar las lineas que me escribas.

"Amor, perdón y olvido, es lo que imploro de tí con los ojos llenos de lágrimas."

Metí la carta en un sobre, escribí la dirección con todas sus letras, y comisioné luego á uno de los sirvientes para que la llevase á la casa contigua. Como la crisis había llegado ya á su más alto punto, nada me importaban las conveniencias sociales, ni me preocupaba el desagrado de D.ª Agustina.

Esperé largo tiempo, lleno de mortal angustia. Sucedíanse las horas sin que llegara la carta anhelada, y mi incertidumbre iba haciéndose más penosa á medida que trascurrían los instantes. Rayaba el sol en el meridiano cuando al fin oí sonar el aldabón del zaguán; algo me dijo en mi interior, que era el mensajero de Lola, y ocurrí yo mismo á abrir la puerta con faz demudada por la emoción. Efectivamente, era una criada de la casa inmediata, que traía una carta y varios otros objetos para mí. Abrí la esquela con mano trémula, y leí lo siguiente:

"Señor

"Son inútiles sus *esplicasiones*. Nuestras *relasiones* quedan *conclidas*. Su *condugta* de *anochi* me *hase conoser* que no me quiere. *Hay* le mando sus cosas, hágame *fabor* de mandarme las mías con la portadora. Su *serbidora*.

"Dolores."

Y efectivamente, entregóme la criada todas las cartas que había dirigido á mi novia, inclusa la que le mandé esa misma madrugada. Es verdad que venían formando paquete, cuidadosamente amarradas con una cinta de seda, y trascendiendo á delicadas esencias; pero no faltaba ni una sola de ellas. Mandóme asimismo las flores que le había regalado, secas ya, pero preciosamente desecadas; algunas dentro de sobres de cartas, otras enteramente al natural, y sin haber perdido su forma. Venía mi retrato dentro de un marquito de terciopelo rojo, y el mechón de pelo que me cortó ella misma por la ventana con sus finas tijeras de costura al oscurecer de cierto día, apareció á mis ojos formando elegante rizo y sujeto con apretados lazos de seda carmesí. Nada guardaba mío; todo me lo enviaba, así como de su corazón había arrojado enteramente mi cariño.

Aunque esperaba este desenlace, quedé como aturdido al recibir el golpe, y no acertaba á pronunciar ni una sola palabra. Todo lo

había perdido, nada tenía que esperar; el altísimo edificio de mi dicha, vecino á los cielos, habíase desplomado en un momento con horrible fracaso. Llenáronseme los ojos de lágrimas y dos gruesas y ardientes rodaron por mis mejillas; debilidad del adolescente, que aun no olvidaba el llanto de la infancia. Dolióse de mí la sirvienta, pues probablemente anunciaba mi rostro hondísimo desconsuelo, y díjome:

—No se aflija, niño, que al fin y al cabo sobran las mujeres en el mundo.

Sí, pensé, abundan las mujeres; pero no hay más que una Lola.

—Me dijo la niña—continuó la criada,—que me había vd. de dar algunas cosas suyas que vd. tiene.

Al oír esta reclamación, dejéme llevar de un arrebato de ira, y contesté:

—Dígale que no se las mando, porque nc me da la gana, y que si quiere quitármelas, me las mande reclamar por medio de su primo.

Cogí en seguida mis flores, echélas al suelo y las rompí con el pié; reduje mis cartas y retrato á menudos fragmentos, echándolos á volar con el viento de la calle, y arrojé al arroyo, donde habían dejado alguna agua las últimas lluvias, el mechoncito de mi pelo.

Hecho esto, entré en mi casa y cerrè la puerta de golpe, dejando azorada y boquiabierta á la pobre mensajera de tan malas nuevas.

Conservo aún *las cosas* de Lola, y de tiempo en tiempo abro el cofrecito donde las guardo, y las extiendo ante mis ojos para abismarme en los recuerdos del pasado. Sus flores están casi reducidas á polvo, pero aun conservan la fragancia ideal de aquellos días en que abrió mi alma por vez primera las alas para lanzarse en seguimiento del astro resplandeciente de la dicha. Sus cartas, amarillas por los años, guardan aún para mi corazón, aquel encanto que embriagó en otro tiempo mi mente, con castos delirios y plácidas ilusiones. Su desteñido retrato, que ha perdido el claro-oscuro fotográfico, y sólo se compone de lineas indecisas, me parece trazo misterioso de aerea figura, esbozado con mano soñadora por un artista inspirado. Diríase que esa forma bella y borrosa—que se adivina, y casi no se mira,—no ha existido jamás, y es como la huella que hubiera podido dejar en la cámara oscura, una visión

alada y fugitiva; así pasa la dulce Ofelia por el drama de Shakspeare, apenas entrevista en el fondo de la obra, y mucho más bella, ideal y poética en la penumbra, que lo hubiera sido quizás á la luz del primer término de la escena.

CONCLUSION.

Creí morir al rigor de la pesadumbre, y duré largo tiempo enfermo del espíritu, mirando triste la luz, oscuro el mundo é inútil la existencia. Suspiraba con honda amargura por el reposo de los que dejan la mísera cárcel de la materia, y salen de este valle de lágrimas, conceptuando imposible que pudiera haber dicha para mí en este ingrato suelo, y que renacieran en mi espíritu las ilusiones y las esperanzas; pero el tiempo y la juventud restañaron al cabo mis heridas, y volvieron para mí, á Dios gracias, y no en escaso número, los días felices de otras alegrías y de otros amores La hez rencorosa que dejó en mi alma la ingratitud de Lola, me ha hecho quizás ser alguna vez falso y engañador; pero al fin ha desaparecido de mi alma todo rastro doloroso, y no hay ya en ella más que éxtasis para esos recuerdos, y sonrisas para aquellos dramas inocentes.

Casóse Lola con su primo, obra de un año después de desenlazados los sucesos que acabo de relatar, época en que ya estaba curado de mis dolencias amorosas, y comprometido con una morena, en otra tierna aventura, menos cándida que la presente, pero tampoco exenta—á fé mía—de interés y de gracia. Presencié en el templo la ceremonia nupcial, y ví desde la calle el rumboso baile con que fueron celebradas las bodas. Pude sin esfuerzo en aquel punto y hora, é interpretando l.almente los sentimientos de mi corazón, pedir al cielo derramara á manos llenas sus dichas sobre la nueva pareja que acababa de ser unida por el *conjungo*.

Y la bendición de Abraham cayó en efecto, y sin reserva, sobre los esposos, pues desde aquel tiempo remoto hasta la fecha, no han cesado de dar al mundo un nuevo vástago año por año; no siendo, por lo mismo, de dudar, que su descendencia llegue á ser algún día tan numerosa como las estrellas de los cielos y las arenas del océano. Son felices, como á las claras lo demuestran su rozagan-

cia y su volumen; Lola tiene tres veces el espesor antiguo, y D. Tomás, ya entrecano, necesita para visitar sus fincas de campo, montar mulas robustas, porque los caballos se doblan bajo su peso. En China, donde es sagrado el abdomen, D. Tomás sería adorado como un dios, y vería reproducida mil veces en porcelana su augusta imagen.

Ante la elocuencia avasalladora de los hechos, he acabado por persuadirme de que mis primeros amores fueron una locura, y concluyeron de un modo feliz para todos los que tomamos parte en el melodrama. Porque evidentemente Lola, á pesar de su espiritualidad juvenil, había nacido para la vida práctica que ahora lleva, y en la que tanto ha enanchado. La vesdad es que ahora me horrorizo de pensar que podría verme enlazado con una matrona de su fecundidad, de sus años y de su peso.

YUSUF-BEN-ISSA.

HUMORADAS.

Siempre es para vosotras peligroso
un ánimo aguerrido
y un uniforme hermoso.
El fausto militar ¡sexo precioso!
siempre ha sido y será tu prometido.

***

Yo suelo con tu nombre, niña hermosa,
por más que el curso de mi edad avanza
hacer mi alma dichosa.
¡Sabe tan bien el pan de la Esperanza
que yo no me alimento de otra cosa!

R. DE CAMPOAMOR.

MANUEL ALVAREZ DEL CASTILLO.

Un año ha trascurrido desde que MANUEL ALVAREZ DEL CASTILLO dejó de existir, y todavía no podemos convencernos de que ha muerto.

Parece que su desaparición es una ausencia pasajera, y que pronto volverá de esos mundos desconocidos á donde fué sin duda para seguir derramando el bien como lo hizo aquí en la tierra.

Pero ¡ay! su despedida fué eterna y no fueron bastantes á detener su viaje á lo desconocido ni las lágrimas de su amorosa madre, ni los sollozos de un padre tierno, ni el llanto de sus amigos.

La mano implacable y ciega de la fatalidad descargó tremendo golpe sobre aquel sér tan generoso y tan bueno.

Aun recuerdo con terror estas horribles palabras: *Manuel ha muerto!*

Cómo! ¿La muerte no respeta siquiera á esos seres privilegiados que vienen al mundo sin más misión que hacer el bien?

¿Las revoluciones cósmicas deshacen de igual manera las naturalezas excepcionales, que las frágiles obras que construye el hombre con mano torpe?

¿Qué ley fatal é impía es esa que destruye lo bueno y lo grande, lo generoso y lo noble?

Es un misterio insondable que no alcanzo á comprender, la desaparición súbita de los seres que nos aman y á quienes amamos con todas las fuerzas de nuestra alma, y me inclino reverente ante ese arcano inexplicable.

El que estas líneas escribe, comprendió mejor que nadie las bellezas del alma de Manuel y llegó á amarlo como á un hermano mayor, porque se sentía querido por él con entrañable cariño y paternal solicitud, y hoy que se ve solo y abandonado, llora con lágrimas de desconsuelo la muerte de aquel que ya no existe.

Paz á sus restos! Ya no turbemos más su reposo con nuestras sentidas frases de dolor, nacidas en lo más íntimo del alma.

Lloremos en silencio su muerte é inclinemos la cabeza ante el cielo que así quiso poner á prueba nuestra resignación.

MIGUEL ALVAREZ DEL CASTILLO Y VILLASEÑOR.

EL SR. LIC. D. FERNANDO NORDENSTERNAU.

Llora nuestro quincenal en estos momentos, una nueva é irreparable pérdida. El Sr. Lic. D. Fernando Nordensternau, distinguidísimo colaborador de esta revista, ha fallecido el 30 del próximo pasado Octubre, á los treinta y dos años de su edad, en la flor de la vida, cuando apenas había comenzado á dar al mundo las primicias de su alta inteligencia y de su vasta y variada cultura.

Fué un sueño noble y generoso la breve vida de nuestro malogrado compañero. Atenaceado por el dolor, corroído su cuerpo por el sufrimiento, no conoció en este mundo la paz y la dicha que suele dispensar el destino á las almas vulgares. Nordensternau fué un hombre desgraciado; pero luchó con la desventura como un heroe, y no dejó nunca de ser fuerte y magnánimo. Debatiéndose en las torturas de una agonía lenta y de una pobreza inexorable, vivía de la vida del espíritu, siempre encumbrado á las cimas, ya fuese discurriendo con los filósofos alemanes—á cuya raza pertenecía por la inclinación y por la sangre;—ya con los economistas modernos,—cuyas doctrinas interpretó magistralmente en la cátedra que con aplauso desempeñó por varios años en nuestro Liceo;—ya con los poetas y artistas de todos los tiempos, de quienes tenía el alma romántica, y con Celuta, Ofelia, Margarita, con las mujeres ideales que cría la inspiración y sueñan las almas sublimes, y de quienes vivió siempre enamorado.

Descanse en paz nuestro amigo, que, libre ya de las miserias de este mundo, surca, vestido de luz, los espacios inconmensurables; en tanto que ornan su tumba prematura, el libro del sabio y la lira del poeta, el lauro de la fama y la corona de espinas del martirio.

JOSÉ LÓPEZ-PORTILLO Y ROJAS.

HISTORIA DE WELINNA

LEYENDA YUCATECA

POR DON CRESCENCIO CARRILLO Y ANCONA.[1]

PRIMERA PARTE.

CAPÍTULO I.

CÓMO LA CONQUISTA ESPAÑOLA IMPIDIÓ EL MATRIMONIO DE LOS JÓVENES INDIOS WELINNA Y YIBÁN.

Érase allá á principios del año de 1541, y la Península de Yucatán pasaba por una crísis social enteramente extraordinaria y desconocida en su historia. Nueva religión, nuevas costumbres, nuevos hombres, nuevas armas de guerra, terribles y funestas invasiones, en una palabra, la acción de la conquista europea sobre

(1) Esta novela, publicada por el Sr. Carrillo y Ancona, ahora obispo de Yucatàn, en 1862, valió á su autor calurosos elogios dentro y fuera de la República, y ha merecido los honores de varias ediciones. Deseosos de dar á conocer en esta parte del país, algo de lo que produce la rica literatura yucateca—de la cual apenas tenemos noticia—y de engalanar nuestras columnas con los trabajos del ilustre defensor de la propiedad mexicana de Cayo Arenas, emprendemos ahora la reproducción de *Welinna*, esperando que nuestros suscritores aplaudirán el pensamiento.

la tierra y la raza americanas, hé aquí lo que, con más pujanza que unos cuantos años atrás, se presentaba por aquel tiempo sobre los indios yucatecos ó mayas. Los cacicazgos del Sur y de las costas del Poniente y Norte habían agotado todas sus fuerzas y todos sus recursos en largos años de resistencia, y desmayados por último, huían ó doblegaban la cerviz bajo la planta del orgulloso conquistador, ó bien, como el rey Tutul Xiu, resignábanse á una prudente capitulación, siquiera supiesen que aquel era el comienzo de la esclavitud temida. No así en el interior de la Península, que desde Izamal hasta los remotos confines, escuchábase el sordo rumor de un pueblo fiero y libre, como libres eran los vientos y las aves de sus vírgenes y dilatadas florestas.

Tales eran las circunstancias del país, cuando cierto día de Enero, una joven india, hija de un rico y noble cacique difunto ya, la cual apenas contaba tres lustros de edad, y conocida con el bello nombre de Welinna (1), hallábase en un lugar poco distante de la regia ciudad de Maní, corte de Tutul Xiu, en el extenso patio de una casa de campo, bajo la sombra amiga de un bosque de altos y frondosos álamos. Acababa de salir de los líquidos cristales de un baño, en la deliciosa fuente de un cenote, y ungíase con un perfume de liquidámbar de color de rosa. Sus abundantes, negros y largos cabellos ondeaban en dos particiones sobre sus espaldas, cubiertas de una undosa manta blanquísima y fina, realzada con primorosos bordados de matizadas plumas y con la cual estaba con graciosa negligencia sencillamente vestida. El color de su tez, más bien que blanco, era ligeramente trigueño-rojo, y sus facciones eran notablemente simétricas y hermosas. De la ternilla de su nariz colgaba una piedra de ámbar, y de sus orejas zarcillos de oro con adornos de preciosas perlas; brillando además en el nacimiento de sus piernas y en sus torneados brazos adornos del mismo metal. Al través de los pliegues y aberturas de su li-

---

(1) Aunque tal vez con gran injusticia, es cierto, sin embargo, que comunmente se tiene por despreciable y bárbaro el idioma maya, y por esto mismo pueden llegar algunos á extrañar que la joven protagonista de nuestra leyenda lleve el suave y hasta bello nombre de "Welinna." Pero sépase que este nombre eufónico es enteramente yucateco ó maya, pues está compuesto de la frase indígena *U vel in ná* ó *uotoch*, que en español equivale á decir *el conducto ó camino de mi habitación ó morada.*

gero vestido, se la veía desde la cintura hasta el cuello graciosamente labrada de exquisitas labores, á excepción de los pechos, que nunca acostumbraron labrar las indias yucatecas, con esos caprichosos dibujos sobre la misma epidermis, que tan de moda estuvieron en los dos sexos.

Mas era de notar, que á la noble y graciosa fisonomía de aquella angelical criatura, no acompañaba el radiante placer de la juventud, y antes bien deslizábanse de cuando en cuando de sus negros y rasgados ojos, gruesas lágrimas que corriendo sobre sus frescas y redondas mejillas, expresaban la honda pena de su tierno corazón. Sentada sobre las raices salientes de un corpulento álamo, junto á la gruta del bello cenote de que acababa de salir, peinaba y trenzaba sus cabellos; y hablando consigo misma, decia:

—¡O justos dioses, cuán desgraciada os habeis dignado hacerme....! Mi padre ha muerto en una de las batallas con que el rey se sostiene contra esas guerras terribles que nos hacen los hombres de *Castelán* (1) (Castilla). ¿Si también habrá perecido mi Yiban, el esposo que me ha sido arrebatado ahora quince soles en la víspera misma del ansiado día de nuestras bodas.....?

No bien había acabado Welinna de pronunciar estas palabras cuando percibió á lo lejos un joven que venía alegremente silbando, como quien imita las naturales y variadas notas que gorjea el ruiseñor de la selva. La doncella conoció el aspecto de su amante, y oprimiósele el corazón que palpitaba con violencia bajo el pecho, como queriendo salir al encuentro del esperado mancebo. Este llegó por fin; y,

—Yiban! exclamó alborozada la joven india extendiéndole las

---

(1) Cuando los primeros descubridores y conquistadores aportaron á las playas de esta Península, les oyeron á los indios repetir muchas veces la palabra *Castelan* ó *Castilan*, que por entonces no les llamó la atención, acaso teniendo aquella palabra por indígena, cuyo significado no podían comprender. Pero más adelante, después de conseguida la libertad de Jerónimo de Aguilar, aquel español cautivo entre los indios de Yucatán, se advirtió que con ella los naturales querían decir "Castilla." Por eso ven nuestros lectores que en el texto usamos de este nombre ó palabra cada vez que se trata de Castilla.—Esta palabra *Castilán*, hasta hoy, después de más de trescientos años de haberse comenzado á usar en la lengua maya, la escuchamos y usamos á cada paso un tanto más alterada, y extendida á significar toda cosa extranjera, como cuando decimos *castran nah castran than*, por pan ó habla extraña ó castellana, etc.

manos, después de quince soles que han sido para mí harto lúgubres y tristes, vengo por fin á tener el consuelo de verte!

—Y de saber que pronto nos hemos de volver á ver y unir en dulce himeneo para no separarnos más, le contestó Yiban comprimiendo dulcemente contra su seno las blandas manos que ella le había alargado.

—Eso quiere decir que ahora mismo te vuelves á ausentar, amigo mío.

—Sí, luz de mis ojos; porque has de saber que los castellanos han asentado sus reales en el centro mismo de T-Hó, (Mérida), y Tutul Xiu nuestro rey ha acordado dejar la guerra, buscar la amistad do los blancos y confederarse con ellos para pacificar toda la Península, de modo que adunados con ellos á manera de aliados y amigos, no nos consideren y traten como á sus esclavos. Esta política, Welinna, ha parecido necesaria, por ser la única prudente en tan críticas circunstancias, puesto que el triunfo de los extranjeros es ya de todo punto inevitable. Y á más de esto, el rey quiere hacer un serio estudio de la religión de esos hombres extraños, por no sé qué dudas engendradas en su espíritu por la atenta lectura de los libros proféticos de Chilam Balam (1).

—Según eso, contestó aflijida Welinna, la paz se arreglará por nuestra parte; pero la guerra continuará con las provincias del interior. Y Tutul Xiu, como aliado, quedará sujeto con sus guerreros á las órdenes del caudillo blanco, quien los enviará á la lucha. Tú, pues, partirás; ¡partirás, Yiban! y ¡ay de mí! los justos dioses saben si he de volver á verte.....

Cuando la joven dijo estas últimas frases, las lágrimas habían saltado de sus hermosos y negros ojos; retorcía entre sus manos

---

(1) Según la tradición y la historia, *Chilam Balam* fué un sacerdote gentil entre los antiguos indios de Yucatán; añadiendo que fué además muy venerado, que se hizo célebre vaticinando la conquista y la introducción de una religión nueva, que sería la verdadera y cuya enseña debería consistir en la cruz. Si bien es cierto que algunos, con especiosos raciocinios, han querido negar la verdad histórica en este punto, es también cierto, que en la historia de casi todos los antiguos pueblos paganos se encuentran bien comprobados á cada paso vaticinios semejantes. Mas sea de ello lo que quiera, lo cierto es, que en la historia de Yucatàn se lee, que Tutul Xiu movido de ciertos impulsos de abrazar la fé de los cristianos, se resolvió á entrar con ellos en tratados de amistad y de alianza. Es también de advertir, que Chilam Balam era sacerdote de Mani, de donde Tutul Xiu era rey.

sus sueltos cabellos, y lleno su amante de ternura, enjugaba las que tenía por líquidas perlas cayendo hasta el suelo; y consolándola la decía:

—Los dioses inmortales se apiadarán de nuestras cuitas; y bien pronto, Welinna, nuestro interrumpido himeneo se llevará á cabo, y vivirémos felices y tranquilos bajo la protección de nuestros Penates. Si nuestro mutuo amor es el elemento de nuestras almas, si yo vivo para tí y tú para mí, ¿cómo en la ausencia la esperanza no ha de darnos alientos suficientes para estar preparados á la próxima felicidad......? Pero los deberes del honor, añadió el noble joven, me llaman en pos de los del amor. Corazón mío, Welina de mi alma, forzoso es que nos separemos; me ausento ya.... Esta noche debo partir en compañía del rey, que, como te he dicho, va á conferenciar con los hombres de *Castelán*, en cuya compañía estarémos algunas semanas.

Los dos amantes se separaron, entrando Welinna en una habitación cercana en que estaba su anciana madre la noble Ixná, recientemente viuda, y dirigiéndose Yiban al palacio de Tutul Xiu para prepararse á emprender viaje al campamento de los españoles.

CAPÍTULO II.

EL JOVEN INDIO EN EL CAMPAMENTO ESPAÑOL.

En el mismo lugar en que hoy vemos la plaza mayor de Mérida hallábase en el año de la conquista (1541), un gran cerro ó cuyo (1) en que el ejército conquistador asentó sus reales, resuelto á no abandonarlo hasta haber fundado la ciudad de Mérida en torno del cerro, tomando del mismo las piedras necesarias para la fábrica de casas, de modo que llegándose á bajar y allanar completa-

(1) Con el nombre de *cuyo* son generalmente conocidos los cerros monumentales de todo la América, de suerte que esa palabra tiene ya carta de ciudadanía en la lengua española. Toma su origen del idioma yucateco, de la palabra *ku*, la cual viciosamente pronunciada por los españoles degeneró en *cuy* ó *cuyo*. También la palabra *cenote* con que ahora se enriquece el Diccionario español, ha tomado origen de la palabra yucateca *dzonoot*, que los europeos pronunciaron *zonote*, y que luego se fijó en *zenote* ó *cenote*. Todos saben que este nombre significa la cueva ó boca profunda de una peña en que corre el agua., y que constituye una especie de río subterràneo, verdadero tesoro peculiar del suelo yucateco.

mente, viniese á formar la plaza central de la nueva ciudad, tal cual hoy la vemos.

Érase, pues, el 23 de Enero de aquel año, cuando los españoles después de las acciones de Tixpeual y Tixkokob, hallándose tranquilamente acampados en la altura que se ha dicho, percibieron que se les acercaba una multitud de indios con ademán grave y tranquilo, é inciertos de lo que aquello podía significar, preparáronse como para un combate, reforzando todos los puntos de peligro: mientras tanto, los indios sin curarse de nada, iban aproximándose hasta las faldas mismas del cerro. Era Tutul Xiu, rey de Maní, que venía con su comitiva á entrar en tratados con los blancos, y toda aquella multitud era compuesta de los magnates de su corte, sacerdotes, batabes ó caciques, ministros y capitanes, que precedidos de tres oficiales del Estado con largas varas en las manos, venían acompañando el regio palanquín de pintada y bruñida madera, que sobre los hombros de cuatro nobles se sostenía, llevando encima un dosel de vistoso plumaje, en que estaba como engastado el coronado indio. Detuviéronse al llegar, y Tutul Xiu bajóse del dosel apoyándose en los brazos de los caciques. Sería entonces como de cuarenta años, y su presencia era agradablemente majestuosa y noble. El color de su tez ligeramente cobrizo, la barba escasa y sus cabellos negros y lacios. Estaba coronado con un penacho de altas y hermosas plumas, y vestía una ancha capa cuadrada, tejida del más fino y blanco algodón, bordada de primimoroso mosaico, y apenas pendiente de su cuello por un nudo sujeto en un anillo de oro. Llevaba sandálias en los piés, brazaletes de oro en los desnudos brazos y piernas, zarcillos del mismo metal en las orejas y en la ternilla de la nariz, y por último, desde la cintura hasta los muslos cubríase con un limpio ceñidor, cuyos dos extremos bordados con igual primor que la tilma ó capa, caían uno por delante, y otro por detrás; miestras que en la parte superior ofrecíase á la vista el ancho pecho cubierto de dibujos simbólicos grabados en la piel. Llevaba además pendiente sobre la espalda un carcaj lleno de flechas, cuyos extremos sesgados con gracia, asomaban hasta la altura de la cabeza; un arco en la diestra, y colgando del cinto una daga ó puñal de brillante obsidiana y una espada de pedernales cortantes. Aproximóse al pié del cerro, y arrojando en tierra sus flechas y su arco, juntó y levantó

las manos como significando que venía de paz. Al mismo tiempo todos los indios de la comitiva arrojaron á su vez sus armas, y encorvándose tocaron la tierra con los dedos, que llevaron á los labios al enderezarse. Hecho esto, empezaron á trepar por la falda del cerro, y entonces el caudillo español D. Francisco de Montejo, que observando estaba toda aquella ceremonia, viendo que aquel era un personaje de alta distinción y que venía de paz, alegróse en gran manera y salióle al encuentro. Al juntarse hiciéronse una mútua inclinación, y el general español con semblante afable y obsequioso, tomó al rey indio de la mano, y condújole hasta su estancia, en unos aposentos construidos junto al adoratorio principal de que era base el cerro. Mediaron los mismos cumplidos entre los otros españoles y demás magnates mayas, y después de haberse hecho mútuos presentes, Tutul Xiu declaró su voluntad de permanecer con los castellanos por espacio de algunas semanas, y arreglar un tratado de amistad y de alianza. Declaró en fin, que casi se sentía con inspiraciones de ser cristiano, en virtud de ciertos pronósticos y augurios de los Oráculos, y que por lo mismo, deseaba conocer su religión y ver por de pronto algunas de sus prácticas. Con tal motivo, hízose en aquel mismo día una solemnísima adoración de la Santa Cruz, y atento Xiu iba imitantando cuanto hacían los cristianos, hasta llegar á arrodillarse á besar con grandes muestras de satisfacción y alegría el estandarte de la religión del Crucificado (1.)

(1) El homenaje de adoración que el rey maya llegó á tributar en esta ocasión á la Santa Cruz, fué un suceso que llenó de alegría á los cristianos, no tanto por ser un gran paso en sus planes de conquista, cuanto por haber sido un felíz augurio de la pronta conversión de todos los naturales á la fé católica; pues es demasiado cierto aquello de que *ad exemplum regis totus componitur orbis.* Siendo, pues, este un suceso que debía marcar época en los anales del país, señalaron la fecha de su acontecimiento, que había sido justamente el 23 de enero (de 1541), día en que la Iglesia conmemora solemnemente al gran arzobispo de Toledo, San Ildefonso; é hicieron voto de que este Santo sería el Patrono de la ciudad de Mérida, que proyectaban fundar en el mismo lugar de T—Hò, en que á la sazón se hallaban acampados, y que debía ser la capital de la nueva provincia hispano-americana. Cuando el año siguiente de 1542, fundaron los conquistadores la dicha ciudad de Mérida, olvidáronse de su promesa, y erigieron la ciudad é iglesia principal bajo el título y patrocinio de nuestra Señora de la Encarnación. Pero por una notable coincidencia, cuando más adelante el Sumo Pontífice Pío IV erigió por su bula de 16 de diciembre de 1562, la Diócesis y Catedral de Yucatán, lo hizo con el título de San Ildefonso, que en efecto lleva; cumpliendo así el Papa sin saberlo, el voto que veinte años antes hicieran los fundadores de esta ciudad.

No nos detendrémos ahora en referir los pormenoros de las várias conferecias que el monarca yucateco tuvo con el general extranjero; bastando decir que en sesenta días que en su compañía se halló, se hizo su íntimo amigo, y creyó conveniente sujetarse á los proyectos de la conquista española, después de haberla resistido heróicamente por veinticuatro años, á contar desde 1517, en que se verificó el descubrimiento y comenzó aquella guerra que parecía no tener fin.

Hemos dicho que una comitiva de distinguidos personajes acompañaba á Tutul Xiu en esta visita, y ya el lector habrá comprendido, por lo que dijimos en el primer capítulo, que Yiban estaba en ella. En efecto: este joven indio se distinguía entre los nobles de su nación. no sólo por su gentil presencia y mirada viva é insinuante, sino también por su moderación y por sus maneras, que al punto indicaban un hombre de recomendables prendas. Mucho llamaron la atención del joven Yiban las prácticas del culto cristiano; y, sobre todo, cuando se celebraba el augusto sacrificio de la misa ante un Crucifijo y una bellísima estátua de la Virgen María, casi se sentía obligado á encomendar su querida Welinna á la protección de aquella Virgen del culto extranjero. El capellán del pequeño ejército conquistador era el padre Fracisco Hernández, clérigo secular cuya amistad especialmente procuró Yiban cultivar. En pocas semanas estos nuevos amigos casi ya se comprendían sin gran dificultad, hablando como idioma de su amistad, un lenguaje compuesto á un tiempo de voces castellanas y mayas. El padre Hernández encontraba en su joven amigo talento, formalidad, discreción y sinceridad; y aunque no fuese un elocuente misionero sino un capellán de tropa, afanábase sin embargo con ardiente celo por conquistar á la fé una alma en que encontraba las más felices disposiciones.

(*Continuará*).

PARA SIEMPRE.

—

(Traducida del francés).

Esperanza divina, seductora,
De confundir dos almas en un alma
De amalgamar en uno, dos destinos,
¡Inefable esperanza!

Bella ilusión de amar, y de amar siempre
Grato delirio que la mente embarga,
De amar más cada día, cada hora,
Cada instante que pasa.

Deseo ardiente, único, infinito,
Que siempre abriga el que deveras ama;
Embriaguez deliciosa que alimenta
La dicha de dos almas.

Fantástica ilusión que nos deslumbra,
Sin poder describirse con palabras
Temiendo que se escape y se evapore
El perfume que embriaga....

....

Cuando yo en mi ansiedad pida á tu labio,
Una respuesta ¡oh bella interrogada!
"Para siempre" murmura, "Para siempre"
Es la frase más grata.

"Para siempre," también, diré á tu oído,
Y si á ello se niega mi palabra,

Repetiré á tu oído, "Para siempre"
Con un grito del alma.
Y cuando el eco de esa voz escuches
Y arda en tu seno del amor la llama
Y sientas que tu cuerpo languidece,
Repite mis palabras.

....

....

¿Qué me importa el pasado? ¿qué el futuro,
Si la única ilusión por mí soñada,
Es creer infinito, eterno, inmenso,
El amor de mi alma......?
Mas cuando yo te diga, "Para siempre"
No hables, no respires, calla.... calla....
No hagas ni un movimiento que destruya
Tan divina esperanza.
Pero en esos momentos misteriosos
De embriaguez seductora y dicha santa,
Olvídate del mundo y de tí misma,
Y en beso prolongado, dame el alma.

Esther Tapia de Castellanos.

Octubre 31 de 1888.

OLVIDAR...

Ya por fin he comprendido,
Con desencanto profundo,
Que de las cosas del mundo
Lo mejor es el olvido.

Antonio Zaragoza.

LA PLEGARIA DE LA MUERTA.[1]

I.

La luna bañaba el extenso patio, dibujando en el suelo la sombra de los macizos pilares que sostenían aquellos grandes corredores. Sólo interrumpían el silencio el blando murmullo de los árboles y el tenue rumor de la fuente, que parecía el eco lejano de confusas palabras pronunciadas por genios misteriosos. Reinaba una calma profunda; ninguno de los ruidos profanos venía á turbar el imponente reposo. Aquello era un claustro.

Parece que la paz de los corazones se refleja en cierto modo sobre los edificios. Muestran los conventos una serenidad inalterable, como tienen sus moradores una paz infinita. Es el claustro un asilo que se halla entre la vida y la muerte, seguro puerto para las tempestades de la existencia, y á su seno se acogen las almas heridas que, cansadas de las mudanzas de la suerte, buscan en el mundo el único amor que no varía, el amor divino. El claustro es el vestíbulo de la eternidad.

¡Cuán alta poesía hay en ese sacrificio por el cual nos hundimos vivos en una tumba! El claustro es el cementerio de las almas; en su puerta dejamos, como en la del sepulcro, los dolores y las alegrías que formaban nuestra existencia, y envueltos en el sudario del olvido esperamos tranquilos la muerte del cuerpo, para lanzarnos á la eternidad ceñidos con la austera aureola del holocausto.

---

(1) Tradición del convento de Capuchinas de Guadalajara.

Y todo ese carácter sombrío y magestuoso se retrataba en el edificio en la noche de que hablamos. La luna, única confidente de tantas almas opacas, veía desde el cielo aquel seguro misterio que sólo ella podía contemplar.

De pronto vibró con timbre suave y melancólico la campana que llamaba á los maitines. Aquellos sones resonaban claramente en la calma del claustro. Al antiguo silencio había sucedido el rumor de algunas puertas que se abrían y de pasos que se acercaban. Aparecieron en los ambulatorios las monjas, vestidas con sus trajes cenicientos, sus blancas tocas y sus negros velos.

Y cuando las doce de la noche sonaron lentamente, la comunidad se puso en marcha hacia la iglesia, con paso reposado, como una pavorosa comitiva de espectros.

Era un espectáculo extraño y hondamente conmovedor el que presentaban aquellas mujeres, abandonando á media noche su sueño para elevar á Dios el himno de la oración. Pasaban tranquilas y silenciosas, pasaban al parecer indiferentes, y, empero, acaso en todos aquellos corazones había ardido con fuerza irresistible la pasión que todo lo avasalla. ¡Cuántos dolores, cuántas desesperaciones, cuántos remordimientos no habrían destrozado algunos de esos seres, hasta empujarlos á la lóbrega morada donde tiene su asiento la eterna penitencia! Y en otras almas, ¡qué inmensa aspiración hacia Dios, qué invencible anhelo de ascetismo no fueron necesarios para entregarlas perpetuamente á la oscura cárcel de un convento!

Las monjas entraron á coro, y pronto llenó los ámbitos del templo la majestuosa armonía del cántico sagrado. Era una explosión de amor y de misticismo, era algo puro, ardoroso y santo, que se desprendía de la tierra para llevar al Eterno el himno de adoración de sus criaturas. En algunas voces se distinguían el cansancio y la tristeza de la ancianidad; en otras un timbre argentino y sonoro denunciaba un tesoro de juventud, que se marchitaba en las sombras del misterio.

La imponente calma de la media noche, la débil claridad del templo, la austeridad de las imágenes de santos que apenas se dibujaban sobre sus pedestales, todo contribuía á revestir de una profunda poesía aquella adoración ferviente.

Repentinamente, de enmedio de las voces que entonaban la ple-

garia, se destacó una voz de un timbre poderoso; mas de una expresión tan doliente, de una tristeza tan desgarradora, que las monjas al oírla sintieron que el corazón se les oprimía con dolorosa angustia. Siguieron cantando; pero la voz aquella dominaba á todas las demás, y resonaba sonora y vibrante, como el eco indefinible de un mundo desconocido.

Era un canto extraño; á las veces vibraba dulcemente con la expresión de una inefable esperanza; otras se elevaba al cielo con ideal alegría, como el himno reverente de un ángel; de pronto retumbaba sordamente con el eco de una desesperación abrumadora; luego se iba dulcificando y entristeciendo hasta sonar lúgubre y funeral como el canto del genio de la muerte. Aquella voz tenía una belleza aterradora.

Sorpresa, angustia, temor, esperanza, todo eso sentían las monjas; y arrastradas por aquella voz, cantaban también con unción profunda y exhalaban en la plegaria todo el ardor y toda la fé de sus almas creyentes. Nunca había subido al cielo, en olas de armonía, una oración más fervorosa.

Concluido el rezo, las monjas salieron del coro, y se dirigieron en fantástica procesión á sus celdas. Cuando todas hubieron desaparecido, cuando el silencio volvió á reinar en el convento, la hermana tornera se presentó en la celda de la superiora, lívida, trémula, con la expresión de un espanto irresistible.

—Madre abadesa, exclamó con voz entrecortada, algo terrible pasa en el convento.

—¿Por qué lo decís, hermana? preguntó la abadesa, tratando de conservar su gravedad.

—Lo digo, porque las religiosas del convento somos treinta, como sabeis perfectamente, y esta noche, al salir del coro, las he contado y he visto que había treinta y una!

La tornera dijo estas últimas palabras en voz baja, y con tal expresión de terror, que la abadesa sintió, á pesar suyo, correr por sus venas un ligero frío.

—Hermana, replicó, procurando dominar su emoción, el sueño os agobia y no habeis contado bien. ¿De dónde podía venir esa nueva religiosa? Retiraos á vuestra celda y pedid á Dios que os tranquilice.

—No me he engañado, dijo la tornera moviendo lentamente la

cabeza, las conté muy bien, y además de las quince parejas que de ordinario formamos, he visto una monja solitaria. ¿No recordais aquella voz que tan extraña y pavorosamente vibró en el coro? Yo estuve junto á la hermana que cantaba, y como se mantuvo rebujada cuidadosamente, no acerté á conocerla; pero cuando pasó junto á mí sentí un frío parecido al del mármol de los sepulcros, y, creedme, había en su voz cuando cantaba, algo que no es de este mundo!

A pesar de su energía no pudo reprimir la abadesa un temblor convulsivo al oír aquella afirmación tan explícita, á la que revestía de mayor gravedad lo avanzado de la hora. Al natural temor que le inspiraba lo fantástico de la impensada aventura, se unía la sospecha de que acaso aquella monja fuese algún ser de carne y hueso, que se hubiera introducido al convento con aviesos y desconocidos fines.

No quiso, empero, alarmar á la comunidad á semejante hora, y haciendo lo posible por tranquilizar á la tornera, le ordenó que se retirase. Obedeció la pobre monja y se encaminó á su celda, presa de un vago temor que no le era dado reprimir. Cruzó temblando los desiertos ambulatorios y tendióse en su áspero lecho; pero no pudo dormir, y estuvo en aquel penoso insomnio con el oído atento á los mil rumores de la noche, sin que nada viniese á turbar la tranquilidad del claustro.

II.

Cuando los rayos de la aurora iluminaron el convento, la comunidad se alzó del lecho y se entregó á sus ordinarias distribuciones. La abadesa, inquieta por la extraña revelación de la tornera, procuró capciosamente interrogar á las monjas acerca de la intrusa hermana; pero ninguna había notado nada, y aunque el canto de la víspera las había sorprendido, no creían necesaria la intervención de lo sobre natural para explicar el caso, y no estaban dominadas en manera alguna por el espanto.

No dijo nada la abadesa de lo que tanto la preocupaba, y encargó á la tornera que imitase su reserva. Ninguna de las monjas adivinó que el misterio se cernía sobre el convento.

La superiora cuidó de contar el número de las religiosas, no una

sino repetidas veces, y notó con singular complacencia que eran treinta como siempre. La luz del día y la tranquilidad que se disfrutaba, le volvieron completamente la calma, y aun vino una ligera sonrisa á animar su ascética fisonomía, al pensar en el miedo que, á pesar suyo, sintió la noche anterior.

La tornera, como buena subordinada, tranquilizóse también en parte al ver la serenidad de la superiora; y nadie pensaba en apariciones, cuando, al mediar la noche, dirigiéronse las monjas á la iglesia para celebrar los maitines.

Apenas empezó el canto, las monjas todas, y muy especialmente las dos que habían barruntado algún misterio, temblaron hasta la médula de los huesos. La misma voz de la noche anterior vibró angustiosa, con la propia singular entonación, con idénticas variadas inflexiones. Cantó primero con una expresión de inefable ternura; pero, cuando los maitines acababan, retumbó pavorosamente bajo las bóvedas del templo, como un eco perdido de la eternidad sombría.

La abadesa se acercó á la que cantaba, y no la perdió de vista. En esa vez no pudo permanecer tranquila ninguna de las monjas; todas sentían la opresión de un arcano temible. La abadesa y la tornera salieron antes que las demás, y la primera, que no apartaba los ojos de la tapada, se instaló en la puerta del coro; empezó á contar á las monjas á medida que ante ella desfilaban, y, al llegar á la última, aquella mujer que había nutrido su espíritu y fortalecido su corazón en el ascetismo, no pudo menos que lanzar un grito de horror.

¡Había contado treinta y una!

Siguió entonces la abadesa á la extraña monja, haciendo seña á las demás de que la dejasen sola. Avanzó la desconocida por los oscuros ambulatorios en que no penetraba la luz de la luna, y siguió adelante hasta llegar al lugar en que se encontraba el cementerio. La abadesa, llena de terror, no había podido pronunciar una sola palabra, y avanzaba maquinalmente como atraida por irresistible fuerza. Al llegar á las primeras tumbas, hizo la señal de la cruz, invocó á Dios, y avanzó resueltamente hacia la extraña religiosa. En aquel momento la luna ocultó sus rayos, reinó densa sombra bajo los frondosos árboles del cementerio, y cuando un instante después lucieron de nuevo los plateados ful-

gores, la abedesa se encontró sola, enteramente sola entre las tumbas, y cayó de rodillas invocando á Dios.

III.

Llenóse de espanto la comunidad al oir la narración que hizo la superiora de aquellos extraños acontecimientos. Las monjas se dirigieron temblando á sus celdas, y el sueño no batió aquella noche sus alas sobre la mansión de las vírgenes del Señor.

Á la mañana siguiente, á pesar de que los claros resplandores del sol alegraban el claustro, no había tranquilidad en las almas. Todas las monjas se agruparon al rededor de la abadesa, quien con reposada voz y ademán majestuoso les dijo:

—Orad, hermanas mías, orad! El misterio de la eternidad nos rodea, y la muerte está en medio de nosotras.

Pasóse el día en la oración, y todas esperaban con miedo la hora de los maitines. Llegada esta, se repitió la misma imponente y temerosa escena. El espanto de las monjas llegó á su colmo, y, en vez de cantar, las asustadas religiosas rezaban con voz ahogada por el miedo. Sólo la nueva monja, encubierta como siempre, elevaba su plegaria con la unción profunda de una alma creyente.

La abadesa la esperó en la puerta y la siguió como la víspera. Apenas se alejaron algunos pasos, cuando, reuniendo todas sus fuerzas, le dijo:

—Si perteneceis al convento, decidme quién sois, y obedeced á vuestra abadesa; si no sois de este mundo, decídmelo, en el santo nombre de Dios!

La encubierta alargó la mano, tomó una de las de la monja como para guiarla, y empezó á andar en la misma dirección de la víspera. La abadesa sintió que un frío mortal corría por sus venas; la mano que asía la suya tenía una frialdad que con nada pudiera compararse.

Llegada á las tumbas, la desconocida se detuvo; la abadesa, apelando á todo su valor, apartó con mano temblorosa el velo que ocultaba á la monja, la vió con fijeza, y lanzó un grito, un alarido, que resonó lúgubremente en medio de la noche.

¡Aquel hábito sombrío sólo envolvía un cadáver!

Iba la espantada monja á caer sin sentido, agobiada por un horror inmenso, cuando la muerta, con voz augusta y triste, pronunció estas palabras:

—¡En el nombre de Dios, oidme!

Á esta sagrada invocacion, la abadesa se recobró, y recordando sus deberes de cristiana, se dispuso á escuchar.

—Fuí yo frívola y vana en mi juventud, dijo la muerta con voz en que palpitaba un infinito remordimiento, y agoté en mundanos deleites la savia de mis años mejores. Yo que había hecho nacer el amor en tantos corazones, que destrocé más tarde con mi sangrienta burla, sentíme un día herida por un amor irresistible, y sufrí como nunca había sufrido, porque mi amor jamás obtuvo correspondencia. El hombre que supo avasallarme, iba á desposarse con otra mujer, cuando súbitamente le arrancó la muerte del seno de aquella felicidad incomparable. Impío regocijo inundó mi corazón al saberlo, porque preferí verle muerto á contemplarle feliz al lado de mi rival aborrecida. Empero, cuando le contemplé inerte y frío en la flor de sus juveniles años, cuando ví á su joven prometida llorar su eterno abandono, el dolor desgarró mi pecho. Yo que nunca lloraba, disfruté por vez primera el purísimo consuelo del llanto. Lloré mucho, y cuando abandoné aquella casa, sentí que una voz secreta me llamaba á la santa paz del convento, Sufrí mi soledad durante algunos meses, hasta que un día vine á caer desalentada y dolorida á las puertas de este sagrado asilo. Estuve tranquila algún tiempo; pero después, á la hora de los maitines, érame del todo imposible alzar una plegaria, porque el recuerdo de aquel hombre estaba grabado en mi cerebro con caractéres de fuego. Tan luego como llegábamos al coro, me olvidaba de todo, y embebida en mi idea constante, daba á las hermanas el mal ejemplo de mi punible indiferencia. El amor á un hombre era en mí más vivo que el amor divino. Conocía mi pecado, y no obstante, me fascinaba el recuerdo de mi único amor en este mundo. Al fin me sorprendió la muerte, y fuí condenada para purgar mi falta, á volver al coro á media noche, y elevar con la fé de una alma arrepentida, la plegaria que descuidé en otro tiempo. Debía durar mi penitencia en la tierra hasta que una abadesa tuviese bastante valor para hablarme, concediéndome su perdón y orando con toda la comunidad por el eterno descanso de mi alma. Ya lo

sabeis todo; tened piedad de mí; perdonadme, y orad por mi reposo.

La abadesa, que había oído como en un éxtasis aquella voz de otro mundo, cayó de rodillas y oró durante mucho tiempo. Cuando levantó la cabeza, la muerta había desaparicido.

Dirigióse entonces á las demás religiosas y les dijo:

—Hermanas, un gran dolor reclama nuestro auxilio, una alma arrepentida pide nuestras oraciones. Que los cilicios destrocen nuestras carnes, que la disciplina ensangriente nuestros cuerpos, que nuestras plegarias laven las culpas de una alma que llora desolada sus pecados!

Noche de penitencia y de oración fué aquella, y fuélo igualmente todo el siguiente día. La súplica se elevó á Dios como el incienso, de aquellas almas puras.

Cuando llegó la hora de los maitines, las monjas se dirigieron á la iglesia lentamente. Comenzó el cántico sagrado, y de pronto resonó límpida y serena la voz de aquel ser purificado por el arrepentimiento. No había ya en ella un eco de angustia suprema ni de sombría tristeza. Era un himno de amor y de esperanza, un cántico de felicidad y de gratitud, como jamás han escuchado oidos humanos. Las monjas cantaban con arrobamiento, y la ola de armonía se elevaba triunfante al cielo. La luz suavísima y misteriosa de la altura inundó el templo, se oyó lejana música de lcs ángeles, y la monja muerta quedó envuelta por una nube blanquísima que fué ascediendo lentamente, y rasgando las bóvedas de la iglesia, se perdió en el espacio inmenso.

Las monjas arrodilladas oraron desde el fondo del alma, y suaves lágrimas de fé y de esperanza corrieron por sus mejillas, porque les había sido dado contemplar un destello de la infinita bienaventuranza.

Guadalajara, 1879.

ANTONIO ZARAGOZA.

* ***

Rien qu'à la voir passer on lui dirait: Merci!

VICTOR HUGO.

Me senté al borde del intacte lecho;
al través del cristal de mi ventana
se deslizaba el esplendor de oro
de la mirada fúlgida del alba.
Junto al ajado guante, que el perfume
de manos femeniles conservaba,
estaba un ramillete de violetas
descoloridas, muertas, marchitadas.

Vibraban en mi oído todavía
los últimos acordes de la danza,
cual rumor de las brisas vagarosas
de las praderas fértiles cubanas,
y entre ellos, como flébiles gemidos
de las olas que mueren en la playa,
sonaban, como eco indefinible,
las últimas y tímidas palabras
con que alguna doncella, ruborosa,
á mis frases galantes contestara.
Mas el ramo marchito de violetas
atraía mis ávidas miradas,
como si en su corola aquellas flores
confidencias tiernísimas guardaran.

Temblando las llevé á mis secos labios
queriendo revivirlas con besarlas,

y los rayos de luna del recuerdo
alumbraron el fondo de mi alma.
Vibró luego en mi oído con el ritmo
de música dulcísima y lejana,
una voz misteriosa que, muy quedo,
me hablaba de venturas ignoradas.

"Ese es el fiel emblema, me decía,
del dulce amor que dentro el pecho guardas;
en esas flores, de tu triste vida
escrita se halla la postrera página.
Como ellas tu amor nació en la sombra
temiendo que la luz lo profanara,
y, como ellas perfuman la pradera,
él perfuma lo íntimo de tu alma.
Cuando las altas copas de los pinos
silbadora sacude la borrasca,
entre las hojas dejan las violetas
abiertas sus pupilas azuladas;
y, cuando el huracán de las pasiones
contra tu corazón sus furias lanza,
en lo más escondido de tu pecho
queda tu amor como una flor intacta."

Volví á besar las marchitadas flores,
luego apoyé mi sien en la almohada,
y sentí que en mis párpados cerrados
vertió sus sueños de oro la esperanza.
Pasó ante mí la imagen luminosa
de la dulce mujer idolatrada,
y mi alma se puso de rodillas,
besó la orla de su veste blanca,
y, no pudiendo de su amor hablarle,
porque para su amor no halló palabras,
dejó que se alejara, y, suspirando
trémula de emoción, le dijo: Gracias!

MANUEL PUGA Y ACAL.

México, Agosto de 1888.

LOS

MICROBIOS.

La palabra *microbio*, creada hace diez años tan solo por Sédillot, célebre cirujano de Strasburgo, estaba destinada á una inmensa popularidad, á pesar de su defectuosa constitución. En efecto, se debería en rigor aplicar este nombre únicamente á los seres de *vida corta*; mas el sentido que se le dió desde el principio, y que conservará para lo futuro, es el que le dió su autor, designando con él á los más pequeños representantes de la naturaleza animada. Mas por contraste singular, los seres más pequeños entre los animados, son á la vez los que parecen tener en condiciones especiales, vida más larga y resistente, vida de la cual hasta los límites se ignoran.

Los microbios desempeñan en el día inmenso papel tanto en la conversación de las personas ilustradas, como en los discursos de los sabios, y aun se podría, con cierto viso de razón, apellidarlos invasores. Esto sucede en higiene y medicina: cuando se quiere señalar el peligro del aire impuro que respiramos, del agua dudosa que bebemos, de los aposentos defectuosos en que habitamos, un microbio es siempre el monstruo que nos amaga; cuando un enfermo pregunta al médico la causa de su mal, sólo oye por regla general, hablar de los microbios como única respuesta posible.

La enorme importancia que se atribuye á tan exiguos personajes, acaba por causar enojo, y por esto el mundo se halla dividido en dos campos contendientes, el de las personas que *creen* en los microbios, y el de las que *no creen* en ellos. Y á la verdad, el no

creer en los microbios tiene la particularidad de ser una opinión original de suyo, que exime de discutir, y que es en suma, de muy buen tono.

Mas sería injusticia notoria acusar á los que hablan de microbios. de emplearlos para disfrazar su ignorancia, como sucedía en otra época con los *miasmas* y los *efluvios*. Unos y otros eran el *quid ignotum* al que se atribuían las enfermedades todas,—puesto que todo efecto debe tener una causa;—pero no eran sino palabras vacías de sentido, puesto que nadie llegó á ver ni á estudiar esos entes de razón; en tanto que los microbios son seres reales, que viven, se mantienen y se multiplican, que se ven y tocan, y cuyas propiedades y condiciones de vida se estudian por la observación y la experiencia, correspondiendo la idea que de ellos se tiene, á nociones científicas rigorosas y determinadas.

No nos proponemos decir aquí, ni siquiera sucintamente, todo lo que se sabe de los microbios—pues sería menester para ello un abultado volumen;—sino trazar á grandes rasgos la evolución de esta nueva ciencia, que creó casi en su totalidad el ilustre Pasteur; presentar las etapas porque ha pasado hasta atribuirse á los microbios el importante papel que desempeñan en dos hechos de suma importancia biológica y social,—las fermentaciones y las enfermedades;—probar que la creencia en los microbios no es asunto de sentimiento como la fe en los miasmas y demás influencias ocultas; y demostrar por último que no se tiene derecho de negar en el día la existencia de los microbios.

I.

Si bien la palabra microbio data únicamente de nuestros días, la idea que representa se halla claramente formulada hace más de dos siglos. Y sería raro ciertamente en la historia de la ciencia, que semejante concepción hubiera brotado espontanea y completa del cerebro de un grande hombre, pues por regla general, no son los descubrimientos más que el resultado del trabajo colectivo de la época á que pertenecen sus autores, y muchas veces, hasta del de las anteriores generaciones. M. Pasteur tiene, pues, predecesores, cuyos nombres y trabajos es conveniente recordar.

El Padre Kircher, jesuita de elevado talento y sabio de reputación inmensa, que floreció en el siglo XVII, había dicho que las enfermedades pestilentes, es decir epidémicas ó contagiosas, debían su origen á insectillos ó gusanos que eran la causa de su propagación. Goiffon, médico lionés del siglo XVIII, sostuvo con ocasión de la peste que desoló á Marsella en 1720, que el mal se había comunicado por medio de ciertos animalillos microscópicos desconocidos en nuestro país, que se habían importado del Levante, y que tenían la particularidad de desarrollarse en cierta estación solamente.

Antes de pasar adelante, debemos notar que, si bien la idea ha permanecido invariable, la palabra ha cambiado al progresar los procedimientos de investigación. Con microscopios que no son más que simples anteojos, y que aumentan algunos diámetros tan sólo, los insectos y gusanos son *animalillos* tan solo; mas los modernos microscopios, que aumentan 1.000 á 2.000 diámetros, nos revelaron un mundo nuevo en el cual eran gigantes los gusanillos é insectos de Kircher. Poco tiempo há, Henle, atribuía las fiebres eruptivas á la existencia de parásitos vegetales, y Trousseau, que con su admirable instinto clínico hizo avanzar tanto la ciencia, llegó á presentir el descubrimiento cuando escribía: "Existen gérmenes qué pueden llamarse indiferentes; mas colocadlos en ciertas condiciones de calor y humedad, y fermentarán en seguida. A no dudar, las simientes de ciertos animales poseen gérmenes mórbidos.... ¿No habría también sporos mórbidos, cuya acción explicaría las fermentaciones mórbidas de que hablan los antiguos?"

Mas hay entre esta preciencia y la ciencia propiamente tal, la distancia que separa la alquimia de la química, la hipótesis del hecho demostrado; un abismo que sólo se llena por el trascurso de largos siglos, razón por la cual el descubrimiento de un hecho pertenece al que lo demuestra primero que los demás.

En este orden de ideas tiene M. Pasteur precursores inmediatos y colaboradores de gran mérito. Tendrémos oportunidad de conocerlos al tratar de la hermosa ciencia de los microbios, que presentarémos tal cual existe en su estado actual, tomándola desde su orígen.

La doctrina microbiana, llamada también teoría parasitaria ó del contagio animado, puede resumirse como sigue.

Las enfermedades infecciosas—comprendiéndose bajo esta denominación las afecciones agudas y febriles, tales como fiebres eruptivas y tifoideas, neumonías, abcesos, furúnculos, y hasta las dolencias meramente crónicas, como la tuberculosis—tienen por causa la introducción en el organismo, de seres vivos, que hallan un medio á propósito para su multiplicación, causan perturbaciones mecánicas y químicas análogas á los fenómenos de fermentación, perturbaciones que se traducen por los síntomas de las enfermedades.

Estos seres son extremadamente pequeños, pues que sus dimensiones se miden por milésimas y diez milésimas de milímetro: tales son los microbios. Si bien en los casos de malaria parecen existir en los glóbulos de la sangre, casi siempre provienen de las sustancias mas rudimentarias del reino vegetal, hongos primitivos que se agrupan en una gran familia conocida bajo el nombre de *esquizomicetas*, á causa de su reproducción por siciparidad, ó el de *bácterias*, generalmente empleado.

Las bacterias pueden dividirse en micrococos y baccilos, móviles ó inmóviles, según las dos formas de puntas ó bastoncillos, bajo las que se les encuentra generalmente, con la circunstancia muy digna de tenerse en cuenta, de que estas formas no son invariables, sino susceptibles de convertirse la una en la otra. Tienen una organización extremadamente sencilla, al menos para nuestros medios de observación, pues apenas se pueden distinguir la envoltura y su contenido, que tienen apariencia del todo homogenea.

Los microbios se reproducen con prodigiosa facilidad. M. Pasteur siguió con el microscopio el desarrollo de un glóbulo de levadura de cerveza, cuyo huevo llegó á adquirir el tamaño del glóbulo originario.

Produjeron los dos glóbulos en dos horas tan solo, otros ocho individuos semejantes, á pesar de no ser favorable la temperatura en que se desarrollaban; proporción que daría por resultado 16 millones de microbios procedentes de uno solo. Pueden obtenerse con los micrococos culturas tan abundantes en microbios, como lo es en glóbulas la sangre: conteniendo un milímetro cúbico de sangra 4 ó 5 millones de glóbulos rojos, un globo de 100 gramos de caldo de cultura —que se puede suponer ariginado por un milímetro cúbico de un líquido de la misma naturaleza— producirá en un día cinco mil millones de microbios.

Así se comprende como seres tan pequeños pueden luchar con los de gran tamaño, pues la rapidez con que se multiplican compensa la exigüidad de su volumen.

Así se explican los fenómenos de contagio y epidemia de las enfermedades infecciosas, pues basta que penetre un microb o en el organismo, conducido por el aire, el agua, la bebida ó cualquier otro vehículo, y se absorba por la vía pulmonar, cutánea ó intetinal, para que produzca la enfermedad de que es factor.

Tal es la doctrina microbiana considerada en su forma más sucinta, salvo ciertas restricciones que deben tenerse en cuenta respecto á la capacidad de las organismos para desarrollar los microbios, es decir, á la influencia del medio de cultura, materia de que nos ocuparemos con mayor extensión. Mas antes de hablar de los trabajos que han cimentado la ciencia sobre sólidas bases, necesario es tener en cuenta los des ubrimientos que han dado á conocer los fenómenos misteriosos de la fermentación.

Y esto con tanta más razón, cuanto que las enfermedades pueden compararse á las fermentaciones bajo más de un aspecto, pues conocido el mecanismo de éstas, se adivina fálcilmente el de aquellas, y porque debiéndose además las fermentaciones á los microbios, entran también en la esfera de nuestros estudios. Al tratar de estas materias, nunca deja de traerse á colación la original profecía de Roberto Boyle, físico inglés del siglo XVII, que escribía: "El que sondée íntimamente la causa de la fermentación, podrá mejor que otro cualquiera dar exacta explicación de los diversos fenómenos mórbidos (tales como fiebres y otras afecciones); fenómenos que no llegarán á comprenderse siquiera sin un amplio conocimiento de la teoría de las fermentaciones."

¿Se inspiró Pasteur en el pensamiento de Boyle?

No osaríamos decirlo; más podemos afirmar que él fué quien investigó íntimamente la naturaleza de las fermentaciones, y que el estudió de esta materia lo condujo —pues las grandes concepciones tienen siempre caracteres extremadamente sencillos;— al conocimiento de la causa y el mecanismo de las enfermedades infecciosas.

(*Continuará*).

¡SIEMPRE SOLO!

¡Haz como otros que se alejan
Del que un tiempo tú quisiste!
Le abandonan.... de él se quejan....
¡Haz como esos que le dejan
Siempre solo, siempre triste!

El no es malo; pero tiene
La suprema desventura:
Lo que anhela nunca obtiene;
Con el mundo no se aviene;
Siente el ansia de la altura.

Él no quiere que tú exhales
Ni un suspiro por su suerte;
Son sus penas y sus males
Mensajeros celestiales
De las dichas de la muerte.

Halla espinas por alfombras,
Sus venturas ve perdidas,
Y se vela con las sombras,
Y se encanta, si le nombras,
Y se calla, si le olvidas....

Tu sonríes; él es grave;
Triste se halla; tú, contenta...
La paloma nunca sabe
Ir unida con el ave
Que reclama la tormenta.

¡Si partieras sus dolores
Mucho menos sufriría!....
Mas no es justo que tú llores:
Tú mereces dichas, flores;
Él abrojos y agonía.

Si tú vieras lo más hondo
De aquella alma, sin temerla....
Si allí entraras.... te respondo
Que hallarías en el fondo
De esos mares una perla.

No hay en su alma dolorida
Baja envidia ni vil dolo;
Mas tú deja, precavida,
Que él camine por la vida
Siempre triste, siempre solo.

Siempre solo! si perece,
¿Qué hay en eso que te asombre?
Su desdicha compadece;
Mas si hacerlo te entristece,
Ni aun te acuerdes de su nombre!

ANTONIO ZARAGOZA.

AL PARTIR.

Hoy que de aquí ya me alejo,
Llorando el abandonarte,
Quisiera en dichas dejarte
Lo que en recuerdos te dejo.

Quizá destruya mis glorias
La suerte con sus mudanzas.
¡Tuviera yo de esperanzas
Lo que tengo de memorias!

ANTONIO ZARAGOZA.

DINAMITA.

La civilización, esa maga protectora de los hombres, no produce siempre con su varilla, dulces asombros y maravillas recreativas; sino que elevándose al más sublime dramatismo, hace nacer á las veces, novedades gigantescas y espantosos prodigios. Produjo en el mundo al comenzar la edad moderna, plácidas emociones con la brújula y la imprenta; pero difundió también el terror con la combustión de la pólvora y el estallido de las bombardas; que no parece sino que, en el plan providencial que rige la marcha de los pueblos, se necesitan estos dos elementos para realizar el progreso: el rigor y la dulzura, el placer y el dolor.

Fecundo nuestro gran siglo en toda clase de inventos, nos ha tenido como extasiados desde sus comienzos, con la manifestación de sus milagros científicos é industriales. Fulton, Stephenson, Morse, Bell, Edisson, genios poderosos de la inteligencia, nos han hecho caminar velozmente sobre las aguas; nos han llevado como volando sobre la superficie de la tierra; han trasmitido en instantes nuestro callado pensamiento, de uno á otro confín del globo; han dado alas á nuestra débil voz para que atraviese las distancias y se haga perceptible allá donde no llegarían el acento del cañón ni el trueno del rayo; y han estereotipado nuestra palabra para archivarla viva y auténtica, como se hace con la inerte escritura, y obligarla á resonar de nuevo, siempre que lo mande la voluntad.

Infinito embeleso, fruición inmensa, plácido entusiasmo han causado en el espíritu de la humanidad, tales y tan estupendos descubrimientos, merced á los cuales, Mercurio, dios alado, ha ligado á los pueblos con apretados hilos de mutuos intereses, haciendo

crecer la riqueza del mundo; y la humanidad, presente á sí misma á través del espacio, ubicua, solidaria, ha venido á ser una por el comercio, por la ciencia y por las ideas. Empero, de pronto se oye un estruendo horrible, un rugido semejante al de los volcanes que revientan, al de las nubes que estallan, al de los continentes que se hunden. ¿Qué es?—pregunta el mundo amedrentado. Un nuevo invento, un nuevo explosivo de fuerzas espantosas, superiores á cuanto se tenía conocido é imaginado. ¿Superior á la pólvora? La materia infernal descubierta por Roger Bacon, ¿puede ser sobrepujada por alguna otra más terrible todavía? Si; lo ha sido ya. Esa nueva y traidora sustancia, que no hace explosión con el fuego, como si fuese inofensiva, inflámase al más ligero choque; truena como la tempestad, desarrolla potencia misteriosa, y en la rápida expansión de sus fuerzas, todo lo conmueve, descuaja, tumba y destroza.

¡Horror! Los dioses del mal ábrense paso triunfantes en la tierra, y hacen nacer la destrucción del seno mismo del progreso. En estos tiempos en que las ideas disolventes parecen prevalecer en el espíritu de las masas, cuando se predica la rebelión contra todo orden, y se erige en sistema la destrucción de los antiguos moldes sociales; en estos momentos críticos, como evocado por mágico conjuro, aparece el nuevo y espantable elemento de muerte y de esterminio. ¡Así no hallará coto en su acción el espíritu del mal, y podrá hacer á las sociedades actuales, todo el daño que sueñan esos poetas plutónicos, que deliran con negros ideales de ruina y desolación para el universo!

Mas no es ese el objeto del nuevo descubrimiento. No es su aparición en el mundo, un paso dado atrás en la senda del adelanto, ni está destinado á ser un azote para los hombres. Si hay quien haga de él un uso criminal, no por eso se le ha de ver con ojeriza, ni se han de desconocer sus ventajas civilizadoras. ¿No se difunden por medio de la imprenta, la inmoralidad y la rebelión, el odio y los vicios? Y no condenamos por esto la imprenta. Ni renegamos del vapor, porque sirva para conducir á los piratas al través del océano.

Ved con qué facilidad destruye los escollos el nuevo explosivo. Mirad cómo, en presencia de inmenso público, hace desaparecer en momentos, islote inútil, que estorbaba la navegación frente á la

metrópoli americana, frente á ese puerto, uno de los primeros del mundo, donde se levanta la maravilla de Batthodi, superior al coloso de Rodas, la estatua de la libertad iluminando al mundo, que eleva á la región de las nubes su tea eléctrica, nueva estrella polar de los navegantes perdidos en la oscuridad de la noche y en la inmensidad de los mares.

Mirad cómo, en la estrecha lengua de tierra que une á las dos Américas, el glorioso Lesseps abre merced á la dinamita, hondo surco en breve espacio de tiempo, por donde habrán de precipitarse en día no lejano, espumosas y palpitantes las aguas de los dos océanos, para confundirse en ósculo fraternal, y llevar sobre sus ondas tranquilas, los bajeles de Asia y Europa, que han de afianzar los lazos de unión de los pueblos, y harán más ricos y espléndidos los destinos del mundo.

Terrible como es, esa sustancia viene á favorecer el desarrollo moral de los hombres, á libertarlos de sus últimas servidumbres, y á elevar el nivel moral de los espíritus.

Gime aherrojada la triste Irlanda desde hace siglos por la poderosa Inglaterra. No hay quien se duela de ella, en estos tiempos de libertad, en que los Estados-Unidos han hecho su revolución abolicionista, en que los rusos han manumitido á sus siervos, y el Brasil ha elevado á sus esclavos á la categoría de hombres libres. Pero los irlandeses, impotentes para pelear contra sus opresores en batalla campal, los hostilizan por medio del nuevo elemento destructor que la química ha puesto en sus manos, y cubiertos de harapos y descalzos, alimentándose con patatas ó expatriados á América para buscar el pan del sustento y el aire puro de la libertad, han ido á conmover la torre de Londres, mansión de los antiguos reyes ingleses, respetada por los siglos, y han estado á punto de hacer volar el Palacio del mismo Parlamento, ese orgulloso monumento ojival, que retrata su magnificencia en las turbias aguas del Támesis. Y la soberbia Inglaterra se ha sentido sobrecojida por el espanto, y se ha visto obligada á entrar en transacciones con sus víctimas despreciadas.

El autócrata de Rusia no conoce freno á su capricho. No hay poder público que se le ponga frente á frente, ni dentro ni fuera de su imperio. No hay ley que sujete su libre albedrío, y todo le es permitido sobre los cien millones de hombres que manda y sub-

yuga. Guerrero, emperador, pontífice, ornado á la vez con la espada, con el cetro y con la tiara, ese jefe supremo reune en sí toda la suma de poder espiritual y temporal que soñara el más ambicioso monarca oriental; es una imagen de Mahoma, faltándole sólo proclamarse profeta para ser un Mahoma verdadero. ¿Què esperanza les queda ahí á los oprimidos para defender sus derechos y su dignidad de hombres, en estos tiempos de progreso filosófico en que brillan iluminadas las conciencias? Armarse del misterioso explosivo, hundirle en la tierra y hacer saltar el palacio, volar la vía férrea que cruza el tren imperial, arrojarle contra el suelo y hacer añicos á la regia carroza y al poderosísimo soberano. Así, por medio de la barbárie y de la crueldad, acabará por hacerse respetable á los ojos del déspota, y la omnipotencia hallará su correctivo en el esterminio.

Y para olmo de humillación de los fuertes y asombro del mundo, los que causan ahora y causarán en el porvenir tan hondas trasformaciones, son los seres más débiles de nuestras actuales sociedades, los más olvidados y menospreciados hasta ahora: los mendigos, las mujeres y los niños. ¿No son los mendigos los que han ido á conmover los alcázares de Londres? ¿No son los estudiantes y las mujeres, los que destrozaron la majestad de Alexandro II?

Líbrenos Dios de regocijarnos con los crímenes del nihilismo ó del actual feneanismo; pero esto no quita que veamos en ellos la señal palpable de la profunda metamórfosis moral que ha venido á traer al mundo el descubrimiento de la dinamita. Sí, no cabe duda: el poder físico se espiritualiza día por día. En la antigüedad, el vigor corporal sobrepúsose al derecho; la fuerza bruta reinó como soberana. El que vestía más pesada armadura, blandía más colosal montante, y manejaba hacha de armas más voluminosa, obtenía triunfos ciertos, y adquiria predominio sobre los débiles; vinieron luego las armas de fuego, y Goliat fué derribado por el proyectil del pastorcillo. Pero quedaron en pié los ejércitos. Rodeados los príncipes de lucidas tropas, con ciudades amuralladas, cañones rayados, Krupp, Amstroung; con fusiles de aguja, de repetición, de retrocarga; aun pudieron jactarse de ser los únicos poderosos y de serles posible avasallar á los débiles y no respetar la justicia ni el derecho de los pueblos.

Pero hé aquí que se presenta un elemento desconocido, que hace inútiles tan formidables aprestos. Sin necesidad de ejércitos, sin recurrir á la forma oficial del toque del clarín, ni al manejo de arma mortífera; sin que se sepa quién es el enemigo, ni se le vea siquiera, ni se le llegue á conocer acaso, salta el cuartel con su material formidable, con sus soldados y con sus cañones, con sus fusiles y con sus espadas, al estallido de una pequeña cantidad de sustancia misteriosa. Aquí teneis por tierra el último atrincheramiento de la fuerza bruta; de hoy en más, el parlamento inglés tendrá que temblar ante los mendigos, y el Czar se pondrá trémulo á la vista de los niños inocentes ó de las débiles mujeres.

No, la fuerza por sí sola, no ha traído al mundo la misión de sojuzgar á los pueblos. El hombre es el rey de lo creado, y ha de cantar sobre ella eterna victoria; la razón, el derecho, la justicia serán los soberanos perpetuos de la humanidad. El orden y la paz deben buscarse en adelante en el esclarecimiento de las inteligencias y en el levantamiento del nivel moral de los pueblos.

JOSÉ LÓPEZ-PORTILLO Y ROJAS.

TU RETRATO.

He visto tu retrato y he llorado.
¡Es tan dulce tu pálida belleza!
¡Encierra para tí tanta tristeza
En sus negros instantes el pasado!

Sufro al soñar tu porvenir oscuro,
Presintiendo una inmensa desventura.
¡Encierra para tí tánta amargura
En sus negros instantes el futuro!

ANTONIO ZARAGOZA.

HISTORIA DE WELINNA

LEYENDA YUCATECA

POR DON CRESCENCIO CARRILLO Y ANCONA.

(CONTINÚA.)

Una noche, sentados los dos á la clara luz de una hermosa y trasparente luna, sobre un banco de piedra calcarea á las faldas del cerro, en frente de las magestuosas ruinas de los edificios de T-Hó, edificios que traían á la memoria de los castellanos los de Mérida de España, lo que motivó que dieran este nombre á la ciudad india (1), Yibán habló así al sacerdote español:

(1) Con respecto à la celebridad de los edificios que se encontraron en la ciudad de T-Hó (Mérida), no podemas menos que añadir en la presente edición, el fragmento que sigue, de la carta del P. Bienvenida, misionero evangélico que vino á Yucatán en el siglo XVI, y vió por sí mismo, el estado de esta ciudad en aquellos días. Dicha carta, que fué dirigida en 10 de febrero de 1548 al Rey de España, ha sido recientemente publicada en Madrid, en la importantísima colección intitulada "Cartas de Indias."

Hé aquí el fragmento:

"Sabrá V. A. que ha siete años ú ocho que esta tierra de Yucatán se conquistó y ella fué la primera tierra firme que se descubrió en Indias después de la Española, y la postrera que se ha conquistado. Ya ha catorce años ó doce, que estuvo poblada de españoles otra vez, y el no haber oro ni plata en esta tierra y la nueva de las riquezas del Perú y la poca posibilidad del gobernador Montejo, no la pudieron

—Mucho he conocido tu empeño, oh capellán, en que yo deje mis creencias abrazando las tuyas. Acaso llegue un día en que tal cosa haga; porque has de saber que mi padre, que era un adivino y un sabio, me enseñó que adorase solo en público á nuestros dioses, para no causar escándalo á la multitud; pero que en privado, sólo eleve mis preces á un Dios desconocido, creador del cielo y de la tierra. Tú ahora me has hablado mucho de este Dios único y puedo asegurarte que á mi padre le oí algunos rasgos de los grandes misterios que ahora me revelas.

—Entonces, amigo mío, contestó el capellán, ¿qué te detiene? ¿Por qué no has de abrazar la verdad que tan de bulto se te pone ante los ojos?

—Tengo, contestó Yibán, un poderoso motivo: has de saber que en el número de nuestros dioses hay uno, Ah-kin-xoc (1), que se titula del amor: y como yo amo á la preciosa Welinna, temo en gran manera las consecuencias de la indignación de este dios si claudico en mis antiguas creencias.

—¡Qué, exclamó el padre Hernández, y porque oyes que los cristianos no reconocemos más que un Dios solo, crees que son

---

sustentar. Agora, bendito Dios, está poblada y hay entre ella tres villas y una ciudad: la una villa tiene veinte vecinos, y llámase la villa de S. Francisco y es puerto de mar, esto es lo más flaco de la tierra. La ciudad está tierra adentro treinta y tres leguas; llámase la ciudad de Mérida: pusiéronle así por los edificios superbos que hay en ella, que en todo lo descubierto de Indias no se han hallado tan superbos: edificios de cantería bien labrados, y grandes las piedras: no hay memoria de quien los hizo; parécenos que se hicieron antes de la venida de Cristo, porque tan grande estaba el monte encima de ellos como en lo baxo de la tierra: son altos de cinco estados, de piedra seca y encima los edificios, quatro quartos, todo de celdas como de frailes, de veinte piés de luengo y diez de ancho, y todas las portadas de una piedra lo más alto de la puerta, y de bóveda: y destos hay en la tierra otros muchos. Esta gente natural no habitaba en ellos, ni hacen casa sino de paja y maderas, habiendo más aparejos de cal y piedra que en todo lo descubierto. En estos edificios tomamos sitio los frailes para casa de S. Francisco: lo que había sido cultura de demonios, justo es que sea templo donde se sirva á Dios, y el primero Sacramento que se ha puesto en la tierra, es allí, que por nuestros pecados no lo hay en otra parte......"

(1) En la mitología yucateca, *Hkin-Xoc* es el nombre de un antiguo indio, gran cantor y músico célebre, á cuya memoria levantaron una estatua que obtuvo culto como dios del amor y de la poesía. Hkin-Xoc era también venerado bajo el nombre de *Pislimtec*. Era el Apolo de los indios yucatanenses.—Véase nuestra "Historia angtuia de Yucatán.

superiores á nuestra teología divina las teogonías de los que admiten multitud de dioses! Sábete, amigo mío, que la verdad es una y Dios también uno. El Dios á quien yo adoro es y ha sido siempre tu Dios, áun cuando jamás le reconocieras. Sábete que tus dioses no son ni han podido ser nunca más que mentidas deidades, que no tienen poder para dañarte ni para hacerte favores: harto lo sabes ya, y solo la fuerza de tus antiguas preocupaciones, y el fuego ardiente de un amor de que te has dejado arrebatar, que calcina tu corazón y ciega tu inteligencia, es lo que te ha podido endurecer á tal grado, que resistas una verdad que palpas. Pero la verdad triunfará de tí con tu buen sentido, arrancándote ya un pronto y rendido asentimiento. Dices que amas y que tienes por lo mismo una particular devoción al dios del amor cuyo culto temes dejar. ¡Ay, hijo mío! si supieras que el Dios verdadero es el Dios ifinito y poderoso, que autor como es de este corazón humano, que nosotros mismos no comprendemos, por más que le sintamos palpitar bajo nuestro pecho, él solo es quien puede satisfacerle dándole quietud y descanso: si esto supieras digo, ese amor que ahora te detiene, ese mismo amor, Yibán, te habría hecho empaparte en los misterios del cristianismo, y purificarías tu amor en el seno del verdadero Dios del amor, Dios de la caridad; avergonzándote de haber rendido tus homenajes al mentido dios de un amor degenerado y corrompido! En una palabra; entonces sería cuando empezases á gozar de las dulcísimas emociones de un amor casto y puro, consagrado en Dios á una criatura, que el mismo te habría dado santificando tu unión con ella.

Dicho esto, el capellán pasó á referirle, ó más bien á repetirle por tercera ó cuarta ocasión con elocuente sencillez, la creación del primer hombre y de la primera mujer, el lazo del matrimonio con que el mismo Dios los unió, su caída y la promesa de un Redentor, y el cumplimiento de esta promesa, viniendo el Hijo de Dios á redimir al humano linaje, instituyendo la Iglesia y en ella los sacramentos á cuyo número elevó el matrimonio.

Cuando el padre Hernández acabó su discurso, Yibán, que había prestado el más dócil y atento oído, y había experimentado con un gozo inefable, por él jamás probado hasta entonces, la dulce y poderosa influencia de la Divina Gracia, ya quería que inmediatamente se derramasen sobre su frente las aguas regenera-

doras del bautismo. Pero su nuevo amigo y su nuevo maestro le dijo que era preciso aguardar á que su instrucción fuese más sólida, su fé más segura y su resolución más profundamente meditada. Con esto, el capellán atizó más y más los nacientes deseos del joven catecúmeno, que lleno de alborozo decía:

—Mi Welinna ha de ser también cristiana, y yo la tomaré por esposa en nombre de Ntro. Sr. Jesucristo.

Esto decía cuando el lucero de la mañana estaba al ocultarse, y escucharon al mismo tiempo la orden de reunirse. Era que Tutul Xiu iba á separarse del campamento para regresar à su corte.

CAPÍTULO III.

WELINNA SE RESISTE Á DEJAR LOS DIOSES YUCATECOS.

En aquel frondoso bosque de álamos cerca de la corte de Maní, en que sorprendimos á Welinna entregada al llanto, vamos ahora de nuevo á encontrarla en otra escena, no menos interesante y consecuente á la primera.

Sobre un extenso cuadro de robles, tamarindos y palmas, el hermoso disco del sol empezaba á asomar la encendida frente, cuando Yibán, enjugándose el sudor del rostro, se le presenta á su querida Welinna, quien desde muy temprano había salido á aguardarle, mezclando, entre tanto, los cánticos de sus querellas con el torrente de dulcísima armonía con que los alados cantores del bosque saludaban el nacimiento del día, en aquella hermosa estación del año en este suelo tropical.

—Y bien, querido mío, exclamó la joven india al acercársele el mancebo; junto con el placer de verte, me traes el feliz anuncio de próximas dichas?

—Te las traigo, dulce bien mío, contestó el joven, te las traigo, sol de mis ojos; porque has de saber que la guerra se ha concluido. El rey ha celebrado pacto de amistad y de alianza con los hombres de *Castelán*: les ha ofrecido influir en los caciques sufraganeos para que también depongan las armas, y por último, ha pro-

metido enviar una embajada al rey Nachi Cocom (1), al interior de la Península, para procurar que deje la actitud hostil en que se mantiene, y se haga amigo nuestro y de los blancos. Los embajadores acaban de ser nombrados: son trece, y van á partir á Sotuta, la corte de los Cocomes. Así, pues, ya por ahora tenemos tiempo de arreglar de nuevo nuestras interrumpidas bodas, á la sombra benéfica de la paz. ¡Ah, te acuerdas de aquel aciago día, víspera de nuestro dulce himeneo, en que fuí violentamente llamado á las armas para ir por primera vez al campo de batalla? Llorabas como tierna amante; pero al mismo tiempo me decias con heroico patriotismo: "Párte, amigo mío, párte á luchar con esos hombres blancos y barbados que atacan el culto de nuestros dioses inmortales, y nuestras libertades patrias. Lucha, me añadiste, lucha, que Kukulcán (2) te sacará con bien, y regresarás pronto á

(1) *Nachi-Cocom* es en la historia yucateca el nombre de una antigua y famosa dinastía, rival eterna y enemiga implacable de la de los Tutul Xiu.

El rey de Maní, Tutul Xiu, se condujo con noble prudencia, procurando terminar con sus enemigos todo pretexto de desunión, inclinàndolos amistosamente á celebrar alianza con los españoles, para evitar así el oprobio de sucumbir en la guerra de conquista, que haría de ellos un pueblo de esclavos. Entre otros documentos, véase en el "Registro Yucateco," tomo 2. °, pág. 34, un artículo de D. Vicente Calero Quintana que tiene por título "Tutul Xiu y Cocom."

(2) El joven indio *Kukul-Cam*, guerrero famoso, siempre coronado con los laureles del triunfo en los campos de batalla, mereció además, à su muerte, ser elevado al número de los dioses. Así, la apoteosis fué el premio de sus prodigiosas conquistas, y junto con los Genios de la guerra *Kakupacat* (Vista-de-fuego) y *Hchuikak*,(Esparcidor de fuego) era invocado para todos los acontecimientos bélicos.

Si profundizamos un tanto en el curioso estudio de la mitología yucateca antigua, encontrarémos con respecto á Kukulcán, el Marte maya, ciertas notables relaciones ó más bién una verdadera identificación, con el célebre *Quetzalcoatl* de los toltecas y aztecas ó mexicanos; pues siguiendo á Clavijero, y según Torquemada. el historiador citado por López de Cogolludo, Quetzalcoatl es el mismo Kukulcan de los mayas ó yucatanenses. En efecto, Torquemada, citado por Clavijero, y Clavijero mismo, quienes sabían muy bien el idioma azteca, dicen que, *Quetzalcoatl* quiere decir *sierpe armada de crines ó plumas*, porque *Coatl* significa propiamente sierpe, y *quetzalli* pluma verde. Con estos antecedentes obsérvese atentamente el nombre yucateco del dios *Kukulcán*, y no se ocultará á ninguno que posea la lengua maya, que según la interpretación que dan los dos autores del nombre azteca ó tolteca Quetzalcoatl, es en un todo el mismo que en lengua yucateca. Kukulcàn, pues, literalmente significa este nombre, *sierpe con crines ó plumas;* porque *Kukul ó Kuki*, es pluma ó vello, y *can* sierpe, por eso en maya se dice *Xkukican* de la serpiente que engañó á Eva.

Según algunos historiadores, no recibió Kukulcán los honores de la apoteosis

mi lado." Con estas tus palabras, grabadas en mi corazón, partí á la lid. Este pedernal cortante que llevo siempre conmigo, vengó por cierto nuestro honor ultrajado; pero la suerte nos fué adversa, y entonces tuvimos que huir para no someternos á la esclavitud. Mas ahora, Welinna, se ha arreglado la paz, como llevo dicho. Además de esto, Tutul Xiu quiere ser cristiano, y yo pienso hacer lo mismo. Creo, pues, amada mía, que el ministro de nuestras bodas no será el de Ah-kin-xoc sino el Jesús Crucificado.

No bien había acabado Yibán de proferir estas frases, cuando Welinna, entre dudosa y escandalizada por la apostasía de su joven amante, dió un paso hacia atrás, exclamando al mismo tiempo:

—¡Por los dioses, Yibán, que yo no comprendo qué lenguaje es ese! ¿Dices que abandonemos el culto de nuestros dioses para abrazar el de los extraños, el de los enemigos de nuestra religión y de nuestra patria....?

—No te escandalices así, vida mía, interrumpió el joven indio, sabes cuánto te amo, sabes cuánta es la sinceridad de mis afectos hacia tí, y debes, por lo mismo, estar segura, de que todo cuanto te

———

precisamente por haber sido guerrero, pues le dan la condición de tranquilo y pacífico; sino por haber sido gran político, diestro gobernante, y que como el hombre más justo y más distinguido de todo el mundo (el nuevo), por su virtud y sabiduría y por sus grandes y eminentes servicios, mereció que se reuniesen en su persona los supremos poderes del sumo sacerdocio y del imperio entre los toltecas, y por eso en su apoteosis dedicóse á su memoria la altísima pirámide de Cholula, que hoy obtiene entre las antiguedades mexicanas una celebridad, no sólo americana sino europea, por las investigaciones arqueológicas de que ha sido y será siempre objeto. Esto en cuanto á la historia de los toltecas. Véase á Clavijero en su "Historia antigua de México" tomo 1°., lib. 6°. —Por lo que toca á la historia de Yucatán, con respecto al mismo personaje, aparece que vino desde México á ponerse al frente de los nuevos pueblos de Onohualco ó Yucatán, y que fué entre ellos grande y sabio gobernante, que vivió con las virtudes y la austeridad de un santo, que fundó la hidalga y célebre ciudad de Mayapàn, cuyas ruinas vemos en el territorio de la parroquia Tecoh, y que después de haber enseñado á su pueblo la lengua, los nombres de las cosas y lugares, la religión, la política y la economía, partió hacia el rumbo mismo del poniente, de donde había venido. Véase la "Historia general", de Herrera, Década IV, lib. X. cap. 2.°; vease nuestra "Historia antigua de Yucatàn."

Según el Dr. Sigüenza, citado por Clavijero, y según el Dr. Mier y otros autores respetables, el Kukulcán yucateco, ó lo que es lo mismo, Quetzalcoatl tolteca, es nada menos que Santo Tomás que, según cierta opinión, vino á predicar el Evangelio en estos países; si bien esto no pasa de una piadosa conjetura.

digo está bien meditado, que es para nuestro bien, y que todo ha de ser muy racional y justo.

—Es verdad: yo confío en tí; pero, bien mío, ¡eso de abandonar á los antiguos dioses....! Ah! yo había conocido en tí muy poca afición á las prácticas del culto; y ahora no dudo que por eso los dioses se han indignado contra nosotros y han impedido nuestro enlace. Si claudicamos, su indignación crecerá de punto, y lanzarán sobre nosotros sus justos é inevitables rayos.

—Welinna, voy en estos días á comunicarte la nueva instrucción que yo mismo acabo de adquirir; previniéndote que nos desposarémos llenos de indecible placer siendo cristianos. El sacerdote de los blancos es ya amigo mío, cuento con su caridad y con su ciencia. Si le oyeras, Welinna mía, si le oyeras! Si asistieras á una misa, que es el gran sacrificio cristiano, si vieras, en fin, una estátua de la Virgen María! ¡Welinna, cuando yo contemplaba á esa Virgen, *creación purísima del cristiano*, según me decia el capellán, ¡qué presente te tenía yo para recomendarte á su protección! En fin, amiga mía, no sé qué consoladores presentimientos abrigo, desde entonces en mi espíritu, de que no nos desposarémos sino junto á los altares de María........

Estas palabras, pronunciadas con un acento de amor á la vez que de convicción y de sinceridad, no menos que de sublime sencillez, enternecieron á la doncella idólatra, que contestó á su amante:

—Bien: á tí te toca instruirme; pero lo que es ahora, yo te digo, que mi corazón se horroriza al solo pensamiento de la apostasía, y de que de un rato á otro el rayo de Ah-kin-xoc puede caer sobre tu cabeza.

—Nada temas, y separémonos por hoy: pronto estaré á tu lado para continuar nuestras pláticas.

—Aquí mismo te aguardo, y no tardes mucho por nuestro amor.

Los dos amantes se separaron por entonces para volver á juntarse en aquel mismo sitio; y por el curso de algún tiempo, estas entrevistas se sucedieron las unas á las otras, con la harta frecuencia que siempre procuran los amantes. Yibán entre tanto, hacía plausibles esfuerzos por catequizar á su futura esposa.

La joven por su parte, sólo contaba con los sentimientos de su

corazón connaturalizado con el culto de los dioses de sus padres, mientras que en oposición á éstos, escuchaba el persuasivo acento de un amante que le ponía á la vista tantas y tales razones, que no sabiendo que objetar á ellas, tenía que apelar á sólo esos mismos sentimientos de su corazón pagano, para no abandonar á los dioses yucatecos.

(Continuará).

TRISTEZA.

Si un instante de dicha no tenemos
Y son nuestras angustias infinitas,
Al pensil del pasado tornarémos
A contemplar las flores ya marchitas.

¡Triste de aquel que lamentando vive
Las horas de ventura que han volado!
¡Ni vuelve el mar las ondas que recibe
Ni vuelve sus instantes el pasado!

Cuando en el alma yacen ateridas
Las flores marchitadas por el frío,
Las lágrimas son gotas de rocío
Del cáliz de los ángeles caídas.

ANTONIO ZARAGOZA.

ARMONIAS FUGITIVAS.

Música alegre resuena
Y por mi estrecha ventana,
Entra con cadencia ufana
Y toda mi estancia llena.

Dejo á un lado el libro abierto
En donde absorto leía,
Y al oír esa armonía,
No sé á qué afectos despierto.

Flotan en mi pensamiento
Dicha y dolor confundidos,
Como risas y gemidos
Vagan al par en el viento.

Pensando inclino la frente
En honda meditación,
Y oprimen mi corazón
Los recuerdos de mi mente.

¡Qué de ilusiones de gloria,
Qué de alegrías perdidas,
Qué de imágenes queridas,
Se agolpan á mi memoria!

Renace en mi pensamiento
La grata edad de la infancia,
Envuelta en dulce fragancia,
En pureza y en contento.

Torno á mirar los celajes
Que vió mi espíritu un día,
Cuando á la vida salía
Envuelto en castos ropajes.

Torno á sentir vagarosos
Los éxtasis del pasado;
Oh! dulce recuerdo amado
De mis días venturosos!

Esas notas argentinas,
Esas blandas vibraciones,
¿No son de las ilusiones
Las armonías divinas?

Ese concierto que llena
Mi corazón de contento,
¿No es eco de aquel acento
Que amé tanto, y ya no suena?

¿Qué me dice con su encanto
Esa fugaz armonía,
Qué al par expresar querría
Con mi risa y con mi llanto?

Ritmo que de mi ilusión
La voz despertando vas,
De tu cadencia á compas
Se agita mi corazón......

....

Mas ya se aleja vibrando
Esa ola de armonía,
Y en la sorda lejanía
Va por grados espirando.

Su voz apenas se escucha
Viniendo de lontananza,

Cual la voz de la esperanza
Que contra la muerte lucha.

Ese rumor acordado
Que se extingue sollozante,
Es cual mi vida espirante
Que se abisma en el pasado.

Se van sus dulces rumores,
Se alejan sus melodías:
¡Adiós ilusiones mías,
Adiós éxtasis y amores!

El mudo silencio yerto,
Que se forma en torno mío,
Me vuelve á este mundo impío,
Que está para mí desierto.

Del sepulcro la marea
Siento que mi aliento ataja,
Y como negra mortaja
La soledad me rodea.

JOSÉ LÓPEZ-PORTILLO Y ROJAS.

Guadalajara.

LA HERMANA DE MISS DARRELL.

—Una carta de mi tía Doretea! ¿Qué escribirá á mamá?—exclamó mi hermana Francisca, examinando cuidadosamente la colección de cartas que nos esperaba sobre la mesa del comedor, á la hora del almuerzo.—Una balija para papá, por supuesto; una carta para tí, Emma,—arrojando hacia á mí una delicada misiva color de violeta—ninguna para mí. Bien! no tendré que contestar á nadie; pero—añadió con mohin repentino,—Madame Elisa no me ha escrito diciéndome si podrá mandarme el abanico de blondas para el diez y siete.

—Hay bastante tiempo,—observé en tanto que abría mi carta, la cual venía de Lady María Loftus, una reciente amiga mía, á la cual había tomado una amistad algo violenta.

—Madame Elisa debió haber escrito de todas maneras. No entra en mis ideas el tener que esperarla—y Francisca golpeó el huevo que tenía en la mano, con alguna exaltación—¿Y qué necesita ahora Lady María?—añadió dirigiéndose á mí.

—Algunos ramilletes solamente; no han prendido sus camelias.

—Acabará por pedirnos hasta la casa!—observó Francisca—No he conocido persona que sepa gastar mayores confianzas. Nos piden todo cuanto no tienen; acaso piensan hacernos con esto un honor.

—No es mucho pedir, pedir flores,—repliqué—y justamente, tenemos muchas ahora; querría regalarlas à diestro y siniestro.

Pero aunque defendía esta última petición de Lady María, comenzaba á serme desagradable el que ésta me escribiese casi siem-

pre para pedirme algo. Abusaba de nosotras, porque todo se lo concedíamos en el acto.

Era ella algunos años mayor que yo, y me llamaba la atención que me hubiese escojido para su amiga, en lugar de mi hermana Francisca, que era no sólo poco más ó menos de su edad, sino mucho más bonita que yo. Porque Francisca era una belleza, sin duda alguna, y aumentados sus atractivos por el brillo que comunican las riquezas, no era posible que nadie la viese sin rendirse á sus encantos.

Tenía veintidos años, talle esbelto y elevado, pelo negro, ojos brillantes y oscuros, y facciones finas y bien modeladas. Era como una obra acabada de pintura, propia para ser vista y admirada; pero desde su niñez había manifestado una frialdad singular, una falta absoluta de corazón. Nada parecía afectarla, sino lo que le atañía á ella misma; y, cosa extraña, cuantos la rodeaban obraban como si pensasen que tenerla contenta, era la única cosa necesaria en este mundo. Había hecho siempre su voluntad: cuando muy niña, en su casa, después en la escuela; y ahora reinaba sin rival, como la rica Miss Darrell en el castillo de Kingsden, nuestra habitación, no habiendo quien disputase su soberanía.

En cuanto á mí, no pasaba de ser *la hermana de Miss Darrell*, condenada á seguir humildemente y á cierta distancia, á su radiante persona.

Nosotras no habíamos sido siempre las Darrells del castillo de Kingsden. Guardaba yo en mi alma vivos recuerdos de otra casa menos rica y brillante; pero hermoseada por las dulces memorias de mi niñez. Sus pasadizos sin alfombras, sus aposentos desnudos de tapices, pinturas y muebles, donde extendimos y gozamos en otros tiempos nuestros tesoros de muñecos y juguetes, presentábanse llenos de mágia á mi pensamiento, aun en medio de nuestra grandeza y de nuestro explendor presentes. La transición de aquella especie de pobreza á la opulencia actual, habíase gradualmente verificado. Gracias á la habilidad de mi padre para los negocios, nos habíamos ido elevando poco á poco, pero con seguridad, hasta que se encontró aquel en posición de comprar Kingsden, y de ocupar un lugar como uno de los magnates del aristocrático condado de Harboroshire.

No podía dudarse de su riqueza. Todo era profusión, magnifi-

cencia y lujo en Kingsden. Desde el tiempo en que por primera vez llegamos á esta mansión, todo el mundo nos conocía, comenzando por el poderoso conde Trafford, cuyo antiguo linage estaba contrapesado por un bolsillo empobrecido. No obstante, el conde se había dado maña para escapar á la rapacidad de los usureros, una deliciosa posesión á cosa de tres millas de Kingsden, llamada Ardleigh Abbey.

Poseer Ardleigh Abbey, parecía bastante al conde Trafford y á la altiva condesa. Aparentemente, no se les ocurría ninguna idea de mantener en orden su castillo; y, cuando le abandonaban para ir á pasar tres meses en Lóndres, —paseo indispensable para su existencia,— la bella posesión era abandonada al cuidado de un matrimonio de antiguos empleados, que se entregaban con mayor holgura al placer de vegetar, hasta que llegaba el tiempo del regreso de los amos.

Abandonado, descuidado como estal a el castillo, parecíame que nada había visto tan encantador como su secular y extensa arboleda, su parque que ondulaba con el viento, y la magnífica vista que sobre el océano se descubría desde casi todas las ventanas de su abadía. Esta construcción hecha de piedra grís, estaba casi enteramente cubierta por una red de todo género de trepadoras, con arreglo al gusto de cada uno de los jardineros que se habían ido sucediendo en el castillo.

Había cierto aire de tranquila grandeza en todo esto, á pesar de su abandono. Hubiérase esperado ver una dama ricamente vestida, con altos tacones y cabellera empolvada, bastoncillo en mano, aparecer sobre las amplias terrazas, subiendo y bajando, seguida por un paje destinado á llevar la brillante cauda de su traje. En el interior, sus elevadas habitaciones estaban decoradas con antiguas pinturas y armaduras cubiertas de polvo. Muebles esculpidos de oscuro roble, colgaduras amarillas de seda y grandes espejos de pesados marcos, adornaban la sala donde Lady Trafford nos recibió, cuando fuimos á pagarle su visita, vestida con traje de etiqueta.

Era una persona séria á la primera vista —creo que lo era así siempre.— Apénas echó de ver mi presencia. Dijo lagunas palabras á mamá, que estaba muy léjos de sentirse á sus anchas, á lo que pude observar, y se dirigió luego hacia Francisca, la cual le

contestó con la mayor sangre fría —porque Francisca no era persona que pudiese ser amedrentada. Su señoría la condesa manifestó en lo sucesivo para ella una preferencia especial, en la cual la acompañaba Lord Trafford.

Así llegó á suceder, Miss Darrell fué frecuentemente invitada á Ardlegh Abbey, en tanto que Miss Emma Darrell era sistemáticamente olvidada. Esto no me apenaba, sino por el contrario, me era satisfactorio.

Por lo demás, no teniamos de qué quejarnos, con respecto á falta de cortesía por parte de nuestros otros vecinos; estaban siempre dispuestos á llenar nuestra casa de amigos titulados, y á aceptar cualquier pequeño pasatiempo que pudiésemos proporcionarles, y se manifestaban bastante deferentes para pedirnos servicios que, por supuesto, teniamos por nuestra parte, el mayor placer en conceder, aunque alguna vez no dejé de pensar, que se hacían pagar demasiado cara su complacencia.

La carta de mamá, venía de nuestra tía Dorotea, y contenía la promesa ménos deseable para nosotros en esta sazón, cual era la de venir á pasar un mes en nuestra compañía. ¿Qué íbamos á hacer con ella? Era á la verdad una buena alma al uso antiguo; pero totalmente desprovista de los conocimientos de la cortesía de las altas clases. Francisca confesó, francamente, que se avergonzaba de ella, mamá tembló á la sola idea de presentarla á nuestros nuevos amigos, y hasta papá cayó en un silencio un tanto cuanto embarazado, en el momento de ser discutida la carta.

—Hariamos mejor en indicarle que aplazase su venida hasta despues del baile, dijo mamá. No se divertirá y habrá de sentirse muy contrariada en medio de tal concurso. Juan, ¿no piensas que fuera bueno hacerle esta indicación?

—No sé como podrías hacer eso, replicó papá viendo por encima de su periódico.—Buen efecto le causaría si así lo hicieras! Y en verdad, no veo porqué debería abstenerse de venir. Es mi hermana y no he de tolerar que se le menosprecie. Por supuesto que ha de venir.

—Estarémos orgullosos de ello, murmuró Francisca. No puedo olvidar la facha que tenía la última vez que vino á vernos; parecía una bruja de Macbeth.

—Francisca, dijo mi padre con dulzura, querida niña!

—De veras! insistió Francisca.

—Niñerías! dijo papá tímidamente; y la conversación roló sobre otros asuntos.

Pero aquella tarde mamá escribió algunas líneas á nuestra tía, diciéndole que el carruaje la esperaría en la estación, y que todos tendríamos mucho gusto de verla.

Mi tía Dorotea era mi madrina. Hasta aquí no había sido espléndida; pero siempre había sido muy bondadosa; así es que en mi corazón le guardaba un profundo afecto, aún cuando fuese un poco extraña é inculta. Me había regalado en diferentes ocasiones, un vasito de plata, una biblia y un librito de oraciones; pero desde nuestra prosperidad se había separado algo de nosotros, hasta el momento de enviarnos esta carta, la cual llegó en la ocasión en que nos hacía menos falta nuestra pobre tía. Porque íbamos á dar un baile, y ella,entre otras muchas singularidades, tenía la de desaprobar los bailes. Era probable que se dominase en esta ocasión por consideración á su hermano; pero esto no habría de halagarla á ella ni á nadie. Por otra parte, no era posible ni desairarla, ni aplazar el baile, pues las invitaciones estaban ya hechas, y los preparativos habían empezado con apresuramiento—casi todo estaba preparado. Así es, que no había más que dejar venir los acontecimientos.

Mi tía Dorotea no nos había hecho todavía ninguna visita en Kingsden. Me aguijoneaba el deseo de ver el efecto que le causaría nuestra nueva mansión; pero no pareció hacerle ninguno cuando llegó, algunos días después, pues en medio de nuestra lujo, se mantuvo tan dueña de sí misma y tan indolente como siempre.

No hizo comentario sobre nada, á nuestra gran sorpresa, aunque confesó que el sitio era hermoso, y se mostró contenta por todo en general. Sin embargo, su silencio era algo irritante para mamá sobre todo, la cual no dudó en apellidarla envidiosa, tratando de hacerlo cuando no podía oírla. Pero tal acusación era infundada. Creo más bien que nos compadecía, y no nos envidiaba, aunque no haya podido darme entonces, la explicación de este fenómeno.

Su presencia, no obstante, fué olvidada al acercarse el diez y siete, fecha del baile. ¡Teníamos tanto en que pensar, tantas invitaciones que hacer, tantas cosas que terminar—porque quería-

mos que nuestro baile fuera magnífico—y por último, y esto era lo más grave, teniamos que escojer nuestros trajes.

Francisca había resuelto hacerse uno que fuese rico y saliese de lo común, y el resultado de su activa correspondencia con Madame Elisa, fué una combinación formada de un tul amarillo paja con adornos violeta. Pero mi traje era de un estilo más sencillo. Escogí uno blanco—blanco, sin ningún otro color destinado á hacerlo resaltar; aún la cinta que puse al rededor de mi cuello, era blanca; de ella pendía un medallón de brillantes, que me había regalado recientemente mi padre.

Este traje, á la verdad, no era de mi exclusiva elección; sin duda por eso me sedujo tanto cuando me ví en el espejo, momentos antes de bajar al brillante salón del baile. Había oído decir á Guy Raymond que le encantaba el color blanco, y Guy Raymond, iba á estar en el baile, aunque nunca sabría que había yo pagado este tributo á su gusto, ni podría imaginarse que una palabra suya, lanzada al acaso, había determinado mi elección. Nadie adivinaba con cuánta atención escuchaba hasta sus palabras más insignificantes, cómo temblaba cuando se acercaba á mí, cómo mi corazón estaba lleno de él—nadie! y él menos que ninguno; pero así era. Desde el primer momento que le ví, le amé; así lo quiso mi suerte. Y era también mi destino, el ser considerada por él, como por los otros, como *la hermana de Miss Darrell,* y nada más; porque nunca dijo él una sola palabra, por la cual hubiese podido imaginarme que mi preferencia era correspondida. Era para mí, más bien frío que amable; y, empero, gozaba en la soledad de mi pensamiento, con figurarme que le agradaba.

Algunas veces solía preguntarme, qué era lo que encontraba en Mr. Raymond, que me atraía tan poderosamente. Visto con ojo analizador, no podía ser considerado como un modelo de belleza. Era de estatura mediana, de cuerpo bien proporcionado; pero nadie le habría calificado de completamente hermoso.—Para mí, empero, su rostro moreno y algo quemado por el sol, sus maneras un tanto frías y reposadas, su aire de grave resolución, su aspecto de persona perfectamente educada, constituían un todo en alto grado atractivo—á pesar de las levitas deterioradas que usaba de ordinario, y á las cuales parecía profesar una afición decidida. Tenía una posesión pequeña; pero extremadamente pintoresca, próxima á Ardleigh

Abbey, y por lo mismo, cercana á nosotros. Allí vivía de la manera más modesta que puede imaginarse; porque era pobre á no dudarlo, y pobre como era, constituía el objeto único de todos mis anhelos. Su posesión llevaba el nombre de la Ermita, nombre asaz apropiado, porque nunca concurría él á ningún festejo, y aún salía poco de su casa. Así es que el haber aceptado algunas invitaciones para venir á Kinsgden, y el haber prometido asistir al baile, era considerado como cosa extraordinaria por todos cuantos le conocían.

Francisca rió placenteramente cuando supo que Mr. Raymond había llegado, risa de satisfacción que me hizo daño, porque comprendía su significado.

La había visto sonreír así mil veces, ántes de poner en juego sus encantos contra sus víctimas, de las cuales pocas escapaban; era tan atractiva, que nadie podía resistirla, así es que tenía la convicción de que Mr. Raymond no podía ser una excepción Frascisca no se casaría con él, lo sabía yo; porque Francisca tenía otras miras. Pero se divertiría un poco á su costa, y en seguida le despediría, como lo había hecho con tantos otros. Me dolía de tal manera, pensar que alguien fuese capaz de despedirle, que me torturaba á mí misma, imaginándome que Francisca le quisiese, que fuese á establecerse á la Ermita y que hiciesen un par muy feliz; á la vez que me consideraba la más desdichada de las criaturas, y ennegrecía mi suerte más y más, dentro de mi propia fantasía.

(*Continuará*).

DON QUIJOTE Y DULCINEA.

EL

Yo soy el "Caballero de los Leones,"
desfacedor de entuertos y sinrazones;
mi norte es la justicia, la fé mi palma;
culto eterno les rindo dentro el alma.
Una ruda batalla fué mi existencia
y en el cristal sereno de mi conciencia
brilló el destello
de lo que es grande y santo, sublime y bello.
Jamàs impura sombra cruzó mi mente;
Dios me inundó en su lumbre resplandeciente.
El mundo, al ver mis hechos y mi figura,
dice que soy la imagen de la locura.
¿Locura la esperanza, la fé, la gloria?
¿El bien y la justicia serán escoria?
¿Batallar con la sombra que me rodea,
amarte como te amo, mi Dulcinea?
¡Oh! dime tú que brillas en el Toboso
como el sol en los cielos, esplendoroso:
¿es locura todo eso.... la santa calma,
el amor, la belleza, la luz, el alma....?
Si es así, mi alma quiere seguirla terca.
Bendita la locura que á Dios me acerca!
No conozco tu sombra, nunca te he visto,
y, sin embargo, vives porque yo existo.
Llevo tu casta imágen en mi grabada,
invisible y oscura como la nada;

y cuando quiero verla, tiendo los ojos
á los del horizonte celajes rojos.
En ellos miro el rayo de tu sonrisa,
tu voz oigo en el soplo de cada brisa....
Por tí vencí gigantes, domé vestiglos,
por mí vivirás siempre siglos y siglos.
Llorar hice las peñas de las montañas
y están llenos los libros de mis hazañas:
Si te desencantaras, princesa mía,
acaso ¡oh Dios! entonces no te amaría,
que en la existencia
á lo desconocido va la conciencia.

ELLA

Así que me idolatres por siempre quiero;
también yo te idolatro, mi caballero;
y si por mí te quejas de mal ferido,
no temas que tus hechos ponga en olvido.
Acabará tu vida serena y pura,
mas para mí no hay muerte ni sepultura.
Verásme desde lejos, mi fiel amigo;
la humanidad veráme también contigo....
Soy la esperanza
que siempre se persigue, nunca se alcanza.

MANUEL J. OTHÓN.

LOS
MICROBIOS.

II.

(CONTINÚA.)

Los curiosísimos fenómenos de la fermentación, tan antiguos como el mundo, fueron ya materia de observación desde el tiempo en que los primeros hombres manejaron el sumo extraído de las frutas. Acusan un conocimiento práctico de estos hechos la fabricación del vino, la de la cerveza, posterior á la del vino, pero que conocieron ya perfectamente los Egipcios y los Galos, y la del pan que nace en los tiempos de Moisés; mas el estudio teórico de esta materia debía emprenderse hasta á fines del siglo XVI. Van Helmont, que aisla el ácido carbónico de los demás gases, abre la era de los descubrimientos en esta importante rama de la ciencia: habiendo hechado de ver que este gas se desprende de la fermentación de los vinos haciéndolos fuertes y espumosos, al par que de la digestión y la putrefacción, concluyó por colocar todos estos fenómenos en un solo grupo.

Más de un siglo se necesitó para llegar á saber con exactitud que en lo fermentación de los líquidos azucarados, al desaparecer el azúcar se forman alcohol y ácido carbónico. Mas estos no eran todavía más que las primeras bases para la explicación del fenómeno; á Lavoisier tocaba reunir los elementos discordes y establecer sus relaciones, que logró resumir en algunas líneas: "Los

efectos de la fermentación vinosa, dice, consisten en separar en dos porciones distintas el azúcar, que es un óxido, y oxigenar una de estas partes por medio de la otra formando ácido carbónico; en desoxigenar la otra por medio de la primera, y formar una sustancia combustible, el alcohol; de modo que si fuera dable recomponer estas dos sustancias, alcohol y ácido carbónico, llegaría á poseerse azúcar de nuevo.

El problema estaba resuelto ya bajo el punto vista químico, mas Lavoisier había omitido decir que para hacer fermentar el agua azucarada es menester añadirle levadura, requisito sin el cual nada se produciría.

Ya Leuwenhoeck había demostrado desde 1680 que la espuma superficial ó depósito de los licores fermentados, se compone de glóbulos esféricos ú ovoides; mas su observación debía quedar sin resultado hasta la época en que Cagniard Latour notó al sembrar en el mosto de cerveza glóbulos aislados de levadura, que pasado cierto tiempo se habían reproducido llegando á hacerse dobles; los dos glóbulos unidos producían á su vez, pasadas algunas horas, componían varios grupos cuya forma recordaba á distintas plantas de nuestros jardines. "Si la levadura obra sobre el azúcar, dice Cagniard Latour—nótese que estamos en 1836—es de seguro algún efecto de la vegetación y su vida."

Esta era el puuto que debía demostrarse, y todos conocen las pruebas irrecusables que á este respecto ha aducido M. Pasteur. Examinaremos ligeramente tan solo la materia de las fermentaciones, pues gracias á la rápida vulgarización que hoy alcanzan las cosas científicas, ha llegado á ser del dominio de todos á los treinta años de su apariciòn; mediando además la circunstancia de que tales investigaciones se han dado á conocer más de una vez á los lectores de la *Revista*.

Recordaremos solamente que M. Pasteur desmostró, valiéndose de procedimientos rigorosamente científicos y exentos de toda objeción posible, que la fermentación alcohólica es función de la vida de ciertos organismos celulares de naturaleza vegetal, que constituyen la levadura, debiéndose la producción del alcohol á la absorción del oxígeno necesario para la vida de esos seres. Sabido es también como aplicando sus primeras observaciones al estudio de la cerveza y el vino, desmóstró M. Pasteur que esos líqui-

dos están expuestos á alteraciones causadas por los microbios, que adquieren cierta actividad accidental por los defectuosos procedimientos de fabricación. Estas alteraciones se han llemado con mucha propiedad enfermedades de las cervezas y vinos, pues todos los descubrimientos confirman la perfecta analogía que existe entre el mecanismo de las alteraciones de los l quidos, y el de las enfermedades infecciosas de los seres organizados.

Puede afirmarse sin temor de errar, que la microbología nació con los trabajos de M. Pasteur sobre el vino y la cerveza; desde entonces se dio á conocer la existencia del mundo de los microbios, sus funciones, genero de vida, y papel que desempeñan en el mundo exterior; desde entonces se sabe que los microbios son seres vivos, que como los de su clase, no pueden desarrollarse en ningún medio sin alterar su constitución química y privarlo de sus elementos útiles. Los microbios destruyen el azúcar de las masas azucaradas sustituyéndolo con alcohol y ácido carbónico, acedan la leche cargándola de ácido láctico, cambian el vino en vinagre desprendiendo ácido acético, producen hidrógeno sulfurado en vez de las materias albuminoides, trasforman las materias azoadas en en nitratos, como los microbios del suelo, y operan en fin modificaciones de inmensa trascendencia sobre la materia que les sirve de alimento trabajando por destruirla.

Dueño de estos importantes datos, M. Pasteur podía emprenden ya el estudio de las enfermedades contagiosas. En efecto, ¿no tendrán por causa estas afecciones la acción de los microbios, no sobre medios orgánicos inanimados, sino sobre medios organizados, vivientes?; y las perturbaciones que ocasionan las enfermedades. los síntomas que presentan, ¿no serán fenómenos químicos comparables en un todo á la putrefacción, à la fermentación y á las enfermedades del vino y la cerveza?

Nótese bien como los trabajos sobre las fermentaciones sugieren ideas originalísimas, é impulsan á la investigación de ciertos hechos que no tenían en la ciencia médica explicación posible. M. Davaine, á quien había enseñada M. Rayer diez años antes que existen ciertos cuerpecillos filiformes en la sangre de los animales atacados de carbón, se pregunta al leer el estudio sobre la fermentación butírica, sino habrá una *fermentación carbonosa* en la sangre de los animales enfermos; el renombrado cirujano inglés Lister

escribe á Pasteur en 1874, que en la memoria sobre la fermentación láctica halla la demostración de su teoria sobre los gérmenes de la putrefacción, principio fundamental del sistema antiséptico que emplea desde nueve años antes; otro cèlebre cirujano, Alfonso Guerin, leyendo el estudio sobre los fermentos imagina su famosa curación acolchada; y M. Déclat, que aplica á la medicación interna el método usado con tanto éxito en la cirugía, funda una terapéutica completa de las enfermedades infecciosas empleando el mejor antiséptico conocido, el ácido fénico, fundado en la creencia de que "todas las enfermedades que se trasmiten son obra de un fermento especial, teniendo la terapéutica médica ó quirúrgica por principal objeto impedir que penetren fermentos procedentes del exterior en los líquidos de la economía, debiendo en caso de que esto suceda hallar *antifermentos* que los destruyan sin alterar la vitalidad de los tegidos y los órganos."

Se comprende como poseyendo M. Pasteur un tan brillante testimonio del éxito de sus primeros trabajos, pueda al presente afirmar que ciertos líquidos de la economía, tales como la sangre y la orina, pueden dar asilo á fermentos diversos cuando causas exteriores hacen penetrar en los líquidos este germen, introducción que ocasiona enfermedades màs ó menos graves."

Nótese bien que muchos años antes de trazar estas líneas había escrito ya M. Pasteur un estudio magistral sobre una epizootia que estuvo á punto de arruinar una importante rama de la industria francesa; estudio destinado à hacer época en la historia de la ciencia experimental y la medicina, y mirado hoy como la solución anticipada de muchos problemas agitados después sobre las enfermedades del hombre y demás animales superiores. Tratábase de la pebrina, enfermedad de los gusanos de seda, cuya causa halló M. Pasteur en el desarrollo dentro del cuerpo de los animales enfermos de ciertos parásitos microscópicos de la especie de los micrococos, como los llamariamos hoy. El estudio de esta afección era interesante bajo más de un punto de vista.

En efecto, no solo se logró establecer de una manera indudable la naturaleza microbiana de una enfermedad contagiosa, sino que debido á la precisión con que el observador estudió el microbio durante su curso en el organismo de los gusanos, pudo conocerse á fondo la naturaleza del contagio y de la epidemia. Había sido

menester en pasadas épocas atormentar el ingenio, imaginar vanas y pretenciosas fórmulas para definir el contagio, y si se exceptúan las influencias astrales y el *quid divinum*, la única explicación posible de la peste era el *genio epidémico*. Pero henos en presencia de una enfermedad contagiosa: su causa es un corpúsculo, un microbio que se introduce en el interior de los gusanos de seda y se desarrolla como parásito; va en las hojas manchadas por los gusanos enfermos ó en el polvo de las educaciones infestadas, se trasmite en las manos ó el vestido de las personas, y hasta en las heridas que se infieren unos á otros.

La enfermedad se trasmite, pues, y esta trasmisión que es susceptible de ser explicada hasta en sus menores detalles, constituye el contagio, el mecanismo de la epidemia, el genio misterioso que según la expresión de Bouley se cernía sobre las regiones infestadas esparciendo entre los animales sanos el germen deletereo de que morían. En fin, la presencia del corpúsculo parasitario en los huevos, probaba de un modo que no dejaba lugar á dudas la trasmisión hereditaria de las enfermedades. Al proponer M. Pasteur para atajar la enfermedad de los gusanos la destrucción de los polvos y la separación de las educaciones infestadas, formuló los tres grandes principios en que pueden resumirse las prescripciones de la higiene social, pública y privada, respecto á las enfermedades contagiosas, populares, hereditarias y epidémicas.

Hoy que está generalmente reconocido el papel que desempeñan los microbios en las enfermedades, parecen enteramente obvias las consecuencias que acabamos de enunciar; más es menester reconocer que en la época del estudio de que hemos hecho mención no estaban exentas de todo reparo, y sufrían formidables ataques de parte de los amigos del origen expontaneo de las enfermedades.

Podía objetarse, y no faltó ciertamente quien lo hiciera, que el corpúsculo era producto del organismo enfermo, que señalando un movimiento de regresión de los elementos normales de los tegidos del animal hacia un estado de organización inferior, provocaba con su presencia por una especie de acción catalítica—acción invocada ya para explicar los fenómenos de la fermentación—toda la serie de fenómenos que constituyen la enfermedad. Lejos de perder su tiempo en estériles discusiones, M. Pasteur continuó avanzando en el fecundo camino que se había abierto, perfeccionó sus

procedimientos poniéndolos al abrigo de toda objeción, y dió en respuesta una obra absolutamente perfecta, preciado triunfo del método experimental, que constituirá para lo futuro el modelo de los estudios de esta clase.

III.

Al estudiar el cólera de las gallinas aplicó M. Pasteur el método de cultura de los microbios en líquidos esterilizados, usando el mismo procedimiento que empleó para demostrar la existencia de gérmenes animados en el aire. Si bien la enfermedad de los gusanos de seda se trasmitía por medio de los microbios que salían del cuerpo de los animales atacados, podía creerse llevaban estos alguna sustancia desconocida que producía la dolencia; mas en la nueva experiencia los microbios con que debía producirse el mal si bien descienden de los animales enfermos, media entre ellos un número incalculable de generaciones.

¿Cómo podrá creerse entonces, que en la gota de líquido virulento que se inyecta bajo la piel de un animal, y que procede de una cultura tomada de otra anterior, la cual proviene á su vez de una centésima cultura, obtenida de igual manera se conserven adheridos à los microbios partículas del animal enfermo?-M. Chamberland ha hecho el siguiente cálculo: Al cabo de ocho ó diez culturas, la gota de sangre que suministró el microbio originario, se halla diluida en un volumen de líquido mayor que el de la tierra; si al inocular una gota de estas culturas se reproduce la enfermedad primitiva, menester será concluir que los microbios son los únicos agentes de ella. Tal demostración pues, se debe al cólera de las gallinas.

Cien años ha que por primera vez apareció en Lombardía una espantosa peste de las aves de corral. El mal era rápido y hasta instantaneo, pues á menudo se encontraba muerta el ave en quien no se había notado indicio de enfermedad. Cuando era más lenta la marcha del mal, se observaba que el animal decaía visiblemente, se le miraba arrastrar pesadamente las alas y caminar de una manera vaga, bajar la cabeza y cambiar el color de la cresta, que se volvía violacea para convertirse en negra á lo último;

al fin moría sin hacer movimiento alguno ó después de algunas sacudidas convulsivas, siendo digno de notarse que mientras duraban la sturbaciones mencionadas, arrojaba abundantes evacuaciones de aspecto muy característico.

Esta enfermedad apareció en 1830 en las cercanías de París, y Renault y Delafond, profesores de la escuela de Alfort, que la estudiaron con escrupulosa atención, le dieron el nombre de *cólera de las gallinas.* M. Perroncito profesor de la escuela veterinaria de Turin, descubrió en la sangre de los animales que sucumbieron á consecuencia de esta dolencia, un microbio en forma de micrococo; descubrimiento que M. Toussaint confirmó después demostrando con preciosas experiencias que estos micro-organismos son el origen de la peste.

M. Pasteur, que trató de averiguar la causa de esta enfermedad, presentó en su trabajo una muestra notabilísima del verdadero método experimenral en medicina. Obtuvo cultivos puros del microbio del cólera de las gallinas, sembrando una gota de sangre procedente de una de estas aves, víctima de la peste, en caldo de pollo esterilizado por el calor, medio favorable de seguro al desarrollo del microbio. En efecto, el líquido se convertía en lechoso con suma rapidez, poblándose en seguida de una infinidad de granitos redondos, ligados dos á dos en forma de ocho de cifra, y cuyo diámetro era de dos á tres décimas de milésimo de milímetro. Al inocular una de estas gotas, producía M. Pasteur la enfermedad originaria, cuya naturaleza microbiana no podía ya ponerse en duda. Para demostrar de una manera más palpable que la enfermedad se producía debido solamente á los microbios, imaginó Pasteur filtrar el líquido de culivo al través de porcelana vidriada, que no permite el paso á ningún elemento estraño; el líquido que se obtuvo no produjo el cólera una vez inoculado en las aves de corral.

Negativo como es este experimento, debía sin embargo servir para dar á conocer mejor la naturaleza de las enfermedades infecciosas, tanto más cuánto que hechos de la misma clase se observaron con otros microbios. En efecto, las aves inoculadas con el cultivo filtrado no sucumbían á causa del cólera, sufrían tan solo ciertos síntomas de la enfermedad tales como enfriamiento, inapetencia y tendencia al sueño; si bien tales perturbaciones eran

fugitivas, no tardando las aves en volver á su estado normal. Con semejantes datos, podía afirmarse que los síntomas generales de la enfermedad tenían por causa ciertos productos tóxicos elaborados por los microbios en la sangre de los organismos enfermos, á semejanza de lo que sucede con los líquidos de cultivo.

¿Como se propagaba la afección, como penetraban los microbios en el organismo de las aves? Tal fué el punto que trató de indagar luego M. Pasteur, fiel al método que se había propuesto seguír. Si en vez de inocular á los animales enfermos introduciéndoles el líquido virulento bajo la piel, se inyectan los cultivos en el canal intestinal, se provoca la salida de cierto líquido abundante en microbios característicos, Este líquido intestinal que cae en el suelo y el estiercol de los gallineros, manchando los granos de que se alimentan las gallinas, era á no dudarlo el foco de infección de la epirzootía. Hubiera terminado ahí la reseña sobre los microbios del cólera de las aves de corral, si M. Pasteur no hubiera inoculado sus líquidos de cultura en otra clase de animales.

En el conejillo de Indias tal inoculación produjo solamente cierta perturbación local, un absceso cerrado expontáneamente; más al introducir el pus de este absceso en las aves de corral y hasta en los mismos conejos, se les veía sucumbir en medio de síntomas muy semejantes á los del cólera de las gallinas. De este modo quedó probada la considerable influencia que ejerce la naturaleza del terreno respecto de la virulencia de un mismo microbio, pues siendo este mortal para un animal determinado, es ligeramente peligroso para otro, sin que cause daño alguno á un tercero.

Mas no es la naturaleza del terreno la única condición que modifica las propiedades de los microbios; M. Pasteur había establecido ya desde sus primeras investigaciones, al distinguir les microbios en aereobios y anaerobios, que mientras unos viven perfectamente en el oxígeno del aire, otros no soportan sino ciertas cantidades de aquel gas, que obra sobre ellos como veneno. Siendo acreobio el microbio del cólera de las aves de corral, forma parte de aquellos que mueren por la influencia prolongada del oxígeno. Al inocularles, pues, culturas de quince días, un mes, dos, ocho ó diez meses, vió M. Pasteur como la virulencia disminuía progresivamente, habiendo menor probabilidad de que sucumbieran los animales. Con una cultura de diez meses, no morían las gallinas;

sufrían cuando mucho un pequeño absceso en el punto de la inoculación, quedando vacunadas para lo futuro. Las gallinas quedaban vacunadas, es decir, eran susceptible de resistir la inoculación de una cultura dotada del mayor poder virulento, durando esta inmunidad por un tiempo que pasaba muchas veces de un año. Además—hecho inesperado á no dudarlo—el microbio, exento ya de energía por la exposición prolongada en el aire del líquido en que debía reproducirse, formaba el tronco de otra serie de microbios cuya virulencia no pasaba del grado á que su ascendiente había quedado reducido.

Estas importantes observaciones constituían verdaderos descubrimientos, que manifestaban la posibilidad de crear razas de microbios verdaderamente domesticados, según la feliz expresión de Bouley, y apropiados á las necesidades del hombre, que tiene poder para constituir un preservativo contra los amagos del contagio de los microbios Estos hechos tienen una importancia tan extraordinaria, que traspasando los límites de la microbología y la medicina suministran—como hacía observar M. Brodie—una nueva prueba en favor de la doctrina de Darwin sobre la trasformación de las especies. En efecto, claro es que si la diminución de la virulencia de un microbio puede trasmitirse por herencia, la trasformación del microbio peligroso en inofensivo, constituye una creación de nueva especie; y como tal trasformación se realiza en un mundo en que los días, por el número enorme de generaciones que representan. son verdaderos siglos, resulta un serio argumento en pro de los que sostienen que juzgamos invariables las especies porque nuestras observaciones se limitan á un tiempo muy corto.

Nunca se insistirá demasiado sobre la importancia que en la ciencia y la práctica tiene el poseer un preservativo de las enfermedades, á trueque tan solo de experimentar ligerísimos síntomas de ellas. No se conocía más vacunación que la procedente de la vacuna ó *cow pox*, enfermedad de las vacas, que al inocularse preservaba dela viruela; mas este conocimiento era enteramente empírico y limitado. Como se debía solamente á una dichosa casualidad, constituia un hecho aislado á pesar del cual se seguían ignorando las relaciones que existen entre la enfermedad que preserva y aquella de que se preserva. Por el contrario, del hecho de que la inmunidad se confiere sufriendo un ataque benigno de cierta

enfermedad para evitarse uno grave, á causa de que la afección en cuestión es del número de las que no dan más de una vez, era el descubrimiento de un hecho general y susceptible de numerosas aplicaciones, pues es grande el número de las enfermedades que no producen recaídas, siendo por este motivo cada día mayor la esperanza de hallarles un antidoto. Se ha acusado durante mucho tiempo á la ciencia de los microbios de ser inaplicable al arte de curar; y si bien tal acusación es insostenible en la actualidad, nadie podrá negar que augura inmensos beneficios para la humanidad, la ciencia que á la vez que da á conocer la causa de las más terribles enfermedades, trata de prevenirlas eficazmente.

(Continuará.)

EN EL MONTE.

Está exhalando Naturaleza
Su penetrante melancalía,
Vibrar haciendo con su belleza
Todas las cuerdas del alma mía.

¡Santos recuerdos del bien querido,
Flotar os miro doquiera hoy!
¡Cuánto he pensado, cuánto he sentido,
Cuán dulcemente llorando estoy!

ANTONIO ZARAGOZA.

VIAJE DE LA LUZ.

Empieza el sueño á acariciar mis sienes,
Vapor de adormideras en mi estancia;
Los informes recuerdos en la sombra
Cruzan ccmo fantasmas.
Por la angosta rendija de la puerta
Rayo furtivo de la luna avanza,
Ilumina los átomos del aire,
Se detiene en mis armas.
Se cerraron mis ojos, y la mente
Entre los suenos, á lo ignoto se alza;
Meciéndese en los rayos de la luna,
Da formas á la nada,
Y ve surgir las ondulentas costas,
Las eminencias de celeste Atlántida,
Donde viven los Genios y se anida
Del porvenir el águila.
Allí rima la luz y el canto alumbra,
Aire de eternidad alienta el alma,
Y los poetas del futuro templan
Las cristalinas arpas.
Aureolas boreales de los siglos
Allí se encuentran, recogida el ala;
Como una antelia vese el pensamiento
Que gigantesco se alza.
Allí los Prometeos sin cadenas

Y de Jacob la luminosa escala;
Allí la fruta del Edén perdido,
La que el saber entraña.
Y el libro apocalíptico, sin sellos,
Suelta á la luz sus misteriosas páginas
Y el Tabor del espíritu su cima
De entre la niebla saca.
Y allí el Horeb de donde brota puro
El casto amor que con lo eterno acaba:
Allá está lo ideal, allá boguemos......
Dad impulso á la barca.
Despertéme azorado....¿Y ese mundo?
¿Para volar á él, en dónde hay alas?
Interrogué á las sombras del pasado
Y las sombras callaban;
Pero el rayo de luna ya subía
Del viejo estante á las polvosas tablas,
Y lamiendo los lomos de los libros
En sus títulos de oro se miraba.

JOAQUIN GONZÁLEZ CAMARGO.
(Colombiano.)

HUMORADAS.

La vida es un bostezo continuado,
pues al rico y al pobre, á juicio mío,
les hace bostezar, segun su estado,
pobres el hambre y ricos el hastío.

* * *

Su gracia de ángel pasará á la historia,
pues al ver de su risa los fulgores,
la copian encantados los pintores
para hacer las rompientes de la gloria.

R. DE CAMPOAMOR.

HISTORIA DE WELINNA

LEYENDA YUCATECA

POR DON CRESCENCIO CARRILLO Y ANCONA.

(CONTINÚA.)

CAPÍTULO IV.

WELINNA TEME POR LA SUERTE DE YIBÁN, PORQUE ÉSTE ABANDONA Á LOS DIOSES PATRIOS.

Después de algunos meses, y cuando Yibán casi estaba al triunfar del corazón y de la conciencia de su amada inclinándola á que ambos á dos abrazasen el culto católico; helando los corazones de pavor, llega la funesta nueva de que los embajadores de Tutul Xiu en Sotuta habían sido horriblemente asesinados, y que un ejército de cuarenta mil combatientes de todas las provincias desde Izamal hasta los remotos confines de la Península, venían bajo los terribles Cocomes y Kupules á expeler del territorio maya á los audaces conquistadores, y castigar severamente á los naturales que se les habían aliado. En consecuencia, pues, de semejante nueva, los españoles debían prepararse á resistir el temido choque

de tan numerosas y atrevidas huestes, y los súbditos de Tutul Xiu y de los otros señores de las provincias cercanas, que habían dado obediencia á D. Francisco de Montejo, tuvieron que armarse de su aljaba y de su arco para pelear en favor de la conquista española.

Welinna, por esto, entregada al dolor y á la desesperación, entre amorosa y severa reconvenía à Yibán diciéndole:

—Vé ahora, incauto, lo que yo te decía. La indignación de los justos dioses cae sobre nosotros; porque al ver tu resolución de abandonar su culto abrazando el de los extranjeros, nos han abandonado á merced de los malos génios. Yibán! Yibán! tú vás á tomar las armas no ya para luchar en favor de nuestros dioses y de nuestra patria.....!

—Muy equivocada estás, Welinna mía, en lo segundo, dijo Yibán echándose encima su arco y su carcaj lleno de grandes y agudas flechas. Porque los Cocomes y Kupules han hollado la dignidad del rey de Maní asesinando infamemente á sus indefensos embajadores (1). Tócanos, pues, ahora la venganza, y siendo como somos aliados de los blancos, nuestras armas se juntarán con las suyas, y, no lo dudes, el triunfo será nuestro, porque luchamos por la justicia y por la patria.

—Pero ¿quién te protejerá en los campos de batalla si enemigo de los dioses eres ya aborrecido de ellos?

—Los dioses son impotentes, y el Dios de los cristianos, que es el Dios verdadero, me protejerá.

Dicho esto el joven guerrero estrechó tiernamente á su prometida esposa, despidiéndose de ella para marchar al campamento de

---

(1) El asesinato vil cometido por Cocom en los embajadores del rey de Maní, Tutul Xiu, es un suceso tan auténtico y verdadero en la historia, como en sí infame y horroroso. Llegados que fueron los trece embajadores á Sotuta, la corte de los Cocomes, y habiendo manifestado el objeto de su comisión ó los planes de su rey, condújoseles con fingida amistad à un banquete con que se les brindó, en un bosque de seculares zapotes, en que se les dijo comunicar la respuesta correspondiente al objeto de su embajada. Pero llegado el momento, la prometida respuesta consistió en precipitarse sobre ellos infames asesinos, que degollaron en un instante doce; y al último que se llamaba Hkin-Chí, arrancándole los ojos con la punta de una flecha, le enviaron á dar esta respuesta á su rey. Este suceso fué historiado por los cronistas indios de Maní, en una piedra con geroglificos en relieve.

los blancos y pelear por la dignidad de su patria, y en contra de los dioses y de los enemigos del Dios verdadero. Welinna quedóse atravesado su corazón de dolor, ofreciendo sacrificios de desagravio á los dioses; pidiéndoles que perdonasen á Yibán su imprudencia, que le cubriesen bajo su poderosa egida, y que tocándole el corazón y abriéndole los ojos, le hiciesen volver sobre sí.

CAPÍTULO V.

Gran batalla que decide la conquista y en que Yibán cae prisionero.

Eran las altas horas de la noche del diez de junio de 1541 cuando semejando el movimiento de las agitadas aguas del mar, veníase aproximando á T-Hó el numeroso ejército de las provincias unidas de Izamal, Sotuta, Zaqui y otras.

El general español al frente de sus valientes soldados y de muchísimos indios aliados, después de invocar con públicas preces los auxilios del cielo, aprestóse al combate. Las tropas conquistadoras consistían en más de veinte mil indios lanceros, honderos y arqueros; y en trescientos españoles que se dividían en cien caballos y doscientos infantes con arcabuces, escopetas, ballestas, espadas y rodelas.

Cuando el sol naciente lanzó su primer rayo al través de los pliegues de una vistosa faja de nubes en el Oriente, los bravos mayas que habían como por encanto rodeado á los españoles con multitud de atrincheramientos, lanzaron un gran grito, grito general, espantoso y terrible, como grito que era de cuarenta mil guerreros que al són marcial del tunkul (1), del caracol marino,

(1) El *tunkul* es el instrumento màs notable en la música antigua americana, música escasa en dulces armonías, pero en gran manera imponente y marcial, y muy apropósito para el culto de los crueles dioses de la guerra á quienes era siempre consagrada. En Yucatán todos conocemos el tunkul, pues su uso aun se conserva, si bien es cierto que no se sabe manejar con la misma destreza de los antiguos indios. Clavijero en su "Historia antigua de México" dá una explicación de este especie de címbalo, llamado *teponastli* por los mexicanos, y el célebre yucateco D. Bartolomé del Granado Baeza, cura que fué de Yaxcabá, en su interesante informe de 1 ° de abril de 1813, en contestación al interrogatorio de treinta

y de la concha de tortuga tocada con el asta ramosa del ciervo, extremecía hasta los profundos cimientos de la tierra. La presencia de aquellos orgullosos combatientes que habían como brotado de las selvas, era una multitud compacta de hombres que para hacerse más espantosos y feroces, estaban cubiertos con armaduras que representaban jabalíes, tigres y otras fieras; y pintados además sus cuerpos de negro, amarillo y vivísimo encarnado: sus cabezas estaban coronadas con altos penachos de vistosas plumas, y armados de arcos y flechas, de lanzas y escudos, de pedernales cortantes á manera de espadas; de hondas y piedras, y formidables mazas.

Como en un día de tempestad cae el granizo en un campo, así una lluvia de silbadoras flechas lanzadas sobre los españoles vino á avisarles que ya el combate era comenzado: las piedras de las

---

y seis preguntas circulado por el Ministerio de ultramar sobre las costumbres de los indios; hace también del tunkul (címbalo) una descripción ya bien conocida. "Este (tunkul), añade, me parece que es literalmente el instrumento de alas de que hace mención el Profeta Isaías en el Cap. XVIII que empieza *Vae terrae cymbalo alarum:* "Ay de la tierra que hace resonar las alas de los címbalos, que algunos escritores sagrados aplican al descubrimiento y conquista de estas Indias, pero que no han atinado la genuina inteligencia de aquel *cymbalo alarum* por no haber tenido noticia del tunkul ni de su objeto primario," (que era el del culto idolátrico.)

En efecto; nuestro compatriota el Sr. D. Bartolomé del Granado Baeza no carece de fundamento. A los escriturarios les es bien conocido el cúmulo de dificultades y de interpretaciones varias que han dado del capítulo *Vae cymbalo alarum* los expositores sagrados de Isaías. Y ahora digo yo, que si Calmet hubiese conocido el tunkul indio, se habría ocupado más de él en sus trabajos hermenéuticos, que no de los címbalos también de madera de que habla Maillet, y que se usaban en las Montañas que separan al Egipto del Nilo; porque yo discurro que aquellas palabras del Profeta en el capitulo citado, *á gente.... cujus diripuerunt flumina terram ejus* "un pueblo cuya tierra ha sido robada por los rios" á ninguna otra región de la tierra puede convenirle con más propiedad, que á esta porque tanto tiempo quedó oculta del antiguo mundo à causa de las aguas que robaron sus antiguas vías de comunicación. Consúltese la ciencia y véase la "Biblia de Vencé" enriquecida con notas literales, críticas é históricas, prefacios y disertaciones importantes.

En la música antigua yucateca se usaban junto con el tunkul, una especie de cornetas ó pitos formados de caracol marino, unos timbales de madera cilíndrica hueca y cubierta por un extremo con piel de venado, sonajas de varias especies, y la concha de tortuga tocada con astas de ciervo. Veáse nuestra "Historia antigua de Yucatàn."

hondas vinieron en pos, y entonces los europeos arrojaron en detonación tremenda y semejante al fragor del trueno, los fuegos mortales de sus potentes armas. Bien pronto la lucha se encarniza cruzándose el acero con el pedernal, y el arcabuz con la flecha. ¡Qué día de horror y de lástimas! Como el estruendo del ocèano cuando azota furioso sus playas con el desencadenado torbellino que rugiendo sale de la profundidad de sus abismos: ó como dos máquinas de vapor que en su funesto encuentro sobre los carriles se chocan en horrísono crugir y se quebrantan en lamentable destrucción, así el caudillo maya y el conquistador europeo juntan y chocan sus ejércitos; ambos á dos luchando con denuedo y brío, uno por conservar su honor y su expuesta vida, otro por defender su libertad y el culto de sus antiguos dioses. Llega el sol á la mitad de su carrera y asesta á su vez sobre los contendientes los rayos más ardorosos que lanzar acostumbra sobre las regiones tropicales. La sangre en tanto corre por el suelo á torrentes, sobrenadando en ella restos palpitantes de los infortunados guerreros, de entre los cuales unos fenecen bajo el golpe de la pesada maza, que hace rodar por el suelo su despedazado craneo exparciendo aquí y allí ensangrentados sesos; otros que ven encojerse el arco y sienten al extenderse que la enemiga flecha lleva consigo al término de su carrera las últimas ilusiones de su vida, otros en fin, que alcanzan á ver el resplandor del supuesto rayo de los dioses en las manos de los mortales, y su detonación viene á estallar rompiendo el hilo de su existencia.

Un polvo rojizo mezclado con el espeso humo del fuego forma un lúgubre pabellón sobre el abrasado ambiente en que miles de hombres exponen sus vidas arrebatados sus corazones de furor, brotando llamas por los ojos, apretando las armas entre sus convulsas manos, y tropezando á cada paso con tristes montones de cadáveres.

Indecisa habría quedado por aquel día la victoria, si los auxilios de lo alto no hubiesen venido á los guerreros cristianos, cuya caballería para desconcertar las columnas enemigas, arrojóse precipitadamente sobre ellas. Los fogosos caballos de la raza árabe, altivos y ufanos como si comprendiesen que en el Nuevo Mundo había salvajes que los creían mónstruos identificados con sus respectivos ginetes y que eran destinados para su exterminio por los

dioses de los truenos, ora levantan ansiosos la abrasada nariz, ora la bajan para golpear el inflamado pecho con la espumante boca; y sacudiendo con orgullo la crin flotante y poblando el aire con su marcial relincho, corren veloces sobre los mayas, quienes más ilustrados que otros pueblos americanos, no solo distinguen al ginete de la bestia en que cabalga, sino que saben herir de muerte á entrambos con un solo golpe. Pero á tan irresistible empuje, decídese en un instante el triunfo por los españoles. No obstante, los indios hacen prodigios de valor, pues resisten de tal suerte el primer choque de la caballería, que al golpe de sus hachas y lanzas derriban seis caballos en tierra, pérdida enorme para los blancos, si se atiende lo reducido de su ejército. Mas la suerte les es ya claramente adversa, y si bien es cierto que con su multitud reparan luego las faltas de los innumerables heridos y muertos que caen bajo las armas enemigas, no de otro modo que cuando el trigo cae bajo la hoz cortante del infatigable segador; la superioridad de las armas europeas, de aquellos arcabuces y escopetas que vomitan fuegos mortales, les desalienta, les confunde y los pone en precipitada fuga por todas direcciones, mientras que los conquistadores victoriosos corren en su persecución hasta que desaparecen en la espesura de las dilatadas florestas del bosque. Con esta grande y célebre batalla quedó para siempre decidida la conquista de Yucatán por los españoles.

Era ya la hora avanzada del crepúsculo vespertino, pues ya las sombras de la noche venían con su presencia á dar un carácter más sombrío y más lúgubre á los espectros sangrientos de aquel campo de batalla, cuando hácia el extremo de un camino, separados de los demás, se veían como dos fantasmas á dos hombres mayas, luchar personalmente: ya se aparta el uno del otro, ya se envisten y acometen con ardimiento y rabia, ya se entrelazan, se bajan y vuelven á levantar y á separarse; ya, en fin, se acometen de nuevo y se aferran con más fuerza, bien así como dos serpientes que cuando luchan se retuerce la una en la otra, ó como la yedra se estrecha y adhiere en torno del duro y nudoso tronco á cuyo pié ha nacido. De estos dos hombres uno pertenecía á los aliados de los blancos y el otro era de las columnas independientes del Oriente. El primero era un joven de gallarda presencia, de ojos grandes y vivos, que en aquellos momentos centelleban como

los del león en la campiña; y el otro un hombre feroz y adusto, alto y de hercúleas fuerzas. El indio aliado era Yibán, el amante de Welinna, cuyo arrojo al tiempo mismo que la caballería española caía sobre sus enemigos, le había conducido á aquella lid peligrosa en un lugar expuesto y casi rodeado de solo contrarios; de modo que él personalmente estaba en peligro de sucumbir, al mismo tiempo que triunfando estaba la causa por la que tan inconsideradamente exponía su vida en aquellos raptos de marcial encono.

Así fué.

Porque cuando perdidos los indios orientales echaron á correr por los bosques, Yibán fué arrebatado y conducido prisionero por aquellos mismos que derrotados corrian. Ni podía ser esto extraño, puesto que el audaz Yibán se había puesto á luchar precisamente con un guerrero atlético perteneciente á la sección del ejército de Cocom, cuyo deber exclusivo en la guerra era hacer prisioneros para los sacrificios que acostumbraban ofrecer á sus dioses después de cada acción, y amerced de cuyos servicios no era raro que aun perdiendo se retirasen con algún número de prisioneros. Verdad es que Yibán había conocido con quien se las tenía, y que había confiado en su valor y en la destreza de su brazo en el manejo del pedernal cortante, no menos que en el conocido triunfo de los de su parte; pero olvidó que en la confusión de la fuga misma, la sección toda de aprisionadores le caería infamemente encima, le echaría al cuello y á los piés el funesto lazo, y debería correr al paso precipitado de sus contrarios, ó dejarse arrastrar suicidándose. Yibán al conocer su temeraria imprudencia cuando el mal no tenía remedio, resignóse tan paciente y sufrido entre sus cadenas como audaz y valiente había sido en la lucha.

Solo le afligía profundamente al corazón el pensar que iba á morir sacrificado ante las aras de un falso dios, y ántes de haber recibido el bautismo del Dios verdadero, en cuyo nombre y ante cuyos altares debía de tomar por esposa á la tierna Welinna.

A estos tristes y desgarradores pensamientos Yibán sentía partírsele el corazón de dolor, aumentándose más y más su honda pena al considerar que su Welinna, acaso moriría de aflicción en sabiendo la noticia de que el ejército de los blancos y de los aliados había regresado sin él del campo de batalla.

De la misma suerte que Yibán, cayeron prisioneros algunos españoles é indios hasta el número de diez, todos destinados para ser víctimas ante Kukulcán, el implacable dios de la guerra.

(*Continuará*).

CUANDO DUERMO.

(TRAD. DE V. HUGO.)

Como Laura á Petrarca aparecía
Ven á mi lecho cuando duermo ya,
Que á mí llegue, al pasar, tu hálito ardiente,
Mi boca derrepente
Se entreabrirá!

Sobre mi triste frente, donde acaba
La negra pesadilla que se va,
Tu mirada cual astro se levante:
Mi sueño en el instante
Irradiará!

Relámpago de amor vaga en mis labios.
Llama que el mismo Dios bendijo ya.
De ángel hazte mujer, y dame un beso,
Mi alma al punto con eso
Despertará!

ANTONIO ZARAGOZA.

SU SILENCIO.

TRADUCCION DE T. LLORENTE.

Su silencio fué la treta
do cayó mi alma indiscreta.
Al principio el corazón
sólo sentía una inquieta
y agridulce desazón.

Juntos al campo en carruaje
íbamos todos los días:
yo le hablaba, y el follaje
contestaba á mi lenguaje
con suspiros y armonías.

Ella con plácido anhelo
clavaba en mí sus pupilas,
donde sin mancha ni velo
pintábanse las tranquilas
profundidades del cielo.

Y en el fondo reclinada
del coche, iba satisfecha,
sin decirme nunca nada.
De pronto sentí una flecha
en el alma atravesada.

Ese que llaman Amor,
es un *no sé qué* traidor:
y una mujer que hábil calla,
es el antro donde se halla
emboscado el flechador.

VICTOR HUGO.

LA TUMBA Y LA ROSA.

(DE V. HUGO.)

La tumba dice á la rosa:
—"¿Del llanto con que á las flores
El alba riega amorosa,
Qué haces flor de los amores?"
La rosa dice á la tumba:
—"¿Qué haces, asilo del muerto,
Con eso que se derrama
En tu abismo siempre abierto?"
La rosa dice:—¡oh, sombría
Tumba, con el llanto aquel
Hago yo en la noche umbría
Perfume de ámbar y miel!
Y la tumba dice:—oh, rosa
Que te quejas en tu duelo,
De cada alma que en mí posa
Hago un ángel para el cielo!

ANTONIO ZARAGOZA.

CARMEN SYLVA

(LA REINA ISABEL DE RUMANIA.)

POR DON

JUAN FASTENRATH. (1)

En nuestra época más que en otra cualquiera, la poesía, esa adorable hija del cielo que ha besado tantas veces la frente de Víctor Hugo, que ha inspirado en la patria de Alfonso X, el rey poeta, á Zorrilla, Campoamor y Nuñez de Arce, y en Alemanía á Geibel y Freiligrath, la poesía, decimos, gusta á las veces de albergarse en el palacio de los reyes.

Oscar II de Suecia, digno sucesor de su hermano Carlos XV, artista y poeta eminente, escribe versos notables por más de un título, habiendo trasladado admirablemente á su lengua la imitación que de los romances del Cid hizo Herder en presencia de una traducción francesa. El rey Luis I de Portugal ha hecho hablar á los personajes de Shakspeare—el escéptico y soñador príncipe dinamarqués y el Moro de Venecia—en la lengua de Camoens; al paso que en el Alcázar de Madrid resuena la armoniosa lira de la esposa de Luis Fernando de Baviera, Doña Paz de Borbón, que habla el lenguaje de un corazón sencillo y puro en sus poesías á la Vírgen de la Almudena, á su prima Mercedes, á la

(1) Del libro "Figures de L' Alemnagne contemporaine."—Paris, 1886.

reina Isabel su madre y á su hermano, el difunto rey Alfonso XII. Vivirá para siempre en el palacio de Dresde el recuerdo de los estudios dantescos del rey Juan de Sajonia, que tenía como compañeros de viaje los poemas de Homero.—El príncipe Jorge de Prusia ha probado con su *Fedra* que el talento literario no se extingue todavia en los descendientes de Federico el Grande; y en el castillo de Miramar, verdadero paraíso terrestre semejante al generalife de los reyes poetas de Granada, se oirán siempre los románticos cantos del infeliz y caballeresco príncipe Maximiliano.—Citemos por último al príncipe Nicolás de Montenegro, autor de dramas nacionales de gran mérito.

Mas el verdadero fenómeno en nuestros días, la reina de ese Parnaso de príncipes, la que ha repetido todos los cantos que resuenan en los bosques, y que está destinada á entonar tantos todavía, es la esforzada renana que ama al blondo Rhin germánico hasta en su furor, la mujer que admira al bosque como su amigo y maestro, cantando inspirada las frondosas florestas de Monrepos y Sinaïa, la reina *Isabel de Rumanía*, cuyos más caros dominios son las selvas, esa verde iglesia del Creador; por la cual usa como poetisa el nombre de Carmen Sylva, es decir, *cantora de la selva.*

Busca sin cesar en este bajo mundo, que ha corrompido la malicia humana, un hombre que merezca el dictado de tal; canta la tempestad, que hallando estrecho el universo, perezoso el sol, lánguida la luna, manso el aire y calmado el mar, quiere tronar, agitarse, encolerizarse y reir. ¡Que espiritu tan fogoso, que fuerza tan inagotable reside en ese torrente de montaña! Qué talento tan enérgico el de esa reina de altivos pensamientos, que posee al mismo tiempo ternura tan exquisita! Sus súbditos que la adoran, la apellidan *mama ranitilor* (madre de los heridos), como su hermano el príncipe de Wied merecería llamarse "el padre de los inundados." Es en aquel castillo, lleno de luz, perfumes y armonías, en donde siente circular por sus venas el sagrado fuego de Apolo la hermosa reina de negra cabellera y azules ojos.

Meine Ruh (Mi descanso) es el nombre de la colección de poesías que acaba de publicar, y que la coloca en el número de nuestros mayores poetas líricos. Derrama en ella tesoros preciosos, y podría sin exageración comparársele al artífice que sabe utilizar la llama,

doblar el hierro, y señalar al ardiente líquido camino seguro, Mas ella afirma con la modestia peculiar al genio: "Nunca se elevará el vuelo de tu ingenio; lo más íntimo de tù ser es apenas bastante para tus hermanos."

Quisiera Isabel ser reina en el país de los sueños, ceñir corona de flores, tener en su diadema gotas de rocío por todo adorno, gastando ligerísimo manto de hojas de lirio, tener á Apolo por mariscal, á las musas por damas de honor y á las nubes por carro; mas no pudiendo realizar tal deseo, áspira ser á lo menos el arroyuelo que corre bajo musgosa roca.

La desgracia mayor de su vida, es que no logrará oír pronunciar á su hijo el nombre más bello, dulce y honroso que pueda salir de humanos labios: el nombre de madre.

Es menester haber oído la lluvia de perlas que se desprende de sus cantos al hablar del sagrado enigma, el hijo adorado, relatando escenas de indecible encanto. Habla de un niño hermoso é inocente, que perdona á su madre que lo ha castigado, y que al ver el esplendor de las estrellas exclama: "Permíteme montar á caballo sobre los astros, son tan bonitos!

Pobre madre! es á esos astros á donde voló tu hijo..........

La cancioncilla intitulada *La abuela*, semeja una *dolora* de Campoamor. Dice el chico á la anciana: "Déjame montar á caballo;" mas una vez que ha crecido le dice: "Permíteme que te conduzca."

Aunque nacida en las gradas del trono, la reina poetisa halla siempre acentos inspirados, palabras palpitantes de verdad para cantar los goces y las penas de los obreros. Dicho se está que ha tejido también brillante corona á su esposo, el heroico y glorioso Hohenzollern que gusta del estallido de las bombas como de la música más agradable, y que debe ser tanto más sensible á la dulce melodía de los versos de la reina, cuanto que los yambos de cuatro piés que usa para escribir sus sonetos, en lugar de los de cinco que se estilan comúnmente, comunican á sus composiciones un sabor enteramente lírico.

Algunas de dichas canciones, poseen para el que esto escribe un atractivo especial, pues ha tenido el honor de oírlas de los labios de su ilustre autora en el pabellón de caza de Sinaïa.

Tienen los poetas españoles la costumbre de recitar sus versos

en el Ateneo de Madrid; más de una vez han deleitado al público allí reunido, Campoamor, Núñez de Arce y Manuel del Palacio, del mismo modo que los jóvenes poetas Emilio Ferrari (autor de los poemas *Pedro Abelardo* y *Dos cetros y dos almas)* y Carlos Fernández Shaw, (á quien se debe el poema *El defensor de Gerona)* que han seguido el ejemplo de sus maestros. Mas es un espectáculo raro y de belleza incomparable el de una reina vestida de campesina rumana, que de sobre mesa lee á los huéspedes sus melodiosos versos, con dulcísima voz y arte incomparable. Se celebraba el aniversario de la toma de Grivitza; se había servido al aire libre expléndido banquete en la colina cercana al monasterio de Sinaïa, los soldados rodeaban á la reina, y el gran poeta Basilio Alecsandri había bailado en presencia de la corte y las tropas la famosa danza nacional *La Hora,* en que tomó parte el cuerpo diplomático; más el entusiasmo que flotaba en el aire, llegó á su colmo cuando la reina declamó algunos de sus versos.

Ha cantado en prosa alemana en sus preciosos *Pelesch märchen* (Cuentos del Pelesch), (1) al Pelesch, arroyuelo de agua trasparente cuyo murmullo se escucha hasta el "Castel Pelesch", hermoso castillo edificado entre agrestes rocas, nido de águila y de poeta rodeado de verdes abetos, que el rey ha mandado construir recientemente para su esposa. ¡Cuántas veces la hemos visto dirigiendo sus pasos al monasterio de Sinaïa, su residencia de estío, y penetrar en el bosquecillo para comprender sus misterios!

En los *Cuentos de los Carpatos,* impregnados de un perfume especial, nos habla la reina poetisa de Puiu la de los ojos negros, la más joven entre las hijas de la tierra, que recibió de su madre por únicos bienes un jardincillo rodeado de montañas, con frescas corrientes de agua, verdes campos y hermosas viñas. ¿Quién no reconoce en esta niña el símbolo de la Rumanía, cuyos negros ojos reflejan un inmenso porvenir?—En esta colección nos da á conocer la reina toda la poesía del bosque de los Carpatos, y las melancólicas leyendas de rocas, lagos y cascadas.

La colección de cuentos publicada en 1882 con el título de *Leidens Erdengang* (La marcha del Sufrimiento sobre la tierra),

---

(1) Se ha hecho una excelente traducción francesa de estos cuentos por M. M. L. y F. Pailles.

ha sido comparada por el eminente crítico Rudolph de Gottschal, á la *Divina Comedia* pues todo en ella es alegórico con esa alegoría plástica, llena de ingenuidad y graciosa por extremo.—Es en una de las más conmovedoras páginas de esta colección, donde refiere la reina su propia vida.

Las artes fueron su refugio único, cuando la muerte le arrebató al hermoso niño que al besar los rayos del sol parecía una emanación de este astro. Entonces fué que comenzó á escribir, mas sin echar de ver que cultivaba un arte, haciendo un amigo del cuento rumano, que atavió á la vez con las galas orientales.

Es maravillosa su actividad, pues la aurora la sorprende en trato íntimo con las musas. En el invierno se levanta pausadamente para no despertar á su esposo, enciende una lamparilla, y escribe hasta sale que la luz, pues con el día empiezan sus deberes de reina.

Debido al recuerdo de su hijo, que gustaba extremadamente de las canciones rumanas, escritas en una lengua tan musical, ha traducido algunas poesías escritas en el idioma de su patria de adopción á cuyo genio nacional ha rendido pleito homenaje traduciendo los versos de Alecsandri, Eminescu, Scherbanescu, Negruzzi y Bolinteneanu. Usa á menudo el pintoresco vestido de las campesinas rumanas, costumbre en que la siguen sus damas de honor, y ha mandado fundar en Sinaïa una escuela en que las niñas aprendan á confeccionar según los modelos bizantinos esos característicos trajes.

Entre las amigas de la reina se cuenta Madame Mite Kremnitz, berlinesa convertida en rumana merced á su matrimonio con el doctor Kremnitz, y poetisa de gran mérito que suele escribir bajo el pseudónino de Georges Allan. El salón de esta distinguida dama en Bucharest, puede considerarse como el verdadero círculo literario de Rumanía, debiéndose á ella (1881) la publicación de las hermosas páginas en que Carmen Sylva envía su amoroso saludo á las orillas del Rhin y á los bosques de su patria. A partir de esa época, la reina no ha cesado de escribir dedicándose de preferencia á las canciones populares.

Publicó en 1881 con el título de *Stürme* (Tempestades) cuatro hermosos poemas entre los cuales merece especial mención *Sappho* por su hermoso movimiento rítmico y por estar escrito en exá-

metros cortados. Nos pinta en él á sus damas de honor bajo los interesantes rasgos de los compañeros de la cantora de Lesbos, y metamorfosea la fábula presentándonos á la poetisa que se arroja al mar á causa de que la sombra de su hija, que había muerto de amor por su amante Memnón, la separa de él eternamente.

En 1872 apareció el grandioso poema *Jeovah*, escrito en versículos bíblicos y yambos de cinco piés. La crítica ha censurado en esta obra, con entera justicia en nuestro sentir, el poco desarrollo de la parte filosófica, en que se debería reconocer á Dios como causa y fin de todas las cosas.

Una estatua de Cauer le ha inspirado uno de sus más graciosos y románticos cuentos, *Ein Hexe* (una hechicera).

Ha publicado además la preciosa narración *Ein Gebet* (una oración) y varias novelas intituladas *Handzeichnungen* (croquis) en que se hallan finas sátiras, cortas y terribles historias y encantadoras relaciones; pero su obra más original es la colección de poesías intitulada *Monrepos*, que contiene una composición para cada día del año.

En la poesía *La Estrella*, domina un pensamiento fantástico y profundo á la vez. Una estrella que solo había sido gota de rocío, duda del poder del Eterno al ver que un astro brillante se consume y cae diseminado en el espacio.

El amor á la naturaleza que caracteriza de una manera tan decidida á la reina, lo heredó sin duda de su tío abuelo el príncipe Maximiliano de Wied, viajero y naturalista entusiasta; su afección á la poesía de su bisabuela la princesa Luisa de Wied, poetisa distinguida. El príncipe Herman, su padre, escribe libros de filosofía.

Conoce Carmen Sylva las lenguas antiguas y modernas, escribió para la sociedad de Bucharest una comedia titulada *Revenants et Revenus*, y ha hecho versos en inglés como Felix Dahn.

La autora de tantas cosas admirables merece una peregrinación á Sinaïa. Un escritor francés, M. Louis Ulbach, la llevó cabo en 1881, publicando en París en 1882 los *Pensamientos de una reina*, aforismos dignos de un pensador profundo, escritos en francés por Isabel. He aquí uno que demostrará cuan atractiva y simpática es la autora: "Hay una especie de fraternidad que se forma á primera vista entre aquellos á quienes hiere la fatalidad: cuando ha-

beis llevado luto largo tiempo, os sentís atraidas hacia el primer traje negro que os encontrais al paso."

M. Ulbach añadió á su prefacio la biografía de Carmen Sylva, y nuestro amigo Don Francisco María Tubino, que tuvo la dicha de restituir á España los restos del Cid, depositados en el castillo de Sigmaringen, le consagró un artículo en la *Ilustración española y americana*; pero su biografía más completa se debe á la elegante pluma de Madame Mite Kremnitz. Solo nos limitamos á dar de ella estas ligeras noticias:

"La graciosa hija del bosque y el Rhin, á quien sus amigas llamaron la flor de las selvas, nació en Neuwied el 29 de diciembre de 1843.

"Ha conocido las sombras como los grandes genios: Dante y Petrorca, Cervantes y Espronceda, Alfieri y Byron. Vió la larga agonía de su hermano Othón, cuya biografía escribió más tarde, empapando la pluma en sangre del corazón; se casó en 1869 con el príncipe Carlos de Rumanía, que compara al ópalo que le había dado; y vió morir á su hijo en 1874, á la edad de cuatro años. Está enterrado á la espalda del parque Cotraceni, residencia de su madre durante el estío.

No ha desdeñado la reina Isabel de Rumanía dedicarse á las tareas de campesina é hilandera; pero para gloria de Alemania y Rumanía, es ante todo poetisa original y expontanea, inspirada por Dios mismo.

Versión española de

VICTORIANO SALADO ALVAREZ.

NOCHE EN EL MAR.

TRADUCCION DE VICTOR HUGO.

A MARIANO CORONADO

Junto al que pesca, en el mar,
Los dos, el día al morir
Dejamos, al navegar,
Al hombre débil cantar,
La ola potente gemir.

Cuando la vela abrigada
Un asiento nos ofrece,
Cuando, en la sombra velada,
A los astros tu mirada
Sus rayos rcbar parece;

Y á leer nuestra alma aspira
Lo que escribe la natura;
Dime, ¡oh tú, á quien mi alma admira!
¿Por qué mi pecho suspira,
Y rié tu frente pura?

Dí, ¿por qué á cada ola siento
Toda mi alma el pensamiento,
Cual copa de hiel llenar?
Es que yo contemplo el mar,
Mientras que tú el firmamento.

Yo veo la ola sombría,
Tú, astros encantadores,
Y, perdida en su cuantía,
Sombras cuenta el alma mía
Cuando la tuya fulgores.

Cada uno, es la ley suprema,
Sin cesar hasta el fin rema;
Y no hay ningún sér humano,
¡Oh, eterno fatal problema!
Que no siembre ó labre en vano.

Al mar el hombre se lanza;
Le azota huracán bravío;
Rema en la sombra, y avanza;
Y á la onda va la esperanza
Por las grietas del navío.

Su vela que horada el viento
Se rasga à cada momento;
Juega con su ruta el mar,
Y vé obstáculos sin cuento
Ante su proa brotar.

¡Ay! ¡todo está trabajando
Bajo tus ojos, Jehová!
Sin cesar se está mirando
Doquiera una ola temblando,
Doquiera un hombre que vá.

¿Do vas? A la noche oscura.
¿Tú? Voy al gran resplandor.

¿Tú? Creer mi alma procura
¿Tú? Voy á la gloria pura.
¿Y tú? Yo voy al amor.

¡Y todos vais á la tumba!
Vais á lo desconocido,
Dó águila y paloma han ido,
A dó todo se derrumba
Y de dó nada ha venido.

Vais á dó tambien irá
El que mas ruido hace acá,
Dó vá la flor que abril dora,
Vais á donde vá la aurora,
Vais á dó la noche va.

¿Para qué tantas espinas,
Tantos cuidados sombríos?
Bebed aguas cristalinas,
Coged fruto á las encinas,
Amad, y después dormios.

Y cuando se ha trabajado
Cual la abeja, sin cesar,
Y prodigios se han soñado;
Cuando tras mucho velar
Muchos días se han juntado;

En vuestra más bella rosa,
En el lirio más querido,
¿No sabeis lo que se posa?
Para los hombres la fosa
Y, para todo, el olvido.

Dios, el fruto á que se aspira
Cogido á penas retira;
Dice al navio:—"¡perece!"

Dice á la flor:—"¡palidece."
Y dice á la llama:—"¡espira!"

Dice al guerrero que exalta:
"Mi última palabra falta;
¡Sube, sube, rey del mundo!
El descenso más profundo
Es de la cumbre más alta."

"¡Pronto!"—deslumbra á tu amante,
—El ha dicho á la viviente—
Sé, antes de morir, radiante;
Sé chispa por un instante
Y ceniza eternamente.

Ese orden que ves con ceño
Te envuelve y traga, en tu empeño;
¡Mortal, quejate, si lo osas,
Al Dios que hizo estas dos cosas:
Cielo grande, hombre pequeño!

Lucha al recorrer su vía,
Ya niegue ó dude, el mundano,
Y la eternal armonía
Pesa como una ironía
Sobre este tumulto humano.

Pasa el falso bien ansiado
Cual noche de mayo leda;
Todo á la sombra es llevado;
¿De la vida, que nos queda
Excepto el haber amado?

Así, me inclino doliente,
Mientras tu elevas la frente,
Así, sobre el agua inqueta,
Yo escucho, triste poeta,
Lo que me dice ola hirviente.

Para que se me responda
Trémulo mi labio habló,
Y en el mar do va mi sonda
El fango se mezcla á la onda....
¡Oh! no hagas tú lo que yo,

Que hacia la mar enturbiada
Bajo la inquieta pupila;
Mas tú, bella alma velada,
A la esperanza estrellada
La vista eleva tranquila.

Haces bien. Mira lucir
Cielos y astros fulgurar;
Tu instinto allá te hace ir.
¡Tú ves á Dios sonreir
Yo veo al hombre llorar!

ANTONIO ZARAGOZA.

EL PAJARO CIEGO.

(DOLORA.)

I.

Porque dicen que un pájaro en cegando
canta más y mejor,
los ojos le vació, como jugando,
Casilda á un ruiseñor.

II.

Y después ¿cantó más y con más fuego,
el ruiseñor? ¡Ah, sí!
Se siente más cuando se está más ciego.
¡Esto lo sé por mí!

CAMPOAMOR.

LA HERMANA DE MISS DARRELL.

(CONTINÚA.)

Afortunadamente para mí, el heredero del conde Trafford debía venir también al baile, siendo el conde la persona para quien en realidad, había sido dispuesta esta fiesta. Lord Delorme—el heredero—había cortejado á varias jóvenes en Londres durante la estación; pero hasta aquí había escapado sano y salvo, pues no parecía ser muy deseado ni por las mamás ni por las hijas, de suerte que su señoría no había caído en ninguna trampa matrimonial. Esto puede haber dependido, ó de defectos personales conocidos, ó de su bolsillo vacío; el caso es que nadie le apetecía para hijo político, que llegó á Ardleigh Abbey libre de todo compromiso, y que más de una vez se clavaron con marcada complacencia sus ojos de un color azul pálido, en el rostro hechicero de mi hermana.

Y en verdad que le convenía sonreirle porque ¿no era ella bastante rica y bastante hermosa? Nada hubiera sido más natural que el que, reuniendo ella tan grandes ventajas, recibiera en cambio una corona condal. Convertir á su hija en la futura condesa Trafford, era deslumbrador para mi padre y delicioso para mi madre; así es que Lord Delorme era un huesped especialmente considerado y atendido en Kingsden. Pero la declaración no había sido hecha todavía; faltaba aún que fuesen pronunciadas algunas palabras, á fin de que las cosas quedaran arregladas satisfactoriamente, siendo la idea general, que esto se aclararía, y Francisca

daría su respuesta final, en el célebre diez y siete. Confiaba yo en que esto aconteciese, y que al fin Guy Raymond llegase á comprender que mi hermana no estaba á su alcance. Ah! en este caso, yo le recibiría con el corazón lleno de amor, si él llegara á amarme, aun cuando primero hubiese querido á Francisca.

Brillante á la verdad, era el espectáculo que presentaba el salón del baile, cuando penetré en él. Sentada junto á mi tía Dorotea, que se había puesto un traje extremadamente sencillo, estaba mamá, sonriendo y con el color algo encendido, recibiendo á los huéspedes; y á corta distancia de ella, hallábase Francisca, radiante de hermosura, escuchando á Guy Raymond, el cual, evidentemente, le pedía con humildad una pieza para bailarla en su compañía.

Como la pobre mariposa que se empeña en revolotear lo más cerca que le es posible de la destrucción, así yo me acerqué á aquella pareja, lo bastante para oir con el corazón oprimido, que él le decía de un modo que me pareció muy ardiente:

—¿Solamente una, Miss Darrell? ·Nada más?

—Tal vez le daré á vd. otra más tarde, contestó Francisca riendo. Baile vd. con alguna otra persona, con Emma por ejemplo.

Sentí al oír esto, que el rubor subía á mi rostro; pero Guy Raymond no lo notó. Escribió simplemente el nombre de mi hermana en su etiqueta, y se retiró.

Ciertamente, debía pedirme alguna pieza para bailar conmigo; así lo exigía hasta la simple urbanidad. Pero no lo hizo, sino que se alejó, después de haber dicho algunas palabras sin importancia y, con excepción de Francisca. no honró á ninguna otra persona eligiéndola para compañera de baile. Algunas otras veces todavía, llegué á encontrarme cerca de él. Cuando dejaba de bailar algo me decía que él se hallaba próximo; cuando estaba sentada en el corredor riendo y hablando con mi compañero de baile, sabía muy bien que él estaba en la puerta de la sala; y una ó dos veces se me figuró que fijaba en mí sus ojos. Mr. Raymond no podía figurarse que me preocupaba tanto por él, porque me había formado la firme determinación de no dárselo á conocer. Así es que redoblé mis esfuerzos para parecer feliz é ignorante de su presencia, en tanto que mi corazón se sentía enfermo dentro de mi pecho, anhelando oír de sus labios una sola palabra, una sola!

Grato me fué, por fin, dejar el explendor del baile, aun antes de que se hubiesen retirado los convidados, porque aquella noche había sido muy infeliz para mí. Mi hermoso traje blanco yacía á mi lado, y me sentía contenta de poder reposar mi cabeza en la almohada. Los brillantes rayos del sol de una hermosa mañana de Abril resplandecía en toda su fuerza, y yo aun dormía.

¿Se había ya comprometido Francisca? Esta fué mi primera idea al despertar. ¿Habría hablado Lord Delorme, conforme se esperaba? ¿Habría mi hermana, conociendo la superioridad de Guy Raymond, resuelto convertirse en la señora de la Ermita, y renunciar á la corona de condesa?

No; no era persona que viera tan poco por sus intereses, según me lo dijo ella misma, y añadió que Mr. Raymond le había hecho mil manifestaciones de amor; pero que nada serio le había dicho en definitiva.

—Está muy enamorado, concluyó Francisca, pero Lord Delorme será mi marido.

Sentí que el corazón se me partía al oirla; pero mediante un esfuerzo, conseguí dominarme y murmurar algunas palabras de felicitación. Me dijo que estaba realmente comprometida, lo cual me fué grato saber, aunque sus palabras sobre el amor de Guy Raymond, me hubiesen sumido en el más hondo desconsuelo.

—No tengas un noviazgo dilatado, le dijo mi tía Dorotea, cuando le fué comunicada la noticia. Es cosa peligrosa.

—¿Lo sabe vd. por experiencia propia? preguntó Francisca con burla.

—Por experiencia propia y agena, contestó gravemente mi tía

Pero no parecía que le corría prisa para casarse á Lord Delorme. Apresuróse con gusto á complacer á Francisca, la cual no quería que el matrimonio se verificase antes del Otoño. Entretanto, había muchos requisitos legales que llenar, porque Francisca no era una novia pobre, sino la hija mayor de un renombrado millonario. Sin duda alguna, su fortuna iba á caer como una bendición en las cajas vacías de los nobles Trafford. Y no obstante, el amor de mi hermana y su prometido parecía muy débil, por mi parte, dudaba mucho de que se quisieran, pues notaba que se veían con sumo despego.

No me llamaba la atención la indiferencia de Francisca, porque á medida que conocía más á fondo á Lord Delorme, me agradaba menos. Era ligero, egoista, superficial y á las veces daba á conocer un carácter muy poco amable.

(*Continuará*).

RESURRECTIO.

SONETO.

¡Aun lates corazón! Aun cuando el rayo
de sus azules ojos te conmueve,
aparece el volcán sobre la nieve,
y Etna se torna lo que fué Moncayo.

Como azucena del florido mayo
que entre las ruinas á brotar se atreve
tu amor así, cual mi esperanza breve,
brotó de la vejez en el desmayo.

Vivo fulgor de un astro moribundo,
yo me baño en su luz con el anhelo
del que renace al existir fecundo,

¡Y logra la ventura y el consuelo
de ver desde el umbral de lo profundo
entreabrirse los pórticos del Cielo!

MANUEL DEL PALACIO.

¡SOÑAR!

Dame la mano! soñemos!
Pidamos á la ilusión
Sus alas de oro: volemos,
Esos espacios crucemos
En busca de otra región.

Qué! ¿en ese mundo pequeño
Do nunca hay dicha ni calma
Sientes colmado tu empeño?
Yo con otro mundo sueño
Que llevo dentro del alma.

Yo las puertas entreveo
De un hermoso paraíso,
Y en celestial devaneo,
El umbral de un mundo piso
Tan grande cual mi deseo.

Cuando me brindas amores
En tus caricias divinas,
Me olvido de mis dolores,
Como si fuese de flores
Este universo de espinas.

Mas para secar mi llanto
He menester el encanto
Que me brinda tu ternura,

¡Fuera inmensa mi amargura
Si no me quisieras tanto!

Cuando te tengo á mi lado
Y de dicha extasiado
Bebo el ámbar de tu aliento,
Cesa mi duelo, anegado
En piélagos de contento.

Cuando de dicha embebido
Oigo el rumor de tu risa,
Me parece que á mi oído
Llega el acorde sonido
De blanda, célica brisa.

Hallo en tus ojos amantes
La luz deslumbrante y pura
De otros astros rutilantes,
Más bellos y más brillantes
Que los que ostenta la altura.

A tu redor me parece
Que flota un delirio inmenso,
Mi corazón se estremece,
Mi cerebro se enardece
Y cosas inmensas pienso.

A la influencia querida
De tu llama cariñosa,
Se abre la flor de mi vida
Perfumada y encendida
Como á la aurora la rosa.

Dame la lira sonora!
Piden cantos inmortales,
Tu mirada seductora,
Tu sonrisa encantadora
Y tus gracias virginales!

¡Quién pudiera al dulce son
Infundirle la emoción
Que opreso mi pecho siente,
Comunicando al ambiente
Cantos de mi corazón!

Dime, el amor con su pura
Llama de inmensa ternura,
En este desierto suelo
Donde solo impera el duelo
¿No es un sueño por ventura?

Ah! en el amor no se halla
Todo el placer que se siente:
Inflama el amor la mente,
Y el hombre, rota la valla
Del mundo, el cielo presiente.

¡Amar es lanzar inquieta
Al cielo la fantasía
Buscando luz y armonía,
Es convertirse en poeta,
Y es sueño la poesía!

Para calmar mis martirios
Y engrandecer mis empeños,
Déjame beber risueños,
En tus sonrisas, delirios
Y en tus miradas, ensueños.

Quiero eternamente amar,
Tengo miedo despertar
De la vida á los enojos:
¡Feliz el que aun entre abrojos
Nunca cesa de soñar!

Quiero tener circuida
De sueños siempre ¡oh querida!
Cual de un nimbo, mi cabeza,

Porque es en verdad la vida
Un abismo de tristeza.

Vivir quiero al dulce abrigo
Del éxtasis que contigo
Aspira mi pecho tierno,
Mientras que en la tumba sigo
Soñando con sueño eterno.

José López-Portillo y Rojas.

HUMORADAS.

Como te amaba tanto,
el curso se torció de mi destino;
pues iba para santo,
y después que te ví, perdí el camino.

***

Anque huir de ella intento,
no sé lo que me pasa,
porque yo voy dende me lleva el viento,
y el viento siempre sopla hacia su casa.

***

Agita tu abanico muy aprisa
y verás cómo el céfiro ligero
te cuenta muchas veces, María Luisa,
lo mucho, pero mucho, que te quiero.

R. de Campoamor.

TESORO.

Ah! cuán triste es la estéril llanura
Por el cierzo invernal azotada,
En que libran inmensa pelea
Del invierno las húmedas ráfagas.

No ha sentido jamás esa tierra
Palpitar sus abruptas entrañas,
Cuando brotan los germenes nuevos
Demandando imperiosos su savia.

No tiene ella los bosques frondosos
En que alegres las pájaros cantan,
Y en que huyen del Fauno lascivo
Presurosas las tímidas Driadas.

No mumuran cantando en su curso
Rumorosas las límpidas aguas,
Ni la alegran las próvidas mieses,
Ni la pueblan las blancas cabañas.

Mas del árido valle en el seno
Escondidas en grutas lejanas,
Hay ocultas inmensas riquezas
Que avarientos los gnomos resguardan.

Ahí esparce su lumbre el topacio,
Sus reflejos la verde esmeralda,
Sus destellos el limpio diamante,
Su fulgor azulado la plata;

Mas esperan la mano que venga
De su seno á la tierra á arrancarlas.

¡Tal es mi alma!: desierto espantoso
En que riñen tremenda batalla
De la noche las sombras terribles
Con la luz apacible del alba;
Mas oculta en su fondo riquezas
Cual aquellas que gnomos resguardan,
Esperando la mano que venga
A su seno ignorado á buscarlas.

Guadalajara.

VICTORIANO SALADO ALVAREZ.

BALADA.

(TRADUCIDA POR A. GARCIA GUTIERREZ.)

Ya brilla la aurora fantástica, incierta,
velada en su manto de rico tisú;
¿Por qué, niña hermosa, no se abre tu puerta?
¿Por qué cuando el alba las flores despierta
durmiendo estas tú?

Llamando á tu puerta, diciendo está el día:
—Yo soy la esperanza que ahuyenta el dolor;—
El ave te dice:—Yo soy la armonía.—
Y yo, suspirando, te digo:—¡Alma mía,
yo soy el amor!

VICTOR HUGO.

HISTORIA DE WELINNA

LEYENDA YUCATECA

POR DON CRESCENCIO CARRILLO Y ANCONA.

CONTINÚA.

CAPÍTULO VI.

En que se ve el dolor y desesperación de Welinna por la pérdida de Yibán.

Llenos de extraordinaria alegría los españoles celebraban el triunfo decisivo de la conquista (1), no teniendo que deplorar más que la suerte de los pocos que habían caído muertos ó prisioneros.

Pero la desventurada Welinna, que á la sazón había venido con su anciana madre al campamento español, cuando supo el triste fin que á su adorado Yibán había cabido, un torbellino de amargo dolor inundó su alma; y la sangre toda de sus venas corrió á concentrarse

(1) El éxito feliz de esta batalla fué el triunfo decisivo de la conquista; pues ya más adelante no hubo otra que fuese tan terrible ni tan en forma como ésta. Dióse el 11 de junio de 1541, dia dè San Bernabé, á quien por este motivo nombraron Patrón tutelar de la ciudad de Mérida, para que bajo la protección de este Apóstol, justamente llamado *de las naciones gentiles* en unión de San Pablo, los indios de Yucatán abrazasen el cristianismo. El católico cabildo secular de la ciudad de Mérida, tenía en su casa municipal un oratorio en que veneraba la sagrada estatua del Sto. Patrón, y en justo cumplimiento de un voto, todos los años le llevaba en cuerpo y bájo mazas el día 11 de junio en procesión solemne á la

en aquel corazón que acaso iba á palpitar por última vez. Lánguidos los ojos y cubierto todo el semblante de una palidez mortal, los labios balbucientes pronunciaron apénas, y como en expresión de agonía, el nombre de Yibán, y la pobre doncella calló desfallecida en brazos de su anciana madre, que profundamente conmovida la estrechaba contra su seno, y derramaba sobre ella abundantes lágrimas. Unos cuantos momentos después, un indio médico ó yerbatero, avisado sin duda de antemano, vino presuroso, tocóle el corazón y aplicóle al sentido del olfato una yerba cuyo zumo exprimido entre los dedos aspiró la enferma, que al punto abrió los ojos, exhaló un quejido, apesgóse el corazón, y sus bellos ojos convirtiéronse en dos fuentes, de que corrían arroyos de amargo llanto.

—Llora, hija mía, llora, le decía la afligida madre, que el llanto debe serte favorable. Descarga en lluvia de lágrimas las fatídicas nubes que pesan sobre tu corazón. Confía, hija, en el poder de los justos dioses, que ellos te salvarán.

—Los dioses! exclamó la inconsolable joven, los dioses se complacen en alejar de mí al que osó abandonar el culto de ellos y abrazó el del Dios de los extranjeros.........

—¡Pero ese Dios de los extranjeros, interrumpió una voz desconocida, imponente y sonora, ¡ese Dios de los extranjeros es muy poderoso para restituirte al hombre que ha prometido tomarte por esposa ante sus sagrados altares!

Aquella voz desconocida, era la del padre Hernández, el capellán, del ejército conquistador, el maestro, confidente y amigo del amante de Welinna, que sabedor de lo que había ocurrido, corrió á dar consuelos á la novia de su catecúmeno y amigo.

—Es imposible, replicó Welinna, fijando los ojos en el capellán es imposible, porque el hombre á quien Kukulcan destina para ser víctima agradable sobre sus aras, ¿quién será el mortal que se atre-

---

Catedral, donde se celebraba una misa en acción de gracias con sermón y numerosa concurrencia. La devoción se fué gradualmente resfriando, hasta que por último, descatolizada oficialmente la nación en virtud de la Constitución de 1857, y publicadas las leyes de reforma que de ella han ido emanando, se suprimió la antigua religión del Estado y se prohibieron severamente las prácticas públicas ú oficiales del culto, dejando de cumplir en consecuencia el Ayuntamiento reformado éste y otros votos de igual naturaleza, á que se obligó en ciertos tiempos de calamidades y de miseria, como el hambre ó la peste, y en que por aquellos justos y piadosos medios, se procuraba justamente aplacar la justicia del cielo.

va á quitársela? Si redimirlo pudiera tu Dios, por cuya causa ha caído prisionero, yo le adoraría; más siendo esto imposible, porque no hay otro Dios más poderoso que el de la guerra, no le adoro sino le maldigo.........! Sí, óyelo bien, yo maldigo á tu Dios....! ¡O justos dioses de mi patria! no me queda más recurso que ofrecerme yo misma en sacrificio sobre vuestras aras.........

—No blasfemes así, pobre doncella. Ese único Dios á quien sin conocer maldices y que es el Dios verdadero que te crió de la nada y te redimió de las tinieblas del mal, está pronto á perdonarte esas palabras con que le ofendes sin saber lo que dices: pero dime, pobre Welinna, me prometes arrepentirte y adorarlo á él solo, si te devuelve á Yibán?

—Sí, lo imposible, por lo imposible, yo te lo prometo: contestó la joven con malicioso enfado, al mismo tiempo que su vista inquieta y vagarosa causaba terror á la vez que lástima.

—Basta, consuélate por hoy, tranquilízate, y sabe que yo amo tiernamente á tu prometído esposo, y voy por lo mismo á rogar por él y por tí.

Y el sacerdote se ausentó, conociendo por entonces que aquel sería el proceder más prudente; porque presa como era la joven en aquel momento de un vértigo fatal, no era aquella la ocasión más oportuna de prodigarle los consuelos que la religión dispensa á solo sus fieles hijos.

Así que Welinna recobró después de algunas horas el uso completo de su razón y de sus sentidos, libre ya de la postración mortal á que de pronto le había conducido la primera impresión de su desgracia con la noticia infausta de la pérdida del joven guerrero, en cuyo corazón tenía como vaciado el suyo, rogó á su madre que fuesen al territorio de los Cocomes para solicitar allí qué fin hubiese tenido el desgraciado Yibán.

—Si sus cenizas están ya en el sepulcro, decía Welinna enjugando sus lágrimas y volviendo á humedecerse con ellas yo también me reduciré á cenizas para mezclarlas con las suyas en el seno de la tumba. Si aun no ha sido sacrificado, el cuchillo sagrado herirá los pechos de entrambos y nuestra sangre humeante correrá en dos arroyos, que juntándose luego vendrán á formar una sola corriente ante los ojos de los excelsos dioses.

Prestóse la anciana á los ruegos de su hija; porque esclava de sus

preocupaciones, discurría que quien se opone á la voluntad del que siente inspiración de sacrificarse á los dioses, comete una falta imperdonable en el tiempo, y en la eternidad. Así, á pesar del dolor que los padres debían sentir á vista del sacrificio de sus hijos, debían reirse y celebrar con estrepitosa algazara el *feliz* instante en que la víctima espiraba bajo el golpe funesto del cuchillo sagrado. ¡Tanto así eran subyugadas la voluntad y la inteligencia de aquellas gentes por su fanatismo pagano!

CAPÍTULO VII.

YIBÁN SOBRE LA PIEDRA DE LOS SACRIFICIOS.

Tres días después de la gran batalla del once de Junio, hallábanse reunidos en Izamal los restos del derrotado ejército del rey Nachi-Cocom. Izamal era entonces una de las más grandes y poderosas ciudades mayas, como se revela aun hoy día por esos colosales y majestuosos monumentos á cuya vista un moderno viajero, Mr. Stephens, ha dicho, que "proclamando están el poder de las generaciones que los han levantado, destinándolos sin duda á permanecer en pié aun cuando los raquíticos edificios de un conquistador más civilizado tuviesen qué reducirse á polvo."

En efecto: allí se veían junto con plazas y jardines, circos y anfiteatros, palacios, juegos de pelota, teatros, hospitales, pirámides y templos ó teócalis imponentes y soberbios, cuyas agujas iban á perderse allá en la región de las nubes.

Welinna que ya también estaba en Izamal en busca del perdido objeto de su amor, procuraba asistir á los lugares más públicos y más secretos, solícita siempre por la suerte de Yibán. Con tal motivo presenció la escena que vamos á referir.

Era la hora de la tarde, y en una plaza que se extendía frente al mayor de los templos de la ciudad, en que se hacían los más solemnes sacrificios al dios de la guerra, formóse el ejército de Cocom, y este gran caudillo saliendo con paso grave y mesurado frente á las filas de sus subordinados habló así: "¡Valientes mayas! Habeis dado una prueba brillante de vuestro valor, de vuestro amor patrio y de vuestro fiel respeto por el culto de nuestros dioses poderosos é in-

mortales. El triunfo no ha sido vuestro, es verdad; pero os habeis mostrado dignos de él La superioridad de la disciplina y de las armas enemigas es incuestionablemente la que ha debido triunfar. Por eso es que nosotros sólo nos hemos arrojado á la lid para purificarnos como la plata en el fuego; haciéndonos así dignos de los auxilios de los justos dioses, á quienes ocurrirémos con los sacrificios propiciatorios de los corazones palpitantes de nuestros enemigos: de hoy más la victoria será nuestra."

Dijo, y haciéndose hácia un lado, un capitán salió de las filas con unos hombres que en pos de él llevaban atados á diez prisioneros, de los cuales dos eran blancos, y ocho indios de los aliados de Montejo, entre quienes se contaba Yibán. El capitan dijo: "Hé aquí las víctimas que deben ser sacrificadas sobre las aras del divino Kukulcan." Y así diciendo hizo una humillación profunda al gran caudillo, teniendo en la mano su penacho de guerrero, cuyas plumas arrastró hasta el suelo, y poniéndose en seguida de cuclillas.

Miéntras esto pasaba, el templo mayor de la ciudad estaba ya abierto (2), la piedra de los sacrificios preparada delante, y los sacerdotes sacrificadores armados con sus cuchillos sagrados de pe-

---

(1) Consta por la historia, que en Izamal se encontraba en tiempos antiguos el famosísimo templo de *Ka-bul* (Mano obradora), cuyos escombros se ven al poniente de la plaza principal de aquella ciudad entre los patios de las casas. Este templo era tan célebre, y el dios que en el se adoraba era de tal prestigio, que habían cuatro admirables calzadas hacia los cuatro puntos cardinales, por donde en romería venían hasta sus umbrales innumerables gentes de toda la Península y aún de Guatemala, Chiapas, Tabasco é islas adyacentes. Algunos fragmentos de estas calzadas se ven todavía cerca de Izamal y en otros puntos. También existían entre los muros de Izamal, cual en una ciudad santa de los antiguos mayas, otros muchos templos verdaderamente grandiosos por su arquitectura, entre los cuales eran no ménos famosos que el primero, los de *Itzamatul*, sobre cuyas ruinas está fundada la parroquia actual de la ciudad y todo su elevado pórtico, junto con el antiguo monasterio de franciscanos; y el de *Kinich-Kakmó*, cuyos magníficos restos forman hoy la tan famosa pirámide, monumento el mas prodigioso que se conservará por todos los siglos, de los primeros moradores de Yucatán. Esta pirámide es vulgarmente conocida con el nombre de *el cerro grande*. Al ilustre viajero Mr. Stephens le hizo en Izamal tal impresión la vista de estas estupendas obras de los antiguos indios yucatecos, que no puede menos que hablar de ellas en la historia de sus viajes con un verdadero entusiasmo sin ser exajerado en nada. Son tomadas de su obra *Incidents of travel in Yucatan* traducida por D. Justo Sierra, las palabras que en el texto reproducimos al hablar de Izamal. Véase la "Historia de Yucatán," por Cogolludo, lib. 4.º cap. 8.; el "Viaje á Yucatán," de Mr. John L. Stephens, tomo 2.º cap. 23.

dernales cortantes. El edificio del templo era en su longitud de más de ochocientos piés y como de setenta ú ochenta de altura. Subíase al lugar de los sacrificios por una gran escalinata que terminaba como á los cincuenta piés de elevación, en un átrio que estaba frente á la gran fachada del teocali, en que se veía á los piés de la estátua horrible del supuesto dios, una enorme piedra de figura circular y de superficie convexa, pues estando destinada para ser el ara de los sacrificios, la víctima debía tenderse encima boca arriba, quedando elevado el pecho para que fuese más fácil la operación del sacrificador, que debía arrancar el corazón entero y vivo, por decirlo así.

En la fila de los prisioneros presentados para ser la hecatombe del solemne sacrificio que iba á celebrarse era un desgraciado español el primero que á la vista estaba, y á éste le tocó en suerte ser inmolado el primero ante el implacable Kukulcan. Al són de la discordante y ruidosa música de los mitotes y en medio de la grita horrorosa de aquella multitud frenética pasaron desapercibidas las dolientes quejas de la infortunada víctima que, atados los piés y las manos, abiertos los ojos y desnudo el pecho, bien pronto exhaló el último suspiro, al mismo tiempo que el diestro sacrificador levantaba en alto el corazón palpitante y se enrojecía el pavimento con una lluvia de sangre.

En pos del prisionero español, seguíase un indio aljado, y éste no era otro que Yibán. Welinna, que desde una altura poco distante contemplaba con aflicción indefinible los horrores de aquella escena, soltó el brazo de su madre en que se apoyaba, y descendiendo con precipitación iba abriéndose paso por entre la muchedumbre, rasgado el vestido y suelto el cabello. Llegó junto á la escalinata del gran teócali cuando su amante subía el primer escalón sujetos ambos brazos entre los de dos verdugo-sacerdotes. Welinna comenzó á subir, pero es inmediatamente detenida por un guarda que le dice:

—Aquí sólo suben los sacerdotes y las víctimas.

—Pues bien, contestó ella con resolución, yo soy víctima, voy á morir con mi esposo en las aras del dios de la guerra: esto no me lo impedireis.........

Al decir esto cayera sobre las duras piedras de los escalones si la anciana india, su tierna madre, no hubiese llegado á tiempo para sostenerla, pues habíase desmayado en fuerza de su dolor. Mas

vuelve pronto del desmayo, y alzando la vista hácia el lugar de los sacrificios, descubre al adorado de su alma sentándose ya sobre el ara fatal. Ibale á faltar de nuevo el sentido, cuando el gran caudillo, que sin duda le había movido algo el dolor de la joven doncella, alzando la mano é imponiendo silencio dijo:

—Diez han sido, según vemos, los prisioneros cogidos y destinados para los sacrificios. Inmolando uno, sólo nos restan nueve: pocas son sin duda estas víctimas si las comparamos con la multitud que acostumbramos ofrecer al divino Kukulcan. Mas puesto que estos pocos prisioneros han sido tomados con harto trabajo en la mayor y más terrible batalla que los hijos de Kukulcan han sostenido contra sus más temibles enemigos, son por lo mismo hóstias mas caras y exquisitas. No se les sacrificará, pues, sino de uno en uno cada año, en justa recordación de aquel día memorable de la gran batalla de T-Hó.

Welinna que iba á presenciar la trágica muerte de su amante, viendo caer en un momento aquel rostro varonil y hermoso, cubierto con la lívida palidez de la muerte, entreabierta la boca, empañados los ojos y arrancado el corazón de su pecho juvenil y ardiente, bien así como la flor del prado que cortada de su tallo cae en tierra marchita y sin aroma; ó como el árbol lozano del bosque que aplicada la segur al tronco, es derribada hasta el suelo su frondosa copa, inclinando y cerrando sus verdes hojas para no volverlas á alzar; sintió de pronto un suave consuelo al oir la disposición del gran caudillo sobre que las víctimas fuesen sucesivamente sacrificadas en los aniversarios de la gran batalla de T-Hó; porque abrigó al punto esa vaga impresión que suele animar á los mortales aun en los más grandes y desesperados conflictos de la vida: ¡la esperanza!

(Continuará.)

A JUSTO SIERRA.

DESPUES DE LEER SU "EPISTOLA AL AUTOR DE LOS MURMURIOS DE LA SELVA."

¿Por qué á la musa del dolor, huraña,
Ha de volver el rostro quien tranquilo
En limpia fuente de Tibur se baña?

Si en pobre choza, de quietud, asilo,
Vive en paz con la vida, cante ufano
Los amores de Myrtis y Batilo,

Sábio es quien logró, por modo arcano,
Redivivas mostrar las criaturas
Del arte más hermoso: del pagano.

Prudente quien no busca las oscuras
Bóvedas de los claustros ni sondea
Del triste corazón las desventuras.

¡Aspire luz la voladora idea
Y de Blandúsia en el cerrado huerto
Abeja de oro entre los mirtos sea!

No pienses, náuta, en el ignoto puerto
Ni busques en el mar alborotado
De náufraga ilusión el cuerpo muerto

Bien sé que nuestro espíritu, agitado
Por recias olas del dolor, combate
Con los recuerdos vivos del pasado.

Bien sé que el corazón instante late
Como quien llama á la insensible reja
De su cárcel, ansioso de rescate.

¡Todo es clamor de angustia, todo queja,
Y el antiguo ideal flota lejano
Como vela muy blanca que se aleja

En la muda extensión del oceano!
¡Todo es congoja en la conciencia y duda,
Todo es naufragio en el dolor humano!

¿No miras á la Fé? Virgen desnuda
Cayó, del barco, á los revueltes mares,
Y no hay marino que á salvarla acuda.

La abandonan los dioses tutelares,
Y como á solitaria, ùnica roca,
Se encarama convulsa á los altares,

Allí se acoje, compasión ìnvoca,
Pero la mar rugiente sube fiera
Y ya sus plantas encogidas toca!......

¡Ay! De salvarla el hombre desespera
Y en tan profundo y triste abatimiento
La esperanza no sabe lo que espera!

A la tierra se inclina el pensamiento,
Como el sáuce á la tumba; las zagalas
Ya su tierna canción no dán al viento.

Para subir al cielo no hay escalas
Y el alma enferma, que volar solía,
Fuerzas no tiene para abrir las alas.

Plañidera infeliz, la poesía
Lamenta con acento gemebundo
De sus dioses, ya idos, la alegría.

Guarda el Olimpo la un ángel iracundo
Y del espacio en la tiniebla inmensa
No asciende, rueda para siempre el mundo!

¿Para qué interrogar la sombra densa?
En medio del dolor y de la duda
El arte es nuestra sola recompensa.

La belleza es verdad: abra desnuda,
Como Frynè los brazos y olvidemos.........
La noche ha sido eternamente muda!

¿A dónde va la barca? No sabemos!
Arrástrela á su antajo la corriente
Y tú, para cantar, suelta los remos.

No claves la mirada en el Oriente:
Ya no aguarda, cual antes, á la Aurora
Y en tocas de viudez hunde la frente!

Busca á la soberana redentora
Que es luz en nuestra noche de tristeza,
De "murmurante selva," habitadora.

¿No es acaso divina la belleza
Y consuelo inmortal la poesía
Que brota de la gran naturaleza?

Ella vierte en los pechos alegría
Y recostados en su blanco sene,
Dormir podemos al caer el día.

Si el aire tiembla con la voz del trueno,
Ella dice al poeta:—todo es canto,
Todo es amor y vida, todo es bueno!

Es verdad que del templo sacrosanto
A los verdes y ocultos bosquecillos
Ya no vienen las ninfas, suelio el manto.

La cigarra no canta en los tomillos,
Ni miramos, grabada en cornalina,
La imagen de Afrodita en los anillos.

No celebra las gracias de Corina
El tierno Ovidio, ni se llega al puerto
En voladora barca marfilina.

De Kypris el altar quedó desierto,
En largo sueño Anakreon reposa
Y Eros agonizante, si no muerto.

Ay! A la musa del placer hermosa
Estro mil veces le pedí y amparo
Con suplicante voz y clamorosa.

—Huyan de tí—la dije—el mozo ignaro,
El que á bárbaros dioses obedece,
El sabio enjuto y el canijo avaro.

Muere la vida apenas amanece
Y yo como el poeta venusino
Busco las dichas que el placer ofrece.

Deja, pues, que las cante y al divino
Apolo Smynteo, amor de los helenos
Húrtale para mí laurel y encino.

Pueblen el bosque Ninfas y Silenos
Y, de pámpano y yedra coronados
Vuelvan los viejos dioses, que eran buenos!

—Así clamé! Los Númenes sagrados
Dejándome en el bosque entenebrido
Huyeron presurosos y callados.

Silente oscuridad había caído
De los cielos......... ¡ni un astro ni una hoguera!
Y por los perros de Hécate seguido,

Engrifada la hirsuta cabellera,
Corvo y velludo sátiro corría
La hojarasca aplastando en su carrera.

Ninguno á mis clamores respondía
Y el cedro, envuelto en toga tenebrosa,
Llamarme con sus brazos parecía.

Entonces exclamé:—¡Cuán venturosa
El alma del poeta á quien perfuma
La musa antigua con su olor de rosa.

¿Cómo ha de convertir á nuestra bruma
Los ojos, si los cisnes de Afrodita
Para que idilios trace, le dan pluma?

En él Virgilio, cual un dios, habita
Y cuando á Horacio sonriendo llama
Horacio acude á la sagrada cita.

El dios de Klaros en verdad le ama,
Y ya su copa, de oro cincelado
Hebé, para escanciársela, reclama.

¡Dichoso él y mil veces desgraciado
Quien con la musa descreída brega
Y ver quiere, insensato, en el nublado!

El con las Gracias y las ninfas juega,
Y es el rendido, venturoso amante
De la musa latina y de la griega.

Déjale, pues, en su Tibur fragante,
Mientras pensando en el problema eterno,
Nosotros vemos al oscuro Dante
Inclinado en la cima del Infierno.

M. Gutiérrez Nájera.

TOC...... TOC..... TOC.

ESTUDIO POR IVAN TOURGUENEFF.

I.

......Nos sentamos en corro, y nuestro amigo Alejandro Vassilievisch Riedel, alemán de nombre, pero ruso de corazón, comenzó de esta manera.

Voy á referiros, señores, lo que me sucedió en el año 1830. Hace ya de esto cuarenta años, como veis. Seré breve, si no me interrumpís.

Recien salido de la Universidad, vivía yo en Pestersburgo. Mi hermano era abanderado de la artillería montada de la guardia. Su batería estaba situada en el campo de Krasnoé-Sélo. Acontecía esto en verano. Mi hermano no vivía en el mismo Krasnoé-Sélo, sino en un lugarejo de las inmediaciones, á donde iba yo á visitarle con frecuencia. Allí trabé conocimiento con todos sus camaradas. Habitaba una choza bastante decente en compañía de un oficial de su batería, llamado Elías Stepanitch Teglew, al que yo trataba con mayor intimidad que á los demás,

Marlinsky es ya un autor que no está en moda. Nadie lee sus obras, y su nombre escita la hilaridad; pero en aquel tiempo hacía furor, y el mismo Pouchkine, en concepto de la juventud de entonces no podía compararse con él. No sólo se le miraba como el primero de los escritores rusos, sino que ¡cosa mucho más difícil! había impreso su sello sobre la generación contemporánea.

Los héroes á lo Marlinsky se encontraban á cada paso, sobre to-

do en provincias, y muy particularmente en el ejército y en la artillería; hablaban y escribían en su lengua; adoptaban en sociedad un aire sombrío, "ensimismado," "con la tempestad en el alma y el fuego en la sangre," como el teniente Belozor de la fragata *Nadejda.* "Devoraban" los corazones de las mujeres. A ellos se dirigía la denominación de "fatal." Este tipo, como se sabe, se ha conservado mucho tiempo hasta la época de Petchorine. ¡Qué de cosas se encontraban en él! El byronismo, el romanticismo, los recuerdos de la revolución francesa, los decembristas y la adoración de Napoleón, la fé en el destino, en una batalla, en la fuerza del carácter, de la actitud y de la frase, la angustia del vacío, las inquietas fluctuaciones de un estrecho amor propio, al mismo tiempo que la audacia y la fuerza activa, las tendencias generosas y una ruin y grosera educación; gustos aristocráticos y frivolidades de petimetre...... Pero basta de filosofía; he prometido una historia.

II.

El subteniente Teglew pertenecía al género de los personajes "fatales," si bien su exterior no era el que se atribuye á esta clase de héroes; no se parecía en nada, por ejemplo, al "fatalista" de Lermontow.

Era un hombre de mediana estatura, bastante fuerte, ligeramente encorvado, rubio y con las cejas casi blancas; de cara llena y fresca, mejillas de color de rosa, nariz remangada, frente ancha, lábios gruesos, bien delineados y eternamente inmóviles; no se reia ni sonreía jamás. Solamente algunas veces, cuando estaba fatigado y al tomar aliento, dejaba ver sus dientes regulares y blancos como azúcar.

La misma inmovilidad artificial reinaba en todas sus facciones, que sin esta propiedad hubiera tenido una espresión de benevolencia. Lo único de su semblante que no era absolutamente vulgar, eran sus ojos, de pupilas verdes y pestañas amarillas. El ojo derecho parecía un poco más alto que el izquierdo, cuyo párparo medio cerrado comunicaba á su mirada un extraño carácter de *desigualdad* y de somnolencia. La fisonomía de Teglew, que no carecía, por lo demás, de cierto atractivo, tenía una espresión constante de

descontento, con cierto tinte de perplejidad, como si persiguiese dentro de sí mismo algún triste pensamiento, al que no pudiera dar alcance. Todo esto no le prestaba ninguna elevación; más bien tenía el aspecto de un hombre secretamente ofendido. Hablaba muy poco, con una voz ronca, tartamudeando y repitiendo las palabras sin necesidad. No empleaba en la conversación las expresiones extrañas propias de los "fatalistas," y sólo en sus cartas recurría á ellas, pareciendo su letra la de un niño. Sus jefes le miraban como un oficial "así, así," no muy capaz ni celoso. "Es puntual, pero no es solícito," decía de él un general de brigada, de origen alemán. Para los soldados era lo mismo, "así, así," ni carne, ni pescado. Vivía modestamente, según su posición. A la edad de nueve años, quedó huérfano. Su padre y su madre se habían ahogado, en la época de las crecidas primaverales, al atravesar en una barca el río Oka. Educado en colegio particular, era contado entre los discípulos más lentos de comprensión y entre los más tranquilos; siguiendo sus aficiones y por la recomendación de un primo, hombre influyente, se hizo corneta de artillería montada de la guardia, y sufrió, no sin grandes trabajos, el exámen de abanderado, y por último, el de subteniente. Sus relaciones con los demás oficiales eran bastante tirantes. No le querian; iban raras veces á su casa y él tampoco visitaba á nadie. La presencia de los extraños le era incómoda y se encontraba atado y descompuesto...... No tuteaba á nadie; en una palabra, no valía para camarada. Pero se le respetaba, no por su carácter, su talento ó su educación, sino porque se veía en él el sello particular de los personajes "fatales." Ninguno de los compañeros de Teglew decia: "Hará carrera, se distinguirá;" pero tampoco ninguno juzgaba imposible que estuviese, tarde ó temprano, destinado á hacer alguna cosa extraordinaria, ó á convertirse el día menos pensado en un Napoleón...... Porque en esto consiste la "estrella" que obra, y Teglew era un "hombre predestinado." Existen, según un proverbio raso, hombre de "suspiros" y hombres de "lágrimas."

III.

Dos circunstancias que se referían á sus primeros días de servicio, contribuyeron principalmente á establecer su reputación de hombre "fatal." El mismo día de la promoción, á mediados de Marzo, se paseaba de gran uniforme sobre el muelle del Neva en compañía de algunos oficiales como él recientemente nombrados. En aquel año, la primavera había sido precoz; el Neva estaba deshelado, los grandes témpanos se habían derretido; pero el río estaba cubierto de una capa débil y continua de hielo disuelto en el agua. Aquellos jóvenes hablaban y reian, cuando de repente uno de ellos se detuvo: había visto á veinte pasos de la orilla y sobre el hielo que se movía lentamente un perro pequeño; el pobre animal temblaba con todos sus miembros y lanzaba gritos lastimeros. "Está perdido," murmuró el oficial entre dientes. El perro, arrastrado poco á poco, pasó por delante de una escala que descendía hasta el nivel del agua. De repente Teglew, sin decir una palabra, bajó por la escala se lanzó sobre la capa de hielo, tan pronto hundiéndose como saliendo á flote, llegó hasta donde estaba el perro, le agarró del cogote, y volviéndose sin otra novedad, le puso en el suelo sano y salvo. El peligro que había corrido Teglew era tan grande, su acción tan inesperada, que sus compañeros se quedaron materialmente petrificados y no salieron de su asombro sino cuando le vieron llamar á un cochero y decirle que le condujera á su casa, pues su uniforme estaba hecho una sopa. En respuesta á sus exclamaciones, Teglew dijo con un aire indiferente que nadie escapa á su destino, é hizo al cochero la señal de marcha.

—Llevaos el perro como recuerdo, le gritó uno de los oficiales.

Teglew hizo un gesto de indiferencia y sus camaradas se miraron entre sí con mudo asombro.

La otra circunstancia se presentó algunos días más tarde en una partida de juego en casa del comandante de su batería. Teglew estaba sentado en un rincón y no tomaba parte en el juego. "¡Ah, si como en *La sota de espadas*, de Pouschkine, me dijera una vieja de antemano cuáles son las cartas que han de salir!" exclamó un teniente perdiendo el tercer millar de tantos. Teglew se aproximó silenciosamente á la mesa, tomó la baraja, cortó, y diciendo

"seies de oros," volvió los naipes y apareció el seis de oros. "As de bastos," añadió. Cortó otra vez y salió el as de bastos. "Rey de oros," volvió á decir, irritado y apretando los dientes. Por la tercera vez había acertado. Se ruborizó súbitamente. Sin duda él mismo no esperaba tanto.

Excelente golpe: repetidle, le dijo el comandante.

—No me ocupo en jugar á los naipes, respondió secamente Teglew y desapareció en otra habitación.

Yo no me explico de qué modo adivinó las cartas; pero lo ví con mis propios ojos. Después de él, la mayor parte de los jugadores allí reunidos trataron de repetir su suerte. Nadie lo logró. El que más pudo, adivinó una carta; pero dos, seguidas, imposible. ¡Y Teglew habia acertádo tres! Esta circunstancia confirmó más y más su reputación de hombre "fatal" y misterioso.

IV.

Se comprende que Teglew se asió en seguida á esta reputación que le daba una importancia propia y un colorido particular. Este carácter le sentaba bien, como suele decirse, y con su espíritu poco ilustrado, sus conocimientos insignificantes y su enorme amor propio, aquella reputación le convenía mucho. Merecerla hubiera sido difícil, sostenerla muy sencillo; no tenía que hacer otra cosa sino callar y aislarse. Pero no fué por esta reputación por lo que yo simpaticé con Teglew y puede decirse me decidí á quererle. En primer lugar, yo era también un salvaje y encontraba en él mi semejante; además, era bueno, y en el fondo, de una gran simplicidad. Me inspiraba un sentimiento parecido á la compasión, y fuera de esa reputación *fatal* que le había dado la casualidad, creía yo que pesaba sobre él un destino trágico que él mismo ignoraba. Naturalmente, yo no le dejé apercibirse de este sentimiento mio, ¡inspirar compasión! ¿Puede haber mayor ofensa para un hombre fatal? Teglew, por su parte, se sentía bien dispuesto hacia mí, se encontraba á gusto en mi compañía, hablaba y se decidía delante de mí á dejar el extraño pedestal donde, no sus esfuerzos, sino los agenos, le habían colocado. Atormentado por un amor propio malsano, se confesaba probablemente en el

fondo de su alma que no era justificable su amor propio y que los demás le miraban acaso con desprecio...... mientras que yo, muchacho de 19 años, no le estorbaba, pues el temor de decir alguna vulgaridad ó impertinencia, no le oprimía, en mi presencia, el corazón, que tenía etern mente alerta. Algunas veces se despertaba su locuacidad, y entonces bien se veía que nadie, no siendo yo, era capaz de comprender sus discursos y que su reputación no hubiera durado mucho tiempo. No sólo sabía poco, sino que no leía nada y se limitaba á recojer anécdotas é historias de actualidad. Creía en los presentimientos, en las predicciones, en los presagios, en los encuentros, en los días fastos y nefastos, en la persecución ó en la protección del destino, en la importancia de la vida, en una palabra.

Creía también en ciertos años "Climatéricos" de los que alguno había hablado antes que él, pero sin comprender lo que quería decir esta palabra. Los "fatales" verdaderos, *pur sang*, no creen deber profesar semejante creencia; su negocio es inspirársela á los demás...... Pero bajo este aspecto yo era el único que conocía á Teglew.

V.

Un día, me acuerdo que era el día de San Elías, el 20 de Julio, fuí á visitar á mí hermano y no le hallé. Le habían enviado no sé á donde, por toda la semana, con una comisión del servicio. No teniendo ganas de volver á Petersburgo, me entretuve con mi carabina en los pantanos de las inmediaciones, maté un par de becadas y pasé la noche con Teglew, bajo el cobertizo de una cabaña, donde había establecido, según sus palabras, su residencia de verano. Charlamos de todo un poco, tomando té, fumando la pipa y hablando, ya con el propietario, un finés rusificado, ya con un vendedor ambulante de naranjas y limones que vagaba al rededor de la batería. Este buen hombre, amable y bromista, poseía entre otros talentos, el de tocar la guitarra; nos contó la historia de un amor desgraciado que en otro tiempo había sentido por la hija de un agente de policía. En su edad madura, este Don Juan de camiseta roja no había experimentado otra pasión desgraciada. Ante la puerta de nuestra granja se extendía una extensa plani-

cie que descendía poco á poco. Un arroyo de cauce profundo, mostraba sus reflejos de trecho en trecho. Más allá el horizonte estaba cerrado con un estrecho cinturón de bosques. La noche se acercaba y estábamos solos. Con la noche, la tierra se envolvió en un vapor ligero y húmedo, que estendiéndose por momentos, acabó por convertirse en una espesa niebla. La luna apareció en el cielo, y la niebla fué penetrada y como dorada por su luz. Todo parecía como cambiado de sitio, confundido y oscurecido de una manera extraña: lo que estaba lejos parecía estar cerca, lo que estaba cerca parecía estar lejos, lo grande se hacía pequeño y lo pequeño grande...... Todos los objetos eran á un tiempo claros y confusos. Nos habíamos trasportado á un reino de los cuentos de hadas, al reino de la niebla blanca dorada, de la tranquilidad profunda, del ligero ensueño...... Las estrellas brillaban misteriosamente allá arriba con sus destellos de plata á través de ese gran velo blanco. Los dos guardábamos silencio. El aspecto fantástico de esta noche obraba sobre nosotros y nos disponía para lo maravilloso.

VI.

Teglew tomó el primero la palabra, y con sus perplegidades, sus interrupciones y sus repeticiones ordinarias, habló de los presentimientos...... de los fantasmas. "En una noche semejante á esta, me dijo, un estudiante amigo mío, que había sido nombrado tutor de dos huérfanas y que vivía con ellas en un pabellón del jardín, vió una sombra de mujer inclinada sobre su lecho, y el día siguiente reconoció á la sombra en un retrato que no había notado hasta entonces y que era el de la madre de las jóvenes." Me contó en seguida que sus padres, pocos días antes de su muerte, creían oír constantemente el ruido del agua; que un tío durante la batalla de Borodino, se salvó de la muerte por una circunstancia insignificante, pues habiéndose bajado para recojer una piedrecilla gris, pasó una bala de cañón por encima de su cabeza, llevándose solamente su largo plumero negro. Teglew prometió enseñarme la piedra que había salvado á su tío, pues la había montado en un medallón. Me habló también de la misión de todo hombre y de la suya en particular, añadiendo que había creído en ella hasta

entonces, y que si alguna vez llagara á dudar en esta materia, sabría escapar á la duda desembarazándose de la vida, porque entonces no tendría ya la vida ningún interés para él. "Acaso supondreis, me dijo mirándome de reojo, que no tendré el valor suficiente para suicidarme. No me conoceis...... tengo una voluntad de hierro."

—¡Bonita frase! dije yo para mí.

Teglew quedó pensativo, respiró profundamente, y poniendo su pipa á un lado, me declaró que aquel día, el día de San Elías, día de su santo, tenía una grande importancia para él. "Es, dijo..... es siempre un día de prueba para mí."

Yo no respondí nada y me contenté con mirarle, sentado delante de mí, inclinado, recogido, perplejo, con su mirada soñadora y turbia fija en el suelo.

—"Hoy, siguió diciendo, una vieja mendiga (Teglew no veía nunca á un pobre sin darle una limosna) me ha dicho que rogaría por mi alma, ¿no es esto bien extraño?"

—Hay muchos que gustan ocuparse de sí mismos constantemente, pensaba yo. Debo, sin embargo, añadir que las últimas palabras de Teglew fueron acompañadas de una expresión inusitada de inquietud y turbación. No era ya la melancolía "fatal" alguna cosa le atormentaba y le roia en realidad. Yo estaba particularmente admirado de la expresión de abatimiento que se extendió por sus facciones. ¿Era que sentía ya nacer en él esas dudas, de las que me había dicho algunas palabras? Sus camaradas me habían hablado poco antes de un proyecto presentado por él á sus jefes sobre no sé qué reforma de la artillería y que fué desechado con una reprensión. Conociendo su carácter, no dudaba yo que no hubiese sido profundamente herido por el desdén de sus jefes; pero lo que creía ver en Teglew era alguna cosa más íntima y enteramente personal.

—"Hace frío, dijo de repente, sacudiéndose los hombros. Entremos en la cabaña; ya es hora de dormir." Esta sacudida le era habitual, así como la costumbre de mover la cabeza á derecha é izquierda, llevando la mano al pescuezo, como el que tiene un cuello muy estrecho. Todo el carácter de Teglew se expresaba á mi juicio por ese movimiento inquieto y nervioso. Estaba estrecho en este mundo.

Entramos en la cabaña y nos acostamos, él en el rincón de las imágenes y yo en el opuesto, sobre un banco cubierto con un poco de heno.

VII.

Teglew se revolvió largo tiempo sobre la cama; yo no podía dormir. ¿Sus relatos me habían exitado los nervios, ó bien el aspecto de aquella extraña noche me había irritado la sangre? No lo sé; pero no podía conciliar el sueño. El deseo mismo de dormir desapareció y seguí con los ojos abiertos, enervado el espíritu, persiguiendo los pensamientos más incoherentes, como acontece siempre en las horas de insomnio. Revolviéndome de un lado y de otro, estendí un brazo, y mis dedos tropesaron con una de las vigas que sostenían la pared. Este choque produjo un sonido débil, pero vibrante y bastante prolongado.... sin duda había caído mi mano sobre un punto hueco. Repetí el golpe, y esta vez voluntariamente. El mismo sonido se produjo. Volví á llamar... Teglew levantó bruscamente la cabeza.

—Riedel, exclamó, ¿habeis oído? llaman á la ventana.

Hice que dormía. Se me antojó, ya que no podía dormir, dar una broma inocente á mi "fatal" compañero, que volvió á dejar caer su cabeza sobre la almohada.

Esperé un instante y después dí otros tres golpecitos.

Teglew levantó de nuevo la cabeza y escuchó.

Volví á llamar. Estaba yo acostado de manera que enseñándole mi cara no podía ver mi mano, que se extendía por debajo de la manta.

—¡Riedel! gritó Teglew.

No respondí,

—¡Riedel! gritó más alto, ¡Riedel!

—¡Qué! ¿qué hay? dije yo con el tono de un hombre que se despierta.

—¿No oís? Alguien llama á la ventana. ¿Será aquí donde quieren entrar?

—Será alguno que pasa, dije yo entre dientes.

—Es preciso hacerle entrar ó saber qué es esto.

No le contesté más y seguí fingiendo que dormía.

Pasados algunos minutos, volví á comenzar mi diversión.

—Toc.... toc.... toc.

Teglew se sentó en la cama en un momento y escuchó.

—¡Toc.... toc.... toc! ¡Toc.... toc.... toc!

A través de mis párpados entreabiertos y á favor de la luz blanquecina de la noche, podía seguir perfectamente todos sus movimientos. Se volvía, cuando hacia la ventana, cuando hacia la puerta. En efecto, era difícil saber de donde provenía el ruido; parecía que volaba por la alcoba rozando con las paredes. La casualidad había puesto mi mano sobre un foco acústico.

—¡Toc.... toc.... toc!

—¡Riedel! exclamó al fin ¡Riedel! ¡Riedel!

—¿Pero qué sucede? dije yo bostezando.

—¿Es que deveras no oís nada? Hay alguien que llama.

—¡Y bien, dejadle llamar!—Volví á mi fingimiento y aun dí algunos ronquidos.

Teglew se calmó.

—¡Toc.... toc.... toc!

Teglew se levantó de la cama, abrió la ventana, y mirando hacia fuera, preguntó con voz ronca: ¿Quién es? ¿Quién llama? Después abrió la puerta y repitió la pregunta. Un caballo relinchó á lo lejos y todo quedó en silencio.

Teglew volvió á la cama.

—¡Toc.... toc.... toc!

Teglew se enderezó y se sentó.

—¡Toc.... toc.... toc!

Teglew se puso rápidamente las botas, se echó el capote militar sobre los hombros y descolgando su sable de la pared, salió de la cabaña. Le sentí dar la vuelta dos veces y preguntar á cada instante: ¿Quién está ahí? ¿Quién es? ¿Quién llama? Después, de repente, se calló, se detuvo en la calle, no lejos del rincón donde yo estaba acostado, y sin decir una sola palabra, volvió á entrar en la alcoba y se acostó vestido.

—Toc.... toc.... toc.... hice yo de nuevo. ¡Toc.... toc... toc!

Pero Teglew no se movió, ni preguntó nada. Apoyó su cabeza sobre las manos.

Viendo que esto ya no producía efecto, dejé pasar algún tiempo, trascurrido el cual, fingí despertarme, y viendo á Teglew, adopté un aire de asombro.

—¿Habeis salido? le pregunté.

—Sí, respondió con un tono indiferente

—¿Habeis seguido oyendo ese ruido?

—Sí.

—¿Y no habeis visto á nadie?

—No.

—¿Han cesado ya los golpes?

—No sé. *Ahora* todo me es igual.

—¿Ahora? ¿Por qué ahora?

Teglew no respondió.

Yo tuve un momento de vergüenza y de pesar; pero no pude resolverme á confesarle mi travesura.

—Escuchad, le dije; estoy seguro de que todo eso no existe sino en vuestra imaginación.

Teglew frunció las cejas.

—¡Ah! ¿creeis eso?

—¿Decís que habeis oído llamar?....

— He oído también otra cosa, me interrumpió.

—¿Qué ha sido ello?

Teglew se inclinó hacia adelante y se mordió los labios. Evidentemente vacilaba....

—¡Me han llamado! dijo, en fin, á media voz y volviendo la cabeza.

—¡Que os han llamado! ¿Y quién?

—Una.... (Teglew continuaha mirando á un lado.) Un ser que hasta hoy yo suponía muerto, sin estar seguro.. pero, ahora, he adquirido la certidumbre...

—Os juro, Elías Stepanitch, que todo eso existe en vuestra imaginación

—¿En mi imaginación? repitió Teglew. ¿Quereis aseguraros por vos mismo?

—No hay inconveniente.

—Entonces, salgamos.

VIII.

Me vestí á escape y seguí á Teglew fuera de la choza. Al otro lado de la calle, en frente de la cabaña, no había casas, pero se veía un vallado bajo y destrozado por varios sitios, desde el cual una rápida pendiente conducía á la llanura. La niebla continuaba envolviendo todos los objetos; á veinte pasos no se distinguía bien ninguna forma. Atravesamos el vallado y nos detuvimos.

—Aquí es, dijo bajando la cabeza. Estaos quieto, no hableis y escuchad.

Presté atención como él; pero escepto ese murmullo incesante, casi imperceptible, que es como la respiración de la noche, no oí nada. Mirándonos el uno al otro, permanecimos inmóviles durante algunos minutos, y nos disponíamos á entrar......

—¡Elías! murmuró una voz débil como un soplo, que parecía salir del vallado.

—¡Elías!...... ¡Elías! repitió la voz más claramente, tanto que se podía asegurar ser voz de mujer la que se oía. Los dos nos extremecimos.

—¿Y bien? me dijo Teglew en voz baja. Ya no dudareis ahora.

—Esperad le respondí yo con el mismo tono. Eso no prueba nada todavía. Es preciso ver si anda por ahí alguno con ganas de divertirse.

Me lancé al través del vallado y me adelanté en la dirección del sitio donde, según lo que yo pude juzgar, se producía aquella voz.

Sentía bajo mis piés la tierra mojada y fría; largas fajas paralelas se perdían en la niebla. Me encontraba en una huerta. Pero nada se movía ni delante de mí ni á mi alrededor. Todo parecía sumerjido en el estupor del sueño. Dí aun algunos pasos.

—¿Quién está ahí? exclamé con una expresión que me recordaba bastante la que Teglew había tenido momentos antes.

Prrr...... Una codorniz asustada salió de entre mis piés y huyó por los aires recta como una bala. Me estremecí involuntariamente.... ¡Qué puerilidad!

Miré hacia atrás. Teglew estaba aun en el sitio donde le había dejado. Me acerqué á él.

—Perdeis el tiempo buscándola, me dijo. Esa voz ha llegado hasta nosotros..... hasta mí.... desde muy lejos.

Se pasó la mano por la cara y se dirigió á paso lento hacia la choza. Pero yo no quería regresar tan pronto y volví al jardín. Que alguno había llamado por tres veces á "Elías," eso no ofrecía la menor duda; que en esa llamada hubo algo de lastimero y misterioso, tampoco podía yo desconocerlo. Pero, ¿quién sabe? Eso que parecía incomprensible, acaso tendría una explicación tan simple como el ruido que tanto había turbado el sueño de Teglew.

Seguí andando à lo largo del vallado, deteniéndome de vez en cuando para mirar en torno mío. Cerca del vallado, á poca distancia de nuestra cabaña, se alsaba un añoso sauce de follage espesó; se le veía como una mancha negra en medio de la blancura de la niebla, de esa blancura opaca que ofusca y detiene la vista mejor que la oscuridad de la noche. De repente me pareció ver alguna cosa grande y viviente agitándose detrás del sauce. Corrí gritando: "¡Deteneos! ¿Quién está ahí?" Sólo oí el rumor de pasos ligeros como los de una liebre. Una extraña figura, ¿hombre ó mujer? no pude distinguirla, se escurrió rápidamente á mi lado. Quise sujetarla; pero habiendo errado el golpe, tropecé y caí sobre una ortiga que me quemó la cara. Al apoyarme en el suelo para levantarme, sentí bajo la mano un objeto duro; era un peine de cobre tallado y asido á un cordón por el estilo de los que los aldeanos rusos llevan atado á la cintura.

Mis investigaciones ulteriores fueron inútiles y volví á la cabaña con el rostro acribillado de picaduras y con el peine en la mano.

IX.

Encontré á Teglew sentado en un banco. Una vela lucía delante de él sobre la mesa. Estaba escribiendo algo en un álbum pequeño que siempre llevaba con sigo. Cuando me vió, escondió precipitadamente el álbum en su bolsillo y se puso á llenar la pipa.

—Mirad, amigo mío, le dije, el trofeo que traigo de mi campaña. Le enseñé el peine y le conté lo que me había sucedido cer-

ca del sauce. Sin duda, añadí, ha sido un ladrón el que he ahuyentado. Ya sabeis que ayer han robado un caballo al vecino.

Teglew sonrió friamente y encendió la pipa. Yo me senté á su lado y le dije:

—¿Estais convencido, Elías Stepanitch, de que la voz que hemos oído venía de esas regiones desconocidas?..

Me impuso silencio con un gesto imperativo.

—Riedel, no tengo gana de bromas, y por lo tanto, haced el favor de no chancearos.

En efecto, Teglew no estaba para bromas. Su faz se había trasformado.

Parecía más pálido, más expresivo y más alto. Sus extraños ojos *desiguales* vagaban lentamente.

—Jamás creí, continuó, deber contar á otro.... á otro hombre lo que vais á oír, y que debía morir.... sí, morir en mi pecho; pero evidentemente es necesario y no soy dueño de callar. Es el destino. Escuchad.

Y me contó toda su historia.

Ya os he dicho, señores, que Teglew era un desdichado narrador pero lo que me extrañó aquella noche, no fué solamente la dificultad que experimentaba para describir los sucesos que le habían acontecido; el tono de su voz, su mirada, los movimientos de sus manos, de sus dedos—todo parecía en él violento, afectado, falso en una palabra. En aquel tiempo era yo aun un joven inesperto y no sabía que la costumbre de expresarse como un rectórico, la falsedad de la entonación y del ademán, puede llegar hasta el extremo de hacer á ciertos hombres incapaces de escapar á este defecto. Es una maldición de un género especial. Más adelante, me sucedió encontrar á cierta dama que empleaba expresiones tan enfàticas, gestos tan teatrales, movimientos de cabeza tan melodramáticos, hablándome de la impresión que le había causado la muerte de su hijo, de su "incomensurable" dolor, del miedo que tenía de volverse loca, que dije para mí: "¡Cuánto artificio y cuánta mentira! Esta mujer no ha querido nunca á su hijo." Y ocho días más tarde, supe, en efecto, que la pobre mujer se había vuelto loca. Desde entonces fuí más reservado en mis juicios y me fié mucho menos que antes de mis propias impresiones.

Hé aquí en pocas palabras el relato de Teglew. Además de su tío que era un alto empleado, tenía en Petersburgo una tía no tan elevada, pero bastante rica, que no teniendo hijos, había adoptado como tal á una niña abandonada, dándola una conveniente educación y tratándola como si fuese suya. Esta joven se llamaba María. Teglw la veía casi todos los días. Acabaron por amarse y María se entregó á su amante. Se descubrió el misterio, y la tía de Teglew, furiosa, arrojó ignominiosamente de su lado á la pobre muchacha y partió para Moscou, donde adoptó é instituyó su heredera á una señorita noble. María volvió á casa de sus padres, gente pobre y entregada á los vicios, sufriendo allí un trato cruel. Teglew la había prometido hacerla su esposa, pero no cumplió su promesa. En su última entrevista con ella, fué obligado á explicarse. Quería ella saber la verdad y la supo. "Está bien, dijo, puesto que no he de ser tu esposa, ya sé lo que he de hacer." Hacía ya quince días que se verificó esta última entrevista.

—No me he engañado un solo instante sobre el sentido de sus últimas palabras, dijo Teglew; estoy persuadido de que ha puesto fin á su vida y de que es *su* voz... que es *ella* quien me llamaba á lo alto... hacia sí.. He reconocido su voz. No hay sino un medio de acabar.

—Pero ¿por qué no os habeis casado con ella, Elías? le pregunté ¿Acaso no le amabais?

—Sí tal, y la amo aun apasionadamente.

Al oír esta respuesta, señores, miré á Teglew con estupor. Me acordé de un amigo mío, hombre muy inteligente, que se casó con una mujer fea, tonta y pobre, y que fué desgraciado con ella. "¿La amabais, sin duda?" le preguntó alguno en mi presencia. "Nada de eso," respondió. "Entonces ¿por qué os casasteis con ella?" "Porque sí...." Teglew amaba con pasiòn á esta joven y se negaba á casarse con ella. ¿Por qué? Por la misma razón; ¡porque sí!.....

—¿Por qué no os casais? volví á preguntarle.

La mirada extrañamente soñolienta de Teglew vagaba sobre la mesa.

—No se puede.... explicar eso.... en algunas palabras, dijo titubeando. Ha habido motivos.... Además, es plebeya. Y mi tío.... debo también pensar en él.

—¿Vuestro tío? exclamé. ¿Y qué diablos tiene que ver en esto vuestro tío? Apenas le veis una vez al año al girar vuestra visita. ¿Es que contais con su fortuna? ¡Pero si tiene una docena de hijos!.....

Yo hablaba con calor. Teglew bajó la cabeza y su semblante se coloreó con un rojo desigual, formando placas.

—Basta de sermones, por favor, dijo con una voz sorda. Además, no me justificaría. Yo soy la causa de su muerte.... y ahora será preciso que pague mi duda.

Después inclinó la cabeza y calló. A mí no se me ocurría nada que decir.

(Continuará)

EL ULTIMO DIA DEL AÑO.

¡Se vá! la postrer hoja del esfoliador que impasible y silencioso á manera de esfinge egipcia, nos ha señalado nuestros días tétricos como nuestras horas alegres, nos lo está diciendo. Se vá y con él, cual bandada de parleras golondrinas, huyen nuestros ensueños, y la ilusión, pobre ave que dejó su nido, plega sus alas y abatida y fatigada cae quizá para no volver jamás.

¡Vedlo! En el límite que separa esos dos abismos, lo pasado y lo porvenir, se destaca en silueta descarnada como la experiencia, negra como el desengaño, fugitiva como la dicha; y al perderse en el brumoso horizonte de la eternidad, parece decirnos: así muere el deseo, así se vá el placer, así se desvanece la felicidad!

Viajero infatigable, peregrino incansable de todas las edades, que envuelto en girones de esperanza te marchas para no volver, ¿qué nos traerá tu sucesor, qué nuevas lágrimas escaldarán nuestras mejillas, qué nuevas espinas punzarán nuestras frentes?

***

¡Oh noche de San Silvestre, oh primer día del año! Cuántas leyendas, cuántas tradiciones, cuántas muertas historias se escapan al batir de vuestras alas, y al rumoroso crujir de vuestras pisadas. Al atropellarse en el espacio, las notas, despertadas por el sonoro golpear de la campana de la aldea; cuando al promediar la noche el duro bronce hiere por doce veces su estuche metálico, las andariegas koroiganas, los enanos patizambos y los gnomos polvosos, abandonan en alborotada confusión sus guaridas para

juguetear contentos por las areniscas playas, las selvas siempre risueñas y los añosos bosques. Las amadriadas, dejando su cárcel de encina, y las náyades la guarda de los ríos, extiéndense por la campiña alígeras y alegres como un rayo de sol en primavera.

Los graníticos dólmenes dejan en descubierto sus entrañas donde anidan, como perla en su concha, los vistosos collares, los pendientes deslumbrantes de pedrería, los brazaletes cargados de riqueza. Los onemires olvidan la secular alineación y dando traspiés y tambaleándose, como titanes ebrios, corren hacia el rio para apurar sedientos su caudal, como los héroes griegos bebían cerca de la tumba de Ulises. Las piedras seculares giran sobre sus bases y los *cromlecks* guían la danza desde la pelada cima de las montañas,

¡Es San Silvestre! La nieve cubre con albo sudario los campos; los árboles, remedando gigantes esqueletos, tienden sus brazos desnudos al viandante; la naturaleza, que parece dormitar esperando la primavera, es todo calma; los pájaros ateridos no abandonan su nido, ni el río corre, ni la fuente murmura, ni el ave canta, es el gran descanso; es el día de San Silvestre!

Dichoso aquel que posea esta noche la hierba de oro; la hierba sagrada que se recoje con los pies descalzos, la mano izquierda sobre la derecha y sin hacer uso de hierro alguno; las dichas lo asediarán, la fortuna será su esclava y la desgracia huirà á su paso.

Desventurado del que no la obtenga! La maldición de Dios caerá sobre él y sus hijos; su mujer se volverá estéril, su casa quedará arrasada, la desdicha le acompañará, verá las riquezas sin poder alcanzarlas y si fuere bastante atrevido que intentara acercarse á ellas, las moles de granito que cual aluvión lloverían sobre él, le harían pagar bien caro su empresa temeraria.

En los países del Norte, tan poblados de leyendas, afirman que al sonar la primera campanada de las doce, ábrese en la arena de los bosques, ancha sima dejando ver riquezas cual ningún avaro imaginó; en su fondo encuéntrase la varita de inapreciable virtud, mágico talismán para quien alcance á adueñarse de ella, infalible panacea contra todos los dolores y objeto tan preciado que hace omnipotente á su dueño. Semejante tesoro está guardado por doce doncellas, tan hermosas, que mirándolas se olvida la cuenta de las campanadas! Infeliz de aquel á quien esto sucede, porque

no se ha dado el caso de que vuelva con vida aquel á quien cupo aventura tan extraordinaria.

Esta noche es la misma elegida por Satán para llevar á cabo, no pequeñas empresas. Al salir los campesinos de sus hogares para ir á misa, va precediéndolos y regando en su camino oro, brillantes, un verdadero Pactolo de piedras preciosas, un océano de riquezas. ¡Ay- del que se atreva à tocarlas! irremisiblemente se pierde su alma; el báratro sombrío le servirá de morada por toda la eternidad.

No es esto sólo; aprovechándose de la ausencia de sus dueños, las brujas se introducen á las alquerías, roban los tiernos rosentales, los pesados bueyes, y las baladoras ovejas; y algunas hay que valiéndose de la fragilidad de las mujeres, hacen amplia cosecha de ellas para su amo y señor, el rey de los inflernos.

Si no tienen la precaución de cerrar las granjas, las alquerías y los establos: si el trébol bendito no cuelga de puertas y ventanas, si á las aspercioñes de agüa bendecida al exterior no se uniesen las cruces de santa palma al interior, ¡pobres campesinos! el sol del nuevo año no alumbraría más que tristezas; perecerían en esa noche fatal.

Es la noche más peligrosa del año. ¡Cuántos peregrinos por atreverse á sondear sus misterios, han pagado su imprudencia con la vida! La muerte, cabalgando en el espacio. entre heladas rachas ó acurrucada entre témpanos de nieve, los asecha, los enerva con sus caricias y, ¡al fin mujer! cuando nada tienen yá que darle los abandona. Al día siguiente, al descender de la montaña la nieve, disuelta al ardoroso beso del sol, se descubren sus cuerpos fríos, amoratados, yertos. Quizá su último pensamiento fué el árbol lleno de luces y perfumes que ya no vieron mas, el caliente hogar, la familia amante; quizá al sentir el abrazo estrecho de su desconocida amante, pensaron en el agape de otros días, en las dichas pasadas, en su infancia, en su juventud, en su vida toda; y en el momento supremo de la agonía, al verse solos y abandonados, su última palabra fué una blasfemia......

¡Oh, si las hadas buenas los hubieran acompañado!

La noche que precede al nuevo año, toda la legión féerica abandona su mansión para venir á visitar á los mortales. Risueñas y contentas traen en sus brazos un hermoso niño coronado de flores

es el año nuevo; el dispensador de los buenos y malos dones, según en la casa donde se hospede, sea bien ó mal recibido.

Los campesinos piraneicos—que conservan aún tan poética tradición—agasajan á sus huéspedes de mil maneras. En la habitación más amplia de la casa—destinada á las hadas protectoras—preparan una mesa, luces, un vaso, vino, pan y un cuchillo; las hadas en recompensa de la hospitalidad recibida, dejan al infante, que agradecido, es el guardián de la casa y el protector de la familia.

¡Ay de la descuidada que se olvide de festejar á las hadas! pronto lamentará los frutos de su torpeza; el fuego que aniquile su casa, la peste que diezme sus ganados, el hambre que haga presa en su familia, serán el castigo de su falta. Ni las súplicas, ni las preces serán bastantes á contener la furia de las que convirtió en sus enemigos.

Al siguiente día en que una familia recibió su visita, el jefe de ella reune á todos sus miembros, y después de mojar el pan y el vino destinado á los embajadores celestiales, lo divide en tantos trozos, cuantos individuos se encuentren allí presentes, queriendo con esto significar su deseo de que todos sean felices.

***

¿Por qué esas fiestas, y esos regocijos á la aproximación del nuevo año? Por qué esa alegría para despedirse del que se va. ¡Ah! Siempre la humana condición, encantada con el pasado, cansada con el presente, soñando con lo desconocido, no quiere comprender que el dolor es nuestro sincero compañero, la felicidad una ilusión y la tranquilidad un sueño.

Año que llamas á la puerta, pasa; ni miedo ni temores me inspiras; serás como todos. ¡Ven, dichoso, si en tu rápida carrera puedes traerme el apetecido descanso!

VICTOR M. VENEGAS.

HISTORIA DE WELINNA

LEYENDA YUCATECA

POR DON CRESCENCIO CARRILLO Y ANCONA.

SEGUNDA PARTE.

(CONTINUA.)

CAPÍTULO I.

EL MISIONERO DE LA CRUZ.

Nueve años después de los últimos acontecimientos que dejamos referidos, los conquistadores españoles estaban casi completamente posesionados de la Península de Yucatan. Habíanse fundado la ciudad de Mérida y las villas de Salamanca, (San Felipe de Bacalar), Valladolid y San Francisco de Campeche. Habíase organizado el sistema de encomiendas que en cierta manera venía á hacer de cada conquistador un dueño absoluto de cierto número de indios. Los indómitos naturales del país, tuvieron, pues, qué sujetarse de grado ó por fuerza, ó tenían que abandonar el hogar doméstico, é ir á internarse en la espesura de los bosques, donde formando sus rancherías quedaban á cubierto de las persecuciones contínuas.

De este modo los fieros Cocomes, Kupúles y otros capitanes vivían independientes; aguardando la hora oportuna de caer sobre los enemigos de su libertad, sin dejar en tanto de poner todos los óbices que podían al perfecto desarrollo de la conquista.

Pero había llegado ya la época de un nuevo elemento de victoria, que más fuerte, invencible y certero que el valor y las armas del soldado, hacía una conquista siempre triunfante, y que sin despojar el bárbaro de su libertad y demás derechos de hombre ilustraba su inteligencia, purificaba su corazón y suavisaba sus costumbres: este elemento tan poderoso era el de la predicación evangélica por el ministerio de los misioneros católicos. Estos conquistadores, muy diferentes de los primeros, sin más espada que su cruz y sin más escudo que el código de su fé, habíanse esparcido en casi todos los ángulos de la Península; y, más afortunados en la contínua victoria de su caridad ardiente que los soldados de Montejo en los brillantes triunfos de sus batallas campales, lograban con la llama de su celo, con la elocuencia de su palabra y con el fecundante riego de su propia sangre, atraerse á los moradores de las selvas é improvisar con ellos poblaciones cristianas; organizando así una sociedad naciente bajo las influencias de la religión civilizadora.

Uno de aquellos campeones de la fé era generalmente conocido con el nombre de Fray Diego, (1) y distinguíase por su acendrado amor del prójimo, cuyo fuego le comunicaba un tezón incansable en los laboriosos cuidados del misionero cristiano. En edad temprana todavía, de figura imponente y simpática, inclinados los ojos, talar el vestido, atada una cuerda al cinto, desnudos los piés y llevando en la mano á guisa de báculo ó de estandarte una alta cruz de madera; hé aquí el conjunto agradable que constituía, por decirlo así, la interesante persona de Fr. Diego. Así se le veía caminar siempre á pié y en diferentes direcciones; produciendo sus trabajos apostólicos frutos sobreabundantes en la naciente mies, pues su actividad era tal, que ora se veía aquí á Fr. Diego, y bien pronto se dejaba aparecer más lejos: ora se presentaba acá, ora también reaparecía allá. Era en fin como un hombre de milagros, siendo uno de sus más notables caracteres, la fe-

(1) Fray Diego de Landa.

cunda fluidez y filológica propiedad con que de su labio puro y elocuente hacía brotar en la maya más, castiza y pura, la expresión de sus nobles discursos dirijidos á los indios que iba á buscar para predicarles. Todos le veneraban y con sinceridad le amaban. Parecía entre las tribus indígenas como un sér sobrenatural, era su padre y apóstol, y como siempre llevaba en la mano una alta y esbelta cruz, era de todos conocido bajo el nombre de *El Misionero de la Cruz.*

CAPÍTULO II.

Welinna rechaza al misionero de la Cruz.

En una de sus piadosas peregrinaciones, fatigado y rendido, sorprendióle una vez á Fr. Diego la noche en la soledad de los bosques; y tendiendo su manto bajo la frondosa copa de un árbol, recostóse sobre él, conciliando bien pronto el sueño al blando soplo de las alas del serafín ardiente que acompaña á los misioneros. A poco de haber dormido, la luna esparció su apacible luz como lluvia de resplandeciente plata iluminando la frente del sacerdote, que despertó al punto como quien obedece á un aviso, y postróse á orar. De súbito escucha un grito casi á su lado; alza la vista y percibe no lejos de sí á una joven india que sobrecogida de terror no acertaba á dar un paso hacia adelante, ni hácia atras.

—No temas, hija mía, dijo el misionero con dulce acento, no temas que yo soy......

—Qué! interrumpió la joven. ¿No eres tú, señor, el dios de estos bosques cuyos misterios acaso imprudente he venido á turbar? Perdona por piedad á una desgraciada que no encuentra consuelos sobre la tierra. Me llamo Welinna; y Yibán, el hombre con quien me iba á desposar, me ha sido arrebatado para ser víctima sobre las aras del divino Kukulcan. Nueve años ha que ando errante por estos contornos, llamando en mi auxilio á los justos dioses; rogándoles que sean propicios á mi esposo, y apenas he logrado, ¡oh amargo consuelo! apenas he logrado que de las diez víctimas en que Yibán se contaba, el sacrificio de éste se halla retardado hasta el día fatal de mañana...... ¡mañana, aciago día

del noveno aniversario de la batalla de T-Hó......! Pero ¿serás tú por ventura ¡oh dios clemente de estos bosques! el destinado por misericordia especial del divino Kukulcan y del alto Ah-kinxoc, para salvar á mi esposo? ¡Oh, sálvalo por piedad, sálvalo!

—Pobre mujer, contestó profundamente conmovido el misionero, las absurdas ficciones de tus mentidas deidades ofuscan tu razón y empeoran tus aflicciones. En vano has clamado tanto tiempo elevando tus sentidas preces á dioses, que nunca han existido más que en la imaginación de los ilusos que los forjaron. También te has engañado al creer que encontrabas en mí un dios; pero has de saber, hija mía, que tienes en mí al ministro de un Dios infinito y omnipotente, del único y verdadero Dios. Cree pues, y tu fé te salvará; pide y recibirás. Confía, y ten por seguro que el Dios verdadero te ha traído aquí para revelarme tus dolencias y curarlas por mi medio. Empecemos porque tú renuncies á tus falsos dioses abrazando la religión verdadera, y concluiremos porque tu esposo vivirá para tí.

Al escuchar Welinna este lenguaje, reconoció al punto en el que había tomado por un dios, á un ministro del culto de los extranjeros, ministro de aquel Dios por cuya causa había peleado Yibán, y por cuyo motivo indignados los dioses nacionales le habían destinado á la piedra de los sacrificios. Ella de pronto no le había reconocido como á tal, porque era aquella la vez primera que veía á un ministro cristiano. Había visto, es verdad, al padre Hernández, pero clérigo secular coma era, y capellán de ejército, portaba un vestido que casi en nada difería del que llevaban los guerrèros. Por esto, pues, no podía menos que haberla sorprendido mucho, y áun tomar por un dios á aquel sacerdote católico, que en la soledad imponente y salvaje del lugar en que se hallaba, en su actitud, en su ropaje talar y en la Cruz con que estaba como íntimamente estrechado, se leían como los caracteres distintivos de un ser sobrenatural. Pero apenas supo la verdad, echó á correr desolada á lo largo del camino, y como acometida de un vértigo iba gritando:

—¡Derrámese mi sangre con la sangre de mi esposo sobre las aras de nuestros dioses, antes que admitir los peligrosos favores del Dios de los extranjeros......!

En vano Fr. Diego alzó la voz paro llamarla y persuadirla; por-

que rápida cual cierva montaraz desapareció como una sombra fugitiva en la lóbrega espesura de los bosques.

CAPITULO III.

WELINNA SE JUNTA Á YIBÁN EN LA DESGRACIA Y SACRIFICIO DE ESTE.

Amanecía el once de junio de 1550, noveno aniversario de la grande y última batalla que desgraciadamente sostuvieron los indios orientales con los conquistadores en el campamento de T-Hó. No olvidará el lector que aquellos diez prisioneros, que los soldados de Cocom llevaron consigo en su derrota, habían sido sentenciados á morir sucesivamente en los aniversarios de aquella infortunada acción; ofreciéndose sus corazones como hostias propiciatorias ante los dioses implacables de aquellas gentes. Habrá comprendido también el lector por las palabras de Welinna en su encuentro con el misionero, que Yibán era á quien había tocado en suerte ser el último que fuese inmolado entre sus compañeros de infortunio. Así, pues, el día que acabamos de decir que amanecía, era el mismo en que irremisiblemente el desgraciado amante de Welinna debía morir sacrificado, como lo había sido el primero de sus compañeros en el gran *Cuyo* de Izamal, y como uno por uno habían ido pereciendo los otros, en los diferentes puntos en que las circunstancias de la intranquilidad y de la fuga, permitían que se asentasen las errantes tropas de los Nachi-Cocomes, Kupules y Cochuaxes.

Este día hallábanse los indios reunidos en gran número en un lugar del territorio de los Kupules, el mismo según la historía, en que hoy se encuentra el pueblo de Dzitás, y por consiguiente en el que debía celebrarse el solemne sacrificio de Yibán, el último de los prisioneros.

Apenas rápido y fulgente el sol había asomado sobre el horizonte su hermoso disco, cuando ya los indios iban y venían á un gran circo, que en medio de un bosque se veía frente á la tienda de campaña del gran caudillo. En medio se alzaba una platafor-

ma en que se hallaba la gran estatua de Kukulcan, el dios de la guerra, y delante de ésta la enorme ara de los sacrificios. Más adelante un grueso madero firmemente sembrado en tierra, y atado contra él un hombre como de cinco ó seis lustros, de gallarda presencia y engalanado con adornos de hermosas flores y matizadas plumas. Aquel hombre era Yibán, era la infortunada víctima que después de nueve años de la más dura prisión, y después de nueve veces atormentado con el triste espectáculo del sacrificio de sus compañeros, habíale llegado por último su vez de subir á las aras ensangrentadas de una mentida deidad, á quien ya no adoraba desde sus conferencias con su amigo el capellán de los soldados cristianos.

(Concluirá.)

UNICO ALIVIO.

Cual terrible huracàn que se desata
Y sorprende á la nave en alta mar,
Así á mi corazón el infortunio
Sorprendió de mi vida en la mitad.

Nada logra el endeble marinero:
¿Quién refrena la sorda inmensidad?
El hombre en los combates de la vida
Debe resignarse y esperar.

JUAN DE DIOS PEZA.

LUISA.

POEMA

DEDICADO EN PRENDA DE RESPETUOSA ESTIMACION A UNA VIRTUOSA MADRE DE FAMILIA, LA SRA. TAMAULIPECA

Dª NATALIA SALDAÑA DE MONTESINOS.

Una esposa inmaculada es la principal aspiración doméstica de un hombre digno.

M. G. h.

I.

Era Luisa gentil y muy graciosa,
de verdes ojos y de altivo seno,
de labios encendidos cual la rosa
y *apiñada de color* moreno

Las ondas de su rubia cabellera
en rizo por su espalda descendían,
y la luz de sus ojos, traicionera,
sus pestañas larguísimas cubrían.

De su boca los húmedos corales
al placer incitaban y á los besos,
y en la red de sus gracias virginales
tenía siempre corazones presos.

Pero siendo inconstante en sus favores
y en cosas serias del amor, discreta,
á raya tuvo siempre los amores
de su brillante corte de coqueta.

II.

Allá en sus horas de profunda calma
cuando estudiaba á solas su conciencia
soñaba en un amor para su alma
con que llenar de flores su existencia.

Pero Luisa, vulgar y reducido
juzgó el amor de tantos amadores
y pensaba buscar para elegido
un hombre de idëales superiores.

¡En vano! Por doquier que dirijía
sus lindos ojos, con fastidio hallaba,
en vez de un noble amor, una elegía;
en vez de un hombre, un niño que lloraba.

Que no es efecto del amor muy raro
enervar los más duros caracteres,
y sólo al hombre en lágrimas avaro
se entregan como esclavas las mujeres.

Mas buscando entre aquellos un amante
que digno fuese de su amor objeto,
fijóse al fin su espíritu inconstante
en uno que ella tuvo por discreto;

que siempre altivo ante ella se mostraba,
pues nunca, si graciosa sonreía,
con halagüeñas frases alababa
de sus labios de miel la poesía;

ni tampoco, si hablando tentadora
descubría sus lindos piecesitos,

dejaba de mirar á la traidora
por ver sus broncëados zapatitos.

III.

Como el desdén á la mujer enfada
aun siendo del desdén la ofensa muda,
mostrarse pudo arisca y disgustada
para prestar á su beldad ayuda.

Pero en vano fingirle quiso enojos
para mover á tentación su pecho,
y en vano frases de sus labios rojos
salieron revelando su despecho.

¿Era que Alfredo sorprendido había
de tan loado sér en la hermosura,
la línea que destruye la armonía
y el conjunto feliz de una escultura?

¿Halló tal vez, al admirar los dones
de aquel cuerpo gentil tan celebrado,
afeadas las muchas perfecciones
por golpe del cincel poco inspirado?

"Le estimo á la verdad; pero no quiere
por necio orgullo aparecer mi amigo.
"El no sabe lo mucho que me hiere
su adusta seriedad para conmigo."

Estas y otras palabras de amargura
que Luisa confiaba á sus hermanas,
robaron á la niña la ventura
de despertar contenta en las mañanas.

Pues fija en el desaire que le hacía,
soñaba en sujetar bajo su yugo
á aquel cuya memoria le seguía
para ser de sus sueños el verdugo.

IV.

Una vez,—á la hora en que llegaba
Alfredo á hacerle su visita breve,—
á solas en su sala murmuraba
con un acento acongojado y leve:

"¡Por fuerza debe estar enamorado
y por eso se muestra tan esquivo!
¡Oh, cuántas ocasiones he notado
que llega á casa triste y pensativo!"

Y con acento de dolor exclama,
sollozando la pobre en su amargura:
"Debe ser muy bonita la que él ama
si lo hace indiferente á mi hermosura."

Mas sofoca su angustia pasajera,
y reclinada en el mullido asiento
de cómodo diván, se desespera
anhelando que llegue su tormento.

Hasta que todas, todas las visiones
que al par halagan con su amor su orgullo,
la engolfan del ensueño en las regiones
y amor le dice en el oído: ¡tuyo!

Mas cuando el ruido de sus pasos siente,
coje el lino en que borda mil primores
é inclina trabajando diligente
sobre el lienzo sus ojos soñadores.

No quiere, no, que al saludarla Alfredo
la vaguedad advierta de sus ojos;
de descubrir su angustia tiene miedo
y le oculta, bordando, sus sonrojos.

Tras el breve saludo de costumbre,
sentóse Alfredo cerca de la hermosa

sin sospechar la horrible pesadumbre
que esconde una actitud tan silenciosa.

Fué, por fin, el silencio interrumpido
por ella, que le dijo con dulzura:
"Ha tiempo que anda usted muy distraído,
y una amiga de vd. nos asegura

que es mal de amor el que le pone grave
y enojoso también con todo el mundo.
¿Qué dice vd., Alfredo?"—"Que vd. sabe
el secreto de mi alma más profundo.

Yo nunca quise que persona alguna
las penas descubriese de mi pecho,
porque es mi amor la nube que importuna
trae en su seno el huracán deshecho;

porque vivo mejor en la ignorancia
de un necio amor, sin ser correspondido,
y es premio que le han dado á mi constancia
la odiosa ingratitud y el negro olvido.

De entonces siento que mi vida entera
en abismos de horror se precipita,
que se extingue la luz de primavera
sobre mi frente que el dolor marchita."

—"Usted debe olvidar ese pasado
y buscar un consuelo en la ternura,
hallar la dulce fé que le han robado
y endulzar con cariño su amargura."

—"Es casi inútil, Luisa, que persiga
ese bello y risueño panorama;
estoy abandonado..."—"Soy su amiga,"
entonces Luisa con afecto exclama.

—"Sí, lo sé; pero nunca fué bastante
ese consuelo al infeliz que llora,
ebrio de loco amor y delirante,
olvido y desamor de la que adora.

"Necesito que alumbre mi santuario
el casto fuego de pasión ferviente,
y en un alma tener el relicario
de mi ternura juvenil y ardiente.

"Necesito querer y que me quieran
para olvidar las penas de mi vida,
para impedir que sin calor se mueran
los sueños de mi mente enardecida.

"Una alma necesito que comparta
mi placer, mi dolor, la desventura
de un necio visionario que se aparta
del norte de su dicha en noche oscura;

"y por doquiera que mi vista gira
no encuentro la verdad de mi deseo:
en vano, Luisa, el corazón delira...
¡Fingirme esa ilusión es devaneo!"

—"Tal vez exista, Alfredo, quien le quiera
y pueda consolarle en su quebranto;
no es tan breve y fugaz la primavera
ni son eternos el dolor y el llanto...."

Entonces la mamá, que estaba en misa,
la charla interrumpió con su llegada,
y en esta vez quedóse nuestra Luisa
sin acabar la plática empezada.

V.

"Seré yo la que cause los dolores
del cariñoso corazón de Alfredo?

¿Por qué si no me dijo sus amores
temblábale la voz de amor y miedo?

Pero no, pues llamaba el triste "ingrata"
á la mujer de su pasión sombría....
¡Este solo detalle desbarata
lo que necia forjó mi fantasía!

Que si me amara, fuera muy hermoso
verse mucho en sus ojos soberanos
y arreglarle el cabello tempestuoso
teniendo su cabeza entre mis manos;

escuchar su palabra dominante
que cuando habla de amor y de ternura
destella con sus frases el vibrante
dolor y la infinita desventura.

Yo quisiera saber si lo que sueña
mi triste corazón no es imposible,
y si en vano mi mente se despeña
al fondo de un abismo inaccesible.

Yo quiero que él me diga si me ama
como siento que le amo, con locura,
si se enciende en su espíritu la llama
que ante mis ojos sin cesar fulgura....

"Si me amas, te ofrezco eternamente
tu dulce amor guardar dentro del pecho..."
—la bella murmuraba dulcemente
tras la cortina de su blanco lecho.

....
....
....
....

Soñaba, cuando el sol por la ventana
trajo á sus ojos el fulgor del día,

mas, corriendo con fuerza la persiana,
cerrólos á la vez que sonreía.

¡Oh sueños del amor embriagadores!
si fuese así tan dulce el de la muerte,
¡cuánto ansiaran los tristes amadores
descanso hallar en el sepulcro inerte!

VI.

Siguió después de la entrevista aquella
en que Alfredo contóle su quebranto,
enamorada y triste la doncella
y á veces derramando acerbo llanto,

pues nunca pronunció desde aquel día
su amado la palabra de ternura
que Luisa murmuraba en la agonía
de sus sueños de amor y de ventura.

Notaba, sin embargo, en la aspereza
genial del grave Alfredo un cambio cierto,
y esto menguaba mucho la tristeza
de su cariño á la esperanza abierto.

Pasaban las semanas y los meses
y no cejaba en su pasión callada,
y hasta solía despertar á veces
recuerdos de su plática olvidada.

Pero tenáz Alfredo en su mutismo,
como en su asiento secular la roca,
ni aclaraba las sombras de ese abismo
ni rompía el silencio de su boca.

Y no valió que Luisa se mostrara
muy seria desde entonces con su corte,
y que su ligereza se cambiara
en circunspecto y recatado porte.

Ya no asomó su pié bajo la falda
ni fascinar á sus amantes quiso,
con la luz de sus ojos de esmeralda,
de su sala en el bello paraíso.

Todos luchaban por fundir el hielo
de su reserva imperturbable y fría.
¡En vano! pues la diosa de aquel cielo
en nube de tristeza se escondía.

Pero Alfredo—lo sé pues soy su amigo—
por conservar en Luisa su ascendiente,
mostrar desnudo el pecho al enemigo
no quiso cual los otros imprudente.

y firme como nunca en su presencia
á pesar de sentir que la quería,
atormentaba él mismo su existencia
ocultando el amor de que moría.

"¿Qué fé—me dijo el triste sollozante—
puedo dar á sus frases de ternura,
si las ha repetido á cada instante
á todo aquel que conquistar procura?

"¿Ni cómo quieres que consienta necio
en entregar mi amor y mi albedrío,
si es fácil que me pague con desprecio
la ardiente fé del sentimiento mío?

"A veces pienso que me quiere Luisa,
pero otras ¡ay! á mi pesar lo dudo;
me embriaga á veces su apacible risa,
me hiere en otras su desdén sañudo."

Luchando así con ciega desconfianza,
sin saber sus recíprocos amores,
los dos se alejan más de su esperanza
y más deshojan sus fragantes flores.

y articuló en sus labios un gemido
y las rugas contrajo de su frente;

y sintió condensarse en su memoria,
como las nubes que amontona el viento,
recuerdos dolorosos de su historia
ocultos en su triste pensamiento;

y miró que su cielo se enlutaba
bajo el capuz de su dolor profundo,
que en la tiniebla informe se agitaba
el monstruo de los celos iracundo,

y sobre el ala del dolor llevado,
el vértigo sintió de la locura,
y gimió como un niño abandonado
en el frágor de tempestad oscura.

¡Celos de ayer, temores del mañana!
¡Fantasmas del dolor fiero y sombrío...!
Sois huracán que tronza en la sabana
al árbol con su pompa y poderío,

y respetais la espiga miserable
que cede sin luchar á vuestro aliento,
que enlodada después y despreciable
se yerge sin pudor al firmamento.

A vuestro golpe se quebró su vida
y vuestra furia marchitó sus galas:
ya no la parda alondra entumecida
bajo sus ramas plegará las alas;

ya no la pompa de sus verdes ramos
se alegrará con el rumor del nido,
ni el himno entonará de los reclamos
el turpial es sus frondas escondido.

Tornado en hojarasca su follaje,
será ludibrio de encontrados vientos
que zumbarán con ímpetu salvaje
fingiendo como lúgubres lamentos.

Y cuando el viejo tronco carcomido
presa sea del hacha, solamente
le quedarán la nada y el olvido,
quemado al soplo de la llama ardiente.

....

....

Es preferible sucumbir sufriendo
á vegetar rastrero sobre el llano..
¡La leña, en el hogar se extingue ardiendo,
y la espiga se pudre en el pantano!

IX.

Alfredo, entonces, aceptó la pena
del íntimo dolor, eterno y mudo......
Si sangrando cayó sobre la arena,
se supo colocar sobre su escudo.

Y dominando altivo sus dolores,
á su adorada le escribió, temblando,
la palabra final de sus amores
que firmó como un loco y sollozando.

"Ayer, cuando sentí sobre mí pecho
temblar el tuyo de pasión henchido,
hallaba el mundo á mi pasión estrecho.

En tus brazos busqué para el olvido
el beso de tu amor noble y ardiente,
y te adoré frenético y rendido.

Tus dolores leí sobre tu frente,
y comprendí que ciega me querías
en tu palabra dulce y balbuciente.

Pero vendrán después aciagos días
y no podré borrar de mi memoria
mis insomnios de horror, mis agonías:

las huellas del pasado en nuestra historia
siempre serán de duelo y de quebranto
y enlutarán de nuestro amor la gloria.

Tendremos que pagar con triste llanto
la pena de no habernos comprendido
y el adorarnos con cariño tanto.

Vendrá la duda al pecho adormecido
y destruirá nuestra quimera loca
el soplo de su aliento corrompido.

Y si mi ardiente labio al tuyo toca,
sospecharé tal vez, horrorizado,
no ser el sólo que besó tu boca.

La imagen dolorosa del pasado
será de nuestras dichas el verdugo.....
¡y no quiero morir desesperado!

Rompamos, pues, el amoroso yugo
robando á la pasión que nos domina
de las raices el ardiente jugo.

Y si tu pena á maldecir te inclina
á aquel que tu ventura torna en duelo,
recuerda que el quebranto me asesina;

que en mi sufrir jamás tendré consuelo;
que prefiero tu enojo y mis dolores
á desgarrar de la ilusión el velo.

Yo, digno quiero ser de que me llores,
porque un amor celoso del pasado
es amor de las almas superiores.

Si yo cediera á mi pasión, menguado
me sintiera y vulgar ante tus ojos,
y prefiero morir sacrificado
ciñendo del martirio los abrojos."

. . . .

Cuando Luisa leyó la despedida
del hombre de su amor, del noble Alfredo,
sollozó de dolor sobrecogida
y ante la vida se sintió con miedo.

X.

En una tarde el sol por la ventana
entraba con el fresco de la brisa,
y viendo el cielo de color de grana
se moría de amor la pobre Luisa.

Y al expirar nos dijo tristemente:
"¡No sufriré ya más!... ¡Siento que muero...!
¡Sólo su beso desfloró mi frente....!
¡Se lo diré en la tumba, pues lo espero!

Mesa del Chorro, Junio de 1885.

MANUEL GONZÁLEZ (HIJO).

TOC.... TOC.... TOC...

ESTUDIO POR IVAN TUORGUENEFF.

(CONTINUA.)

X.

Permanecimos en esta actitud un cuarto de hora; él desviaba los ojos; yo le miraba y noté que los cabellos de su frente se rizaban de una manera particular. En opinión de un médico militar, por cuyas manos habían pasado muchos heridos, era este un signo cierto de calor y sequedad en el cerebro. Me ocurrió la idea de que la mano del destino pesaba, en efecto, sobre aquel hombre, y que sus camaradas tenían motivos para ver en él algo de "fatal." Mientras tanto, le condenaba en mi interior. "¡Una plebeya! decía yo; ¿y qué especie de aristócrata serás tú?"

—Me condenais quizás, Riedel, dijo de pronto Teglew, como si hubiese adivinado mi pensamiento. Yo mismo.... bien me pesa; pero, ¿qué hacer, qué hacer?

Apoyó su barba sobre la palma de la mano y se entretuvo mordiendo las uñas largas y planas de sus dedos cortos y rojos, fuertes como barrotes de hierro.

—Opino, Elías Stepanitch, que os es preciso aseguraros de la realidad de vuestros presentimientos.... Acaso vuestra amante se encuentra perfectamente de salud.

Luego pensé rápidamente. ¿Será necesario decirle la verdadera causa del ruido? No; más tarde.

—No me ha escrito una sola vez desde que estamos en el campo, observó Teglew.

—Eso no prueba nada, Elías

Teglew hizo con la mano un gesto negativo.... "No: ella no está en este mundo.... Me ha llamado...."

De repente volvióse hacia la ventana. "Ya llaman otra vez."

Me sonreí involuntariamente: "Dispensad, Elías, esta vez son vuestros nervios. Mirad, mirad el alba; dentro de diez minutos saldrá el sol; son ya las cuatro y los fantasmas no salen de día."

Teglew me dirigió una mirada sombría, y murmurando entre dientes un "adios," se acostó sobre el banco y me volvió la espalda.

Me acosté también, y recuerdo que antes de dormirme pensé que todas aquellas reticencias de Teglew querían decir esto: "Tengo la intención de matarme." ¡Qué absurdo! ¡Qué romanticismo! El mismo ha rehusado casarse, y después de renunciar á esto, se le antoja de pronto un suicidio. ¡Esto no tiene sentido común! ¡No puede remediarlo!

Después de la reflexión, me dormí profundamente; cuando abrí los ojos, el sol iba ya muy alto y Teglew no estaba en la cabaña. Su criado me dijo que había partido para la ciudad.

XI.

Pasé un día cansado y enojoso. Teglew no volvió á comer ni á cenar. Por otra parte, yo no esperaba á mi hermano. Al anochecer se formó una niebla aun más espesa que la de la víspera. Me acosté temprano. Al ruido de un golpe bajo mi ventana, desperté.

Ahora me tocaba á mí temblar.

El ruido se repitió, pero tan real, tan claro, que no era posible dudar de su realidad. Me levanté, abrí la ventana y ví á Teglew. Envuelto en un capote, con la gorra metida hasta los ojos, estaba de pié, inmóvil.

—¡Elías Stepanitch! exclamé; ¿sois vos? No os esperábamos ya. Entrad. ¿Acaso la puerta está cerrada?

Teglew movió negativamente la cabeza.

—No quiero entrar, dijo con voz sorda: quería solamente suplícaros que mañana entregueis esta carta al comandante de la batería.

Y me alargó, diciendo esto, un paquete cerrado con cinco sellos. Yo vacilaba, pero sin embargo, maquinalmente tomé la carta. Teglew se alejó en seguida, poniendo la mitad de la calle entre los dos.

—Eh, deteneos, esperad, le dije. ¿A dónde vais? ¿Ha llegado ya el momento? ¿Qué significa esta carta?

—¿Me prometeis entregarla? preguntó Teglew, alejándose aún algunos pasos.

La niebla desvanecía su sombra.

—¿Me lo prometeis?

—Os lo prometo.... pero primero decidme....

Teglew se fué perdiendo en la oscuridad como una gr n mancha sombría.—"Adios, dijo, adios, Riedel, no guardeis mal recuerdo de mí.... y no olvideis á Simeon...."

Y la mancha desapareció.

Esto ya era demasiado. "¡Oh, maldito fraseólogo! pensaba yo. ¿Es fuerza que siempre te empeñes en hacer efecto?"

A pesar de esto, experimenté una impresión penosa; un temor involuntario oprimía mi pecho. Me eché el capote á la espalda y salí.

XII.

¿Y á dónde ir? La niebla me envolvía por todas partes. A cinco ó seis pasos era todavía bastante clara; pero más allá se condensaba en una especie de muralla floja y blanca como el algodón en rama. Me dirigí hacia la derecha por una callejuela que terminaba allí, pues nuestra casa era la anteúltima. Más allá empezaba la llanura solitaria cubierta de algunos matorrales. En la extremidad de esta llanura, á cuatro verstas del lugar, existía un bosquecillo de abedules atravesado por el arroyo que un poco más abajo rodeaba al pueblo. Yo conocía muy bien estos sitios por haberlos visto de día muchas veces; pero entonces no distinguía nada, y sólo por el espesor y blancura más sensible de la niebla podía adivinar el punto donde descendía el terreno y corría el

arroyuelo. La luna parecía en el cielo una mancha pálida. Pero su luz no tenía como la noche precedente fuerza bastante para romper la espesura vaporosa de la niebla que estaba suspendida en lo alto como un basto telón mate. Entré en el campo y escuché; no se oía nada, como no fuese el silbido de algún chorlito que piaba de cuando en cuando.

—¡Teglew! grité. ¡Elías! ¡Stepanitch! ¡Teglew!

Mi voz se estinguió en torno mío sin eco, como si la niebla la hubiera impedido estenderse.

—¡Teglew! repetí.

Nadie respondió.

Seguí andando á la ventura. Dos veces tropecé con un vallado, otra vez estuve á punto de sepultarme en un hoyo. Luego caí sobre un caballejo rústico quo estaba tendido en el suelo.

—¡Teglew, Teglew! seguí gritando.

De repente, detrás de mí y á poca distancia oí una voz muy débil.

—Héme aquí.... ¿Qué me quereis?

Me volví bruscamente.... Ví delante de mí á Teglew, con los brazos colgando, la cabeza al aire, pálido, pero con los ojos animados y más grandes que de costumbre. Respiraba larga y fuerte mente á través de sus labios entreabiertos.

—¡Alabado sea Dios! exclamé en un acceso de alegría, y le cogí las dos manos. ¡Alabado sea Dios! Ya desesperaba de encontraros. ¿No teneis vergüenza de darme semejantes sustos? Pensad, Elías Stepanitch, que....

—¿Qué me quereis? repitió Teglew.

—Quiero.... quiero, en primer lugar, que nos volvamos juntos á nuestra cabaña; después, quiero, exijo de vos como de un amigo, que me expliqueis al momento lo que significa vuestra.... vuestra conducta y esta carta al coronel. ¿Os ha sucedido en Petersburgo algún lance inesperado?

—¿En Petersburgo? He encontrado justamente lo que yo esperaba, respondió Teglew sin moverse.

—¿Será.... es decir, que.... vuestra amiga, María?....

—Se ha matado, respondió Teglew con prontitud y con un aire siniestro: antes de ayer la han enterrado. No me ha dejado escrita una palabra; se ha envenenado.

Teglew pronunció estas horribles palabras como quien tiene prisa y sin hacer un solo movimiento.

Yo crucé las manos.

—¡Es posible! ¡Qué desgracia! Vuestro presentimiento se ha cumplido! ¡Eso es horrible!

Todo turbado me callé. Teglew se cruzó de brazos tranquilamente y con cierto aire de triunfo.

—Pero, repuse yo, ¿por qué nos estamos aquí? Volvamos á nuestro albergue.

—Volvamos, dijo Teglew. ¿Pero cómo encontrar el camino con esta niebla?

—Se vé una luz en las ventanas. Nos guiaremos por ella. Vamos

—Andad delante, respondió Teglew, ya os sigo.

Nos pusimos en marcha. Durante cinco minutos anduvimos sin ver la luz conductora. Al cabo dos puntos rojos brillaron á lo lejos. Teglew me seguía lentamente. Yo ardía en deseos de llegar á la casa y saber de su boca todos los detalles de su desgraciado viaje á Petersburgo. Impresionado con lo que me había dicho y en un acceso de arrepentimiento y de temor supersticioso, le confesé antes de llegar á la cabaña que yo era el autor del ruido misterioso de la víspera.... ¡Qué giro tan trágico había tomado aquella chanza!

Teglew se limitó á decir que yo no intervine en aquello para nada, que algún extraño impulso había dirigido mi mano, y que eso probaba únicamente lo mal que yo le conocía. Su voz, admirablemente tranquila é igual, resonaba cerca de mi oído. "Pero ya me conocereis," añadió, "os ví sonreír ayer cuando os hablaba de la fuerza de la voluntad.... Ya me conocereis y os acordareis de mis palabras."

La primera cabaña del villorrio surgió de entre la niebla entre nosotros como una sombría aparición; luego vimos aparecer la segunda, la nuestra, y ladró mi galgo, reconociéndome probablemente por el olfato.

Llamé á la ventana.—¡Simeón! grité al criado de Teglew, ¡eh! Simeón, abre pronto la barrera.

La barrera, empujada bruscamente, tropezó en la empalizada y se balanceó. Simeón la sostuvo.

—Elías Stepanitch, entrad, dije, y me volví....

No estaba ya Elías Stepanitch detrás de mí. Teglew había desaparecido como si le hubiera tragado la tierra.

Entré en la casa completamente descorazonado.

XIII.

Un vivo descontento contra Teglew, contra mí mismo, reemplazó á la consternación que en los primeros momentos se apoderó de mí. "¡Tu amo es loco, dije bruscamente á Simeón, positivamente loco! Ha ido á galope á Petersburgo; después ha vuelto y luego se ha echado á correr por esos campos. Vuelvo á encontrarle, le traigo hasta la puerta y ¡pif! se escapa de nuevo. ¡Con una noche como esta, quedarse fuera de casa! ¡Bonito tiempo ha elegido para pasearse!

—¿Y por qué le he soltado la mano? me preguntaba yo á mí mismo pesaroso.

Simeón me miró silenciosamente, como si quisiera decirme alguna cosa. Pero, según la costumbre de los criados de aquel tiempo, se contentò con un leve pataleo.

—¿A qué hora salió para la ciudad? pregunté con seriedad.

—A las seis de la mañana.

—¿Y parecía preocupado ó triste?....

Simeón bajó los ojos.

—Mi amo es un hombre particular. ¿Quién es capaz de comprenderle? Al partir para la ciudad, ha pedido su uniforme y se ha rizado.

—¿Cómo rizado?

—Se ha rizado el pelo. Y yo le he preparado los hierros. Debo confesar que no esperaba esta salida.

—¿Conoces tú á una señorita, pregunté á Simeón, amiga de Elías Stepanitch, que se llama María?

—¿María Anempodistovna? ¡Pues no la he de conocer! es una linda muchacha.

—Tu amo está enamorado de ella, y por consiguiente....

Simeón suspiró.

—Es por esa señorita por quien Elías Stepanitch se perderá, porque la ama locamente, mas no se decide á casarse, y renunciar

á ella, también le cuesta. Eso consiste en su debilidad. La ama verdaderamente mucho.

—¿Y.... es bonita? dije yo con curiosidad.

Simeón se puso sério.

—A los señores les gustan así.

—¿Y á tí, qué te parece?

—A nosotros, no nos convienen esas cosas.

—Pues, ¿por qué?

—Es muy delgada.

—¿Y si se muriera, repuse, crees tú que Elías Stepanitch la sobreviviría?

Simeón suspiró otra vez.

—Nosotros no entendemos de eso. Esas son cosas de ustedes. Pero mi amo es muy particular.

Tomé de la mesa la carta, bastante abultada, que me entregó Teglew y la miré. La dirección expresaba los títulos, el nombre y apellido del coronel, cuidadosa y minuciosamente escritos. En el ángulo superior del sobre se distinguía la palabra URGENTE, subrayada dos veces.

—Escucha, dije á Simeón. Temo por tu amo. Creo que ha concebido algún mal designio. Es necesario absolutamente que vayamos á encontrarle.

—Està bien, señor, respondió Simeón.

—Verdad es que hay tanta niebla por ahí fuera, que no se vé nada á dos pasos. Pero no importa; es preciso intentarlo. Tomaremos cada uno una linterna, y por si á caso, pondremos una luz en cada ventana.

—Está bien. señor, repitió Simeón.

Encendió las linternas, colocó las luces y salimos.

(Concluirá.)

LA EMBOSCADA.

MICKIEWICZ.

POEMA COSACO.

¿Por qué de la luna al brillo
Furioso deja el barón
El ca lado pabellón
Del parque, y hácia el castillo
Va con precipitación?

Víctima de un frenesí
Llega hasta el lecho, levanta
La cortina carmesí,
Y mira, y tiembla y se espanta
Al ver que no hay nadie allí.

Baja la vista afanosa,
Doblegándose al azote
De los celos, que le acosa,
Y con mano temblorosa
Acaricia su bigote.

Después de reflexionar
Breve instante, de cruel

Duración á no dudar,
Al punto manda á llamar
A Naürna, el cosaco fiel.

—¡Cosaco!—grita exaltado,
¡Cómo no vé tu Señor
En la puerta del pastor,
Ni vigilante criado
Ni podenco gruñidor!

Coge mi morral de piel
De nutria. ¡Voto á Luzbel
Que ya el coraje me inquieta!
¡Mi fusil! Tráete con él
Mi reluciente escopeta.

Con las armas y el coraje
Que le roe el corazón,
Cruza el oscuro ramaje
Donde se alza el pabellón
Escondido entre el follaje.

La luna en lo alto fulgura,
E ilumina sobre un banco
Tapizado de verdura,
De una joven la figura
Envuelta en un traje blanco.

Ocultan sus ojos bellos
Los bucles de sus cabellos,
Que bajan desde la frente
A morir en el turgente
Seno que se envuelve entre ellos,

Y con mano mal segura
Rechaza, fingiendo enojos,
La insistencia y la ternura,

De un joven que su hermosura
Está adorando de hinojos.

—¡Oh!—la dice.—¿Mi dolor
No consuelas? Tu albedrío,
Tus miradas y tu amor,
Todo lo que antes fué mío,
¿Lo ha comprado tu señor?

¡Y yo, que cual ves aquí
A tu amor rindo mi sér,
Que lloro con frenesí,
Viviré lejos de tí....?
¡Si es vivir el padecer!

El no ha sentido esa lava
De amor; más llega altanero
Y triunfa, y de ello se alaba,
Y tú eres sólo una esclava
Comprada con su dinero,

¡Posible es que tal tibieza
Halle en tí mi queja leve!
¡Que la dejes, si él se atreve
A reclinar su cabeza
Sobre tu seno de nieve!

Yo, á pesar de tus reproches,
Sujeto á tu voluntad,
Envuelto en la oscuridad,
Vendría todas las noches
Con calma ó con tempestad.

Sólo á verte, amada mía,
A oír el dulce sonido
De tu voz, que me extasía,
Y después de haberle oído,
Más contento partiría.

Callóse el joven amante,
Hecho el corazón pedazos;

Ella le mira anhelante;
Resiste..... pero no obstante,
Le abre al fin los tiernos brazos.

En tanto el barón adusto
Devora la pena amarga
Que el pecho cruel le embarga,
Y oculto tras un arbusto
Pone al fusil doble carga.

—¡Señor!—le dice el cosaco,
No sé que demonio ahora
Me ciega, ¡voto al dios Baco!
Yo no mando bala y taco
Sobre esa joven que llora.

Por más que con mano inquieta
El gatillo estoy doblando,
Una gota mal sujeta
Ha caído en la cazoleta,
Desde mis ojos rodando,

—¡Satanás cargue en seguida
Con tu necia compasión!
De limpiar la piedra cuida;
Muda el cebo, y por tu vida
Que apuntes al corazón.

Yo me encargo de ese vil,
Castigaré su torpeza
Metiéndole en la cabeza
La carga de mi fusil.
¡Ahora....buen ojo.... y firmeza!

El cosaco se prepara,
Apunta con atención,
Cede el gatillo..... dispara......
Y cae inerte el barón
Con todo el tiro en la cara.

JAIME MARTI-MIQUEL.

HISTORIA DE WELINNA

LEYENDA YUCATECA

POR DON CRESCENCIO CARRILLO Y ANCONA.

(CONCLUYE.)

Ultimo prisionero como era el amante de Welinna, y los indios casi sin esperanza alguna de lograr otros, iban como á cebar en él toda su exquisita crueldad y barbárie, tanto más cuanto que habían comprendido que profesaba la religión de los extranjeros. Por lo mismo, habíase dispuesto que adornada toda la plaza como en un día de festividad solemne, y constituida la víctima en medio, del modo que llevamos dicho, fuese lentamente atormentada, disparándole de tiempo en tiempo agudas y certeras flechas, hasta que llegado el momento supremo de espirar, fuese violentamente subida á la piedra de los sacrificios, donde habriéndole el pecho con el cuchillo sagrado se le arrancase el corazón, que el sacerdote inmolador ofrecería al supuesto dios; derramando al mismo tiempo en libación sagrada el torrente de sangre, y rociando con la misma á la estatua y á la muchedumbre agolpada en derredor.

Welinna estaba allí, y al llegar la hora señalada para empezar el tormento, desprendióse como por fuerza de los brazos de su anciana madre, que constantemente la acompañaba, y fué á encade-

narse con sus propios brazos en el cuello de la adorada víctima gritando á los verdugos:

—En lugar de una víctima ¡oh señores! tendreis dos; porque yo vengo voluntariamente á ofrecerme en sacrificio á los dioses inmortales......

—Tanto mejor, exclamó aquella bárbara multitud, tendremos en efecto dos víctimas en lugar de una: nuestros dioses están sedientos de sangre, y esta doncella debe ser un agradable sacrificio.

Una sensación de la más acerba pena experimentó en aquel momento el desgraciado Yibán; que brotando de sus ojos dos gruesas lágrimas todo conmovido exclamó:

—Por nuestro amor, Welinna mía, no vengas á redoblarme así, en estos instantes, los dolores de tan violento martirio......

—Querido mío, replicó la tierna amante, tu vida es mía y mi vida es tuya, ¿cómo, pues, el sacrificio de tu existencia no lo ha de ser también de la mía?.... ¿Crees que sobreviviendo á tu tormento mi vida no sería un tormento mayor que el tuyo....? Tú has ofendido á los dioses abandonando su culto y abrazando el de los extranjeros. Y hé aquí por eso cómo ellos te abandonan y cómo te castigan. Pero yo vengo á unir mi suerte con la tuya, y ojalá que mi sacrificio haga aceptable el que ahora de tí mismo exijen.

—¿Cómo podré yo, dulce amiga mía, replicó el mancebo, soportar la pena de ver correr tu sangre...... verte espirar.... sufriendo un tormento que no ha de tener en el otro mundo el mérito del mío? Pues has de saber, Welinna mía, que el nuevo culto que yo he abrazado, el culto cristiano, no es un culto extranjero para ningún pueblo de la tierra, porque es un dón que el cielo le ha hecho á la tierra toda, es el auxilio de Dios en favor de la humanidad entera. Los falsos dioses no tienen poder alguno sobre nosotros. Y si el verdadero Dios me sujeta á estas pruebas, á estos crueles padecimientos, sus razones tendrá aunque yo no las comprenda, y de todos modos yo adoro sus designios. Sin embargo, yo me aflijo por tí. ¡Oh cómo el cielo se dignara escuchar mis plegarias por tí, concediéndote la gracia de la fé divina que á mí me ha concedido, y en fin, que santificada mi unión contigo por el vínculo sacramental del matrimonio cristiano, pudiésemos entonces morir como esposos, ahora ó cuando mejor á Dios plugiese! Mas ya que

esto no me es dado, aléjate por Dios de aquí, Welina, aléjate, aléjate......

—Vida de mi corazón, luz de mis ojos, tu razón se extravía. Déjame, déjame..... ¿Pues acaso no ha de ser un consuelo para nosotros el ver desde aquí extenderse el arco y venir silbando la aguda flecha que á un tiempo ha de atravezar nuestros corazones, quedando para siempre unidos en la región de los espíritus, en el misterioso país de los dioses inmortales? Ay! sí: en una misma flecha quedarán engarzados nuestros corazones, al mismo tiempo que, en tierno ósculo de amor, nuestros postreros alientos se exhalarán como fundidos en uno, y no pararán su vuelo hasta el trono del dios del amor, del divino Ah-kin-xoc.

Dijo, y una horrorosa grita de la multitud que les rodeaba les dejó como ensordecidos. El siniestro son de los tunkules dejose escuchar á la vez como nunca lúgubre y desapasible, y formóse luego frente á la desdichada pareja la fila de los arqueros martirizadores. El gran caudillo bárbaramente regocijado y placentero, como una bacante que cree disfrutar del alto honor de concurrir à un banquete de los dioses en el Olimpo americano, donde aspira suavísima ambrosía y sorbe en copas de oro y de piedras preciosas delicioso néctar, sale al frente, y levantando su espada de pedernales y dando en alta voz la primera orden, al punto todos con uniforme movimiento sacan de sus aljabas grandes y voladoras flechas, que cada uno cruza con su arco entezado.

Yibán y Welinna, cierran los ojos, y aguardan oír con mortales estremecimientos el silbar de las flechas, que á la segunda orden, hendiendo veloces los aires, vendrían á enclavarse en sus agonizantes pechos.

....

CAPÍTULO IV.

EL MISIONERO DE LA CRUZ SALVA Á LOS DOS AMANTES Á QUIENES BAUTIZA Y UNE EN MATRIMONIO.

Cuando el gran caudillo abría los labios para dar la segunda y última orden, y los guerrero-verdugos alzaban sus arcos para lan-

zar sobre las víctimas sus mortales tiros; cual súbita aparición de sobrehumano ser, un hombre de mirada penetrante y austera, rodeada su noble frente de una auréola de resplandor inefable y vestido de largo ropaje azul sujeto con blanquísimo cordón al cinto, se presenta grave, sereno é imperturbable en la escena, levantando su alta Cruz de negra madera, y pronunciando con voz sonora é imponente unas palabras (1), que ininteligibles y profundamente misteriosas para aquella muchedumbre, déjala toda estupefacta y confundida; no sabiendo como explicarse la naturaleza de aquel personaje, ni el sentido de aquellas palabras, que sin saber por qué secreta virtud, les obligaba á estar quietos, erizados los cabellos y enteramente embargados.

Dirígese el desconocido á la atada víctima, desátala, y subiendo á la plataforma derriba en tierra la estatua de Kukulcan, siembra en su lugar la Cruz que lleva en la mano, y desde aquella altura despliega sus labios y dirige á tan extraño auditorio un discurso en la maya mas expresiva y elocuente; reprobando el uso bárbaro de los sacrificios humanos.

Aquella multitud de infieles ¿por qué no se agitó con el fuego de sus antiguas pasiones y añadió á las víctimas de sus sacrificios la persona del indefenso misionero que así había osado sorprenderles? No; porque un influjo celestial les había subyugado; y

---

(1) *Ecce Crucem Dómini, fúgite partes adversæ:* "Hé aquí la Cruz del Señor, alejaos de su presencia, retiraos avergonzadas potestades del mal." Tales eran las palabras con que el célebre misionero Fr. Diego de Landa se presentaba entre las tribus salvajes, sorprendiéndolas á veces en medio de la pompa bárbara de sus sacrificios idolátricos. Que en el lugar que ahora se conoce con el nombre de Dzitas se haya presentado con su Cruz y sus misteriosas é influyentes palabras, salvando como por una especie de milagro à un joven indio que estaba ya atado para el sacrificio, es un hecho auténtico que exornado constituye el fondo histórico de nuestra Leyenda. Véase la "Historia de Yucatán" por López de Cogolludo, tomo 1.° lib. 5.,° cap. 14.—Fr. Diego de Landa es célebre en nuestra historia, si bien es cierto que su fama pura é intachable como misionero, ha merecido como provincial y como obispo, que màs adelante llegó á ser, calificaciones injustas y siniestras por parte de sus censores. El Sr. Dr. D. Jerónimo Castillo en las "Efemérides hispano-mexicanas" del "Repertorio Pintoresco" pág. 344 dice así: "Muere en Mérida (29 de abril de 1573) el segundo obispo que gobernó la diócesis de Yucatán, D. Fr. Diego de Landa. Como este fué uno de los más célebres personajes de la historia antigua del país, recomendamos mucho la lectura de su biografía, la cual puede verse en el tomo 1.° del "Registro Yucateco" pág. 72, y en "La Guirnalda" pág. 66. A esta última se acompaña un retrato litográfico de aquel prelado.

Fr. Diego, (que no era otro el personaje súbitamente aparecido), les hizo contenerse, como en otro tiempo aquel Pontífice de Roma, que constituido en las puertas de la ciudad eterna hizo retroceder con solo su palabra la invasión de un ejército de bárbaros. ¡Tanto es así el poderoso influjo de la elocuencia cristiana! La palabra del humilde misionero en aquellos solemnes instantes era como un manantial de agua viva que cayendo de una alta roca en impetuoso torrente arrastra en su curso todos los obstáculos que encuentra.

Los indios que callaban al principio por el inesperado asombro que les causara la repentina presencia de este personaje, que les era absolutamente desconocido, ya callaban por respeto y por recogimiento; siendo tal al fin la silenciosa actitud de todos, que poco á poco y como sin sentirlo, fueron dejando los resortes de su corazón y de su inteligencia, á merced del orador, cuya unción vehemente hería las fibras más delicadas con una intensidad tan irresistible y vigorosa, como las ondas del mar cuando mas hirvientes y espumosas vienen con mayor fuerza á estrellarse en la orilla, dejando cada vez más blancas y puras las arenas.

Y no solo se contentó el misionero con reprobarles los sacrificios humanos, mas demostróles también con harto poderosas razones, que estaban en obligación imprescindible de conocer, amar, temer y servir al solo Dios verdadero, infinito, omnipotente, principio y fin de todas las cosas, premiador de los buenos y castigador de los malos, y cuya justicia airada tronaba amenazante sobre ellos por no haberle reconocido, y por la muerte injusta de aquellos inocentes jóvenes. Díjoles que conociesen que la majestad de aquel Dios único que les anunciaba, le había enviado á él en aquella ocasión oportuna para que no cometiesen tamaña maldad: declaróles los portentosos secretos de la misericordia divina hacia el hombre; que el Eterno Padre envió á su Unigénito Hijo al mundo hecho hombre, para que nos redimiese, y muriendo, nos alcanzase así la vida eterna; que solamente el Dios que les predicaba podía dar aquella en el otro mundo como nos ha dado la temporal que ahora tenemos en éste; que sus falsos dioses ni la podían dar ni quitar, porque el ángel de las tinieblas á quien adoraban en aquellas inanimadas estatuas de ídolos, les sugería que unos á otros se quitasen la vida sacrificándose en su culto, para que más presto se

llevase sus almas á los tenebrosos antros del averno, donde padeciesen en su compañía eternos é indecibles tormentos.—

Cuando la voz irresistible é insinuante del misionero dejó de escucharse, el auditorio que hasta entonces había estado tan silencioso y suspenso que casi parecía no haber tenido ni movimiento ni respiraciòn, empezó á agitarse en suave y tranquilo murmullo, como cuando los céfiros rizan blandamente la superficie de un lago cristalino y mecen dulcemente sobre sus verdes tallos las flores de un ameno verjel. Porque todos los entendimientos se sentían firmemente convencidos, los corazones profundamente movidos, y los entendimientos y corazones á un tiempo deleitosamente arrobados al brillo expléndido de aquellas nuevas verdades.

El triunfo, pues, era seguro: la dulce miel de la elocuente persuación se había inoculado en los ánimos de los bárbaros de tal suerte, que ellos mismos pidieron con encarecimiento un catequismo mas detenido para abrazar la nueva religión; renunciando desde luego las ficciones de su mitología.

Y Yibán que, desde nueve años antes, estaba con voluntad firme y decidida de recibir sobre su frente las aguas vivificantes del sacramento regenerador, y que con el maravilloso incidente que acaba de ocurrir tan inesperada como favorablemente para él, debía sentirse aun más que ninguno otro obligado, pues veía escuchadas sus plegarias y sentía arder en su pecho la llama de una fé tanto más vigorosa cuanto más probada había sido, postróse á los piés de su salvador, y así en esa actitud, á vista de su querida Welinna y de toda aquella muchedumbre que le contemplaba como el blanco principal de una celeste embajada, refirió con patético acento su historia, la misma que ya sabe el lector.

Acabó de hablar, y tomándole de la mano el misionero, le alza del suelo; y dirigiéndose á Welinna, en quien ya había conocido á la mujer que en la noche anterior se le apareciera en el bosque, la dice:

—Welinna, en el nombre del Dios verdadero, yo te devuelvo á Yibán. ¿Preferirás ahora á los favores del Dios de los cristianos el derramar tu sangre con la sangre de tu prometido esposo, sobre las aras de los falsos dioses?

La joven india había caído de rodillas, y cual otra pecadora arrepentida á los pies de Jesucristo, riega con sus lágrimas y en-

juga con sus cabellos los piés de Fr. Diego, y llena de profundas emociones exclama:

—¡Yo he maldecido al Dios de los cristianos, y él me paga ahora con grande é inesperada ventura....! Pero ay! si en su adorable justicia quisiera para castigo de mis culpas arrebatarme de nuevo el objeto de mis suspiros; aun así, yo lo juro, siempre procuraría ser fiel en su amor y en su servicio; porque ya le conozco y confieso como único Dios verdadero......

A estas palabras, Yibán lanza un grito como de triunfo, y lleno de indecible alegría, toma entre las suyas las manos de Welinna, y exclama á su vez fijando sus suplicantes miradas en el misionero:

—¡Sacerdote del Altísimo, ministro del Crucificado, en el nombre de ese Dios verdadero que anunciais y cuya fé ya profesamos, bautizadnos...... desposadnos......

El misionero les sonrió y les bendijo.

Pocos días después, Yibán y Welinna fueron bautizados y unidos luego con el vínculo sagrado del matrimonio.

Y citábaseles como modelos de católicos virtuosos, al mismo tiempo que todos admiraban cómo el celo de un misionero, había formado en breves instantes de un ejército de bárbaros, un pueblo de sumisos adoradores del Dios del cielo y Redentor del mundo.

MADRID.

(VERSIÓN LIBRE DE ALFREDO DE MUSSET.)

A mi querido amigo Joaquin Trejo.

Madrid, princesa de las Españas
En tus floridas verdes campañas
Que el sol que mata sus resplandores
Envuelve en leves, nácares tules,
Brillan radiantes y encantadores
Ojos muy negros y ojos azules.

Ciudad hermosa de las verbenas,
De los romances de amantes penas,
De las tapadas, los galanteos,
¡Cuántos piés blancos como jazmines
Huellan las flores de tus jardines,
Alzan el polvo de tus paseos!

Ven en la plaza tus picadores
Mil rebocillos provocadores,
Mil blancas manos que palmotean
Cuando tus toros, embravecidos

La arena escarban, el lomo arquean,
Braman, embisten, y huyen heridos.

Ven los luceros en tus callejas
Furtivas sombras junto á las rejas,
Ven embozados tus caballeros,
Ven que de prisa y enamoradas
La oscura calle cruzan tapadas
Damas que llevan sus escuderos.

Madrid, asilo de la ventura,
Madrid, emporio de la hermosura,
Calado alcázar que maravillas
Con tus palacios y tus jardines,
Las blancas blondas de las mantillas
Y el negro razo de los chapines.

Todas tus rubias y tus morenas,
Las que caminan de gracia llenas,
Cimbrando el talle, la cara ufana,
Juntas no valen lo que un cabello
De aquellas crenchas que sobre el cuello
Deja caídas mi sevillana.

Es una blanca, rubia española,
Joven y viuda, que vive sola.
—Calle escondida, vetusta casa,
Portón ferrado, dueña que cela.—
Si el rey la ha visto y amor le abrasa,
No fie en el oro de su escarcela.

Llame y...... aguarde si así lo quiere,
Llame cien veces, y desespere:
A todas horas silencio grave,
Calle desierta, puerta cerrada;
Pero si llego, mi enamorada
Quita el cerrojo, tuerce la llave;

Porque me arrulla cuando me besa,
Porque es la blanca rubia princesa
Que ha coronado mi fantasía,
Agil, flexible, siempre nerviosa,
Demonio y ángel, avispa y rosa,
Donaire y fuego de Andalucía.

Cae en mis brazos y se estremece,
Beso sus ojos y desfallece;
Con soplo ardiente su pecho late,
Rompe violenta los dulces lazos,
Y en las delicias de tal combate
Huye y se escapa de entre mis brazos.

¿Qué me hizo dueño de su hermosura?
¿Qué me ha valido tanta ventura?
Mi árabe y negra cabalgadura,
Su casco de oro, su estampa real......
Mis alabanzas para Sevilla......
Mis cumplimientos á su mantilla,
Y aquella dulce miel con vainilla
De aquella tarde de Carnaval.

AGUSTIN F. CUENCA.

TOC.... TOC.... TOC...

ESTUDIO POR IVAN TUORGUENEFF.

(CONCLUYE.)

XIV.

Difícil me sería referir las veces que equivocamos el camino y que nos vimos perdidos. Las linternas no nos servían de nada. No se conseguía con ellas desvanecer, ni poco ni mucho, la bruma blanca y casi clara que nos envolvía. Simeón y yo nos perdimos muchas veces el uno al otro, á pesar de nuestras exclamaciones repetidas; yo gritando "¡Teglew! ¡Elías Stepanitch!" y él diciendo "¡Señor amo! ¡Señor!"

La niebla nos turbaba de tal suerte, que vagábamos como en un sueño. Los dos nos pusimos roncos; la humedad nos penetraba hasta el fondo del pecho. A pesar de todo y gracias á las luces colocadas en las ventanas, pudimos volver á la cabaña. Nuestras pesquisas en común no tuvieron resultado. Nos estorbábamos el uno al otro, y resolvimos no pensar otra vez en no perdernos, sino en ir cada uno por su lado. El se dirigió hácia la izquierda; yo hácia la derecha, y pocos momentos después cesé de oír sus voces. La niebla, según me pareció, había penetrado hasta mi cerebro: yo vagaba errante y como perdido, limitándome á gritar: ¡Teglew! ¡Teglew!

—¡Héme aquí! respondió de repente una voz.

¡Por Dios, que me consideré dichoso! Me precipité con avidez hácia el sitio de donde venía la voz. Una forma humana se dibujó débilmente ante mi vista como una mancha negra. Corrí hácia ella.... ¡Por fin!....

Pero en lugar de Teglew, me encontré con otro oficial de la misma batería llamado Telepnew.

—¿Sois vos quien me habeis respondido? le pregunté.

—¿Sois vos quién me habeis llamado? dijo á su vez.

—No: he llamado á Teglew.

—¿Teglew? Acabo de encontrarle ahora mismo. ¡Hace una noche bestial! ¡no hallo medio de entrar en casa!

—¿Habeis visto á Teglew? ¿Por dónde iba?

—Por allí, me parece, dijo el oficial, indicando vagamente una direccion. Pero ahora ya no es posible reconocer sus huellas. Vos mismo ¿sabeis dónde está el pueblo? No hay más que una probabilidad de acierto; la de oír ladrar algún perro. ¡Qué noche tan estúpida! ¿Me permitís encender mi cigarro? Me parece que un cigarro alumbra un poco el camino.

Por lo que yo pude conjeturar, aquel oficial estaba un poco alegre.

—¿Y no os ha dicho nada Teglew?

—Sí tal: Yo le he dicho "Camarada, buenos días," y él me ha contestado "Adios, camarada."—¿Cómo adios? ¿Por qué adios?—"Sí, me ha dicho, me voy á pegar un pistoletazo." ¡Qué original! Me faltó la respiracion.

—¿Decís que os ha respondido?......

—¡Qué original! repitió el oficial, y se alejó de mí.

No había yo vuelto de la impresión que me produjo la respuesta del oficial, cuando mi nombre, fuerte y repetidamente pronunciado, llegó á mi oído. Reconocí la voz de Simeón.

Le contesté y se me acercó.

XV.

—¿Y bien? ¿Has encontrado á Elías Stepanitch?

—Sí.

—¿Dónde?

—Ahí, muy cerca.

—¿Cómo le has encontrado?.... ¿Vivo?

—¡Pardiez! ya lo creo; como que le he hablado. Ya estoy tranquilo. Está sentado bajo un árbol, envuelto en su capote.... y nada más. Le dije: "Elías Stepanitch, haced el favor de entrar en casa. Alejandro Riedel está muy inquieto por vos." Y me ha respondido: "¿Y por qué se halla inquieto? Tengo ganas de respirar el aire libre. Me duele la cabeza. Vete á casa: ya iré luego."

—¿Y le has dejado? exclamé yo juntando las manos

—¿Y qué hacer? Me lo ha mandado. ¿Cómo era posible que yo me hubiera quedado?

Todos mis temores reaparecieron á la vez.

—Condúceme hácia donde está.... ¡Pronto! ¿Oyes? ¡En seguida! ¡Ah, Simeón, Simeón. no esperaba eso de tí! ¿Dices que está muy cerca de aquí?

—Muy cerca. Allí, donde empieza el bosque.... está sentado á dos *sagenas* (1) nada más del río. Yo he tropezado con él, siguiendo toda la orilla.

—¡Vamos, anda, guíame!

Simeón tomó la delantera.—"Por aquí. ¿No veis? No hay sino seguir el río, y allí.... en un instante....

Pero en lugar de encontrar el río, nos hallamos al borde de un barranco, en frente de un tinglado vacío.

—¡Eh, deteneos! exclamó de pronto Simeón. Creo que hemos tomado muy á la derecha. Volvamos un poco por este lado.

Volvimos á la izquierda y fuimos á dar en un matorral tan espeso, que nos costó trabajo salir de él. Por lo que yo recordaba, no existía ningún zarzal tan grande en las inmediaciones del lugar. Después vimos al punto cabrillear á nuestros piés un pantano cubierto de manchas de musgo que tampoco había yo visto nunca. Nos volvimos atrás y se elevó ante nosotros un montículo de áspera pendiente coronado por una cabaña de la que parecía salir una especie de ronquido. Llamamos repetidas veces Simeón y yo al habitante de la cabaña. Alguna cosa se agitó en el fondo, la paja se movió y una voz ronca lanzó el grito de los vigilantes

(1) Medida rusa de longitud, que equivale próximamente á siete piés. La versta tiene 500 sagenas. ó sea un kilómetro.

nocturnos. Nos volvimos de nuevo.... ¡la llanura! ¡la llanura! ¡nada más que la llanura!

Me acometieron en este momento fuertes ganas de llorar. Me acordé de las palabras del bufón en *El rey Lear*: "Esta noche acabará por volvernos locos á todos."

—¿Y á dónde dirigirnos? pregunté con angustia à Simeón.

—Ya lo veis, señor. Yo creo que algún espíritu maligno se mezcla en todo esto, respondió el pobre hombre completamente desorientado. Este es un asunto poco claro.......

Iba yo á irritarme contra él.... cuando un sonido débil, pero distinto, que llegó á mi oído, absorbió toda mi atención. Pareció el ruido que produce un corcho sacado de una botella de boca estrecha. Este sonido se produjo, sin duda, cerca de mí. ¿Por qué me pareció que aquel sonido tenía algo de particular y de extraño? No puedo decirlo; pero me dirigí en seguida hacia el sitio donde yo le oí.

¡Simeón me siguió! Al cabo de breves instantes, una sombra ancha y alta apareció vagamente á través de la niebla.

—¡El bosque! ¡Aquí está el bosque! exclamó alegremente Simeón: ¡mirad! mi amo está sentado todavía bajo el abedul.... donde yo le he dejado. ¡Sí, él es!

Miré y en efecto; un hombre estaba sentado en el suelo al pié de un abedul, replegado sobre sí mismo en una actitud extraña. Me adelanté velozmente hacia él y reconocí el capote de Teglew, su rostro, su cabeza inclinada sobre el pecho.—¡Teglew! exclamé... pero no respondió.

—Teglew, repetí, poniéndole la mano sobre el hombro.

Se inclinó de repente hacia adelante, como si hubiese obedecido al choque, y rodó sobre la yerba. Le levantamos en seguida. Su semblante no estaba pálido, sino inmóvil, inerte; sus labios contraídos estaban blancos, y sus ojos abiertos y fijos habían conservado la mirada soñolienta y *desigual* que le era habitual.

—¡Dios mío! murmuró de pronto Simeón, mostrándome su mano empapada en sangre. La sangre salía del lado izquierdo de Teglew, por debajo del capote.

Se había matado con un cachorrillo que estaba en el suelo junto á él. El ruido débil que yo había oído era el del golpe fatal.

XVI.

Los camaradas de Teglew no se sorprendieron mucho de este suceso. Ya os he dicho que esperaban de él, como personaje "fatal," alguna cosa extraordinaria. Es probable, sin embargo, que no esperasen nunca un suicidio.

En la carta suplicaba Teglew al comandante de la batería que borrase de las listas al subteniente Teglew como suicida; declaraba después que el dinero que se encontrase en su cofre serviría con exceso para pagar sus deudas, y por último, rogaba al comandante que remitiese al jefe superior del cuerpo de la guardia otra carta sin cerrar que estaba dentro de la primera. Teglew había evidentemente escrito esta segunda carta con mucho cuidado:

"Mirad, Alteza (es así, bien me acuerdo, como empezaba), cuán severo sois castigando como lo haceis la más ligera irregularidad en el uniforme, la más leve infracción de la ordenanza, cuando se cuadra en vuestra presencia un oficial pálido y tembloroso; aquí estoy yo, que me presento ahora ante nuestro juez común, íntegro é incorruptible, ante el Sér Supremo, ante un sér infinitamente más importante que Vuestra Alteza, y me presento sencillamente, de capote y hasta sin corbata"......

¡Ah! ¡qué penosa impresión produjo en mi ánimo esta última frase, de la que cada palabra, cada letra, estaba cuidadosamente escrita con una mano infantil! ¿Cómo, me preguntaba yo interiormente, cómo pensar en tales tonterías en semejante momento? Y, evidentemente, aquella frase le había gustado á Teglew. El acumuló en su carta, según la moda de entonces, todos los epítetos, todas las amplificaciones á lo Marlisky. Hablaba en seguida del destino, de sus persecuciones, de su misión, que quedaba incompleta, de un secreto que llevaba á la tumba, de las gentes que no habían querido comprenderle, y aun citaba unos versos, en los que cierto poeta dice que la multitud lleva la vida "como un collar" y se adhiere al vicio "como el fruto de la bardana," todo ello con muchas faltas de ortografía.

A decir verdad, esta última carta del pobre Teglew era bastante vulgar, y me imagino la expresión desdeñosa del alto personaje al cual estaba dirigida; me figuro perfectamente el tono con que

debió decir: "¡Mal oficial! ¡Una mala yerba de menos!" Al final de la carta, sin embargo, encontró Teglew una palabra de sentimiento, salida del corazón. "¡Ah! mi Alteza!" decía terminando: "yo soy huérfano; en mi niñez no encontré á nadie á quien amar; todo el mundo buía de mí, y el único corazón que me cobró afecto le he matado yo mismo."

Simeón encontró en el bolsillo del capote de Teglew el pequeño álbum que su amo no abandonaba nunca. Pero casi todas las hojas estaban arrancadas; no quedaba más que una en la que se hallaba la siguiente nota:

Napoleón	*Elías Teglew*
nació el 15 de Agosto de 1769.	*nació el 7 de Mayo de 1807.*
1769	1807
1 } 15 del mes.	7 del mes.
5 }	5 quinto mes del año.
8 octavo mes del año.	
1788	1819
1	1
7	8
8	1
8	9
TOTAL...¡19!	TOTAL...¡19!

Napoleón	*Elías Teglew*
muerte el 5 de Mayo de 1821.	*muerte el 21 de Julio de 1830.*
1821	1830
5 del mes.	2 } 21 del mes.
5 quinto mes del año.	1 }
	7 sétimo mes del año.
1831	1840
1	1
8	8
3	4
1	0
TOTAL...¡13!	TOTAL...¡13!

¡Pobre hombre! ¡Acaso por alguna de estas coincidencias ingresó en el cuerpo de artillería!

Le enterraron como á un suicida fuera del cementerio, y nadie pensó más en él.

XVII.

Al día siguiente del entierro de Teglew (yo seguía en el villorrio, esperando aún á mi hermano), Simeón entró en la cabaña y me dijo que Elías quería verme.

—¿Qué Elías? pregunté.

—El vendedor ambulante....

Ordené que le dejasen entrar.

En efecto, se presentó el buen hombre. Pronunció algunas palabras de pésame sobre el señor subteniente, preguntando qué diablo de idea le había precipitado.

—¿Te debía algo? le dije.

—No señor, no. Todo lo que me compraba lo pagaba al contado. Pero venía por el......

Aquí se sonrió y siguió diciendo:

—Habeis encontrado una cosilla que me pertenece.

—¿Qué cosilla?

—Ahí está, precisamente.

Y me señaló con el dedo el peine labrado que estaba sobre mi tocador.

—Es una cosa que vale poco, añadió el pícaro, pero como es un regalo que me han hecho......

Me cogí la cabeza entre las manos. Un rayo de luz alumbró mi pensamiento.

—¿Tú te llamas Elías?

—Sí, señor.

—¿Entonces era á tí.... á quien la otra noche.... cerca del sauce......

A esta pregunta, me guiñó el ojo y sonrió con picardía.

—Sí señor, á mí......

—¿Era á tí á quien llamaban?

—A mí, repitió con un aire de picaresca modestia. Una mu-

chacha, dijo hablando en falsete, que por motivo de la gran vigilancia de sus padres......

—Bueno, bueno, repuse interrumpiéndole. Le entregué su peine y le despedí.

Ya sabemos quien era el Elías......

Y diciendo esto me engolfé en reflexiones filosóficas, de las que no quiero daros cuenta, porque no estoy dispuesto á estorbar á nadie que crea en el destino, en la predestinación y en todo lo que quiera respecto á la "fatalidad."

De regreso á Petersburgo, tomé informes de María, y aun encontré al doctor que la había asistido. Con gran asombro mío, supe de él que María no se había envenenado, sino que había muerto del cólera. Yo le referí todo cuanto Teglew me había dicho.

—¡Ah! ¡ah! exclamó de repente el doctor: ¿Teglew, un oficial de artillería, de estatura regular, un poco encorvado; que tartamudeaba y que.....:

—El mismo.

—Sí, es el mismo. Pues bien; ese oficial se presentó un día en mi casa; yo no le conocía y empezó asegurándome que esa joven se había envenenado. "Ha muerto del cólera," le dije. "No; ¡envenenada!...." respondió. "No, hombre, no; ha sido el cólera..." repliqué. "Nada de eso, me dijo; ¡el veneno! ¡el veneno!" Calculé que era víctima de una idea fija; que aquel hombre de nuca tan ancha debía ser muy testarudo y que me estaba sofocando sin necesidad.... Después de todo, pensé, ¿qué importa? El enfermo ha muerto.... "Y bien, sea, le dije. María se ha envenenado, ya que os empeñais en ello." Me dió las gracias y desapareció.

Referí al doctor cómo ese mismo oficial se había suicidado el mismo día.

El doctor no pestañeó y se limitó á hacerme notar que en el mundo hay entes originales de muchas especies.

—Efectivamente, los hay, repetí yo con él.

Pero alguien ha dicho una frase más oportuna respecto á los suicidas: "mientras no ejecutan sus designios, nadie los cree: después que los han realizado, nadie los compadece."

LOS
MICROBIOS.

(CONTINUA.)

Resumiendo los adelantos alcanzados en la rama de la ciencia que nos proponemos historiar, debemos tener como demostrado, que las enfermedades contagiosas y epidémicas atacan de preferencia á los animales, teniendo por origen la existencia de insectillos extraordinariamente pequeños, los microbios, que viven y se multiplican como parásitos; que con toda verosimilitud, los síntomas que caracterizan las enfermedades tienen por causa modificaciones químicas comparables á las que experimentan los líquidos que fermentan ó se pudren; que los microbios son los agentes del contagio de las enfermedades epidémicas, las cuales se esparcen de la misma manera que el grano de una planta trasportado por el viento; que las propiedades de los microbios no son inmutables, sino susceptibles de experimentar la influencia del medio en que se desarrollan, pudiendo bajo este influjo atenuarse considerablemente su poder primitivo; en fin, que las perturbaciones que causan en los animales los cultivos debilitados producen como resultado el que puedan aquellos afrontar microbios más activos, es decir hacer que el medio orgánico adquiera propiedades incompatibles con el desarrollo de otra generación de microbios de la misma especie.

Naturaleza microbiana de algunas enfermedades infecciosas:

mecanismo del contagio, causa de la epidemia, variabilidad de la virulencia, principio de la vacunación; tal es el verdadero tesoro de hechos demostrados por los métodos y las experiencias de M. Pásteur, hechos que causarán sin duda en el dominio de la biología profundísima revolución, sustituyéndose para lo futuro á las palabras vacías de sentido los hechos precisos, á las experiencias las hipótesis, haciendo entrar á la medicina en una era fecundísima. Tal movimiento se ha iniciado ya por la brillante pléyade de trabajadores que se ocupa de construir el nuevo edificio de la medicina experimental, el cual diseñaremos á grandes rasgos.

IV.

Mas podía formularse todavía otra objeción respecto al valor de los trabajos de M. Pasteur, pues tratándose tan solo de las enfermedades de los animales, no era posible deducir nada respecto á las de los hombres. Poco valor tenía de suyo tal reparo, mas los trabajos relativos al carbón—enfermedad común á los hombres y los animales—venían á destituirlo de todo valor.

La historia del carbòn ha tenido inmensa resonancia; y como á la vez ocupará gran lugar en la historia de la ciencia, le concedemos aquí mayor lugar, pues se trata de una enfermedad típica, fuente de la cual la microbología ha recogido nociones importantísimas y en la cual han encontrado solución todos los problemas de las enfermedades virulentas.

Tal privilegio, menester es reconocerlo, se debe á la circunstancia de ser el carbón enfermedad común á hombres y animales, adaptándose por consecuencia las observaciones que de él se hagan á la medicina humana.

La enfermedad que nos ocupa era muy poco conocida antes de inaugurarse los actuales trabajos, pues raras veces los médicos tenían que curar pústulas malignas ocasionadas por las moscas carbonosas, que era el nombre que se les daba debido á estar impregnadas en la sangre de animales muertos de carbón. ¿Mas como se verificaba la trasmisión?—Tal problema, como el de la fermentación, se resolvía por hipótesis y frases vacías de sentido.

Lo único que se sabía claramente, era que sucumbía el enfermo si una enérgica cauterización no destruía el mal en su origen. Más conocida era la afección por parte de los veterinarios, que se ocupaban de curarla en el ganado menor. Como la muerte sobrevenía con rapidez, sin dejar más lesión visible que un reblandecimiento extraordinario del bazo, se designó la enfermedad carbonosa con el nombre de sangre del bazo. Mas siendo tan oscuro el origen de la afección, los veterinarios la atribuían al exceso de sangre en los animales, á plétora á exceso de salud tan solo.

No podemos reseñar, ni siquiera someramente, las investigaciones á que ha dado origen la enfermedad carbonosa. Comienzan en 1850 con las observaciones de dos sabios franceses, Davaine y Rayer, que descubren en la sangre de los carneros enfermos cuerpos filiformes de doble diámetro de los glóbulos sanguineos; Brauell, profesor de la universidad de Dorpat, logra inocular el carbón del hombre en los animales; Davaine, ayudado de los trabajos de Pasteur sobre los fermentos, vuelve á sus observaciones primitivas y afirma que fuera de los corpúsculos de sangre carbonosa, que designa con el nombre de bacteridias, no debe buscarse la causa del mal; en fin, M. Koch hace notar que cuando las bacteridias se cultivan privadas de oxígeno y alejadas de la temperatura que necesitan, producen granillos trasparentes en forma de rosario: estos granillos son los esporos, elementos incomparablemente más robustos que las bacteridias, rebeldes á la desecación prolongada, á la humedad, y á la putrefacción durante años completos, pues colocados bajo la piel de un animal aumentan de tamaño y producen bacteridias que multiplicándose rápidamente causan la muerte del animal como si se le hubiera inyectado sangre carbonosa. Importantes eran sin duda estas conquistas; mas quedaba todavía por establecer rigorosamente la importancia del microbio bacteridiano en la afección carbonosa, é inocularlo tras varios cultivos, método seguido en el cólera de las gallinas.

En un frasco lleno de caldo de ternera esterilizado, colocaron Pasteur y Joubert una gota de sangre proveniente de un animal que acababa de sucumbir á consecuencia del carbón, y lo pusieron en una estufa cuya temperatura normal era la del cuerpo humano, 35 grados próximamente. Pasadas veinticuatro horas, el líquido estaba turbio y lleno de multitud de filamentos, trasparentes y

homogeneos los unos, desigualmente refringentes los otros y conteniendo esporos en gran cantidad.

Son dignas de examen las figuras que este microbio presenta cuando se le colora con anilina, violeta de Paris, fuchsina ó azul de metila: aparecen en primer lugar extremadamente limpias, pues como dijimos ya, la bacteridia del carbón es un gigante entre los microbios, no siendo nunca menor de un milésimo ó milésimo y medio de milímetro de espesor, por tres á diez milésimos de milímetro de largo. Se puede, empleando ciertos artificios, teñir el bastoncillo con un tinte especial, azul por ejemplo, y los esporos de color rojo, medio que comunica á las preparaciones aspecto muy elegante.

Estando el primer cultivo saturado ya de micro-organismos, Pasteur y Joubert derramaron una pequeña gota de él en otro frasco, luego en un tercero, cuarto, quinto y así sucesivamente, hasta estar seguros de que en el vigésimo cultivo, por ejemplo, no quedaba rastro ninguno de la sangre del animal de que se había extraído; mas á pesar de esto, una partícula de esta vigésima cultura, inoculada á un carnero, lo mataba como si se le hubiera introducido directamente la sangre de un animal muerto de carbón expontaneo.

Probado ya que el carbón se debe tan solo á la penetración de microbios ó sus esporos en el cuerpo de los animales, M. Pasteur y sus colaboraderes, Chamberland y Roux, dieron la explicación de ciertos hechos misteriosos, tal como el de los *campos malditos* de la Beauce, en que morían siempre los ganados que ahí pastaban, pues á causa de haberse enterrado en ese sitio cadáveres de animales carbonosos, los gusanos trasportaban à la superficie los terribles parásitos. Explicada la presencia de los microbios, su penetración podía atribuirse á medios distintos é igualmente verosímiles. M. Pasteur creía que el contagio se debía á las heridas que se causaban los carneros en las pastos ásperos en que dejaban los esporos. M. Koch juzgaba que tal medio era solamente la excepción, pues los esporos penetraban por las vias naturales de absorción, pudiendo también la superficie pulmonar ser un vehículo de la afección carbonosa—En el hombre, lo dijimos ya, las heridas en la piel son el origen de estas enfermedades, aunque los ali mentos carbonosos produzcan también carbón intestinal.

Por lo que toca á la manera conque el microbio funciona en el cuerpo de los animales causando su muerte, Pasteur y Bollinger han propuesto una explicación seductora por extremo á causa de su sencillez. La bacteridia carbonosa, que es muy acreobia, en su conflicto con los glóbulos de la sangre les quita el oxígeno trayendo por consecuencia una asfixia general.—En efecto, la sangre de los animales que sucumben atacados de carbón es extremadamente negra cual si procediera de asfixia.

Tal vez sea menester invocar la existencia de productos tóxicos elaborados por los microbios; mas puede afirmarse sin temor de errar que la muerte del animal infectado es la consecuencia de fenómenos químicos provenientes de la vida bacteridio-carbonosa, como la fermentación alcohólica es la consecuencia de fenómenos químicos que tienen lugar en un líquido azucarado merced á la influencia de otro microbio, la levadura.

Al mismo tiempo que el microbio del carbón es muy ávido de oxígeno, es sensible por extremo á las temperaturas elevadas, pues al par que se puede someter la sangre carbonosa á un frío de 45 grados por muchas horas sin que mueran las bacterias, la temperatura de 41 á 42 grados impide su desarrollo. Esta particularidad suministró á Pasteur ocasión para una preciosa experiencia.

En efecto, ciertos animales son refractarios al carbón: tales son los gatos, los perros, las zorras, los pájaros, cuya temperatura es muy elevada, y los anfibios, que gozando de la misma temperatura que el medio ambiente, la tienen relativamente baja. Ahora bien, para demostrar M. Pasteur que el exceso de calor se opone al desarrollo del carbón en la gallina, enfrió una de estas aves colocándole el vientre y las patas en el agua y haciéndole contraer el carbón. M. Gibier hizo por un procedimienio inverso adquirir la afección á los peces y á las ranas, obligándolas á vivir bajo una temperatura de 35 grados.—Enfriando las gallinas y calentando los animales de sangre fría, se sabe el grado de temperatura necesario para el desarrollo del carbón. Este hecho dió origen á un descubrimiento muy interesante. En efecto, la acción del calor sobre la actividad de la bacteridia debía conducir á Pasteur á hallar un nuevo medio de atenuación del virus.

Ya hemos visto como Pasteur en el curso de sus estudios sobre el cólera de las gallinas, había notado que la acción del aire sobre

los líquidos de cultivo debilita considerablemente su virulencia; mas no sucede lo mismo respecto de los microbios del carbón, que á consecuencia de la producción son extremadamente resistentes y no minoran su virulencia por la acción del oxígeno. Así Paul Bert, que sometió la sangre carbonosa á tensiones elevadísimas de oxígeno, se vió obligado á deducir que el carbón no se produce por ningún órgano viviente.

Pasteur, Chamberland y Roux trataron de obviar esta dificultad cultivando el microbio del carbón á una temperatura elevada, que al par que lo priva de gran parte de su actividad, impide la formación de esporos: á 45 grados no se propaga la bacteridia en el caldo de vaca; de 42 á 43 si bien se cría abundantemente no produce esporos. Se podían, pues, mantener al contacto del aire puro bacteridias de la temperatura de 42 á 43 grados apareciendo los signos siguientes: al cabo de un mes la cultura había muerto; la víspera ó antevíspera del día en que este accidente tenía lugar y todos los demás en el intérvalo de un mes, era facil la reproducción del microbio, siendo de notar que al cabo de ocho días de exponérsele á cierta temperatura perdía toda su virulencia, siendo enteramente inofensivos los cultivos para el conejillo de Indias, el conejo y el carnero, animales en quienes se ceba el carbón.— Podía, pues, afirmarse no solo la atenuación de la virulencia, sino su extinción completa, pudiendo para lo de adelante cultivarse el terrible párasito.

¿Qué pasaba en estos ocho primeros días, que al sujetar el microbio á una temperatura de 43 grados perdía toda su virulencia? —Antes de extinguir del todo la virulencia del microbio del carbón, se le hacía pasar por diversos grados de atenuación, la cual podía trasmitirse á las generaciones provenientes de los insectos modificados.

Como el carbón no ataca más de una vez, los microbios degenerados constituían una vacuna respecto de los superiores, es decir un virus especial que ocasionaba enfermedades de carácter benigno. ¿No era ya sencillo por extremo hallar en los virus sucesivos elementos propios para ocasionar la fiebre carbonosa á los carneros, vacas y caballos sin que perecieran, preservándolos á la vez de esta terrible enfermedad?

A los mismos sabios tocaba demostrar un hecho no menos im

portante. Cuando la bacteridia carbonosa ha perdido su virulencia en el conejillo de Indias, el conejo ó el carnero, se le puede restituir su actividad primitiva por inoculaciones sucesivas en el cuerpo de estos animales.

Así la bacteridia inofensiva para el conejillo de un mes, mata al que tiene solo un día de nacido; mas si se inocula otro conejo con la sangre del último y un tercero con la del segundo, se observa que la virulencia de la bacteridia, ó sea la mayor facilidad para desarrollarse en la economía aumenta gradualmente, llegando á poder matar á los conejos de mayor edad y hasta carneros.

Sobre tales hechos reposa la vacunación carbonosa, que con tanto éxito introdujo M. Pasteur en la práctica veterinaria. Esta operación se ejecuta inoculando el virus en dos estados diferentes de actividad: la *primera vacunación* solo preserva parcialmente á los animales, mientras que la *segunda* es mucho más activa y hace casi imposible la existencia del accidente. Inoculando sucesivamente estos dos virus atenuados, se provoca en los carneros, cabras, bueyes y caballos una enfermedad que en la mayor parte impide el desarrollo del carbón, ya sea inoculado ó expontaneo. La famosa experiencia de Pouilly-le-Fort, que produjo resultados tan decisivos, fué solo el principio de las otras que con igual objeto y resultados igualmente lisonjeros se verificaron en Austria Hungría, Alemania, Italia y Bélgica. Hoy son de uso diario las inoculaciones preventivas contra el carbón; ninguno de sus adversarios pone ya el principio fundamental en tela de juicio, y apenas si se discute su valor económico. En efecto, como sobrevienen algunas veces accidentes más ó menos graves á consecuencia de la inoculación, en los paises en que la enfermedad carbonosa ataca de una manera excepcional á los ganados no debe ponerse en uso tal preservativo.

Los datos presentados por M. Chamberland en el congreso higiénico de Viena, demuestran que de un millón de carneros y.... 100,000 bueyes vacunados, solo sucumbe un carnero de cada 200 y un buey de cada 700 que reciben el preservativo. Por lo que toca á la cuestión de saber si los animales vacunados resisten á la afección expontanea, resulta de las experiencias de Chamberland, verificadas entre 23,550 carneros y 1,259 bueyes vacunados, por 25,160 carneros y 1338 bueyes que no habían recibido el preser-

vativo, que los carneros no vacunados sucumben en cantidad diez veces menor que la de los que no lo están, y los bueyes de treinta á cuarenta veces.

En suma, la totalidad de las experiencias verificadas en un millón de carneros y 100,000 bueyes vacunados, la inoculación ha disminuido la mortalidad en la proporción de 40 á 1 respecto de los carneros, y 15 á 1 de los bueyes; cifras favorables por extremo á la vacunación, y que demuestran lo económico de tal práctica en los países en que la mortalidad es mayor del uno por ciento en el ganado mayor, y de dos por ciento en los carneros.

Indicamos ya los beneficios que resultan de los trabajos de M. Pasteur sobre la bacteridia carbonosa, beneficios que no solamente disminuyen las pérdidas de ganados haciendo que se conserve para el consumo una cantidad mayor de animales, sino que también disminuye el riesgo de la epidemia, que se trasmitía al manejar las pieles de los animales carbonosos ó por las picaduras de las las moscas que se habían alimentado con la sangre de tales cadaveres. Mas no ha concluido todavía nuestro estudio sobre el microbio del carbón, que ha prestado á otros observadores materia á eruditísimas investigaciones sobre la vida de los microbios y su importancia en la producción de las enfermedades.

(Continuará)

EL ARPA.

I.

Vagaban perdidas las miradas de la princesa Olga, en el lejano horizonte, donde la curva color turquí oscuro del Mediterraneo, se confunde esfumada con el diáfano azul del espacio. A través de los cristales de su aposento—elegantísima estancia del hotel Ruso, que se levanta en la estrada de Santa Lucía del pintoresco puerto napolitano—mirábanse más indecisas y misteriosas las serenas inmensidades del mar y del cielo, y aun el espíritu menos soñador—cuanto más el de la princesa, naturalmente contemplativo y romántico,—hubiérase quedado absorto ante espectáculo tan hermoso é ideal. El sol meridiano vertía su luz radiosa sobre aquel mágiso cuadro, llenándole de fuertes tonos, espléndidos cambiantes, irisados reflejos y aureolas luminosas, como si quisiera proclamar que la risueña Parthénope es ahora, como en tiempo de la Magna Grecia, su ciudad predilecta, teatro de sus esplendores y objeto de sus férvidas caricias. El artístico hemiciclo de la costa parecía ceñir las aguas con abrazo amoroso; levantábase á lo lejos el Vesubio sacudiendo al viento su penacho de humo, como un inmenso incensario encendido en honor del Altísimo; risueñas islas manchaban acá y allá el limpio espejo de las aguas, semejantes á nidos de gaviotas; y las olas de zafir, corriendo rápidas en blanda sucesión hacia la playa, semejaban rebaño de mansas ovejas alborozadas en anchísima llanura.

A la vista de aquel cuadro, que no podrá retratar nunca inspirado pintor ó poeta entusiasta, sumíase Olga en éxtasis á cada

momento más profundo, dejando escapar á las veces de su pecho, hondos suspiros, que traducían el sabroso ensimismamiento y goces latentes de su ánimo. Era la princesa, rusa de nacimiento, y había venido á Nápoles en busca de luz y alegría, que no hallaba en las severas orillas del Neva, donde se alza San Petersburgo, como soberbia fortaleza erigida en sitio estratégico, y no en calidad de nido de amores y venturas, como las ciudades meridionales. Oculto afán angustiábala el pecho desde que sentó la planta en los umbrales apenas traspuestos de la adolescencia; deseo vago de un objeto indefinible, que no sabía donde buscarle, si bien entre el bullicio estrepitoso del mundo, á través de los rientes esplendores de la civilización y de la vida, ó bien en la soledad misteriosa, donde no hay ruido que turbe el recogimiento del espíritu, y puede desplegar las alas con mayor libertad el pensamiento, subiendo á las cimas místicas trémulo de adoración y de ansiedad; presentimiento arcano de un suceso indefinible, que no sabía ni adivinaba si habría de quedar por siempre en la categoría de un ensueño, de un delirio vano, de una alucinación sin sustancia, ó si habría de corresponder alguna vez á algún hecho práctico, que trajera y mandara por delante de sí, á manera de batidores regios, esperanzas espléndidas, ilusiones risueñas y sabrosísimas y recónditas emociones.

Frisaba en los veinte años la princesa, y era blanca y pálida como todas las soñadoras. Sus negros y rasgados ojos parecían un tanto apagados, como si dirigiesen sus miradas hacia adentro, como si sus rayos fuesen absorbidos por horizontes internos, á cuya contemplación consagrasen toda su fuerza visual. En su frente limpia y tersa dibujábase grabada una preocupación constante; y su pequeña boca, que se entreabría para aspirar con ansiedad los soplos del ambiente, parecía contraída por un sentimiento de angustia ó de impaciencia perpetuas.

Bella era á no dudarlo la joven, por su abundante y negra cabellera, tan oscura como el ala del cuervo; por su diáfana tez alabastrina, á través de la que parecía dibujarse el incesante curso de su sangre nacarada; por su gallardo cuerpo, que hubiera inspirado á Grecia alguna nueva estatua, más acabada y perfecta que sus desnudas diosas; por su andar rítmico y ondulado como el de las bayaderas de los templos índicos; por su voz dulce y acordada, cual

suave cántico que penetra el corazón, enciende la fanta ía y suelta el ala á las ilusiones y á los suspiros. Pero más bella era todavía por las trasparencias de su alma, que irradiaba con luz purísima y misteriosa á través de la divina hermosura de su cuerpo. Había cielos ilimitados en su mirada de virgen, ternura inefable en su cándida sonrisa, inflexiones dulcísimas en su acento de ruiseñor; y todos estos encantos y perfecciones, sentíanse venir de muy adentro, de más allá de los focos nerviosos y virtudes recónditas del organismo; de un centro incógnito de pureza y dulzura, de bondad y armonía, que era el verdadero ser hermosísimo que se disfrazaba bajo formas tan acabadas, y que se hacía adorar de hinojos, por cuantos nobles corazones se le acercaban.

Sumida en su arrobamiento, había echado de ver apenas, los ardientes homenajes de que era objeto. Había visto á sus plantas nobles y plebeyos, ancianos y jóvenes, pobres y ricos, que le pedían una mirada con voces suplicantes y enclavijadas manos; y apenas había reparado en aquella turba de adoradores, como si fuese mera espectadora de sus propios triunfos. Ni su vanidad de mujer, tan susceptible entre las bellas á la continua, ni su corazón mucho menos, habíanse sentido conmovidos por aquellas victorias. Mi una sonrisa de satisfacción había arrancado á sus labios esa turba de esclavos que besaban sus plantas, ni una sola emoción habían despertado en su pecho tantos y tan ardientes ruegos; parecía insensible, parecía belleza escultural artísticamente modelada en blanco y frío mármol; hubiérase dicho que carecía de entrañas, y que había venido á este mundo á sembrar la desesperación con sus encantos, como azote hermosísimo esgrimido contra los hombres por la mano de un Dios colérico. Nadie sabía que en el fondo de aquella alma recogida y muda, latía uu ideal escondido, al cual se tributaba diario y constante culto de pensamientos y deseos, de ilusiones y esperanzas; todos ignoraban que había eu aquella diosa un corazón, y en aquel corazón el germen de una inmensa hoguera, que solo esperaba para encenderse, el contacto de otra alma simpática, el eco de una voz soñada que hiciera vibrar la fibra ardiente y deliciosa del amor.

Y así pasaban las horas, los días, los meses y los años, sin que se presentase el esperado desconocido, sin que bajase de la bóveda radiosa el ángel anhelado, que plegando las alas y apartando de

la faz hermosísima la luenga cabellera, murmurase con voz blanda y melodiosa:

—¡Soy yo! ¡conóceme!

II.

Súbito vibró en las ráfagas suspensas del aire, acento dulcísimo que hizo estremecer á la princesa, y la sacó de los limbos estáticos donde se hallaba sumergida. Era la voz de un arpa que sonaba en la calle; pero con tal arte tañida, que antojábase sobrehumana, á manera de desconocido instrumento, construido y registrado por la mano de un artista divino.

—¡Hola!—articuló Olga enderezándose en su asiento, é irguiendo el opulento talle en medio de las ricas pieles qne la envolvían y que resbalaron por sus torneados hombros.

Acudió la camarera sin tardanza á recibir sus órdenes, y luego al verla:

—¿Quién tañe el arpa al pié de mis balcones?—la preguntó.

—Un pobre muchacho que se gana la vida como músico ambulante—contestó la sirvienta.

—Llámale luego; quiero oirle de cerca; ofrécele cuanto pida. Dile que sabré recompensarle liberalmente; pero que suba sin tardanza.

Salió la camarera á ejecutar el mandato de la princesa; en tanto que ésta esperaba presa de extraña agitación, con la inquieta mirada fija en la puerta por donde debía ser introducido el arpista.

No tardó en aparecer. Era un joven adolescente, vestido á la usanza del pueblo napolitano; con calzón corto, burdo calzado, oscuro chaleco y camisa blanca abierta por el cuello, dejando ver la base de la garganta. De estatura mediana, moreno, esbelto al par que robusto, con el color de la salud pintado en las mejillas, ojos grandes y negros, sombreados por largas pestañas, boca sonriente, naciente bozo y profusísima y rizada cabellera; era un joven hermoso, de esos que sólo nacen en las playas mediterraneas, á la sombra de los limoneros de Sorrento ó al amor de las auras paganas que agitan las olas del golfo de Bayas y repiten los cánticos antiguos en la gentil Puteolos.

Llevaba á cuestas el arpa, como los trovadores su laud en la Edad Media. Saludó cortesmente y puso en tierra el instrumento.

Era el arpa grande y hermosa, y tan alta, que puesto en pié su dueño, llegábale hasta el cuello. Desde aquella elevación descendía en forma graciosa, dejando en su triángulo interno, espacio bastante amplio para un tupido y variado cordaje, que comenzando en fibras fuertes y gruesas, terminaba en filamentos sonoros de extremada finura y sutileza Ostentábase cuidadosamente dorada por su parte externa, como si fuese de oro purísimo, y los rayos de la luz quebrándose en sus aristas, lanzaban en derredor reflejos metálicos, como si tuviese luces interiores. Figuraba la caja graciosa concha marina, y la columna que servía de sostén á la hipotemusa del triángulo, era esbelta y elegante, rematando en gracioso capitel corintio de labores bellísimas. Era un primor como obra de arte, y aun sin producir sonido alguno, habría podido servir como preciado ornamento en cualquier estancia, aun cuando fuese una sala regia.

Nó perdió la princesa ningún detalle de los que acabamos de describir, y aun percibió otros que omitimos por no pecar de prolijos; pareciéndole desde luego, á través de las alucinaciones de su mente exaltada, que aquella arpa era extraña y sobrenatural, y que jamás se había visto otra que se le igualase. Cegábanla los reflejos que partían de su superficie, figurándosele misteriosos resplandores, y hasta llegó á antojársele que todo el cuadro que tenía delante, arpa y arpista, hallábase encerrado en cerco luminoso semejante á una aureola.

Sacudió el artista la negra cabellera para apartar los rizos que caían sobre su frente, extendió las manos con ademán casi sagrado, y comenzó á preludiar una extraña armonía. Mostraba en tanto en el rostro, la grave y seria expresión de un acto solemne, y elevábase al espacio su mirada absorta, como si leyese en el éter las notas que arrancaba de su instrumento. Había sonidos inesperados en aquella caja deslumbradora. Lanzaban las cuerdas mayores, al ser heridas por las manos del arpista, roncas y poderosas vibraciones, que casi infundían pavor; en tanto que las menores producían notas brillantes y argentinas, que despertaban en el corazón afectos plácidos y risueños. Era extensísimo el registro de aquel cordaje; parecían caber dentro de él todos los tonos y to-

das las gamas que puede percibir el oído del hombre; y aun pensó la princesa que algunos de los sonidos que escuchaba, jamás los había percibido, ni en instrumento músico, ni en canto humano, ni en gorgeo de ave canora.

Recorrió el joven varias veces la amplia extensión cromática de su arpa, desde los tonos más graves hasta los más agudos, como si quisiese preparar el corazón de la princesa á emociones intensas, hiriéndola por vía de prólogo, todas las fibras del pecho. Después de estas violentas sacudidas, semejantes á golpes eléctricos, dió principio á la ejecución, tañendo con vibraciones sostenidas, las cuerdas graves, y entremezclando con sus acordes, una vez ú otra, algunos regocijados arpegios; á manera de blanda cítara tañida en noche tempestuosa, ó alegres esperanzas rompiendo, como rayos de sol, el nublado de un alma agobiada por la tristeza.

José López-Portillo y Rojas.

(Se concluirá.)

LA HERMANA DE MISS DARREL.

(CONCLUYE.)

Pobre Francisca! Muchas veces me ha sucedido compadecerla, aunque todo fué obra de sus manos! Guy Raymond abandonó súbitamente la Ermita; creo que á causa del compromiso contraído por mi hermana con Lord Delorme, y porque no podía soportar la vista de aquella dicha en perspectiva. Por mi parte, no me atreví á preguntar á nadie á donde habría ido Mr. Raymond; nada temía tanto, como que alguno llegase á penetrar mi secreto interés por él. Supe solamente, que se había alejado, y que tardaría algunos meses en volver.

Probablemente Francisca estaría casada cuando él regresase; ella aseguraba que así sucedería. Pero ya entonces comenzaba yo á sospechar que todo pasaría de un modo diferente, pues se acercaban lentamente á nosotros, los momentos de una prueba terrible, una tempestad que nos haría olvidarlo todo.

¿Cómo podría relatar lo que al fin acaeció, sin acusar á mi padre? ¿Cómo alcanzaría á referir estos sucesos, sin ofender su querida memoria? Ojalá pudiese yo hacerlo, porque él fué siempre para mí un padre indulgente y bondadoso.

Ninguna de nosotras ha podido jamás explicar el extraño enlace de los contratiempos que se precipitaron sobre nuestra casa; pero el caso es, que al fin llegó un día en que quedamos completamente arruinados. Desvanecióse todo nuestro explendor, vímonos

precisados á abandonar el castillo de Kingsden, habiendo menester ir á acojernos bajo la protección de nuestra tía Dorotea, á quien antes habíamos desdeñado. Felizmente mi tía no había sido envuelta en la ruina de nuestra familia. Habíase salvado su modesto patrimonio, y ella en el acto, nos declaró generosamente, que era nuestro cuanto tenía.

Séame lícito omitir la descripción de las angustias de este tiempo cruel, así como las duras pruebas á que nos sujetó el destino, y los inmensos desengaños que nos afligieron respecto de nuestros improvisados y aristocráticos amigos. Nada se nos decía, que no fuesen acusaciones contra mi padre, y en el fondo de todas las acciones de los demás para con nosotros, claramente veíamos que se nos echaba en cara nuestra miseria. Por algún tiempo creí que Francisca se salvaría de nuestra común desgracia, por medio del matrimonio concertado; pero bien pronto salí de mi error.

No fué Lord Delorme quien nulificó el compromiso matrimonial, sino el conde Trafford, el cual con frases muy corteses notificó á mi familia, que la lógica de los sucesos había puesto término al arreglo convenido.

No hubo una sola palabra de queja por parte de la novia. El matrimonio de ella y Lord Delorme, iba á ser nada mas que un cambio para ambos: título contra dinero. La muerte quiso que, cuando mi hermana iba á poner su parte en el contrato, este quedase roto. A la verdad, Francisca no sintió el suceso en el corazón. porque no amaba al noble Lord; pero hirióla profundamente el insulto. Ah! de cuán diferente manera la habría tratado Guy Raymond! Pero este excelente amigo, no estaba ni siquiera cerca, para decirnos una de sus palabras bondadosas. Probablemente no tornariamos á verle nunca.

¡Qué cambio de nuestra pasada opulencia á la pobre y reducida casa de mi tía! Y, no obstante, ni aquí nos era dado permanecer largo tiempo inactivas. Nos era forzoso hacer frente á la adversidad y consagrarnos al trabajo; pero ¿cómo? ¿dónde? Esto era lo que no sabíamos. Jamás nos habíamos imaginado que tuviésemos que trabajar para ganar un chelín; mucho menos todavía, para ganarnos el pan cuotidiano. Francisca lloró abundantemente, cuando se penetró por fin, de que había llegado para nosotros el tiempo del sufrimiento, de las privaciones y de la prueba.

—Oh! ¿cómo pudo papá desafiar esta catástrofe?—dijo zollosando.—Es cruel! muy cruel!

—Todavía es posible que encuentren vdes. dulzuras en su mismo infortunio—dijo mi tía Dorotea con su voz dulce y bondadosa. —Lo que juzgan vdes. tan terrible, puede bien suceder que venga á serles favorable.

—Favorable ser mendigo! No; se me figura que nunca seré de esta opinión! articuló Francisca.

—Suelen mudarse los juicios con el tiempo, observó tranquilamente mi tía.

Nos imaginábamos, cuando quedamos repentinamente en la ruina, que no teníamos ya más que sufrir. Pero cuán equivocadas estábamos! La muerte de mi padre acaecida dos meses después de nuestra venida á la casa de mi tía, nos hirió con un golpe tanto más tremendo, cuanto que era totalmente inesperado. Fué para él demasiado violento el choque; el cambio de fortuna le dejó sin fuerzas, y sucumbió víctima de la inmensa pesadumbre que le ocasionó nuestra pobreza. Mientras vivió alimentamos cierta esperanza, de que pudiese salvarse algo de nuestros intereses, de que se emprendiese algo favorable á nosotros; pero cuando sobrevino su muerte, sentimos como si hubiésemos llegado al fondo del abismo.

Afortunadamente para mamá, una pequeña cantidad por la cual había sido asegurada su vida, le pertenecía en propiedad particular—tres mil libras poco más ó menos—y pudo escapar á la voracidad de los acreedores. Con la renta de esta cantidad, tendríamos lo bastante para vivir, con tal que cada una de nosotras agregase algo al fondo común, por medio de su trabajo.

No tenían fin los cálculos que hacíamos, sobre la posibilidad de conseguir la realización de este propósito; sin término eran también los planes que nos formábamos para el futuro. Al fin fué decidido que yo buscaría fuera de casa una colocación como institutriz, mientras Francisca, por algún tiempo al menos, permanecería con mamà, porque Francisca, según mamá decía, era tan bonita, tan distinguida, que no servía para el caso, en tanto que yo había sido siempre muy amante de los niños. Amargas fueron las lágrimas que derramé en secreto; pero de tal suerte disimulé la pena que esta determinación me causaba, que mamá llegó á decir á mi

tía, que, por lo visto, la idea no me desagradaba, regocijada sin duda alguna, de que Francisca permaneciese á su lado.

¿Estaba yo contenta? A mí misma me hacía esta pregunta casi con cólera, asomada á la ventana de nuestro pequeño aposento, deseosa de que el aire frío disipase los rastros de mi reciente lloro. Casi me sentía satisfecha, porque me apartaba de mi familia, pues esta había manifestado siempre con respecto á mí, en mi concepto, muy poco amor. ¿Por qué habría yo de ir á servir de institutriz, y no Francisca? El pequeño espejo que adornaba nuestro cuarto no reflejaba, después de todo, un rostro muy feo, cuando en él me miraba; y no obstante, era á causa de mi poca belleza, por lo que mamá había dado su sentencia en mi contra!

Era yo pálida ciertamente, pero mis facciones no eran incorrectas. Aun me parecía que algunos podrían gustar de la abundosa y brillante cabellera castaña que coronaba mi cabeza. Pero ¿quién se ocupaba de ver qué color tenía mi pelo, ni de examinar si era fea ó bonita? Nadie me hacía aprecio; pronto iría á ser una persona extraña en una casa extraña.

Me parecía espantosa la vida en esta triste tarde de diciembre. Hacía demasiado frío en el piso alto; así es que bajé á la sala, en donde se hallaba la familia. Mi tía se ocupaba en tejer, y mamá estaba echada en un sofá, con un aspecto triste y fatigado. Francisca ocupaba un sitio cerca de la chimenea, parecía muy abstraída en la lectura de una novela, de cuyas hojas no apartó la vista á mi entrada.

—Bien, Emma—dijo mi tía—¿qué estabas haciendo?

—Nada,—contesté—nada más pensando.

—Confío en que no sería sobre nada triste—prosiguió riéndose con cariño,—es menester no anticipar los sucesos.

—¿Cómo poder evitarlo?—objeté con amargura—Tía Dorotea, vd. no sabe con cuanto empeño me esfuerzo por no pensar del todo.

—Pobre niña!—prosiguió con tono compasivo.

—Dorotea—interrumpió mamá—¿No podrías darme una taza de té? no puedo pasarme sin ella durante toda la tarde; y á Francisca le provoca jaqueca esta privación.

—Por supuesto, seguramente—respondió bondadosamente mi

tía.—Ven, Emma, vamos á hacerlo. Isabel está ocupada en arreglar la cocina; así no la habremos menester.

Isabel era la única criada de mi tía, una criada antigua y fiel, la cual, no obstante, no sabía ser indulgente con estas exigencias de mamá y de Francisca, tales como el té por la tarde, ni tenía un carácter á propósito para conseguirse de ella que hiciese lo que no aprobaba.

Era para mí un consuelo salir de allí con mi tía Dorotea, pues siempre, aun en el tiempo en que éramos ricas y teníamos quien nos sirviese, encontré muy molesto estarme sentada sin hacer nada. Algo de la tranquilidad de mi tía parecía reflejarse en mí; era imposible resistir á su plácida influencia. Mamá pareció confortada con el té; en cuanto á Francisca, nada dijo, aunque lo hubiese tomado con gusto y volvió luego á sumirse en su lectura.

—Creo que ahora resolverá Mr. Sberhrooke,—dijo mamá.—Ha tenido tiempo suficiente para pensar sobre si le conviene Emma; tengo confianza en que su resolución será afirmativa.

—No tengo mi juicio bien formado sobre el particular—objetó mi tía.—Se me figura que Emma no es bastante fuerte para resistir el trabajo que demanda la educación de esos muchachos. No debemos tener tanta prisa por separarnos de ella.

—Me alegraré de verla establecida —dijo mamá con languidez. —Nada es más fatigoso que la incertidumbre.

Esa misma tarde llegó la deseada carta de Mr. Sberhrooke, en la cual decía que me aceptaba como gobernanta de sus hijos por la suma de treinta libras al año. Mis obligaciones no serían pesadas, decía ella, porque los niños estaban muy pequeños, y, si después de seis meses, encontraba que mis servicios le conviniesen, aumentaría mi salario.

¡Treinta libras al año! ¡Por esta suma miserable iba yo á servir, debiendo quedar reconocida! ¡Qué cambio tan grande! ¿Cómo podría sobrellevar esta prueba? Esto pensaba cuando salí apresurada de la sala, y subí á mi cuarto. Apenas en él, me arrojé sobre mi cama, y derramé abundantes lágrimas, porque lejos estoy de tener la entereza de una estoica. Ah! si no me hubiese venido á llorar á solas, de seguro se me habrían saltado las lágrimas en presencia de mamá y de Francisca! Pero, una vez que to-

do había sido así dispuesto, no había más que resignarse y arreglar la maleta, que tenía que ser modestísima.

Estaba una mañana cosiendo muy afanada, cuando entró la criada de mi tía trayendo varias cartas. Una de ellas llamó desde luego mi atención, porque su letra me era muy conocida. Cada uno de los rasgos de esos caracteres estaban profundamente grabados en mi memoria; porque ¿no tenía guardados en mi habitación como reliquias algunos papeles escritos por la misma mano, aunque ni una sola de sus líneas hubiese sido dirigida á mí?

Era una carta de Guy Raymond para mamá.

La miré con el corazón lleno de ansiedad. ¿Qué diría á mamá? trémula y haciendo esfuerzos para no traicionar mis sentimientos, ni á mamá que la abría sin imaginarse de quien venía, y sin osar decírselo.

Era una carta breve, como todas las que escribía—corta y explícita. Deseaba tornar á vernos, si mamá lo permitía y su hija lo llevaba á bien. Después que me hube enterado del contenido de aquella carta, no pude oír ya lo que decían las voces de mamá y de mi hermana; parecíame que venían de lejos, como murmullos lejanos. Tomé el partido de inclinarme sobre mi labor haciendo que cosía, aunque en realidad había ante mis ojos una especie de neblina que me la ocultaba. Al fin oí la voz clara y fría de Francisca, que decía:

—No me coje de nuevo. Siempre conocí que me quería, y estoy resuelta á aceptarlo.

—A mi también me gusta—dijo mi tía Dorotea bondadosamente—Es tan buen mozo!

—Oh! es delicioso—articuló mamá con voz de timbre elevado. —Ahora es un brillante partido aun para Francisca. No era así antes, ya se ve; pero ahora ha mejorado mucho de posición. Tuvo un pleito judicial que duró largo tiempo; pero ha sido ya fallado á su favor, y hoy tiene como dos mil libras de renta. Si lo hubiere perdido, se habría quedado hasta sin la Ermita.

—Y hasta sin mí, vaya!—añadió riendo Francisca.

Mi hermana estuvo contentísima todo este día, y el siguiente, y con harta razón, supuesto que iba á venir Guy Raymond. Mil veces dichosa Francisca! Por nada hubiera yo querido que se demorase mi viaje á la casa de Mrs. Sherbrooke. ¿No era ya dema-

siado duro para mí, tener que ser testigo de su felicidad durante dos días? Al tercero después de la llegada de él á casa, partiría yo—y me alejaría con gusto.

—Supongo que ha de querer que la boda se verifique inmediatamente, dijo mamá.

—Así será mejor— dijo mi hermana.

—Arrebatado y extraño me parece—objetó mi tía.—No hace todavía una semana que ni remotamente te ocupabas de Mr. Raymond.

—Pero él si pensaba en mí—replicó Francisca.—Es uno de mis más antiguos admiradores.

Por fortuna mia nadie se fijaba en mí, ocupados todos en hablar de la llegada de Mr. Raymond. Tuve, pues, tiempo de recobrar mi aplomo, y de adquirir en cierto modo, la costumbre de pensar en el suceso. Y, verdaderamente ¿no había motivo suficiente para alegrarme? ¿no iba á ser feliz mi hermana? Ah! si hubiese yo abrigado la convicción de que mi hermana le amaba, me habría regocijado sinceramente. Pero no; Francisca misma declaró que le agradaba aquel enlace, porque le convenía.

¡Cuántos preparativos hicimos para recibirle aquella tarde! Cada sonido de la campana me hacía extremecer, porque se me figuraba que anunciaba la llegada de Mr. Raymond, deseando yo y temiendo á la vez este encuentro, para probar mi fortaleza, y cuán capaz era de guardar este secreto ahora y para siempre!

¡Cuán hermosa parecía Francisca vestida con su bata de mañana, sencillamente adornada con cuentas de azabache!

Mi tía Dorotea se puso su mejor vestido de seda, y mamá estaba sentada, pareciendo muy nerviosa, con su negro traje de viuda

—Llegará dentro de poco. Y ¡vaya una necedad!—dijo Francisca—¿Pues no comienzo á sentir un poco de susto?

—Querida hija!—dijo mamá.—No te preocupes; es una niñería! Dorotea ¿no podrías proporcionar á Francisca una copa de jerez?

Me escabullí de la sala durante la administración de la bebida restauradora. Tomé mi waterproof y un sombrero viejo, y me dirigí al jardín, del cual salí luego hacia el campo, con dirección á la playa. Era una tarde fría y lluviosa; estaba la mar casi tranquila, y hácia el lado de la costa, pesada niebla se amontonaba. Nada podía ser tan triste, tan sombrío como este cuadro, con ex-

cepción de mi vida! ¿Para qué vivía yo? ¿quién me quería ní se cuidaba de mí? ¿para quién había de vivir ya?

Me senté en el pico de una roca, sin hacer aprecio de la lluvia, pensando en mí misma con profundo desconsuelo. Sabía que en casa nadie había de echarme menos, porque en ella no hacía ninguna falta; ni en parte alguna tampoco ¡ay de mí!

Permanecí absorta en aquel sitio durante más de una hora.

"Sentí en mi hombro una mano,
Mano blanda y cariñosa."

Volví el rostro sobresaltada, y encontraron mis ojos el rostro que tanto amaba, el rostro atezado de Guy Raymond.

De pronto no me dí cuenta de nada; pero poco á poco, iluminada por las revelaciones de su dulce voz, fuí comprendiendo que Mr. Raymond había venido atraído por el amor mío, y no por el de mi hermana.

Me siento incapaz de describir cuán grande fué la felicidad que llenó mi corazón aquella tarde. Mucho tiempo hacía que me amaba; pero su pobreza y mi supuesta riqueza le habían impedido revelar sus sentimientos. No obstante, cuando á su noticia llegaron nuestras desgracias, resolvió pedirme por esposa aun cuando su suerte no fuese próspera, y sólo esperaba tener una casa que ofrecerme. ¡Cuán poco comprendía cuanto le amaba! Ah! Yo hubiera sido feliz con él en la mayor pobreza, mucho más que con cualquier otro en medio de la opulencia!

Francisca resistió el golpe con admirable serenidad—aunque tal vez para ella no fué este desenlace ni siquiera un contratiempo.—El origen de la equivocación había sido que Mr. Raymond creía que Francisca seguía comprometida con Lord Delorme. Por esta razón no le pareció necesario entrar en mayores explicaciones, supuesto que, de las dos hermanas, solo yo estaba libre en su concepto. Se entiende que todas nosotras guardámos absoluta reserva sobre el error que habíamos padecido, de suerte que él no llegó á saber nunca por quien era esperado.

Así, pues, sucedió que los pequeños niños Sherbrookes tuvieron otra gobernanta y que yo me ví precisada á someterme con toda la alegría de mi alma, á la decisión de Guy, él cual quiso que nos casásemos luego, puesto que toda dilación era innecesaria.

Dos meses después me convertí en Mrs. Guy Raymond, y ahora

él y yo vivimos en la Ermita formando una de las parejas más venturosas de Inglaterra.

Mi tía Dorotea está contentísima porque me vé feliz. Aunque mamá llevó á mal que hubiese yo sido la causa inocente de la equivocación sufrida por Francisca, ya hoy parece comienza á perdonarme, porque mi hermana ha encontrado al fin un hombre á quien amar, y, según la apariencia, no pasará mucho tiempo sin que tengamos otra boda en la familia.

RALPH ELSIE.

(Traducido del inglés por J. L. P. y R.)

PAOLO Y FRANCESCA.

Paolo llevando á su inmortal amante
de Dios llegó delante,
que por su negro crimen le condena
á padecer la pena
de que nos habla en su poema el Dante.

Y cuando él sabe su castigo eterno
dice con voz satánica y vehemente:
¡Qué me importan las penas del infierno
si allí puedo besarla eternamente!

MANUEL J. OTHÓN.

EPITALAMIO.

Con vestidura nítida,
con faz resplandeciente,
y allí en la frente cándida
el velo trasparente,
mal encubriendo el fúlgido
mirar abrasador;
bordada la alba túnica
de rosas peregrinas,
al templo del Altísimo
los pasos encaminas,
cual sensitiva púdica
temblando de emoción.

¡Oh dicha pura y célica!
¡oh encanto placentero!
¿no escuchas? suena el órgano;
¿no vés? el pebetero
llenando la basílica
con blanca nube está.
Sus misteriosos cánticos
entona grave el coro,
y catârata espléndida
de luz, en rayos de oro
desciende de la cúpula
de mármol y cristal.

Parece que el Espíritu
sublime, sempiterno,
acude del pontífice
al ruego puro y tierno
y en bendición santísima
derrámase en tu sien.
Parece que los ángeles
mirando tu hermosura,
tendiendo el vuelo rápido,
de la celeste altura
te traen las magníficas
promesas de un edén.

Al fin el sueño prístino
de juventud risueña,
en realidad hoy tórnase,
y ya te miras dueña
del encantado alcázar
que te brindara Amor;
y en este instante plácido,
como á través de un prisma,
bañado en luces célicas
el mundo está, y se abisma
tu mente al ver la mágica
ventura que soñó.

Mansión de goces íntimos,
abre el hogar sus puertas
á la beldad purísima
que amando glorias ciertas
jamás del mundo pérfido
banal encanto fué;
á aquella que á la vívida
luz del amor primero,
sintiera afán insólito,
constante y duradero,
hasta llegar al tálamo
jurando eterna fé.

Jehová con mano pródiga
derrame en tu alma pura
la paz que siempre férvida
pediste, y la ventura;
que nunca velos fúnebres
se miren en tu hogar;
que no del mundo mísero,
que es centro de dolores,
los tempestades hórridas
la flor de tus amores
arrastren hácia un piélago
de dudas y de afán.

Así trascurra, plácida
cual linfa trasparente,
tu vida hasta su término,
sin sombras en la mente,
sin que brote una lágrima
de tu pupila azul.
Como en espejo límpido,
del casto amor los hijos
en tu alma pura mírense,
y en Dios los ojos fijos,
tengas en la hora última
el premio á tu virtud.

FRANCISCO SOSA.

México 1888.

DESPUES DE HABER LEIDO "FAUSTO."

A Luis G. Urbina.

I.

Bajo las sombras *Fausto* medita
Mefisto acecha con hondo celo;
y sueñan Siebel y Margarita
cosas azules, cosas del cielo.

Sobre la tierra dormida y negra
arden los astros resplandecientes,
ni un eco dulce la noche alegra
duermen las aves, duermen las fuentes.

Mas cuando apenas brilla la aurora
Siebel, felice con sus amores,
recoge, ofrendas á la que adora,
de los jardines las frescas flores.

Fausto medita, pálido, yerto,
viendo las luces de la alborada
con ojos fijos, ojos de muerto,
sin fruto alguno de la velada.

Siebel en tanto cruza la reja,
en ramilletes las flores ata,
y en la ventana feliz las deja,
entre la sombra que lo recata.

En humo negro que mancha el día
Mefisto lento se desvanece,
la luz enciende la celosía
y Fausto llora cuando aparece.

Mientras el astro de la mañana
sus rubios rayos al par agita
sobre la abierta, gentil ventana
las frescas flores y Margarita.

II

Más que de Siebel las frescas flores
ve la doncella como la incita
un cofrecillo de mil primores
con nombre y cifra de Margarita.

Tiembla suspensa ¿cuya es aquella
ofrenda rara que brilla ufana?
ruedan las flores, y la doncella
cierra las puertas de la ventana.

Mas presto se abren y con los ojos
húmedos mira la ofrenda grave,
y ante los nuevos duros antojos
tiende la mano, tuerce la llave,

y un grito ahoga que la sorpresa
le arranca luego, y el cofre abierto,
muestra las joyas de una princesa
y el caso juzga la niña incierto.

Pero algo siente que al fin le apena
¿qué sentimientos su pecho agitan?

Las pobres flores sobre la areña
empalidecen y se marchitan.

Duda, vacila y á veces llora,
en otros rié con el presente,
y toma el cofre que la enamora
viendo las flores indiferente.

Lanzan las joyas vario reflejo
entre las manos de la doncella,
que colocada frente al espejo
se vé más rica, si no más bella.

Y en los jardines, cuando anochece
doble pareja la sombra aparta
Fausto y la niña que se estremece
y de Mefisto la vieja Marta.

III.

Está la pobre mujer cubierta
de harapos sucios sobre la paja
de la siniestra prisión abierta
por la llavita de aquella caja

¿Dónde las joyas con que la suerte
un punto quiso cubrirla ufana?....
su presa aguarda la fría muerte
á los albores de la mañana.

Fausto de hinojos la solicita
"¡Vamos! Es tiempo. No hay que perderlo;"
pero la pobre de Margarita
lo mira triste sin comprenderlo.

¡Ah! no encontrando refugio cierto
la triste niña desventurada,

su pensamiento mira cubierto
de sombras vanas como la nada.

Y su agotada razón perdida
clama de amores que acaso sueña.
y nombra á Fausto, se siente herida,
y como un cuerpo que se despeña.

¡Vamos!.... Mefisto dice violento
le oye la niña y un grito lanza,
vuelve hacia el cielo su pensamiento
bajo las alas de la esperanza

y hacia lo eterno se precipita
dejando el cuerpo de vida exhausto,
el alma pura de Margarita
llamando á veces á ¡Fausto! ¡Fausto!

Y cuando le abre su puerta el cielo
vé en los umbrales frescas, lozanas
todas las flores que con anhelo
Siebel juntaba por las mañanas.

JESUS E. VALENZUELA.

México, enero de 1889.

LOS

MICROBIOS.

(CONTINUA.)

La inmensa mayoría de tales trabajos tiene por objeto el estudio de la inmunidad que se adquiere por la inoculación de la bacteridia carbonosa, que impide la propagación de la enfermedad mortal á trueque de sufrir ligeros síntomas de ella.

Antes que todo se trató de estudiar la acción del calor, pues M. Toussaint había dado á conocer en 1880 algunos trabajos suyos que demostraban que la sangre carbonosa mantenida á la temperatura de 55 grados durante diez minutos, constituía un preservativo capaz de librar á los carneros de la afección carbonosa, produciendo idéntico resultado la adición de ácido fénico á la sangre enferma en la relación de un diez por ciento. Mas tales procedimientos eran muy imperfectos bajo el aspecto práctico, pues las bacteridias de la sangre recibían el calor con desigualdad y quedaban por tanto atenuadas desigualmente. Chauveau ejecutó las mismas experiencias y las perfeccionó aplicando el calor no á la sangre infectada, sino á los cultivos artificiales. Tales líquidos llevados á la temperatura de 42 á 43 grados con el objeto de hacer que produjeran bacteridias sin esporos, se sometían en seguida á la de 47 grados durante una, dos, tres, cuatro ó más horas, atenuándose en la nueva experiencia los microbios hasta producir tan solo una

ligera afección que hacía las veces de vacuna. Demostró por otra parte M. Chauveau que los esporos experimentan la acción átenuante del calor cuando provienen de bacteridias recalentadas y expuestas después á la temperatura de 32 á 35 grados, que favorece la formación de esporos, en tanto que nada sufren cuando son de procedencia normal ó provienen de bacteridias no atenuadas. Tal atenuación era independiente de la acción del oxígeno, y aun se lograba apresurarla sustrayendo este gas; pero obteniéndose en tales circunstancias tenía el inmenso inconveniente de no ser persistente, es decír de no poderse trasmitir hereditariamente á las generaciones sucesivas que provenían de las bacteridias influenciadas. En otros términos, la verdadera atenuación parecía depender del cambio de los elementos.

La influencia del oxígeno comprimido, que también había estudiado ya Paul Bert, se empleó de nuevo para atenuar la virulencia de los cultivos por Chauveau y Wassanki, que obtuvieron en 1844 un líquido altamente satisfactorio, apto para los cultivos y suficientemente fijo para no evaporarse en el aire.

Poniendo en planta las ideas de Toussaint, Chamberland y Roux demostraron que las sustancias antisépticas mescladas á los líquidos de cultivo los atenuan notablemente, pudiendo tal atenuación trasmitirse á los cultivos posteriores. Así el ácido fénico en la dosis de 1 por 800, y el bicromato de potasa en la de 1 por 1,200 ó 1,500, unidos á un líquido de cultivo atenuan la virulencia proporcionalmente al tiempo que la bacteridia permanece en tal medio; de tal manera que si se reproduce el cultivo en un líquido ordinario, la bacteridia conserva el grado de atenuación que tenía en el momento de extraérsele.

En fin, las experiencias verificadas recientemente por M. Arloing han demostrado que los cultivos de la bacteridia carbonosa expuestos á los rayos del sol, al par que sufren una atenuacion gradual se retarda su vegetabilidad; y si la acción del sol se prolonga por algún tiempo, desaparecen la virulencia del cultivo y hasta su vida misma.

Aunque los nuevos descubrimientos son altamente interesantes por lo que se vé á las condiciones de vida de los microbios, vienen á ser tan solo, menester es decirlo, la aplicación del método de Pasteur, que consiste en la alteración de los cultivos por el calor,

procedimiento que realiza á maravilla el problema de "la creación de razas de virus vacunos."

Mas á pesar de tan numerosas y variadas experiencias, quedaba desconocida todvía la causa íntima de la inmunidad adquirida. La manera de procurarla era bien conocida, provocar la misma enfermedad que se trataba de evitar; ¿pero cual era su causa? Solo se habían propuesto para resolver el problema, hipótesis más ó menos probables.

Pasteur patrocinaba la teoría llamada *del agotamiento*, la cual se fundaba en el hecho de que después de servir un líquido, cultivar un microbio, no podía aprovecharse para otro nuevo, á causa sin duda del agotamiento de los principios necesarios para la proliferación. Por un fenómeno análogo, un organismo vacunado solo debería considerarse como privado por la primera enfermedad de ciertos elementos necesarios para la vegetación de los microbios que habian producido la enfermedad.

Chauveau ha defendido por su parte la teoría llamada del *contraveneno*. Sostiene que la primera acometida de una enfermedad da nacimiento á cierta sustancia tóxica para el microbio, que hace para lo de adelante inhabitable el organismo para el parásito. Tal teoría había sido inspirada á M. Chauveau por el hecho de que los carneros argelinos, refractarios á una corta cantidad de virus carbonoso, no resisten á la inoculación de grandes cantidades de este veneno.

Finalmente, la teoría formulada por Gouchard, que invocó para explicar la inmunidad una *modificación dinámica* consecutiva á la enfermedad, ha dado ocación á numerosas y variadas experiencias de Grawitz y Metzchinkoff (de Odesa), y podría llamársele *teoría de la adaptación* ó de la *resistencia*. Según los sabios mencionados, la inmunidad consiste en el poder que adquieren las células de los tegidos que las hace más aptas para la "lucha" con los microbios. Mentzchikoff fundándose en la circunstancia de que las *leucocitas*, células blancas de la sangre contienen en su interior microbios previamente inyectados, cree que dichas células tienen por objeto destruir los parásitos que invadan el organismo; de aquí el nombre de células voraces ó *fagocitas* que les aplicó; de aquí su creencia de que si las bacteridias atenuadas no son virulentas porque secretan un veneno que los paralisa; y que las ino-

culaciones orevencivas de virus utenua los confieren la inmunidad porque las leucoytas, habituadas á luchar con los microbios, habiendo salido vencedores de la lucha con los microbios atenuados pueden absorber los más virulentos.

En suma, el fenómeno se traducirá á un hecho de mitridatismo respecto de las células voraces, que podrían acostumbrarse progresivamente á los venenos.

Ingeniosas son ciertamente tales teorías. y aun ciertos hechos parecan justificarlas; tal vez unas y otras tengan algo de verdad, pues los fenómenos de la vida son complexos por extremo. Sin embargo, experiencias recientes sobre el nuevo método de vacunación contra las enfermedades infecciosas, han venido á aclarar el misterioso mecanismo de la inmunidad y á traer un importante contingente á la teoría del *contra veneno.*

Ante todo debemos hablar de las experiencias de Charrín con los cultivos del microbio descubierto por Gessard, microbio que dá a la supuración una coloración azul bien conocida de los cirujanos—Este microbio es muy peligroso para los conejos y los mata rápidamente. Charrin demostró que inyectando á los conejos caldo de cultivo del microbio *piosiánico*, y en seguida un cultivo vivo del mismo, se retarda considerablemente su muerte. Después vinieron las experiencias de Chamberjand y Roux con el vibrión séptico, microbio que habían encontrado Pasteur, Joubert y Chamberland en la tierra y en el intestino de los caballos, y que es el factor de ciertas gangrenas rápidas caracterizadas por la formación de gases fétidos, como lo han demostrado Koch y Faffky en Alemania. Chamberland y Roux habían observado que el vibrión séptico cuando se halla esterilizado por el calor, no se halla más apto para producir una nueva generación de microbios si se le siembra de nuevo; al mismo tiempo que si se añade al nuevo caldo cierta cantidad del de un cultivo terminado, el líquido así preparado es poco favorable al desatrollo del vibrión. Tales particularidades vienen á constituir una demostración muy aceptable de que los productos elaborados por el microbio se oponen á su desarrollo ulterior; pero se ha adquirido la prueba más irrecusable de la teoría operando no *in vitro*, sino sobre los animales. Habiendo inyectado á un conejillo de Indias una fuerte dosis de vibrión séptico calentado á 119 grados durante diez minutos, es decir ab-

solutamente privado de cualquier organismo viviente, adquirió la inmunidad contra la septicemia, que es para él una enfermedad terrible.

Tales experiencias probaban no solamente la posibilidad de vacunar contra las enfermedades infecciosas por un procedimiento nuevo del todo (la acción de productos solubles elaborados por los microbios en sus medios de cultivo) sino también sobre la naturaleza íntima de algunas vacunáciones, probando á satisfacción que se puede volver á los animales refractarios á ciertas enfermedades virulentas sin recurrir á la inoculación de ningún virus viviente.

Tal método debía ser muy fecundo, pues apenas conocido, Chanteuse y Widal convirtieron á algunos ratones en refractarios á la fiebre tifoidea inoculándolos previamente con algunos centímetros cúbicos de una cultura de bacila típica en que los microbios habían muerto á causa del calor.

En fin, hace algunos días tan solo M. Gamaleïa (de Odesa) hacía saber que por medio de inyecciones previas de cierta dosis de caldo de cultivo del microbio del cólera, había convertido á las palomas en refractarias á la enfermedad que les ocasionaba este microbio. Esta virulencia ha permitido à Gamaleïa causar el cólera al conejillo de Indias, lo que no había podido tener lugar hasia el presente sino de nna manera dudosa y en virtud de artificios bastante complicados empleados por Koch, Nicati y Rietsch. Los conejos qne sucumben por la inoculación de este cólera artificial se vacunan igualmente por las culturas calentadas, es decir por sustancias solubles que resultan de la vida de los microbios en estos cultivos, sustancias cuya existencia se había probado de muchos años atras por Nicati y Rietsch en Francia y por Koch en Alemania. Claro es que no se puede afirmar que se posea ya un procedimiento preventivo del cólera que pueda aplicarse al hombre, pues solo un estudio que deberá hacerse y no el mas sencillo á la verdad; pero si la enfermedad que confiere á las palomas M. Gamaleïa es en efecio el cólera, lícito es tener gran confianza en el éxito de tales experiencias.

Más todavía; aunque se halle mal definida hasta la fecha la constitución química de los productos elaborados por los microbios, se puede sin embargo intentar su análisis ó su síntesis ó identificarlo á otras sustancias químicas actualmente conocidas que

pudieran emplearse para la vacuna. Tal hecho marcaría sin duda la última etapa en la serie de los descubrimientos en materia de vacunaciones, pues podría afirmarse con verdad que los microbios nos habían enseñado á prescindir de ellos al tratarse de la fabricación de virus-vacunos, abandonados por las vacunas químicas. Esto es solamente en la actualidad una simple recreación para el espíritu, y ni siquiera habríamos hablado de la posibilidad de la vacunación química si un ingenioso experimentador, M. Peyraud de Liorna, no pretendiera haber hecho adquirir la inmunidad contra la rabia á diversos animales por medio de la esencia de tanino, que provoca síntomas rabiformes semejantes en un todo á los de la rabia, y que según el autor mencionado tendría la misma constitución química que el elaborado por los microbios de la rabia, hipótesis que, menester es reconocerlo, está todavía por probarse del todo.

Acabamos de hablar de la vacunación contra la fiebre tifoidea y el cólera. que es la ciencia del futuro y la rama en pue la microbología ó mas bien la bacteríología—empleando un término mas exacto que el precedente y recientemente introducido en la teconología científica—se ha constituído como ciencia y ha tomado el lugar que le correspondía en labóratorias perfectamente instalados. Tal movimiento, no vacilamos en afirmarlo, se debe á los admirables trabajos de M. Pasteur sobre el carbón y el cólera de las gallinas, cuya historia relatamos ya con la debida amplitud. A partir de 1880, época de la publicación de las experiencias sobre la vacunación carbonosa, los microbios tenían hecho ya el camino, y pronto debían darse à luz cruditísimas investigaciones en este fecundo é inesperado camino.

Las inteligencias exentas de preocudaciones y susceptibles todavía de evolución, habían adquirido los hechos siguientes: que las enfermedades contagiosas son de naturaleza parasitoria es decir, causadas por micro-organismos vivientes, los microbios, que son los agentes tangibles de las enfermedades y su contagio; que los microbios determinan en los organismos perturbaciones comparables á las fermentaciones, las cuales á su vez sufren afecciones debidas á la acción de los microbios, en fin—admirable consecuencia de las propiedades biológicas de los microbios—que se les puede hacer servir mediante ciertas maniobras que aumentan su ac-

tividad virulenta, para proteger á los animales cóntra las enfermedades graves de que son agentes. Naturaleza parasitoria de las enfermedades infecciosas, mecanismo del contagio, atenuación biológica del virus y vacunación, he aquí los conocimientos fundamentales debidos al genio de M. Pasteur, he aquí las grandes conquistas de la nueva ciencia, que con solo el trascurso de algunas años llegaría á contar con tantos tesoros como la más antigua de sus hermanas.

Y era tal en efecto la solidez de los principios establecidos por las experiencias que hemos descrito, que podía comparárseles á esos cálculos astronómicos que revelan con precisión la existencia de un astro desconocido y el lugar del cielo en que se halla. Una vez demostrada la naturaleza animada del contagio, hallar el miceobio de la enfermedad contagiosa dependía solo de la habilidad técnica de las manipulaciones. Tal es lo que sucede con una enfermedad bien conocida, la neumonía, esa vulgar fluxión de pecho, cuya naturaleza contagiosa nadie había llegado á determinar, pero que una vez conocida y estudiada se ha llegado á demostrar que es contagiosa y epidémica.

En el espacio de ocho años que nos separa hoy de la época en que la bacteriología daba sus primeros pasos, se ha puesto fuera de duda la naturaleza microbiana de tantas enfermedades, que resultaría de seguro interminable la lista que diéramos si nos propusiéramos comprenderlas á todas; mas no podemos privarnos de hablar de algunas especialmente desarrolladas y cuyo origen á todos interesa conocer.

Una de las más importantes conquistas de este periodo es seguramonte la del microbio de la tuberculosis, que Koch encontró en 1882. Se comprenden hoy bajo el nombre general de tuberculosis diversas afecciones locales más ó menos susceptible de generalizarse.

La forma más común de la tuberculosis es la tisis pulmonar, mas está demostrado que las numerosas y variadas lesiones causadas por la escrófula y otras diversas enfermedades de la piel son de idéntica naturaleza y reconocen el mismo origen que la tisis. Mas es necesario tener presente que al descubrimiento del microbio de la tuberculosis había precedido el de la trasmisibilidad de la enfermedad mediante el contagio. La prueba de este hecho se

debía á M. Villemín el ilustre profesor de Val-de-Grace que con tanta justicia ha sido considerado como una de las glorias de la medicina militar francesa. Tal conquista no debía carecer de émulos, pero al cabo de catorce años de reñidas pruebas ha recibido la sanción más completa por los trabajos de M. Roberto Koch que descubrió el microbio de la tuberculosis desconocido hasta entonces y puso término á las controversias.

Nadie negará á la verdad el alcance de los descubrimientos del sabio alemán, que ha dado á conocer métodos nuevos de coloración y ha encontrado en todas las lesiones tuberculosas bastoncillos que miden por término medio 3 ó 4 milésimos de milímetro de largo, y que tienen una anchura diez veces menor; que ha logrado cultivar el *bacilo* y reproducir la tuberculosis en los animales. Debemos también tener presente que M. Koch tuvo precisión de crear una técnica de investigaciones anatómicas, procedimientos de coloración y cultivo especiales que le granjearon lisongera acogida en el mundo sabio. Pero menester es también recordar —pues Koch parece haberlo echado ya en olvido—que M. Villemin observó primeramente que ha inspirado sus teorías, y que las había precedido ademas los descubrimientos de M. Pasteur que había hecho ver la importancia real de los microbios. La tuberculosis es contagiosa, había dicho Villemín; Pasteur había añadido: las afecciones contagiosas tienen por causa los microbios. Koch halló el microbio cuya existencia se había predicho. Es, pues, como todos los bacteriologistas grandes y pequeños discípulo de M. Pasteur.

De cualquier manera, la nueva conquista inauguraba ya brillantemente el nacimiento de la joven ciencia. De cinco defunciones que acontecen entre nosotros, una por lo menos debe atribuirse á la tuberculosis, siendo mayores los estragos que causa esta terrible enfermedad en el ejército, en que multitud de hombres tienen precisión de vivir unidos. Los *neófobos* enemigos de la ciencia y el progreso, repiten hasta la saciedad que el descubrimiento de los microbios no ha curado una sola enfermedad. Desentendiéndonos por ahora de la falsedad de semejante aserción cuyo valor examinaremos más tarde, ¿no era ya un inmenso adelanto el saber que la tuberculosis era contagiosa y que el microbio expulsado por los tísicos era absorvido por nuestros órganos pul-

monares? Aunque la terapéutica de la enfermedad no hubiera ganado nada con el descubrimiento del microbio, el conocimiento que se había adquirido respecto de su origen bastaba para prevenir innumerables casos, sin mencionar el conocimiento del contagio directo de padres á hijos y de los esposos entre sí.

A pesar de todo, el descubrimiento del microbio de la tuberculósis no ha tenido la resonancia que podría augurársele, pues las enfermedades que nos atacan habitualmente nunca logran impresionarnos tanto como las de origen exótico, que invaden nuestra nación á intéovalos lejanos esparciendo el terror por todas partes y á las cuales se reserva el nombre de epidemia. Y sin embargo, los rebajos que causan las grandes epidemias no son ni con mucho tan considerables como las producen la tuberculosis y la fiebre tifoidea, que nunca llegan á preocuparnos seriamente. Es menester por otra parte reconocer que el temor á las epidemias exóticas no es infundado del todo, pues como vivimos en medio de las indígenas debemos creer que estamos preservados de ellas en virtud de nuestra constitución ó de alguna ligera acometida que de eilas hemos sufrido y que ha hecho las veces de vacuna; no sucediendo lo mismo cuando nos vemos bruscamente privados del antiguo paladiún y en presencia de un mal nuevo cuyos golpes no respetan ninguna inmunidad.

(Concluirá.)

EL BRAHMAN.

Yo era un brahmán, conocedor del Veda;
Yo me ceñía mi ropòn de seda.
Y el concurso de santos y de sabios
Oía, cual rumor de la arboleda,
Toda la inspiración, la ciencia toda,
Manar, al escaparse de mis labios
Los versos de Valmiki, en la pagoda.
Yo congelaba el iris,
Y al rayar de la aurora
Las nieves eminentes
De los dawelaguiris,
Se convertían oración sonora,
Emjambre de salmodias y de rimas,
Rapsodias profundísimas y extrañas,
Con que daban á Brama, las montañas,
Gracias por las edades de sus cimas.

Oyendo mis cantares y refranes,
Acatando mi fe y sabiduría,
En premio, discurrieron cierto día,
Ofrendarme una virgen, los brahmanes.
Érase mi gentil enamorada,
De dulce y noble y lánguida mirada,
De tan pura belleza
Que la Hindostania la juzgó el extremo
Del esfuerzo supremo
Del arte de la gran naturaleza.

Era mía. Y en medio de oraciones,
Mago solemne, soñador agreste,
Hice las misteriosas abluciones
Y desceñí la inmaculada veste.
Entonces, con locura
Dí un beso en su cintura
Fácil cual junco y adorable y grata,
Y de su talle se enroscó á la albura
Un cinturón deslumbrador de plata.
Cual fuente que desborda de su lecho,
Como hebras de la noche,
Formaban manto misterioso y vago
Sus cabellos rodando por su pecho
Con inocente y con sensual halago.
Y en el cuello de nieve, casto y bello,
Donoso cual de blanca cervatilla,
Posé el labio apartándole el cabello,
Y entonces, luminosa gargantilla
Cual sierpe de oro se anudó á su cuello.
Nevada é inocente,
Cual la espuma más alba de la playa,
Admiré la blancura de su frente,
Pura como el carámbano
Que corona la sien del Himalaya.
Allí mi labio que amoroso quema,
Dió un beso ingénuo cual la luz del día,
Y cuajada de lumbre y pedrería
Engarzóse á su frente una diadema.
La alzó en mis brazos mi efusión sencilla,
Y con el más sagrado de los goces,
Doblé ante los altares la rodilla,
Y pura, así, la devolví á los dioses.

FRANCISCO A. GAVIDIA.

Centro América, 1888.

PAGINAS POSTUMAS

DE ENRIQUE HEINE.

Los fragmentos que insertamos á continuación forman parte de un libro de Enrique Heine publicado en Alemania trece años después de la muerte del gran poeta, y que no se había traducido hasta el presente.

Hay de todo en este volumen: *lieder*, máximas, artículos de periódico, el proyecto de continuación del *Rieselbider* y multitud de expresiones pintorescas que el poeta anotaba indistintamente; en resumen, mucho oro y no pocos desperdicios.

La circunstancia de no estar estas notas destinadas á la publicidad constituye su mayor encanto, pues el autor se muestra en ellas tal cual es, ora melancólico y alegre, ora místico y burlón, con sus esperanzas, sus desilusiones, sus rencores políticos, literarios y religiosos.

Heine, por más que piense lo contrario Teófilo Gauthier, no tenía buen corazón.—Tal vèz las pruebas que tuvo que sufrir al principio de su carrera y la prolongada agonía que la terminó, contribuyèron pará agriar su caracter; fué menester toda la indulgencia del gran crítico para apellidar *excelente* al alemán que trata á su patria con inaudita crueldad, al judio convertido que arroja punzantes sarcasmos á la religión de sus padres y á la que adopta al vengativo escritor que ataca tan duramente á sus compañeros

que le infieren algún agravio. Mas bajo el punto de vista del arte no podemos menos de regocijarnos disposición de ánimo semejante, que le inspiró sus obras más ricamente cinceladas, sus rasgos más característicos. ¿Qué más vigorosamente satírico que su parecer sobre Jacobi? "Naturaleza burlona y áspera, alma viscosa, gusano religioso que roe el fruto del conocimiento para apartarnos más de él."

¿Qué puede darse más ingenioso que lo que ha dicho de otro de sus compatriotas? "La elegancia de su estilo es la huella argentada que ciertos insectos dejan al arrastrarse por el suelo."

En mil lugares de sus obras se lisonjea Heine de no tener creencia ninguna, mas á pesar de sus blasfemias y fanfarronadas, se descubre que como á Musset, escéptico también, lo atormenta el afán de lo infinito. Para justificar nuestro aserto nos contentaremos con insertar á continuación la autobiografía que Heine hace de si propio: ahí se muestra tal cual es; burlón despiadado para con sus enemigos, desconfiado con sus amigos, arrogante hasta en las preces que dirige á su Dios!

*

En mi cuna se confundieron los últimos resplandores de la luna del siglo XVIII y la primera aurora del XIX.

Soy de la índole más pacífica. Mis deseos no pecan de exorbitantes: una casita con su techo de paja, un buen lecho, mesa suculenta, manteca y leche fresca, flores en la ventana, algunos árboles delante de la puerta, y si el buen Dios quiere complacerme del todo, me concederá el placer de ver colgando de sus ramas á seis ó siete de mis enemigos. Antes de que muera les perdonaré el mal que me hayan hecho en la vida...... Si, bueno es perdonar á los enemigos, pero cuando estén ya ahorcados.

No soy vengativo, tengo el mejor deseo de amar á mis enemigos, pero no puedo entregarme á tan dulces expansiones antes de vengarme de ellos. En tanto que esto no sucede, siento una extraña desazón en el alma.

Soy cristiano gracias á los Sajones que dieron media vuelta en Leipzig, ó á Napoleón que ninguna obligación tenía de ir á Rusia,

á su profesor de geografía en Brienne, que no le enseñó que en Moscow hace mucho frío en el invierno.

Si Montalembert llegara á ministro y quisiera confiarme á Paris, me convertiría al catolicismo: Bien vale Paris una misa!

No me he naturalizado por el solo temor de amar menos á Francia, del mismo modo que al contraer matrimonio con una querida se enfría el antiguo afecto que hacia ella se sentía. Seguiré viviendo en matrimonio morganático con Francia.

Dios me perdone las locuras que tocante á él se me han escapado, como yo perdono á mis enemigos las que han escrito en contra mía, bien que ellos por el talento distan tanto de mí como yo de tí, Dios mio.

*

De mortuis nihil nisi bene—De los vivos solo debe hablarse mal.

*

Decía cierta joven: "Forzosamente debe ser rico este caballero, puesto que es tan feo." Tal es la norma para el público. "Debe ser muy entendido este hombre, pues es fastidioso por extremo." —Este es el secreto del éxito que muchos alemanes alcanzan en Paris.

*

La música de un cortejo de bodas me trae invariablemente á la memoria la que acompaña á los soldados que marchan al combate

*

No parece sino que los alemanes tienen en Paris el exclusivo objeto de preservarme del mal de la patria.

*

Ignoro si ha sido virtuosa, pero puedo afirmar que siempre ha sido fea, y en tratándose de virtud con la fealdad se tiene andada la mitad del camino.

*

Los hidalgüelos hanoverianos son unos asnos que solo se ocupan de hablar de caballos.

*

El que toma esposa es semejante al dux que se desposa con el Adriático: ignora lo que puede tocarle: perlas, tesoros, monstruos, tempestades.

*

Son peligrosos estos alemanes! Cuando menos se piensa, sacan del bolsillo una tirada de versos, ó promueven una conversación sobre filosofía.

*

B.—Si perteneciera á la raza de que nuestro Salvador salió, más bien que avergonzarme de ella procuraría darle gloria.

A.—Bah, mi intento sería el mismo si fuera el único de tal raza, pero ha producido tantos canallas, que es ya penoso confesar el parentesco.

*

La democracia viene á ser la muerte de la literatura, pues ha-

brá libertad é igualdad de estilo. Todos tendrán libertad para escribir á su antojo, tan mal como quieran, pero nadie tendrá derecho de pasar el nivel común, de escribir mejor.

*

Odío democrático contra la poesía. El Parnaso debe ser demolido, nivelado y empedrado, y en el mismo sitio en que el poeta escuchaba á los ruiseñores, habrá una inmensa calzada y un camino de fierro en que la locomotora pase á todo vapor entre una sociedad atrafagada. Furor democrático contra los que cantan el amor. ¿A qué cantar la aristocrática rosa? Cantad más bien la patata democrática que alimenta al pueblo.

*

Los monos miran desdeñosamente á los hombres, juzgándolos una degeneración de su raza; los holandeses á su vez consideran á los alemanes como holandeses corrompidos.

(Continuará)

LA ENVIDIA.

A Ricardo Palma.

Tristeza del bien ageno dijo un célebre moralista cristiano que es la envidia, y esa definición, aprendida desde la infancia por varias generaciones, ha venido privando hasta nuestros días como axioma incontrovertible. Empero, si bien se examina, nótase que tal definición peca de benigna.

No es tristeza,—porque la tristeza es un sentimiento apacible y aun tierno muchas veces,—lo que el individuo siente ante la dicha ó ante el bien de otro: es rabia, es ira, es despecho. El envidioso, como afirma un popular escritor, "es un enano que pretende que todos sean enanos." Y como su voluntad es impotente, el envidioso ve frustrados sus anhelos, y vive eterna y sordamente elaborando bílis, y por eso son sus días amargos y son crueles sus noches. Hundido en el licor viscoso que secreta, puede decirse que se convierte en deforme excrecencia social.

El enano, es decir, el envidioso, no necesita hallarse en presencia de un gigante para retorcerse con las convulsiones de la ira; le basta que cualquiera mida algunas pulgadas más que él para que le juzgue un obstáculo para su propio desarrollo y encumbramiento.

El envidioso, por más que pretenda disimular la pasión que le corroe, la denuncia con sus palabras, con un gesto, con una mirada. Y, ¡cosa singular! él que vive empeñado en que se tenga por pequeños á los que le son superiores, se encarga por sí mismo de

elevarlos y engrandecerlos; porque para las sociedades es un dogma que es más fácil valorizar á un individuo por el número de sus detractores que por el de sus obras. Lo sabe el envidioso, y sin embargo, cegado por la pasión ruin que le domina, va formando el pedestal sobre el que habrá de asentarse la odiada personalidad que él quisiera reducir á polvo impalpable.

Digno de lástima, nada más que de lástima, sería el envidioso, si la bílis que acumula día á día y hora por hora, quedase depositada y oculta en su propio sér; pero como la expele para salpicar con ella, aunque sin lograr mancharla, la reputación del que por más afortunado, por más estudioso, por más inteligente ó por más rico, ó más sabio, forma el blanco de sus tiros, el envidioso se hace repelente, y no es un mísero sino un miserable.

Quiere su negra suerte que el envidioso, como á través de poderosa lente, mire á las cosas y mire á los hombres no como son sino como colosos; por eso sus odios son mayores, por eso agota las armas de la burla y del sarcasmo, y por eso llega á conseguir que se engrían aun las más medriocres inteligencias.

Para el envidioso nadie es grande por sus propios merecimientos: la riqueza de unos, dice, tiene orígenes vergonzosos; la fama de otros es usurpada, la sabiduría de X es problemática, la caridad de N no es la verdadera caridad; el valor de R no está comprobado; la virtud de la Sra. H es hipocresía.

¿Cómo es entonces, preguntareis, cómo es que se da entrada en los centros sociales al envidioso reconocido por tal? Nada más fácil de explicar. Lo sabeis muy bien: hay algo en la humana estirpe que le hace gozar en el mal ageno; hay algo así como una picante curiosidad por escuchar al malévolo. Pero, dicho sea en disculpa de los que tienen tales instintos, los mismos que celebran al envidioso mientras esprime su ingenio forjando anécdotas para ridiculizar á su víctima, esos mismos, cuando el envidioso se aleja, exclaman: "Halaguemos á esta sierpe ya que no nos es dado aplastarla; finjamos ignorar el móvil, la causa de sus desahogos; tal vez así nos libremos de que mañana diga de nosotros lo mismo que acabamos de oírle sonrientes y complacidos."

Se equivocan los que así piensan. Para el envidioso nada hay sagrado; es incapaz de sentimiento alguno levantado y noble; si ve á su propio hermano obtener consideraciones, le dirigirá sus tiros.

Para cualquier hombre de corazón bien puesto, tienen explicación los acerbos reproches, los dicterios del que ha sido ofendido, la venganza, el crimen, acaso, si fatalmente ha sido provocado; pero se resiste el hombre honrado á creer que haya quien, como el envidioso, socave reputaciones, quiera ofuscar glorias y sienta odio invencible nada más que porque no posee el mérito ageno. Si no fuera esta la verdadera causa de las vociferaciones del envidioso, no le veríamos ensañarse nada más que contra los de su propio país. Porque, notadlo bien, para disimular que su inquina reconoce feo origen, pondera siempre la excelsitud de los ingenios que han florecido ó florecen en otras naciones, comparando sus obras con las de sus compatriotas, para deprimir á éstos, muchas veces, las más, sin haber estudiado ni unas ni otras.

Como aquellas mujéres que evitan la compañía de las que reconocen superiores por su belleza, y que si se ven obligadas á permanecer junto á ellas torturan su inteligencia por ostentarse más dignas de la predilección de los hombres por su donaire y por su verba, el envidioso procura estar lejos de los que envidia, y cuando ve á un hombre de grandes dotes cerca de sí, hácese locuaz y decidor y no permite que se preste atención sino á sus palabras. Y como el verdadero mérito va acompañado siempre de la modestia, las personas vulgares atribuyen el silencio del hombre superior á todo, menos á la verdadera causa; pero los inteligentes, los desapasionados, distinguen muy bien la pedrería falsa, y el envidioso pasa ante ellos como platicador ligero é insustancial.

¿En cuál de las esferas sociales podrá ser, no ya útil, siquiera inofensivo el envidioso? Sin vacilar debemos decir que en ninguna. No en la administración pública, porque como le han precedido otros, le lastima, le hiere, le irrita que éstos á quienes él vé pequeños ocupen puestos más elevados y disfruten de mayores consideraciones y de más pingües emolumentos. Empéñase por eso en deturparlos, en escarnecerlos, en deshonrarlos, hasta que se hace intolerable é imposible.

Mucho menos le es dado adquirir renombre justo y merecido en las letras. No puede ser historiador, porque el envidioso jamás es concienzudo, porque los sucesos son obra de los hombres, y él muestra marcada prevención contra lo que puede enaltecer á otros. ¿Crítico? tampoco; porque le avasalla la pasión, y todos sus cona-

tos se reducirían á rebuscar defectos, á lanzar acusaciones pueriles, y á entrar en ruines nimiedades que producirían detestable efecto. ¿Biógrafo? mucho menos; porque en los estudios biográficos, por grande que sea la elocuencia del autor, al hacer que resplandezca la personalidad del heroe ó del personaje, borra su propia personalidad, ó la deja en la sombra. Un egoista jamás podrá ser biógrafo, porque para escribir una buena biografía se necesita rendir culto á la gloria agena, y amar mucho á la patria.

Mancha y envenena cuanto se pone á su alcance, el envidioso, y en vano, por lo mismo, intentaría abrirse paso entre los hombres de negocios, pues temerían que por procaz lograse menoscabar el crédito conquistado por ellos con tanto afán.

Así en lo demás; porque quien,—como el puerco-espín—muerde ó clava las púas de que está sembrada su piel, se condena á que todos le huyan.

Convidad al envidioso á vuestra mesa ó á vuestros salones, y tened por seguro que después de ser objeto de vuestras amabilidades, dirá á cuantos quieran escucharle, que sois mezquinos, que os falta cultura, que desconoceis el buen gusto, que en vano os esforzais por parecer hombres de sociedad. El envidioso es ingrato é incapaz por ende, de respetar ni al que incurre en la debilidad de honrarle ó de favorecerle.

El envidioso cree hacerse invulnerable precediendo sus censuras de un exordio que en vez de servirle de coraza, le exhibe en toda su repugnante desnudez. "Hablo,—dice—del general L por que no soy militar y no se ha de suponer que le envidio; critico las poesías de M porque como jamás he intentado escribir versos, no se atribuirá á que me inspira celos la popularidad de que goza; flagelo al funcionario, porque no habiendo formado nunca parte de la administración pública, mal podría detestarle por su encumbramiento; digo que un banquero está por torpeza ó por mala fé en quiebra, seguro de que nadie sospechará que yo, ageno en lo absoluto á las operaciones bursátiles, pretendo desprestigiar á uno de mi gremio; si llamo hipócrita á B á quien proclaman caritativo, es porque, no deseando pasar por filántropo, no me arrebata las bendiciones de los pobres."

Eso dice el envidioso implacable y mordaz. Ya lo veis, no es nada y de todos habla mal. Él, el infinitamente pequeño, el nulo,

encuentra bajo y rastrero cuanto los demás hacen, y no acierta á mirar impasible el bienestar ó la gloria de nadie, por modesto que sea ese bienestar, por pobre que sea esa gloria.

Nuestra insigne fabulista Rosas Moreno en su bellísima producción *La Envidia* y *La Gloria*, enseña lo que es el envidioso:

—"Desdichada de mí, dijo la hoguera,
Siempre el humo me sigue donde quiera,
Y envuelta, entre sus sombras me consumo."
Al escucharla el humo,
—"Odio, le dijo, tu fulgor brillante,"
—"Aparta, por piedad, tu sombra oscura"
Dijo entonces la hoguera con ternura,
Yo nunca te ofendí ¿por qué me humillas?
—¡Que yo aparte mis sombras! ¡que locura!
Te odio, contesta el humo, porque brillas."

Esto pasa, lectores, en el mundo;
Abrid, si lo dudais, abrid la historia:
La envidia siempre, con rencor profundo,
Porque la ve brillar, sigue á la gloria.

A Salvador Díaz Mirón, el inspirado poeta veracruzano, se deben los siguientes, magníficos versos que son un estigma para los envidiosos.

"Sé de un reptil que persigue
la sombra rauda y aérea
que un ave del paraíso
proyecta sobre la tierra
desde el azul en que flota,
íris vivo de orlas negras!

"Conozco un voráz gusano,
que, pérfido en una ciénaga,
acecha una mariposa
que, flor matizada y suelta,
ostenta en un aire de oro
dos pétalos que aletean!

"¡Odio que la oscura escama
profesa á la flor espléndida!
¡Inmundo rencor de oruga!
¡Eterna y mezquina guerra
de todo lo que se arrastra
contra todo lo que vuela."

El envidioso, cuando posee ciertas dotes para la sátira, cuando logra dar amenidad à su conversación, cuando su frasé es incisiva, puede llegar á servir de algo. Pero, ¡qué triste condición la suya! Es la del histrión que divierte á los ociosos y á los malévolos; histrión á quien se escucha; pero también á quien se desprecia.

¿No tiene, preguntareis, castigo alguno ese ser humano con instintos de reptil? Sí, y bien doloroso, y tan lento como ineludible. Lleva dentro de sí mismo el fuego que le devora las entrañas; lleva una sierpe que con férreos anillos le está ahogando y que cuando le considera próximo á sucumbir le da una tregua, no por piedad sino para reproducir después los tormentos; lleva la conciencia de su pequeñez y guarda en su memoria, por más que pugna por deshacerse de ella, la conciencia de la grandeza agena. Cada aplauso que el extraño obtiene, cada fortuna acumulada, cada elevación que otro logra, repercuten en el corazón del envidioso, se difunden en su sér convertidos en lava ardentísima. Por eso cada día es más acre su lenguaje; por eso le es cada día más difícil ocultar, tras de la sonrisa que brota de sus labios, la rabia de que está poseído; por eso pretende en vano dulcificar sus miradas, que son relámpagos de ira que denuncian la tempestad desencadenada que ruge en su pecho.

Pero todos esos horrores, nada valen ni significan si se comparan con lo que constituye el gran castigo del envidioso.

Cree que menoscaba el mérito ageno. y acaba por ser el crisol en que se purifican para brillar en todo su esplendor la grandeza y la gloria de los hombres á quienes llegó á suponer sus víctimas. Los juicios favorables pueden ser sospechados de parciales, atribuidos á la amistad, á la gratitud, al optimismo, á cualquier móvil generoso; mientras que en cada dardo que lanza el envidioso viene envuelto el reconocimiento de la superioridad de aquel á quien fuera lanzado ese dardo.

Es menester que el hombre esté dotado de una susceptibilidad extremada, para que confunda el rasguño del envidioso con la herida que deja huella indeleble, y es menester que la modestia de un individuo sea rayana de la humildad sublime del verdadero cristiano, para que no se torne orgulloso á medida que crece el número de los que se afanan por mostrarle más pequeño de lo que él mismo se reconoce.

He ahí como por misterioso arcano, inconscientemente, la envidia llega á tener una significación útil en las sociedades, haciendo su virus emponzoñado el papel de esas sustancias venenosas que destruyen ciertas perturbaciones del orgánismo. La envidia es la encargada de disipar las dudas que engendra el inesperado descubrimiento de cualidades excelentes que no se sospechaban en un individuo.

Un gran pensador dijo que para saber lo que un hombre vale necesitaba conocer el número de sus enemigos. Reformemos la frase diciendo que el de los envidiosos, porque estos no son enemigos. La enemistad reconoce muchas veces un origen legítimo, por odioso que sea; la envidia siempre es innoble, porque hiere sin ser provocada, y hiere á mansalva; la enemistad daña; la envidia, á la postre, favorece.

FRANCISCO SOSA.

A MARIA.

Rosa en botón, que la primer caricia
del ceguezuelo Amor tan solo aguarda
para exhalar la que en su cáliz guarda
esencia pura de sin par delicia,

la suerte quiera, á mi clamor propicia,
hacer que llegue perezosa y tarda
esa hora que imaginas que retarda
de la ilusión la celestial primicia.

Ay! no lo sabes; ni la sombra queda
un instante después, del desvarío
del fugitivo amor que en dicha leda
inunda el corazón, y del hastío
en el desierto erial la vida rueda
cuando nos hiere el desengaño impío.

FRANCISCO SOSA.

México 1888.

EL LOCO DE FIRLEYUVKA.

Hacía rato que mi cochero judío movía la cabeza, como si se hallase sentado, absorto en santos goces, ante el libro de los libros ó ante el precioso tesoro de Talmud. Mas de improviso detuvo sus flacos caballejos, y señaló con el puño de su látigo el cielo que se iba poniendo muy sombrío delante de nosotros.

Efectivamente el cielo estaba amenazador.

—Si no dejamos pasar la tormenta, me dijo Pinkas Glanzmann, pronto nos sorprenderá en el camino. Podríais deteneros en la posada de Dubín. No veremos una sola casa hasta Wrycín, donde está vuestro tío.

—No, le contesté, sigue sin pararte.

Años hacía que estaba yo alejado de mi país natal, y esa tarde me esperaban.

El cochero se encogió de hombros y prosiguió la marcha, Delante se extendía como el sombrío telón de un teatro antes de la representación. Enormes nubes, que parecían salir del abismo, cruzaban por el horizonte. Hubiérase dicho que la corteza terrestre se había roto para vomitar el humo de un volcàn inmenso.

El aire, que ordinariamente sopla fresco y ligero, acariciando las copas de los árboles y las doradas espigas, se había hecho pesado y sofocante. Las hojas y hasta las hierbas se inclinaban hacia la tierra, tristes, inanimadas. El calor era extremo. No se oía un ruido, un canto de ave. Faltaba de súbito á la naturaleza ese aliento fresco y vivificante de los hermosos días de verano, que hace ondular y murmurar las verdes llanuras y los campos en fru-

to. La vasta extensión parecía sepultada en el silencio, en espera de algo desconocido y misterioso.

Oculto tras un velo denso, casi opaco, el sol no lanzaba sino rara vez algunas miradas ardientes y furtivas sobre la llanura; entonces prados y campos se iluminaban como una brasa para tomar luego el mismo tinte extraño, metálico, plomizo, en cuanto disimulaba de nuevo sus luces el poderoso astro del día.

En este océano de trigales, que se extendía hasta donde llegaba la vista, mirábanse flotar, como en una inundación, granjas aisladas, con techo de rojas tejas, cúpulas redondas de iglesias griegas, cabañas de paja, aldehuelas diseminadas acá y acullá. Delante de nosotros se oscurecía el bosque, del cual precipitábase un rio en torrente impetuoso, que los escasos rayos del sol salpicaban de chispas diamantinas.

Comenzaba á hacerse de noche. Mil relámpagos color de añil surcaban el cielo, y encendían las nubes, por intervalos, con rápida claridad rojiza. De repente se oyó el primer trueno, como ruido sordo de cañoneo en batalla reñida á lo lejos. A la vez poníanse en movimiento las pesadas masas de aire; comenzaban á agitarse suavemente las hojas, á enderezarse las espigas y hierbas. Se repetían los rayos y las ràfagas de viento, aproximándose más y más. El bosque, hasta entonces masa negra y confusa, empezó á ondular como campo de trigo; los árboles se inclinaban, crugían, chocaban con ruido de olas estrellándose en los peñascos.

El cochero se apresuraba cuanto podía; el carruajillo saltaba, se hundía en los baches, rebotaba como pelota en las piedras y las raíces. Avanzábamos á la ventura como ciegos. De improviso nos encontramos entre dos muros de follaje; por una y otra parte se alineaban encinas, hayas, abedules gigantescos, cuyas largas ramas se cruzaban formando á modo de techo por todo el camino. Esa sombría masa, azotada por la tempestad, mugía sobre nuestras cabezas como mar furiosa.

Principiaron á caer gruesas gotas; y apenas había levantado la capota y extendido la cubierta, cuando una lluvia torrencial se precipitó sobre nosotros. El carruaje avanzaba con gran dificultad, el agua turbia casi cubría las ruedas. Nadábamos más bien que caminar; alrededor alternaban lo espeso de las tinieblas, la luz

de los relámpagos, los mugidos de la tormenta y el estrépito del rayo.

De repente una sierpe de fuego cayó delante de nosotros, y á la vez, terrible detonación hizo temblar la tierra. Por algunos instantes quedamos completamente ciegos. Los caballos se detuvieron por impulso propio; cuando el cochero quiso hacerlos andar, no se movieron. Vimos entonces que un enorme abedul, herido por el rayo, había caído atravesado en la vía.

—Nada se puede hacer, dijo Pinkas Glanzmann, que por poco se entrega á la desesperación; procuremos ir hasta Firleyuvka, no hay otro recurso.

Y dirigiéndose á la derecha, por un estrecho sendero que la avenida había trasformado en espumoso torrente, llegamos presto á un puente que atravesaba el río. Pero ahí se detuvieron de nuevo los caballos, resistiéndose à cuanto esfuerzo hicimos para obligarlos á andar. El pobre judío lanzó un fuerte suspiro, bajó de su asiento, los tomó por las riendas, y con el agua á la rodilla, los forzó á pasar el puente y á continuar el camino por el otro lado. No lejos descubrimos el brillo vacilante de una luz, á través del velo verde y húmedo que nos envolvía.

—¿Eso es Firleyuvka? pregunté á Pinkas.

—Sí señor.

—¿Pero ha poco decías que no había habitación humana entre Dubín y Wrycin?

—Porque no es un hombre el que ahí vive.

—¿Quién es pues?

—Un loco. Y hasta es posible que no quiera recibirnos.

—¿Ni con este temporal?

—Tal vez por eso nos dará hospedaje; pero no sucedería lo mismo si hiciese buen tiempo.

—¿Y él es quien habita esta quinta?

—Es un pequeño castillo cuyo dueño se llama Serbratovich. No están con él mas que algunos criados viejos, muy viejos.

—¿Y es loco?

—A medias.

Llegamos á la puerta de la habitación. Grandes ramas de lilas caían para afuera sobre los muros. Al través de los árboles del jardín divisábamos el techo y las torrecillas del pequeño castillo.

El judío llamó vigorosamente á la puerta, mas como nadie apareciera, se puso á gritar con fuerza: "¡Socorro, socorro!"

Minutos después un viejo de alta estatura, de pelo y barba blancos, se presentó detrás del enverjado.

—¿Quién llama? preguntó.

—Yo soy, Pinkas Glanzmann, con un señor de Viena. Los caballos no quieren andar, y con este tiempo, no podemos dormir al raso. Ayudadnos, señor Kayetan, dadnos buena acogida.

—No es posible.

—Tan solo esta noche.

—El señor lo ha prohibido.

—Explicadle nuestra desesperada situación. Si perecemos, vuestra será la culpa.

—Bueno, veremos.

Y el viejo se alejó.

Había disminuido la lluvia, pero aun iluminaban los relámpagos, de vez en cuando, el negro firmamento; el trueno rugía siempre y el huracán seguía sacudiendo el ramaje de los árboles seculares.

Cuando volvió el anciano criado, sencillamente abrió la puerta sin decir palabra, y nos dejó entrar en el patio.

Luego que estuvimos frente al castillo, bajé y seguí al viejo, subiendo los escalones que conducían á la entrada del vestíbulo.

Después de encender las bujías de un candelabro de plata, Kayetan me dirigió á lo largo de corredores en donde estaban colgados retratos antiguos, cuadros de frutas y escenas de caza. Subimos una escalera, y Kayetan abrió la puerta de un cuarto espacioso en que yo debía pasar la noche. Mientras que lo aderezaba tuve tiempo de examinar al criado. Era hombre de elevada estatura, delgado, con mejillas rosadas y ojos bonachones, que le daban aire casi juvenil dentro del marco blanco en que los años habían encerrado su rostro amable. Traía una especie de librea cuya prenda principal era un sobretodo café oscuro, de moda atrasada, y una corbata blanca. Cuando sonreía, dejaba entrever dos hileras de blancos dientes que le hubieran envidiado muchos jóvenes de hoy día.

Al retirarse, abrí la ventana, porque el aire de la pieza era pesado; el viento hinchaba las cortinas á guisa de velas, y la lluvia

caía con estrépito. Pero la tempestad se alejaba hacia el sur; los rugidos del trueno se iban debilitando. Las nubes, desmenuzadas, dispersábanse, y el cielo comenzaba á esclarecerse.

Oí leve ruido en mi puerta, y Kayetan apareció en el umbral, sonriendo amablemente.

—El señor os suplica que vayais á cenar con él, me dijo.

—Es mucha fineza, contesté, pero no querría de ningún modo importunarlo.

—Si os convida, podeis aceptar sin escrúpulos, replicó el viejo; sólo que no os asombreis de nada, ni le dirijais ninguna pregunta, me dijo en voz baja, recorriendo con la mirada el cuarto, con cierta inquietud.

—Haces bien en advertírmelo.

—No hago mas que mi deber. Por lo demás mi amo es la bondad personificada, y no os costará trabajo entenderos con él.

Bajamos y recorrimos varias piezas. Las bujías del candelabro de Kayetan vacilaban, arrojando extrañas claridades en los muros, haciendo surgir momentáneamente de la obscuridad ya el curioso damasco de los muebles, fantásticas tapicerías, viejos marcos dorados, ya lienzos en que coquetaban hermosuras extrafalarias, estatuas de marmol, antiguas panoplias enmohecidas ó la velluda piel de un oso negro.

Por fin el anciano sirviente levantó una gruesa cortina de seda color azul oscuro, y me hizo entrar en un cuarto amplio y cuadrado. En medio, sobre la alfombra que cubría completamente el piso, se veía una gran mesa de escribir, llena de libros, de mapas, de papeles; su único adorno era un crucifijo, un Cristo de marfil en una cruz de ébano. Delante de la mesa, en un sillón cubierto de cuero labrado, y dando la espalda á la puerta, estaba sentado un señor anciano, ocupado en escribir.

Reinaba en la pieza una quietud tan solemne, tan imponente, que me detuve sin atreverme á dar un paso. Dirigía mis ojos atónitos á los grandes estantes llenos de libros, de piedras minerales, de insectos y mariposas: al telescopio junto á la ventana, al buho disecado, con ojos amarillos de vidrio, á los juguetes esparcidos entre esas curiosidades, y por fin, à dos retratos de tamaño natural, que frente á la mesa estaban colocados.

Representaba el primero una mujer, cuyo rostro delicado, ilu-

minado por maravillosa claridad interior, tenía indecible encanto. Su mirada era de expresión seductora. Su cuerpo, como tierna flor, parecía estremecerse bajo su abrigo de pieles. El terciopelo y las pieles finas formaban rara armonía de distinción y suavidad con sus cabellos ligeramente ondulados, con su cutis terso y rosado, con su hermosa entreabierta boca.

Al lado de esa mujer, el retrato de un precioso niño con la frente cubierta de rizos castaños, peinados cuidadosamente: sus grandes ojos soñadores parecían pertenecer á otro mundo. En sus facciones de querubín, irradiaba la misma claridad espiritual, la misma calma en la expresión de los afectos apasionados, la misma dulzura tierna y delicada que en las facciones de la mujer. Sin embargo, los labios del niño se arqueaban con una especie de desdén viril, y la barba redonda y acentuada anunciaba un carácter enérgico y firme. Parecía lleno de vida. Imaginábame que iba á ver levantarse su ancho pecho, y que respiraba bajo el terciopelo negro y el cuello de encajes de la época de Van Dyck.

El señor Serbratovich era un personaje muy interesante, pero harto diferente de la mujer y del niño que desde sus marcos le sonreían con ternura. Su cuerpo, sin ser muy alto, estaba prematuramente encorvado, y la escarcha de la vejez parecía haberse extendido, antes de tiempo, en su abundante cabellera. Su rostro, de facciones enérgicas y firmes, tenía ligero tinte amarillento y se hallaba surcado por arrugas. La fisonomía, simpática y dulce, denotaba tristeza y resignación. Los ojos sombríos, hundidos en las órbitas, se iluminaban aún por accesos súbitos de pasión. La frente, de forma noble, indicaba la elaboración continua de pensamientos elevados y sublimes ilusiones.

Serbratovich no usaba más que bigote, cuyas puntas caían melancólicamente á cada lado de su expresiva boca. Sus finas manos procuraban constantemente una ocupación, bien su pluma ó un pedazo de papel, bien los clavos del sillón, que parecía estar contando.

—¿Cómo habeis podido emprender la marcha con este tiempo? Porque la tormenta se anunciaba desde esta mañana. Es la más terrible que he visto desde que estoy aquí, y eso que ya cuento años de vivir en esta casa. Pero á Dios gracias, ya nada hay que temer, y mañana tendremos un hermoso día.

Al hablar miraba hacia afuera, por la ventana abierta. El trueno se iba, moribundo, en lontananza. Ya no llovía, y entraba al cuarto delicioso perfume de frescura. Las estrellas empezaban á brillar en las tinieblas nacientes.

—Os estoy muy reconocido, le contesté; en nuestra situación Firleyuvka era para nosotros lo que un puerto en una tempestad de mar.

—No hay de qué; pero no habríais podido encontrar otro abrigo. El país no está muy poblado, y sólo por rareza llega hasta aquí un extranjero. Vivo como en un desierto.

—¿Pero no os sentís á veces completamente abandonado en esta soledad? le pregunté.

—De ningún modo, contestó. En mi sentir el hombre no ha menester de la sociedad de sus semejantes sino cuando su corazón está vacío, ó no se basta á sí mismo, ó carece de ideas personales Entonces busca la manera de aturdirse. Pero el que puede bastarse á si mismo, si halla alguien á quien amar, cree que el paraiso acaba de abrirse para él y que goza la dicha desde que no está solo.

—Me figuraba que viviais solo.

—¿Solo?......

Serbratovich me miró un instante, como si temiera haberse equivocado.

—Es cierto, prosiguió, he perdido á mi mujer demasiado pronto, pero he acabado por triunfar del dolor. El dolor nos torna fuertes. Ahora no tengo más que á mi hijo, mi Hermógenes, pero no necesito más. Ved ahí su retrato.

—Un niño muy hermoso.

L. Sacher-Masoch.

(Concluirá.)

ACELERACION.

(WALS DE STRAUSS.)

A José López-Portillo y Rojas.

Era noche de llanto y de tristeza;
En su fúnebre lecho la ví inerte;
No podía olvidar esa belleza
Melancólica y dulce de la muerte.
Desdeñaba en mi pena á la insensata
Multitud, que contenta se reía,
Y el rumor de la alegre serenata
Que á mis oídos plácido venía.
Indiferente y frío
Yo cruzando seguí con muda calma;
Mas me sacaron de éxtasis sombrío,
Las notas que cayeron cual rocío
En las flores marchitas de mi alma.
Eran de Strauss, mágico que vive
Creando de armonías un tesoro,
De ese poeta músico que escribe
Con pardas nubes y con rayos de oro.
Es un extraño wals, triste y alegre;
Que á un tiempo llora y rié,

Que me recuerda, en su variado encanto,
Una mujer hermosa que sonrié
Con los ojos bañados por el llanto.

Tiene notas veloces como el vuelo
De un sér á los espacios infinitos;
Viaje de una alma que al llegar al cielo
Es recibida con alegres gritos.
Vago turbión de notas desatadas,
Veloces, sutilísimas, ligeras,
Cual las de ángeles rápidas bandadas
Que triunfantes recorren las esferas.

Yo pensaba en el alma refulgente
Que acababa de alzar su vuelo blando,
Y la veía en mi delirio ardiente
Por los cielos cruzar rauda volando.
Y las notas de Strauss semejaban,
Ligeras y argentinas,
Ecos perdidos que hasta mí llegaban
De misteriosas músicas divinas.

Y del alma los ojos,
Bañados por la luz de la esperanza,
Veían en su anhelo
Un grupo luminoso en lontananza
Rápidamente levantarse al cielo.
Si una alma pura vuela
Al reino de la paz y la alegría,
Va dejando en su tránsito una estela
De perfume, de luz y de armonía.

Mas las notas alegres y sonoras
En tristes se tornaron con presteza,
Y las oí sonar desgarradoras,
Como un hondo gemido de tristeza.
Aquellas notas raudas y tranquilas
Presto se hicieron lentas y dolientes,
Como en las antes plácidas pupilas
Brotan de pronto lágrimas ardientes.

Sonaron dolorosas en mi oído
Cual postrer ¡ay! que el moribundo lanza,
Como el último adios de un ser querido,
O el eco de un dolor sin esperanza.
Si las notas primeras me fingían
La llegada triunfal de una alma al cielo,
Las últimas los ayes parecían
De los que la lloraban en el suelo.

Y al mágico poder de la armonía,
Llena el alma de angustia y de cariño,
Desbordada sentí mi pena impía,
Y me quedé llorando como un niño.
Desvanecida mi visión tan pura,
Otra vez en su lecho la ví inerte;
De nuevo me agobió con su amargura
La inmensa pesadumbre de la muerte.
Murió! Cuando en mis horas de tristeza
Gozo de mis recuerdos con la calma,
Viene su melancólica belleza
A conmoverme en lo íntimo del alma.

Recordar esas notas me extasía
Y vierto el lloro que consuela tanto.
¡Bendito el que ha creado la armonía,
Y bendito el Señor que nos dió el llanto!

ANTONIO ZARAGOZA.

LOS

MICROBIOS.

(CONCLUYE.)

Desgraciadamente ni la instrucción libremente desarrollada, ni la difusión de nociones científicas más precisas, parecen influir de manera alguna en los pánicos que estallan al principio de las grandes epidemias, como lo demuestra la última invasión del cólera, en que hemos visto escenas dignas de la Edad Media. Tal es la causa de que M. Koch sea mucho más conocido por haber descubierto el terrible microbio indiano que por haber hallado el de la tuberculosis. Ambos descubrimientos tienen, sin embargo, valor muy distinto, pues sin hablar de la dificultad de reproducir la enfermedad experimentalmente, el terrible *bacilus virgula* ha inspirado dudas bastante fundadas, si bien se admite generalmente que M. Koch ha encontrado el microbio del cólera.

La historia de este microbio es muy interesante bajo dos aspectos, por su acción sobre el organismo y fuera de él. En efecto, al contrario de lo que en las demás enfermedades microbianas se observa, el bacilo colerígeno no penetra en el organismo, sino que se detiene en la superficie; de donde se deduce que los síntomas de la enfermedad se producen por sustancias tóxicas del género de las ptomainas que secretan los microbios ó resultan de su vege-

tación sobre los otros parásitos. Aunque de origen parasitario, el cólera viene á ser un verdadero envenenamiento, como lo confirma la virulencia con que produce casi siempre sus efectos. El *bacilo vírgula*, es sumamente susceptible fuera del organismo por no producir esporos, que es la forma bajo la cual los microbios resisten al calor, la luz y el oxígeno. Solo puede perpetuarse en el agua, mas á condición de que no sea pútrida, pues de lo contrario sucumbiría en la lucha que tendría que entablar contra los microbios de la putrefacción. Estos puntos no se hallan tal vez esclarecidos, pero concuerdan perfectamente con los caracteres del cólera y con la importancia que se concede á las aguas de alimentación que expulsan los coléricos.

La fiebre tifoidea suele también trasmitirse en las aguas de alimentación. Afección es esta que nos toca más directamente que el cólera, pues viene á ser como enemigo que acecha siempre á nuestras puertas, y cuyos golpes no son menos terribles por ser silenciosos. Se afirma que en las grandes ciudades es endémica esta enfermedad, aserción que equivale á tanto como decir que vivimos en medio de una epidemia cuya actividad aumenta ó disminuye sin regla ni medida. Todos los habitantes de las grandes ciudades están sujetos á esta enfermedad, que presenta siempre por fortuna los dos caracteres siguientes: no atacar más de una vez sino por excepción; y ser comúnmente muy benigna, al grado de no poderse distinguir en la mayor parte de los casos de las ligeras indisposiciones llamadas *embarazos gástricos*. Esta forma habitual en los habitantes de los grandes centros de población y sobre todo en los niños, confiere la inmunidad contra otra acometida.—En el hecho solo de la inmunidad adquirida de esta manera, se encontraba ya un dato interesantísimo sobre la posibilidad de hallar una vacunación de la fiebre tifoidea.

Contra la tuberculosis, enfermedad local y crónica que destruye los órganos indispensables para la vida, no es fácil hallar un antídoto, pues todos los esfuerzos empleados para alcanzar fin semejante han resultado vanos y sin efecto. La aplicación del método de Gamaleïa contra el cólera encontrará sin duda grandes dificultades en la práctica, pues la enfermedad ataca más de una vez á pesar del preservativo, el cual confiere una inmunidad tan pasajera, que no subsiste ni siquiera durante toda una epidemia,

á causa sin duda de que el microbio se desarrolla solamente en la superficie del organismo sin penetrar en el interior. No sucede lo propio con la fiebre tifoidea, enfermedad cuyas síntomas se deben en parte á la acción de productos tóxicos elaborados por los microbios, y contra la cual es creible exista un antídoto que tal vez se encuentre en plazo breve. El microbio de la fiebre tifoidea, que diversos autores habían notado ya en los órganos de los tíficos, fué aislado y cultivado en 1886 por el bacteriologista alemán Gaffky, debiéndose los brillantes resultados que la inoculación produjo á Chantemesse y Widal, que como expresamos en otro lugar confirieron la inmunidad á los ratones inoculándoles caldo de cultivo esterilizado por el calor.—En virtud de estos lisonjeros ensayos es lícito, pues, anunciar el descubrimiento de la vacuna contra la fiebre tifoidea descubrimiento que en nuestro ejército sería una conquista tan importante casi como el antídoto contra la viruela, pues cada año fallecen aproximadamente tres hombres sobre mil.

No concluiríamos si quisiéramos consagrar aunque fuera solo cortas líneas á todas las enfermedades cuyos microbios se conocen hoy. Hay afecciones micro-parasitorias cuyos agentes están ya bien conocidos y estudiados: tales son la neumonía, que citamos ya; el muermo, que el caballo trasmite directamente al hombre; y la lepra, que desaparece en periodos sin estar extinguida. Otras afecciones, aunque no del todo conocidas, están en vía de descubrimiento: la difteria, que al parecer nos viene de los pájaros, el tétanos que procede del caballo; las fiebres eruptivas, la gripa y la tos ferina, enfermedades habituales; la desenteria, la malaria y la fiebre amarilla, endémicas en los paises cálidos. En fin, está demostrado mucho tiempo há, que en cualquier sitio que exista formación de pus, ya sea panadizo ó flegmón, erisipela ó supuración profunda, existen microbios que pertenecen á dos especies tan solo, y que según el órgano atacado producen enfermedades locales de carácter muy benigno ó infecciones generales gravísimas; flegmón benigno ó osteomielitis mortal, erisipela de la cara que sana en ocho días ó septicemia, que mata casi siempre á las parturientas.

Los microbios que hemos mencionado pertenecen á la familia de las bacteridias y se desarrollan en forma de bastoncillos; los

micrococos se observan reunidos en cadenillas-*streptococos*-ó agrupados en montón-*stafilococos*.—Hay también microbios de naturaleza animal—los de la malaria—que como se desprende de los esestudios del profesor de Val-de-Grace, M. Laveron y de los posteriores de Marchiafava y Golgi, es un animalillo unicelulario especie de los amibios, una *plasmodia*, que alojándose en los glóbulos de la sangre los destruye rápidamente, que hace su evolución perfecta en el periodo de dos días, determinando accesos de terciana, que por existir con anterioridad en el organismo de parásitos de distinto origen pueden ser más frecuentes. El microbio de la malaria es, pues, un *hematozoario*, que si bien tiéne la particularidad de ser en la actualidad el único de su clase entre los microbios patógenos del hombre, tiene muchos afines en las enfermedades de los animales, principalmente de la tortuga.

No hemos mencionado todavía la rabia en el curso de este prolongado trabajo, á causa de que es todavía un estudio que debe emprenderse para lo futuro, pero que en la actualidad existe solo empíricamente. A no dudar, la rabia es una enfermedad microbiana, puesto que es contagiosa por inoculación, pues sabemos que contagio y microbio son sinónimos en la actualidad; pero nadie ha podido aislar y cultivar el terrible parásito que la produce. Mas como el principio de las vacunaciones antirábicas está fundado en la supuesta existencia de un microbio, es de este lugar referir su historia, aunque sea brevemente.

Hace cuatro años hizo saber M. Pasteur que había tratado de vacunar perros rabiosos por medio de virus atenuados, y en consonancia con su principio de conferir la inmunidad contra las enfermedades virulentas provocando una ligera acometida de ellas Había descubierto el gran bacteriologista que es distinto en los diversos animales, monos, perros y conejos el periodo que media entre la inoculación y la explosión de los síntomas, y que sufre al mismo tiempo el virus una atenuación tan considerable en los monos, que llega á hacerlos refractarios á la rabia. Sucede lo contrario con el conejo, pues llega á exaltarse de tal manera la virulencia, que se declara rabia siete días después de la inoculación de una partícula del sistema nervioso cerebro-medular, que el asiento del virus. Como Pasteur empleaba virus muy activo—el llamado de tránsito—para contrarrestar el estado refractario de sus perros

vacunados, observó que las médulas de los conejos disminuían de virulencia en proporción al tiempo de su estancia fuera del animal en el aire bien seco. Pasteur vió en este hecho el medio de obtener virus en todos los grados de actividad, pues como cada uno de los líquidos era una vacuna para el que le antecedía en la escala de la virulencia, quedaba inofensivo el más activo después de las vacunaciones sucesivas. Pero el ingenioso experimentador vió además que inoculando este virus, que tiene un periodo de incubación fijo y relativamente corto, era posible detener en su marcha más lenta á la rabia inoculada por la mordedura de los animales, y conseguir que en el momento de estallar encuentre el organismo refractrario al más violento y rápido de los virus. Tal es la razón del método para prevenir la rabia *posterior á la mordedura*, método que M. Pasteur aplicó el 6 de julio de 1886 á José Meister, joven de quince años, que había sido cruelmente lesionado al ahuyentar un perro que atacaba á sus compañeros, y que se salvó debido á tan eficaces auxilios.

Lo soprendente del método de que hablamos es, que ninguno de los datos hasta entonces adquiridos sobre la acción de los microbios hacía presagiar la posibilidad de detener los progresos de una afección cuyo germen llevaba el individuo enfermo, pues el nuevo sistema equivalía al descubrimiento de una vacunación doble, preventiva y curativa á la vez.

A partir de esta época, se han practicado vacunaciones en grande escala no solo en el laboratorio de la calle de Ulm, sino también en los numerosos institutos creados en el extranjero á semejanza del principal, pudiéndose afirmar, á pesar de los numerosos é injustificados ataques de que ha sido objeto, que está demostrada competentemente su eficacia por los numerosos enfermos que se libertan de la horrible afección.

Si está admirablemente reglamentada la práctica de las vacunaciones, la teoría es en cambio completamente desconocida todavía. El líquido inoculado, en que se trituran partículas de médula rábica desecada, ¿está todavía vivo ó solamente atenuado por la acción del aire? O por el contrario, ¿está muerto y la vacuna es el resultado de los productos secretados por los microbios modificados por la desecación?—Se ignora del todo, y si bien experiencias recientemente verificadas han sugerido á Pasteur la idea

de una vacuna química, no pasará de hipótesis en tanto no se cultive fuera del organismo el microbio de la rabia.

Este descubrimiento es el que ha acarreado mayor popularidad á Pasteur, popularidad que nadie negará es altamente merecida; sin embargo, son tan importantes sus trabajos anteriores, que en nada menguaría su gloria si de ellos se cercenaran los que ha emprendido sobre la rabia. Mas esta misma gloria es mayor todavía si se contempla fe vigorosa del sabio, su vista perspicaz, que supo mirar más allá de los límites conocidos, y su valor científico, que le sugirió la feliz idea de inocular al hombre el peligroso líquido cuyos secretos ignoraba aún.

VII.

Sean cuales fueren los beneficios de la vacunación antirábica· deben contarse entre las conquistas de la ciencia de los microbios· Aun á aquellas personas que juzgan que el valor de una ciencia está en razón directa de sus aplicaciones útiles, puede la bacteriología presentar grandes conquistas realizadas. En efecto, el conocimiento de los microbios ha inspirado la práctica de las curaciones y operaciones antisépticas y asépticas, práctica que como es sabido consiste en que el cirujano observe un aseo rigoroso, lavando sus manos, instrumentos y objetos propios para la curación, en ciertas sustancias que son un veneno violento para los microbios, tales como ácido bórico, ácido fénico y sublimado; ó según el método mas reciente, empleando solo instrumentos y lienzos sometidos de antemano á una temperatura de 100 á 120 grados, que extermina todos los microbios, Gracias á la nueva práctica han desaparecido las complicaciones, obstáculo constante de la cirujía, que cada año acarreaba incontables defunciones; no existen para al cirujano aquellos terribles periodos en que no era dable tocar un bisturi sin exponerse á cometer un asesinato; y la apertura del vientre, operación en otro tiempo tan arriesgada que solo se efectuaba en casos urgentísimos, es hoy tan benigna, que se practica por vía de ensayo, *para observar lo que hay dentro*.—Una operación de esta clase es hoy menos grave que lo sería en otro tiempo la ruptura de un panadizo. Gracias á las prácticas microbianas,

el parto, quo era una operación tan peligrosa, se ha convertido, como debía suceder, en una función natural, que solo es fatal en condiciones excepcionales.

Es ya diez veces menor que en otros tiempos la mortalidad de mujeres en cinta, pues el partero no trasporta ya en sus manos el microbio de las afecciones puerperales, que en tiempo no lejano sembraban por todas partes la desolación. Si son mas aparentes los resultados obtenidos en la medicina—á causa sin duda de la naturaleza misma de la ciencia—se observa sin embargo la renovación casi completa de los métodos terapéuticos, que tienen como mira un solo fin, la antisépsia del medio interno, como la cirujía busca la del medio exterior. Se ha censurado duramente la pretensión de la medicina, que se afana por encontrar la antisepsia de los líquidos y tejidos del organismo, afirmándose que á causa del prurito de exterminar los microbios de los enfermos, se concluiría por matar á unos y otros.

Censura semejante tiene solo el valor de un juego de palabras, pues la teoría microbiana ha venido á explicar de una manera enteramente satisfactoria la acción de medicamentos tales como el sulfato de quinina, los yoduros de potasio y de sodio, y las sales de mercurio.

A la verdad los estudios emprendidos hasta el presente no dotan todavía á la terapéutica de sustancias que exterminen á los microbios patógenos de las diversas afecciones internas; pero á no dudar, lo que los siglos han realizado lenta y penosamente será obra rápida y segura para la moderna ciencia. Citaremos por ser de este lugar, las preciosas experiencias de M. Raulin, que dan á conocer en cuan reducidos límites es necesario variar la composición de los líquidos de cultivo á fin de impedir el desarrollo de microbios.

Al tratar M. Raulin de encontrar las sustancias necesarias para la vegetación de un modo común, el *aspergillus niger*, observó que no podía desarsollarse ese honguillo sino en un medio que contuviera al menos 1/50, 000 ° de zinc, y que era al mismo tiempo tan sensible á la acción de ciertos elementos, que la vegetación se detenía bruscamente al añadir al líquido 1/600, 000 ° de nitrato de plata. Ni siquiera puede esta vegetación comenzar en una

vasija de plata, por mas que la química sea impotente todavía para precisar las partículas de vaso que se disuelven en el líquido. Tales experiencias vienen á probar que no es cuerdo del todo declarar inutil la lucha contra los microbios que se albergan en el seno del organismo, al par que difunden mucha luz sobre la naturaleza misteriosa de los temperamentos y las constituciones en lo tocante á las enfermedades infecciosas. ¿Quién, en efecto, no ha notado más de una vez la resistencia que ciertas personas presentan á las enfermedades contagiosas, y la predisposición que otras tienen para ellas, al grado de que, según la gráfica expresión vulgar atrapan siempre una enfermedad? Ciertas particularidades de la constitución de los humores del organismo explica suficientemente las predisposiciones. Se conoce ya el misterio de las inmunidades sucediendo otro tanto con los naturales, cuyo estudio toca á la química biológica; y día vendrá en que se de á conocer la causa por la cual se resiste á la tuberculosis mediante una fórmula química.

Hay que tener presente que el organismo no es un vaso pasivo, un cultivo inerte; sino que se defiende con gran energía, y que para salir victorioso de la lucha ha menester tan solo de algún auxilio que aumente sus fuerzas ó destruya las de sus enemigos.

Si la ciencia de los microbios nos ha mostrado la manera de combatir las enfermedades, al mismo tiempo nos ha proporcionado la de prevenirlos, pues junto à ella ha nacido la higiene, hija legítima suya. Hace veinte años apenas se concedía á esta ciencia importancia del todo secundaria, pero ha adquirido en nuestra época auge tal, que no está lejano el día en que dicte sus prescripciones á todas las instituciones de la sociedad. Preside al mismo tiempo á la edificación de las ciudades y al arreglo de las habitaciones, reglamenta las aglomeraciones administradas y las relaciones entre los pueblos.

Su autoridad, mejor reconocida cada día, procede de las enseñanzas que la doctrina de Pasteur ha divulgado, á saber que los peligros que constantemente amenazan al hombre en su casa, en las ciudades, en los talleres, en los regimientos y en el contacto con sus semejantes procedentes de países lejanos, provienen de los microbios solamente. La higiene sabe amenguar de tal manera el

efacto de los contagios y las epidemias, que consiguen regular el empleo de la luz, el aire, el calor y el fuego; mas por desgracia las grandes ciudades llevan consigo un obstáculo que les impedirá marchar con la rapidez que fuera de desearse en la vía que les muestra la ciencia; este obstáculo es su antigua organización, que no puede combatirse de la noche à la mañana, y debido á la cual Paris y Londres vienen á ser cloacas infectas al lado de las ciudades recientemente edificadas en el Brasil ó la República Argentina. Menester es tener presente que la rutina y la ignorancia impiden la realización de urgentísimas mejoras que en vano reclaman los higienistas. Mencionaremos un ejemplo tan solo ¿no beben todavía los parisienses en periodos que no por ser intermitentes són menos peligrosos, el agua infecta del Sena, en que los higienistas y médicos han visto el microbio de la fiebre tifoidea? no es también vergonzoso por extremo que en el lugar én que nació la hermosa ciencia de los microbios, tengamos que envidiar los progresos realizados en Francia y el extranjero?

El porvenir de la higiene es grande, pues no está lejano el día en que se reconozca que todas las cuestiones sociales son cuestiones de economía social, y que el despilfarro de la vida humana, cómo dice M. Rochard, es el mas ruinoso de todos.

La higiene, que defiende á los hombres contra los microbios, será en día no lejano la reina de las sociedades.

VIII.

Los microbios están, pues, en todas partes. Se encuentran en el aire que respiramos y en el agua que bebemos, fabrican un alimento casi universal, el pan, y preparan las bebidas fermentadas que usan los diversos pueblos de la tierra desde los tiempos mas remotos. Son auxiliares de una de las grandes funciones fisiológicos, la digestión, que se verifica con mayor facilidad debido á las trasformaciones que los microbios que habitan nuestro tubo digestivo imprimen á las materias alimenticias. En fin, son los

agentes que destruyen los detritus animales y vegetales que los fenómenos de la putrefacción destruyen; reduciéndolos á sus principios elementales inorgánicos. Los obreros encargados de operación tan tosca son de especies diversas; las que le dan la última mano y trasforman los productos amoniacales más ó menos odoríficos en sales inodoras que tanto se utilizan en la agricultura, son los *microbios nitrificantes*, cuya importancia han demostrado Schlaesing y Mantz, y á los cuales se está à punto de confiar la función eminentemente social de la depuración de las matorias inutiles de las grandes ciudaees. —Tales son los agentes de la famosa empresa para el empleo de los albañales.

Tales fermentos son microbios benéficos, los cuales, bueno es saberlo, constituyen casi la totalidrd del medio en que vivimos. En efecto es muy raro hallar microbios perjudiciales entre los cuatrocientos ó quinientos que encierra un metro cùbico de aire del parque de Montsouris, en los cuatro ó cinco mil microbios de la atmósfera una calle frecuentada de Paris, y hasta en los diez ó veinte mil de una sala de hospital. Otro tanto podría decirse respecto del agua de las fuentes, pero no del agua del Sena, que arrastra en su curso muy amenudo los microbios de la supuración, de la erisipela, de la fiebre tifoïdea y otros mil cuyos nombres ni siquiera conocemos. Dichas aguas. merced á la práctica del axioma *todo al Sena*, contienen de doce á catorce millones de microbios por litro. Todavía más en la tierra vegetal, la gran masa está formada de microbios benéficos ó indiferentes al menos si es que puede dárseles tal nombre teniendo en cuenta que su papel no está determinado todavía.

Creemos haber demostrado suficientemente que los microbios existen en todas partes y que su misión es verdaderamente gigantesca. El hombre, que aprovecha las fuerzas todas de la naturaleza, ha conseguido que trabajen en provecho suyo algunas especies de microbios á quienes ha conseguido domesticar encargándoles una misión industrial muy importante. Pasteur ha encontrado ya el medio para dominar á los mas terribles haciéndolos combatir contra sus hermanos insurrectos, y consiguiendo que una inmensa legión de sabios lo siga en tan grandiosa lucha.

Cuanto en el curso de este trabajo hemos expuesto creemos pro-

bará cumplidamente lo que al principio asentamos: que negarse á creer en la existencia de los microbios es rehusarse á dar asenso á la existencia de la electricidad...... ó de la luz.

JULIO HÉRICOURT.

(Trad. por V. S. A.)

HOMENAJE A VICTOR HUGO.

Publicado en el periódico Francés Le Gil Blas, para conmemorar el 83 aniversario del ilustre poeta, el 26 de febrero de 1884.

Salve, genio soberano,
que en tu inspiración tuviste
siempre amor para el hermano,
consolación para el triste
y rayos para el tirano.

GASPAR NÚÑEZ DE ARCE.

LA SOMBRA.

Dulces y amorosos sueños
de la virgen candorosa,
que tomais en el espacio
blanca y delicada forma;
Melancólicos suspiros
de la flor que se deshoja,
que os convertis en el cielo
en espíritus de aroma;
Yo siento sobre mi frente
vuestras alas temblorosas,
y siento en los labios míos
el beso de vuestra boca.
Llorais para consolarme
de mis pasadas congojas,
y ese llanto es el rocío
que se columpia en las rosas,
Mas si quereis que no pene,
desde el cielo en donde mora,
si no el angel que me inspira
bajadme al menos su sombra.

GASPAR NÚÑEZ DE ARCE.

CREPUSCULOS.

(EN LA SIERRA.)

A Adolfo Flores.

I.

AL AMANECER.

Blonda la aurora viste en el oriente
sus galas mas espléndidas de fiesta;
como que enamorada ya se apresta
del esposo á besar la roja frente.

Para verle asomar, alza su ingente
tajada cumbre la montaña enhiesta,
prepárale su incienso la floresta,
su trino el ave y su rumor la fuente.

El cielo gotas de cristal rocía
en corolas y muèrdagos. Los vientos
tañen las ramas de la selva umbría.

Y alza a su Dios, en rítmicos acentos,
como grata oración del nuevo día,
himnos la tierra... El hombre pensamientos.

II.

AL CAER LA TARDE.

Trasmonta el sol; esmalta la colina
de su postrera luz con el escaso
fulgor, á la que envuelve en el ocaso
con su túnica blanca la neblina.

El caliente vapor de la calina
oculta verde valle y monte raso,
y ya por el oriente, paso á paso,
la silenciosa noche se avecina.

Todo es misterio y paz. El tordo canta
sobre las cañas del undoso río;
el hato á los corrales se adelanta;

se alza el humo en el pardo caserío;
y mi espíritu al cielo se levanta,
hasta perderse en Tí. ¡Gracias, Dios mío!

MANUEL J. OTHÓN.

Sierra de Santa Bárbara (Tamaulipas), Febrero de 1889.

INDICE

DE LAS

MATERIAS CONTENIDAS EN ESTE TOMO.

PÁGS.

CUENCA Agustín F.

CORONADO Mariano.

CAMPOAMOR Ramón de

Del COLLADO Casimiro.

De la REVILLA Manuel.

Del PALACIO Manuel.

DIAZ MIRON Salvador.

PÁGS.

ELSIE Ralph.

FASTENRATH Juan.

FARFALLA.

GAVIDIA Francisco A.

GENIN Auguste

GONZALEZ Manuel M.

GONZALEZ Manuel. (hijo)

GONZALEZ CAMARGO Joaquin.

GUTIERREZ NAJERA Manuel

GUTIERREZ Lucio I.

HEINE Enrique.

HUGO Victor.

HERICOURT Julio.

KUNHARDT Teodoro.

LOPEZ PORTILLO y ROJAS José.

PÁGS.

OTHON Manuel J.

PUGA y ACAL Manuel

PALMA Ricardo.

PEZA Juan de Dios.

PÁGS.



